

ARQUEOLOGÍA

SEGUNDA ÉPOCA ♦ ABRIL, 2014

47



- ♦ *El Epiclásico en La Mina, Abasolo, Guanajuato*
- ♦ *Estudio traceológico de herramientas prehispánicas en piedra andesítica, Michoacán*
- ♦ *Lan-ha', un sitio arqueológico en la Sierra Gorda queretana*
- ♦ *Lagunillas, un sitio uacúsecha en la Meseta Tarasca*
- ♦ *Diseños de cerámica incisa del Posclásico en Zacatula*
- ♦ *El sitio Cueva La Pintada en la Tierra Caliente de Michoacán*
- ♦ *Salvamento arqueológico en la carretera Cuitzeo-Pátzcuaro, Michoacán*
- ♦ *El señorío de Tuzapan, en el centro-norte de Veracruz*
- ♦ *Lítica tallada de Moral-Reforma, Tabasco*
- ♦ *Manejo prehispánico del agua en Tehuacán, Puebla*
- ♦ *La fortaleza popoloca de Tepexi el Viejo, Puebla*
- ♦ *Elementos de concha presentes en Cantona, Puebla*
- ♦ *El cerro Coatepec en la mitología azteca y Templo Mayor*
- ♦ *Los murales de Chichén Itzá, Chacmultún, Ichmac y Mulchic: implicaciones sobre la beligerancia maya*
- ♦ *Apuntes sobre Huitzilopchco*

REVISTA DE LA COORDINACIÓN NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA

ARQUEOLOGÍA

SEGUNDA ÉPOCA

INSTITUTO NACIONAL DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

Directora General: María Teresa Franco

Secretario Técnico: César Moheno

Secretario Administrativo: José Francisco Lujano Torres

Coordinador Nacional de Arqueología: Pedro Francisco Sánchez Nava

Coordinadora Nacional de Difusión: Leticia Perlasca Núñez

Subdirector de Publicaciones Periódicas: Benigno Casas

ARQUEOLOGÍA



í n d i c e

EDITOR:

Ángel García Cook

COMITÉ EDITORIAL:

Margarita Carballal

Robert H. Cobean

Annick Daneels

Dan M. Healan

L. Alberto López Wario

Rubén Maldonado

Dominique Michelet

Carlos Navarrete

Jeffrey R. Parsons

Otto Schöndube

Barbara L. Stark

Elisa Villalpando

PRODUCCIÓN EDITORIAL:

Benigno Casas

CUIDADO DE LA EDICIÓN:

Héctor Siever y Arcelia Rayón

Revista de la Coordinación Nacional de Arqueología. Arqueología, segunda época núm. 47, enero-abril 2014, es una publicación cuatrimestral editada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia. Editor responsable: Benigno Casas de la Torre. Reservas de Derechos al uso exclusivo: 04-2012-081510552300-102. ISSN: 0187-6074. Licitud de título y contenido: 16119. Domicilio de la publicación: Insurgentes Sur 421, séptimo piso, col. Hipódromo, C.P. 06100, Deleg. Cuauhtémoc, México, D.F. Imprenta: Taller de impresión del INAH, Av. Tláhuac 3428, col. Culhuacán, C.P. 09840, Deleg. Iztapalapa, México, D.F. Distribuidor: Coordinación Nacional de Difusión del INAH, Insurgentes Sur 421, séptimo piso, col. Hipódromo, C.P. 06100, Deleg. Cuauhtémoc, México, D.F. Este número se terminó de imprimir el 30 de julio de 2014, con un tiraje de 1000 ejemplares.

ISSN 0187-6074

Diseño de cubierta: Efraín Herrera

Ilustración: Cerámica de un "panzón",

Museo Nacional de Antropología-INAH.

- 3** Presentación
- 7** Óscar Rodríguez Lazcano
El Epiclásico en La Mina, Abasolo, Guanajuato
- 33** Christine Cochín
Estudio traceológico de herramientas prehispánicas en piedra andesítica en la región de Michoacán, México
- 51** María Teresa Muñoz Espinosa
José Carlos Castañeda Reyes
Lan-Ha', un sitio arqueológico en la Sierra Gorda queretana: un llamado en favor de su protección para la investigación académica
- 67** Concepción Cruz Robles
José Rodolfo Cid Beziez
Salvador Pulido Méndez
Lagunillas, un sitio uacúsecha en la periferia de la Meseta Tarasca
- 90** Salvador Pulido Méndez
María de Lourdes López Camacho
Diseños de la cerámica incisa del Posclásico en Zacatula. Apuntes para su identificación
- 106** Rodrigo Esparza López
Alfonso Grave Tirado
Leticia Pérez Castellanos
Alicia Blanco
Carlos Álvarez del Castillo
Dolores Tenorio Castelleros
Melania Jiménez-Reyes
El sitio Cueva La Pintada en la Tierra Caliente de Michoacán: un estudio a través de sus evidencias arqueológicas
- 122** Luis Alberto López Wario
Salvador Pulido Méndez
José Jorge Cabrera Torres
Eduardo Andrés Escalante Carrillo
Gerardo Fidel Martínez Catalán
Salvamento arqueológico en la carretera Cuitzeo-Pátzcuaro, Michoacán
- 146** María Rosa Avilez Moreno
El señorío de Tuzapan. Algunos indicadores históricos y arqueológicos de su papel en el centro-norte de Veracruz
- 160** Stephen Castillo Bernal
La lítica tallada de Moral-Reforma, Tabasco: primeros acercamientos
- 182** James A. Neely
Blas Román Castellón Huerta
Una síntesis del manejo prehispánico del agua en el Valle de Tehuacán, Puebla, México
- 199** Noemí Castillo Tejero
La fortaleza popoloca de Tepexi el Viejo, al sur del estado de Puebla
- 216** Ángel García Cook
Katina Vackimes Serret
Elementos de concha presentes en Cantona, Puebla
- 246** Eduardo Yamil Gelo
El cerro Coatepec en la mitología azteca y Templo Mayor, una propuesta de ubicación
- 271** Eduardo A. Tejeda Monroy
Los murales de Chichén Itzá, Chacmultún, Ichmac y Mulchic. Implicaciones sobre la beligerancia maya en el Clásico tardío-terminal (600-1000 d.C.)
- 296** Tomás Villa Córdova
Apuntes sobre Huitzilopochco
- Informes del Archivo Técnico**
- Jesús E. Sánchez
Comentarios a "Los dioses de Teotihuacan", de Pedro Armillas
- Reseña**
- Pedro Francisco Sánchez Nava
Teoría, métodos y técnicas en Arqueología

Invitación a los colaboradores

ARQUEOLOGÍA recibirá artículos originales, noticias y reseñas bibliográficas referidas a temas teóricos, metodológicos y técnicos sobre el patrimonio arqueológico. Las colaboraciones se dirigirán a los editores, la revista acusará recibo al autor y enviará el trabajo al Comité Dictaminador. Si los dictaminadores consideran necesario modificar o corregir algún texto, se proporcionará copia al autor de éste para que realice los cambios pertinentes. Aceptada la contribución, se informará al autor y se le enviará un formato de cesión de derechos, que deberá regresar debidamente firmado a la Dirección de Publicaciones en un plazo no mayor de 30 días, anexando copia de identificación oficial vigente con fotografía. El autor recibirá diez ejemplares del número de la revista que incluye su trabajo, y cinco cuando se trate de más de tres autores. Los dictámenes son inapelables, y los trabajos no aceptados podrán ser devueltos, a solicitud expresa del autor o autores.

Requisitos para la presentación de originales:

1. La presentación de los textos propuestos deberá ser impecable. Se proporcionarán tres copias impresas en papel, acompañadas de su archivo electrónico en disco compacto (CD) o de memoria, en programa word. Las gráficas e ilustraciones incluidas serán entregadas en archivos separados en formato TIF o JPG, en resolución de 300 dpi.
2. Los artículos tendrán una extensión mínima de 15 cuartillas y máxima de 40, incluyendo notas, bibliografía e ilustraciones; las noticias no excederán las 15 cuartillas y su contenido reflejará sobre todo hallazgos recientes y resultados técnicos; las reseñas no excederán las 10 cuartillas. Los textos deberán entregarse en cuartillas de 1 700 caracteres aproximadamente, a doble espacio y escritas por una sola cara. Artículos y noticias deberán acompañarse de un resumen de media cuartilla (850 caracteres), y de la traducción de éste al inglés.
3. Los originales se presentarán en altas y bajas (mayúsculas y minúsculas), sin usar abreviaturas en vocablos tales como etcétera, verbigracia, licenciado, doctor.

4. En caso de incluir citas de más de cinco líneas, éstas se separarán del cuerpo del texto con sangría en todo el párrafo. No deberán llevar comillas ni al principio ni al final (con excepción de comillas internas).

5. Los guiones largos para diálogos o abstracciones se harán con doble guión.

6. Los números del cero al quince deberán escribirse con letra.

7. Las referencias bibliográficas deberán ir intercaladas en el texto y citadas entre paréntesis. Contendrán sólo el primer apellido del autor, seguido de *et al.*, en caso de que hubiera más autores, año de publicación; dos puntos y página inicial y final de la fuente, separadas por un guión corto, ejemplo: (Raab *et al.*, 1995: 293-294). La referencia deberá aparecer completa en la bibliografía. El uso de abreviaturas deberá ser homogéneo a lo largo del texto.

8. Los símbolos de asterisco (*) se usarán únicamente para indicar la dependencia o institución de adscripción de los autores, así como agradecimientos, aclaraciones u observaciones generales sobre el artículo. Notas de otro carácter deberán ir a pie de página con numeración corrida.

9. Para elaborar la Bibliografía deberá seguirse el siguiente modelo:

MacNeish, R.S., A. Nelken-Terner e I.W. Johnson
1967 *The Prehistory of Tehuacan Valley*, vol. II.
The non-ceramic artifacts, Austin, The University of Texas Press.

Lorenzo, J. L. y L. Mirambell (coords.)
1986 *Tlapacoya: 35 000 años de Historia del Lago de Chalco*, México, INAH (Científica, 155).

Limbrey, Susana
1986 "Análisis de suelos y sedimentos", en J. L. Lorenzo y L. Mirambell (coords.), *Tlapacoya: 35,000 años de Historia del Lago de Chalco*, México, INAH (Científica, 155), pp. 67-76.

Oliveros, J. Arturo y Magdalena de los Ríos
1993 "La cronología de El Opeño, Michoacán:

nuevos fechamientos por radio-carbono", *Arqueología*, núms. 9-10, México, INAH, pp. 45-48.

Lechuga Solís, Martha Graciela
1977 "Análisis de un elemento de la estructura económica azteca: la Chinampa", tesis de licenciatura en Arqueología, México, Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH.

González, Carlos Javier
1988 "Proyecto Arqueológico 'El Japón'", México, Archivo de la Subdirección de Estudios Arqueológicos, INAH, mecanoscrito.

10. La foliación deberá ser continua y completa, incluyendo índices, bibliografía y apéndices.

11. Las gráficas e ilustraciones deberán ser originales. No se incluirán fotocopias, copias en acetatos ni archivos en disquetes de 3.5 pulgadas. Deberán ser numeradas consecutivamente y con referencia o llamada en el texto, descritas todas como figuras. Todas deberán ir acompañadas de su pie de ilustración. Los mapas y dibujos se entregarán en papel bond, con líneas en negro. En el caso de fotografías, diapositivas u otro material gráfico, se sugiere entregar los originales o bien archivos digitalizados en escáner, con las imágenes amplificadas en tamaño carta y digitalizarlas con una resolución de 300 dpi. Sólo se aceptarán archivos con formato TIF o JPG.

12. Los autores proporcionarán lugar de adscripción, número telefónico y dirección de correo electrónico de al menos uno de ellos.

13. Editados los textos en pruebas de imprenta, los autores serán convocados para dar su visto bueno, mediante la lectura de los mismos, en un plazo no mayor de los cinco días hábiles.

Correspondencia:

Revista *Arqueología*
Coordinación Nacional de Arqueología del INAH
Moneda núm. 16, col. Centro
06060, México, D.F.
Tels. 5522 4241 o 4040 5630 ext 413104
Correo electrónico:
revistarqueologia@inah.gob.mx
revistarqueologia@gmail.com

p r e s e n t a c i ó n

Estimados colegas:

En este número se presentan quince textos cuya temática geográfica y cultural es variada. De esta manera se ofrece a nuestros lectores artículos diversos —algunos de contenidos inusuales—, lo cual se ha hecho común en los números recientes de nuestra revista.

En el primer trabajo, escrito por Óscar Rodríguez Lazcano, trata sobre la ocupación epiclásica del sitio La Mina en Abasolo, Guanajuato. Con base en el estudio de los materiales culturales se establece que los ocupantes del lugar arriban durante el Clásico medio y habitan en el sitio hasta inicios del Posclásico, es decir entre 350 y 1200 d.n.e. El autor infiere que se trata de cazcanes y pames, así como toltecas de Tula. Se infieren rutas de interrelaciones para el área del centro de México.

En el siguiente artículo, “Estudio traceológico de herramientas prehispánicas en piedra andesítica en la región de Michoacán, México”, escrito por Christine Cochín, se propone la posible función de esos instrumentos a partir del análisis de las huellas de uso de ocho artefactos prehispánicos mediante la experimentación con once cuchillos elaborados recientemente; ambos apoyados en el análisis de rasgos etnográficos y la documentación de las fuentes históricas,.

Uno de los asentamientos humanos prehispánicos importante del noreste de la Sierra Gorda Queretana es el sitio Lan-ha’, y en el texto escrito por Ma. Teresa Muñoz Espinosa y J. Carlos Castañeda Reyes se ofrece una síntesis de los resultados obtenidos de la prospección arqueológica, cuya discusión es ilustrada con planos y fotografías. Sobre todo, se discute sobre la legislación existente para tratar de lograr la preservación de los sitios arqueológicos. Esta zona arqueológica de Lan-ha’ está siendo destruida intencionalmente, de ahí el llamado de los autores para tratar de concientizar y defender en lo posible la conservación de este importante asentamiento prehispánico.

“Lagunillas, un sitio uacúsecha en la periferia de la Meseta Tarasca” es el siguiente trabajo que se presenta; en el texto escrito, por Concepción Cruz Robles y colaboradores, se analiza un asentamiento del Posclásico tardío, ubicado en

una zona de transición “[...] en lo que se conoce como Ziracuaretiro –lugar donde termina la tierra fría– cuya función es probablemente la de resguardar la seguridad de la Meseta Tarasca y mantener el control de los pueblos conquistados hacia Tierra Caliente”. Se ofrece amplia información histórica, se estudian las características específicas del asentamiento y la distribución espacial de sus elementos arquitectónicos.

Salvador Pulido Méndez y Ma. de Lourdes López Camacho son los autores de “Diseños de la cerámica incisa del Posclásico en Zacatula. Apuntes para su identificación”. La intención básica del trabajo busca dar a conocer los diseños iconográficos plasmados por incisión en la cerámica, que al parecer son característicos de esta región y para un tiempo determinado. Además, desde luego, trata sobre otros elementos culturales en relación con el Posclásico en Zacatula.

Un estudio multidisciplinario es el que se llevó a cabo con los materiales culturales provenientes de la exploración arqueológica realizada en la “Cueva la Pintada”, en la Tierra Caliente de Michoacán. De esta manera se presentan el análisis de los materiales no sólo de cerámica y lítica, sino igualmente la taxonomía de los restos orgánicos –vegetales y huesos de animal– y se procesan algunas muestras de obsidiana por el método de activación neutrónica, con lo cual se logra identificar el lugar de origen de los yacimientos de este material. A través de todos estos análisis específicos se puede entender las relaciones existentes con otros grupos humanos, sobre todo con los asentados al norte del actual Michoacán, aunque también se observa la presencia de otros elementos culturales, tanto de la Cuenca de México como la de Zayula, Jalisco, según anotan los autores, Rodrigo Esparza López y colaboradores.

Luis Alberto López Wario y cuatro investigadores más escriben sobre un “Salvamento arqueológico en la carretera Cuitzeo-Pátzcuaro, Michoacán”, ofreciendo los resultados de su investigación en el eje del trazo de una carretera federal que une dichos poblados de la entidad. Se discute sobre la interrelación de los asentamientos registrados en los diversos momentos de su ocupación y de acuerdo con las características fisiográficas de las diversas áreas geográficas en que se localizan.

“El Señorío de Tuzapan. Indicadores históricos y arqueológicos de su papel en el centro-norte de Veracruz” es el texto elaborado por María Rosa Avilez Moreno. Se trata de un asentamiento prehispánico localizado en el área que cubre el Proyecto Arqueológico en la Cuenca Media del Río Necaxa, que viene llevando a cabo la autora. Asentamiento que al parecer corresponde con la cabecera del señorío prehispánico de Tuzapan, mencionado en las fuentes históricas. Se anexa un plano del sitio otorgando las características formales y, con base en lo que manifiestan algunos indicadores arqueológicos, se plantea que la ocupación más antigua de este asentamiento puede remontarse al periodo Clásico tardío.

Con base en el estudio de material lítico proveniente del área cívico-administrativo del sitio arqueológico Moral-Reforma en Tabasco, Stephen Castillo Bernal infiere diferentes actividades que tuvieron lugar en el espacio del que provienen tales materiales, y con todo ello trata de entender el papel jugado por este asentamiento Moral-Reforma “en la geopolítica maya de las tierras bajas”.

El siguiente texto es de la autoría de James A. Neely y B. Román Castellón Huerta: “Una síntesis del manejo prehispánico del agua en el Valle de Tehuacán, Puebla, México” trata sobre los elementos prehispánicos relacionados con el

manejo y control del agua, tan abundante en la región del Valle de Tehuacán. Se otorga una síntesis de la información existente para la actualidad, otorgando fechamientos por C.14 que consolidan las propuestas vigentes sobre el manejo prehispánico de los sistemas de riego, con lo cual se incrementa y consolida su temporalidad. Si bien es cierto que desde 1967 tanto MacNeish como Jean Brunet otorgaron información tentativa de la presa Purrón o presa Mequitango, una de las más grandes y antiguas conocidas para el México antiguo, los trabajos precisos y exhaustivos de James Neely —recientemente con la participación de Castellón Huerta— han detallado la conformación y ubicación temporal de la gran presa del Formativo, además de incrementar los elementos culturales sobre el manejo del agua en torno a esa gran obra hidráulica prehispánica. El artículo actualiza e incrementa notablemente la documentación sobre técnicas del control de aguas que se conocen para el Valle de Tehuacán durante la época prehispánica.

“La fortaleza popoloca de Tepexi El viejo”, texto de Noemí Castillo Tejero, ofrece información detallada sobre la ubicación y elementos defensivos del asentamiento. Como Castillo Tejero indica, Tepexi representa un verdadero sitio fortificado, a diferencia de otros que logran su carácter defensivo sólo por ubicarse en una posición estratégica. Se ilustra ampliamente con planos, fotografías y algunas reconstrucciones virtuales, todo lo cual permite observar algunos de los elementos defensivos de este gran asentamiento prehispánico fortificado.

El siguiente artículo lleva por título “Elementos de concha presentes en Cantona, Puebla”, escrito por A. García Cook y Katina Vackimes Serret, trata sobre 256 elementos conquiliológicos localizados en contextos arqueológicos en esa ciudad prehispánica. Se discute sobre la ubicación de los restos de concha y su asociación con otros elementos culturales; se otorgan los géneros y especie de los materiales que pudieron identificar los especialistas, y se aportan datos acerca de su procedencia y ubicación temporal. Además, se estudian las posibles especies a que podría pertenecer algunos de los restos animales que forman parte del contexto asociado a los materiales de concha. En un texto anterior los mismos autores habían tratado ya los materiales conquiliológicos procedentes de Cantona, pero entonces sólo pudieron identificarse taxonómicamente 29 objetos y para esta ocasión se ofrecen datos sobre género y especie de 191 elementos de concha.

“El cerro Coatepec en la mitología azteca y Templo Mayor, una propuesta de ubicación”, de Eduardo Yamil Gelo, es un artículo muy interesante en el cual se analizan y discuten documentos de fuentes históricas y materiales arqueológicos del sitio en el cerro Hualtepec, ubicado al noroeste de Tula, estado de Hidalgo. De acuerdo con “la ubicación geográfica, la morfología del sitio, las condiciones geofísicas y los restos arqueológicos del Hualtepec con el Coatepec de las fuentes y con el Coatepec de Tenochtitlan, el propio Templo Mayor [...]”, el autor concluye que el sitio arqueológico del cerro Hualtepec es el Coatepec del que tratan las fuentes históricas.

Eduardo A. Tejeda Monroy es autor del artículo “Los murales de Chichén Itzá, Chacmultún, Ichmac y Mulchic. Implicaciones sobre la beligerancia maya en el Clásico tardío-teminal (600-1000 d.C.)”; en ese texto, y con base en el estudio específico de los murales de cada uno de los lugares mencionados —además de apoyarse en documentos históricos relacionados con la conquista y colonización

de la península yucateca—, el autor ofrece una idea acerca de la posible organización militar, los sistemas de armamento, los sistemas de mando y las tácticas empleadas durante los conflictos bélicos en que participaron los “ejércitos” mayas de las Tierras Bajas septentrionales.

Finalizamos con una interesante aportación de Tomás Villa Córdova, “Apuntes sobre Huitzilopochco”. Con base en los documentos históricos se aborda este asentamiento prehispánico, una de las poblaciones importantes del “imperio mexica” ubicada al sur de la cuenca de México, el actual Churubusco.

En la sección *Informes del Archivo Técnico* se presenta un estudio sobre “Los dioses de Teotihuacan”, escrito por Pedro Armillas y comentado por Jesús Evaristo Sánchez.

En la sección *Reseñas*, Pedro Francisco Sánchez Nava presenta sus comentarios al libro *Haciendo arqueología. Teoría, métodos y técnicas*.

No quisiéramos concluir nuestra presentación sin reiterar la invitación a colaborar con la revista *Arqueología*, para lo cual los trabajos remitidos deberán cumplir con los requisitos de publicación mencionados en la “Invitación a los colaboradores”.

Los editores



El Epiclásico en La Mina, Abasolo, Guanajuato

El escrito trata sobre las ocupaciones Epiclásicas del sitio La Mina, localizado en Abasolo, Guanajuato, descubiertas por el Departamento de Prehistoria del INAH en el otoño de 1973. Se presentan los materiales arqueológicos correspondientes y se plantea el origen foráneo de la gente que, habiendo llegado en el Clásico medio, ocupó el lugar durante el Epiclásico, junto con quienes arribaron a La Mina en ese horizonte. Se atribuye la ocupación del sitio entre el 350-1200 d.C., tanto a cazcanes y pames (de estados como Zacatecas, Durango, Jalisco, Nayarit y San Luis Potosí), como a toltecas de Tula, quienes emigraron al sitio motivados por cambios climáticos, inferidos por los entierros desmembrados, encontrados en diferentes lugares. Las migraciones se deducen de la discontinuidad en las tradiciones cerámicas del sitio y del Bajío que existieron durante el Preclásico superior y el Clásico temprano.

The article deals with Epiclassic occupation of the site of La Mina, Abasolo, Guanajuato, explored by the INAH Department of Prehistory in autumn 1973. It presents the archaeological materials from the excavation and proposes the foreign origin of the people, who arrived in the Middle Classic and occupied the site during the Epiclassic, together with people who came to La Mina in that period. Between AD 350-1200, the occupation of La Mina is attributed to groups of Cazcanes and Pames (from states such as Zacatecas, Durango, Jalisco, Nayarit and San Luis Potosí), as well as Toltecs, who emigrated to the site from Tula, motivated by climate changes, inferred from the dismembered burials found in several locations. Discontinuity in the ceramic traditions at La Mina and in the Bajío during the Upper Preclassic and the Early Classic further support the identification of migrations.

Localización

El sitio La Mina se encuentra dentro del rancho del mismo nombre, en el municipio de Abasolo, Guanajuato, y se localiza por las coordenadas 101°32'30" de longitud oeste, 20°25' de latitud norte, entre 1750 y 1860 msnm. Colinda al noreste con la Peña del Guizo, al sur con Buena Vista de Chávez, al este con la Barranca del Venado y al suroeste con La Colonia (fig. 1). La Mina está dentro de un yacimiento de obsidiana, y desde la planicie aluvial hasta la cima del cerro La Mesa se observan cantos de obsidiana, desechos de talla y tientos cerámicos; en torno al manantial, ubicado al suroeste del cerro (donde está el árbol de mayores dimensiones del sitio), se aprecian restos de muros prehispánicos que sirvieron para canalizar el agua del manantial que ahí se ubica; el cerro La Mesa tiene múltiples terrazas que tuvieron funciones como espacios agrícolas, lugares para construir casas habitación, áreas de enterramiento, zonas de trabajo para producir objetos cerámicos, instrumentos líticos (principalmente de obsidiana) y textiles, y como extensiones ceremoniales; en sus laderas norte y sur se encuentran

* Dirección de Estudios Arqueológicos, INAH.



● Fig. 1 Localización de La Mina.

cuevas y abrigos o resguardos; todos estos espacios (registrados como sitios diferentes al interior de La Mina) conforman el sitio arqueológico registrado por el Departamento de Prehistoria del INAH, en un recorrido que tenía como objetivo la localización de asentamientos de cazadores recolectores precerámicos (Mora, 1972).

La Mina pertenece fisiográficamente a la Provincia del Eje Neovolcánico y la Subprovincia del Bajío Guanajuatense, drenadas por corrientes que desembocan en los ríos Lerma y Turbio. El paisaje lo dominan, por su mayor elevación, los cerros Huanímaro y Peralta, que se levantan a 510 m y 360 m respectivamente, sobre el valle ubicado a 1 700 msnm. El cerro Huanímaro conforma las sierras de Huanímaro y de Abasco, y es en esta última en donde se encuentra el sitio. Esta sierra fue conformada por diferentes erupciones volcánicas del Cuaternario, es de composición riolítica, con presencia de pómez, andesita y vidrios volcánicos con diversos grados de devitrificación que

llegan a la perlita, materiales presentes tanto en los coluviones como en los cortes de las laderas, en forma de cantos de obsidiana y pómez (fig. 2) (Reyes *et al.*, 1973).

La Mina y su entorno inmediato tienen como suelo dominante un *Phaeozem* háplico y como



● Fig. 2 Perfil en parte de la ladera sur del cerro La Mesa.

secundario un Litosol, con lecho rocoso entre 10 y 50 cm de profundidad; en la planicie aluvial se encuentran suelos de tipo *Phaeozem* calcárico y Vertisol pélico, todos de textura fina (CETENAL, 1973). Antonio Flores (1973) reportó que:

[...] las laderas del cerro Huanímaro presentan un suelo con perfil C o A/C que indica un pobre desarrollo y erosión constante, mientras que la llanura aluvial presenta suelos de formación reciente, con claros contactos estratigráficos, debidos al continuo aporte de materiales de las partes altas, mismo que impide la formación de los horizontes A y B por lo que están caracterizados por un perfil C1/C2/C3 [...] Las partes más bajas y alejadas del cerro tienen un suelo negro, arcilloso y con proceso definido, debido al acarreo constante de materiales finos, arcilla y limo, cuya deposición nos indica la antigua presencia de un lago poco profundo. Los tipos de suelo se clasifican como Litosol, Fluvisol y Vertisol, respectivamente.

Con respecto a la vegetación, en la planicie aluvial se localizan sobre los suelos profundos y arenosos algunos especímenes aislados de lo que fue un bosque subtropical micrófilo. En las barrancas y cañadas se observa la presencia de comunidades vegetales subtropicales caducifolias (fig. 3), ubicadas sobre los suelos más profundos de las laderas, donde sobrevive una población de teozinte (*Zea mexicana*), que aprovecharon las comunidades primitivas que se asentaron en los diferentes espacios del sitio, tanto en forma silvestre como a través de cruces genéticas para producir maíz; sin embargo, en las zonas de menor humedad, sobre los suelos más someros de las laderas de los cerros, a variable altimetría se distinguen diversas cactáceas representadas por nopales y órganos (fig. 4) (González *et al.*, 1973).

De los once asentamientos registrados como sitios dentro de La Mina en 1972, el Departamento de Prehistoria del INAH excavó en el otoño de 1973, bajo la dirección de campo de Jesús Mora, el sitio Ab-3 en lo que se conoce como la ladera de las cuevas, en el lado norte del cerro (fig. 5), y el sitio Ab-6 en la Peña de la Frente, en la ladera sur (fig. 5) (Mora, 1974). Asimismo, en 1978 Manuel Gándara (1978) excavó el sitio Ab-11, pero



● Fig. 3 Vegetación de la ladera norte del cerro La Mesa y la barranca.



● Fig. 4 Vegetación de la ladera sur del cerro La Mesa.

bajo el nombre de AB-7, en el área que corresponde a la segunda terraza en dirección oeste-este del cerro (AB-7-2, fig. 5), con el objetivo de “[...] proporcionar materiales fechables en contextos controlados, que permitieran fijar cronométricamente al menos uno de los complejos cerámicos [...]” (Gándara, 1978: 4).

El sitio Ab-3 se localiza a 1 770 msnm (70 m sobre la planicie aluvial), en la ladera de las cue-



© Fig. 5 Ubicación de sitios excavados en La Mina, Abasolo, Guanajuato.

vas del cerro La Mesa; es una cueva endógena formada por la presión de los gases internos del cerro en su estado ígneo y la filtración del agua de las lluvias, con una entrada de 8 m de largo y 1.20 m de altura (fig. 6), que comunica con la cámara interior de unos 60 m² con planta de forma rectangular, a la cual se accede por las dos terrazas artificiales que la bordean, las cuales fueron excavadas (Mora, 1974). En el espacio ocupado por una de las terrazas se observó una hilada de piedras lajas de toba riolítica sedimentaria, que al parecer corresponde al muro de una casa habitación. En las áreas de las plataformas se practicaron calas de aproximación que produjeron variados materiales y dos entierros humanos: el Entierro 1 correspondió a un adulto del Postclásico tardío y el Entierro 2 a una joven (subadulto) y un infante del Epiclásico. Cabe señalar que los dos entierros están desmembrados. El Entierro 2 fue depositado en fosa sobre lecho rocoso, donde los restos del infante se encontraron dispersos sin relación anatómica, y el esqueleto de la joven estaba orientado del sudeste al noroeste, en posición decúbito lateral derecho flexionado, sin el brazo izquierdo (localizado a metro y medio al norte del esqueleto) y con los huesos de los dedos de las manos y de los pies desarticulados, sin relación



© Fig. 6 Vista del sitio Ab-3.

anatómica (fig. 7). Este entierro tenía una ofrenda de seis vasijas de los tipos Garita café y negro liso e inciso, y Buena Vista naranja liso, con formas de pequeños tecomates (fig. 8), ollas de silueta compuesta (fig. 9) y escudillas ápodas de paredes curvas convergentes y rectas divergentes, con colores negro, café y naranja, y un fragmento de metate ápodo con un fragmento de mano de metate, ambos de riolita y sin huellas de uso. Por la ofrenda asumimos que se trataba de una joven de la nobleza de filiación pame (Rodríguez, en preparación).



● Fig. 7. Entierro 2 de Ab-3 (dibujo de Alfredo Arcos).



● Fig. 8. Cerámica Garita café y negro lisa. Ofrenda del Entierro 2 de Ab-3. Foto de Goly.



● Fig. 9. Cerámica Garita café y negro incisa. Ofrenda del Entierro 2 de Ab-3. Foto de Goly.



● Fig. 10. Vista del sitio Ab-6.

El sitio Ab-6 es un abrigo rocoso que forma parte de un acantilado casi vertical, La Peña de la Frente, de 16 m de altura, que contiene una plataforma o terraza con un área de 95m², construida sobre la ladera sur del cerro, donde fueron aprovechadas las rocas desprendidas del acantilado para formar el muro de contención. La visera del abrigo protege un área de 28 m², que junto con el área no ocupada por las rocas desprendidas del acantilado suman una superficie de 84 m² con materiales arqueológicos (fig. 10). En este sitio se excavó un entierro primario en fosa y sobre lecho rocoso, de un adulto medio de sexo femenino en probable posición de decúbito lateral derecho flexionado con orientación este-oeste, del cual aparecieron únicamente el cráneo fragmentado, que presenta una horadación sin regeneración en la sutura Lambdoidea, y parte del húmero, del cúbito y del radio izquierdos, además de la tibia, el peroné y el fémur izquierdos (fig. 11); los huesos largos carecen de las epífisis. Este entierro presentó como ofrenda dos escudillas del tipo Garita café y negro lisa, una de ellas “matada” que tiene soporte trípode de botón y restos de hollín en la base (fig. 12) (Rodríguez, 2005 y en prensa). La ofrenda asociada sugiere que se trataba de una campesina pame de bajo nivel social, de un grupo diferente al de la joven del Entierro 2 de Ab-3 (Rodríguez, en preparación).

El sitio AB-7 (Ab-11) se encuentra sobre la ladera occidental del cerro La Mesa. Este espacio arqueológico, que tiene una orientación oeste-este, está conformado por siete plataformas agrícolas-



Fig. 11 Entierro 1 de Ab-6 (composición a dibujo de Alfredo Arcos).



Fig. 12 Escudillas Garita café y negro lisa. Ofrenda del Entierro 1 de Ab-6.

habitacionales en diferentes niveles, con un área promedio de 250 m² y en cuya plataforma superior se encuentra un montículo de 2 m de altura construido con lajas (fig. 13). En la segunda terraza



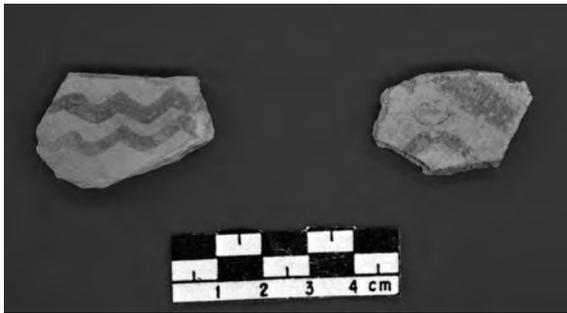
Fig. 13 Basamento en el cerro La Mesa.

(AB-7-2, fig. 7) Gándara excavó tres muros de adobe con cimientos de piedra y encontró los restos óseos de tres individuos, de los cuales exploró el Entierro 1, un entierro primario de un adulto en posición decúbito lateral izquierdo flexionado, con orientación oeste-este, del Posclásico tardío (Gándara, 1978).

Las excavaciones referidas arrojaron materiales que van desde el Cenolítico superior hasta el siglo xx, pasando por el Protoneolítico, Preclásico inferior, Preclásico medio, Preclásico superior, Clásico temprano, Clásico medio, Clásico tardío o Epiclásico, Posclásico temprano, Posclásico tardío, la Colonia española (siglos xvi-xviii) y el siglo xx; la mayoría de estos periodos fueron asignados por seriación cerámica y lítica, por su asociación con tipos conocidos, por su tecnología y por la información grabada en el material de vidrio, en vista de que, por el momento, únicamente se cuenta con seis fechas de radiocarbono del sitio Ab-6 (Rodríguez, 2005 y en prensa), dado que las muestras de carbón de Ab-3 y AB-7 no se han fechado.

Antecedentes inmediatos al Epiclásico

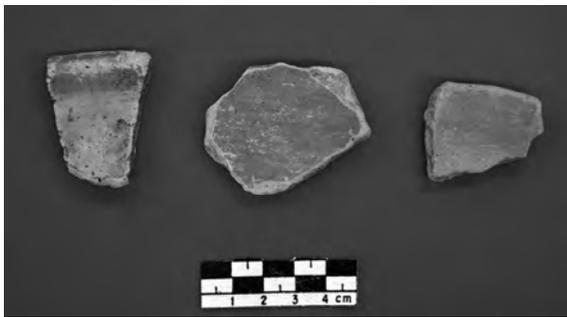
En La Mina, durante el Clásico temprano aparecieron las cerámicas Rojo sobre bayo (fig. 14), Rojo barrido (fig. 15) y Rojo naranja pulido (fig. 16), siendo las dos primeras cerámicas de tradición local y la tercera originaria de Jalisco, y la



● Fig. 14 Cerámica Rojo sobre bayo.



● Fig. 17 Cerámica Bayo inciso alisado.



● Fig. 15 Cerámica Rojo barrido.



● Fig. 16 Cerámica Rojo naranja pulido.

cerámica Bayo inciso alisado que es de origen teotihuacano, según identificación de la doctora Florencia Müller (fig. 17). Asimismo, en diferentes sitios del Bajío se ha registrado para el Clásico temprano —propuesta cronológica basada en una seriación personal, no publicada, que considera los tipos cerámicos registrados en el Bajío hasta la fecha— la cerámica Paso Ancho *red rim*, que

Snarskis (1974) y Gorenstein (1974) clasificaron dentro del Complejo Lerma con una cronología del Clásico tardío, respectivamente, y que en 1985 ubicaron de 450 a 1450 d.C. Esta cerámica fue nombrada Paso Ancho borde rojo por Contreras y Durán (1982) y por Durán (1991), quienes la fecharon, por comparación con diferentes sitios, entre 350 y 750 d.C., referida como Borde rojo por Sánchez *et al* (1982) con una temporalidad de 600 a 900 d.C.; a su vez, para la región de Ucareo-Zinapécuaro, Hernández (2000 y 2001) la denominó Paso Ancho *red rim* y la ubicó entre 400 y 700 d.C. Otro tipo del Clásico temprano —con base en la seriación referida para el Paso Ancho *red rim*— es el Cantinas *red orange*, que Snarskis incluyó dentro del Complejo Lerma con las fechas propuestas por Gorenstein (1974 y 1985) para ese complejo, y que Nalda (1981) llamó Rojo-naranja/bayo y colocó de 600 a 900 d.C.; a este tipo cerámico Velázquez (1982) lo situó en el Clásico superior-Posclásico inferior; asimismo, Contreras y Durán (1982) lo denominaron Rojo y naranja sobre bayo fechándolo entre 600 y 1200 d.C., criterios empleados también por Durán (1991); esta cerámica fue nombrada por Hernández (2000 y 2001) Cantinas *red orange group*, quien la fechó entre 700 y 900 d.C. Sin embargo, para el Clásico medio, hacia 350 d.C., las cerámicas presentes en La Mina son el Blanco levantado y el Negro/naranja, ambas de probable filiación cazcán (Rodríguez, en preparación), mismas que se extienden hasta 1200 d.C.; asimismo, las cerámicas Garita café y negro lisa e incisa, Buena Vista naranja lisa e incisa y Copandero tallada, producidas por diferentes grupos pames (*idem*), llegaron hacia 450 d.C.

y permanecieron hasta 1100 y 1200 d.C., respectivamente. Las cerámicas presentes en La Mina desde el Clásico medio coexistieron en el Bajío durante el Epiclásico con las cerámicas Monocromo naranja alisado y Naranja pulido, de filiación cazcán (*idem*), presentes de 750 a 1200 d.C., que se distribuyen en la región occidental, y las cerámicas Naranja alisado, Naranja a brochazos y Rojo a brochazos que son de manufactura tolteca local (950 al 1050 d.C.), y todas ellas tienen un origen foráneo, aseveración compartida por Castañeda *et al.* (1988a) para las cerámicas Blanco levantado, Negro/naranja y Garita, por Durán (1991) para el Blanco levantado y el Negro/naranja (proponiendo su origen al norte del Bajío), y por Castañeda López *et al.* (2002) para la cerámica Garita.

Las cerámicas del Epiclásico

Los grupos cerámicos que se presentan a continuación se compararon con algunos tipos y/o grupos cerámicos propuestos por diferentes investigadores que han trabajado en distintos sitios arqueológicos de Guanajuato, particularmente del Bajío, de zonas aledañas en Jalisco, Michoacán, Querétaro, San Luis Potosí, y Tula (Hidalgo), donde se ha registrado su presencia. Se adoptó el nombre de los tipos o grupos propuestos por los investigadores que primero publicaron su existencia, fundamentalmente cuando se comparten los colores, el acabado de superficie, algunas de las técnicas decorativas, los diseños *grosso modo*, y las formas generales, pero se es consciente de que las pastas no son las mismas y existen variantes locales en algunos de los diseños y de las formas; sin embargo, se omitió el uso del concepto de “tipo variedad” para evitar el incontable incremento de los tipos y porque las descripciones cerámicas de la región no lo consideran. Una excepción —relacionada con la conservación de los nombres de los primeros tipos propuestos— se dio con el tipo Copandero *excised* ya que, siguiendo la propuesta de Hernández (2000 y 2001), se le consideró tallado por corresponder a la técnica usada en La Mina. En relación con los grupos cerámicos del Bajío, Pomedio (2007a) planteó la diferenciación regional de las pastas (a nivel visual) y los diseños

de la cerámica Café incisa del Bajío, y propuso, entre otras cosas, que la cerámica café incisa de La Mina (Garita café y negro incisa) fue producida con pastas del cerro Barajas, propuesta que no compartimos por la diferencia visual entre las pastas de la cerámica café incisa del cerro Barajas que revisamos y las de la muestra obtenidas en La Mina. Sin embargo, a nivel de acabado de superficie, color y diseños (iconografía) se comparten elementos que reflejan la misma etnia.

Blanco levantado

Esta cerámica es de pasta fina elaborada por moldeado y cocida en atmósfera de oxidación; el color de su pasta es naranja;¹ el color del engobe es gris claro o naranja y el color de la superficie exterior es blanco, gris claro o naranja; la superficie interior es café amarillenta clara; el acabado de la superficie exterior tiene un baño de caolín, y el de la superficie interior es alisado; todas las formas observadas en el Bajío corresponden a ollas. Esta cerámica tiene una amplia distribución espacial y temporal, pues se le ha ubicado desde contextos del Preclásico en Colima y Jalisco, en ambas costas de México (Kelly, 1949; Kelly *et al.*, 1966; Crespo, 1996, y Braniff, 2000) y en La Mina² (Rodríguez, 2005 y en prensa), hasta contextos del Posclásico temprano en Tula (Acosta, 1945, y Cobean, 1990), pasando por el Clásico y el Posclásico temprano en el Bajío (Braniff, 1963, 1965, 1972, 1999, 1992 y 2000; Nalda, 1975; Zepeda, 1986, 2004, 2006, 2007a y 2007b; Saint-Charles, 1990; Durán, 1991; Sánchez, 1995; Crespo, 1996; Michelet, 1996; Migeon *et al.*, 2001 y 2007; Rodríguez, 2005, 2007 y en prensa; Flores *et al.*, 2006; Cárdenas, 2007; Felini *et al.*, 2007; Migeon, 2007; Pereira, 2007; Torreblanca, 2007 y 2008), si bien Gándara (1978) y Juárez *et al.* (1979-1980) la nombraron Blanco fugitivo sin describirla ni ubicarla cronológicamente. Como ya indicamos, el

¹ Los colores que se indican están basados en las tablas Munsell, pero se omitieron los valores numéricos por considerar irrelevante su diferenciación dentro y entre cada grupo cerámico.

² En La Mina existe una versión temprana del Blanco levantado del Preclásico medio, pero no perduró a las siguientes fases.



© Fig. 18 Cerámica Blanco levantado. Museo de Huanímaro, Gto.

Blanco levantado se presentó en La Mina de 350 a 1200 d.C. (pero no perduró en las siguientes fases) y sugerimos que es de origen cazcán, aun cuando Zepeda (2007a) señaló que en Cañada de la Virgen fue producida por grupos otomíes.³ Para ilustrar este tipo cerámico, dado que la muestra obtenida en La Mina se conforma de tientos muy pequeños que no permiten distinguir las formas (Juárez *et al.*, 1979-1980 y Rodríguez, 2005), se muestra una vasija completa exhibida en el Museo de Huanímaro, sin procedencia especificada en su vitrina pero propia de la región que nos ocupa (fig. 18).

Negro/naranja

Es una de las cerámicas más abundantes en el sitio. Se presenta en pastas finas, medianas y gruesas; fue hecha por moldeado; su cocción se hizo en atmósferas de oxidación; el color de la pasta es rojo, naranja, café muy pálido y negro; tiene un engobe de color naranja y rojo claro; el color de la superficie exterior es de varios tonos de naran-

ja; la superficie interior también es naranja; el acabado de superficie exterior es alisado y pulido; el acabado de superficie interior es alisado; la decoración en la superficie exterior es pincelada con motivos de líneas negras curvas, espirales y rectas; el diámetro del borde es de 10 a 30 cm; las probables formas son ollas hemisféricas y de silueta compuesta. Esta cerámica corresponde a la referida por Margain (1943) como cerámica Anaranjada con decoración de líneas negras paralelas, que no ilustró pero relacionó con la cerámica Azteca II-III; recuerda al tipo Cópore negro/naranja de Braniff (1965) procedente de la región del río Turbio, quien no lo situó cronológicamente; Nalda (1975) lo registró como Aztecoide y lo ubicó hacia 1350-1500 d.C.; Juárez *et al.* (1979-1980) siguiendo a Margain (1943), lo refirieron como Negro/anaranjado azteca II-III; Contreras *et al.* (1982) lo llamaron Negro sobre naranja y lo ubicaron entre 750 y 1200 d.C., relacionándolo con el Blanco levantado; Gabriela Zepeda (1986) le otorgó una cronología de 750 a 1200 d.C.; Cobean (1990) lo denominó Negro sobre anaranjado y lo colocó en la fase Tollan, de 950 a 1150 d.C.; Saint-Charles (1990) lo relacionó con el Blanco levantado, aunque un poco más tardío, y propuso un rango de fechas entre 750 y 1000/1150 d.C.; Durán (1991) lo etiquetó como Negro sobre naranja y lo situó entre 750 y 1200 d.C.; Braniff (1992) lo ubicó en 400-700/800 d.C.; Sánchez (1995) lo fechó entre 700 y 1000 d.C.; Migeon *et al.* (2001) lo ubicaron entre 750 d.C. y 900/950 d.C.; Migeon (2002) lo llamó ANPINE y le otorgó una cronología de 500 a 1100 d.C.; Rodríguez lo nombró Negro sobre naranja y lo colocó entre 900-1100 d.C. (2005) y de 350-1200 d.C. (2007); Pérez (2006) y Cárdenas (2007) lo reportaron en Peralta, indicando que es el más abundante del sitio y con una cronología de 300-650 d.C.; Migeon *et al.* (2007) lo refirieron como Anaranjado con pintura negra, y lo ubicaron de 600 a 1100 d.C.; Migeon (2007) y Pereira (2007) lo denominaron Sábila negro/anaranjado con la misma cronología otorgada por Migeon en 2002; actualmente ratificamos la fecha de 350-1200 d.C. En vista de que la muestra obtenida en La Mina no permite proponer formas (Juárez *et al.*, 1979-1980, y Rodríguez, 2005), se decidió ilustrar este tipo cerámico con un ejemplar exhibido

³ Su propuesta se fundamenta en los estudios observacionales verificados por Quiroz. "Porque en el escenario tan complejo de la frontera de la Mesoamérica septentrional únicamente los pueblos otomíes contaron el tiempo con la luna o con el llamado Meztlapohualli" (Zepeda, 2007a: 171). Una explicación de esta compartición de tipos cerámicos se tiene si se considera que los otomíes imitaban los utensilios de otros grupos étnicos, dándoles su estilo personal. Eso se observa, entre otras cosas, en las cerámicas Blanco levantado y Rojo sobre bayo (Coyotlatelco).



◉ Fig. 19 Cerámica Negro/naranja. Museo de Abasolo, Guanajuato.

en el Museo de Abasolo, sin procedencia especificada pero originario del mismo municipio (fig. 19).

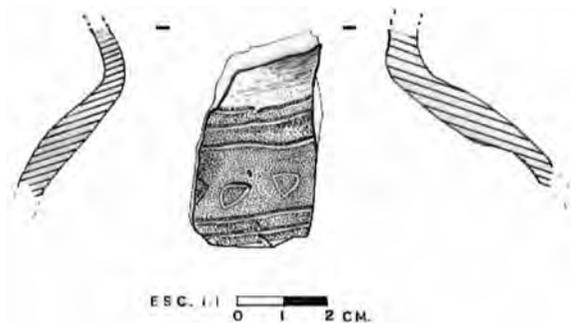
Garita café y negro liso

Este tipo es de pasta fina a mediana y fue elaborado por modelado; su cocción fue por reducción; tiene pastas de color amarillo rojizo y diversos tonos de café; el engobe es de varios tonos de café; la superficie exterior presenta diferentes tonos de café y de negro; la superficie interior es de varios tonos de café, gris oscuro y negro; su superficie exterior puede estar alisada, pulida normal o con “pulido de palillos”; la superficie interior puede ser alisada o pulida; tiene bordes de 14 a 26 cm de diámetro, de formas redondeadas y en bisel; las formas representadas son escudillas ápodas y trípodes con fondos cóncavos y planos de paredes curvas convergentes y rectas divergentes, ollitas hemisféricas y tecomates (fig. 8). Es uno de los tipos más abundantes en el sitio y corresponde al Garita *black brown A (plain)* de Snarskis (1974 y 1985), quien lo asignó al Complejo Lerma; Gorenstein (1974) lo ubicó en el Clásico tardío y posteriormente (1985) de 475 a 1450; Contreras *et al.* (1982) lo llamaron Café y negro pulido y lo fecharon de 350 a 750 d.C.; Durán (1991) lo refirió como Café y negro pulido sin decoración y le asignó una cronología de 350 a 750 d.C.; Sánchez (1995) lo nombró Café pulido y lo ubicó hacia 300-900 d.C.; Migeon (2002) lo denominó Cafipu (Café fino pulido) y lo colocó de 450 a 1100 d.C.; Ro-

dríguez (2005) lo llamó Garita café y negro plano, y lo consideró del Epiclásico, aunque en 2007 lo denominó Garita café y negro liso y ubicó igual que el Cafipu de Migeon (2002); Cárdenas (2007) lo nombró Café pulido sin esgrafiado y lo fechó entre 300-650 d.C.; tanto Migeon (2007) como Pereira (2007) lo refirieron como Chupiri café pulido con la misma cronología, de 450 a 1100 d.C.; actualmente ratificamos la fecha de 450-1100 d.C. Como hipótesis provisional proponemos que la cerámica Garita fue elaborada por grupos pames (Rodríguez, en preparación)

Garita café y negro inciso

Es un tipo cerámico elaborado con pastas finas y medianas por modelado; fue cocido en atmósferas reductoras; con pastas de colores café muy pálido y negro; su engobe presenta colores café, café muy pálido y café amarillento; el color de la superficie exterior se presenta en varios tonos de café y de negro; en la superficie interior se observan diversos tonos de café y de negro; la superficie exterior puede tener acabado alisado, pulido o “pulido de palillos”; la superficie interior presenta acabados alisados y pulidos; la decoración puede ser incisa, esgrafiada y grabada; los motivos de la decoración son puntos, líneas rectas paralelas, triángulos y líneas curvas (fig. 20), cursos de agua (fig. 21), chamanes (fig. 22) y cerros con resplandor solar (fig. 23); el diámetro de los bordes varía de 18 a 26 cm; se presenta en formas de escudillas, ollas de silueta compuesta (fig. 9) y de línea quebrada,



◉ Fig. 20 Cerámica Garita café y negro incisa. Dibujo de Guadalupe García Cárdenas.



Fig. 21 Cerámica Garita café y negro incisa.

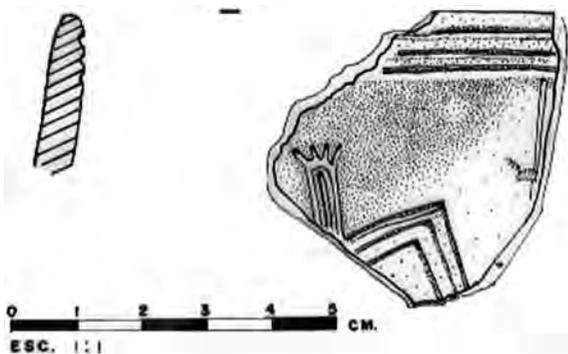


Fig. 22 Cerámica Garita café y negro incisa (dibujo de Guadalupe García Cárdenas).

malacates bicónicos (fig. 23) y vasos. Corresponde al Garita *black brown B (incised)* de Snarskis (1974 y 1985) con la misma cronología otorgada al tipo *Plain*. Juárez *et al.* (1979-1980) lo denominaron Esgrafiado; Nalda (1981) lo llamó Bayo inciso pulido y lo fechó de 600 a 900 d.C.; Velázquez (1982) lo nombró Bayo teotihuacano “inciso” y lo ubicó en el Clásico; Contreras *et al.* (1982) lo denominaron Café y negro pulido y lo fecharon de 350 a 750 d.C.; Zepeda (1986) lo llamó Bayo inciso pulido y lo situó de 600 a 900 d.C.; Macías (1990) lo registró como Café claro esgrafiado; Cobean (1990) lo consignó como Clara luz negro esgrafiado de 700 a 800 d.C., aunque en 2007 lo asignó de 650 a 750 d.C.; Durán (1991) lo denominó Café y negro pulido decorado y lo colocó de 350 a 750 d.C.; Braniff (1992) lo etiquetó como Esgrafiado San Miguel y Zaquil/negro esgrafiado fechándolo de 400-700/800 d.C., posteriormente

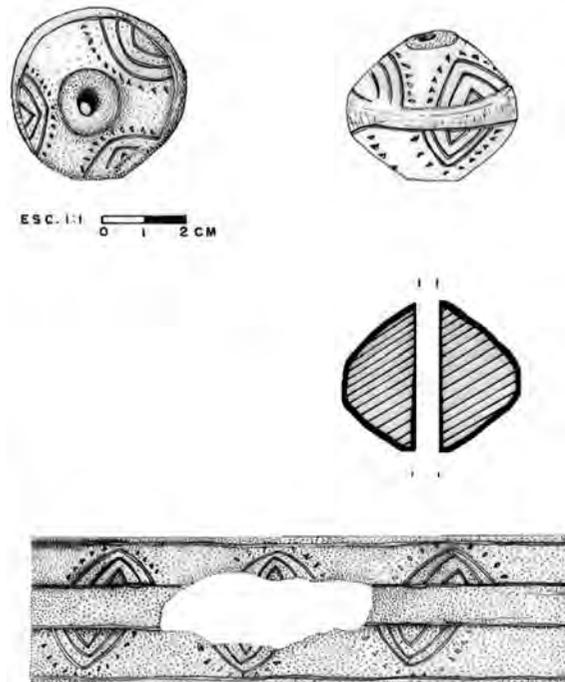


Fig. 23 Garita café y negro incisa (dibujo de Guadalupe García Cárdenas).

(1999) lo llamó San Miguel gris esgrafiado; Sánchez (1995) lo nombró Café pulido inciso y lo ubicó de 500 a 900 d.C.; Michelet (1993) lo refirió en Zacapu como Tipo Lupe y lo colocó de 600 a 800 d.C., y para Río Verde (1996) como Río Verde inciso-grabado, situándolo de 500 a 700 d.C.; Hernández (2000 y 2001) le dio el mismo nombre que Snarskis (1974 y 1985) y le asignó una cronología de 700 a 900 d.C.; Castañeda *et al.* (2002) lo describieron como cerámica café y lo ubicaron en la parte tardía del Clásico; Migeon (2002) lo denominó Café fino pulido esgrafiado/inciso y le otorgó una antigüedad de 450 a 1100 d.C.; Rodríguez (2005) lo llamó Garita café y negro inciso y lo consideró del Epiclásico, pero en 2007 le atribuyó las mismas fechas que Migeon (2002); Flores *et al.* (2006) lo refirieron como Garita café inciso, ubicándolo en el Clásico; Cárdenas (2007) lo clasificó como Café pulido esgrafiado de 300-650 d.C.; Migeon *et al.* (2007) le dieron el mismo nombre y cronología que Migeon en 2002; tanto Migeon (2007) como Pereyra (2007) lo denominaron Chupiri café pulido inciso con fechas de 450 a 1100 d.C., nombre y cronología que comparte

Pomedio (2007b), quien observó que es semejante en el acabado de superficie y la iconografía al tipo Vesuvio *red-filled engraved* reportado por Kelley *et al* (1971), con una cronología 500-950/1000, y al que Holien *et al.* (1978:155) refirieron como Michilla *red-filled engraved* (750-900 d.C.), con el tipo Canutillo inciso de Jiménez *et al.* (2000: 159-175) Fase Canutillo (200-650 d.C.), y los tipos del Complejo Murguía referidos por Wells *et al.* (2001), ubicados entre 750 y 900 d.C. Aquí ratificamos la cronología propuesta en 2007, de 450 a 1100 d.C. De esta cerámica cabe una observación, en el sentido de que las vasijas con pasta mediana porosa tienen la incisión pre cocción cuando la arcilla estaba húmeda y con líneas relativamente gruesas, no así las vasijas de pasta fina y compacta, que son esgrafiadas (incisas pre cocción con la arcilla seca) y grabadas (incisas post cocción), cuyas incisiones son más delgadas; además, el acabado de superficie es más burdo en las de pasta mediana, que llegan a presentar alisado; de estas tres variantes las incisas de pasta mediana y alisadas son las más tempranas, las esgrafiadas de pasta fina y pulidas son intermedias, y las grabadas de pasta fina con acabado de “pulido de pali- llos” son las más tardías. Asimismo, consideramos que la diferencia entre las vasijas lisas y las incisas obedece a que fueron producidas por distintos grupos de pames (Rodríguez, en preparación).

Buena Vista naranja inciso

Esta cerámica tiene pastas finas y medianas y se elaboró por modelado; fue cocida en atmósfera oxidante; los colores de su pasta son café oscuro, café amarillento y café muy pálido; su engobe presenta colores naranja, café y rojo; el color de la superficie exterior varía entre café fuerte, café rojizo y naranja; la superficie interior se presenta en colores café amarillento, café grisáceo oscuro, y naranja; el acabado de la superficie exterior es alisado; la superficie interior es alisada; la decoración puede ser incisa o esgrafiada a base de líneas rectas; se tienen registradas formas de escudillas y ollas de silueta compuesta. Snarskis (1974 y 1985) lo llamó Tipo Potencial Buena Vista *orange A (incised)* y fue fechado por Gorenstein (1974

y 1985) en el Posclásico y entre 1450 y 1520, respectivamente; asimismo, Snarskis indicó que ciertos motivos decorativos incisos están presentes tanto en Garita *black-brown B (incised)* como en Buena Vista *orange A (incised)*, lo que le sugirió algún tipo de continuidad, pero con una diferencia dramática a nivel tecnológico entre los dos tipos. Nalda (1981) lo nombró Bayo inciso alisado y lo ubicó en el Posclásico; corresponde al Rojo ladrillo inciso de Velázquez (1982), quien lo fechó en el Posclásico; por su parte, Zepeda (1986) lo denominó Bayo inciso alisado otorgándole una antigüedad de 900 a 1200 d.C.; Hernández (2000 y 2001) lo refirió como Buena Vista *orange* y lo fechó entre 1200 y 1450, si bien en 2007 lo situó en el Epiclásico por su asociación con el tipo Garita; este último criterio lo comparten Darras y Faugère (2007), quienes encontraron asociadas la cerámica Buena Vista y la cerámica Garita en los sitios El Cerrito y El Cuizillo, situación que coincide con nuestras propuestas de 2005 y 2007; sin embargo, ahora le otorgamos una temporalidad de 450 a 1200 d.C. (fig. 24), y probablemente sea de origen pame (Rodríguez, en preparación).

Copandero tallado alisado

Este tipo cerámico es de pasta fina y fue hecho por modelado; fue cocido en atmósferas oxidantes y reductoras; su pasta es de colores gris claro y café muy pálido; el engobe es de colores café muy pálido y café grisáceo; la superficie exterior es de colores amarillo rojizo y café grisáceo; la superficie interior se presenta con colores café grisáceo y rojo oscuro; su acabado de superficie exterior e



● Fig. 24 Cerámica Buenavista naranja incisa.

interior es alisado; la decoración tallada muestra líneas curvas y rectas; su probable forma es de tecomates. Corresponde al tipo potencial Copandero *excised A* de Snarskis (1974 y 1985), quien indica que hay una continuidad en la técnica decorativa, motivos y color de superficie entre el Buena Vista *orange A (incised)* y el Copandero *excised A*, indicación que no aplica en los materiales del noreste de Michoacán (Hernández, 2000 y 2001) ni a los de La Mina; este tipo fue fechado por Gorenstein (1974 y 1985) en el Posclásico tardío, entre 1450 y 1520; por otra parte, Hernández (2000 y 2001) lo llamó Copándaro *carved* y lo fechó entre 1200 y 1450 d.C.; Rodríguez (2005) lo refirió como Copandero exciso alisado y lo ubicó en el Epiclásico, y posteriormente (2007) entre 450 y 1200 d.C.; actualmente lo nombramos Copandero tallado alisado, por su decoración tallada, y ratificamos la cronología propuesta en 2007 (fig. 25); probablemente sea de filiación pame (Rodríguez, en preparación).

Naranja alisado

Este grupo cerámico tiene una pasta que varía de mediana a gruesa y fue elaborado por modelado; fue cocido en atmósfera de oxidación; los colores de la pasta son naranja, café amarillento y café muy pálido; el engobe presenta colores café claro, café amarillento y rojo; el color de la superficie exterior puede ser naranja, café rojizo o rojo; el



● Fig. 25 Cerámica Copandero tallada alisada.

color de superficie interior se presenta en naranja, café amarillento y rojo; el acabado de las superficies exterior e interior es alisado; se llega a presentar una decoración incisa a base de líneas rectas; el borde tiene un promedio de 15 cm de diámetro; sus formas son de ollas. Se relaciona con el Monocromo naranja-rojizo (subgrupo C) de Zepeda (1986), quien lo ubicó entre 750 y 1200 d.C.; Rodríguez (2005) lo fechó en el Posclásico temprano, pero en 2007 lo consideró del Epiclásico; en este trabajo lo ubicamos entre 750 d.C. y 1200 d.C., y probablemente sea de origen cazcán (Rodríguez, en preparación)

Naranja pulido

Este tipo cerámico tiene pasta fina; fue cocido en una atmósfera oxidante; tiene la pasta de color naranja; su engobe es de color café; las superficies exteriores e interiores son de color naranja; las superficies exterior e interior están pulidas; es probable que se trate de escudillas, pero fue difícil establecerlo dado el pequeño tamaño de los tuestos. Corresponde al Monocromo naranja pulido (subgrupo B) de Zepeda (1986), quien además lo relacionó con el tipo Bayo naranja rojizo de Cerrito de Rayas (Ramos *et al.*, 1985), ubicándolo de 750 a 1200 d.C.; asimismo, se relaciona con el grupo Naranja pulido, de Sánchez (1995), quien lo fechó hacia el Clásico tardío y Posclásico temprano; Rodríguez (2005) lo colocó en el Posclásico temprano y en 2007 en el Epiclásico; Flores *et al.* (2006) lo consideraron del Clásico. Para este tipo proponemos las mismas fechas atribuidas por Zepeda (1986) y Sánchez (1995); probablemente sea de filiación cazcán (Rodríguez, en preparación).

Monocromo naranja alisado

Este tipo cerámico es de pasta fina; fue elaborado por enrollado y cocido en atmósfera de reducción u oxidación parcial; el color de la pasta es café muy pálido; su engobe es de color café claro; el color de las superficies exterior e interior es naranja y blanco/rojo claro; el exterior e interior son alisados; sus bordes son de 26 cm de diámetro; se



© Fig. 26 Cerámica Monocroma naranja alisada.

encuentra en formas de escudillas y de ollas de bordes divergentes. Parece corresponder al Monocromo naranja arenoso de Ramos *et al.* (1985) y al Monocromo naranja alisado de Zepeda (1986), quien le otorgó una temporalidad entre 750 y 1200 d.C. Consideramos que este tipo cerámico es tolteca (Rodríguez, en preparación), elaborado con arcillas locales, y lo ubicamos en la parte temprana de la Fase Tollan de Cobean (1990 y 2007), entre 950 y 1050 d.C. (fig. 26).

Rojo a brochazos

Este tipo cerámico sin duda es una versión local del Naranja a brochazos (Jara anaranjado pulido) de Tula. Es de pasta fina y fue elaborado por torno; la cocción se verificó en una atmósfera oxidante; tiene la pasta de color café muy pálido; el color de su engobe es naranja; la superficie exterior es de color rojo/café amarillento; la superficie interior es de color rojo/café amarillento claro; el acabado de las superficies exterior e interior es alisado; presenta decoración pincelada; tiene un diámetro de borde de 30 cm; la forma representada es de escudilla. Es probable que este tipo cerámico sea de producción tolteca (Rodríguez, en preparación), y por su semejanza con el Naranja a brochazos (Jara anaranjado pulido) lo fechamos dentro de la cronología sugerida por Cobean (1990 y 2007), de la Fase Tollan, entre 950 d.C. y 1050 d.C. (fig. 27). No se incluye la descripción del tipo Naranja a brochazos porque todavía no se realiza el análisis de los materiales de Ab-3.



© Fig. 27 Cerámica Rojo a brochazos.

Los materiales líticos

En La Mina el Epiclásico representa la ocupación más grande del sitio (seguida del Posclásico tardío y la del Clásico temprano, aunque esta última está subrepresentada por el reciclaje de parte de sus materiales, donde se observa la producción de utensilios destinados a una economía mixta de caza-recolección con agricultura y la confección de prendas de vestir, de ahí la presencia de las cerámicas referidas (cuadro 1, fig. 30) así como de artefactos líticos (de obsidiana,⁴ riolita y basalto) y que, dadas las diversas tipologías y tecnologías registradas, corroboran la presencia de diferentes grupos. Los artefactos comprenden núcleos amorfos, bipolares, paralelepípedos, semicirculares y globulares; además de lascas bipolares, de corrección, de dorso natural, de adelgazamiento de bifacial y prismáticas; los instrumentos se produjeron sobre lascas y navajas en diversos procesos de reducción y aplicando diferentes técnicas de talla, entre ellos se tienen: cuchillos amorfos cóncavos,

⁴ Se tienen obsidianas de seis diferentes colores, en orden decreciente: gris verde con dos variantes que se diferencian por sus inclusiones (una local, y otra de Pénjamo con globosferulitas); negra (local), gris lechosa (local), gris oscura, que Ana María Álvarez Palma llama "gris elefante" (local), gris transparente (de Las Mesas, Abasolo, Guanajuato), y gris bandeada (local).

cuchillos amorfos rectilíneos, cuchillos rectangulares irregulares, cuchillos trapezoidales irregulares, cuchillos trapezoidales irregulares convexos y cuchillos trapezoidales irregulares convexos de dorso; denticulados curvilíneos y denticulados rectilíneos; hoces sobre navaja prismática, similares a la ilustrada por Semenov (1981: 216, figura 53, 3); muescas unilaterales, muescas bilaterales, muescas dobles y muescas múltiples; perforadores plano convexos y perforadores triangulares; puntas de proyectil con pedúnculo de bordes paralelos y extremo convexo, puntas de proyectil con pedúnculo de bordes divergentes y extremo convexo, puntas de proyectil con pedúnculo de bordes divergentes y extremo plano (fig. 28), y puntas de proyectil foliáceas con apariencia (por estar incompletas) de subtriangulares ojivales (fig. 29); así como raederas cuchillo. Por lo que se refiere a la lítica pulida, se tienen un fragmento de muela o metate ápodo y un fragmento de mano (ambos de riolita) en el Entierro 2 de Ab-3, y un metate ápodo de basalto en Ab-6; los dos metates se encontraron apoyados sobre uno de sus cantos.



○ Fig. 28 Puntas de proyectil epiclásicas con pedúnculo. Foto de Goly.



○ Fig. 29 Fragmento distal de punta de proyectil foliácea => subtriangular ojival.

Consideraciones finales

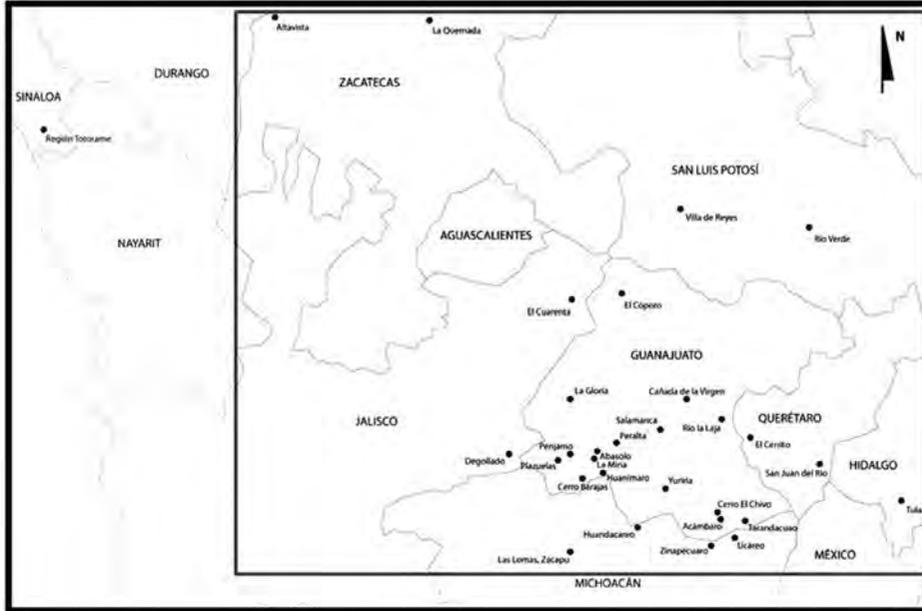
Por lo que se refiere al origen de los grupos que habitaron La Mina durante el Epiclásico, pensamos que los primeros migrantes del Clásico medio llegaron del norte del Bajío, de estados como Jalisco, Zacatecas, Durango, Nayarit y San Luis Potosí. De hecho, la presencia de entierros desmembrados como ofrenda en los centros de Alta Vista (Kelley, 1976) y Electra (Braniff, 1975 y 1992) sugiere que las condiciones climáticas hacia el siglo IV d.C. eran adversas (así como los entierros de Cañada de La Virgen reflejan lo mismo pero hacia el 820 ± 50 d.C. (Barrales, 2007)), por lo que se practicaron rituales de regeneración, revitalización, multiplicación o reconstrucción de la tierra (Eliade, 1979; Llobera, 1974), a través de la representación de deidades Dema (Jensen, 1975), para que de los restos ofrendados brotaran las plantas que la comunidad necesitaba. Como llegado un momento los rituales fueron en vano, diversos grupos de las regiones referidas abandonaron sus asentamientos en busca de mejores condiciones para la agricultura, y de esa forma algunos de ellos llegaron a La Mina y se asentaron en el sitio, motivados por los manantiales ubicados al suroeste y norte del cerro La Mesa, por la presencia de tierras para el cultivo y por la existencia de obsidiana. De las tres etnias que convivieron en La Mina en el Epiclásico (cazcanes, pames y toltecas), los pames representaron la mayor población del lugar desde el Clásico medio, tenían una economía mixta de caza-recolección-cultivo y fueron quienes tuvieron el poder, es probable que ellos hayan construido el basamento piramidal del sitio (fig. 13); asimismo, se puede plantear que la elite estuvo asentada en la ladera norte del cerro La Mesa, y que en los funerales de la joven y el infante del Entierro 2 de Ab-3 (miembros de la nobleza), participaron con ofrendas los diferentes grupos pames del sitio, mientras el grupo de menor rango ocupó la ladera del lado sur. Los toltecas se distinguieron por sus materiales más refinados (véase la punta de lanza, incompleta, con retoque chevron, fig. 29), y por sus adelantos tecnológicos (obtenían la obsidiana de mayores dimensiones, mediante la excavación de pozos, conocían la tecnología para elaborar navajas prismáticas, usaron

Tipos cerámicos/ Sitios	Gándara, 1978 Júarez <i>et al.</i> , 1979-80 Rodríguez, 2005 y 2007 La mina	Zepeda, 1986 Pérez, 2006 Cárdenas, 2007 Peralta	Zepeda, 1986 Pérez, 2006 Cárdenas, 2007 Peralta Salamanca- Degollado	Durán, 1991 Salamanca-Yuridia	Migeón, 2001 Migeón, 2002 Migeón y Pereira, 2007 Migeón, 2007; Pereira, 2007; Pomedio, 2007 Cerro Barajas	Snarskis, 1974 y 1985 Cerro El Chivo	Darras y Faugere, 2007 y 2008 Presa Solis	Braniff, 1999 Morales	Zepeda, 2004, 2006, 2007b Cañada de la Virgen
Blanco levantado	s/f (1978; 1979-80) Blanco fugitivo (1978) Blanco fugitivo (1979-80) 950-1150 d.C. (2005) 350-1200 d.C. (2007)	750-1200 d.C. (1986) s/f (2006) 300-650 d.C. (2007)	750-1200 d.C.	750-1200 d.C.	400/450 d.C. 600/650 d.C. Fase Nogales (2007) Blanco levantado Blanco levantado con pintura negra 600/650-750 d.C. (2007) Fase Barajas Tem (2007) Blanco levantado Tuna blanco levantado			100 a.C.-350 d.C. San Miguel Blanco Levantado Más Tardío Mo4 Blanco levantado	540-1100 d.C.? (2004) Similar al de la Fase Tollan de Tula (2006) ≤ 820 d.C. (2007b)
Negro/Naranja	s/f (1978; 1979-80) Negro/Anaranjado azteca II-III (1979-80) 900-1100 d.C. (2005) 350-1200 d.C. (2007)	750-1200 d.C. (1986) s/f (2006) 300-650 d.C. (2007)	750-1200 d.C.	750-1200 d.C. Negro sobre naranja	500-1100 d.C. Anaranjado con pintura negra 600/650 a 900/950-1100 d.C. Fase Barajas (2007) Anaranjado con pintura negra Sábila negro/ anaranjado				
Garita café y negro liso	900-1100 d.C. (2005) Garita café v negro plano (2005) 450-1100 d.C. (2007)	300-650 d.C. (2007) Café pulido sin esgrafiado (2007)		350-750 d.C. Café y negro pulido sin decoración	450-1100 d.C. (2007) Café fino pulido (Cafipu) Churipi café pulido	Clásico tardío Garita black brown A (plain) 450-1100 d.C.	Epiclásico- Posclásico		
Garita café y negro inciso	s/f (1979-80) Esgrafiado (1979-80) 900-1100 d.C. (2005) 450-1100 d.C. (2007)	600-900 d.C. (1986) Bayo inciso pulido (1986) Café pulido inciso (1986) 300-650 d.C. (2007) Café pulido (2007)	600-900 d.C. Boyo inciso pulido Café pulido inciso	350-750 d.C. Café y negro pulido decorado	450-1100 d.C. (2007) Café fino inciso/ esgrafiado Café fino pulido esgrafiado/inciso Chupiri café pulido inciso	Clásico tardío Garita black brown B (incised) 450-1100 d.C.	Epiclásico- Posclásico	Clásico medio San Miguel Gris Esgrafiado	
Buena Vista naranja inciso	1000-1200 d.C. (2005) 450-1200 d.C. (2007)	900-1200 d.C. (1986) Bayo inciso alisado (1986)	900-1200 d.C. Boyo inciso alisado			1450-1520 d.C. Buena Vista orange A (incised) Posclásico 1450-1520 d.C. Posclásico tardío 1450-1520 d.C.	Epiclásico- Posclásico		
Copandero tallado alisado	1100-1200 d.C. (2005) 450-1200 d.C. (2007)					Copandero excised A			
Naranja alisado	1200-1300 d.C. (2005) 750-1200 d.C. (2007)	750-1200 d.C. (1986) Monocromo Naranja-Rojizo (subgrupo C)	750-1200 d.C. Monocromo Naranja-Rojizo						
Naranja pulido	1200-1350 d.C. (2005) 750-1200 d.C. (2007)	750-1200 d.C. (1986) Monocromo naranja Pulido (subgrupo B)	750-1200 d.C. Monocromo naranja alisado						
Monocromo naranja alisado	1200-1350 d.C. (2005) 950-1050 d.C. (2007)	750-1200 d.C. (1986) Monocromo naranja alisado							
Naranja o rojo a brochados	950-1200 d.C. (2005) 950-1050 d.C. (2007)								

● Fig. 30 Tipos cerámicos del Epiclásico de La Mina y sitios relacionados.

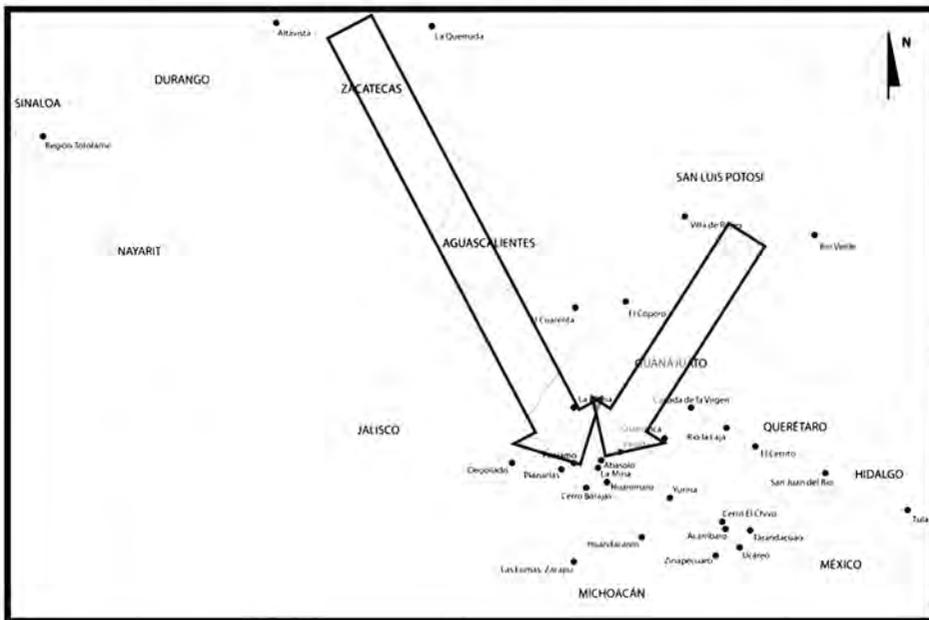
Braniff, 1963 Torreblanca, 2007a, b y 2008 El Cápuro	Ramos <i>et al.</i> , 1985 Cerrito de Rayas	Crespo, 1996 El Cerrito	Sánchez, 1995 La Gavia	Nalda, 1981 Lerma medio	Michelet, 1996 Rio Verde	Hernández, 200 y 2007 Noreste Michoacán	Nalda, 1975 UA San Juan del Rio	Crespo, 1991 Valle de Querétaro	Braniff, 1992 Villa de Reyes	Macias, 1990 Huandacareo	Acosta, 1945 Cobean, 1990 y 2007 Tula	Michelet, 1993 Zacapu
> 900 d.C. (1963 y 2007b) 450-890 d.C.? (2007a) s/f (2008)		400-700 d.C. (Arado) 850-1100 d.C. (Cerrito)	Clásico		500-1000 d.C. Escondida baño blanco			400-1100 d.C.	Posclásico temprano Reyes Blanco Levantado		950-1150 d.C. (1990) 950-1100/ 1200 d.C. (2007)	
	750-1200 d.C.		700-1000 d.C.				1350-1500 d.C. Aztecoide		400-700/ 800 d.C.		950-1150 d.C. (1990) 950-1150/ 1200 d.C. (2007) Negro sobre anaranjado	
			300-900 d.C.					600-900 d.C.	400-700/ 800 d.C. Zaquil/Negro liso			
	600-900 d.C. Bayo inciso pulido		500-900 d.C. Café pulido inciso	600-900 d.C. Bayo inciso pulido	500-700 d.C. Rio Verde inciso-grabado	700-900 d.C.		600-900 d.C.	400-700/ 800 d.C. Esgrafiado San Miguel Zaquil/Negro esgrafiado	s/f Café claro esgrafiado	700-800 d.C. (Cobean, 1990) Clara Luz Negro Esgrafiado 650-750 d.C. (Cobean, 2007)	600-800 d.C. Tipo Lupe
				Postclásico		Epiclásico						
	500-1100 d.C.					1200-1450 d.C. Copandaro Carved						
	750-1200 d.C. Bayo naranja rojizo		Clásico									
	750-1200 d.C. Monocromo naranja arenoso											
											950-1150 d.C. (1990) Jara anaranjado pulido 950-1150/ 1200 d.C. (2007)	

SITIOS QUE COMPARTEN COMPLEJOS CERÁMICOS DEL EPICLÁSICO



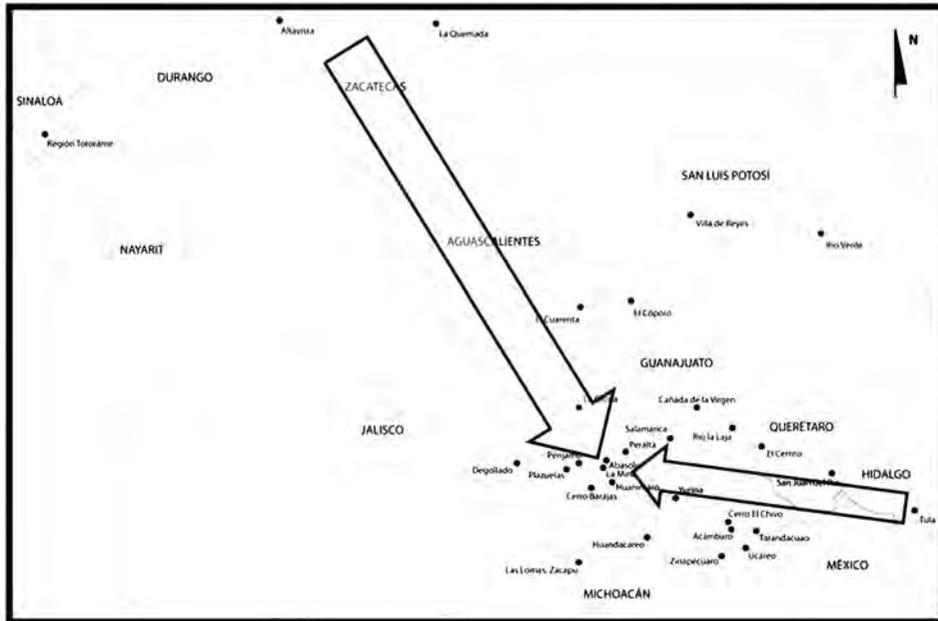
© Fig. 31.

MIGRACIONES DEL CLÁSICO MEDIO



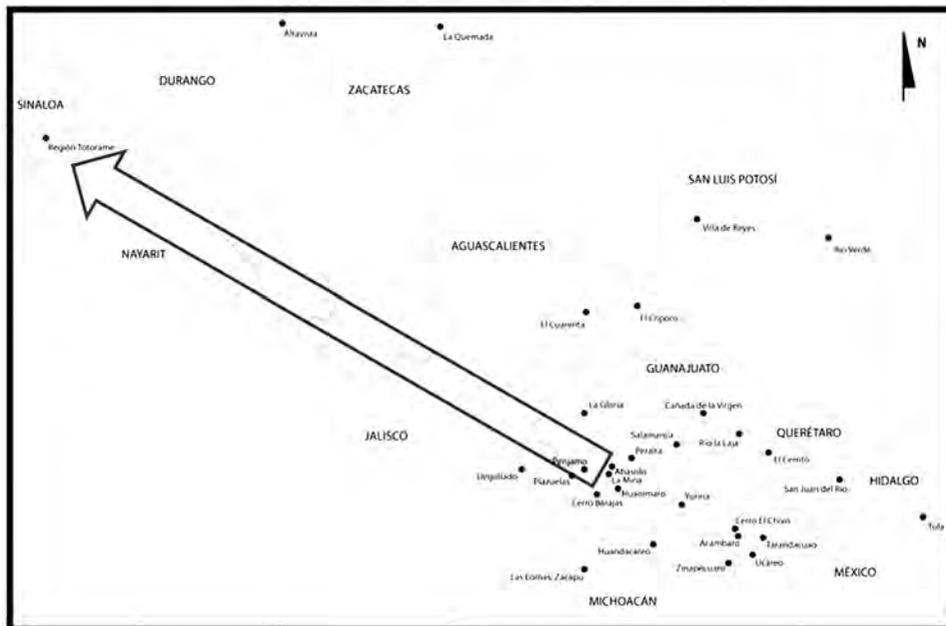
© Fig. 32.

MIGRACIONES DEL EPICLÁSICO



© Fig. 33.

INTERCAMBIOS EN EL EPICLÁSICO



© Fig. 34.

el torno para elaborar la cerámica y empleaban hoces enmangadas para el trabajo agrícola), pero eran un pequeño grupo que arribó a La Mina hacia 950 d.C. y sin pretensiones colonialistas, que se adaptó al grupo mayoritario. Con respecto a los cazcanes que habitaron La Mina, se piensa que eran bandas de cazadores-recolectores-mineros (semisedentarios) que vivían en chozas, mientras los habitantes de Peralta eran sedentarios con un nivel de organización social de tipo cacical, y construían guachimontones (Rodríguez, en preparación).

Por otra parte, los entierros pames del Epiclásico en La Mina están desmembrados y representan deidades Dema que manifiestan ritos de regeneración, revitalización, multiplicación y/o de reconstrucción de la tierra; además, la horadación del entierro de Ab-6 sugiere una operación para extraer la tona (González Torres, 1976) y transmitir la energía vital a la tierra, de tal suerte que se puede proponer que durante el Epiclásico se presentaron condiciones climáticas desfavorables para la agricultura en diferentes momentos, por lo menos durante uno o dos años, de manera que no provocaron la migración de todos los grupos que habitaban La Mina, pero sí la de los toltecas, hacia 1050 d.C., y la de los pames productores de la cerámica Garita en 1100 d.C.; al parecer una sequía que se extendió por varios años, hasta 1200 d.C., fue la que provocó el abandono total del sitio. Durante el Epiclásico, los habitantes de La Mina tuvieron intercambio de productos con grupos de la región Totorame del sur de Sinaloa, a quienes enviaban instrumentos de obsidiana (Grave *et al.*, 2001 *apud* Grave, 2003), a cambio de conchas marinas del Pacífico, a través del sitio Peralta, centro de poder de la región, pues La Mina, por su carácter agrícola y minero, fue un sitio multiétnico secundario con niveles de organización social de tipo aldeano (tribal y cacical). Es probable que en el asentamiento se hayan respetado los niveles de organización de cada etnia, pero sometidos a la política del cacique pame.

Por otro lado, la situación de La Mina no se restringe a ese sitio, pues en todo el Bajío guanajuatense no se tiene el antecedente (en el sentido de que ahí se hayan originado) de las cerámicas que derivaron en las descritas como del Epiclási-

co en este trabajo, situación diferente con lo expuesto por Michelet (1990 y 2007), cuando señaló que en las excavaciones del CEMCA en Zacapu existió continuidad en el desarrollo de la cerámica entre las fases Loma Alta y Lupe, donde la cerámica incisa o esgrafiada de la Fase Lupe corresponde al grupo Garita.

La comparación de los materiales arqueológicos Epiclásicos de La Mina con la de otros sitios del Bajío por ahora solamente buscó tener una visión regional y panregional de la distribución de los materiales y de las etnias productoras de ellos, partiendo del principio de identidad cultural que se manifiesta en la cultura material, lo cual permite diferenciar los grupos que ocuparon los asentamientos, en este caso principalmente a través de la cerámica, porque la arquitectura de La Mina se restringe a un basamento piramidal de 2 m de altura conformado por lajas, aún no clasificado y arquitectónicamente austero, que lo ubica como un sitio de tercera categoría, y porque el estudio de la lítica de la región todavía no se ha estandarizado y no es comparable más que a nivel de los instrumentos, que no siempre están asociados a un solo tipo cerámico; sin embargo, el valor arqueológico más relevante de La Mina se deriva de su amplia historia, pues tiene materiales desde el precerámico hasta la colonia española, con la cerámica más temprana registrada a la fecha en México (3050 a.C.). Para tener una visión gráfica de la distribución de los asentamientos referidos en el texto y de sus interrelaciones con La Mina, se incluyen varios mapas, así como una tabla con los tipos cerámicos del Epiclásico expuestos y los sitios en que se han registrado.

Bibliografía

- Acosta, Jorge R. 1945. "La cuarta y quinta temporada de excavaciones en Tula, Hidalgo, 1943-1944", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, vol. VII, núms. 1-3, pp. 23-64.
- Barrales Rodríguez, Dehmian 2007. "Antropología forense", en Gabriela Zepeda García Moreno, Zona Arqueológica Cañada de la

Virgen. Proyecto de Excavación y Consolidación para la apertura al público. Temporada 2007, vol. VII, México, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, mecanoscrito.

• Braniff Cornejo, Beatriz

1963. “Breve informe sobre las excavaciones en El Cópore, Guanajuato”, Guanajuato, Archivo Técnico de la Sección de Arqueología, Centro INAH Guanajuato, mecanoscrito.

1965. “Estudios arqueológicos en el río de La Laja, Guanajuato”, *Boletín del INAH*, núm. 19, pp. 12-13.

1972. “Secuencias arqueológicas en Guanajuato y la Cuenca de México: intento de correlación”, en *Teotihuacán. XI Mesa Redonda*, México, SMA, pp. 273-323.

1975. *La estratigrafía arqueológica de Villa de Reyes, S.L.P. Un sitio en la frontera de Mesoamérica*, México, INAH (Cuadernos de Centros Regionales. Centro Regional del Noroeste, 17).

1992. *La Estratigrafía Arqueológica de Villa de Reyes, San Luis Potosí*, México, INAH (Científica, 265).

1999. *Morales, Guanajuato y la tradición tolteca*, México, INAH (Científica, 395).

2000. “A Summary of the Archeology of North-Central Mesoamerica. Guanajuato, Querétaro and San Luis Potosí”, en Michael S. Foster y Shirley Gorenstein (eds.), *Greater Mesoamerica. The Archaeology of West and Northwest Mexico*, Salt Lake City, The University of Utah Press, pp. 35-42.

• Cárdenas García, Efraín

2006. “Informe Arqueológico 2003-2005. Proyecto Zona Arqueológica Peralta. Estudio y conservación del patrimonio arqueológico y natural del Cerro Peralta”, vol. I, México, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, mecanoscrito.

2007. “Peralta, Abasolo. Arquitectura monumental de la tradición El Bajío”, en *Zonas arqueológicas en Guanajuato*, Guanajuato, Instituto Estatal de la Cultura/INAH, pp. 183-249.

• Castañeda López, Carlos

2007. “Plazuelas, Pénjamo”, en *Zonas arqueológicas en Guanajuato*, Guanajuato, Instituto Estatal de la Cultura/INAH, pp. 18-67.

• Castañeda, Carlos, Luz María Flores, José Antonio Contreras, Trinidad Durán y Ana María Crespo

1988a. “Propuesta de un modelo para reconocimiento arqueológico regional”, en *Primera Reunión sobre las Sociedades Prehispánicas en el Centro Occidente de México. Memoria*, México, Centro INAH Querétaro, pp. 251-256.

• Castañeda, Carlos, Ana María Crespo, José Antonio Contreras, Juan Carlos Saint-Charles, Trinidad Durán y Luz María Flores

1988b. “Interpretación de la historia del asentamiento en Guanajuato”, en *Primera Reunión sobre las Sociedades Prehispánicas en el Centro Occidente de México. Memoria*, México, Centro INAH Querétaro, pp. 321-356.

• Castañeda López, Carlos, Patricia Fournier y Lourdes Mondragón

2002. *Cerámica de Guanajuato*, Guanajuato, La Rana.

• Castañeda López, Carlos, Gabriela Zepeda G. M., Efraín Cárdenas G. y Carlos Alberto Torreblanca P.

2007. *Zonas arqueológicas en Guanajuato*, Guanajuato, INAH/Instituto Estatal de la Cultura.

• Cetenal

1973. *Abasolo F-14-C-72*, Carta edafológica y carta topográfica, Esc. 1:50,000, México, Cetenal, Secretaría de la Presidencia.

• Cobean, Robert H.

1990. *La cerámica de Tula, Hidalgo*, México, INAH (Científica, 215).

2007. “La alfarería tolteca”, en Beatriz Leonor Merino Carrión y Ángel García Cook (coords.), *La producción alfarera en el México antiguo. Vol. IV. Del Clásico tardío al Posclásico y secuencias regionales*, México, INAH (Científica, 505), pp. 57-75.

• Contreras, José A. y Ma. T. Durán

1982. “Informe de la Temporada de Laboratorio del Proyecto Gasoducto Guanajuato, Tramo Salamanca-Yuriria, al Centro Regional de Guanajuato-Querétaro y al Departamento de Salvamento Arqueológico

co”, México, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, mecanoscrito.

• Crespo Oviedo, Ana María

1996. “La tradición cerámica del Blanco levantado”, en Ana María Crespo y Carlos Viramontes (coords.), en *Tiempo y territorio en arqueología. El centro-norte de México*, México, INAH (Científica, 323), pp. 77-91.

• Darras, Véronique y Brigitte Faugère

2007. “Informe sobre los trabajos de campo realizados en 2007 en la región de la presa Solís, Guanajuato”, Proyecto Dinámicas Culturales en el Bajío, Guanajuato, Tema I: La cultura Chupícuaro, México, Archivo Técnico de Arqueología del INAH, mecanoscrito.

2008. “Informe sobre los trabajos de campo realizados en 2008 en la región de la presa Solís, Guanajuato”, Proyecto Dinámicas Culturales en el Bajío, Guanajuato, Tema I: La cultura Chupícuaro, México, Archivo Técnico de Arqueología del INAH, mecanoscrito.

• Durán Anda, María Trinidad

1991. “El desarrollo de los grupos agrícolas en la Región Salamanca-Yuriria de 500 a.C. a 900 d.C.”, tesis de licenciatura en Arqueología, México, ENAH-INAH.

• Eliade, Mircea

1979. *Tratado de historia de las religiones*, México, Era.

• Felini, Agapi y Efraín Cárdenas García

2007. “El Bajío, la cuenca de Cuitzeo y el Estado teotihuacano. Un estudio de relaciones y antagonismos”, en Brigitte Faugère (coord.), *Dinámicas culturales entre el Occidente, el Centro-Norte y la Cuenca de México, del Preclásico al Epiclásico*, Zamora, El Colegio de Michoacán/CEMCA, pp. 137-154.

• Flores Díaz, Antonio

1973. “Reporte del estudio de suelos efectuado en la región de Abasolo, Guanajuato”, México, Archivo del Departamento de Prehistoria, INAH, mecanoscrito.

• Flores Morales, Luz María y Juan Carlos Saint-Charles

2006. “Cerámica del Bajío guanajuatense durante el Clásico”, en Beatriz Leonor Merino Carrión y Ángel García Cook (coords.), *La producción alfarera en el*

México antiguo II. La alfarería durante el Clásico (100-700 d.C.), México, INAH (Científica, 495), pp. 361-391.

• Gándara V., Manuel

1978. “Proyecto Abasolo 1978”, Informe de campo, México, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, mecanoscrito.

• González Quintero, L. y Fernando Sánchez

1973. “Informe del estudio de vegetación realizado en la región de Abasolo, Guanajuato”, México, Archivo del Departamento de Prehistoria, INAH, mecanoscrito.

• González Torres, Yólotl

1976. “El concepto de tona en el México antiguo”, *Boletín del INAH*, Época II, núm. 19, pp. 13-16.

• Gorenstein, Shirley (coord.)

1974. “The Tarascan-Aztec Frontier: The Acambaro Focus”, México, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, mecanoscrito.

• Gorenstein, Shirley (ed.)

1985. *Acambaro: Frontier Settlement on the Tarascan-Aztec border*, Nashville, Vanderbilt University (Publications in Anthropology, 32).

• Grave Tirado, Luis Alfonso

2003. “Patrón de asentamiento prehispánico en la región Totorame (el norte de Nayarit y el sur de Sinaloa)”, *Arqueología*, núm. 30, pp. 5-26.

• Grave Tirado, L. A., Dolores Tenorio, Rodrigo Esparza y T. Calligaro

2001. “El análisis físico-químico de la obsidiana como herramienta heurística para el reconocimiento de relaciones. El caso del sur de Sinaloa”, ponencia presentada en el III Coloquio de la Maestría en Arqueología de la ENAH, México.

• Hernández, Christine

2000. “A History of Prehispanic Ceramics, Interaction, and Frontier Development in the Ucareo-Zinapécuaro Obsidian Source area, Michoacan, México”, tesis doctoral, Nueva Orleans, Departamento de Antropología-Tulane University.

2001. “Una comparación entre la fase Perales en el noreste de Michoacán y la fase Lerma en Acámbaro, Guanajuato”, *Arqueología*, núm. 25, pp. 23-45.

2007. "Una perspectiva del periférico: la cerámica del periodo Epiclásico en el noreste de Michoacán", ponencia presentada en la Mesa Redonda La cerámica del Bajío y regiones aledañas en el Epiclásico: cronología e interacciones, México, CEMCA.

• Holien T. y R.B. Pickering

1978. "Analogues in a Chalchihuites Culture Sacrificial Burial to Late Mesoamerican Ceremonialism", en E. Pasztory (ed.) *Middle Classic Mesoamerica: A.D. 400-700*, Nueva York, Columbia University Press, pp. 145-157.

• Jensen, Ad. E.

1975. *Mito y culto entre pueblos primitivos*, México, FCE.

• Jiménez Betts, Peter y Andrew Darling

2000. "Archaeology of Southern Zacatecas. The Malpaso, Juchipila and Valparaiso-Bolaños Valleys", en Michael S. Foster y Shirley Gorenstein (eds.), *Greater Mesoamerica. The Archaeology of West and Northwest Mexico*, Salt Lake City, University of Utah Press, pp.155-180.

• Jiménez Moreno, W.

1944. "Tribus e idiomas del norte de México", en *El Norte de México y el Sur de Estados Unidos. Tercera Mesa Redonda sobre Problemas Antropológicos de México y Centroamérica*, México, Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 121-132.

1976. "Síntesis de la Historia Precolteca de Mesoamérica", en *Esplendor del México antiguo*, México, Valle de México/Centro de Investigaciones Antropológicas de México, vol. II, pp. 1010-1108.

1977. "Historia antigua de la ciudad de León", *Colmena Universitaria*, año 6, núm. 38, pp. 13-83.

• Juárez Cossío, Daniel y Noel Morelos García
1979-1980. "Análisis del material arqueológico de la etapa de excavación de la terraza Ab. 7.2, del sitio La Mina en El Cerro Huanímaro del municipio de Abasolo, Guanajuato", México, Archivo del Centro INAH Guanajuato, mecanoescrito.

1988. "Proyecto Abasolo 1978, fase de prospección de superficie", en *Primera Reunión sobre las Sociedades Prehispánicas en el Centro Occidente*

de México. Memoria, México, Centro INAH Querétaro, pp. 257-286.

• Kelley, J. Charles

1976. "Alta Vista: Outpost of Mesoamerican Empire on the Tropic of Cancer", en *Las Fronteras de Mesoamérica. XVI Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*, México, SMA, pp. 21-40.

• Kelley, J. Charles y Ellen Abbot Kelley

1971. *An Introduction to the Ceramics of the Chalchihuites Culture of Zacatecas and Durango, México*, Carbondale, University Museum, Southern Illinois University (Mesoamerican Studies 5, part I).

• Kelly, I.

1949. *The Archaeology of the Autlan-Tuxcacuesco Area of Jalisco, II: The Tuxcacuesco-Zapotitlan Zone*, Berkeley, University of California Press (Iberoamericana, 27).

• Kelly, I. y B. Braniff

1966. "Una relación cerámica entre Occidente y la Mesa Central", *Boletín del INAH*, núm. 23, pp. 26-27.

• Leroi-Gourhan, André

1976. *La prehistoria*, Barcelona, Labor.

• Llobera, José Ramón

1974. *Las sociedades primitivas*, Barcelona, Salvat (Biblioteca Salvat de Grandes Temas).

• Macías Goytia, Angelina

1990. *Huandacareo: lugar de juicios, Tribunal*, México, INAH (Científica, 222).

• Margain, Carlos R.

1943. "Zonas arqueológicas de Querétaro, Guanajuato, Aguascalientes y Zacatecas", en *El Norte de México y el Sur de Estados Unidos. Tercera Reunión de Mesa Redonda sobre Problemas Antropológicos de México y Centroamérica*, México, Sociedad Mexicana de Antropología, pp. 145-148.

• Michelet, Dominique

1990. "El Centro-Norte de Michoacán en el Clásico: algunas reflexiones", en Amalia Cardós de Méndez (coord.), *La época Clásica: nuevos hallazgos, nuevas ideas. Seminario de Arqueología*, México, MNA-INAH, pp. 279-291.

1993. “La cerámica de las Lomas en la secuencia cerámica regional”, en Charlotte Arnauld, Patricia Carot y Marie France Fauvet-Berthelot (eds.), *Arqueología de las Lomas en la Cuenca Lacustre de Zacapu, Michoacán, México*, México, CEMCA (Cuadernos de Estudios Michoacanos, 5), pp. 159-161.

1996. *Río Verde, San Luis Potosí*, México, Instituto de Cultura San Luis Potosí/Lascasiana/CEMCA.

2007. “Cerámicas del Centro-Norte de Michoacán entre el Clásico y el Posclásico”, ponencia presentada en la Mesa Redonda “La cerámica del Bajío y regiones aledañas en el Epiclásico: cronología e interacciones”, México, CEMCA.

• Migeon, Gérald

2002. “Informe de los trabajos de Laboratorio (1999-2002). Estudio cerámico y secuencia cerámica preliminar”, Proyecto Dinámicas Culturales en el Bajío: El Cerro Barajas, México, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, mecanoescrito.

2007. “La cerámica de áreas residenciales del Cerro Barajas y su relación con áreas vecinas”, ponencia presentada en la Mesa Redonda “La cerámica del Bajío y regiones aledañas en el Epiclásico: cronología e interacciones”, México, CEMCA.

• Migeon, Gérald y Grégory Pereira

2001. “Los Nogales: ¿una cultura autóctona del Bajío?”, ponencia en “Taller de Arqueología Dinámicas Culturales entre el Occidente, el Centro norte y la Cuenca de México, del Preclásico al Epiclásico: trabajos recientes”, México, CEMCA, 29-30 de marzo de 2001.

2007. “La secuencia ocupacional y cerámica del Cerro Barajas, Guanajuato, y sus relaciones con el centro, el Occidente y el norte de México”, en Brigitte Faugère (coord.) *Dinámicas culturales entre el Occidente, el centro-norte y la Cuenca de México, del Preclásico al Epiclásico*, Zamora, El Colegio de Michoacán/CEMCA, pp. 201-230.

• Mora Echeverría, Jesús I.

1972. “Recorrido en el sur del estado de Guanajuato para la localización de cuevas y covachas habitadas”, México, Archivo del Departamento de Prehistoria, INAH, mecanoescrito.

1974. “Informe de las Excavaciones efectuadas en la Sierra de Huanímaro, Guanajuato”, México, Archivo del Departamento de Prehistoria, INAH, mecanoescrito.

• Nalda Hernández, Enrique

1975. “UA San Juan del Río”, tesis de maestría en Ciencias Antropológicas, México, ENAH-INAH.

1981. “Proyecto Lerma Medio. ENAH. Sección Salvatierra-Acámbaro. Reporte núm. 4”, México, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, mecanoescrito.

• Pereira, Grégory

2007. “La cerámica funeraria del Cerro Barajas”, ponencia presentada en la Mesa Redonda “La cerámica del Bajío y regiones aledañas en el Epiclásico: cronología e interacciones”, México, CEMCA.

• Pérez Álvarez, Lizbeth

2006. “Expediente técnico para la declaratoria presidencial de la zona de mantenimientos arqueológicos: Peralta, municipio de Abasolo, Guanajuato”, Proyecto Zona Arqueológica Peralta. Estudio y Conservación del Patrimonio Arqueológico y Natural del Cerro Peralta. Expediente técnico, vol. III, México, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, mecanoescrito.

• Piña Chán, Román

1990. “Comentarios al periodo Epiclásico”, en Federica Sodi Miranda (coord.), *Mesoamérica y norte de México, siglo IX-XII*, México, MNA-INAH (Seminario de Arqueología “Wigberto Jiménez Moreno”), pp. 11-13.

• Pomedio, Chloé

2007a. “La cerámica café incisa de Barajas. Análisis comparativo regional, estudio de colecciones y recorrido de superficie”, Proyecto Barajas, México, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, mecanoescrito.

2007b. “Últimos avances en el estudio tecno-estilístico de la cerámica incisa del Bajío”, ponencia presentada en la Mesa Redonda La cerámica del Bajío y regiones aledañas en el Epiclásico: cronología e interacciones, México, CEMCA.

• Ramos, Jorge y Gabriela Zepeda

1985. “Rescate arqueológico en Cerrito de Rayas, municipio de León, Guanajuato”, Informe final, México, Archivo Técnico del INAH, mecanoescrito.

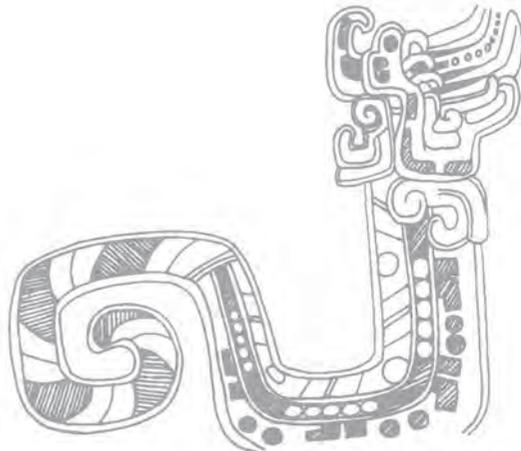
- Reyes Cortés, Manuel y Abel Gasca Durán
1973. “Informe geológico de la visita que comprende el área SW del pueblo de Abasolo, Gto.”, México, Archivo del Departamento de Prehistoria, INAH, mecanoescrito.
- Rodríguez Lazcano, Óscar
2005. “Análisis Estadístico de materiales arqueológicos de AB-6”, tesis de licenciatura en Arqueología, México, ENAH-INAH.
- 2007. “La cerámica del Epiclásico en el Bajío vista desde La Mina, Abasolo, Guanajuato”, ponencia presentada en la Mesa Redonda La cerámica del Bajío y regiones aledañas en el Epiclásico: cronología e interacciones, México, CEMCA.
- En prensa. “Análisis estadístico de materiales arqueológicos de un abrigo rocoso de la Sierra de Abasolo, Guanajuato”, México, INAH.
- En preparación. “Los grupos étnicos prehispánicos del Bajío y su cultura material”, México, INAH.
- Rodríguez Loubet, François
1988. *Artefactos líticos del estado de Guanajuato*, México, INAH/Depto. de Prehistoria-CEMCA (Cuaderno de Trabajo 36).
- Saint-Charles Zetina, Juan Carlos
1990. “Cerámicas arqueológicas del Bajío: un estudio metodológico”, tesis de licenciatura en Arqueología, Xalapa, Universidad Veracruzana.
- Sánchez C., Sergio y Gabriela Zepeda G.
1982. “Informe cerámico. Proyecto Gasoducto Guanajuato. Tramo Salamanca Degollado”, México, Archivo de la Dirección de Salvamento Arqueológico, INAH, mecanoescrito.
- Sánchez Correa, Sergio Arturo
1995. “La Gavia, Guanajuato: aproximación al desarrollo cultural de una porción del Bajío noroccidental”, tesis de licenciatura en Arqueología, México, ENAH-INAH.
- Semenov, S.A.
1981. *Tecnología prehistórica*, Madrid, Akal (Akal Universitaria, Arqueología).
- Snarskis, Michael
1974. “Ceramic Analysis”, en Shirley Gorenstein (coord.) “The Tarascan-Aztec Frontier: The Acambaro Focus”, México, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, mecanoescrito.
- 1985. “Ceramic Analysis” (Appendix III), en Shirley Gorenstein (ed.), *Acambaro Frontier Settlement on the Tarascan-Aztec Border*, Nashville, Vanderbilt University (Publications in Anthropology, 32), pp. 207-296.
- Torreblanca Padilla, Carlos Alberto (coord.)
2007a. “Proyecto Arqueológico El Cópore. La Arqueología del Tunal Grande”. Informe final, Etapa 2006, México, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología INAH, mecanoescrito.
- 2007b. “El Cópore, Ocampo. La arqueología del Tunal Grande”, en *Zonas arqueológicas en Guanajuato*, Guanajuato, INAH/Instituto Estatal de la Cultura, pp. 250-301.
- 2008. “Proyecto arqueológico El Cópore. La arqueología del Tunal Grande”, Informe final Etapa 2008, Guanajuato, Centro INAH Guanajuato/Instituto Estatal de la Cultura.
- Velázquez Corichi, Gilda
1982. “Análisis cerámico del proyecto Lerma Medio, Guanajuato”, tesis de licenciatura en Arqueología, México, ENAH-INAH.
- Wells E. Christian y Ben A. Nelson
2001. “Manufactura de cerámica e innovación tecnológica en el Valle de Malpaso, Zacatecas”, en E. Williams y P.C. Weigand (eds.), *Estudios cerámicos en el occidente y norte de México*, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 253-287.
- Zepeda García Moreno, Gabriela
1986. “El desarrollo de un núcleo poblacional asentado en la confluencia de los ríos Lerma y Guanajuato: una apreciación”, tesis de licenciatura en Arqueología, México, ENAH-INAH.
- 2004. “Zona Arqueológica Cañada de la Virgen. Proyecto de Excavación y Consolidación para la apertura al público. Excavaciones arqueológicas, Informe Final Técnico Académico, abril-diciembre

2004”, México, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, mecanoscrito.

2007a. “Cañada de la Virgen, San Miguel de Allende. La Casa de los Trece Cielos y La Casa de la Noche más Larga”, en Carlos Castañeda López, Gabriela Zepeda García Moreno, Efraín Cárdenas García y Carlos Alberto Torreblanca Padilla (eds.), *Zonas arqueológicas en Guanajuato. Cuatro casos: Plazuelas, Cañada de la Virgen, Peralta y El Cóporo*, Guanajuato, Fideicomiso de Administración e Inversión para la Realización de las Actividades de Rescate y Conservación de Sitios Arqueológicos en el Estado de Guanajuato, pp. 68-182.

2007b. “Zona Arqueológica Cañada de la Virgen. Proyecto de Excavación y Consolidación para la apertura al público. Excavaciones Arqueológicas. Informe Final Técnico Académico. Temporada 2007”, México, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, mecanoscrito.

2010. “Costumbres funerarias y veneración ancestral en Cañada de la Virgen, San Miguel de Allende, Guanajuato”, ponencia presentada dentro del XV Simposio Román Piña Chán, *Historias arqueológicas*, México, MNA.



Estudio traceológico de herramientas prehispánicas en piedra andesítica en la región de Michoacán, México

El análisis traceológico de herramientas cortantes en andesita provenientes de tres sitios arqueológicos de Michoacán ha corroborado la explotación de materiales vegetales. Cuando las huellas de uso lo han permitido, ha sido posible también restituir ciertos gestos técnicos. En el marco del proyecto Michoacán y con la participación del CEMCA se ha elaborado un amplio estudio sobre el medio ambiente de la cuenca de Zacapu. Por medio de un examen de actividades cotidianas en diferentes escalas de tiempo, se demuestra la apropiación de particularismos del medio ambiente por parte de poblaciones antiguas. Los modelos etnográficos, así como las fuentes etnohistóricas y experimentales, permiten establecer comparaciones analógicas y proponer hipótesis funcionales respecto al uso de esas herramientas.

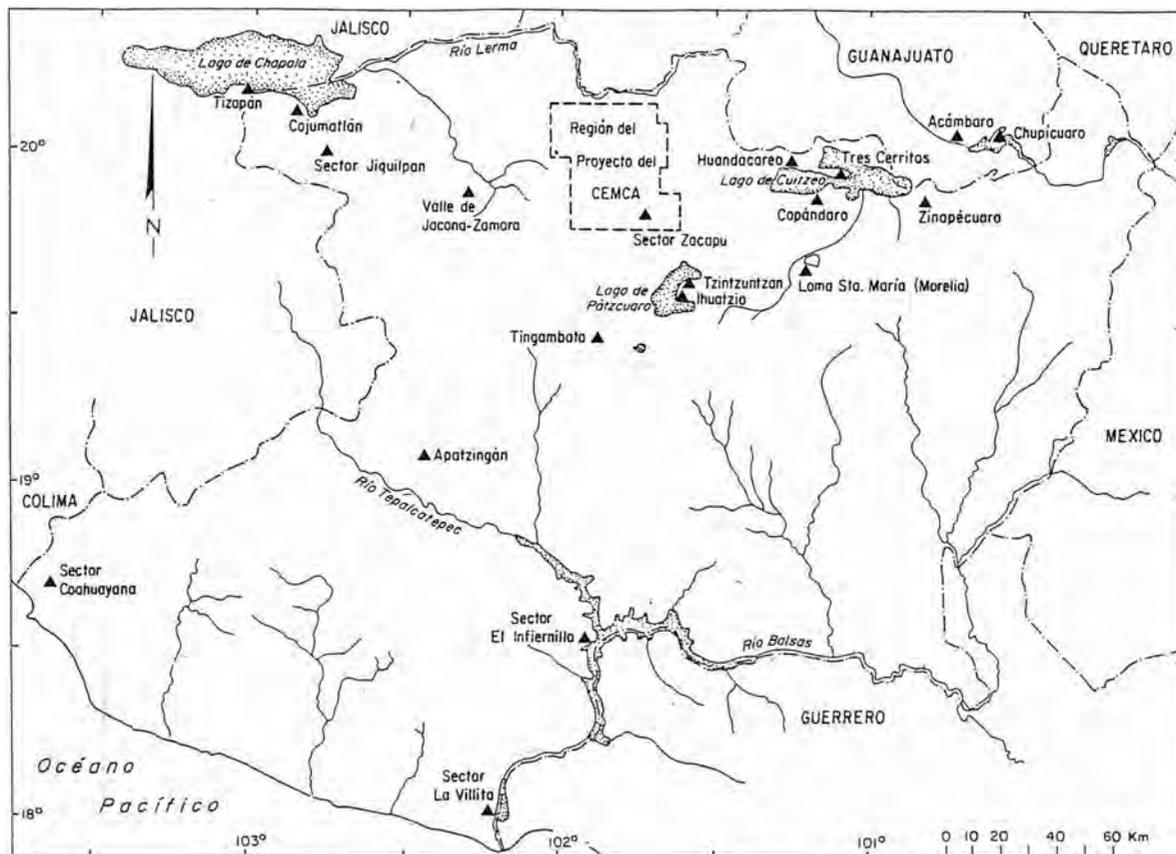
The analysis of traces left by andesite cutting tools from three archaeological sites in the state of Michoacán has corroborated the exploitation of plant materials. When use traces have permitted, it has also been possible to restore certain technical patterns. In the framework of the Michoacán project and with the participation of CEMCA, a comprehensive study of the Zacapu basin environment has been undertaken. Through an examination of everyday activities on different time scales, the study shows the ancient inhabitants appropriated particular features of the environment. Ethnographic models, as well as ethnohistorical and experimental sources make it possible to establish analogical comparisons and to propose functional hypotheses for the use of these tools.

Métodos y objetivos

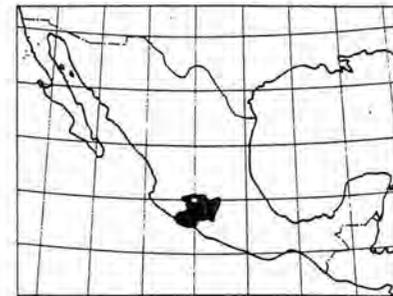
Ocho herramientas arqueológicas que provienen de tres sitios distintos han sido fechadas entre el Preclásico reciente y el Posclásico. Estas herramientas han sido seleccionadas en función de sus características, entre las que sobresale la presencia de un borde cortante. Por esa misma razón, también se les puede denominar “cuchillos”. Nuestro problema consiste en determinar la función de los cuchillos de andesita con el fin de conocer las actividades en que fueron empleados. Para ello nos hemos referido a datos etnohistóricos, etnográficos y traceológicos.

En el marco de la problemática arqueológica específica de la cuenca de Zacapu, Michoacán (fig. 1) (Arnauld *et al.*, 1993: 42-51) se pretende determinar si dichas herramientas fueron empleadas en actividades como la explotación de recursos lacustres (tule, chuspata, carrizo) o en el aprovechamiento de otros recursos como el agave (también denominado “maguey”), la madera y otras especies propias de las riberas del antiguo lago o en las montañas.

* Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos (CEMCA).
Agradezco a los investigadores D. Michelet y G. Pereira (CNRS, Francia)



- Sector Jiquilpan: El Otero, Campo de Aviación, Casita de Piedra.
 Valle de Jacona-Zamora: El Opeño, Los Gatos, Cerro Curútaran.
 Apatzingán: Capiral, Las Delicias 1, San Vicente, El Llano, El Tepetate.
 Zanapécuaro: La Barbotilla.
 Acámbaro: Cerro el Chivo.

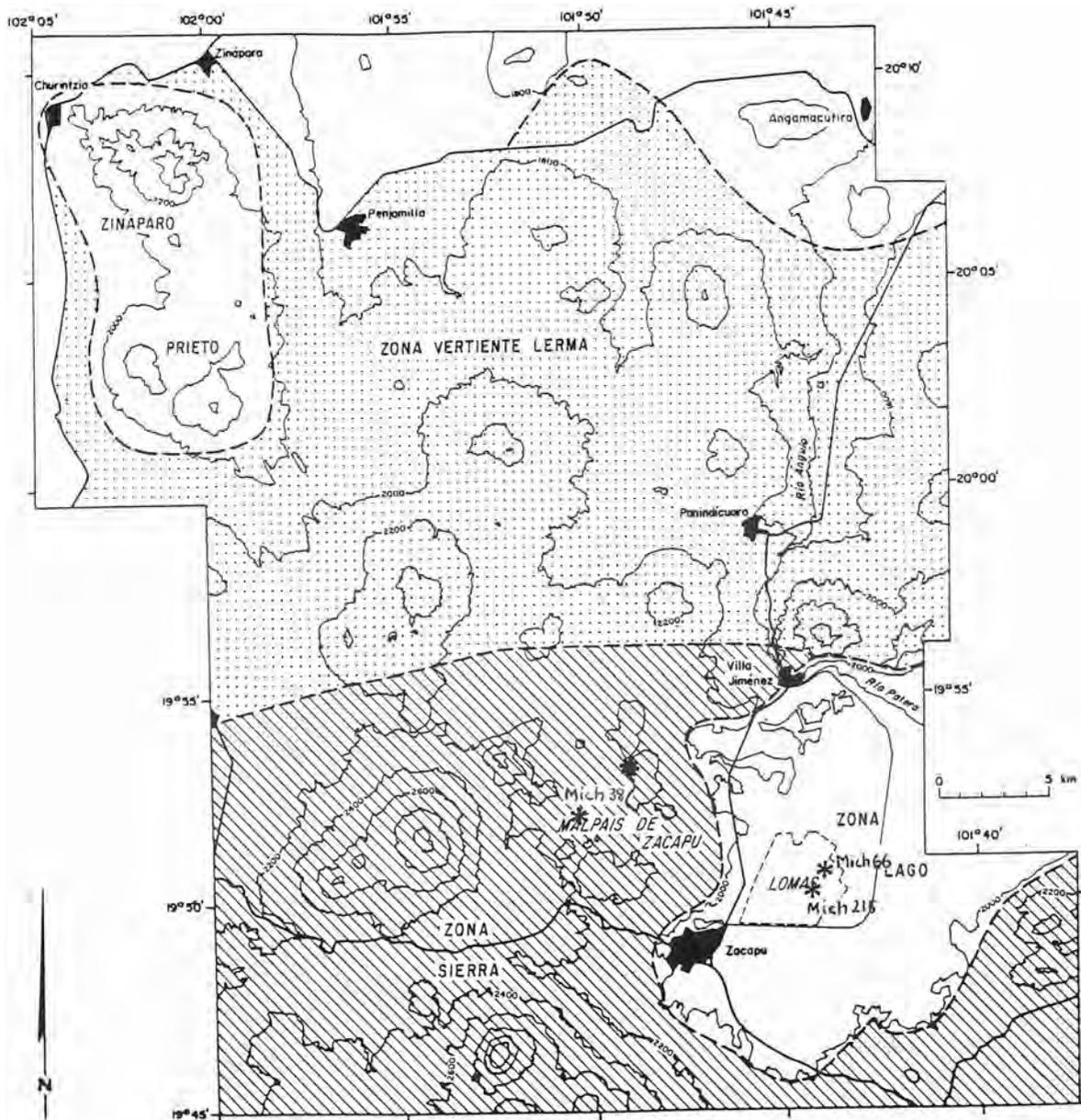


● Fig. 1 Localización de la región de Michoacán y de la zona del proyecto arqueológico (según Michelet, 1992).

Hemos procedido a la experimentación sobre once cuchillos fabricados con el propósito de conocer las especies explotadas y las modalidades de tratamiento de las materias trabajadas. Las observaciones en microscopio han permitido analizar las microhuellas desarrolladas sobre las herramientas que aquí presentamos.

Gracias a la disciplina de traceología desarrollada por S.A. Semenov, quien en 1964 definió el

cuadro metodológico, es posible identificar las actividades llevadas a cabo con las herramientas (Vicente Santos, 2010). El análisis funcional permite identificar las materias trabajadas y los movimientos realizados con los artefactos, a partir de la observación de las huellas de uso a escala microscópica (micropulidos, microastillamiento, estriaciones, desfilados y residuos) sobre los bordes utilizados.

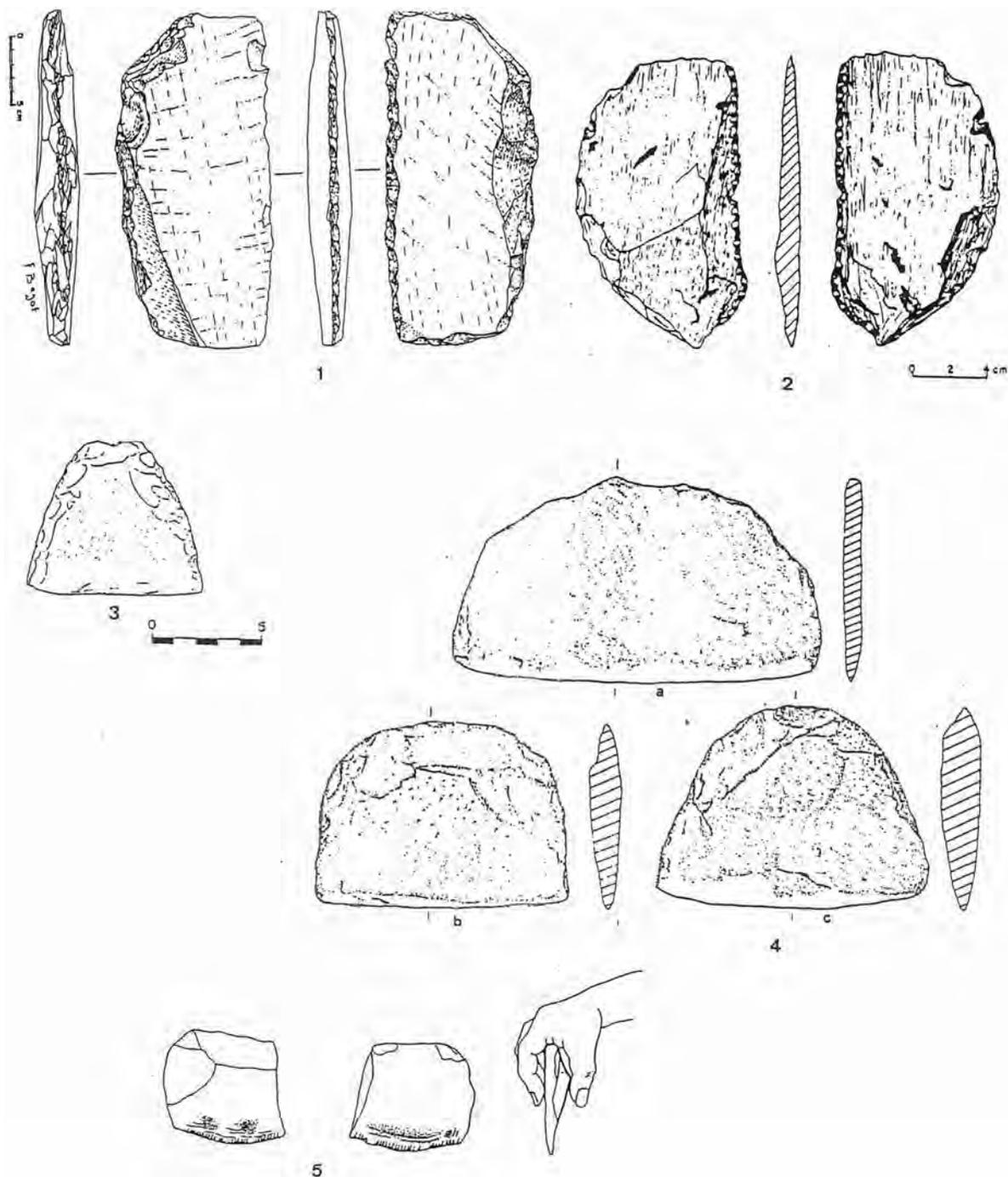


● Fig. 2 Zona del proyecto arqueológico del CEMCA y localización de tres sitios arqueológicos excavados (según Michelet, 1992).

Presentación de los estudios sobre herramientas de andesita

Durante varias temporadas de excavaciones llevadas a cabo en la cuenca de Zacapu (fig. 2) se han encontrado herramientas particulares elaboradas a partir de lascas de andesita. Se componen por un lado de un borde cortante y largo, “filo”, y de un

borde opuesto, “dorso”, acondicionado con retoques abruptos. Estas herramientas se encuentran frecuentemente en regiones tales como la cuenca de México, el centro-norte del país, San Luis Potosí e incluso en el norte de Sonora (fig. 3). Sin embargo, tomando en cuenta estos datos, constatamos que, de acuerdo con la interpretación de su función, se ha atribuido a tales herramientas di-



© Fig. 3 Ejemplares de cuchillos de andesita encontrados en sitios arqueológicos en Mesoamérica: 1. El Moral, Michoacán, Clásico (Arnauld y Berthelot, 1993, fig. 71); 2. Tlapacoya, Estado de México, Preclásico (Narez, 1990, lám. 37); 3. Chiconautla, Estado de México, Postclásico (Tolstoy, 1971); 4. Teotenango, Estado de México, Clásico o Postclásico (K. Ohi, 1975: lám. 29); 5. Terremote-Tlatenco, Estado de México, Preclásico (Serra Puche, 1981, fig. 39).

versas denominaciones de manera más o menos precisa, por lo que se les ha catalogado y clasificado en varias categorías.

El término más usado para nombrar estas herramientas cortantes es “desbastador” de hoja de agave (Santamaría y García Bárcena, 1984: 95; Darras, 1993: 182-183; Ohi, 1976: 43; Reinhold, 1981: 34). Estas herramientas son clasificadas por Lorenzo (1965: 34) y García Cook (1967: 72) en la categoría “corte-desgaste”, herramienta pulida de uso cortante y alterada por el uso. Esta hipótesis funcional es aceptada en razón del filo fino que lo caracteriza y la presencia de un pulimento visible en el borde.

El término “desfibrador” es empleado por Serra Puche (1988: 171), quien a partir de un estudio microscópico considera que esta herramienta se utilizó para raspar las hojas de maguey con el fin de explotar sus fibras. Respecto al uso del término “cuchillo”, diferentes autores precisan su función: “cuchillos magueyeros” (Narez, 1990: 101), “cuchillos mezcleros” (Villalpando, 1989: 47), “cuchillos de maguey”, “desfibrador” (Nelson, 1992: 366) o bien, *square knives* (Tolstoy, 1971: 291) y *couteau à maguey* (Rodríguez, 1988: 268).

Algunas herramientas que fueron encontradas en medio lacustre (Darras, 1993: 169; Carot, 1993: 106) han dado lugar a la hipótesis de que éstas habrían sido utilizadas para cortar tules destinados al trabajo de cestería. También han sido empleados los términos “hoz” y “azada” (Reinhold, 1981: 34; Sanders *et al.*, 1979: 242; Mac Neish, 1967: 131), en referencia al posible uso de estas herramientas en la agricultura.

Esta falta de precisión en los datos muestra la confusión que existe en la interpretación de estas herramientas. Cabe entonces preguntarse si la variación morfológica es expresión de diferencias culturales o ambientales, o si esta variación es resultado de distintos modos de uso.

En los estudios líticos tradicionales los investigadores se han conformado con hacer clasificaciones apresuradas, las cuales impiden profundizar sobre cuestiones como: ¿cuál pudo haber sido la función precisa de estos utensilios? ¿Y con qué tipo de actividades económicas pudieron estar relacionados?

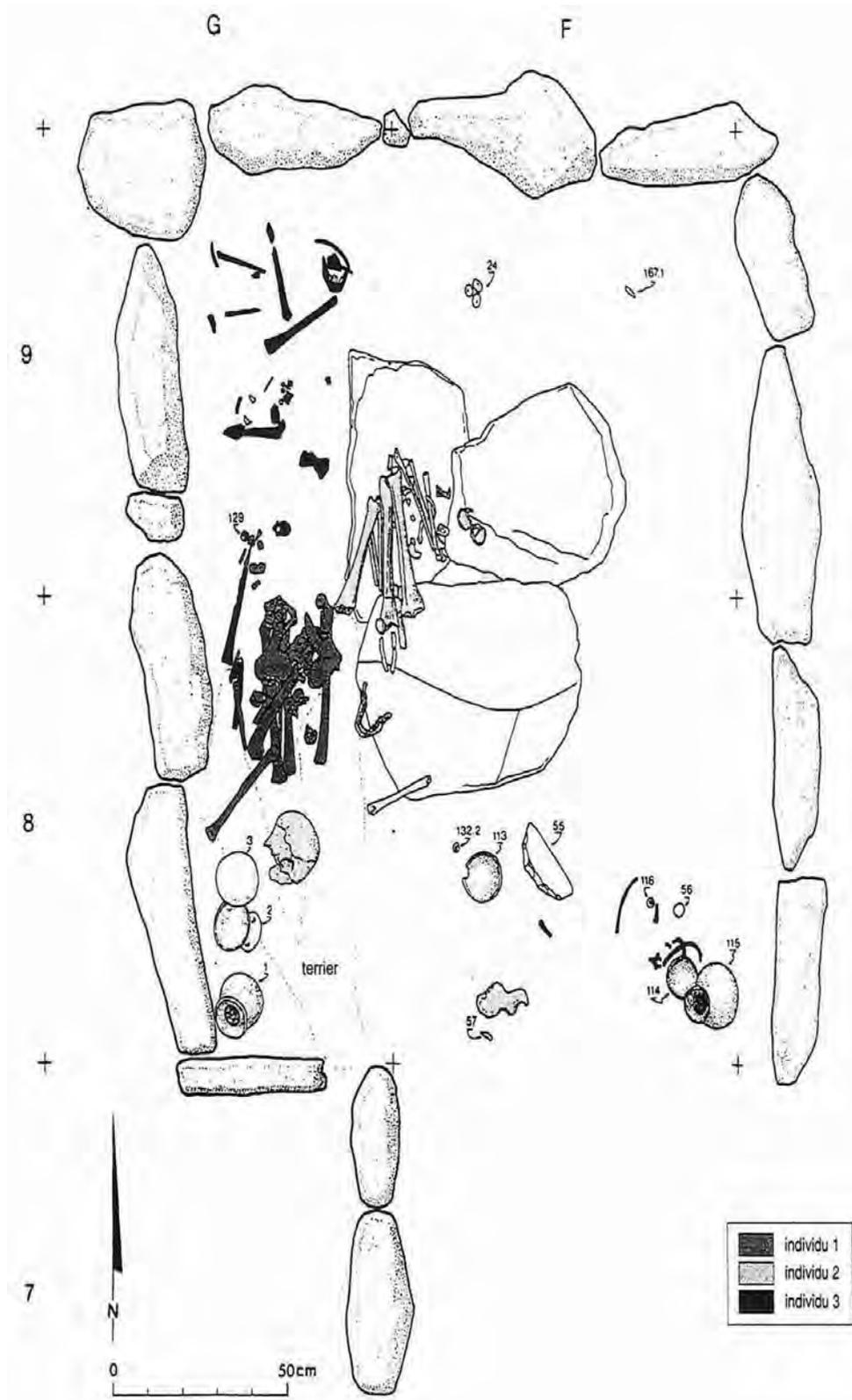
Es importante determinar dicha función porque ésta atestigua las actividades que se desarrollaron en un sitio arqueológico. Aunque muchos artefactos de andesita han sido encontrados, su función ha sido muy poco estudiada en comparación con las herramientas de pedernal o de obsidiana. Una de las características de la herramienta lítica en Mesoamérica es que fue muy utilizada antes de ser sustituida por el metal, a partir de la llegada de los españoles.

¿Los cambios tecnológicos que advinieron con la conquista cambiaron profundamente las prácticas prehispánicas? A través de estudios pluridisciplinarios es posible acercarnos y reconstituir los aspectos socioeconómicos que se desarrollaron antiguamente.

Presentación de los sitios y contexto cultural de los cuchillos

Las herramientas recogidas en el marco del proyecto proceden de las excavaciones en tres sitios distintos. Dos se ubican en las Lomas, y el tercero en la meseta volcánica del Malpaís que bordea la cuenca al oeste. En las Lomas, las excavaciones realizadas en el emplazamiento de las antiguas islas han dado a conocer dos grandes complejos funerarios ubicados en los sitios de Loma Alta y Potrero de Guadalupe. Su mayor ocupación corresponde respectivamente a las fases Loma Alta (100 a.C.-550 d.C.), Jarácuaro (550-600 d.C.) y Lupe (600-850 d.C.). En el Malpaís, las excavaciones del sitio El Infiernillo han permitido conocer de manera más precisa las características de los grandes centros ceremoniales purépechas que datan del Postclásico reciente (1200-1450 d.C.).

El sitio de Loma Alta (Mich. 66), ubicado en el centro de las Lomas, presenta la ocupación más antigua conocida hasta ahora en la cuenca de Zacapu (Arnauld *et al.*, 1994). Corresponde al periodo que va del Preclásico tardío al Protoclásico, y se prolonga durante todo el periodo Clásico. La ocupación se divide en tres fases que abarcan de 100 a.C. hasta 550 d.C. Se caracteriza por la cerámica de tipo Loma Alta, heredada de las tradiciones preclásicas de Chupícuaro (Darras, 2006).



© Fig. 4 Sepultura 13, sector VIII, sitio Potrero de Guadalupe, Mich. 215 (según Pereira, 1999: 58).

Aquí se descubrieron dos grandes conjuntos funerarios, así como diversas construcciones con rasgos monumentales compuestas de plataformas cuadrangulares que delimitan un gran patio hundido (Carot y Fauvet-Berthelot, 1996).

El sitio Potrero de Guadalupe (Pereira, 1999: 20-42) ha dado una secuencia de ocupación que se distribuye de la interfase Jarácuaro (550-600 d.C.) hasta el principio del Postclásico (900 d.C.). Ubicado al suroeste de Loma Alta, se extiende sobre cerca de dos hectáreas. El periodo de ocupación principal corresponde al periodo Clásico medio y reciente, y se relaciona con las fases Jarácuaro y Lupe. Este sitio es una antigua isla rellena de manera artificial. Constituye un importante complejo funerario donde se excavaron unas cuarenta sepulturas. Se observa una gran variación en los tipos de sepulturas (Arnauld *et al.*, 1993; Pereira, 1999: 45-78), que va desde las cámaras funerarias colectivas hasta la sepultura individual dentro de una fosa (fig. 4, sepultura 13).

El sitio El Infiernillo (Mich. 38) corresponde a un gran asentamiento urbano establecido en la meseta volcánica del Malpaís. El sitio fue poblado en el Posclásico reciente (1250-1450 d.C.) (Michel *et al.*, 1992). Se trata de un sitio de habitación dividido en barrios. El lugar más importante de cada barrio lo ocupa un complejo ceremonial, el cual se compone de una plaza en la que se eleva una pirámide, a veces acompañada de un altar y plataformas anexas. La ocupación del sitio corresponde a la fase Milpillas, es decir, a la civilización tarasca.

Los sitios de procedencia de las herramientas arqueológicas aquí estudiadas dependen de dos medios ambientales muy distintos. Unos corres-

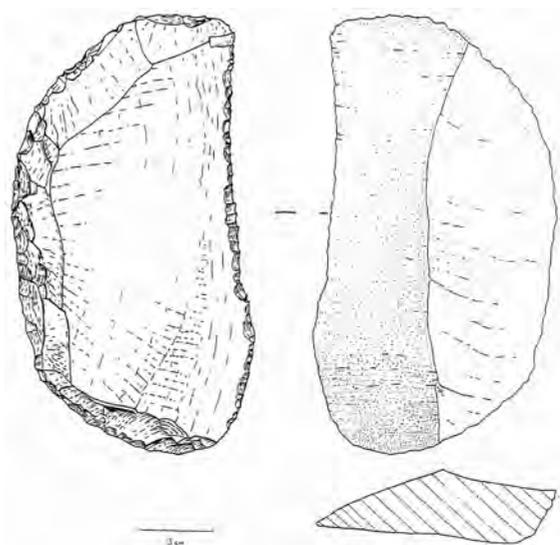


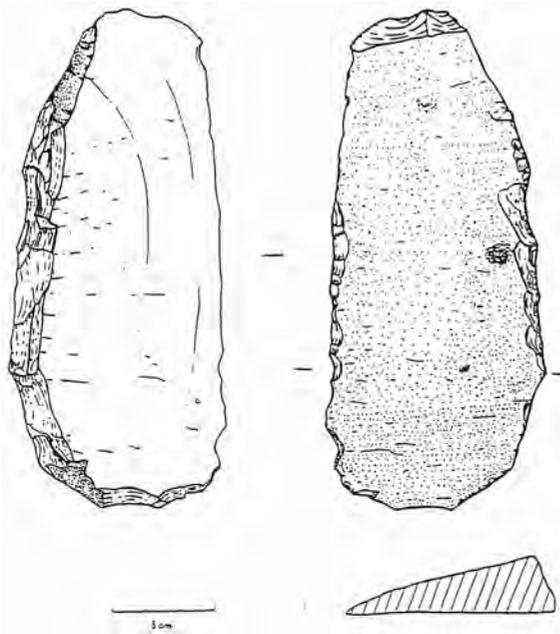
Fig. 5. Herramienta sobre lasca (lote 170.55) sepultura 13, sector VIII, sitio Potrero de Guadalupe, Mich. 215.

ponden al ambiente del fondo de la cuenca de Zacapu, donde fueron descubiertos los yacimientos de Loma Alta (Preclásico reciente y Clásico antiguo) y Potrero de Guadalupe (Clásico reciente y Epiclásico); y otros, al Malpaís, donde se ubica el sitio del Infiernillo (Postclásico) (tabla 1).

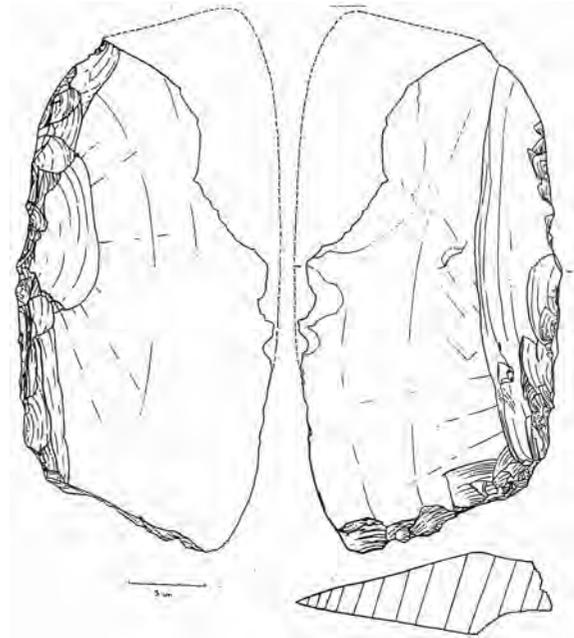
En relación con estas herramientas se distinguen a primera vista tres categorías de piedra: una es de grano fino, de color de antracita y de aspecto ligeramente brillante; una piedra color gris opaco con finas incrustaciones de cuarzo blanco, de grano mediano; una piedra de color gris opaco con numerosas incrustaciones de cuarzo, cuyo tamaño es un poco más grande que el de la piedra anterior.

Tabla 1. Procedencia de las herramientas:

Sitios arqueológicos	Cantidad elegida	Contexto	Época	Figuras
Loma Alta	1	Trinchera T28	Preclásico	
Guadalupe	5	Sepulturas	Clásico	5, 6, 7, 8, 9
El Infiernillo	3	Estructuras ceremoniales	Postclásico	10, 11



● Fig. 6 Herramienta sobre lasca (lote 193.3) sepultura 21, sector VIII, sitio Potrero de Guadalupe, Mich. 215.

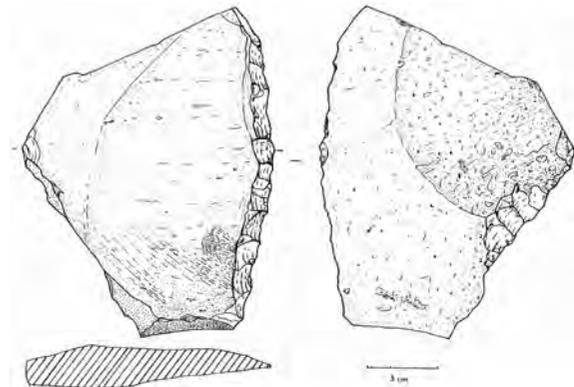


● Fig. 7 Herramienta sobre lasca (lote 129a), sector VIII, sitio Potrero de Guadalupe, Mich. 215.

¿Cuáles fueron las actividades prehispánicas desarrolladas con estas herramientas?

El valor que representan los materiales perecederos y su utilización en la actividad cotidiana de las poblaciones prehispánicas tiene su origen en el medio ambiente en que se establecieron las poblaciones sedentarias. Cabe resaltar que los materiales perecederos eran comúnmente utilizados en la fabricación de diversos objetos. En las hipótesis de trabajo se seleccionaron las más adecuadas al uso de cuchillos de andesita. En función de nuestra problemática, escogimos el trabajo sobre los vegetales.

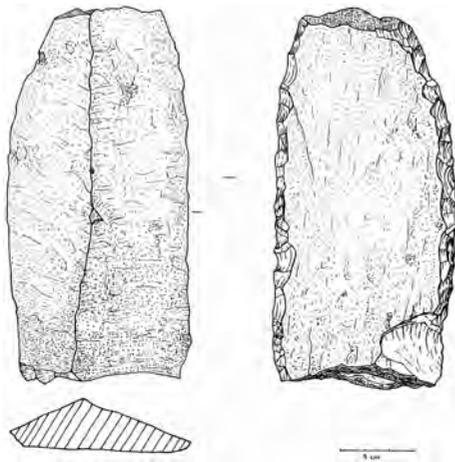
En Michoacán existen abundantes datos etnográficos relativos a la fabricación de cestas. Gracias a los testimonios recogidos entre los habitantes de la cuenca de Zacapu, se sabe que el tule era empleado para la confección de esteras en el siglo XIX (Arnauld *et al.*, 1993: 47-49). Según la descripción de Pérez, en esta misma época la ciénega de Zacapu contaba con gran cantidad de tules y carrizos. Para investigar estas actividades,



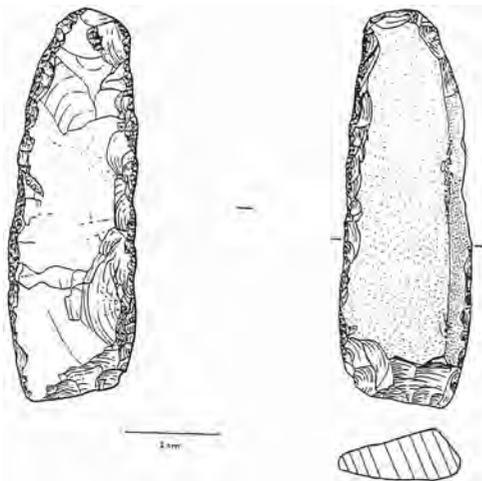
● Fig. 8 Herramienta sobre laja (No. 129b), sector VIII, sitio Potrero de Guadalupe, Mich. 215.

contamos con los estudios que a continuación señalamos.

R. L. Beals (1992: 94, 181) realiza en 1940 una etnografía del pueblo de Cherán, en la Meseta Tarasca de Michoacán. En Cherán, algunas mujeres fabricaban petates con tule importado de otro pueblo localizado junto al lago de Pátzcuaro: Erongarícuaro. Estos petates estaban destinados



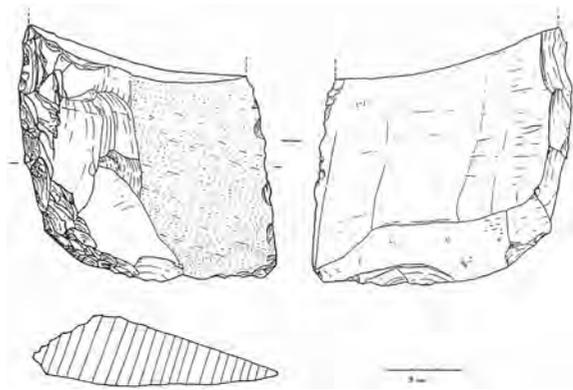
● Fig. 9 Herramienta sobre laja (No. 231), sector VIII, sitio Potrero de Guadalupe, Mich. 215.



● Fig. 10 Herramienta sobre lasca In5, sondeo T3, sitio El Infiernillo, Mich. 38.

al comercio. La técnica empleada consiste en un tejido cruzado en el que las cañas se ligan de dos en dos. El autor menciona que esta actividad especializada forma parte de un mercado más amplio y registra con detalle el precio del producto manufacturado. Por otra parte, la artesanía de cestería existe todavía en otros lugares de Michoacán, como en el pueblo de Ihuatzio, donde se fabrican petates de tule (McGregor, 1992: 94).

Este tipo de producción formaba parte del comercio en la época prehispánica, como lo muestra



● Fig. 11 Herramienta sobre lasca In8, sondeo T4, sitio El Infiernillo, Mich. 38.

Sahagún (1981: 267): “El artesano de petates tiene gran cantidad de junco y hojas de palma. Las extiende primero en el suelo para exponerlas al sol. Escoge las mejores y las ordena. Los petates que vende son de diferentes colores o hechos de hojas de palmas sin otro matiz”.

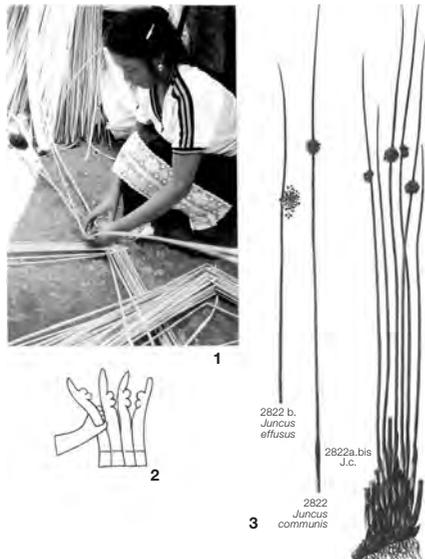
¿Qué es lo que subsiste de esta tradición de cestería mesoamericana?

Para ir más allá de los datos etnográficos, hicimos nuestra propia investigación. Fueron observados los procesos de fabricación de cestería en dos pueblos de artesanos indígenas de Michoacán: el trabajo del carrizo en Irancuátaro (fig. 12) y el trabajo de una variedad de tule con flores en Puácuaro (fig. 13).

El pueblo de Irancuátaro se ubica al norte de la cuenca de Zacapu, en el valle del río Angulo, entre los pueblos actuales de Villa Jiménez y Panindícuaro. Este pueblo se especializa en la producción de canastas de carrizo que son vendidas en toda la región. El pueblo de Puácuaro se ubica en la ribera oeste del lago de Pátzcuaro, cerca de Erongarícuaro. Este pueblo se especializa en la confección de objetos diversos como petates, figurillas, botelleros, cestas con o sin tapadera. La variedad comprada es un tule con flores llamado *juncus effusus*. Al contrario de la chuspata *typha* (fig. 14) que crece sobre las riberas, esta planta de varas frondosas crece en el agua a una profundi-



● Fig. 12 El carrizo (*Phragmites communis*): 1. Foto de la planta, Irancuátaro, Michoacán; 2. Representación del carrizo, glifos calendéricos (Codex Xicotepec); 3. Trabajo de la planta para la realización de cestería, Irancuátaro, Michoacán.



● Fig. 13 El tule (*Juncus effusus*): 1. Foto del trabajo de la planta para cestería, Puácuaro, Michoacán; 2. Representación iconográfica del tule (Codex Mendoza); 3. Clasificación botánica, (según Bonnier, 1990: lám. 615).



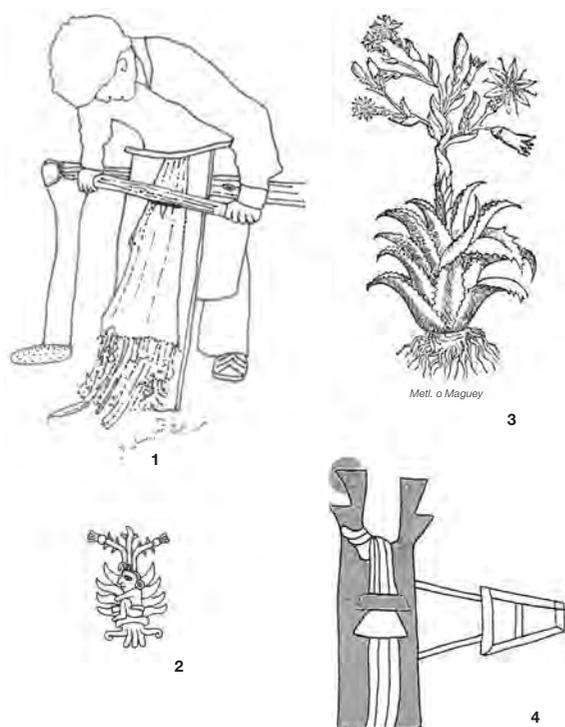
● Fig. 14 La chuspata (*Typha Latifolia*): 1. Foto de la planta, Michoacán; 2. Representación iconográfica de la chuspata (Codex Vidobonensis); 3. Clasificación botánica (según Bonnier, 1990: lám. 618).

dad de nivel medio, en una banda ubicada a un metro de las riberas del lago. Las etapas de fabricación de un petate no serán detalladas aquí.

Estas observaciones han permitido entender el desarrollo de una técnica en particular y conocer las herramientas más eficaces: en el proceso de fabricación de petates, la recolección implica la utilización de una herramienta cortante, actualmente metálica. En lo que concierne al tratamiento del carrizo, el cuchillo sirve también para partir las cañas en dos.

¿Qué es lo que subsiste de la obtención de fibras textiles mesoamericana?

En la actividad de obtención de fibras textiles (fig. 15), las actividades relacionadas con esta explotación del maguey implican técnicas complejas en las que se emplean herramientas variadas. En



● Fig. 15 El maguey (*Agave sp.*): 1. Dibujo de la planta explotada, según Parsons y Parsons, 1990, fig. 90 LR, p. 226; 2. Representación iconográfica del agave (Codex Nutall); 3. Ilustración botánica (según Hernández, 1959: 349); 4. Representación iconográfica de un raspador de Maguey para producir el ixtle (Parsons, 1990, fig. 38A).

los datos ethnohistóricos hay una lámina en la que se observa la técnica de fabricación de hilos para la confección de tejidos o de cuerdas. Parsons llevó a cabo un estudio etnográfico muy completo que muestra las dos técnicas observadas: “hojas” o “pencas crudas” (Parsons y Parsons, 1990: 146-159) y “hoja cocida” (*ibidem*: 160-181). En la técnica de extracción de fibras de magueyes cocidos (mencionada en las fuentes ethnohistóricas) se revelan cinco etapas de la selección de las pencas hasta hilar las fibras.

En la época contemporánea esta actividad artesanal se lleva aún a cabo en varias regiones. Neyra Alvarado (1994: 123) y Sánchez Olmedo (1980: 76-79) describen la técnica empleada para extraer las fibras del maguey y utilizarlas para hilar o tejer. No se distingue el tratamiento que se aplica a las hojas crudas o cocidas. Esta actividad

es también observada en los grupos otomíes por Carrasco Pizana (1979: 68-72) y Soustelle (1937: 77-89). Las fibras de maguey son también explotadas por los tarascos en Michoacán, como menciona Beals (1969: 753). Como muestran las etapas de la cadena operativa del trabajo de esta materia, se necesita una herramienta más fuerte para cortar las hojas en la base de la planta o las raíces empleadas como combustible, y otra más ligera para quitar las espinas de maguey. En este último caso, una navaja de obsidiana es el instrumento apropiado para un trabajo más fino.

Las fuentes ethnohistóricas evocan la explotación del maguey, pero tratan someramente las técnicas empleadas. En el Códice Florentino hay una sola mención precisa (Dibble y Anderson, 1961: 73) sobre la explotación de fibras de maguey para elaborar mantas de tejido basto. Tal descripción cubre los mismos datos proporcionado por el estudio de Parsons. El Códice Florentino precisa que las hojas estaban cocidas, se sabe que este método es tradicional y no de origen hispánico.

Si bien las técnicas son similares, pueden observarse diferencias en cuanto a la naturaleza de los materiales empleados. La raedera para *ixtle* está fabricada generalmente en metal y, muy rara vez, en piedra (*ibidem*: 80, y Sánchez Olmedo, 1980: 76). El mango está hecho de madera, fijado de manera paralela al borde cortante. El instrumento está dispuesto de manera perpendicular a la tabla en que están dispuestas las fibras. Para obtener la pulpa de las fibras, el acto se hace según un movimiento de ida y vuelta efectuado desde arriba hacia la parte baja de la tabla. Parsons (1990: 300) presenta una lámina del Códice Matritense de la Real Academia de la Historia, en la que se describen unas fibras de maguey colocadas sobre una tabla de madera que representa una raedera de *ixtle* que parece enmangada.

Aplicación del método en análisis traceológico para la experimentación

La identificación de las huellas de trabajo sobre andesita será definida posteriormente, en un marco de observación apropiado. Las repuestas obte-

nidas hasta ahora se refieren únicamente a los estudios realizados sobre las rocas silíceas. Un trabajo de experimentación es necesario para verificar la validez de estos criterios sobre las rocas volcánicas.

La determinación del tipo de materia trabajada y la acción realizada son datos fundamentales que constituyen la trama del análisis funcional. Por ello, el recurso a la experimentación ha sido imprescindible en nuestro procedimiento. Cada etapa experimental implica la constitución de una colección comparativa. Sin pretender tal objetivo, nuestra selección se centró en el trabajo de materiales vegetales. Once experiencias fueron aplicadas con once herramientas que hemos fabricado. Éstas son del mismo tipo de piedra que los artefactos prehispánicos. La mayoría están hechas de laja de andesita. Dos muestras de desprendimiento en bruto han sido extraídas con el fin de analizar el componente principal por el método de difracción X. Creemos que este análisis permitirá complementar con mayor precisión la identificación hecha por Demant (1992: 61). El total de herramientas elaboradas con base en lajas de andesita es de diez, solamente una herramienta se elaboró a partir de una lasca de desprendimiento.

Las problemas metodológicos encontrados durante este estudio se relacionan por un lado con las técnicas de observación de las piezas de gran tamaño, modelos no adaptables al microscopio. Una vez fijada, la herramienta es demasiado pesada para ser movida mediante la llave de acción.

Además, es difícil obtener un ángulo perpendicular al haz de luz con herramientas macizas; de ahí la dificultad de realizar barridos de superficie.

Otro problema inherente a la técnica de observación concierne el método de análisis aplicado al material. El microscopio óptico de reflexión es poco apto para la observación de herramientas de andesita, aunque es más útil para herramientas de superficie plana y lisa. En el caso de rocas andesíticas, la estructura del grano y el micro-relieve de superficie impide obtener una visión limpia. Además, con este microscopio la profundidad de campo es insuficiente.

La otra particularidad de esta piedra consiste en el hecho que su grano no es homogéneo y diferenciar las huellas requiere más tiempo. Es decir que, si la superficie brilla, se presenta un cierto problema para la identificación de micropulidos.

Resultados de la observación microscópica para las herramientas arqueológicas (tabla 2)

- Herramienta núm. 193.3 de la sepultura 21 (Peireira, 1999: 65) (fig. 16)
 - micropulido: se puede apreciar a simple vista, su coalescencia es dura, abombada y su trama llana.
 - estriaciones: son largas, paralelas y profundas sobre el borde medio del filo; sin embargo, en los dos extremos de las piezas, tienen una orientación oblicua en cuanto al

Tabla 2 Resultados experimentales obtenidos

Núm. de piezas	Materia	Acción	Tipo de microhuellas observadas
2	junco	cortar	Microlasca tipo alpha
7	roble	percutir	- Microastillamiento tipo beta - Estriaciones paralelas o transversales al filo - Pulimento fuerte
4	carrizo	cortar-raspar	Estrías transversales al filo
9	roble	serrar	Estrías paralelas al filo
8	roble	percutir	Estrías perpendiculares al filo

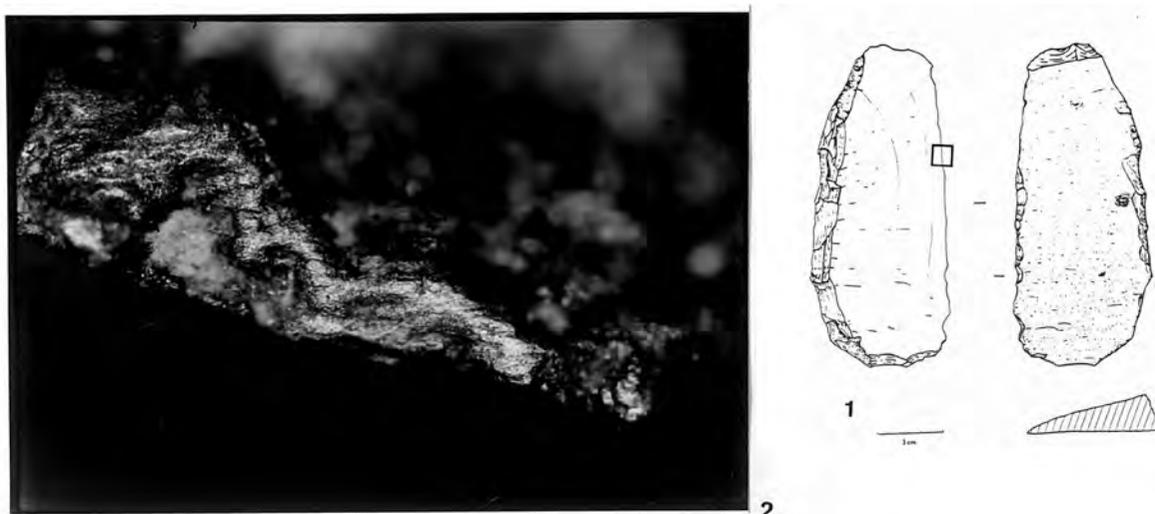
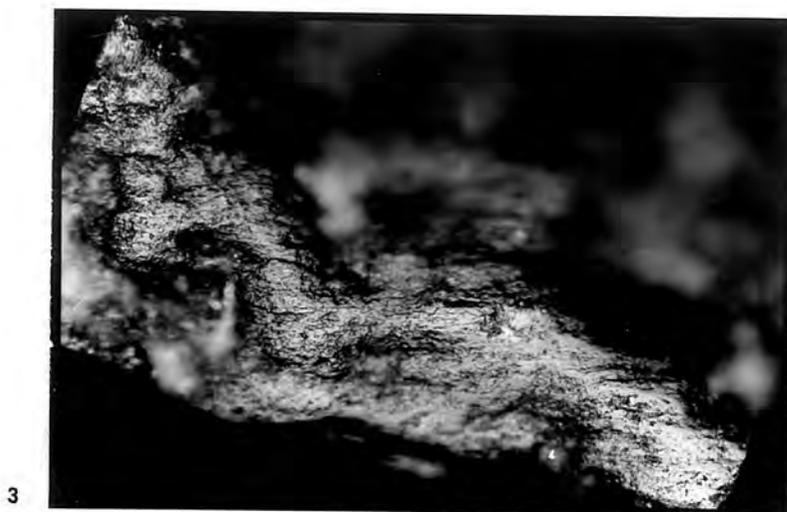


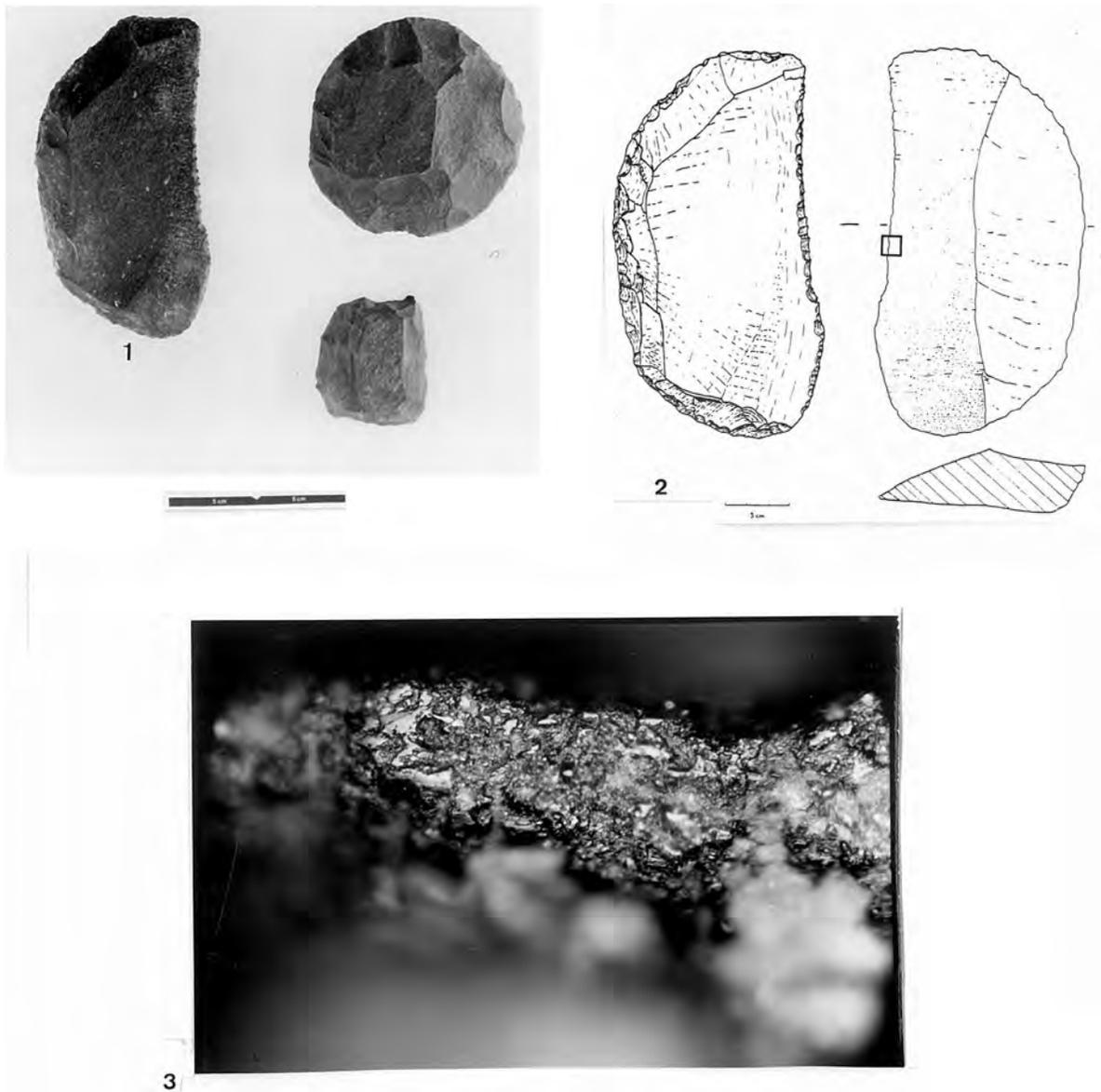
Fig. 16 Microhuellas observadas en herramienta de laja de andesita No. 193.3, ubicada en la sepultura 21, Mich. 215: 1. Localización de microhuellas observadas sobre la herramienta No. 193.3; 2. Foto (observación óptica): detalle del filo de la herramienta No. 193.3 desfilado; 3. Foto (observación óptica): detalle del filo de la herramienta No. 193.3 estriaciones y micropulimento.



- filo. Tienen una sección en forma de “U” y presentan un fondo rugoso, son además muy marcadas.
- pulimento: se trata de macro-pulimento fuerte.
 - microlascas: se aprecia una serie de microastillamientos de tipo *gamma* sobre el borde dorsal de la herramienta. Se ubican en la cara superior, en la parte mediana. Las terminaciones de las microlascas son reflejadas en la materia. En la cara superior del filo, en la parte mediana, el microastillamiento es de tipo *beta*, sencillo y rasante.

Actualmente, nada permite concluir a favor de retoques que deriven de la utilización, sino de un acontecimiento del filo rectilíneo.

- Herramienta núm. 170.55 de la sepultura 13 (Pereira, 1999: 57) (fig. 17)
 - micropulido: cubre el retoque denticulado del filo, es de coalescencia fluida con un contorno desenfocado y de brillo fuerte.
 - microlascas: se observan numerosas lascas de tipo *beta* y *gamma* sobre el borde dorsal acondicionado. Es probable que tengan relación con el retoque intencional que da forma al borde dorsal.



● Fig. 17 Microhuellas observadas en herramienta de laja de andesita No. 170.55 ubicada en la sepultura 13, Mich. 215: 1. Foto de la herramienta No. 170.55 correspondiente al No. 1 en la foto; 2. Localización de microhuellas observadas sobre la herramienta No. 170.55; 3. Foto (observación óptica) del detalle del filo de la herramienta No. 170.55 donde se ve un micropulimento fuerte.

- Herramienta núm. T28
 - estriaciones: son numerosas las ubicadas en el filo, tienen una dirección desordenada y algunas presentan una sección en forma de “U”. ¿Se tratará de estriaciones resultantes de alteraciones naturales como lo define Mansur-Franchomme (1986: 97)?
- Herramienta núm. In-5 (véase fig. 10)
 - pulimento: se trata de un macro-pulimento muy fuerte presente sobre los dos bordes de la cara inferior. El filo contiene numerosos astillamientos provocados por los golpes de percusión repetidos. Por otra parte, se ob-

serva en dos puntos la presencia de un pulimento sobre la arista dorsal.

- microlascas: son numerosas y de varias clases al mismo tiempo, muy frecuentemente, son escalonadas.

Hipótesis funcionales y conclusiones

A la herramienta nombrada “raspador” para *ixtle* (mencionada más arriba) es posible que se le haya fijado un mango, atado al utensilio. La presencia de un borde dorsal convexo acondicionado sobre las herramientas que poseemos puede constituir un rasgo relacionado con el enmangamiento. Las investigaciones se orientaron hacia este tema sobre herramientas tales como raederas, microlitos e incluso hachas.

El análisis tecnológico da cuenta de los procesos de fabricación de las herramientas y la comprensión de su función es comúnmente hipotética. Sin embargo, por lo general las herramientas observadas han sido físicamente modificadas por su utilización.

El análisis de las huellas de uso permitió poner en evidencia la explotación de recursos animales y vegetales, así como restituir los gestos técnicos cuando las huellas de utilización corroboraron un modo de prensión o de enmangamiento (Odell, 1981). El utensilio corresponde a la confluencia de diferentes cadenas operativas y permite restituir los mecanismos de movimientos complejos perceptibles a través del uso de las herramientas, lo cual da como resultado un conocimiento de las actividades económicas del grupo.

Gracias a los modelos etnográficos disponibles, es viable establecer comparaciones por medio de analogías y proponer hipótesis funcionales para algunas de las herramientas que son todavía utilizadas (Serra Puche, 1988). No obstante, las referencias etnográficas presentan limitaciones cuando las técnicas, y sobre todo las herramientas, han cambiado. De ahí que la demostración de la validez de las proposiciones no pueda ampliarse al conjunto entero de las herramientas recogidas en distintos contextos.

Es perceptible que las herramientas seleccionadas no constituyan un corpus homogéneo. Algunos cuchillos son similares por su tipología: según las técnicas de elaboración y de obtención del soporte. Pero las herramientas hechas de lascas, así como el caso aislado de la herramienta de lasca, presentan diferencias. Durante nuestro estudio fue necesario confrontar ciertos procedimientos no aptos a la andesita, además del hecho de estar limitados a los datos experimentales. Si bien no podemos concluir la función precisa de estas herramientas, es posible derivar algunas conclusiones en cuanto a su utilización.

Con excepción de una pieza (núm. In-5), las otras herramientas no fueron utilizadas en percusión sobre materias duras. Hemos observado sobre la pieza experimental núm. 7 que la percusión sobre madera provoca astillamiento. En el caso de la herramienta núm. In-5, las huellas son marcadas y visibles a primera vista: el material trabajado es más duro que la madera. Esta particularidad de los bordes de la pieza permite adelantar que tuvo una función distinta de las demás. En conjunto, las herramientas fueron más utilizadas para el trabajo de materias tiernas, con acciones de presión. Sólo las piezas provenientes de sepulturas (núm. 170.55 y 193.3) han mostrado huellas claramente identificables, ya que ambas presentan un micropulimento de utilización y un filo fino. Una de estas comporta un borde cortante denticulado. Las microhuellas observadas sobre una de las herramientas (núm. 193.3) son estriaciones paralelas al borde cortante. La presencia de estas huellas plantea el problema de la función de estas herramientas. Se puede refutar la hipótesis del trabajo de materias duras, dada la finura del borde cortante y la regularidad del retoque denticulado, que está por otro lado cubierto por un micropulimento. Dos argumentos principales permiten también rechazar la función de raspador de *ixtle*:

a) La presencia de estriaciones orientadas paralelamente al borde cortante constituye un primer elemento. Este factor muestra que la herramienta fue empleada en una acción longitudinal (cortar o serrar). Ahora bien, como lo muestran los datos etnográficos, el raspado de hojas de maguey implica una acción transversal. Es necesario consi-

derar que las estriaciones por esta actividad están en posición perpendicular al filo. Así, pues, se pueden interpretar las huellas observadas por Torres (Serra Puche *et al.*, 1987) en su estudio de las herramientas de Terremote-Tlatenco. Este autor nota la presencia de numerosas estriaciones finas y paralelas entre ellas mismas, pero orientadas de manera perpendicular al filo. La hipótesis según la cual estas herramientas pudieron servir para producir el *ixtle* es muy probable, al contrario de los ejemplares que hemos estudiado.

b) Un segundo argumento puede igualmente ser deducido a partir de los datos etnográficos. En su estudio, Parsons hizo una encuesta sobre los actuales productores de fibras de maguey. Ahora bien, éstos usan una cuchilla con borde desfilado con el fin de quitar la pulpa de las hojas sin cortar las fibras. El uso de un borde cortante muy afilado o denticulado seccionaría las fibras. Hemos constatado esas dos características en las piezas estudiadas. Parsons planteaba la posibilidad de la presencia de un retoque denticulado en las herramientas destinadas a cortar la base de las hojas de agave. Sin embargo, en el marco de este estudio es imposible precisar qué clase de materia era cortada de acuerdo con las herramientas estudiadas.

Nuestra metodología se apoya en trabajos realizados en traceología aplicada al pedernal. Los métodos empleados se mostraron inadecuados. La microscopía óptica no es conveniente para la observación de las microhuellas de uso sobre andesita. Por otro lado, se pudieron determinar tres tipos de andesita distintos en el material observado. En primer lugar, sería necesario caracterizar los elementos químicos principales de esta roca y distinguir cada uno de ellas. Este procedimiento emplea un método de observación en MEB (microscopio electrónico de barrido) dotado de un sistema de análisis con rayos X.

Sería importante incluir el trabajo del *ixtle* por medio de la reproducción de cadenas operativas empleadas hasta nuestros días. Analizar los procesos de formación de desgastes a través de observaciones en MEB permite una caracterización fisicoquímica de los materiales contenidos en los micropulimentos de las herramientas. Este método de análisis sería adecuado a la problemática

enfaticada. Permitiría identificar micro-residuos en relación con el trabajo del maguey. Parsons (1990: 302) anota en su estudio que esta planta contiene cristales de oxalato de calcio. Esos cristales, que cumplen la función de contener y retener moléculas de agua, son capaces de adherirse a la superficie de la herramienta empleada. Si estos cristales se conservan en contexto arqueológico, podrán ser analizados químicamente, pero la naturaleza de este estudio es solamente preliminar.

Bibliografía

- Arnauld, M.C., P. Carot y M.F. Fauvet Berthelot 1993. *Arqueología de las Lomas en la cuenca lacustre de Zacapu, Michoacán, México*, México, CEMCA (Cuadernos de Estudios Michoacanos, 5), pp. 19-55.
- Arnauld, M.C., P. Carot, M.F. Fauvet Berthelot y G. Pereira 1994. "Informe sobre los trabajos arqueológicos realizados en el sitio de Loma Alta (Mich. 66), Michoacán, febrero-marzo 1994", México, Archivo del CEMCA, mecanoscrito.
- Beals, R.L. 1969. "The Tarascans", en E. Vogt (ed.), *Handbook of Middle American Indians, vol. 8, Ethnology, Part 2*, Austin, The University of Texas Press, pp. 725-773.
- 1992. *Cherán: un pueblo de la Sierra Tarasca*, Morelia, El Colegio de Michoacán/Instituto Michoacano de Cultura.
- Bonnier, Gaston y Georges de Layens 1990. *Claves para la determinación de plantas vasculares*, Barcelona, Omega.
- Carot, P. 1993. "Le site de Loma Alta, lac de Zacapu, Michoacán, Mexique", tesis de doctorado, París, Université de Paris I.
- Carot, P. y M.F. Fauvet Berthelot 1996. "La monumentalidad del sitio de Loma Alta, Michoacán, revelada por métodos de prospección geofísica", en E. Williams y P.C. Weigand (eds.),

Las cuencas del Occidente de México: época prehispánica, Zamora, El Colegio de Michoacán.

- Carrasco Pizana, P.
1979 [1950]. *Los otomíes. Cultura e historia prehispánica de los pueblos mesoamericanos de habla otomiana* (ed. facs.), México, Biblioteca Enciclopédica del Estado de México.
- Darras, V.
1993. “Debastadores de piedra del conjunto de las Lomas”, en *Arqueología de las Lomas en la Cuenca Lacustre de Zacapu, Michoacán*, México, CEMCA (Cuadernos de Estudios Michoacanos, 5), pp. 182-183.
- 2006. “Las relaciones entre Chupícuaro y el centro de México durante el Preclásico reciente, una crítica de las interpretaciones arqueológicas”, *Journal de la Société des Américanistes*, vol. 92, núms. 1 y 2.
- Demant, A.
1992. “Marco geológico regional de la laguna de Zacapu, Michoacán, México”, en D. Michelet (coord.), *El Proyecto Michoacán 1983-1987*, México, CEMCA (Cuadernos de Estudios Michoacanos, 4), pp. 53-72.
- Dibble, C. y A. Anderson (ed. y trad.)
1961. *Florentine Codex: General History of the Things of New Spain, by fray Bernardino de Sahagún. Book 10, The People*, Santa Fe, Monographs of the School of American Research and the Museum of New México.
- Faugere, B.
1996. *Entre Zacapu y Río Lerma: culturas en una zona fronteriza*, México, CEMCA (Cuadernos de Estudios Michoacanos, 7).
- García Cook, A.
1967. *Análisis tipológicos de artefactos*, México, INAH (Serie Investigaciones, 12).
- Hernández, Francisco
1959. *Historia natural de Nueva España, vol. I. Historia de las Plantas*, Libro VI, capt. XLIV, México, UNAM.
- Lorenzo, J.L.
1965. *Tlatilco: los artefactos III*, México, INAH (Serie Investigaciones, 7).
- MacNeish, R.S., A. Nelken-Turner e I.W. Johnson
1967. *The Prehistory of the Tehuacan Valley, vol. II. The Non-ceramic Artefacts*, Austin, The University of Texas Press.
- Mansur-Francomme, M.E.
1986. “Microscopie du matériel lithique préhistorique. Traces d’utilisation, altérations naturelles, accidentelles et technologiques”, *Cahiers du Quaternaire*, núm. 9.
- McGregor, R.
1992. *Prehistoric Basketry of the Lower Pecos, Texas*, Wisconsin, Prehistory Press (Monographs in World Archaeology, 6).
- Michelet, D. (coord.)
1992. *El Proyecto Michoacán 1983-1987. Medio ambiente e introducción a los trabajos arqueológicos*, México, CEMCA (Cuadernos de Estudios Michoacanos, 4).
- Narez, J.
1990. *Materiales arqueológicos de Tlapacoya*, México, INAH (Serie Arqueología, 23).
- Nelson, B.A.
1992. “El maguey y el nopal en la economía de subsistencia de La Quemada, Zacatecas”, en B. Boehm de Lameiras y P.C. Weigand (coords.), *Origen y desarrollo de la civilización en el Occidente de México*, Zamora, El Colegio de Michoacán.
- Neyra Alvarado, P.
1994. “Los mexicaneros de Durango”, en *Etnografía contemporánea de los pueblos indígenas de México*, México INI (Región Occidental).
- Odell, G.H.
1981. “The Mechanics of Use Breakage of Stone Tools: Some Testable Hypothesis”, *Journal of Field Archaeology*, vol. 8, núm. 2, pp. 197-209.
- Ohi, K.
1975. “Estudio de los artefactos”, en R. Piña Chan (ed.), *Teotenango: el antiguo lugar de la muralla*, Toluca, Dirección de Turismo, vol. I, pp. 43-115.
- Parsons, J. y M. Parsons
1990. *Maguey Utilisation in Highland Central México: An Archaeological Ethnography*, Ann

Arbor, The University of Michigan (Anthropological Papers, Museum of Anthropology, 82).

• Pereira, G.

1999. *Potrero de Guadalupe: anthropologie funéraire d'une communauté pré-tarasque du nord du Michoacán, Mexique*, Oxford, Oxford University Press (BAR International Series, 816).

• Reinhold, M.

1981. *Exploraciones arqueológicas en Valle de Bravo, México*, Biblioteca Enciclopédica del Estado de México.

• Rodríguez, F.

1988. "Couteau à maguey, Mésoamérique", en *Dictionnaire de la Préhistoire* (ed. de André Leroi-Gourhan), París, PUF.

• Sahagún, B. de

1981. *Histoire générale des choses de la Nouvelle-Espagne*, París, La Découverte.

• Sánchez Olmedo, J.G.

1980. *Etnografía de la Sierra Madre Occidental. Tephuanes y mexicaneros*, México, SEP/INAH (Científica, Etnología, 92).

• Sanders, W.T., J. Parsons y R. Santley

1979. *The Bassin of Mexico: Ecological Process in the Evolution of a Civilisation*, Nueva York, Academic Press.

• Santamaría, D. y J. García Bárcena

1984. *Raspadores verticales de la Cueva del Grifo*, México, INAH (Cuaderno de trabajo, 22).

• Semenov, S.A.

1964. *Prehistoric Technology*, Londres, Corey, Adams & Mackay.

• Serra Puche, M.C.

1988. *Los recursos lacustres de la cuenca de México durante el Formativo*, México, IIA-UNAM.

• Serra Puche, M.C., L. Torres y A. Rodríguez

1987. *Desfibradores, análisis microscópico de algunos implementos líticos en una aldea de pescadores y canasteros. Terremote-Tlatenco*, México IIA-UNAM (Antropología y técnica, 2), pp. 7-52.

• Soustelle, J.

1937. *La Famille Otomi-Pame du Mexique Central*, París, Université de Paris (Travaux et Mémoires de l'Institut d'Ethnologie, XXVI)

• Tolstoy, P.

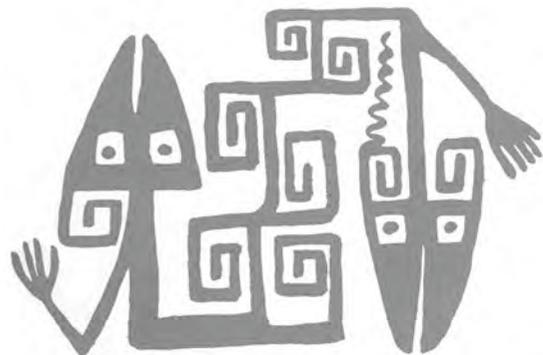
1971. "Utilitarian Artefacts of Central Mexico", en G. Ekholm e I. Bernal (eds.), *Handbook of Middle American Indians, vol. X, Archaeology of Northern Mesoamerica, Part I*, Austin, The University of Texas Press, pp. 270-296.

• Vicente Santos, F.J.

2010. "El estudio de las marcas de uso, un gran desconocido", *El Futuro del Pasado. Revista electrónica de Historia*, vol. I, pp. 97-107.

• Villalpando, M.E.

1989. *Los que viven en las montañas. Correlación arqueológico-etnografía en Isla San Estaban*, Hermosillo, Centro INAH Sonora (Noroeste de México, 8), p. 47.



María Teresa Muñoz Espinosa*
José Carlos Castañeda Reyes**

Lan-Ha', un sitio arqueológico en la Sierra Gorda queretana: un llamado en favor de su protección para la investigación académica

Reportado en el año de 1951 por Joaquín Meade e investigado inicialmente a partir de 1996 por el “Proyecto Arqueológico del Norte del Estado de Querétaro, México”, el asentamiento de Lan-ha' es el más importante del noreste de la Sierra Gorda queretana, y uno de los más notables de este estado del norte de México. En el presente artículo se presenta un breve resumen de los resultados iniciales de la prospección arqueológica realizada en los años 2010 y 2012, pero sobre todo se analiza la legislación vigente para la preservación de ésta y de otras zonas arqueológicas. Lan-ha' se encuentra actualmente amenazada por una destrucción intencional, por lo que se hace un llamado para su defensa a la comunidad académica nacional e internacional.

In 1951 Joaquín Meade reported the archaeological site of Lan-ha'. In 1996 it was researched for the first time in the “Northern Querétaro Archaeological Project.” Now it can be said that Lan-ha' is the most important archaeological site northeast of the Sierra Gorda, Querétaro. We present in this article a brief summary of our fieldwork in Lan-ha' in 2010 and 2012, but most importantly, we analyze the legislation to protect archaeological areas in Mexico, because this zone is in serious danger of being intentionally destroyed. We call for support from national and international academic circles to preserve this and other archaeological sites in Mexico.

La Sierra Gorda presenta panoramas de notable suntuosidad y magnificencia y, por inverosímil que parezca, aún es virgen en muchos de sus aspectos. Por su fragosidad, presente en depresiones, montañas y peñascos, la variada vegetación en sus hechizantes parajes, donde a veces la tierra parece terminar y unirse con el cielo, desde hace mucho tiempo constituyó una verdadera “región de refugio” —natural y culturalmente hablando— para los indígenas que vivieron y emigraron a ella en tiempos antiguos, e incluso para quienes continúan en ese territorio (fig. 1).

Los contrastes de su paisaje constituyen un sueño mágico, al que se accede con facilidad más no exenta de peligros, por esa sinuosa y enortijada carretera que conduce a una ilusión panorámica muy especial de diferentes ecosistemas inmersos en un cúmulo de interrogantes y enigmas que guarda esta gran región, también llamada Cerro Gordo (Muñoz, 2007a) (fig. 2).

* Dirección de Estudios Arqueológicos, INAH.

** Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa.

Una versión preliminar de este trabajo se presentó como ponencia en el XXIII Congreso Internacional de Americanística, Perugia, Italia, mayo de 2011.



Fig. 1 Amanecer en la sierra: paisaje serranogordense (fotos de los autores, salvo indicación contraria).

Durante las investigaciones del Proyecto Arqueológico del Norte del Estado de Querétaro (PANQ), de 1990 a la fecha se han localizado 161 asentamientos registrados en el marco de este proyecto (fig. 3).

Precisamente en 1996 localizamos el asentamiento que hoy nos ocupa, Lan-Ha', también conocido como Santa Rita o La Campana, por ubicarse en la localidad del mismo nombre. Se encuentra en el municipio de Landa de Matamoros, en el área serranogordense, a muy corta distancia de esta población moderna. Podría pensarse que los indígenas —huastecos, chichimecas-pames— habrían despoblado este asentamiento antiguo para congregarse en torno a la nueva misión cristiana (Díaz, 1978: 16) fundada entre abril y mayo de 1762 (Meade, 1951: 414-418). Hasta nuestros días, la tradición oral de los landenses ubica el pueblo original de Landa en la zona de La Campana, la antigua Lan-Ha'.

El nombre puede ser de origen huasteco: *ha'* significa “agua” y *lan*, “cenagoso o turbio” (Ro-



Proyecto Arqueológico del Norte del Estado de Querétaro, México-INAH

Fig. 2 La Sierra Gorda en el norte de Querétaro, mapa general (elaboró Ma. Teresa Muñoz E.)



● Fig. 3 Localización de sitios arqueológicos detectados por el PANQ en la Sierra Gorda queretana (elaboró Ma. Teresa Muñoz E.)

dríguez, 1945: 13),¹ lo cual podría hacer referencia a una gran laguna que según la tradición oral se ubicaba en la cercanía del asentamiento prehispánico. Para Loarca (1984: 24) el término es “voz chichimeca”. Nos inclinamos por considerar la etimología huasteca como la más probable, sobre todo si se toma en cuenta que es un asentamiento de muy clara filiación huasteca.

Una de las primeras menciones del sitio es la de Joaquín Meade (1951: 384), al señalar que “el Cerro de la Campana cuenta con un núcleo de cierto interés, está situado al Sur de Lagunillas y al Nordeste de Landa”.

En efecto, muy cercano a la cabecera municipal, el sitio arqueológico Lan-Ha' se encuentra sobre una ladera. El asentamiento se distribuye a lo largo de la misma y muestra una orientación general norte-sur. Lo corta la carretera federal núm. 120 San Juan del Río-Xilitla. Corresponde al municipio de Landa de Matamoros y sus coordenadas geográficas son 21°11'02" de latitud norte y 99°17'10" longitud oeste, F-14 C-49 JACALA, escala 1:50 000 a 1 060 msnm.

Por el número de sus construcciones, un mínimo de 225 estructuras localizadas hasta el momento, distribuidas provisionalmente en cinco conjuntos de carácter cívico-ceremonial y habitacional; por la calidad de las mismas, con tres juegos de pelota entre ellos, puede considerarse que

¹ En la escritura jeroglífica maya, el glifo T501v, *Ja'* significa también “agua” (Montgomery, 2002: 109-110).



● Fig. 4 Foto satelital del área del sitio de Lan-Ha' (*ArcView Gis 3.2*, 15 de diciembre de 2010).

es una de las zonas arqueológicas más importantes del estado de Querétaro. Sin duda, es la más notable de la porción noreste de la Sierra Gorda (fig. 4). A continuación presentamos una somera descripción de la unidad de investigación para contextualizar nuestro objetivo principal en este trabajo: discutir las posibilidades de preservación de un importante sitio arqueológico en grave e inminente peligro de destrucción.

Breve descripción arqueológica del sitio

Durante las temporadas de trabajo de campo 2010 y 2012 del PANQ (noviembre 2010-enero 2011; septiembre-noviembre 2012) se realizó el levantamiento topográfico y la exploración del sitio. Se detectaron 225 estructuras que agrupamos en cinco conjuntos (fig. 5), cada uno con diversas características que se integran en un patrón urbanístico peculiar y complejo.

El Conjunto 1 parece ser el principal del sitio, el centro cívico ceremonial del asentamiento, asociado con grandes plataformas que parecen haber servido también como zonas habitacionales. Lo

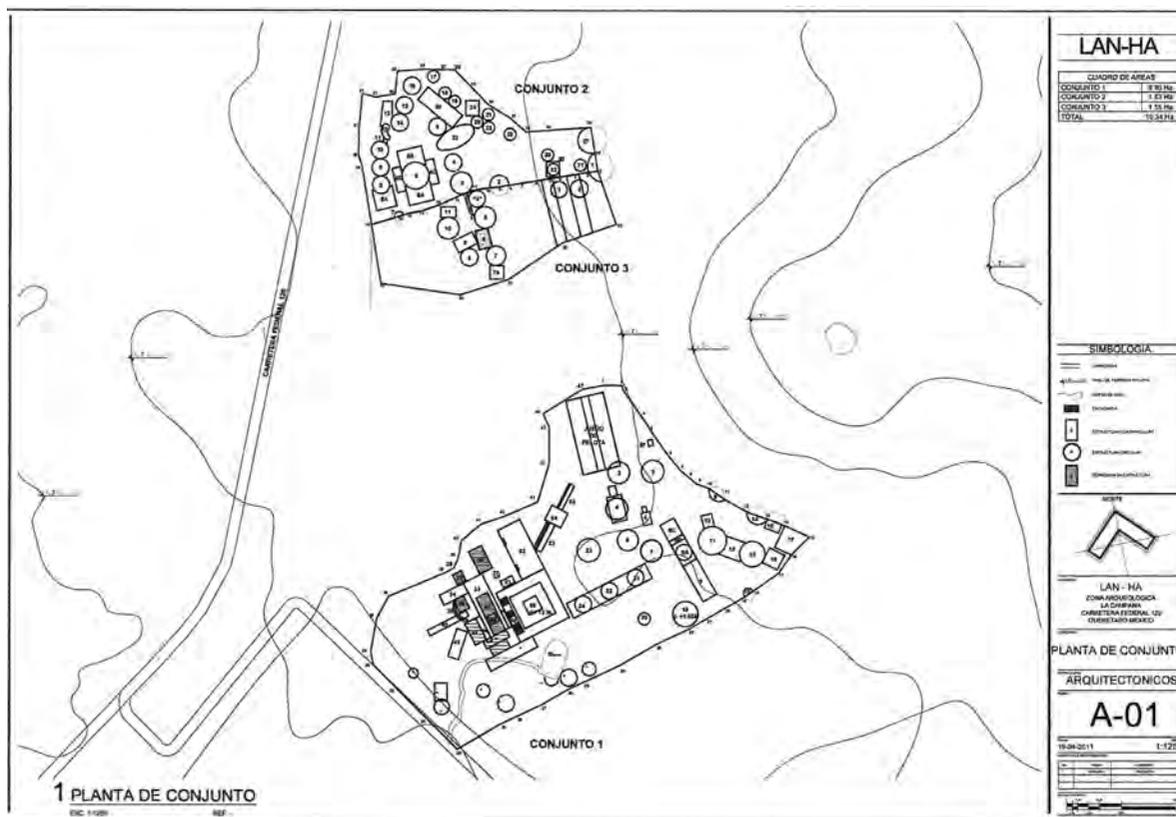
componen 94 estructuras, la más importante con casi 8 m de altura (fig. 6). Registramos también tres plazas, un área terraceada y una zona elevada con las características de ser una fortaleza, para defensa y control de paso.

Llama la atención el patrón de asentamiento, que aprovecha los desniveles naturales del terreno para ir ubicando las construcciones sobre grandes plataformas con escalinatas que permitían el acceso a las edificaciones más notables. Destacan las asociadas a la estructura principal, que vista desde su lado sur y oeste es impresionante gracias al efecto óptico logrado por sus constructores.

En la porción más baja de esta sección se ubican espacios abiertos de fácil acceso, que pudieron haber funcionado como puntos de intercambio comercial, composición similar a la que se observa en sitios como Tajín, Veracruz, en la gran plaza del Conjunto del Arroyo (Wilkerson, 1987: 24-25). Recordemos que la costa del Golfo de México presenta importantes influencias culturales con nuestra área de investigación.

Luego de esta zona se asciende a la gran plaza, donde destaca la estructura que mencionamos.

La plaza está perfectamente nivelada (fig. 7), con diversas construcciones de planta circular y



● Fig. 5. El sitio PANQ-147 Lan-Ha', Querétaro, México. Se aprecian los conjuntos 1, 2 y 3 (elaboró Ma. Teresa Muñoz E.).



● Fig. 6 Vista de la estructura principal por su lado oeste, donde se aprecia mejor su altura.



● Fig. 7 Plaza principal del sitio de Lan-Ha'.



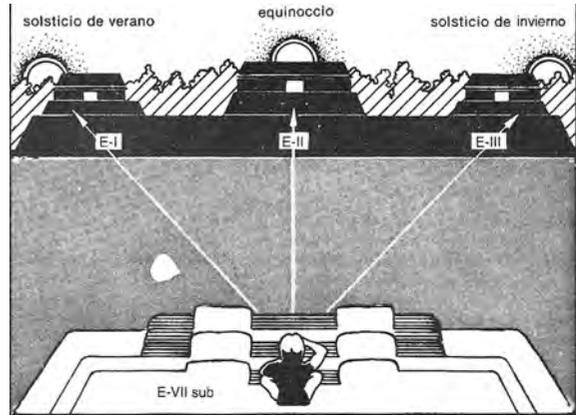
● Fig. 8 Plataforma Sur conformada por las estructuras 21, 22 y 24.



● Fig. 9 Estructura 23 frente a las tres edificaciones que cierran la plaza principal por el sur.

cuadrangular que la circundan, ubicadas simétricamente.

Destacan los edificios 21, 22, 23 y 24, con plataformas adosadas que parecen cerrar por el sur a la plaza principal, y que además de mostrar ritmo y simetría en su combinación de alturas diferenciales (figs. 8 y 9), conforman el típico patrón mesoamericano de cuatro estructuras con orientación astronómica oeste-este (Aveni, 1991: 314-317) (fig. 10). Luego de esta hermosa plaza el terreno asciende con nuevas plataformas y escalinatas, para desembocar en lo que parece ser una zona de acceso más restringido, tal vez de carácter habitacional.



● Fig. 10 La ubicación y orientación de los edificios 21 a 24 en Lan-Ha' es similar a la que se observa en otros sitios mesoamericanos, como Teotihuacan, México, o Uaxactún, Guatemala (en la imagen) (Aveni, 1991: 315).

En suma, la composición arquitectónica del Conjunto 1 de esta zona arqueológica recuerda sitios mesoamericanos de la costa del Golfo de México como Tajín, Veracruz, o los grandes centros mayas del periodo Clásico mesoamericano, como Palenque, Chiapas, o Comalcalco, Tabasco, por citar dos de ellos.

Además de las observaciones anteriores, puede decirse que, al menos durante el solsticio de invierno, al amanecer el Sol ilumina directamente la estructura principal por su lado este, el que da a la gran plaza del sitio. Desde luego, las observaciones que implican elementos ligados con la arqueoastronomía deberán precisarse a través de la futura investigación en el sitio.

Mención aparte merece el juego de pelota ubicado al norte de la plaza, con orientación norte sur. Es uno de los más grandes de la región serranogordense, con 70 m de largo (fig. 11). Ello lo convierte en el más importante de la Sierra, comparable por sus dimensiones con el juego de pelota sur de Xochicalco, Morelos, o los juegos de pelota de Tula, Hidalgo.

Cada una de sus estructuras laterales midió aproximadamente 4 m de alto, con un ancho de 7 m para el espacio de juego (fig. 12).

Canchas similares en sus dimensiones han sido detectadas en otras unidades de investigación, como las ubicadas en los sitios PANQ-17 San



● Fig. 11 El juego de pelota de Lan-Ha' visto desde su lado norte.



● Fig. 12 La cancha del juego y su muro lateral oeste luego de su limpieza.

Marcos (tipo I, cancha abierta y sin banquetas), PANQ-78 Los Cuisillos (tipo III) y PANQ-94 La Mesa/El Quirambal (tipo III abierto, con la banquetta que termina contra la pared vertical incluyendo dos estructuras terminales en forma de U) (Muñoz y Talavera, 1996: 94-100). Además de las anteriores, hemos localizado otras canchas más a lo largo de nuestro trabajo de investigación en el área serranogordense.

El Conjunto 2 lo componen 38 estructuras ubicadas de manera más abigarrada que las del Conjunto 1. A partir de su estructura principal de casi 7 m de altura, grandes plataformas sostienen las otras estructuras, que parecen apiñarse en torno a aquélla (fig. 13).



● Fig. 13 Gran plataforma de acceso, por el sur, a la estructura principal del Conjunto 2.

La impresión general sobre esta sección es que precisamente las estructuras tienden a agruparse en torno a pequeñas plazas, o tal vez patios abiertos de los que parecen irradiar las plataformas que sostienen las estructuras principales. Por lo mismo, parece ser un espacio más bien de carácter habitacional, no cívico-ceremonial como lo es sin duda el Conjunto 1. Éste se relaciona muy claramente con el 3 mediante una gran plaza o patio abierto entre ellos y con orientación norte sur, como ya quedó dicho.

En esta subunidad fue posible detectar muros y pisos de construcción, ello debido al saqueo y destrucción intencional que sufre actualmente el sitio, como comentaremos luego. También aquí se aprovechó el desnivel del terreno para ubicar las construcciones en torno a aparentes plazas y patios.

Por su parte, el Conjunto 3 forma una clara unidad con el anterior, pero lo estudiamos separadamente al considerar su importancia. En efecto, se ubica 250 m al norte del Conjunto 1 y lo componen 11 estructuras con plataformas adosadas, organizadas armoniosamente en torno a pequeñas plazas (fig. 14).



● Fig. 14 La "Plaza astronómica", Conjunto 3 de Lan-Ha': vista general.



● Fig. 15 El Patio hundido en el Conjunto 3 de Lan-Ha'.

Destaca la existencia de un patio hundido, forma constructiva aparentemente procedente de regiones del Bajío mesoamericano y que se fecha entre 300 y 600 d.n.e., lo cual es otra muestra de la clara influencia y contacto de la Sierra Gorda con otras regiones de Mesoamérica, aún las más distantes. Su acceso restringido es por el sur y comunica con un patio abierto que luego se extiende hacia el norte, en dirección del Conjunto 2, donde se encuentra la estructura principal de este último (fig. 15).

En general estas estructuras parecen mostrar una orientación solar, por lo que bien puede considerarse a esta sección la "Plaza Astronómica" del sitio. Su ubicación central en la ladera sobre la que se extiende el asentamiento parece ser muy

significativa. Es realmente una sección de gran belleza dentro de la zona arqueológica.

En cuanto al Conjunto 4, compuesto por 52 estructuras y una plaza, muestra un patrón de asentamiento característico de Lan-Ha' y puede ser similar al de otras áreas de Mesoamérica. Nos referimos a una organización con base en barrios aparentemente con características culturales específicas, pero a la vez integrados en una unidad mayor que sería la propia Lan-Ha'. Es decir, cada barrio parece presentar un espacio cívico-ceremonial rodeado de áreas habitacionales y de trabajo comunitario, con altares naturales acondicionados culturalmente para las divinidades locales. Pero el conglomerado de barrios giraría en torno al espacio cívico-ceremonial mayor, en este caso el Conjunto 1.

Finalmente, el Conjunto 5 aparece integrado por 30 estructuras y una plaza. Puede ser también habitacional, pero con espacios ceremoniales propios, lo que igualmente hace pensar en la característica organización del *calpulli* mesoamericano, o sea, unidades de producción económica, de organización social, de control político y de culto a divinidades propias. Además, esta sección parece mostrar espacios de control de paso, tal vez una fortaleza, en la cúspide de uno de los cerros que la rodean.

Otra peculiaridad de este conjunto es el uso de muros de contención de piedra o retranques hecho "a hueso", y que delimitan los diversos espacios constructivos del mismo. Además, presenta una clara orientación astronómica hacia los puntos cardinales, una de las más precisas de las que hemos detectados hasta el momento en la zona. Recuerda a sitios huastecos como Tamtok, S.L.P.

Todos estos elementos se han conservado mejor, ya que este conjunto no muestra destrucción intencional importante, lo cual hace pensar en la riqueza arqueológica de Lan-Ha', desafortunadamente perdida en las áreas que sí muestran destrucción intencional.

En cuanto a la periodización y filiación étnica de sus habitantes, el sitio presenta diversos rasgos que permiten caracterizarlo como un probable asentamiento huasteco. La aparición de plataformas habitacionales de planta circular, los edificios con esquinas redondeadas, el patrón de asentamiento

to que se aprecia, todo ello apunta a considerar que esta importante zona arqueológica es huasteca.

Por otro lado, los materiales arqueológicos encontrados en superficie, sobre todo los cerámicos, corresponden a los tipos serranogordenses Arroyo Seco negro pulido, que va de 150 a 1100 d.C.; al tipo Concá estriado, que corresponde de 250 a 1000 d.C.; el tipo Arroyo Seco reborde con muesca, que se fecha de 500 a 1000 d.C., y al tipo Concá pastillaje, que puede ubicarse cronológicamente de 200 a 1000 d.C. (Muñoz, 2007b) También destacan los materiales de obsidiana y pedernal, así como los instrumentos de molienda (*huilanches*), ápodos y con soporte, y las manos de metate (*metlapil*) hechas de basalto.

Riqueza arqueológica y destrucción moderna

Con este breve recuento (está en preparación un artículo más amplio y específico sobre los rasgos arqueológicos de Lan-Ha', que esperamos publicar próximamente) creemos que se tiene una idea de la importancia histórico-cultural de Lan-Ha'. En México, desgraciadamente, sitios de relieve como este y otros de menor importancia están en peligro de la destrucción intencional. El caso que nos ocupa es particularmente grave por todo lo dicho.

En efecto, esta zona está actualmente en riesgo de ser destruida de forma rápida y definitiva, si no se toman medidas concretas para su salvaguarda. De hecho, en nuestro trabajo en la Sierra Gorda desde 1990 no habíamos encontrado un sitio tan importante y que, desgraciadamente, esté siendo afectado de forma tan dolosa e irresponsable por la gente que se ha apropiado del terreno donde se ubica.

Al efectuar durante 2010 los trabajos arqueológicos que comentamos, se observó *destrucción intencional del área*, misma que se concreta en los siguientes puntos:

1. Se realiza una excavación ilegal de una mina para extraer tierra de construcción; la misma ya se encuentra a 20 m de la estructura principal. Además, al menos un montículo ha sido destruido por esta exca-



⊙ Fig. 16. Excavación ilegal de mina de tierra.



⊙ Fig. 17 Obsérvense las dimensiones de la mina de tierra, de 36 m de largo por 18 m de ancho y 5 m de profundidad.

vación, ya que sus restos pudieron ser detectados. Ignoramos si habría otras estructuras en esta zona. El área excavada es de 36 m de largo por 18 m de ancho y 5 m de profundidad. Además, la erosión actual, y la que se presentará en el futuro, puede destruir irremediamente la edificación más relevante del sitio (figs. 16-18).



◉ Fig. 18 La estructura principal del sitio, apenas a 20 m de la mina ilegal de tierra.



◉ Fig. 20 Otro ángulo de la misma plataforma, donde se encontraron restos de un entierro.



◉ Fig. 19 Plataforma destruida intencionalmente con maquinaria, obsérvese la profundidad de la excavación.



◉ Fig. 21. Estructura dañada en uno de sus lados.

2. Una plataforma adosada a una estructura fue destruida intencionalmente con el uso de maquinaria pesada. Esta construcción presenta una cavidad de 5.10 m de ancho por 4.50 de largo y 1.50 m de profundidad, con 18 m de circunferencia. Se encontraron restos óseos, cerámica, obsidiana, piedra de molienda y probablemente un pendiente de material lítico, lo cual hace suponer la presencia de un entierro en la plataforma afectada (figs. 19 y 20).
3. Se detectó otra construcción cerca de la anterior, también con graves evidencias de

destrucción intencional en su lado sur (fig. 21).

4. En otras dos edificaciones se aprecian daños similares, pues una fue cortada para abrir un camino para el paso de vehículos (fig. 22), que probablemente sirven para sacar piedra. Otra edificación muestra una destrucción que dejó expuesta la estratigrafía de los pisos de la estructura (fig. 23).
5. Por otro lado, existe una planta trituradora de piedra que aparentemente utiliza materiales extraídos de estructuras arqueológicas de la zona, ubicada en la misma



● Fig. 22 Destrucción de otra plataforma, partida a la mitad para el paso de vehículos.



● Fig. 23 Estructura destruida mostrando su estratigrafía: detalle 1.

comunidad de La Campana y cercana al asentamiento afectado.

Un llamado para la defensa de Lan-Ha': arqueología y sociedad en México

En México, como en otras naciones del mundo, la arqueología está tutelada por el Estado, que ha declarado como patrimonio nacional los bienes arqueológicos, muebles e inmuebles, que en su territorio se ubiquen.

En el caso de nuestro país, desde su promulgación en el año de 1972, la Ley Federal sobre Mo-

numentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas (LFSMZAAH, 2011), a pesar de las discusiones y opiniones críticas en contra, se ha manifestado como un mecanismo útil para preservar tales bienes como dominio público.² Cabe recordar que esta legislación introdujo tres aspectos básicos para la protección de los sitios arqueológicos de nuestro país:

1. La definición amplia de monumentos arqueológicos, muebles e inmuebles, o restos humanos, de flora o de fauna, relacionados con las culturas anteriores a la conquista en el siglo XVI;
2. la incorporación formal de la noción de “zona de monumentos arqueológicos”, y
3. la creación del Departamento de Registro, actualmente la Dirección de Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicas del INAH, responsable de registrar los sitios arqueológicos y sus delimitaciones espaciales y de promover la declaratoria legal de las zonas arqueológicas en nuestro país (Casado *et al.*, 2003: 144).

La validez jurídica de la ley de 1972 ha sido comprobada por diferentes autores, como Sánchez Cordero Dávila (1980: 55-70) o Williams García (1980: 93-112), entre otros. Por ello, a decir de Matos Moctezuma (1980: 125), a partir de 1972 “el patrimonio arqueológico pasa a manos de su legítimo propietario: el pueblo de México”. Esto, sobre todo gracias al artículo 27 de la LFSMZAAH, que a la letra dice: “Son propiedad de la nación, inalienables e imprescriptibles, los monumentos arqueológicos muebles e inmuebles”.

El Estado mexicano se reserva así, por parte de la Presidencia de la República, el derecho a declarar las zonas arqueológicas como tales (artículos 5° y 37 de la LFSMZAAH y el artículo 9 del Reglamento de la misma ley), con lo que quedan protegidas de pleno derecho por la legislación federal

² Véase el texto de la ley actual y de legislaciones anteriores sobre la materia, desde la de 1934, en Díaz-Berrio (1976: 149-200) y Olivé (2004a: I, 289-308). Una crítica reciente a la ley vigente y propuestas para su modificación, en Amador Tello (2011: 60-62).

de referencia. A los legítimos propietarios de los bienes inmuebles afectados tan sólo les queda la posibilidad de recibir una indemnización sobre una propiedad que, por lo demás, está fuera “del comercio” y no puede estar sujeta, por su naturaleza intrínseca, “al régimen del patrimonio de los particulares” por su carácter específico como “bien común” de una nación. Lo anterior en opinión de Sánchez Cordero Dávila (1980: 67-70), quien concluye:

Conforme a esos dos efectos determinantes —inalienabilidad e imprescriptibilidad—, debemos concluir que los monumentos arqueológicos tanto muebles como inmuebles son del dominio público; ello es congruente con lo establecido por el artículo 2, fracción VI de la Ley General de Bienes Nacionales [...] En efecto, en razón de que los bienes arqueológicos están sustraídos del comercio y no pueden estar sujetos al régimen del patrimonio de los particulares, no pueden ser objeto de contrato de compraventa: es jurídicamente imposible, como se explicó [...]”.

Lo anterior sería la posición jurídica extrema al respecto. Otras voces, más moderadas, consideran: “El que un área se considere oficialmente zona arqueológica —aun cuando cuente con declaratoria presidencial— no modifica el régimen de propiedad existente, sino sólo establece restricciones en el uso del suelo [por lo que el INAH debe informar oficialmente a los interesados sobre tales restricciones], además de gestionar la adquisición de los predios o encontrar medidas alternativas” (González Morelos, 2009: 507). Como se ve, esta posición choca frontalmente con la opinión que citamos antes.

Los daños intencionales que este importante sitio arqueológico presenta son muestra clara de que, al menos entre ciertos individuos o sectores sociales, la conservación y el respeto hacia los monumentos arqueológicos no se cumple, a pesar de que la misma ley, en su artículo 1 fracción II, prevé efectuar una “labor educativa entre los miembros de la comunidad, sobre la importancia de la conservación y acrecentamiento del patrimonio cultural de la Nación”. Como se ve, letra muerta en este caso.

Al detectar la destrucción intencional de que hablamos, procedimos a denunciar tal situación ante las instancias municipales, estatales y federales correspondientes, con resultados inciertos hasta el momento, si bien está en curso una demanda de carácter penal ante la Agencia del Ministerio Público de la Federación, Delegación Estatal Querétaro de la PGR en San Juan del Río (A.P./PGR/QRO/SJR-VII/095/2011) en contra de los posibles responsables de la destrucción del sitio arqueológico.

Por parte del INAH están informados del asunto la Coordinación Nacional de Arqueología, la Dirección de Estudios Arqueológicos, la Dirección del Centro INAH Querétaro y la Coordinación Nacional de Asuntos Jurídicos. Y por parte del gobierno queretano, la misma Oficina del C. Gobernador Constitucional de Querétaro. Al parecer, la afectación del sitio arqueológico se encuentra detenida momentáneamente.

Además, el caso adquirió una difusión de carácter periodístico mediante la televisión local de la Sierra Gorda (Ventura, 2011), y periódicos regionales (“Saquean...”, 2011) y otro nacional (Chávez, 2011: Estados, 28), donde se denunció el hecho. Sin embargo, los resultados al respecto fueron imperceptibles, fuera de un “escándalo mediático” momentáneo y de poca trascendencia.

Por otro lado, y como elemento que agrava la situación que comentamos, la excavación ilegal de la mina de tierra, además de al sitio arqueológico, afecta también la Reserva de la Biosfera de la Sierra Gorda de Querétaro, declarada como tal por decreto presidencial del 19 de mayo de 1997. Debe considerarse que la Ley General del Equilibrio Ecológico y la Protección al Ambiente (LGEEPA, 1988) protege la zona y está siendo violada impunemente por los mismos destructores del sitio de Lan-Ha’, si se considera la excavación ilegal efectuada en el área.³

Como reserva de la biosfera, son casi 400 000 hectáreas de gran biodiversidad, en las que habitan al menos 15 tipos y subtipos de vegetación diferente, más de 1 800 especies de plantas, 124

³ En un sentido amplio, la misma Ley Federal de 1972 protege el entorno natural de los sitios arqueológicos, como explica Olivé (2004b: II, 781).

de hongos y 550 especies de vertebrados, entre otros elementos que comprueban la riqueza natural de la región (“Reserva...” 2011) también desde esta perspectiva. Por lo mismo, y bastante “teóricamente”, se encuentra a cargo de la Comisión Nacional de Áreas Protegidas, dependiente de la Secretaría del Medio Ambiente y Recursos Naturales del gobierno mexicano. Denunciamos la afectación de esta reserva natural ante los representantes locales de la Procuraduría Federal de Protección al Ambiente, con resultados nulos hasta ahora.

Por todo lo anterior, solicitamos la urgente solidaridad de la comunidad académica, mexicana y extranjera, para presionar y lograr que se realice una intervención directa y enérgica del Instituto Nacional de Antropología e Historia de México para la salvaguarda del sitio. Ya denunciamos esta situación en el XXXIII Congreso Internacional de Americanística “Circolo Amerindiano”, efectuado del 2 al 9 de mayo de 2011 en la ciudad de Perugia, Italia. Ahí logramos la solidaridad de los asistentes al evento, misma que se tradujo en un documento dirigido a la Dirección General del INAH solicitando su intervención para la salvaguarda del sitio.

Para terminar, realizamos las propuestas siguientes para salvaguardar el sitio arqueológico del que nos ocupamos aquí:

1. Continuar presionando a las autoridades del INAH, del estado y del municipio para que ejerzan las atribuciones legales que la ley les confiere en la protección de los sitios arqueológicos nacionales, en este caso, del sitio de Lan-Ha'. Al respecto, la coadyuvancia de las autoridades estatales y municipales para apoyar al INAH en esta labor puede basarse jurídicamente en el artículo 120 de la *Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos* (2012), que a la letra dice: “Los gobernadores de los Estados están obligados a publicar y hacer cumplir las leyes federales”.

Por lo demás, frente a las dificultades para la preservación de este y otros sitios arqueológicos en nuestro país, parece necesario retomar la discusión generada en 1999

en torno a la necesaria reforma de la ley vigente, para lograr una preservación más ágil y efectiva del patrimonio cultural mexicano (para un puntual análisis de las deficiencias de esta legislación véase Schroeder, 1984: 669-684). Fuera de declaraciones incendiarias y el “rasgado de vestiduras” en la defensa del patrimonio histórico-arqueológico nacional, lo que se requiere es una defensa realista del mismo. Porque la realidad de la destrucción intencional de Lan-Ha' es ejemplo claro al respecto.⁴

2. Buscar mecanismos de protección del sitio, desde la Declaratoria de Zona de Monumentos Arqueológicos,⁵ o alguno de los que propone Sánchez Nava (2009: 594-597): la articulación de planes y proyectos de desarrollo nacional en coordinación con autoridades estatales y municipales para establecer áreas de competencia y de coordinación en la defensa de los sitios arqueológicos en peligro de destrucción; el trabajo coordinado con las mismas comunidades donde se ubica el sitio, para hacerlas conscientes del posible beneficio que obtendrían merced a la apertura de una zona arqueológica en la que podrían prestar sus servicios; el uso jurídico como formas de protección que se podría hacer de otros instrumentos, como la ya mencionada de “reservas de la biosfera”, o las declaratorias de “Patrimonio de la Humanidad” que realiza la UNESCO.⁶

⁴ Véase la “Iniciativa de Reforma de la Cámara de Senadores a la Ley de 1972”, con fecha 28 de abril de 1999; el “Análisis General de la Iniciativa de Ley General del Patrimonio Cultural de la Nación” que hizo la Delegación Sindical del Personal Académico del INAH, con fecha 17 de mayo de 1999, y la entrevista que concedió la entonces directora del INAH, Ma. Teresa Franco, al respecto (Ravelo, 1999). También las certeras reflexiones de Sánchez Cordero (2012: 30-33) sobre las deficiencias en el actuar del Instituto en problemas similares recientes.

⁵ Al respecto, Muñoz Rivas (2009: 599-609) y Paredes Gudiño (2009: 611-657) ofrecen una serie de consideraciones bastante prácticas para el desarrollo del proceso jurídico que desemboque en tal Declaratoria; a decir de García Bárcena, “la protección jurídica más amplia que nuestra legislación prevé para un sitio arqueológico”; citado en Sánchez Nava (2009: 594).

⁶ Las cinco misiones franciscanas de la Sierra Gorda fueron declaradas así en 2003 (“Misiones...”, 2011: 37); véase



● Fig. 24 Frontera y límite naturales, así como abastecedora de materiales inorgánicos: la Sierra Gorda queretana.

3. Al respecto, una acción que nos parece aplicable para el caso de Lan-Ha' es la que comenta González Morelos (2011: 506-507): "la posibilidad de que los gobiernos municipales coadyuvaran con el INAH decretando zonas de reserva cultural las áreas contenidas en las poligonales del RPMZA (Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicas). Estas superficies de reserva cultural estarían sujetas a una reglamentación definida por el instituto".

De hecho, la Presidencia Municipal de Landa de Matamoros, en el que se encuentra el sitio arqueológico, como resultado de nuestras gestiones y denuncias nos hizo saber, en oficio del 6 de enero de 2011, que la Unidad Jurídica del municipio establecería un anteproyecto para establecer las líneas de acción necesarias para la defensa y protección del sitio arqueológico. Lo anterior fue resultado de las propuestas concretas de protección del sitio que hicimos ante las autoridades municipales, y que por razones de espacio no transcribimos en estas

páginas. Empero, hasta el momento (febrero de 2013) no se ha implementado esta resolución. Podría retomarse esta "buena disposición" de las autoridades locales para proponerles su participación más directa en el caso de la protección del sitio arqueológico de Lan-Ha', uno de las más notables de esta área de singular belleza y riqueza arqueológica, histórica y natural, la Sierra Gorda de Querétaro, México (fig. 24).

Bibliografía

- Amador Tello, Judith
2011. "Nuevo embate contra la ley del patrimonio", *Proceso*, año 34, núm. 1794, pp. 60-62.
- 1999. "Análisis General de la Iniciativa de Ley General del Patrimonio-Cultural de la Nación" que hizo la Delegación Sindical del Personal Académico del INAH con fecha 17 de mayo de 1999 (mecanoscrito).
- Aveni, Anthony
1991. *Observadores del cielo en el México antiguo*, México, FCE.
- Casado, Pilar, Margarita Gaxiola, Enrique Vela y María del Carmen Solanes
2003. "Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicas", en J.C. Olivé y B. Cottom (coords.), *INAH. Una historia* (3ª ed.), México, INAH, vol. I, pp. 139-145.
- Chávez, Mariana
2011. "Destruyen vestigios arqueológicos", *La Jornada*, México, lunes 10 de enero, p. 28.
- 2012. *Constitución Política de los Estados Unidos Mexicanos*, en línea [<http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/1.pdf>], consultada el 15 de febrero de 2013.
- 2003. "Convención para la Protección del Patrimonio Mundial, Cultural y Natural", en J.C. Olivé y B. Cottom (coords.), *INAH. Una historia* (3ª ed.), México, INAH, vol. III, pp. 63-78.

también la "Convención para la Protección del Patrimonio Mundial, Cultural y Natural" (2003), auspiciada por la UNESCO en 1972, y la "Recomendación sobre la Conservación de los Bienes Culturales que la Ejecución de Obras Públicas o Privadas Pueda Poner en Peligro" (2003), también apoyada por la misma organización en 1968.

- Díaz-Berrio Fernández, Salvador
1976. *Conservación de monumentos y zonas monumentales*, México, SEP.
- Díaz R., Fernando
1978. *Las misiones de Fray Junípero Serra*, Querétaro, Gobierno del Estado.
- González Morelos Zaragoza, Aldir
2009. “Santa Cruz Acapulxcan. Una experiencia de protección integral en proceso”, en S. Mesa Dávila, M. T. Castillo Mangas, P.F. Sánchez Nava y M. Medina Jaén (coords.), *Memoria del registro arqueológico en México: treinta años*, México, INAH (Científica, 548), pp. 497-515.
- 1999. “Iniciativa de reforma de la Cámara de Senadores a la Ley de 1972 de fecha 28 de abril de 1999”, H. Cámara de Senadores del Congreso de la Unión, Estados Unidos Mexicanos (mecanoescrito).
- 1972. “Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas”, en línea [www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/131.pdf], consultada el 3 de enero de 2011.
- 2011. “Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas”, en línea [www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/131.pdf], consultada el 3 de enero de 2011.
- 2003. “Ley General de Bienes Nacionales”, en J.C. Olivé y B. Cottom (coords.), *INAH. Una historia* (3ª ed.), México, INAH, vol. II, pp. 333-338.
- 1988. “Ley General del Equilibrio Ecológico y la Protección al Ambiente”, en línea [<http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/pdf/148.pdf>], consulta 14 de febrero de 2013.
- Loarca Castillo, Eduardo
1984. *Fray Junípero Serra y sus misiones barrocas del siglo XVIII, Sierra Gorda*, Querétaro, Talleres Gráficos del Gobierno del Estado.
- Matos Moctezuma, Eduardo
1980. “Las normas jurídicas y la investigación en México”, en Jaime Litvak King, Luis González y Ma. del Refugio González (eds.), *Arqueología y derecho en México*, México, IIA/IIJ-UNAM, pp. 125-132.
- Meade, Joaquín
1951. “La Huasteca queretana”, en *Memorias de la Academia Mexicana de la Historia*, vol. VI, pp. 379-506.
- 2011. “Misiones franciscanas de la Sierra Gorda de Querétaro”, *Arqueología Mexicana*, edición especial, núm. 39.
- Montgomery, John
2002. *Dictionary of Maya Hieroglyphs*, Nueva York, Hippocrene Books.
- Muñoz Espinosa, Ma. Teresa
2007a. *Cultura e historia de la Sierra Gorda de Querétaro*, México, Conacyt/Plaza y Valdés.
- 2007b. “Proyecto arqueológico del norte del estado Querétaro”, en Alejandro Martínez (coord.), *Anales de Arqueología, 2005*, México, INAH, pp. 273-276.
- Muñoz Espinosa, Ma. Teresa y Oziel Ulises Talavera
1996. “El juego de pelota. Testimonio en la Sierra Gorda del Querétaro septentrional”, *Arqueología*, segunda época., núm. 15, pp. 91-102.
- Muñoz Rivas, Débora Lucía
2009. “Guía para conformar el expediente técnico como sustento académico y jurídico para conseguir la Declaratoria de Zona de Monumentos Arqueológicos”, en S. Mesa Dávila, M. T. Castillo Mangas, P.F. Sánchez Nava y M. Medina Jaén (coords.), *Memoria del registro arqueológico en México: treinta años*, México, INAH (Científica, 548), pp. 599-609.
- Olivé Negrete, Julio César
2004a. “Reseña histórica del pensamiento legal sobre arqueología”, en B. Cottom (comp.), *Julio César Olivé Negrete. Obras escogidas*, México, INAH (Científica, 456), vol. I, pp. 289-308.
- 2004b. “El patrimonio histórico-cultural”, en B. Cottom (comp.), *Julio César Olivé Negrete. Obras escogidas*, México, INAH (Científica, 456), vol. II, pp. 769-782.
- Paredes Gudiño, Blanca
2009. “Proceso de Declaratorias de zonas de monumentos arqueológicos”, en S. Mesa Dávila, M. T. Castillo Mangas, P.F. Sánchez Nava y M. Medina Jaén (coords.), *Memoria del registro arqueológico en*

México: treinta años, México, INAH (Científica, 548), pp. 611-657.

• Ravelo, Renato

1999. “Un mito, que el INAH puede evitar la destrucción del patrimonio cultural”, *La Jornada*, México, en línea [serpiente.dgsca.unam.mx/jornada/1999/may99/99032.html], consultado el 9 de junio de 2011.

2003. “Recomendación sobre la conservación de los bienes culturales que la ejecución de obras públicas o privadas pueda poner en peligro”, en J.C. Olivé y B. Cottom (coords.), *INAH. Una historia* (3ª ed.), México, INAH, vol. III, pp. 111-120.

1975. “Reglamento de la Ley Federal sobre Monumentos y Zonas Arqueológicas, Artísticas e Históricas”, en línea [www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/refley/Reg_LGMZAAH.pdf], consultada el 3 de enero de 2011.

2011. “Reserva de la biosfera de la Sierra Gorda”, en línea [www.jornada.unam.mx/viajera/?destino=queretaro&seccion=03], consultada el 27 de enero de 2011.

• Rodríguez, Blas

1945. *Culturas huasteca y olmeca*, México, Intercontinental.

• Sánchez Cordero Dávila, Jorge S.

1980. “La ilicitud de la transmisión de la propiedad de monumentos arqueológicos”, en Jaime Litvak King, Luis González y Ma. del Refugio González (eds.), *Arqueología y derecho en México*, México, IJ-UNAM, pp. 55-70.

2012. “Agravio cultural”, *Proceso*, núm. 1886, pp. 30-33.

• Sánchez Nava, Pedro Francisco

2009. “Registro, delimitaciones, declaratorias y otras alternativas de protección del patrimonio arqueológico inmueble”, en S. Mesa Dávila, M.T. Castillo Mangas, P.F. Sánchez Nava y M. Medina Jaén (coords.), *Memoria del registro arqueológico en México: treinta años*, México, INAH (Científica, 548), pp. 591-597.

2011. “Saquean zona arqueológica en Landa”, *El Regional*, Jalpan de Serra, Qro., sábado 16 de enero,

en línea [<http://www.elregionaljoven.com>], consultada el 17 de enero de 2011.

• Schroeder Cordero, Federico Arturo

1984. “Legislación protectora de los monumentos y zonas de monumentos en México”, en J.L. Soberanes Fernández (coord.), *Memoria del III Congreso de Historia del Derecho Mexicano*, México, IJ-UNAM (Estudios Históricos, 17), pp. 669-684.

• Ventura Mendoza, Erick

2011. “Reportaje. Destrucción del sitio arqueológico de La Campana en el municipio de Landa de Matamoros”, *Noticiero de la Sierra*, Canal 9 del Sistema de TV Queretana.

• Wilkerson, S. Jeffrey

1987. *El Tajín. A Guide for Visitors*, Xalapa, Universidad Veracruzana.

• Williams García, Jorge

1980. “Los delitos en la Ley Federal sobre Monumentos”, en Jaime Litvak King, Luis González y Ma. del Refugio González (eds.), *Arqueología y derecho en México*, México, IIA/IJ-UNAM, pp. 93-112.



Lagunillas, un sitio uacúsecha en la periferia de la Meseta Tarasca

Durante el Posclásico tardío, Taríacuri y sus herederos —Hirípan, Tangáxoan e Hiquíngaje— llevan a cabo un proceso de conquista de pueblos que más tarde conformará lo que se conoce como imperio tarasco. Para el momento de máxima expansión, la consolidación del poder de los uacúsecha se manifiesta en la Meseta Tarasca, asiento de sus tres capitales, y en los territorios conquistados. El sitio de Lagunillas presenta, además de la cultura material, características peculiares en su distribución arquitectónica, con un patrón que muestra una complejidad social asociada a la elite uacúsecha, con una yácata que se erige como edificio principal y elemento rector de la traza del centro cívico-religioso, conformado por una plaza y un palacio, así como una serie de conjuntos que reproducen tal distribución. Su posición geográfica nos hace suponer que Lagunillas es una ciudad periférica de la Meseta Tarasca, ubicada en una zona de transición, en lo que se conoce como Ziracuaretiro —lugar donde termina la tierra fría—, cuya función es probablemente la de resguardar la seguridad de la Meseta Tarasca y mantener el control de los pueblos conquistados hacia Tierra Caliente.

During the Late Postclassic, Taríacuri and his heirs —Hirípan, Tangáxoan and Hiquíngaje— began the conquest of ancient cities and towns that later became part of the Tarascan Empire. When the empire reached its maximum extent, the power of the Uacúsechas was manifested not only on the Tarascan plateau, where their three capitals were founded, but also in conquered territories. The Lagunillas site presents, in addition to material culture, a distinctive distribution of architectural elements in a pattern that reflects social complexity related to the Uacúsecha elite. In this system a yácata is the principal element determining the layout of the civic-religious center, composed of a plaza and a palace, as well as other architectural complexes that reproduce the same distribution. On the basis of its geographic position, we believe Lagunillas is a peripheral city on the Tarascan plateau. Located in a transitional zone, known as Ziracuaretiro —where the cold land ends— the Lagunillas people could well have been responsible for maintaining the security of the plateau and control over the conquered towns in the direction of the tropical hotlands or Tierra Caliente.

Con motivo de la ampliación de la red carretera en el estado de Michoacán se llevó a cabo, por conducto de la Dirección de Salvamento Arqueológico, el Proyecto Carretera Pátzcuaro-Uruapan y Libramiento Nororiente de Uruapan, Michoacán, con la finalidad de identificar y salvaguardar las evidencias de actividad antrópica pretérita. Las áreas que se cubrieron durante el reconocimiento de superficie fueron *a)* de Pátzcuaro a Uruapan, donde será construido el segundo cuerpo de la actual carretera de cuota, y *b)* la gaza de Zirimícuaro al entronque Los Reyes, que comprende el Libramiento Nororiente de Uruapan (fig. 1). Los materiales recuperados durante estos trabajos se encuentran en proceso de aná-

* Dirección de Salvamento Arqueológico, ENAH.

** Dirección de Salvamento Arqueológico, INAH.

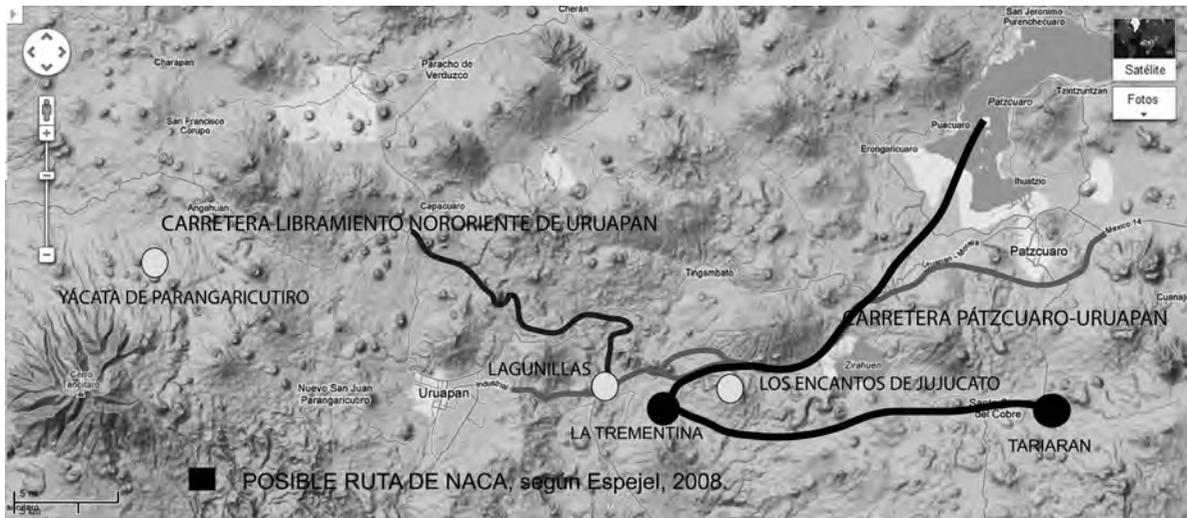


Fig. 1 Ubicación geográfica del trazo de la Carretera Pátzcuaro-Uruapan-Zamora y Libramiento Nororiente de Uruapan, Michoacán y la Ruta de Naca.

lisis. Aquí presentamos un avance de dichos estudios, sobre todo lo referente al sitio denominado Lagunillas, municipio de Ziracuaretiro, al sureste de Uruapan.

Los tarascos uacúsechas y su empresa conquistadora

La cultura predominante en época prehispánica del actual estado de Michoacán fue la tarasca; de ella, la mejor conocida, por ser la más tardía, es la tarasco-uacúsecha. Para contextualizar el sitio de Lagunillas y explicar su cultura material, presentaremos un breve resumen del linaje uacúsecha, tomando para ello una de las fuentes históricas disponibles para el área: la *Relación de Michoacán*. Contrastaremos algunos de sus pasajes, ya para referirnos a elementos específicos recobrados durante las excavaciones, o para tratar de comprender ciertos aspectos de la vida político-ideológica de sus habitantes, así como la probable participación, junto con otros asentamientos de la periferia sur de la Meseta Tarasca, en la empresa de conquista uacúsecha.

Los uacúsecha eran un linaje de ascendencia chichimeca que lograron ejercer su dominio sobre gran parte de las poblaciones que habitaron el ac-

tual estado de Michoacán, además de áreas circundantes como los Pueblos Dábalos, localizados en Jalisco,¹ y asentamientos del límite sur de Guanajuato y del suroeste de Guerrero, entre otros.

La consolidación del poder de los uacúsecha durante el horizonte Posclásico tardío y las estrategias que llevaron a cabo para construir su “reinado”,² según el término utilizado por los cro-

¹ Pueblos Dábalos es el nombre que se da en la *Relación de Michoacán* (Alcalá, 1977: 155) para referirse a los pueblos ubicados en la cuenca de Sayula, como la propia Sayula, Atoyac, Amacueca, Zacoalco, entre otros, y que junto con Tamazula y Zapotlán (hoy Ciudad Guzmán) se conocen como Provincia de Ávalos. Al respecto, Cibrian Guzmán, en su obra *Tlayólan-Tzapótlán*, hace referencia a la monografía *El Zapotlán de la antigüedad* de Jesús Amaya (1974: 105), en la que señala: “Algunos historiadores erróneamente han atribuido a Alonso de Ávalos el descubrimiento y conquista de Zapotlán. Más de acuerdo con su autobiografía, éste vino hasta 1523 y únicamente realizó sin tropiezos la conquista de Sayula, misma que después se conoció por Provincia de Ávalos, siendo el único entre tantos capitanes de la conquista que dio su nombre al territorio que subyugó [...] Coinciden *Las Relaciones de Jiquilpan-Tuxpan-Zapotlán*, en afirmar que el descubridor de estos pueblos fue Christobal de Olid [...]”.

² *Cazonci*, cargo hereditario de mayor jerarquía en la organización de los tarascos, fue interpretado por fray Jerónimo de Alcalá como “rey” que representaba a su deidad principal en la tierra: “[...] los dioses del cielo le dijeron cómo habla de ser rey, y que habla de conquistar toda la tierra, y que había de haber uno que estuviese en su lugar [...] A esto pues, decía esta gente que el que era

nistas, quedó plasmada para la posteridad en la *Relación de las ceremonias y rictos y población y gobernación de los indios de la provincia de Mechuacan hecha al Ilmo. Sr. D. Antonio de Mendoza, virrey y gobernador desta Nueva España por su majestad, etc.*, mejor conocida como *Relación de Michoacán*. La obra fue escrita por fray Jerónimo de Alcalá hacia 1540, a instancias del primer virrey de la Nueva España, quien solicitó al recién creado obispado franciscano, establecido en 1525 en Pátzcuaro, que investigara sobre el gobierno que tenían los “indios” antes del arribo de los españoles.

A la fecha se desconocen documentos prehispánicos que traten sobre los antiguos habitantes de Michoacán, por lo que la historiografía del área está conformada por textos de principios del virreinato como el *Lienzo de Jucutacato*, los *Títulos de Carapan*, las *Relaciones Geográficas*, entre otros. Sin embargo, para este trabajo hemos recurrido principalmente a la *Relación de Michoacán*, la cual refiere ocho generaciones del linaje uacúsecha, y no así a documentos como los arriba mencionados, pues a pesar de su gran importancia para entender la historia de los pueblos tarascos, presentan, como señala Hans Roskamp (citado en Espejel, 2008: 37), versiones de la historia de otros grupos o linajes.

Los trabajos realizados en el sitio de Lagunillas han arrojado evidencias arqueológicas claramente asociadas con la cultura material del linaje uacúsecha, de allí que hagamos uso de ese documento para interpretar nuestras evidencias.

A lo largo de la historia, los grupos humanos han desarrollado lenguajes que les permiten comunicarse entre sí y con otros grupos. Aun para aquéllos con escritura la narración ha tenido un papel crucial, pues la historia de sus pueblos ha sido contada de generación en generación. No exenta de eventos magnificados, agregados, ador-

nados o, al contrario, minimizados e incluso, omitidos, la tradición oral es, en gran medida, la memoria de los pueblos. En su cuerpo principal, la *Relación de Michoacán* recoge precisamente la historia del linaje uacúsecha narrada en una de sus fiestas, la llamada *Equata-cónsquaro* o “Fiesta de las flechas”. En ella se contaban las hazañas de ocho generaciones, desde el establecimiento de su progenitor Hireti Ticatame hasta Zizincha, el último *cazonci*, muerto por Nuño de Guzmán.

En esa fiesta, los señores de cada pueblo se reunían con el *cazonci*, es decir, con el que era “rey” de los tarascos, para que los uázcata o aquellos que habían delinquido, fueran juzgados por el *petámuti* o sacerdote mayor o, según fuera su agravio, incluso por el *cazonci*.

Al narrar la historia de sus antepasados, el *petámuti* pretendía que quienes eran juzgados como delincuentes, así como los que tenían el cargo de señores o caciques, conocieran la historia de sus antepasados, y cómo gracias a esas hazañas se había logrado consolidar el reino de los uacúsecha. Pero el *petámuti* esperaba principalmente que el digno comportamiento de quienes habían sido *cazonci* sirviera de ejemplo para los entonces señores y como punto de referencia para los delincuentes, cuyo castigo consistía en morir aporreados.

De acuerdo con la información proporcionada a fray Jerónimo de Alcalá, por uno de los sacerdotes indígenas y un pariente político del último *cazonci*, don Pedro Cuiniarángari, podemos resumir la historia del linaje uacúsecha y su proceso de expansión y conquista del territorio en cuatro grandes periodos previos a la llegada de los españoles.

Primeros asentamientos uacúsecha: finales del siglo XII-principios del siglo XIII³

El progenitor del linaje, Hireti Ticatame se estableció en Zacapo-Tacanendan y Naranjan, en la

cazonci, estaba en lugar de Curicaveri...[que] todo fue un señorío esta provincia de Mechuacán [...], pues había un rey y tenía su gobernador y un capitán general en las guerras, y componíase como el mismo *cazonci*” (Alcalá, *op. cit.*: 173). Martínez Baracs (2003: 73) cita a Hans Roskamp, para señalar que rey o emperador en tarasco es *irecha*, que etimológicamente está formado por *ire*, que significa “tener asiento, morar”, y *acha*, “señor”, es decir, “señor del asiento o de la morada”.

³ Los periodos cronológicos están basados en la propuesta de periodización con base en el análisis histórico de la *Relación de Michoacán* de Claudia Espejel (2008: 112).

actual región de Zacapu, al norte de Michoacán.⁴ Allí comenzó a establecer alianzas a través del matrimonio, al casarse con una hija del señor de Naranjan, con quien dio inicio al linaje uacúsecha. Tras algunos conflictos, Ticatame fue muerto por los de Naranjan, por lo que su familia huyó al sur y se estableció en Vayameo, lugar ubicado al norte de la cuenca de Pátzcuaro. Al morir Ticatame, los de Naranjan robaron al dios tutelar de los uacúsecha: Curicaveri.⁵ Sicuirancha, hijo de Ticatame, una vez que la familia se había establecido en Vayameo, persiguió a los asesinos de su padre y recuperó a Curicaveri.

Pauacume y Vapeani, nietos de Ticatame, asumieron más tarde el gobierno de Vayameo, pero por un hecho insólito que tomaron como agüero, el cual era conocido como el “agüero de las culebras”, Pauacume y Vapeani decidieron abandonar Vayameo, y es a partir de ese evento cuando podemos suponer que históricamente comenzaron a diferenciarse los uacúsecha de otros grupos tarascos, al dividirse en cinco: 1) Chanshori, con la deidad Hurendequavercara, se estableció en Curinguaro; 2) Ypinchuani, con Tirepenie Xugapeti, se asentó en Pechataro; 3) Tarepupanguaran, con Tirepeme Turupten, se estableció en Ylamucuo; 4) Mahicuri, con Tiripeme carey, fundó Pareo; 5) Vapeani y Pauacume, con Curicaveri, pasaron por Capacurio y Xenguaran y se establecieron en Honchequaro.

⁴ El CEMCA es pionero en la investigación del área centro-norte de Michoacán, particularmente de la región de Zacapu, al retomar como marco “el relato mítico de la *Relación de Michoacán* [...] donde los líderes uacúsechas habían empezado sus conquistas políticas y territoriales.” Sus estudios ofrecen un amplio panorama sobre los patrones de asentamiento desde el Preclásico superior hasta el Posclásico tardío (Darras, 1998).

⁵ En su estudio etimológico, Cristina Monzón propone que *Curhica véri* se puede traducir como “el que sale haciendo fuego”, derivado de la raíz verbal *curi*, del verbo *curicani* “hacer fuego”, de donde se obtiene el adjetivo *curica*. O “el fuego que sale ardiendo”, obtenido del sustantivo *curicua*, derivado del verbo *curini* “arder el fuego”. Como dios principal de los uacúsecha, es quien “[...] estableció ‘el imperio’, es el dios de la guerra que identifica al enemigo y beneficia a la gente con bonanza material y un hogar con mujeres e hijos. Su color es el blanco [...] Se le encuentra mencionado en español como el sol o el fuego” (Monzón, 2005: 142-143).

Finalmente, los entonces moradores de Mechuacan, después también llamado Quereta paracicuyo, Queretaro o Tzintzuntzan, salieron con su diosa Xaratanga hacia Sipixo, luego hacia Urichu, y por último hacia Tariarán, más al sur de la cuenca, donde fundaron su asiento.

Conflictos entre los uacúsecha y los que se establecieron en Curinguaro provocaron la muerte de Vapeani y Pauacume, por lo que Taríacuri asumió a su cargo el linaje uacúsecha.

Segunda incursión uacúsecha: 1360-1420

Este periodo fue protagonizado por Taríacuri, a quien podríamos designar como el estratega de la expansión uacúsecha. Tras las guerras que realizó contra los de Curinguaro para vengar la muerte de su padre, y contra los de Xaracuaro, lugar de su nacimiento y el de su madre, donde ésta fue muerta y de donde los expulsaron, Taríacuri, quien había sido educado para ser rey, comenzó a planear las guerras para hacerse de cautivos que serían sacrificados a los templos, entre ellos el de Curicaveri.

Para tal efecto Taríacuri se estableció en Pátzcuaro, mas no de manera permanente porque en varias ocasiones tuvo que huir y buscar nuevos asentamientos, pues se vio involucrado en constantes conflictos con otros pueblos; asimismo, estableció alianzas poco duraderas con Curinguaro y Tariaran a través de matrimonios, cuyo propósito era el de hacerse de aliados para comenzar a conquistar los pueblos de Tierra Caliente como Hurechu, Cacangueo, Guacana y Cuerapan. Además, él mismo realizó incursiones hacia el occidente de la cuenca y permaneció temporalmente en Zurumu harupeo, Vacapu y Santangel —sitios probablemente cercanos al actual poblado de San Ángel Zurumucapio.

Mientras Taríacuri se encontraba en el occidente surgieron conflictos en la cuenca de Pátzcuaro, pues Curinguaro y Xaracuaro se disputaban el sitio, lo que obligó a Taríacuri a retornar a su antiguo asiento, donde decidió quiénes serían sus sucesores: sus sobrinos Hirípan y Tangáxoan, y su hijo Hiquíngaje.

Tercera incursión uacúsecha: 1420-1450

Taríacuri dio a conocer a sus sobrinos e hijo por qué ellos habrían de ser “reyes” y no otros, es decir, otros que ya eran señores en sus pueblos. Para confirmar su nuevo cargo, Taríacuri les entregó una parte de Curicaveri, es decir, una navaja de obsidiana, y les mandó construirle un altar en Tzintzuntzan, mas ellos construyeron un templo, además de la casa del águila, una troje y las casas de los papas. Taríacuri se enfureció porque no debían construir todavía un templo, pues no tenían cautivos para el sacrificio. Este hecho marcó una nueva oleada de conquistas, pues en principio establecieron un acuerdo con el señor de Pacandan para que les proporcionara cautivos, pero también dieron inicio a batallas con pueblos al oriente y sur del lago, además de hacer la guerra contra los de Tariaran, a quienes arrebataron la diosa Xarantanga, pues ésta se había manifestado en sueños a Tangáxoan y le pidió que la llevara de vuelta a Mechuacan, es decir, a Tzintzuntzan. Después de la conquista de Tariaran, Hirípan, Tangáxoan e Hiquíngaje, junto con sus aliados los isleños, lograron ejercer su dominio sobre un extenso territorio, desde el río Lerma hasta el Balsas, y al oriente hasta el río Cutzamala, a través de las siguientes incursiones: extremos oriente y noreste del lago de Pátzcuaro, extremo occidental del lago de Cuitzeo, laguna de Zacapu, la sierra norte, la región de Uruapan y la región noreste del plan de Tierra Caliente.

A la muerte de Taríacuri se crearon las tres capitales del reino de los uacúsecha: Tzintzuntzan, donde se asentó Tangáxoan; Ihuatzio, donde Hirípan; y Pátzcuaro, donde Hiquíngaje. Establecieron, asimismo, una nueva estrategia para organizar y mantener el control de los pueblos conquistados. Realizaron pactos con los principales de los pueblos ya sojuzgados para que la gente regresara a sus antiguas casas a cambio de diversos bienes que serían ofrendados a Curicaveri, y además tendrían que prestar ayuda en las guerras. Comenzaron entonces nuevas incursiones hacia Tierra Caliente y la sierra central, repartiéndose el territorio conquistado con los isleños de Xaracuaro y Pacandan, entonces sus aliados. Los isleños contro-

laron los pueblos de Tierra Caliente y los tarascos uacúsecha los del norte, como Cheran, Sevina y Nahuatzen. Más tarde conquistaron varios sitios en el área de Tacámbaro y La Huacana.

Otra nueva estrategia implementada fue la de poner señores o caciques en diversos pueblos al parecer ubicados de manera estratégica, ya que a partir de tal hecho se inició la conquista de muchos otros señoríos hacia todos los rumbos, sobre todo hacia la Tierra Caliente, incluyendo asentamientos de Guerrero; así como la ribera norte del lago de Cuitzeo y el extremo poniente del estado de México, entre otros.

Cuarta incursión uacúsecha: 1450-1480

Es probable que tras la muerte de Hirípan, Tangáxoan e Hiquíngaje sus respectivos hijos se disputaran el poder, pero la *Relación* no proporciona mucha información al respecto. Al final, Zizispandaquare, hijo de Tangáxoan, gobernó y estableció una capital: Tzintzuntzan, a donde trasladó todos los tesoros de Curicaveri antes resguardados en Ihuatzio. Así, desde la mitad del siglo XV sólo quedó Tzintzuntzan como principal ciudad de los tarascos uacúsecha.

Zizispandaquare extendió aún más el reino, pues logró conquistar los Pueblos Dábalos en Jalisco, entre ellos Sayula, Ciudad Guzmán y Tuxpan; algunos lugares en las riberas norte y sur del lago de Chapala, así como Toluca y Xocotitlan en el Estado de México; Zacatula en Lázaro Cárdenas y, finalmente, Colima. Zizispandaquare fue quien enfrentó a Axayacatl cuando este último buscó extender el imperio mexica y conquistar a los tarascos, pero las tácticas de guerra de Zizispandaquare impidieron el avance mexica (fig. 2).

Durante este periodo, en el que la expansión del dominio uacúsecha alcanzó su máximo, el “reino” quedó organizado entonces en cuatro regiones, cada una con lo que hoy llamaríamos una cabecera, es decir, un centro que administraba los tributos de los pueblos de cada región, desde donde eran enviados hacia la ciudad capital de Tzintzuntzan. Dichos centros eran Zinapécuaro, Tacámbaro, Tancítaro y Xacona (Pollard, 2003: 52).

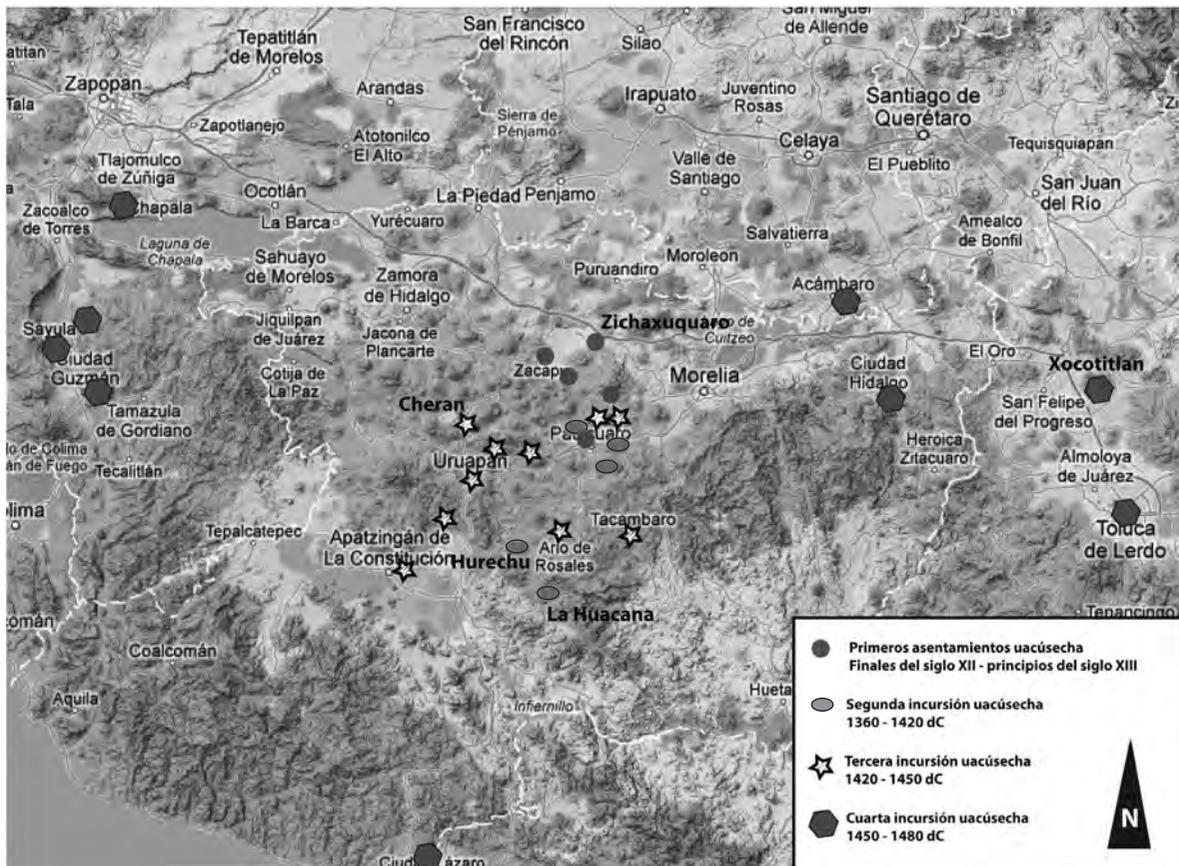


Fig. 2 Asentamientos uacúsecha e incursiones de conquista por Tariacuri y su descendencia.

Quinta incursión uacúsecha: 1480-1521

Finalmente, Zuangua, sucesor de Zizinpandaquare, continuó con la expansión del reino, aunque la *Relación* no menciona qué poblaciones fueron las conquistadas. En 1520 Zuangua era todavía el *cazonci* de Tzintzuntzan, cuando recibió a una comitiva enviada por Moctezuma para que los tarascos se aliaran con los mexica y así pudieran derrotar a los españoles, pero Zuangua se negó. Zuangua murió de viruela y fue sucedido por su hijo Zinzicha, quien más tarde fue muerto por Nuño de Guzmán en 1531.

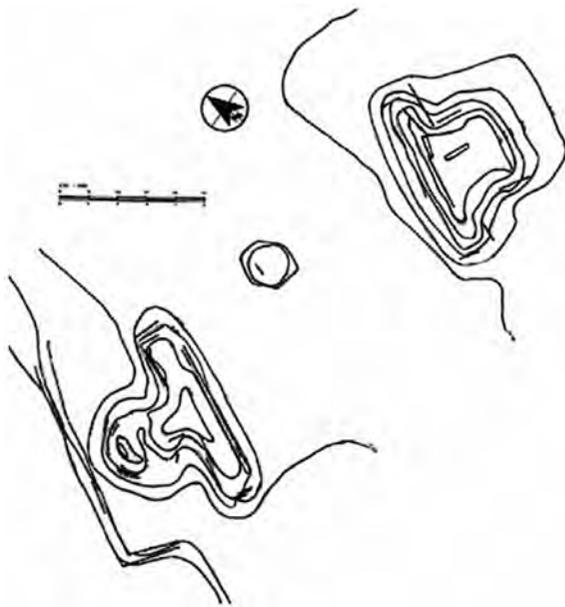
Los sitios tarascos periféricos: “puntas de lanza” del imperio

Para nuestro estudio, interesa principalmente el periodo protagonizado por los sobrinos e hijo de

Tariacuri, en el que establecieron asentamientos estratégicos para emprender campañas de conquista hacia Tierra Caliente y obtener, además de cautivos de guerra, frutos tropicales, altamente estimados por los señores, plumas de colores y metales preciosos como el oro, la plata y el cobre.

Así, en la zona sur de la meseta hay tres asentamientos que entre su arquitectura monumental presentan, *yácatas* de planta mixta⁶ (en lo sucesi-

⁶ La *yácata* de planta mixta es definida por Gendrop (1987: 208-210) como “aquella típica de silueta que combina elementos circulares y rectangulares, con una escalinata en la parte más ancha y una choza circular haciendo las veces de templo encima de la parte troncocónica”. Pulido (2006: 122-145), tras realizar un estudio formal de la arquitectura monumental tarasca, argumenta que los basamentos que presentan planta mixta son los únicos que arqueológicamente deben ser denominados como *yácatas*. Señala, asimismo, que los templos tarascos pueden tener plantas de forma cuadrada, rectangular o en forma de T, pero la *yácata* —compuesta por un cuerpo rectangular y uno



© Fig. 3 Topografía de las *yácatas* de Jujucato.

vo se referirán únicamente como *yácatas*), lo que nos permite identificarlos plenamente como tarascos uacúsecha. El primero de ellos es el sitio Los Encantos de Jujucato, el cual presenta una plaza compuesta por dos estructuras piramidales y un altar central. Una de las estructuras es una *yácata* orientada hacia levante, en tanto la otra es de planta en forma de T, con el acceso al poniente. Es interesante observar que este edificio en forma de T se encuentra desfasado hacia el norte, por ello no están uno frente a otro. Por su ubicación, el altar corresponde al edificio en forma de T (fig. 3). Además, se observaron otras estructuras monumentales muy deterioradas y una extensa zona con líneas de piedra pertenecientes a unidades habitacionales. Por estas características Pulido considera que el sitio fue conquistado y ocupado por los uacúsecha (Pulido *et al.*, 1997: 36).

Otro de los lugares estudiados es Lagunillas. El sitio fue registrado desde mediados de la década de 1990, con la construcción de la carretera Pátzcuaro-Uruapan. En la parte central del sitio hay una *yácata* y una plataforma que delimitan la plaza, además de otros conjuntos de estructuras

distribuidos al norte y al oriente, y unidades habitacionales dispuestas en torno a las áreas ceremoniales, básicamente sobre los afloramientos rocosos (fig. 4).

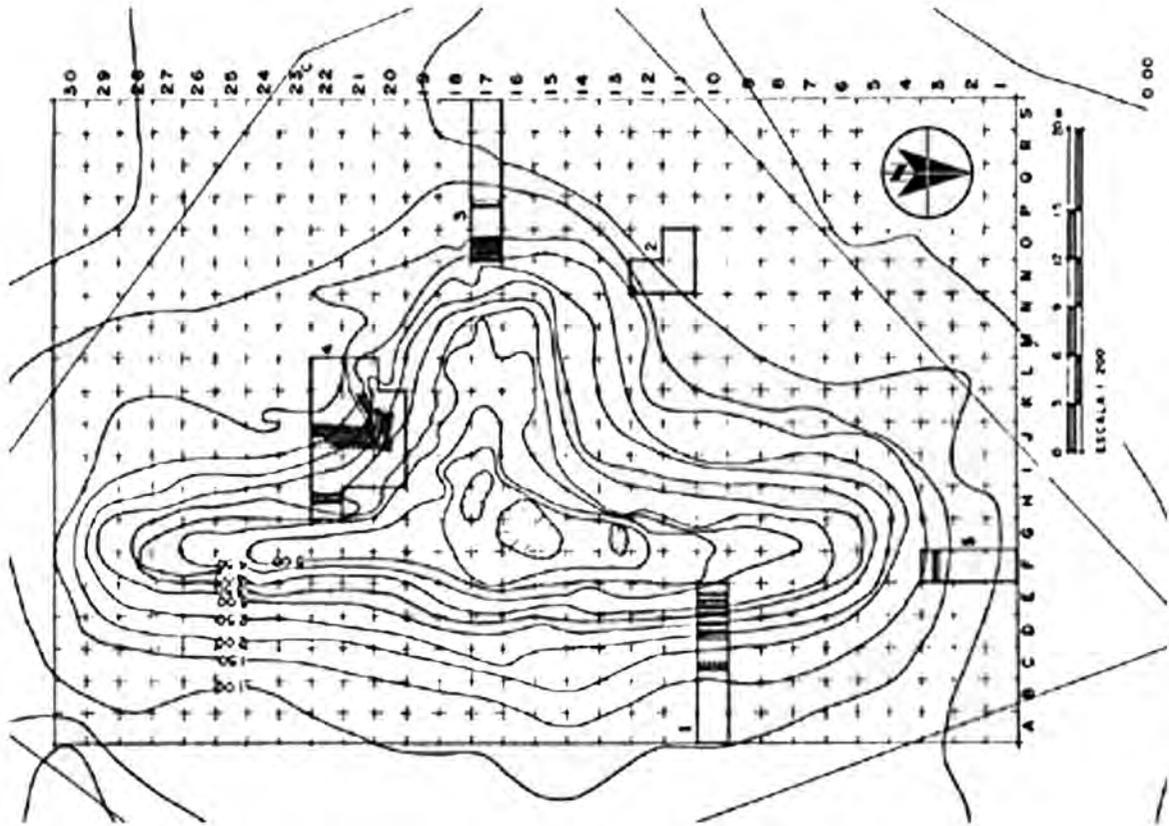
Otro sitio con *yácata* en la periferia de la meseta fue localizado por el explorador noruego Carl Lumholtz a finales del siglo XIX, quien conoció el sitio durante su estancia en el poblado de San Juan Parangaricutiro. Para conocer las ruinas se dirigió al pueblo de Paricutín, de donde partió hacia el sur y descubrió una *yácata* de unos 9 m de altura, a la cual denominó “*Yácata de Parangaricutiro*”. Por otra parte, nos interesa destacar que la crónica de Lumholtz, relatada de manera sumamente anecdótica, refiere cómo las personas de la sierra daban mucha importancia a sus ídolos llamados *tarés* (ancianos venerables.) Menciona que cada tarasco tenía uno enterrado en el campo, en su casa y granero, pues los consideraban guardianes del maíz (Lumholtz, 1981: 362-363).

Así pues, las evidencias arquitectónicas del Posclásico tardío conservadas en los sitios *Yácata* en Parangaricutiro, Los Encantos de Jujucato y Lagunillas, situados en los límites poniente y sur de la meseta, comparten una característica muy específica: su edificio principal es una *yácata*, construcción dedicada a su dios Curicaveri,⁷ lo que nos permite identificarlos como de filiación tarasco uacúsecha. Posiblemente en el área hayan existido asentamientos más tempranos y después fueron conquistados por los uacúsecha, quienes al afianzar su dominio sobre estas zonas limítrofes aseguraron la meseta y sus capitales de posibles invasiones provenientes de la zona sur y funcionaron, asimismo, como plataforma de ataque hacia Tierra Caliente. Lo que observamos es la posición estratégica de dichas ciudades, pues fueron establecidas en una zona de tránsito que permitía comunicar a las capitales con las regiones oeste y suroeste, sin haber existido obstáculo alguno.

Esta propuesta se ve reforzada por un pasaje de la *Relación de Michoacán*, donde se relata que cuando Tariácuri tenía sitiado Xaraquaro, Caricaten, el señor de la isla, para atacar a Tariácuri

circular comunicados por un corto pasillo— se asocia exclusivamente con el linaje uacúsecha (*ibidem*: 144).

⁷ Hellen Pollard, citada por Pulido (2006: 144), propone que la *yácata* de planta mixta fue construida por el linaje uacúsecha para honrar a su dios tutelar Curicaveri.



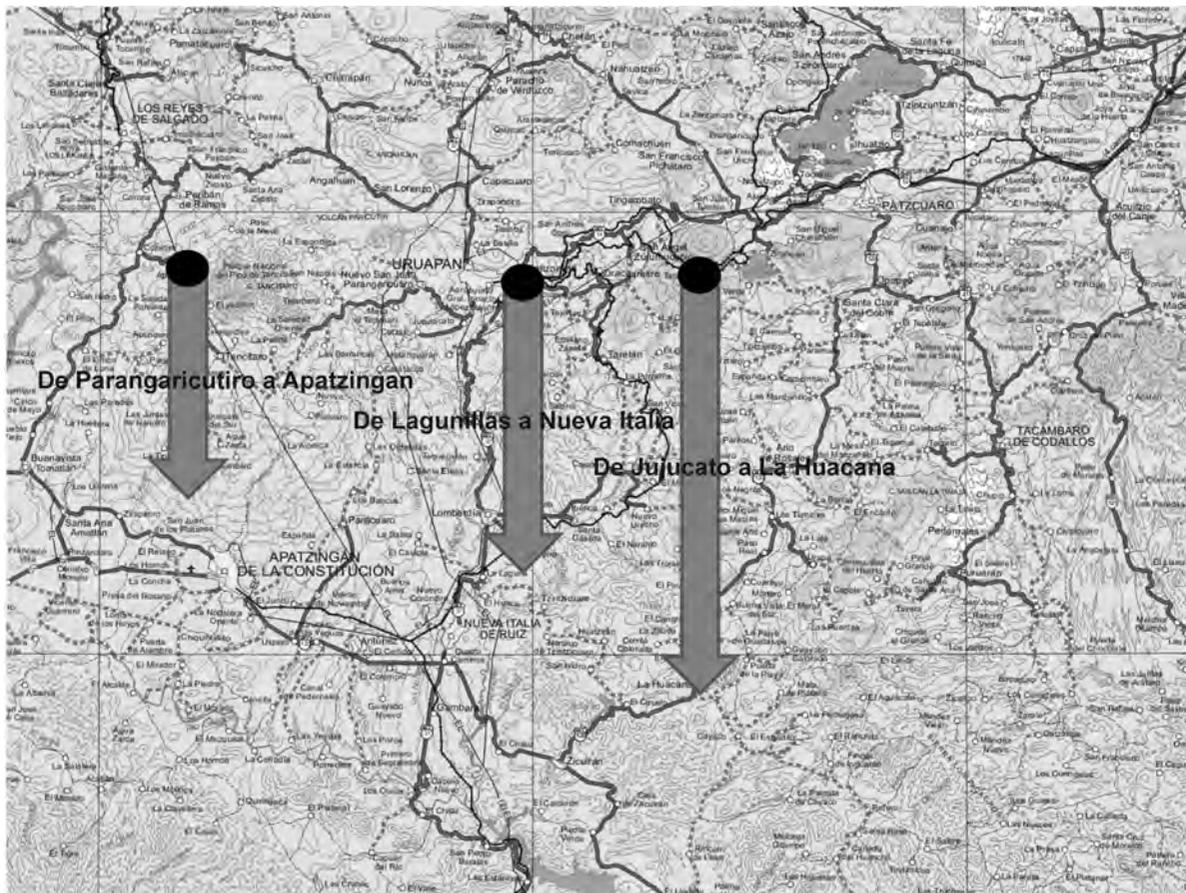
© Fig. 4 Topografía de la yácata de Lagunillas.

solicitó el auxilio de Zurunban, isleño de nacimiento del linaje Aparicha y gobernante de Tariaran. Zurunban envió a Naca a hacer gente de guerra. Para realizar esta empresa Naca salió de Tariaran y de camino pasó por un poblado llamado Sirauén, donde Quarácuri, señor del poblado, lo invitó a comer. Quarácuri advirtió a Taríacuri sobre la amenaza que se cernía sobre él, y Taríacuri planeó una celada para Naca mediante un mensajero de Quarácuri, a quien pidió que le comentara a Naca sobre los caminos que había de tomar:

Dice también tu hermano que por qué camino has de venir, porque, hay dos caminos: el uno por donde vino, por *Ziriquaretiro*, por un arroyo [Caninzio] que está allí y que es arredeo por aquel camino por donde vino, y que hay otro camino, cabe la laguna, por un monte llamado *Xanoato-*

hucazio y que viene por *Curimizúndiro*, a parar a *Pangueo*, donde está en el camino *Uarichu-huca-riro*, y llega a otro lugar llamado *Hiríquaro* y va por *Tareua-cúcuaro*, y por esos lugares va el camino derecho (Alcalá, 1977: 51).

De acuerdo con el relato, Espejel (2008: 125, mapa 5) identificó la probable ruta seguida por el sacerdote Naca de Tariaran a Ziriquaretiro, y nosotros consideramos que el probable lugar al que se dirigió Naca sea el sitio recientemente descubierto, llamado La Trementina. Este asentamiento se encuentra 3 km al sureste del actual Ziriquaretiro, presenta arquitectura monumental, en la cual destaca un edificio de planta cuadrangular con una altura mayor a 10 m, con su trazo urbano distribuido a partir de este edificio, que es el principal. Posiblemente sea este el lugar, cuya ocupación antecede al Posclásico tardío, al que se



● Fig. 5 Sitios arqueológicos con *yácatas* desde los que que posiblemente se atacó Tierra Caliente.

encaminó Naca para solicitar ayuda en contra de Taríacuri. Las evidencias indican que La Trementina fue conquistada por los uacúsecha durante el Posclásico tardío, y para evidenciar su dominio construyeron una *yácata*, aunque de dimensiones modestas si se le compara con el resto de construcciones —más tempranas del sitio—. El retorno de Naca hacia el lago de Pátzcuaro lo realizó por el sur del cerro Jucucato, pasando probablemente por el sitio que arriba hemos señalado como Los Encantos de Jucucato, que ya existía desde antes del dominio uacúsecha, pero también fue más tarde conquistado, como evidencia la *yácata* (fig. 1).

Una vez conquistados estos lugares y consolidado el territorio tarasco, los sitios mencionados guardan, en nuestra interpretación, una posición estratégica que pudo haber permitido el traslado

de tropas hacia el sur con movimientos coordinados, para cubrir simultáneamente Tierra Caliente por tres francos. De acuerdo con ello, desde Los Encantos de Jucucato se podía llegar a Ario de Rosales y a La Huacana; desde Lagunillas se alcanzaba la zona de Nueva Italia, y al descender por Tancítaro desde la *Yácata* de Parangaricutiro se llegaba a Acahuato y a la región de Apatzingán, por ello consideramos su papel relevante en la estrategia uacúsecha para conquistar Tierra Caliente y sus ricos minerales (fig. 5).

El sitio Lagunillas: su cultura material y los signos de poder

Lagunillas se encuentra en el municipio de Ziracuaretiro, en la gaza que distribuye la circulación

hacia Pátzcuaro-Uruapan-Nueva Italia. El lugar tiene un clima más tropical que frío, pues se trata de un área de transición con un medio ambiente tan benéfico que aquí fueron sembrados los primeros plátanos en México, traídos desde la isla de Santo Domingo, en 1554, por don Vasco de Quiroga (Romero, 1972: 597-598). Como ya hemos mencionado, entre la arquitectura del sitio hay una *yácata* mirando al oriente, una plaza y una unidad habitacional frente a ella. Aunque es difícil determinar a cuál de los lugares referidos en la *Relación de Michoacán* corresponde este sitio, su importancia salta a la vista.⁸

Distribución urbana

Lagunillas, localizado en un estrecho valle intermontano, es un asentamiento con trazo urbano que se distribuye a partir de su centro ideológico-administrativo, representado por la *yácata*, la plaza y su palacio. Sus probables barrios están organizados, a la vez, en torno a un templo y se encuentran sobre lomas de baja altura a orillas del río El Ortigal. Los límites y distribución de los barrios están todavía a la espera de ser registrados y claramente identificados, aunque el reconocimiento del sitio hasta hoy llevado a cabo ha revelado la presencia de áreas de habitación sobre afloramientos rocosos y amplias plataformas, como es el caso de una eminencia rocosa en forma de mesa localizada al oeste de las construcciones principales, llamado Afloramiento Oeste y las plataformas sur y suroeste. Asimismo, hay evidencias de construcciones domésticas sobre el mal-

país que delimita al asentamiento hacia el noroeste (fig. 6).

Los trabajos arqueológicos llevados a cabo por la Dirección de Salvamento Arqueológico en 2011 permitieron identificar un probable centro de barrio, denominado Conjunto B, ubicado 220 m al norte del centro urbano, y actualmente separado por una pequeña barranca. La arquitectura monumental comprende un basamento piramidal de planta rectangular, una plaza y un altar ubicado al poniente del basamento, mientras al norte del conjunto se levanta una plataforma baja con construcciones de carácter habitacional y un amplio pórtico (fig. 7).

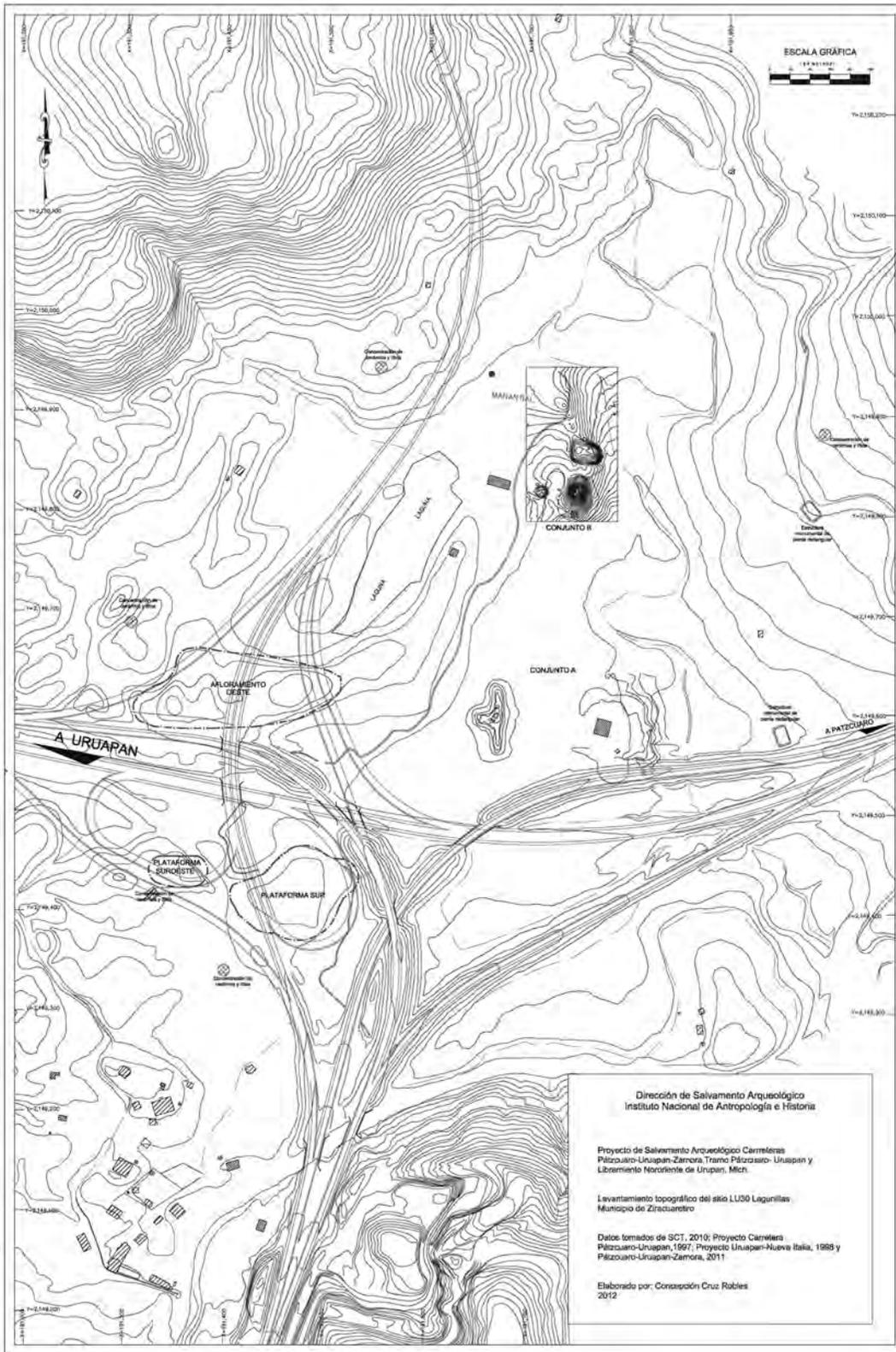
La arquitectura

El análisis de los elementos arquitectónicos del Posclásico tardío en Lagunillas nos ha permitido observar varias similitudes con los reportados en Tzintzuntzan, una de las capitales tarascas.

La *yácata* de Lagunillas fue intervenida en la década de 1990 mediante cinco calas de aproximación, con el objetivo de conocer el sistema y las etapas constructivas. Se localizaron nueve cuerpos escalonados de diferente altura que funcionan como muro estructural, construido con lajas de basalto de diferentes tamaños colocadas horizontalmente sin aglutinante. El muro exterior o de revestimiento está construido con piedras de basalto careadas de tamaño uniforme y unas cuantas lajas unidas con tepetate. Entre las piedras careadas, algunas presentan grabados con motivos geométricos y zoomorfos. Este sistema constructivo fue reportado por Cabrera (1987: 536) para Tzintzuntzan, donde se pueden observar lajas colocadas horizontalmente para dar forma a la estructura, procedimiento que se realiza repetidas veces para generar volumen hasta lograr el tamaño deseado. Finalmente, estos muros de lajas son cubiertos por bloques de basalto llamados *xanamus*.

En el 2011 se realizaron intervenciones en las tres estructuras que conforman el Conjunto B, así como en el área central de la plaza. Para estudiar la Estructura 1 se realizaron dos calas de aproximación con la que se localizaron evidencias del

⁸ A continuación reproducimos lo referente a los sitios arqueológicos que Espejel menciona para el área de Ziracuaretiro: "Se han registrado y explorado varios sitios en los alrededores de Ziracuaretiro, especialmente entre este pueblo y Ziramicuaro (Espejel, 1992; Pulido *et al.*, 1997; Grave *et al.*, 1998). Lagunillas, Pino Cuate, Muro con Árbol, El Chilar y El Calabozo probablemente son partes de un mismo sitio, el llamado Ziraspén, y se ha considerado que podría ser Zirapén, el pueblo de Hiucha conquistado por Hirípan, Tangáxoan e Hiquingaje (Grave *et al.*, 1998). NOTA: por la falta de puntuación en la *Relación* no está claro si Zirapén es otro nombre de Hiucha o el nombre de su pueblo, pero más bien parece ser lo primero, pues su pueblo era Tarianan" (Espejel, 2008, t. II: 311).



© Fig. 6 Levantamiento topográfico general del sitio de Lagunillas.

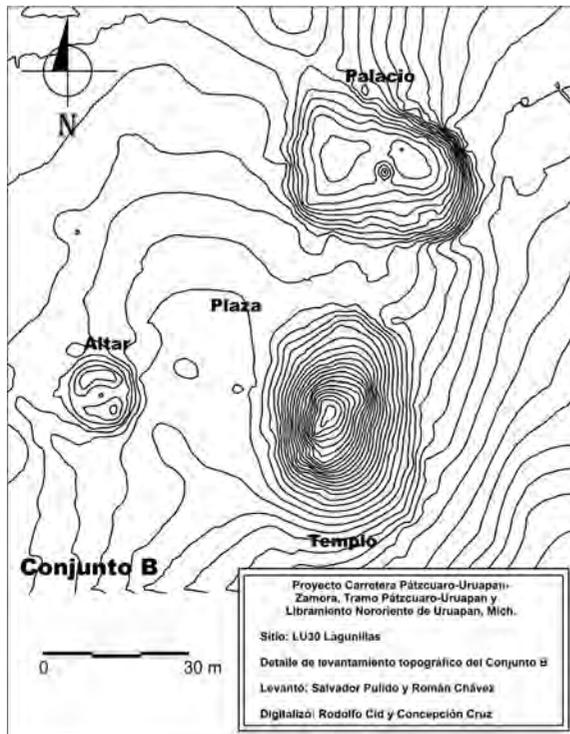


Fig. 7 Levantamiento topográfico del Conjunto B.

piso de la plaza, así como los muros poniente y norte de la estructura, que datan también del Posclásico tardío.

Los muros de la fachada están contruidos con sillares de basalto, relleno los huecos entre cada bloque con pequeñas piedras o lajas en forma de cuña, a manera de rajuelas y lodo como cementante. El primer cuerpo del basamento está edificado a partir de cuatro hiladas de dichos sillares, rematadas por una hilada de grandes lajas colocadas horizontalmente. Es decir, en el descanso entre el primer cuerpo y el segundo se encuentran lajas de basalto incrustadas bajo el sillar de este último, procedimiento que suponemos se repetía en cada cuerpo de la estructura.⁹

⁹ En Pátzcuaro, en la plataforma prehispánica descubierta en 1992 debajo del ex Colegio Jesuita de Pátzcuaro, “[...] hay bloques de basalto tipo adobe (como en la subestructura de la gran nivelación de Tzintzuntzan) y no hay un muro de laja cubierto por xanamus, únicamente hay lajas en la parte superior de cada cuerpo escalonado; [...]” (Cárdenas, 2004: 203).



Fig. 8 Excavación de la Estructura 1 del Conjunto B de Lagunillas, en primer plano se observa el muro exterior y el muro estructural.

Inmediatamente atrás de los muros frontales o de fachada se hallan los muros estructurales, los cuales conservan la misma disposición que los de la fachada. Están armados por medio de grandes rocas y lajas, buscando su cara natural para colocarlas. Entre ambos muros hay un relleno de tierra y piedras pequeñas que no rebasa los 15 cm de espesor (fig. 8).

A dos metros al interior del basamento se descubrió una subestructura, cuyo sistema constructivo difiere de la última etapa. De la subestructura quedaron expuestos parte del muro poniente y la escalinata de acceso, la cual patea hacia la plaza. El muro poniente está edificado con piedras, a las que le buscaron su cara natural para formar el paramento, pero sin un patrón evidente; a su vez, la construcción de la escalinata parte de una hilada de rocas buscando su cara natural para lograr el peralte y una de lajas sobre ella para formar la huella, sin tener evidencia de alfarda —al menos en los cuatro peldaños expuestos.

La exploración de la Estructura 1 del Conjunto B nos permitió comparar su sistema constructivo con el de la *yácata* principal del sitio. Los muros estructurales son distintos, pues mientras en la *yácata* son de lajas, en la Estructura 1 son de grandes rocas con una sola hilada de lajas en el coronamiento; sin embargo, los cuerpos de la fachada están en ambos casos contruidos con bloques de basalto.

El altar, localizado al oeste de la Estructura 1, fue explorado por medio de una cala. El sistema constructivo, al igual que en dicha estructura, está formado por sillares de basalto y algunos de roca arenisca que se degrada fácilmente. No se encontraron muros interiores, sólo un relleno formado por un acomodamiento de grandes rocas mezcladas con gravas y tierra para generar volumen, y posteriormente dar el acabado con los bloques de basalto. La ausencia de muros estructurales sugiere que era de baja altura, quizás de 60 o 70 cm. Pero aun con tan baja altura el edificio se encuentra actualmente muy deformado, probablemente como consecuencia del empuje de las cargas muertas.

En la fachada del altar se conservan sillares amalgamados con lodo que forman tres hiladas regulares (Roskams, 2003: 222). Probablemente en la fachada había sillares grabados, ya que se recuperaron varios entre el derrumbe del muro oriente y el saqueo del edificio, así como dos más *in situ*. Uno de ellos, colocado cerca de la esquina sureste, presenta un círculo grabado, y el segundo un *chalchihuitl*, ambos similares a los grabados de Tzintzuntzan. Los hallados entre el derrumbe y el saqueo muestran representaciones geométricas, zoomorfas y antropomorfas. De las representaciones geométricas se recuperó un fragmento de laja con una greca asociada a otro elemento no identificado, además de un bloque con chevrones o grabados en ‘V’ invertidas. Entre las zoomorfas se descubrió un bloque grabado en bajo relieve, quizá con la representación de un venado, en la que sobresalen dos protuberancias en la frente que hemos interpretado como los cuernos, mientras la cara, con forma de corazón, presenta ojos grandes, nariz sobresaliendo ligeramente y boca abierta (fig. 9). Entre los antropomorfos tenemos un bloque de basalto con la cara de un personaje mofletudo, rasgos faciales proporcionados, cejas enormes enmarcando los ojos que miran fijamente, la nariz sobresaliente y la boca con el labio superior abultado. Otro grabado muestra a un anciano desdentado, con una amplia sonrisa —que nos recuerda las máscaras de la danza de los viejitos—, o la representación de los dioses y del mismo Curicaveri en la *Relación de Michoacán*. Finalmente, hay una pequeña pieza con forma de



Fig. 9 Posible representación de un venado en uno de los bloques derrumbados del altar del Conjunto B.

caracol, que en uno de sus laterales presenta tres horadaciones, dos circulares y otra con forma de media luna, que simulan un rostro.

Además de estos elementos arquitectónicos y de otros hallazgos, debemos subrayar la presencia de dos navajas de obsidiana en la cimentación del altar, lo cual nos remite a la fundación del asentamiento uacúsecha en el sitio, pues recuérdese que las navajas eran otorgadas a los señores como símbolo de poder y representación de Curicaveri, quienes luego las colocaban en los altares, como se relata en la crónica (Alcalá, 1977: 126).

Las navajas en la cimentación y la gran cantidad de motivos labrados en los muros confieren un rico simbolismo al altar, quizá igual al de las grandes *yácatas* con sus grabados abstractos. Por tanto, consideramos que las figuras antropomorfas que lo adornan son representaciones de deidades del panteón uacúsecha, mientras las zoomorfas, al menos en el caso del venado, lo son de seres considerados sagrados en la ideología tarasca (Faugère-Kalfon, 1998: 89-99).

En la arquitectura de los centros urbanos tarascos, otro elemento que juega un papel importante en la creación de los espacios son las unidades habitacionales. Los complejos arquitectónicos (templo, altar y plaza) están intrínsecamente relacionados con la amplia zona de habitación, en cuya superficie se observa como una plataforma

baja localizada frente al (o al lado del) edificio principal. Su baja altura ha generado confusión en el registro de evidencias en superficie, pues se consideran como construcciones de mayor altura que han sido desmanteladas por las labores agrícolas modernas. Sin embargo, varios ejemplos confirman nuestra hipótesis, entre ellos Tzintzuntzan y San Antonio Carupo, así como los conjuntos A y B de Lagunillas, donde las residencias de la elite están junto a los templos.

En el Conjunto A de Lagunillas, excavado en la década de 1990, se realizaron dos calas en la plataforma situada frente a la *yácata*. A pesar de que la arquitectura había sido alterada por la construcción de una casa moderna, las evidencias permitieron inferir que se trata de una unidad habitacional con un pórtico, del cual se preservan las bases de mampostería de planta cuadrada. Pulido (2006: 113) señala que su función era administrativa o habitacional de alto nivel social.

Las excavaciones en la plataforma ubicada al norte de la Estructura 1 en el Conjunto B, nos permitieron identificar en 2011 una unidad habitacional que por su disposición, características constructivas y elementos decorativos hemos interpretado como el palacio de una de las familias gobernantes del asentamiento. En los palacios o casas de los señores, uno de los espacios de mayor relevancia es el pórtico, pues funcionaba como sala de audiencias. El ejemplo más notable debió haber sido el pórtico de la casa del *cazonci*, pues desde allí se atendían todos los asuntos de Estado y se ostentaban las insignias del poder, entre ellas, el asiento real. Como *cazonci* era un cargo hereditario, el nuevo *cazonci* ocupaba el palacio de su padre y su nombramiento lo recibía precisamente en el pórtico:

Estaban todos por su orden, y estaban todos los sacerdotes en sus procesiones, y las espías y oficiales de los *cúes*, y llegando el *cazonci* al patio, saludábanle primero los sacerdotes, y llamábanle *quanguapagua*, que es majestad, y pasaba por medio de aquellas procesiones dellos, saludando a unos y otros, a una parte y a otra y traíanle una silla nueva en *el portal*, que solía estar su padre y asentábase en ella, y, como él se asentaba, ayuntábanse en derredor dél todos los señores y caciques,

y toda la gente concurría allí y levantábase el sacerdote mayor en pie y decíales de esta manera [...] (Alcalá, *op. cit.*: 225; subrayado nuestro).

Aunque la función de los pórticos de asentamientos de menor jerarquía debió ceñirse a asuntos locales o comunitarios, su edificación debía exhibir la impronta del poder. En Lagunillas, el pórtico mide 15 m de largo por 3 de ancho, con un acceso delimitado por alfardas decoradas que dan hacia la plaza; se conservan también masivas bases de mampostería de planta cuadrada para sostener sus pilares, así como fragmentos de piso de estuco con policromía, en contraste con el apiñonado de tierra de la plaza.

Si atendemos a lo referido en la *Relación de Michoacán* y a su importancia en las funciones cívico-administrativas, nuestra hipótesis apunta a que el pórtico en las unidades habitacionales asociadas a los complejos templo, altar, plaza, debe estar presente en cada uno de los sitios del Posclásico tardío con asentamiento uacúsecha, máxime si agregamos que el pórtico forma parte del espacio sagrado en el que se llevaban a cabo los rituales fúnebres de los señores. Esta sacralización del espacio la podemos deducir de la descripción de los rituales mortuorios que se realizaban tras el fallecimiento de los *cazonci*: “Ya que era de muerte, no dejaban entrar allá a nadie, donde él estaba, aunque fuesen señores, y estaban todos en el patio, delante sus casas, y los presentes que traían, cuando no se les rescibían, poníanlos en *un portal*, donde estaba su silla e insignias del señor” (*ibidem*: 219; subrayado nuestro).

Finalmente, hemos de señalar que Lagunillas presenta un desarrollo urbano con el trinomio *yácata*, palacio y plaza como centro rector. Los barrios, donde también se replica el patrón de templo —aunque no de planta mixta— unidad habitacional y plaza, se encuentran distribuidos alrededor del centro, ya sobre zonas llanas o sobre los afloramientos rocosos circundantes. Esta forma de organización espacial tiene su antecedente en el área de Zacapu, donde para la fase Milpillitas (1200-1450), los sitios están organizados en “barrios, cada uno alrededor de una plaza dominada por una *yácata* —una de las cuales siempre supera a las demás.” (Arnauld y Faugère-Kalfon, 1998: 22).

Recordemos que los asentamientos uacúsecha más tempranos se desarrollaron en Zacapu, por ello consideramos que uno de sus símbolos de poder, la *yácata*, se comenzó a erigir cuando su dominio ya estaba afianzado, probablemente durante el periodo de Hirípan, Tangáxoan e Hinquíngaje. A partir de entonces el edificio que supera en altura al resto de los templos construidos en un asentamiento, es precisamente la *yácata*. Nuestra hipótesis tiene como sustento algunos pasajes de la *Relación* previos al ascenso al poder de los sobrinos e hijo de Taríacuri. Un ejemplo es cuando Taríacuri tuvo que abandonar la cuenca de Pátzcuaro y se estableció en las inmediaciones del cerro Jujucato: “Y tomando de allí a *Curicaveri*, se fue con su gente a un lugar llamado *Santángel*, a un señor llamado *Hapariya* que de verdad le rescibió y le hizo un *cu* y las casas de los papas y una casa, y allí traía leña *Taríacuri* para los cúes con su gente y hizo allí su asiento” (Alcalá, 1977: 86).

En cambio, cuando Taríacuri les anuncia a sus sobrinos e hijo que ellos serán sus sucesores y les pide construir un altar para Curicaveri, ya no sólo construyen un *cu*, sino también una “casa del águila”:

Díjoles *Taríacuri*: “Yo os quiero dar una parte de *Curicauevi*, que una navaja de las que tiene consigo, y ésta pondréis en mantas, y la llevaréis allá, y a ésta traeréis vuestra leña, y hareisle un rancho y un altar donde pondréis esta navaja.” Y partiéronse con su navaja y pasaron la laguna y empezaron a hacer un *cu*, y una casa de los papas, y la casa llamada del águila, y una trox a la navaja que les dio *Taríacuri* (*ibidem*: 126).

De acuerdo con nuestra interpretación, la “casa del águila” a que se hace referencia en esta cita —y en pasajes posteriores al periodo de Hirípan, Tangáxoan e Hinquíngaje— corresponde a la *yácata* o templo de planta mixta, hipótesis que basamos en el siguiente pasaje:

[...] y el sacerdote llamado *hirípati* entraba en la casa de vela a su oración con los olores, como se contó hablando de la guerra, y hacía su sermón sobre aquella leña, como su dios *Curicaveri* lo había

así ordenado, y entraba así mismo el *cazonci* a su vela, y hacían la cirimonia de la guerra y al tercero día mandaba que fuesen a la guerra, y llamaba todos los señores de su linaje llamados *uacúsecha*, que son águilas, y juntábanse todos en la casa dicha del águila, dedicada a su dios *Curicaveri* [...] (*ibidem*: 229).

Bajo esta hipótesis, el centro ideológico-administrativo de los asentamientos uacúsecha, integrado por una *yácata*, un área habitacional y una plaza, lo hemos interpretado como la casa del águila o casa de Curicaveri —el águila blanca; el área habitacional como el palacio en el que residía el señor o cacique, que funcionaba además como edificio cívico-administrativo, en tanto la plaza era el lugar de reunión por excelencia. Los templos de los barrios, que al menos para Lagunillas son de planta rectangular, pudieron haber estado dedicados a otras de las deidades del panteón tarasco, mientras las áreas de habitación asociadas a ellos eran las residencias de la nobleza.

Los entierros

Durante los trabajos realizados en los años noventa se descubrió un entierro secundario al centro de la plaza principal. El individuo depositado dentro de una olla fue identificado como un infante que fue cremado y tenía asociado un cajete trípode policromo de filiación cultural tarasco uacúsecha, lo cual permitió ubicarlo cronológicamente en el Horizonte Posclásico tardío (y contemporáneo a la *yácata*).

En la última temporada se localizaron cinco entierros con sus ofrendas compuestas por vasijas completas, vasijas matadas, puntas de proyectil, objetos musicales y pinzas de cobre, entre otros objetos fechados también para el Posclásico tardío. Los restos óseos presentan huellas de exposición al fuego o están incinerados y asociados a fragmentos de carbón. Por su disposición, tal evidencia la hemos interpretado como bultos mortuorios, pues en uno de ellos se conservó un fragmento de textil, que probablemente corresponda a las mantas en que eran envueltos los restos de



● Fig. 10 Fragmento de textil localizado en una de las concentraciones de carbón y que hemos interpretado como parte de los bultos mortuorios de los señores gobernantes.



● Fig. 11 Vasija con asa de estribo asociada al Entierro 1.

los señores tras su incineración, como más adelante referiremos (fig. 10).

En el Conjunto B, los individuos —actualmente en proceso de análisis— fueron depositados frente a los edificios: se descubrieron dos en la Estructura 1 y tres en el altar. De ellos, el Entierro 1, depositado al oriente del altar, fue el más completo. Por la relación anatómica que guardaban los restos, podemos decir que se trata de un entierro primario, directo. Asociado a éste se descubrió una vasija con asa de estribo (fig. 11), una navaja prismática, una punta de proyectil y un espejo de obsidiana, así como un besote de pedernal negro. El Entierro 2 fue inhumado frente al edificio principal en una olla colocada sobre un lecho de piedras, asociado a fragmentos de vasijas matadas (fig. 12).

Los hallazgos de estos bultos mortuorios nos indican que los ritos de enterramiento efectuados en Lagunillas pudieron haber sido similares a los descritos en la *Relación de Michoacán* para efectuar las exequias del *cazonci*. Cuando el *cazonci* moría, lo bañaban y ataviaban con ropas que usaban los señores, al cuello le ponían collares de huesos de pescados blancos, así como cascabeles de oro y piedras de turquesa, además de un trenzado de plumas. Lo colocaban sobre mantas y una cama de tablas anchas, y continuaba la ceremonia con cánticos y demás actividades:



● Fig. 12 Aspecto general de la zona de depósito del Entierro 2.

[...] y todos llevaban sus insignias de valientes hombres, y sacábanle a la media noche. Iban delante dél alumbrando unos hachos grandes de teas. Iban tañendo dos trompetas. Iban delante toda aquella gente que llevaba consigo para matar, e iban barriendo delante dél el camino, y decían: “Señor, por aquí has de ir; mira no pierdas el camino”. Y poníanse en procesión todos los señores de la provincia, y gran número de gente, y así le llevaban hasta el patio de los cúes grandes, donde ya habían puesto una gran hacina de leña seca, concertada una sobre otra, de rajadas de pino, y dábanle cuatro vueltas al derredor de aquel lugar donde le habían de quemar, tañendo sus trompetas, y después poníanle encima de aquella leña, así como le traían, y tor-

naban aquellos sus parientes a cantar su cantar, y ponían fuego al derredor, y ardía toda aquella leña [...] y como amanecía estaba ya quemado el *cazonci* hecho ceniza. Y mientras se quemaba, estaban allí todos aquellos señores que habían venido con él; y atizaban el fuego, y juntaban toda aquella ceniza, donde había caído el cuerpo quemado, y algunos hoscitos si habían quedado, y todo el oro que estaba derretido y plata y llevábanlo todo a la entrada de la casa de los papas y echábanlo en una manta y hacían un bulto de mantas con todas aquellas cenizas [...], y a los rincones ponían muchas flechas, y ponían allí muchas ollas y jarros y vino y comida [...] (Alcalá, 1977: 221-222).

El Entierro 2 presenta una característica más: sus restos fueron depositados en una olla sobre una cama de piedra: “[...] y metían allí una tinaja, donde aquel sacerdote ponía aquel bulto dentro de la tinaja, encima [de] la cama de madera, que mirase hacia Oriente, y ponían allí encima de la tinaja y cama muchas mantas [...]” (*ibidem*: 222).

La incineración de los individuos, la disposición de cenizas y otros objetos, como vasijas y puntas de proyectil, son evidencias observadas en los bultos mortuorios hallados en Lagunillas, por ello hemos considerado que el rito de enterramiento de los señores gobernantes era muy similar al realizado para el *cazonci* o rey, con lo que se reafirman y confirman los relatos míticos del petámuti.

La cerámica

En las excavaciones se recuperaron tiestos policromados que en la clasificación de Pollard (2001 y 2007) corresponden a la Fase Taríacuri, que va de 1350 a 1525, así como varias vasijas completas de formas exóticas, policromía, acabados finos y motivos que las asocian con la ocupación tarasco-uacúsecha:

1. Cajete trípode policromo con la representación de una serpiente al exterior. Fue recuperado con un hueso humano largo, asociado a una estructura excavada en el afloramiento oeste. Por su disposición, es interpretado como una ofrenda a la construcción.
2. Cajete trípode con motivos simbólicos, localizado en la parte trasera de la *yácata* del denominado Conjunto A. Se recuperó también como parte de una ofrenda de construcción asociada a fragmentos de un brasero.
3. Cajete trípode en el que destaca el motivo conocido como “atlas”, depositado como ofrenda funeraria asociado a una urna que contenía un entierro secundario, perteneciente a un individuo infantil, inhumado entre la *yácata* y la unidad habitacional del Conjunto A.
4. En la Plataforma Sur se descubrió un cajete policromo entre el material de relleno utilizado para la construcción de su rampa de acceso, interpretado como una ofrenda de construcción.
5. En el Conjunto B se obtuvieron varias piezas completas depositadas como ofrendas a los entierros, así como otras que fueron matadas, pero también en asociación a los entierros. Por ejemplo:
 - a. Olla con asa de estribo y vertedera de pico recuperada con el Entierro 1 en el altar. En la parte superior del cuerpo se pintó un caracol cortado transversalmente.
 - b. Olla policroma de silueta compuesta entre cuya decoración destaca un elemento antropomorfo estilizado. Su representación es muy similar a la de un patojo procedente de Tzintzuntzan (Castro-Leal, 2010: 160).
 - c. Entre los cajetes trípodes policromos hay una amplia diversidad de motivos antropomorfos, zoomorfos, geométricos, celestes y algunos que no se han identificado, pero que en general hemos denominado “abstractos”.
 - d. Pipas de boquilla larga y cazoletas con dos soportes, con la forma de las representadas como propias de los señores en la *Relación de Michoacán*, es decir, con cazoletas verticales y boquillas largas, y

una antropomorfa horizontal que más propiamente podríamos denominar como boquilla. Ésta presenta, además, una característica al parecer poco frecuente en las pipas: tiene una protuberancia con un orificio para meter algún hilo o tira de cuero para portarlo colgado. Otro ejemplar con este mismo elemento fue recuperado en el afloramiento oeste durante la década de 1990.

Finalmente, no queremos dejar de mencionar que los sitios de ocupación prehispánica en el área de estudio presentan poca cerámica en superficie, inclusive aquellos con arquitectura monumental. Al profundizar en los trabajos realizados en la zona nos hemos percatado de que lo anterior es una constante, pues varios proyectos reportan la escasez de material en superficie. En excavación, la densidad puede también considerarse como baja, particularmente la de la cerámica policroma, lo que nos ha llevado a pensar que la escasez del material policromado puede explicarse a partir de tres proposiciones: la primera es que estas vajillas pintadas, aunque no eran exclusivas de las elites, sí estaban principalmente destinadas al uso de las clases altas; la segunda guarda relación con su carácter ritual, pues muchas de las piezas completas se han hallado en contextos mortuorios o como ofrendas constructivas (Pollard, 1996: 133 y 139; Pulido *et al.*, 1997: 52 y 56; Grave *et al.*, 1998: 24). La tercera es que quizá una parte de las vajillas suntuarias haya estado compuesta por bateas y jícaras, pues entre los oficios mencionados en la *Relación de Michoacán* se encuentran los olleros, alfareros que hacían jarros, escudillas y platos, así como los pintores de jícaras, oficio que ha logrado subsistir, principalmente en el área de Uruapan, con la tradicional técnica del maqué.

La iconografía

Uno de los elementos más importantes en la iconografía son los colores, intrínsecamente relacionados con la ideología y cosmovisión de los grupos humanos. En la *Relación de Michoacán* se hacen reiteradas alusiones a los colores como

parte de las ceremonias agrícolas o los rituales de las guerras de conquista, entre otros.

Un ejemplo de las primeras lo encontramos en la descripción de la fiesta de Sicuindiro, en la que los bailadores *cesquárecha*, y dos sacerdotes *huaripitzipectha* encabezaban la fiesta en honor a la diosa Cuerauáperi que se llevaba a cabo en Zinapécuaro. Luego del ayuno y señalamiento de los esclavos que iban a ser sacrificados:

[...] el día de la fiesta bailaban los dichos bailadores con sus rodela de plata a las espaldas y lunetas de oro al cuello, y venían dos principales a aquel baile, y éstos representaban las nubes blanca y amarilla, colorada y negra, disfrazándose para representar cada nube destas, habiendo de representar la nube negra, vestíanse de negro, y así de las otras, y bailaban éstos allí con los otros, y otros cuatro sacerdotes que representaban otros dioses que estaban con la dicha *Cuerauáperi* y sacrificaban los dichos esclavos, y en sacando los corazones, hacían sus ceremonias con ellos, y así calientes como estaban, los llevaban a las fuentes calientes del pueblo de *Araró* desde el pueblo de *Zinapécuaro*, y echábanlos en una fuente caliente pequeña, y atapábanlos con tablas, y echaban sangre en todas las otras fuentes que están en el dicho pueblo, que eran dedicadas a otros dioses que estaban allí; y aquellas fuentes echan baho de sí, y decían que de allí salían las nubes p[ar]a llover, y que las tenía en cargo esta dicha diosa *Cuerauáperi*, y que ella las enviaba de Oriente, donde estaba [...] (Alcalá, 1977: 9).

Al día siguiente, los sacerdotes *huaripitzipectha* (que significa “quitadores de cabellos”) bailaban con los pellejos de los esclavos sacrificados. Así pues, esta ceremonia de las nubes y el desollamiento de los sacrificados nos remite a ritos relacionados con el advenimiento de la temporada de lluvias y el revestimiento de la naturaleza.

También para los mantenimientos son significativos los colores, en tanto son intrínsecos de los alimentos que la diosa *Xarátanga* dio a los tarascos:

[...] en una fiesta desta su diosa *Xarátanga*, empezaron [sus sacerdotes] a escoger de las mieses que había traído *Xarátanga* a la tierra, axí colorado y

verde y amarillo, y de todas estas maneras de axí hicieron una guirnalda como la que solía ponerse el sacerdote de *Xarátanga*. Escogieron así mismo de los frisoles colorados y negros, y ensartároslos unos con otros, y pusieronlos en las muñecas, diciendo que eran las mieses de *Xarátanga*, que su sacerdote se solía poner [...] escogieron destas dichas mieses, el maíz colorado y lo pintado, y ensartároslo y pusieronlo en las muñecas [...] También escogieron de otras maneras de maíz, de lo blanco y de lo entreverado, y ensartáronlo y pusieronlo al cuello [...] (*ibidem*: 24).

En las guerras de conquista, los uacúsecha enviaban flechas con puntas de pedernal de los cuatro colores a los pueblos a quienes declaraban la guerra. Estas armas también estaban consagradas a episodios en que el peligro asechaba a los uacúsecha, como cuando Hireti Ticatame fue perseguido por sus cuñados para cobrar su vida: “Dijo él: ‘Bien está, vengan y probarán mis flechas, las que se llaman hurespondi, que tienen los pedernales negros y las que tienen los pedernales blancos y colorados y amarillos. Estas cuatros maneras tengo de flechas, probarán una destas, a ver a qué saben, y yo también probaré sus varas con que pelean, a ver a qué sabe’” (*ibidem*: 21).

Pero el simbolismo de estas armas de cuatro colores va más allá del ámbito de la guerra. Cuando Taríacuri se encontraba asentado en las inmediaciones del cerro Jujucato, sito al poniente de la cuenca de Pátzcuaro, los señores de Curínguaro le exigieron la riqueza reunida en occidente. Taríacuri les envió:

“[...] este envoltorio [...] que esto es lo que piden. ¿Qué otra cosa piden sino esto?” Y dijeron los viejos: “Señor, no nos dijeron que habíamos de llevar flechas, mas plumajes verdes de los largos.” Y díjoles Taríacuri: “[...] Mira esta flecha que está pintada de verde, se llama *Tecoecha-xungada*, y éstas son los plumajes que piden.” Y mostróles otra y díjoles: “Esta son los collares de turquesas que dicen, y ésta destas plumas blancas es la plata que piden, y ésta destas plumas amarillas es el oro que piden, y éstas de las plumas coloradas son penachos colorados, y éstas son las plumas ricas, y estos pedernales, que tienen puestos, son mantas.

Y éstas de cuatro colores de pedernales blancos y negros y amarillos y colorados, éstos son mantenimiento, maíz, frisoles y otras semillas. Esto es lo que ellos piden, lleváselo” (*ibidem*: 88-89).

El repetido uso de los colores, particularmente blanco, negro, amarillo y rojo, en todos los momentos de la vida y de la muerte misma de los hombres águila denota su profundo simbolismo, reflejándose asimismo en la propia organización del espacio. El cosmos estaba formado por tres niveles: *auándaro* (el cielo), *echerendo* (la tierra) y *cumiechúcaro* (el mundo de abajo). La tierra estaba, a su vez, dividida en cuatro partes a partir de un centro. Cada una estaba en relación con los rumbos cardinales y a un color distintivo: el oriente se relacionaba con el rojo, el norte con el amarillo, el poniente con el blanco, el sur con el negro y, el centro con el azul¹⁰ (Vázquez, 2007: 29).

Asimismo, este quintero está replicado en la propia organización del territorio sobre el que los uacúsecha extendieron su dominio, el cual, al menos para el periodo previo a la conquista, estaba organizado en cuatro centros administrativos (Pollard, 2003: 52), con la cuenca de Pátzcuaro, donde reside el *cazonci*, como el centro, visión etnocentrista compartida con otros pueblos mesoamericanos.

En Lagunillas hemos identificado el uso constante de los colores negro, blanco, rojo y amarillo¹¹ en la cerámica suntuaria y ritual, así como en el piso del pórtico del palacio. Aunque el uso del azul no es frecuente en la cerámica, en la Plataforma Sur se descubrió un cajete de base anular con restos de pintura al fresco y con azul entre los

¹⁰ La clasificación y ordenación del cosmos, según López Austin (2012: 148), “es una abstracción y sistematización de la práctica cotidiana, [que] retroalimenta a la práctica como guía de conducta y se construye como explicación holística”. Varios pueblos mesoamericanos clasificaron el cosmos de acuerdo con las direcciones cardinales y los colores. Un ejemplo corresponde a los tzotziles de Zinacantán, quienes relacionan el este con el rojo, el oeste con el negro, el norte con el blanco, el sur con el amarillo y el verde-azul con el “centro del mundo”.

¹¹ El amarillo, que a simple vista tiene una tonalidad amarillo-naranja, se identificó como color ocre en los fragmentos de piso que actualmente se analizan al microscopio (restauradora Sara Fernández, comunicación personal).



◉ Fig. 13 Cajete con motivo identificado como *mano uapa* o hijo gemelo.



◉ Fig. 14 “Atlas”, personaje acompañado de la greca escalonada, representado en el interior de un cajete.

colores empleados (Grave *et al.*, 1998: 28). Además de los colores, hemos conjeturado que en la cerámica policroma se plasmaron representaciones simbólicas de la ideología y cosmovisión uacúsechas.

Ejemplo de ello es un cajete en cuyo exterior se pintaron motivos de color blanco con forma de S sobre un fondo negro. En el Altiplano Central a este motivo se le conoce como *Xonecuilli* y ha sido interpretado como una representación de la Osa Menor (Aveni, 1997: figs. 10, 49-50). Para nuestra área de estudio, este símbolo se ha identificado como *mano uapa*, que significa hijos juntos, gemelos, mellizos o hijo movimiento (Ramírez, 2007: 176) (fig. 13).

Otro elemento muy frecuente en la cerámica de Lagunillas es el personaje conocido como “atlas”

(*ibidem*: 170), cuya representación se encuentra casi siempre acompañada de una greca escalonada con distintas formas. Está representando en color blanco con los rasgos faciales delineados en amarillo-naranja. Se presenta en vista frontal de manera esquemática, con la cabeza formada por un círculo, la cara con ojos redondos, la boca abierta y un triángulo que parte desde la frente hasta la parte baja de los ojos; no presenta dorso, sus

miembros superiores e inferiores son líneas en zigzag, que terminan en triángulo con flecos simulando los dedos. Las manos se encuentran hacia arriba y los pies en posición normal, como si sus miembros señalaran los cuatro rumbos y él representara el centro, a manera de quincunce o quintero (fig. 14). Es posible que el “atlas” sea una abstracción del ‘águila blanca con una verruga grande en la frente’, según se describe a Curicaveri en la *Relación*: “Y fuese por el camino aquella mujer, y luego [se] encontró en el camino con un águila que era blanca, y tenía una berruga grande en la frente, y empezó el águila a silbar, y a enherizar las plumas, y con unos ojos grandes que decían ser el dios *Curicaveri*, y saludóla el águila [...] Díjole el águila: ‘Sube aquí, encima de mis alas, y no tengas miedo de caer’” (Alcalá, 1997: 232).

Consideraciones finales

Las evidencias arqueológicas del sitio Lagunillas nos han permitido entender y corroborar algunos pasajes de la *Relación de Michoacán*, así como proponer algunas hipótesis de su desarrollo durante el horizonte Posclásico tardío, periodo hegemónico de los tarascos-uacúsecha. En resumen, proponemos que:

1. Los sitios de Lagunillas, Los Encantos de Jujucato y la Yácata de Parangaricutiro formaron parte de lo que hemos denominado el cinturón de seguridad de la Meseta Tarasca, y funcionaron como puntas de lanza para la conquista de la Tierra Caliente du-

- rante el periodo de Taríacuri, sobre todo hacia la parte final de su “reinado”, principalmente durante el protagonizado por Hirípan Tangáxoan e Hiquíngaje.
2. Lagunillas permanece ocupada durante todo el Posclásico tardío y hasta la llegada de los españoles, según hemos inferido a partir de las secuencias constructivas y de los materiales cerámicos.
 3. Lagunillas es una ciudad cuyo trazo urbano se distribuye a partir del centro cívico-ceremonial, representado por la articulación arquitectónica de la *yácata*, el palacio y la plaza. Para su crecimiento, de tipo radial (Marcus, 1983), se aprovecharon las eminencias rocosas y pequeñas lomas donde se establecieron los barrios organizados a partir de su propio centro con el trinomio: templo, palacio y plaza.
 4. La *yácata*, templo dedicado a Curicaveri, dios tutelar de los uacúsecha, denota la presencia del Estado tarasco en los centros urbanos del Posclásico tardío. De acuerdo con nuestra interpretación, la *yácata* corresponde a “la casa del águila” referida en la *Relación*.
 5. La conjugación de la *yácata*, el palacio y la plaza representan el origen mítico de esa sociedad, espacio en el que al repetir el rito, se perpetúa el mito y se confirma la identidad y poderío de los uacúsecha, manifiesto en el registro arqueológico de Lagunillas con la consagración del altar a Curicaveri, personificado por las navajas de obsidiana, así como la cremación de los señores locales y la inhumación de sus bultos mortuorios al pie de los templos.
 6. En Lagunillas se repite el ritual de enterramiento narrado en la *Relación de Michoacán*, por ello proponemos que los señores que gobernaron en el asentamiento pudieron haber sido descendientes directos del linaje uacúsecha o, como Pulido (2006: 113) ha señalado: “están emparentados con la elite del poder del Irechecua Tzintzuntzan”.
 7. El atlas, símbolo frecuentemente representado en la cerámica, muestra características morfológicas y cromáticas que nos permi-

ten identificarlo con Curicaveri, el águila blanca, dios tutelar de los uacúsecha.

Bibliografía

- Alcalá, fray Jerónimo de
1977 [1956]. *Relación de las ceremonias y ritos y población y gobernación de los indios de la provincia de Michoacán* (ed. facsimilar), Morelia, Balsal.
- Arnauld, Charlotte y Brigitte Faugère-Kalfon
1998. “Evolución de la ocupación humana en el Centro-Norte de Michoacán (Proyecto Michoacán, CEMCA) y la emergencia del Estado Tarasco”, en Véronique Darras (coord.), *Génesis, culturas y espacios en Michoacán*, México, CEMCA, pp. 13-34.
- Aveni, Anthony F.
1997. *Observadores del cielo en el México antiguo*, México, FCE.
- Cabrera Castro, Rubén
1987. “Tzintzuntzan. Décima temporada de excavación”, en Barbro Dahlgren *et al.* (orgs.), *Homenaje a Román Piña Chan*, México, UNAM, pp. 531-565.
- Cárdenas García, Efraín
2004. “Jiuatsio, ‘la casa del coyote’,” en Efraín Cárdenas García (coord.), *Tradiciones arqueológicas*, Zamora, El Colegio de Michoacán/Gobierno del Estado de Michoacán, pp. 195-215.
- Castro-Leal, Marcia
2010. *Tzintzuntzan. Capital de los tarascos*, Morelia, Morevallado.
- Cibrian Guzmán, Esteban
1974. *Tlayólan-Tzapótlán (estudio histórico). Épocas precortesiana y colonial de Ciudad Guzmán*, Jalisco, Guadalajara, Talleres Lina-Tipográficos Vera.
- Darras, Véronique
1998. “La obsidiana en la *Relación de Michoacán* y en la realidad arqueológica: del símbolo al uso o del uso al símbolo”, en Véronique Darras y Charlotte Arnauld (eds.), *Génesis, culturas y espacios en Michoacán*, México, CEMCA, pp. 61-88.

- Espejel Carbajal, Claudia
1992. *Caminos de Michoacán... y pueblos que voy pasando*, México, INAH.

- 2008. *La justicia y el fuego, dos claves para leer la Relación de Michoacán*, Zamora, El Colegio de Michoacán.

- Espinosa, Isidro Félix, fray
2003. *Crónica de la Provincia Franciscana de los Santos Apóstoles de San Pedro y San Pablo de Michoacán*, Morelia, Instituto de Investigaciones Históricas-UMSNH/Morevellano.

- Faugère-Kalfon, Brigitte
1998. “Venados y hogares sagrados en la *Relación de Michoacán*: reivindicación nórdica y construcción del Estado en los pueblos tarascos”, en Véronique Darras y Charlotte Arnauld (coords.), *Génesis, culturas y espacios en Michoacán*, México, CEMCA, pp. 89-99.

- Gendrop, Paul
1987. *Arte prehispánico en Mesoamérica*, México, Trillas.

- Grave Tirado, Luis Alfonso, Juan Rodrigo Esparza López, Víctor Francisco Heredia Guillén, Leticia Pérez Castellanos y Janis Verónica Guadalupe Pérez Gaytán
1998. Proyecto Carretera Uruapan-Nueva Italia. Informe final, México, Dirección de Salvamento Arqueológico-INAH, mecanoscrito.

- López Austin, Alfredo
2012. *El conejo en la cara de la luna: ensayo sobre mitología de la tradición mesoamericana*, México, Conaculta-INAH/Era.

- Lumholtz, Carl
1981. *El México desconocido*, México, INI.

- Marcus, Joyce
1983. “On the Nature of the Mesoamerican City”, en E.Z. Vogt y R.M. Leventhal (eds.), *Prehistoric Settlement Patterns: Essays in Honor of Gordon R. Willey*, Albuquerque, University of New Mexico Press.

- Martínez Baracs, Rodrigo
2003. “Etimologías políticas michoacanas”, en Carlos Paredes Martínez y Marta Terán (coords.), *Autoridad y gobierno indígena en Michoacán*, México, El Colegio de Michoacán/CIESAS/INAH/UMSNH.

- Monzón, Cristina
2005. “Los principales dioses tarascos: un ensayo de análisis etimológico en la cosmogonía tarasca”, *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, vol. XXVI, núm. 104, pp. 136-168.

- Pollard, Helen Perlstein
1996. “La transformación de elites regionales en Michoacán central”, en Eduardo Williams y Phil C. Weigand (eds.), *Las cuencas del Occidente de México (época prehispánica)*, Zamora, El Colegio de Michoacán/CEMCA, pp. 131-156.

- 2001. “Proyecto desarrollo del Estado Tarasco. Los señoríos Urichu, Jarácuaro y Pareo. Cuenca de Pátzcuaro, Michoacán, 1990-1998. Informe final, t. 3: La cerámica”, México, Archivo Técnico de Arqueología-INAH, mecanoscrito.

- 2003. “El gobierno del Estado tarasco prehispánico”, en Carlos Paredes Martínez y Marta Terán (coords.), *Autoridad y gobierno indígena en Michoacán*, México, El Colegio de Michoacán/CIESAS/INAH/UMSNH.

- 2007. “Manual visual de la cerámica prehispánica. Cuenca de Pátzcuaro”, en línea [<http://archaeology.asu.edu/vm/mesiamerica/destiny/pollard2010.pdf>].

- Pulido Méndez, Salvador
2006. *Los tarascos y los tarascos uacúsecha*, México, INAH.

- Pulido Méndez, Salvador, José Jorge Cabrera Torres y Luis Alfonso Grave Tirado
1997. “Proyecto Carretera Pátzcuaro-Uruapan. Informe final”, México, Dirección de Salvamento Arqueológico-INAH, mecanoscrito.

- Ramírez Garayzar, Amalia (coord.)
2007. *Diseño e iconografía de Michoacán. Geometrías de la imaginación*, México, DGCP-Conaculta/Universidad Latina de América.

- Romero Flores, Jesús
1972. *Diccionario Michoacano de Historia y Geografía* (2ª ed.), México, Colección de Facsímiles Siglo XX.

- Roskams, Steve
2003. *Teoría y práctica de la excavación*, Barcelona, Crítica.
- Vázquez y de los Santos, Elena
2007. “Los tarascos”, en Amalia Ramírez (coord.), *Diseño e iconografía de Michoacán. Geometrías de la imaginación*, México, DGCP-Conaculta/Universidad Latina de América.



Salvador Pulido Méndez, María de Lourdes López Camacho,***

Diseños de la cerámica incisa del Posclásico en Zacatula. Apuntes para su identificación

La desembocadura del río Balsas fue escenario de un desarrollo cultural de gran profundidad temporal que comenzaría durante el periodo Preclásico (1600 a.C. a 100/200 d.C.) y llegó hasta el arribó de los españoles a la zona hacia 1525 d.C. La cerámica que se elaboró en la región refleja claramente los cambios culturales que en ella se experimentaron, mostrando fuertes contrastes a lo largo de las diversas etapas de su historia antigua. En el periodo Posclásico se conformó una unidad política conocida como Zacatula, que heredó las formas y técnicas básicas de hacer cerámica pero a cuyos productos imprimió algunos rasgos propios que nos pueden ayudar a identificar al grupo; así, en los diseños iconográficos plasmó sus ideas, conceptualización del mundo y vivencias de su paisaje, pero también introdujo nociones ideológicas que compartió con el resto de Mesoamérica. En este escrito se pretende hacer un aporte sobre el tema de la interacción cultural entre los grupos; aunque, más allá de esto, la intención fundamental es dar a conocer a los especialistas estos diseños iconográficos para que puedan incorporarlos a sus estudios sobre el pensamiento de los pueblos antiguos que habitaron la macrorregión cultural. De esta manera esperamos se integre la zona de Zacatula en el conocimiento de la historia general mesoamericana.

The mouth of the Balsas River was the setting for cultural development with ancient roots in the Preclassic period (1600 BC to AD 100/200) to the arrival of the Spaniards in AD 1525. The local pottery clearly reflects cultural changes in this region, showing strong contrasts throughout the various stages of its ancient history. In the Postclassic period it formed a political unit known as Zacatula, which inherited forms and basic techniques of pottery-making from earlier times, but its products display distinctive features that enable us to identify the group. Therefore, the iconographic designs on pottery captured the ideas of the people, their conceptualization of the world, and experiences in the land, and also introduced ideological notions shared with the rest of Mesoamerica. The aim of this article is to contribute to the subject of cultural interaction between groups, as well as to make the iconographic designs available to specialists to stimulate further research on the ancient people who inhabited this cultural macro-region. In this way we hope to integrate the zone of Zacatula into general knowledge of Mesoamerican history.

En años recientes hemos trabajado la región de la desembocadura del río Balsas a través de varios proyectos de investigación arqueológica. De esta manera hemos hecho acopio de valiosa información que nos puede ayudar a comprender la forma de vida de sus habitantes y su discurrir histórico; entre tales datos se encuentran los relacionados con la cerámica. En este escrito nos referiremos a ella desde la perspectiva de su información iconográfica, la cual sin lugar a dudas es una rica veta de análisis por su diversidad y sus características técnicas y de representación.

* Dirección de Salvamento Arqueológico, INAH.

** Museo Nacional de Historia, INAH.

No obstante, aún no estamos en posibilidades de ofrecer una profunda interpretación sobre muchos de los rasgos que guarda, y lo que de ella se puede decir a la fecha se deriva en gran parte de los conocimientos sobre los datos iconográficos provenientes de otras regiones. Así, debido a la carencia de información histórica directa al respecto, corremos el riesgo de que las propuestas de interpretación que hacemos no sean del todo adecuadas para la zona que tratamos, aun cuando así se han establecido para otras regiones mesoamericanas. Sin embargo, en la región de estudio, que se conoce como Zacatula, observamos muchos de los rasgos plásticos que definen y reflejan creencias y sistemas de pensamiento en el mundo mesoamericano; así, consideramos que sería raro que en aquella región tuvieran significados diferentes a los extendidos en la macrozona cultural. Sea como sea, estamos seguros que su divulgación es importante, toda vez que puede aportar mayores conocimientos sobre la región y sus nexos con otras zonas culturales.

Como hemos apuntado en otras ocasiones, las formas cerámicas de la región presentan una amplia gama desde las épocas tempranas hasta las más recientes de su periodo prehispánico. Algunas características de ellas las hemos tratado en trabajos anteriores (Pulido, 2008; López Camacho y Pulido, 2010), aquí nos enfocaremos básicamente en los elementos de iconografía del periodo Posclásico que, como se verá, en sí mismos tienen un dilatado espectro de posibilidades de interpretación. En cierta medida, este artículo complementa los citados líneas arriba, sobre todo el que trata sobre algunos aspectos de la alfarería más antigua de la desembocadura del río Balsas; desafortunadamente, tenemos insuficiente material para hablar de la cerámica del periodo Clásico de la zona, habrá que esperar nuevas investigaciones y otros hallazgos para contar con la secuencia completa de esta industria.

La zona de estudio

El área que estudiamos constituye un enclave cultural con características propias que se desarrollaron a lo largo de los siglos de su ocupación,

aproximadamente desde 1600 a.C. (Cabrera, 1976)¹ hasta la llegada y asentamiento de los españoles en el siglo XVI, de acuerdo con las fuentes documentales y con estudios históricos (Relación Geográfica de Zacatula, 1987; Gerhard, 1986; Labarthe, 1969; Warren, 1987). En esta amplitud de tiempo, los rasgos culturales autóctonos se mezclaron con los originados en otras áreas, que por diversas razones y mecanismos no claramente identificados aún, llegaron hasta esta zona para fundirse con aquéllos, amalgamarse y a veces provocar novedosas formas de su presencia.

En cierto sentido, la región de la desembocadura del río Balsas se benefició de su ubicación geográfica y de las características topográficas que se le asocian, esto debió influir notablemente en la conformación de su cultura como lo demuestran los vestigios arqueológicos que se han recuperado hasta la fecha. Entre tales rasgos se encuentran, por una parte, el relativo aislamiento que ocasiona el tener como su límite norte la escarpada Sierra Madre del Sur y el Océano Pacífico por el sur; pero por otro lado, presentarse como una punta de tierra sobresaliente en el litoral del Pacífico y a la vez ser una zona cruzada por el río Balsas. Estas características le permitieron estar en contacto tanto con el centro de México como con otras áreas culturales del Pacífico, desde Colima hasta Guatemala, y probablemente hasta Colombia y Perú.

En su desembocadura, el río Balsas se abre en un pequeño delta cuyos brazos y afluente principal fueron aprovechados para el asentamiento y vida de los antiguos habitantes de la zona. Sin embargo, la región en la actualidad se muestra severamente alterada a consecuencia del rápido y no completamente planificado crecimiento de Lázaro Cárdenas y de las consecuencias que esto ha ocasionado, así como por la introducción de obras de infraestructura de diverso tipo; esta situación ha derivado en el daño irreversible de un valioso patrimonio arqueológico del que apenas hemos recuperado una porción mínima, pero que nos ayuda a acercarnos a su pasado prehispánico.

¹ En otro documento el mismo autor señala la posibilidad de que la fecha se extienda hasta 1800 a.C., debido a las semejanzas de algunos tipos cerámicos con los de la tradición Capacha, que comienza con tal fecha (Cabrera, 1989).

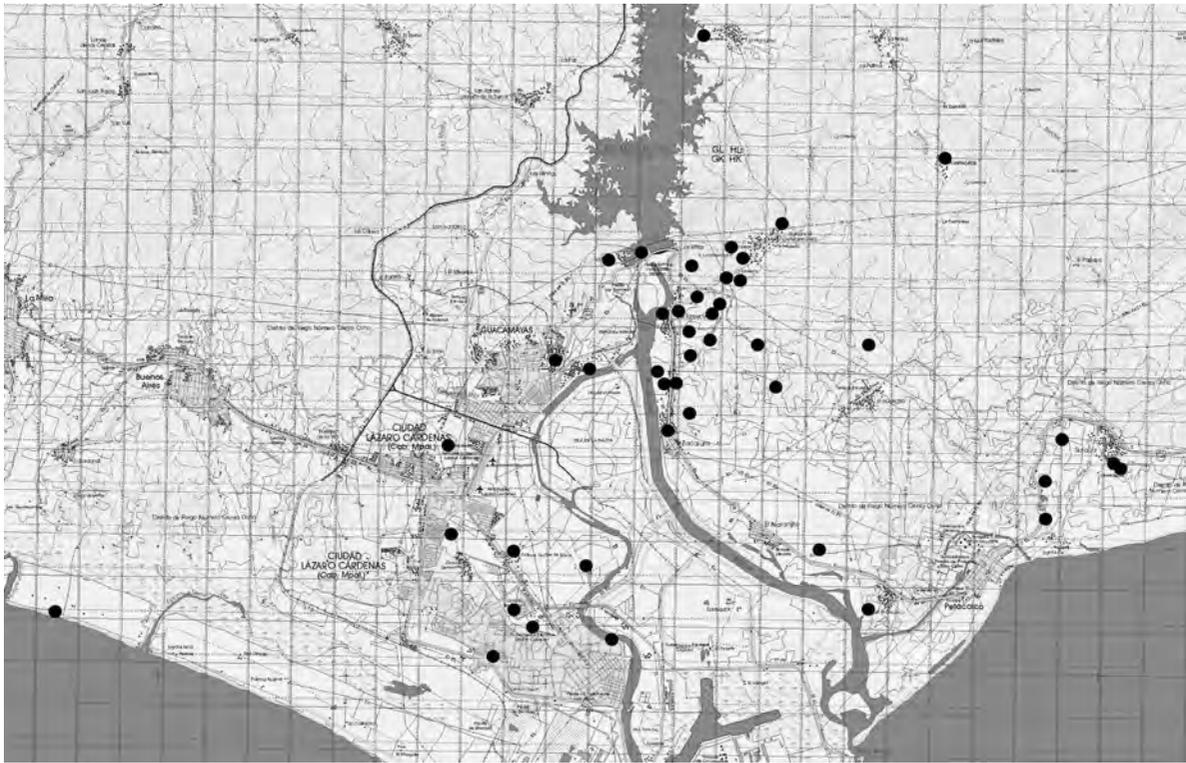


Fig. 1 Región de la desembocadura del río Balsas en el Océano Pacífico, con los sitios arqueológicos detectados en ella; de éstos, sólo 29 corresponden al periodo Posclásico.

Las investigaciones que hemos llevado a cabo en la región se originaron en un proyecto de salvamento arqueológico,² que finalmente dio paso a otros trabajos de reconocimiento intensivo de la superficie del delta, así como a un considerable número de excavaciones de poca extensión en algunos de los sitios prehispánicos localizados, pero que cubrieron una variedad de elementos y zonas particulares dentro de los asentamientos, entre los que se destacan unidades habitacionales y edificios cívico-religiosos.

Los asentamientos arqueológicos registrados fueron en total 43 (fig. 1). Son de muy variada índole y de distintos tamaños, habiendo sitios de

carácter eminentemente habitacional, asentamientos con casas de la gente común y áreas cívico-religiosas, tanto como pequeñas zonas de concentración de estructuras públicas monumentales. Estos asentamientos se encuentran dispersos en el delta del río, ocupando desde las terrazas aluviales formadas por la misma corriente de agua, hasta los lomeríos de baja altura, que son otro de los rasgos geográficos de la zona, así como en algunas pocas montañas de las estribaciones de la sierra.

Como decíamos, la cronología de estos sitios arqueológicos, de acuerdo con los materiales cerámicos recuperados de su superficie, va desde tiempos muy remotos hasta los periodos prehispánicos más recientes, pero de la cantidad de asentamientos indicada, sólo 29 tuvieron materiales correspondientes al periodo Posclásico, que para la zona comienza desde 900 d.C. (Litvak 1968; Cabrera, 1976), y es el periodo que trataremos en seguida.

² Nos referimos al proyecto relacionado con la construcción de la autopista Siglo XXI o Morelia-Lázaro Cárdenas, desarrollado entre los años 1998 y 2000; posteriormente se realizó el proyecto "Identidad cultural prehispánica del delta del río Balsas" (2005-2009) y el Proyecto Arqueológico Zacatula (2009-2012), aunque entre esas fechas se hicieron otros trabajos de menor envergadura temporal.

La cerámica de la zona en el periodo Posclásico

La primera impresión que causan los elementos cerámicos de la zona es la de ser un material áspero, mal cocido, con gran cantidad de desgrasantes y escasamente decorado; de hecho esta descripción repite de alguna manera lo que dijera Henry Lehman sobre la cerámica del sitio: “Toda la cerámica de La Pochotera es burda y mal cocida. Es más bien de una calidad de ejecución defectuosa que contrasta con su riqueza de representación” (Lehman 1947: 431). Sin embargo, a pesar de que lo anterior tiene algo de cierto, una vez que se conoce con mayor profundidad el material cerámico en cuestión se pueden apreciar sus diferencias y puede pasarse a un análisis más minucioso y certero, en el cual resulta posible distinguir sus propiedades técnicas y estéticas.

Jaime Litvak había comentado que, a grandes rasgos, los tonos de color y algunas formas genéricas de los tipos cerámicos de la zona se asociaban a diferentes periodos cronológicos; así, para las cerámicas del Posclásico temprano (fase El Remanse) indica que las cerámicas son rojizo-cafetosas con formas hemisféricas y globulares, con presencia de platos y cajetes, así como de soportes zoomorfos; en tanto, para el Posclásico tardío (fase Poche) hay cerámicas rojas, entre las que se encuentran ollas ovoidales, con hombros angulosos y pintura negra con dibujos al negativo. Sin embargo, no hemos encontrado contundentes evidencias para sostener lo anterior en cuanto a la correspondencia entre los colores y la cronología; por el contrario, hemos visto la presencia de ambos tonos en contextos de los periodos señalados, mezclados además con otros rasgos, simplemente los hemos definido como diferentes tipos cerámicos.

Incluso, nos parece que a lo largo de los periodos de ocupación de la región permanecieron las mismas técnicas básicas de elaboración de los artefactos de cerámica, y en algunos casos, relacionados con los periodos más recientes, se afinaron algunos de sus atributos. Por ejemplo, desde los periodos antiguos hay tipos cerámicos de color rojo, naranja y café, entre otros, y en todos ellos se pueden encontrar antiplásticos granulados de

arena de río o de piedras de sílex previamente molidas, además de que pueden contener algunos pequeños guijarros; pero aun cuando en periodos más recientes no dejan de existir tales características, se cuenta con materiales que presentan desgrasantes de sílex mucho más finos, éstos son prácticamente inexistentes, o bien pueden presentarlo de pirita;³ en resumen, la variedad de rasgos en la cerámica no es mucha, aunque algunos de éstos experimentaron cambios en el tiempo, ya sea de carácter técnico o en la cantidad y mezclas en que se realizaron. Son estas variaciones, sobre todo, las que pueden funcionar como indicadores cronológicos con mayor certeza, más aún cuando los fechamientos absolutos son de hecho inexistentes.

Tal caso también se puede analizar con detalle en las técnicas decorativas. Una de las más comúnmente utilizadas en el transcurso de los siglos fue la de adornar las vasijas mediante la incisión de motivos diversos; sin embargo, es notable una diferencia en la fineza de la línea incisa que para periodos antiguos aparece casi como una ligera acanaladura delgada y poco profunda, en tanto que para épocas más recientes —el periodo Posclásico, básicamente— es más delgada y más profunda, que no necesariamente más cuidada y hábil, en términos generales (fig. 2).⁴ Otra diferencia importante es la que corresponde a los diseños decorativos usados en los distintos periodos cronológicos, que en las primeras etapas se presentan profusamente y con arreglos geométricos en líneas, puntos, raspados, achurados y cepillados, entre otros (López Camacho y Pulido, *op. cit.*), y con gran variedad de diseños de formas muy diferentes en los periodos más recientes. De esto hablaremos adelante.

³ El análisis de las pastas y los elementos que las componen se hizo de manera mecánica (a simple vista y con ayuda de lupa) a lo largo de diferentes etapas del proceso de investigación. Para mayores datos técnicos se pueden consultar los informes técnicos respectivos, donde además se presentan los cuadros de las cuantificaciones cerámicas, entre otros (Pulido, 2000, 2008b, 2012).

⁴ De hecho, muchos de estos diseños se presentan en los fondos de cajetes, y al parecer no fueron utilizados para moler, es decir, no son molcajetes; por el contrario, tanto los ejemplares hallados en las excavaciones como los tiestos encontrados en superficie muestran rebabas en las líneas incisas, producto de la técnica realizada con un instrumento puntiagudo.



Fig. 2 Acercamiento a los motivos esgrafiados de una tapa-plato. Obsérvese la irregularidad de las líneas, así como la rebaba de arcilla que aún presentan algunas de ellas.

Ciertamente se observan otras técnicas decorativas en las cerámicas de la zona, entre las cuales se tiene la aplicación de arcilla en bolitas, bandas u otros aditamentos, así como de pintura. La aplicación de aditamentos de arcilla está presente en las vasijas cerámicas, pero sobre todo es notable en la inmensa cantidad de figurillas (Pulido, 2008); a su vez, la pintura se observa en las diversas formas de los receptáculos y contenedores; sin embargo, dado que su presencia poco aporta a los fines que deseamos resaltar, las dejaremos de lado por ahora o las retomaremos ocasionalmente para sustentar alguna propuesta.

En este último sentido es relevante la presencia de tiestos con un recubrimiento de pintura negra metálica iridiscente (hematita especular), que sólo hemos observado asociada a otros rasgos del periodo Posclásico. En general no se trata de un engobe sino de una pintura que cubre gran parte de los cuerpos externos de las vasijas, y a veces se ubica en secciones muy determinadas de cada pieza.

De igual importancia es la presencia de algunos elementos iconográficos en los malacates procedentes de la zona de estudio. Algunos de ellos muestran representaciones de estilo muy realista, en tanto otros, quizá la mayoría, presentan formas abstractas y convencionales. No obstante, dado que muchos de estos motivos tienen relación estilística con los que se pueden encontrar en el centro de México y otros lugares de Mesoamérica, no

son los elementos más apropiados para interpretar el mundo del grupo que habitó el delta del río Balsas.⁵ Sea como sea, los artefactos merecen estudios particulares.

Una vez realizados estos comentarios en torno a las características generales de los tipos cerámicos del periodo Posclásico en la zona, y en espera de preparar un documento más amplio sobre los mismos, analizaremos los datos de la iconografía que en ellos se representan.

Motivos iconográficos

Además de lo que ya hemos descrito relacionado con el análisis de las figurillas antropomorfas de una colección particular (Pulido, *op. cit.*), y en lo cual no abundaremos más que para mencionar que algunos otros fragmentos de figurillas recientemente encontradas en la zona enfatizan un magnífico manejo plástico plasmado en la belleza verdaderamente impresionante de algunas piezas, así como un realismo extraordinario, a menudo conjugado con ideas conceptuales mesoamericanas imposibles de soslayar, entre ellas una cabeza de Tláloc —del que se cuenta con tres ejemplares, dos recuperados en excavación, aunque en diferentes contextos, y el otro resultante de una donación—,⁶ así como la representación de una cabeza humana tocada con un yelmo de ave (posiblemente la interpretación de una guacamaya), entre otras (fig. 3).

Dichos elementos son producto de una destreza y habilidad en la elaboración que contrasta con

⁵ Por ejemplo, en varios malacates se pudo distinguir la presencia de monos araña, en un estilo similar al que se encuentra entre los mexica, así como águilas en diferentes posiciones y con distinto tratamiento, al igual que las del centro de México, y que, curiosamente, no se observan en otros objetos locales. De cualquier modo, no nos detenemos en estos elementos, dado que son objeto de un estudio más profundo llevado a cabo como línea de investigación para una tesis de licenciatura en arqueología.

⁶ En este caso se trata de un fragmento de figurilla de Tláloc, entre muchos otros cedidos al INAH por el señor Luis Carlos Ordóñez, vecino de Morelia quien nos refiriera que durante una larga estancia de trabajo en Lázaro Cárdenas había adquirido tales elementos que le ofrecían los niños. Entre estos fragmentos se encuentra una pequeña tableta de arcilla con la representación de un juego de pelota. Sirvan estas líneas para agradecer al señor Ordóñez su gentileza.



● Fig. 3 A la izquierda la cabeza de una figurilla con la representación de Tláloc, con atributos completamente mesoamericanos; a la derecha un personaje con yelmo de ave. Obsérvese la maestría en de elaboración de los objetos.

la mayor parte de los motivos que describiremos a continuación, los cuales son obvias evidencias de la cosmovisión con que los habitantes de la zona interpretaban su mundo.

Es claro que en la decoración plasmada en las vasijas el artesano imprimió también su visión del entorno en que vivía, y a juzgar por la abundante presencia de estos tipos cerámicos y por su no muy avanzada técnica de fabricación, parecen no haber sido producidas por alfareros especializados; estos objetos fueron elaborados con patrones plásticos más o menos libres, pero siempre dentro de un marco conceptual y de ideas compartido. Es decir, debido a lo extendido de las formas decorativas de la cerámica y de su dispersión en el territorio que formaría la entidad sociopolítica y cultural de Zacatula, consideramos que las ideas expuestas en las vasijas corresponden a la sociedad en su conjunto, no a especialistas. Sin embargo, no es su estudio el objetivo del presente artículo; éste es más modesto, simplemente describir a grandes rasgos los diseños decorativos localizados y cuya comparación con otros materiales sea de utilidad.

Y ante la amplia variedad de los motivos que decoran las vasijas, para una mejor descripción proponemos una división en cuatro grupos: 1) zoomorfo, 2) antropomorfo, 3) paisajístico y 4) conceptual.

Zoomorfo

En este grupo incluimos las representaciones de animales con los cuales los habitantes de la región convivieron de alguna manera. Es sorprendente que, a pesar de la gran diversidad de especies animales que existe en la zona, los plasmados como motivos decorativos en las vasijas corresponden a unas pocas, y entre ellas destacan las aves: si bien están dibujadas de manera esquemática, pueden reconocerse algunas diferencias tal vez relacionadas con diversas especies como garzas (fig. 4) y pelícanos: las primeras parecen tener un cuello largo, en tanto la representación del pelícano parece presentar la bolsa en el pico.

Cabe mencionar que una de las imágenes (fig. 5) se presenta como una especie de imagen-espejo, pudiéndose apreciar que en el motivo se muestra dos veces, invertidamente, lo cual es un hecho común en la zona de investigación, pues luego veremos varios casos similares. Lo anterior puede implicar una mayor abstracción de la naturaleza, ya que no sólo se pinta lo que se ve sino



● Fig. 4 Una tapa-plato con la representación de un ave de la región; quizá una garza.



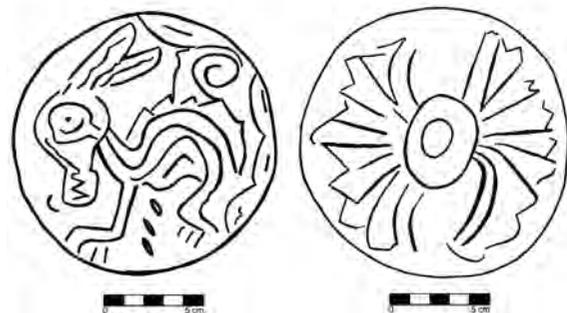
● Fig. 5 Representaciones de aves dibujadas en el fondo de diferentes cajetes. Obsérvese la figura inferior izquierda, se trata de una figura-espejo. Las zonas grises son secciones inexistentes.

además se plasma su reflejo, sintetizándose todo ello en el fondo de las vasijas.

Por otro lado se cuenta con la imagen de un cuadrúpedo, probablemente un roedor no identificado; tiene un largo hocico, un par de orejas alargadas, extremidades igualmente prolongadas y una cola poco definida. Otra de las vasijas está decorada en su fondo con lo que parece ser la representación de una araña (fig. 6). Todas estas imágenes se encuentran en los fondos de cajetes de dimensiones regulares y pequeñas, de entre 8 y 20 cm de diámetro.

Es necesario mencionar que entre los materiales cerámicos también se ha detectado la representación de especies animales como perros, búhos, murciélagos, tortugas, monos y lagartos; aun cuando la mayor parte de estos elementos no pertenecen al tipo de vasijas analizadas en este trabajo, se trata más bien de figurillas de bulto, a

veces aplicadas a vasijas, en ocasiones como esculcurillas propiamente dichas, o incluso como decoración sellada o moldeada en soportes de vasijas y malacates. Entre estas representaciones se tienen algunas que manifiestan un gran realismo.



● Fig. 6 Representaciones de un probable roedor y de una araña.



● Fig. 7 Fragmento de figurilla con la representación de una cabeza de murciélago.

mo, tratado en su mayor parte con el mismo estilo que las figurillas antropomorfas de la región, como es el caso de la pequeña cabeza de murciélago de la (fig. 7).

Destaca, por otra parte, la ausencia de animales que debieron vivir en la zona, algunos de los cuales son parte fundamental de la iconografía general de Mesoamérica, ya que se asociación a los valores más enraizados de las sociedades de la macro región. En el primer caso se encuentran los peces, y los animales marinos en general; en el segundo destacan el jaguar y el águila.⁷

Antropomorfo

La representación humana en los materiales de la región del delta del Balsas es uno de los motivos más socorridos, y se encuentra tanto en esculturas de bulto como en figurillas en relieve, y desde luego en vasijas esgrafiadas. Como apunta Pulido, las figurillas de bulto muestran una amplia variedad de estilos y temas particulares, algunas se aprecian esquemáticas, otras ingenuas, otras más fueron hechas con un estilo entre realista y esquemático, en tanto otras tienen un carácter muy

⁷ Debemos aclarar que en la iconografía de la zona sí se han observado águilas en algunas variedades y posiciones; sin embargo, todas ellas se encuentran en malacates que, según parece, fueron hechos en molde y, en general, son de estilo mexicana; posiblemente sea un material de exportación, al menos las matrices con que fueron hechas las copias.



● Fig. 8 Representación de máscaras antropomorfas incisas en el fondo de tres cajetes. Todas ellas están rodeadas de probables plumas, aunque presentan algunas diferencias. Obsérvese que la de abajo se presenta como una figura-espejo.

natural. Se representa a ancianos, adultos, mujeres, hombres, niños, muertos, guerreros, entre muchos otros motivos. Esto contrasta fuertemente con las representaciones antropomorfas que encontramos en las vasijas incisas, pues en ellas sólo hemos visto probables máscaras con características humanas (figs. 8 y 9).

Los diseños son básicamente máscaras triangulares, e invariablemente están adornadas con una profusión de líneas dirigidas hacia afuera, que podrían ser interpretadas como plumas que adornan la propia máscara, a manera de frondosos penachos. En particular, en dos casos sobresalen otras incisiones hacia los lados del elemento principal, y quizá podrían corresponder a los brazos extendidos y las manos del personaje que porta la máscara, el cual, por otro lado, presenta orejas circulares. Hay desde luego algunas diferencias entre estos dos especímenes, en uno de ellos se observa una serie de rayas que del extremo inferior de la máscara parten hacia abajo, lo cual podría ser la representación del tronco corporal de su portador. En el otro ejemplar se observa la cara



● Fig. 9 Cajete trípode con fondo inciso con representación de máscaras antropomorfas.

de la probable máscara como un triángulo incompleto: aunque sí se ven ojos, nariz y boca, en vez de cuerpo se tiene lo que podría ser un pectoral compuesto de varios hilos entre los que sobresale el externo, que tiene algunos otros aditamentos notables de forma radial. También muestra líneas horizontales que formarían los brazos extendidos y las manos.

Hay un tercer ejemplar que presenta características diferentes: se trata de una figura-espejo cuya representación principal es un par de máscaras casi idénticas pero opuestas —sin que haya arriba o abajo—, aunque coinciden con su vértice en un punto localizado al centro de la tapa-plato donde se encuentra el diseño. Por lo demás, estas máscaras tienen los atributos de las otras, es decir, son triangulares, presentan todos los rasgos de la cara humana y están rodeadas por plumas que salen hacia arriba o caen hacia los lados.

Paisajístico

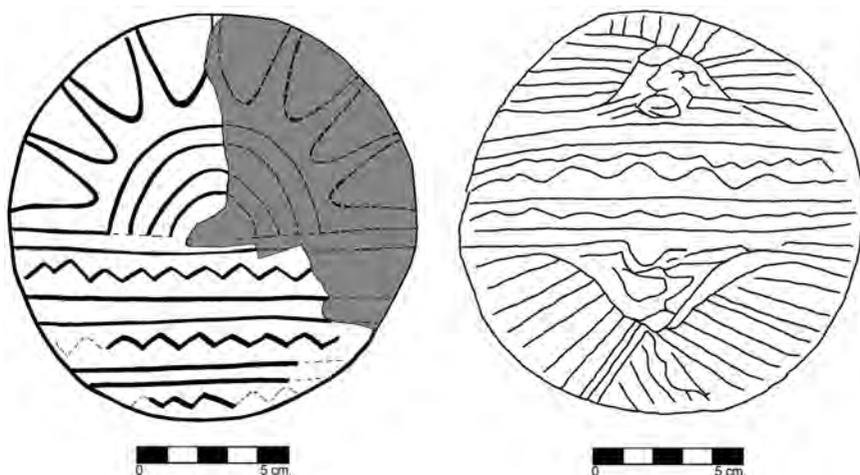
El hábitat donde se desarrollaron los grupos humanos de esta región no sólo implicó el mero espacio geográfico que les permitió el sustento, también involucró el conocimiento que generaron del mismo y la abstracción que de él hicieron, lo cual plasmaron en varias imágenes incisas en los

fondos de algunos cajetes. Son éstas de una asombrosa sencillez, y al mismo tiempo producto del profundo entendimiento y relación permanente que la gente tuvo con su entorno inmediato. Así, se representan los elementos más característicos de la zona, y que seguramente afectaban o tenían mayor relevancia y presencia en la conciencia de los habitantes de la región: el sol, las montañas, el río —que ahora conocemos como Balsas, seguramente— y el mar.

Quizá sea este el grupo que implica una mayor abstracción de la realidad observada, pues mediante pocos trazos los artesanos pudieron dejar constancia de algunos elementos de su cotidianidad, como podría interpretarse en las magníficas representaciones de una puesta de sol y de la concepción sintetizada de la topografía de la zona: un caudaloso río cuyas aguas se mueven entre dos montañas, que además se realizó en otra figura-espejo (fig. 10), imitando tal vez la posición del río Balsas, que se encuentra entre montañas.

No obstante, también existen representaciones sencillas que corresponden a la observación del paisaje y sus componentes; es claro que tal forma de plasmar un elemento visible como una estrella o el propio sol (fig. 11) no deja de ser una abstracción y la generación de un concepto definido acerca del mismo.

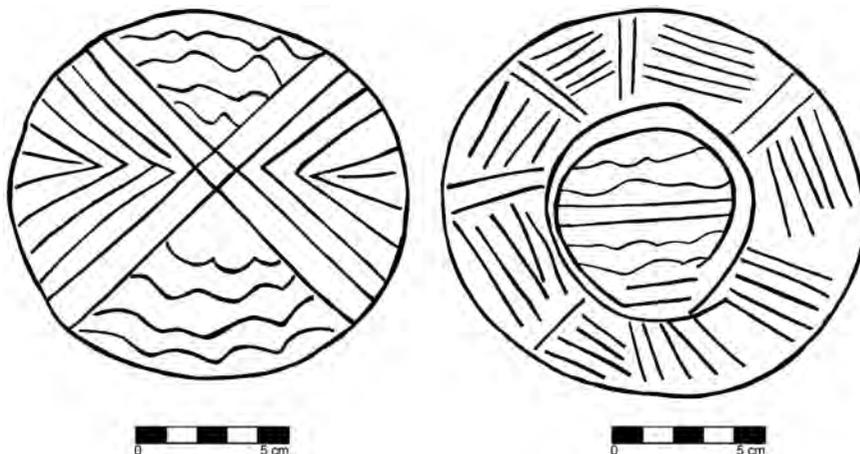
Dentro de este grupo podrían también ubicarse algunos ejemplares que si bien no presentan una idea claramente identificable para nosotros, sí muestran algunos elementos característicos de este tipo de representaciones. Éste es el caso del fondo de los dos cajetes que observamos en la figura 12: uno de ellos está dividido en cuatro secciones triangulares y confrontadas entre sí, de las cuales dos parecen representar el agua, mientras las dos restantes tienen líneas rectas que confluyen hacia el eje central en forma de “V”, que podrían significar tierra o montañas —como elemento de la tierra—, y así entendemos que ambas formarían parte de un binomio. La otra imagen tiene los mismos elementos, aunque en otro arreglo: el centro, que se encuentra separado y remarcado por un círculo, es un contenedor de agua, a su lado se encuentran varias secciones de líneas paralelas con diferente disposición, a veces separadas por otras líneas.



● Fig. 10 Un par de representaciones paisajísticas en el fondo inciso de dos cajetes. A la izquierda, una posible puesta de sol sobre el mar; a la derecha, la representación sintetizada del paisaje de la zona.



● Fig. 11 Representación incisa de una estrella, o del sol, en el fondo de uno de los cajetes de la región.



● Fig. 12 Diseños incisos en dos cajetes de la región. Obsérvese la repetición de algunos de los elementos, especialmente el ondulado que podría ser la representación de agua.

Incluso puede percibirse la mezcla de representaciones de los diferentes grupos en que hemos separado estos diseños. En la figura 5, en el diseño que muestra una garza en la imagen-espejo, el centro del dibujo, remarcado por un doble círculo, se encuentra lleno de líneas onduladas y otras paralelas, con un significado idéntico al aquí señalado.

Conceptual

Este grupo se integra por un rango más amplio de ideas que se pueden discernir a partir de los motivos que decoran las vasijas, y muchos de estos iconos son representación de ideas abstractas o conceptualizaciones integradas a un bagaje ideológico que no sólo se tiene en la región del delta del río Balsas, sino que constituye uno de los pilares de integración de los grupos mesoamericanos inmediatamente anteriores a la conquista. En el caso concreto de la iconografía de la desembocadura del río Balsas se encuentran fuertes nexos estilísticos con las culturas del centro de México, particularmente Tula y Tenochtitlan,⁸ pero insistimos en que el soporte ideológico tiene una dispersión más allá de los territorios de estas sociedades.

Por otro lado, si hasta aquí hemos dicho que los diseños descritos se encuentran en los fondos de cajetes y de tapas-platos, los de este grupo se localizan además en los cuerpos externos de ollas y cajetes, sin dejar de plasmarse en los fondos mencionados. Así tenemos las sencillas representaciones de cenefas de chalchihuites y las de diversos tipos de grecas, entre las que comúnmente se observa la llamada *xicalcolihqui*, a veces acompañada de otros elementos que confieren mayor complejidad al icono.

⁸ Debemos aclarar que son estos contactos los más nítidos de acuerdo con lo que las fuentes históricas nos señalan; sin embargo, tales relaciones no necesariamente debieron establecerse de manera directa, bien pudieron haber llegado a la región a partir de la intervención de grupos sociales de una tercera zona. Queda por investigar el origen real de algunos conceptos presentes en el centro de México y en otras áreas culturales.



● Fig. 13 Representación de una serpiente emplumada en el fondo inciso de una tapa-plato. El concepto, sin dejar de pertenecer al mundo mesoamericano, fue plasmado en un diseño de estilo local.

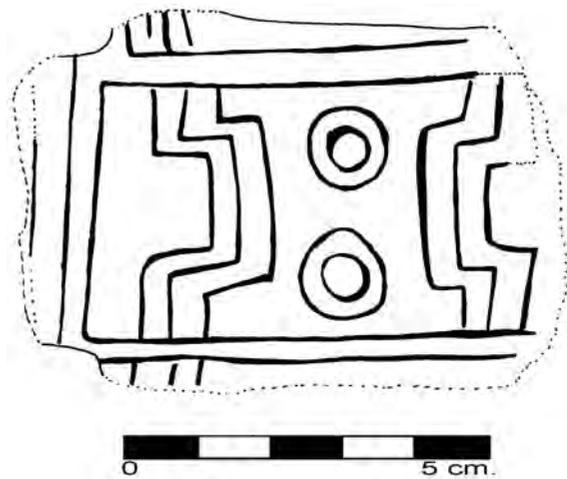
De cualquier modo, los motivos conceptuales más complejos representan ya sea personajes del panteón mesoamericano o los elementos más tradicionales de la ideología compartida por las distintas sociedades, como ya se dijo. A veces estas representaciones tienen un carácter propio de la zona, como es el caso de los motivos que hasta aquí hemos descrito, o como la representación de la serpiente emplumada (fig. 13); ésta no necesariamente debe interpretarse como una de las acepciones de Quetzalcóatl,⁹ simplemente es la representación de un ofidio con el cuerpo emplumado, al estilo de muchas de las pinturas de Teotihuacan, aunque en este caso está enroscada sobre sí misma y con las fauces abiertas, en una magnífica composición plástica muy ligada al fondo redondo de la tapa-plato que lo soporta.

Otro concepto fácil de percibir es la representación de Tláloc; además de la mostrada como figurilla de bulto (fig. 3), fue localizado en un

⁹ Nos parece que el significado de esta conceptualización no corresponde exactamente a la de Quetzalcóatl, incluso en la región, ya que en esta se han observado figurillas de bulto (Pulido, 2008), que parecen representar a dicha deidad, pues llevan máscara bucal y tocado cónico.



● Fig. 14 Representación de Tláloc, inciso en un fragmento de cuerpo de un cajete.



● Fig. 15 Dibujo inciso en una tablilla de arcilla con la representación de una cancha para el juego de pelota.

ejemplo inciso en el cuerpo externo de un fragmento de cajete: éste, como en el caso anterior, muestra todos los rasgos iconográficos con que se le caracteriza en el centro de México. Desafortunadamente, se trata de un fragmento en el que sólo se aprecian las anteojeras, la nariz con su narigüera de barra, el labio superior de las fauces y uno de los colmillos, mas todo ello es suficiente para identificarlo claramente (fig. 14). Debemos señalar además que si bien el diseño iconográfico es completamente compatible con las representaciones del personaje en el centro de México, la técnica de elaboración y el material sobre el que está hecho corresponde a la región del delta del Balsas.

Además de las representaciones de personajes, se cuenta con imágenes que recuerdan otros aspectos de la vida de las culturas mesoamericanas y —como en el caso de la imagen de una cancha del juego de pelota (fig. 15)— son muestra de una muy elaborada concepción del mundo mesoamericano. Se trata ahora de una simple tablilla de arcilla en la cual fue dibujada la típica forma de doble T del recinto mencionado, además de dos círculos ubicados hacia los extremos del patio de juego, que representarían los aros marcadores. Ignoramos el significado particular de este elemento, es decir, qué implica su existencia como dibujo, aun cuando al menos indica la existencia de este rasgo cultural en la zona, como lo consta-

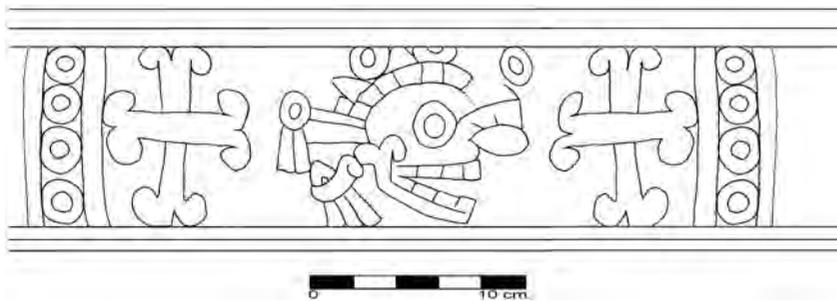
tan dos juegos localizados hasta la fecha en en los sitios Don Martín y Barranca de Marmolejo.

Pero así como se tienen estos personajes y elementos conceptuales ligados a un gran número de sociedades mesoamericanas, existen otros que parecen tener un significado más bien local, de acuerdo con el tratamiento iconográfico. De esta manera podríamos señalar la imagen de un animal fantástico, mitológico o de carácter religioso dibujado en el fondo de un cajete, el que además presenta un recubrimiento de pintura morada oscura, casi negra, en las paredes externas —con algunos espacios circulares libres de la misma—. El diseño inciso presenta una cabeza vista de frente, de cuya boca, indicada por un pequeño rectángulo, sale una larga lengua bífida; tiene además un par de brazos o pinzas originadas justo debajo de la cabeza; está rodeada de una corona de probables plumas, en cuyo centro de encuentra un elemento similar a la lengua bífida, aunque en este caso sería un adorno de la corona (fig. 16). El concepto podría tener alguna relación con la serpiente emplumada; sin embargo, más que referirse a la representación antes mencionada, sería más semejante —en sentido conceptual— al que se encuentra en el Templo de Quetzalcóatl en la Ciudadela teotihuacana.

Todos los objetos descritos están elaborados, por lo general, con una técnica poco cuidada, lo



◉ Fig. 16. Representación de un animal mítico no identificado, inciso en el fondo de un cajete.



◉ Fig. 17. Desarrollo del diseño de un cuenco inciso; localizado en el sitio Barranca de Marmolejo, en la región del delta del río Balsas.

cual hace destacar una pieza localizada en un contexto aparentemente votivo,¹⁰ recuperada en la excavación del sitio Barranca de Marmolejo, así como varios fragmentos que muestran similitud técnica y estilística, —éstos fueron localizados en un contexto habitacional asociado a las estructuras arquitectónicas de mayor relevancia social,

¹⁰ A este lugar lo denominamos Cuarto-Panteón, ya que se trataba de un espacio bien delimitado entre otros monumentos de un conjunto ceremonial en el sitio. No parece que se haya utilizado como habitación de acuerdo con la gran cantidad de artefactos colocados como ofrenda en su interior. De hecho, algunos de los objetos descritos en este trabajo proceden de este espacio.

tanto para el sitio como para la región (Pulido, 2012).

El primero es un cuenco ya referido en otros trabajos (Pulido, 2002), y en cuyas paredes externas muestra un cráneo descarnado de perfil: la calota y el occipital están adornados por varios aditamentos y en la fosa nasal tiene un cuchillo de pedernal; este motivo central está flanqueado por dos cruces formadas por la representación de huesos largos y encerrado en un panel dividido por dos filas verticales de cuatro chalchihuites cada uno (fig. 17). Debemos mencionar, además, que algunos de los campos formados por esos motivos incisos fueron pintados en color rojo. Por otro lado, el diseño se presenta dos veces en la misma vasija. No podemos dejar de referir que ese diseño nos recuerda directamente los cráneos-máscaras localizados en diversas ofrendas de los templos mayores de Tenochtitlan y de Tlatelolco, pero también puede tener relación con algunas

representaciones plasmadas en objetos cerámicos de la tradición Aztatlán,¹¹ así como en los códices Nuttal y Borgia.

El otro caso se refiere a tres pequeños fragmentos de olla con motivos que podrían representar plumas, en un arreglo extendido a modo de penacho (o fuego, con menos probabilidad) a partir de una especie de

plumón o adorno circular (fig. 18). En estos ejemplares, al igual que en la vasija recién descrita, algunos de los campos ocasionados por las incisiones están tenuemente pintados en rojo.

La ubicación de estos materiales, su calidad de elaboración, así como los diseños representados, nos lleva a considerar que este tipo particular de

¹¹ Recientemente apareció en la página oficial del INAH en internet la nota sobre el hallazgo de un área de petrograbados en el municipio de Tepic, Nayarit. En las imágenes se puede apreciar el dibujo de un cráneo de características similares al que se representa en la vasija aquí estudiada. De acuerdo con el arqueólogo Mauricio Garduño (comunicación personal, 2013), dichos motivos pueden vincularse con la tradición Aztatlán, fechada entre los años 850/900-1350 d.C.



Fig. 18. Fragmentos de olla incisos con posibles diseños de plumas.

vasijas está relacionado exclusivamente con las elites locales, las cuales probablemente estarían relacionadas con otros grupos de mayor poder en Mesoamérica tardía, en especial con los mexica. Tales relaciones pudieron entablarse a partir de acuerdos políticos, como se puede colegir de la compulsión de las fuentes históricas con los materiales arqueológicos de la zona.

Conclusiones

Los materiales mostrados en este trabajo y el tratamiento que de ellos hacemos parecen confirmar varias ideas señaladas por algunos autores para el caso de la región estudiada, entre ellos Lehman, Litvak y Cabrera. De la misma forma, también parecen dar mayor sustento a otros planteamientos que nosotros hemos adelantado como resultado del trabajo desarrollado en la zona conocida como Zacatula en el periodo Posclásico.

La región está inmersa en un ambiente fisiográfico conocido como la Costa Grande, y se extiende por la costa del Pacífico desde Acapulco hasta la desembocadura del río Balsas, abarcando unos kilómetros más allá, al poniente del propio río.

Además de compartir características topográficas y climáticas semejantes, la Costa Grande compartió una gran cantidad de rasgos culturales (Manzanilla, 2008); la zona de Zacatula, sin sustraerse enteramente a esta condición, también fue escenario de eventos sociales particulares no vistos en el resto de la Costa Grande y cuya impronta es apreciable en los materiales arqueológicos, entre ellos la cerámica y sus características iconográficas. En otras palabras, esta zona muestra un desarrollo donde se mezclan elementos culturales de carácter local con otros de origen foráneo y que generaron formas peculiares de cultura.

Tal conjunción cultural parece tener raíces tan antiguas como la misma ocupación de la región por el hombre; esto es, las amalgamas culturales

se aprecian incluso en los materiales tempranos de la zona y es visible a lo largo de su desarrollo histórico; éste es el caso de la cerámica incisa del periodo Posclásico, donde, con una marca propia, la gente que habitó la región trató de reflejar un entorno y una cosmovisión permeadas de ideas, elementos y símbolos mesoamericanos, como ya hemos visto. En este sentido podríamos señalar que, siendo tal vez una zona marginal en relación con las “altas” culturas mesoamericanas, Zacatula nunca estuvo aislada por completo del desarrollo general de la macro región, pero su particular posición geográfica y cultural le dio la oportunidad de generar sus propios elementos culturales, de estilo único.

En su cerámica observamos la arraigada manera de realizar esta industria; desde los tiempos más remotos hasta los más recientes de su etapa prehispánica se privilegió la incisión para decorarla, a pesar del conocimiento que se tuvo de otras técnicas que finalmente en la zona no prosperaron y, en contraparte, en varias regiones de Mesoamérica alcanzaron altos niveles de desarrollo técnico y estético, como es el caso de la pintura.

Podríamos señalar, como indicó Lehman, que hay una notable asimetría entre las técnicas utili-

zadas para decorar esta cerámica y algunas de las ideas y concepciones en ella plasmadas, lo cual es aún más significativo en el caso de las figurillas antropomorfas de bulto. No atinaríamos a definir el motivo de esta discordancia, lo cierto es que en el transcurso de los siglos la cerámica muestra los cambios culturales y sociales operados en la zona. Así puede verse una evolución en la decoración de las vasijas, que va de características meramente mecánicas en los primeros periodos de vida de la zona (López Camacho y Pulido, *op. cit.*) hasta la introducción de símbolos *cuasi* universales en el ámbito mesoamericano, pero cuya aparición en la iconografía de la zona pasó por el tamiz tecnológico que sus hacedores le imprimieron.

En la iconografía de la cerámica incisa de la región del periodo Posclásico es clara la presencia de elementos tomados del paisaje, tanto en representaciones que sólo tratan de copiar la naturaleza como en las que implican procesos mentales más desarrollados, como abstracciones, síntesis y conceptualizaciones. Esta manera de interpretar el mundo plasmada en la cerámica ha sido localizada en toda la zona, sin que los datos tiendan a ubicarla en asociaciones específicas. Más bien parece formar parte del ajuar cerámico de la sociedad zacatulteca, no necesariamente utilitaria pero sí de presencia general.

Por otra parte, es notable la presencia de rasgos ideológicos más elaborados, que parecen haber sido importados y que a la fecha, con los conocimientos disponibles, no podríamos señalar qué tanto permearon en el complejo social total del área, pues varios de esos elementos fueron localizados en asociación con rasgos que denotan jerarquía social y no están presentes en los contextos generalizados de los asentamientos, como las zonas habitacionales.

Esto es, algunos de los motivos iconográficos del área, entre ellos la representación del cráneo-máscara, están asociados directamente con el poder político, y en este sentido no son elementos culturales de la sociedad en general, sino que están vinculados más bien a los símbolos de privilegio y jerarquía social también correspondientes a los contextos de las elites de otros grupos mesoamericanos. Así, la dinámica en que se involucró la sociedad de Zacatula llevó a que la fracción

social que ostentó el poder político local se conectara con el resto de las elites de poder de otras sociedades y compartieran con ellas sus códigos. A pesar de ello, la elite regional siguió existiendo como parte de una comunidad con una larga trayectoria cultural, rasgo apreciable en los múltiples aspectos de la cultura material que los arqueólogos buscamos en nuestras investigaciones.

Bibliografía

- Cabrera, Rubén
1976. "Arqueología de La Villita. El Bajo Balsas", tesis de maestría, México, ENAH-INAH.
- 1989. "La costa de Michoacán en la época prehispánica", en Enrique Florescano (coord.), *Historia general de Michoacán*, Morelia, Instituto Michoacano de Cultura-Gobierno del Estado de Michoacán, vol. 1, pp. 135-153.
- Gerhard, Peter
1986. *Geografía histórica de la Nueva España, 1519-1821*, México, UNAM.
- Labarthe R., María de la Cruz
1969. "Provincia de Zacatula. Historia social y económica", tesis de maestría, México, ENAH-INAH.
- Lehman, Henri
1947. "Résultat d'un voyage de prospection archéologique sur les côtes du Pacifique (nord de l'état de Guerrero et sud de l'état de Michoacán)", en *Actes du XXVIIIe Congrès International des Américanistes*, París, Musée de l'Homme, pp. 423-439.
- Litvak King, Jaime
1968. "Excavaciones de rescate en la Presa La Villita", *Boletín INAH*, núm. 31, pp. 28-30.
- López Camacho, Ma. de Lourdes y Salvador Pulido Méndez
2010. "Las cerámicas tempranas en el área del delta del Río Balsas", *Arqueología*, núm. 43, pp. 85-98.
- Manzanilla López, Rubén
2008. *La región arqueológica de la Costa Grande de Guerrero. Su definición a través de la organización social y su territorialidad prehispánicas*, México, INAH (Científica, 526).

- Pulido Méndez, Salvador

2000. “Proyecto arqueológico Carretera Nueva Italia-Lázaro Cárdenas”, Informe final, México, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología-INAH, mecanoescrito.

2002. “Datos para la historia arqueológica de la desaparecida Zacatula”, en C. Niederberger y R. M. Reyna (coords.), *El pasado arqueológico de Guerrero*, México, Gobierno del Estado de Guerrero/INAH/CEMCA, pp. 301-320.

2008. *Figurillas antropomorfas del delta del Balsas. Clasificación e interpretación*, México, INAH.

2008b. “Proyecto Identidad cultural prehispánica del delta del río Balsas. Informe final”, México, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología-INAH, mecanoescrito.

2012. “Zacatula, un rincón del imperio. Dinámica social en una periferia conquistada”, tesis de doctorado, México, ENAH-INAH.

2012. “Proyecto arqueológico Zacatula. Informe final”, México, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología-INAH, mecanoescrito.

- Relación Geográfica de Zacatula

1987. “Relación de la Villa de Zacatula”, en René Acuña (ed.), *Relaciones geográficas del siglo XVI: Michoacán*, México, UNAM, pp. 437-462.

- Warren, Benedict J.

1977. *La conquista de Michoacán, 1521-1530*, Morelia, Fimax publicistas (Estudios michoacanos, VI).



Rodrigo Esparza López,* Alfonso Grave Tirado,** Leticia Pérez Castellanos,**
Alicia Blanco,** Carlos Álvarez del Castillo,*** Dolores Tenorio Castelleros,****
Melania Jiménez-Reyes****

El sitio Cueva La Pintada en la Tierra Caliente de Michoacán: un estudio a través de sus evidencias arqueológicas

Los materiales arqueológicos provenientes de la Cueva La Pintada, localizada en la región de Tierra Caliente, Michoacán, que comprenden restos óseos (humanos y de animales), restos vegetales, cerámica y lítica (principalmente obsidiana) y un conjunto de pinturas rupestres y petroglifos, fueron estudiados sistemáticamente por técnicas nucleares y convencionales para definir su filiación cultural y temporal de los mismos. Estos estudios nos han permitido reconocer los flujos y rutas comerciales de bienes de consumo y de prestigio entre distintas áreas fisiográficas alrededor de la Tierra Caliente. Los análisis por técnicas nucleares realizados a los objetos de obsidiana permitieron identificar que provienen de los yacimientos de Zináparo-Varal, Michoacán. Asimismo, estudios realizados a los sitios cercanos y el análisis tipológico de los grupos cerámicos y otros rasgos característicos nos dan cuenta sobre una importante red de comunicación con los grupos asentados principalmente al norte de Michoacán y otros contactos hacia la cuenca de México y la de Sayula, en Jalisco, para el periodo del Clásico tardío y el Posclásico temprano. La importancia que tuvo la búsqueda de materia prima para elaborar objetos de cobre se manifestó en distintas incursiones hacia la Tierra Caliente desde el Clásico tardío, lo que coincidió en un desarrollo regional a través de grupos de élite que incorporaban la ideología y costumbres externas a su vida diaria.

The archaeological materials from La Pintada cave in the Tierra Caliente region, Michoacán —composed of human and animal bone remains, plant vestiges, ceramics and lithics (principally obsidian) together with rock paintings and petroglyphs— were systematically studied by nuclear and conventional techniques to define their cultural and temporal affiliations. These studies made it possible to identify the flow of trade and commercial routes of consumer and prestige goods between different physiographic areas around the Tierra Caliente region. Analysis based on nuclear techniques was conducted on obsidian artifacts to identify the provenance of the raw material from the Zináparo-Varal source in Michoacán. Also, the studies carried out in nearby archaeological sites and the typological analysis of ceramic groups and other characteristic features attest to an important communication network between towns in northern Michoacán and other contacts with the Basin of Mexico and that of Sayula, Jalisco, by the Late Classic and Early Postclassic periods. The importance of the quest for raw materials to create copper objects was apparent in diverse incursions in Tierra Caliente since the Late Classic, which coincided with regional development through elite groups that incorporated ideology and customs beyond their daily life.

* Centro de Estudios Arqueológicos, El Colegio de Michoacán.

** Centro INAH Sinaloa.

*** Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH.

**** Instituto Nacional de Investigaciones Nucleares.

En 1998, durante los trabajos arqueológicos del Proyecto de Salvamento Arqueológico Carretera Uruapan-Nueva Italia (CUNI), se registraron un total de 138 sitios arqueológicos en la región de Tierra Caliente perteneciente al estado de Michoacán. Entre los sitios registrados sobresalió la Cueva La Pintada, situado 11 km al sur de la cabecera municipal de Taretan, en una zona fisiográficamente abrupta, relacionada con edificios volcánicos y profundas barrancas, donde la erosión de las capas de ceniza a través de cientos de años conformaron los abrigos y cuevas idóneas para el refugio y asentamiento de grupos prehistóricos. La buena conservación de la cueva (sin saqueos ocasionales) permitió realizar una serie de sondeos controlados en los dos niveles que presentaba el lugar, con la idea de reconocer la relación cultural y temporal en la región.

En cuanto a los antecedentes en la región, podemos citar las investigaciones arqueológicas realizadas desde finales del siglo XIX y principios del siglo XX por exploradores como Starr (1898), Pepper (1916) y Lumholtz (1970: 348), quien nos da una primera aproximación de la riqueza arqueológica: “en la región abundan ruinas antiguas, casas, tiestos de vasijas y montículos (que se conocen ahí con el nombre tarasco de yácatas) [...] En Tepalcatepec conseguí un ídolo de piedra muy bien esculpido que había encontrado con otros grandes en un montículo situado como a cincuenta millas al oeste. Es indudable que aún quedan muchas antigüedades en aquella costa que perteneció a los aztecas”.

Posteriormente destacan los trabajos de Goggin (1943), quien hace una primera relación de complejos culturales mediante tipologías cerámicas y de la arquitectura hallada en la región de Apatzingán. Así logró establecer el Complejo Apatzingán y el Complejo Chandio, trazando un puente de relación entre las zonas de Guerrero, Oaxaca y Michoacán. En esa misma década, la arqueóloga Isabel Kelly (1947) realiza en el distrito de Apatzingán un estudio de mayor envergadura, que tenía como fin la exploración de cinco sitios arqueológicos: El Capiral, Las Delicias 1, San Vicente, El Llano y El Tepetate. Con esta exploración la arqueóloga logra proponer una cronología que consta de cinco fases para la Tierra Caliente:

Chumbícuaro (100 a.C.-300 d.C.), Delicias/Apatzingán (300-600 d.C.), Chandio (600-800 d.C.), Tepetate (800-1100 d.C.) y Chila (1100-1530 d.C.). Esta cronología es la más aceptada por la comunidad arqueológica, aunque con algunos ajustes temporales. Como parte de esas investigaciones Kelly distinguió dos tipos cerámicos que denominó Tepetate *orange* y Llano *red* correspondientes al periodo Posclásico, que son muy similares al tipo Pulido rojo guinda y sus variantes con pasta de grano fino, desgrasantes de cenizas y fina arena de cuarzo encontrados durante el proyecto de la carretera (Grave, 1998). Pero que su amplia distribución señala una interrelación con áreas hacia el norte de Jalisco y suroeste de Zacatecas, así como con las culturas de Colima y Nayarit.

Otras investigaciones posteriores, como las de Brand (1950), Aguirre Beltrán (1952) y Lorenzo (1964), constituyeron proyectos que se identificaron por su interés en reconocer afinidades cerámicas, la etnografía regional y, sobre todo, la relación con sitios productores de metales, principalmente hacia la región de la Presa del Infiernillo, donde González Crespo (1979) realizó varias investigaciones que hablan sobre esta actividad en la producción de materiales de cobre para el periodo Posclásico.

A últimas fechas, las exploraciones que se han llevado a cabo en la región están relacionadas con obras de infraestructura carretera o de gasoducto, como son la carretera Morelia-Lázaro Cárdenas en sus diferentes trayectos (Grave y Pulido, 2000) o el gasoducto Salamanca-Lázaro Cárdenas en los años ochenta (Zepeda, 1988). El último proyecto arqueológico llevado en la región corresponde al macro proyecto Sustentabilidad Patrimonial de la Cuenca del Río Tepalcatepec (2003-2004), donde se hicieron trabajos de prospección en la cuenca y de registro de colecciones arqueológicas (Trujillo, 2011a y 2011b; Limón, 2011).

Sobre todo estas últimas investigaciones concuerdan que los estudios en Tierra Caliente de Michoacán necesitan una síntesis mayor pero señalan la relación y la importancia que tuvo esta región con otras zonas culturales como las tierras altas de la Meseta Tarasca, la cuenca de Sayula, los Valles Centrales de Jalisco, la parte media del río Balsas y la costa michoacana, donde la interrelación con estas áreas está presente y verifica-

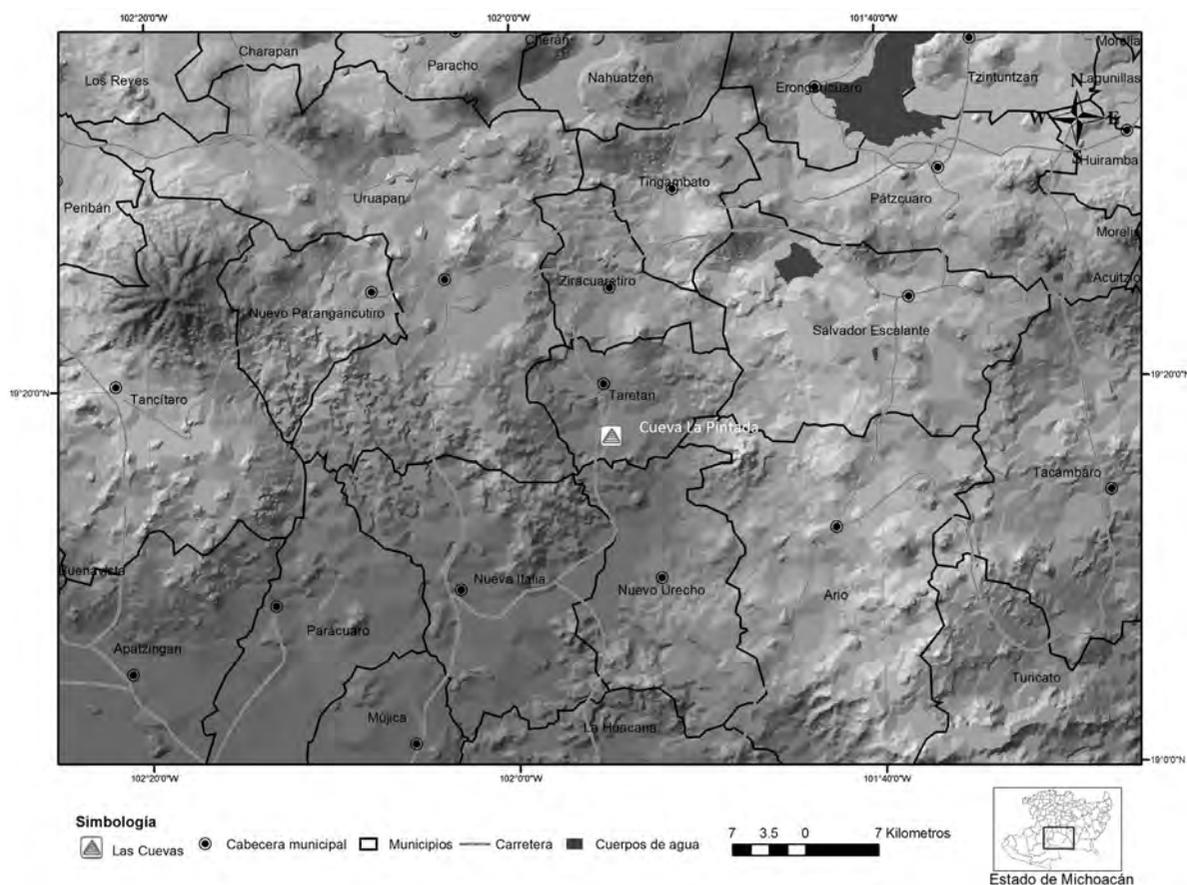


Fig. 1 Localización de la Cueva La Pintada en Tierra Caliente, Michoacán, México (digitalizó: Armando Trujillo).

da por la variedad de materiales hallados en la región, principalmente algunos que son totalmente exógenos como son la obsidiana, los materiales de concha, algunas piedras verdes y sobre todo los rasgos presentes en la cerámica, que en algunos casos se pueden ver piezas relacionadas con las culturas mexica o tolteca (Grave, 1998).

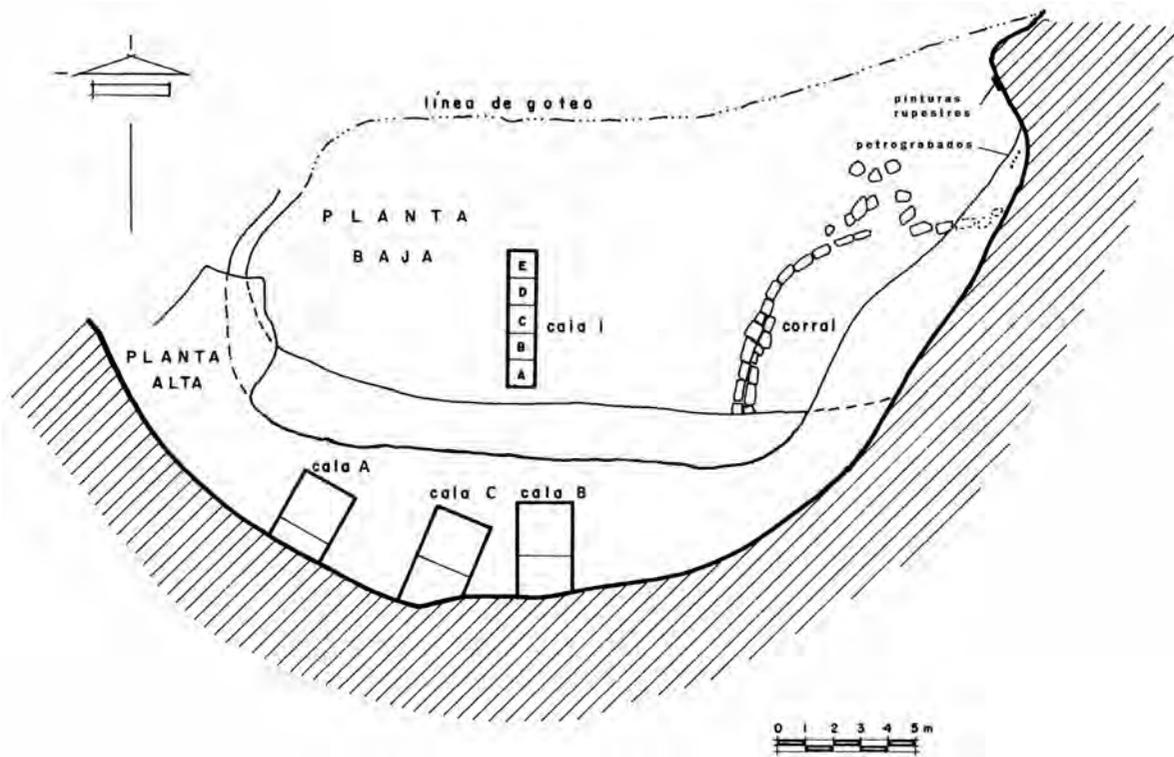
El sitio de la Cueva La Pintada

Las culturas prehispánicas usaron las cuevas y abrigos no sólo como resguardos de las inclemencias del tiempo, sino también para manifestar su ideología plasmándola sobre las paredes y techos. La connotación religiosa parece haber sido importante en el proceso de ubicar estos sitios, pues eran considerados como puentes al inframundo.

Éste fue un rasgo común de las culturas mesoamericanas (Thompson, 1959; MacLeod y Puleston, 1978; Stuart, 1981 y Brady y Prufer, 1999). Las cuevas y abrigos de la región de Tierra Caliente, Michoacán, que hasta ahora eran desconocidas, no se apartan al parecer de ese simbolismo.

Descripción del sitio

La Cueva La Pintada se localiza en el municipio de Taretan, cerca de los poblados Hoyo del Aire y Tierras Coloradas, en la cuenca del río Tomendán, a una altitud de 720 msnm (fig. 1). La Pintada se encuentra en la ladera norte del cerro Las Cuevas, enfrente de otro cono volcánico llamado Los Hornos. Esta cueva tuvo un origen volcánico-tectónico. Las capas de lava y cenizas depositadas



© Fig. 2 Croquis de la Cueva La Pintada.

en la ladera del cerro crecieron de tal forma que los movimientos telúricos y la acumulación de gases en su parte inferior ocasionaron el colapso de las capas y la formación de algunos espacios, que resultaron en una zona de cuevas o abrigos rocosos.

En la figura 2 podemos ver el croquis de la Cueva La Pintada, presenta una entrada de 12 m de altura y las máximas dimensiones de su interior son 40 m de ancho y 26 m de profundidad; su orientación es norte-sur. La cueva presenta dos niveles, uno desde la entrada, la llamada Planta Baja (donde se realizó la cala de exploración 1), y otra planta elevada, que asemeja un “tapanco” a 3 m de altura, denominada Planta Alta (donde se realizaron las calas de exploración A, B y C). En ambas áreas aparecieron evidencias arqueológicas en muy buen estado de conservación.

La Planta Baja tiene forma irregular, ocupa una superficie de aproximadamente 270 m², su suelo es prácticamente horizontal. Sobre el suelo, en el extremo poniente, se aprecian algunas piedras

areniscas de derrumbe con las cuales fue formado un corral, donde guardan ganado. La Planta Alta cubre una superficie de aproximadamente 190 m², y presenta un declive menor a 15° hacia el este (fig. 3).

La Cueva La Pintada no es un sitio aislado, corresponde a una parte del conjunto denominado Las Cuevas (registrado también por el proyecto CUNI). Este sitio sobresale por una serie de estructuras de baja altura relacionadas con terrazas habitacionales y de cultivo. Durante este proyecto se excavó una estructura donde se halló un entierro muy similar a los encontrados en la cuenca de Zacapu (Pereira, 1996), a base de lajas y con un ajuar compuesto de piedras verdes y de concha, lo que habla sobre un sitio al parecer con una jerarquía mayor en toda la región (Grave, 1998). Este entierro se halló a escasos 300 m de la entrada de la Cueva La Pintada.

La Pintada no fue la única cueva o abrigo de la zona con presencia de restos arqueológicos, existen otras que en algún tiempo fueron morada para



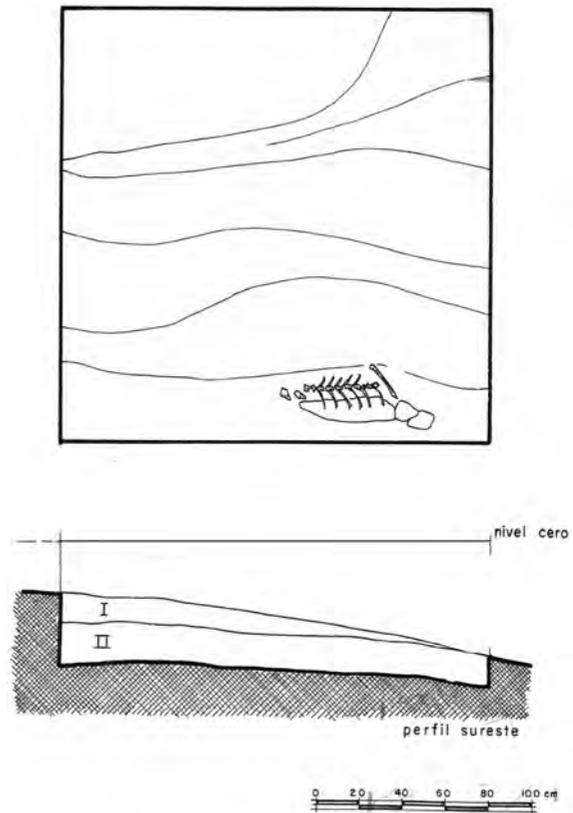
● Fig. 3 Fotografía del interior de la Cueva La Pintada.

los terracalenteños, tales como las cuevas de Las Abejas, El Limón, Cueva de los Herrera, y el complejo Las Cuevas I y Las Cuevas II, en las cercanías a La Pintada con una ocupación al parecer de la misma temporalidad. (Grave, 1998). Esas cuevas cuentan con petrograbados, cerámica, utensilios de piedra y obsidiana, como veremos más adelante. La exploración del sitio La Pintada fue prioritaria por su fácil acceso y el buen estado de conservación.

Evidencias arqueológicas

Excavaciones

Al centro de la Planta Baja se hizo la cala 1 de 5 m de largo, 2 m de ancho y 1.10 m de profundidad, orientada hacia la boca de la cueva. Allí se halla-



● Fig. 4 Croquis del entierro.

ron tres estratos bien identificados: el primero de limo amarillo (Estrato I), el segundo de limo arcilloso rojizo (Estrato II), y uno de arcilla café (Estrato III). La mayor parte del material arqueológico se recuperó del Estrato II: lascas de riolita y algunas de obsidiana, percutores de basalto, metates, piedras para lasqueo y fragmentos de cerámica.

En la Planta Alta se cavaron tres pozos de sondeo (A, B y C), uno al centro y dos laterales, cada uno de 1.5 m por lado e interconectados hacia el fondo de la cueva. En ellos sólo se hallaron dos estratos: limo (I) y limo-arcilloso (II), con una profundidad máxima de 17 cm cada uno. En estos pozos se hallaron abundantes restos óseos, tanto animales como humanos, revueltos con materiales orgánicos como olotes, semillas, hojas, cuentas de hueso y algunos fragmentos de cerámica, en muy buen estado de conservación. En el pozo C, a escasos 15 cm de la superficie, apareció un entierro en contexto primario, muy erosionado (fig. 4). Solamente encontramos parte de la columna com-

puesta por cinco o seis vértebras, algunos dientes, una escápula y fragmentos de huesos largos. Probablemente se trató de un infante (Esparza, 1997).

Evidencias arqueológicas y análisis de los materiales

Cerámica

En la Planta Baja se recolectaron 110 piezas bien conservadas, cuya descripción se encuentra en la tabla 1. Ese material fue catalogado como muy común en la región de Tierra Caliente, pero fue de gran utilidad para diagnosticar cronológicamente al sitio, porque se pudo relacionar con la policroma de Chila, a la que Kelly (1947) ubicó en los periodos Clásico tardío y Posclásico temprano. Algunos de los fragmentos de cerámica monocroma son de pasta gruesa y granulosa, con desgrasante de cuarzo, y otros son de pasta delgada, con desgrasante de arena. Los fragmentos bicolors rojo/naranja, rojo/crema, naranja/bayo y rojo/café son delgados, con desgrasante de arena y ceniza, y similares a los reportados por Kelly (*idem*) como Tepetate naranja-rojo y San Vicente rojo sobre café (de los periodos Tepetate y Apatzingán, respectivamente). La mayoría de esas piezas tienen la forma de ollas de cuellos abiertos y de cajetes ápodos. En las figs. 5 y 6 se muestran algunos ejemplares del tipo Bicromo rojo sobre crema y Rojo sobre bayo, respectivamente.

Otros materiales cerámicos monocromos registrados en la cueva, como el Bayo, Café, Naranja y Rojo, corresponden a los que Hurtado (1987) y Zepeda (1988) encuentran en la misma región con los nombres de Café alisado, Naranja alisado y Rojo alisado. Esta cerámica es por lo regular de uso doméstico o utilitario, son cuerpos de ollas, cajetes y cuencos. No tan abundantes, pero sí existentes en el sitio son los tipos policromos y negativos, más ligados hacia un periodo del Posclásico tardío, de 1200 d.C. en adelante. Algunos de estos ejemplos son el Rojo, Blanco y Negro al negativo como los ejemplares de la fig. 7. Estos materiales los nombra Kelly (1947) como Llano *polycrhome ware* y Goggin (1943) los nombra Tepalcatepec *chandio white and red*, también para el Posclásico

tardío. No podemos asegurar la presencia tarasca en el lugar sólo por estos materiales, pero sí podemos comentar una última ocupación tardía de la cueva.

Material lítico

En la tabla 2 se encuentra una descripción del material lítico recuperado; de un total de 66 piezas, 29 son de riolita, un material común en la región, las demás de obsidiana y un hacha de piedra verde. La mayor parte de esas piezas se encontró en la Planta Baja.

La obsidiana es una materia prima exógena, pues no existen yacimientos en la región de Tierra Caliente; este vidrio volcánico fue de suma importancia para el intercambio de productos que venían de zonas costeras o subtropicales. Se analizaron tres lascas de obsidiana por medio de las técnicas PIXE (*Proton Induced X-ray Emission*) y NAA (*Nuclear Activation Analysis*). Los detalles experimentales se dieron previamente en R. Esparza *et al.* (2001) y M. Jiménez-Reyes *et al.* (2001) para PIXE y NAA, respectivamente. El propósito de esos análisis era identificar los yacimientos de las muestras de obsidiana recuperadas en la Planta Baja; PL1 y PL2 provienen del Estrato I y PL3 del Estrato II. Los resultados de esos análisis se muestran en la tabla 3.

De acuerdo con los datos de esta tabla, no se observó una diferencia significativa entre las tres muestras de obsidiana y por ello se calcularon los promedios y las desviaciones estándar para todas las concentraciones elementales. Estos valores promedio son idénticos a los reportados previamente por Jiménez-Reyes *et al.* (*idem*) para los yacimientos de obsidiana de Zináparo-Varal, Michoacán, México. El hecho revela el origen de las muestras de obsidiana recolectadas en la cueva La Pintada; es más, el color gris de las muestras analizadas es una característica de esa fuente.

La región de Zináparo-Varal se localiza a aproximadamente 200 km de La Pintada (fig. 1). Estos yacimientos fueron estudiados por Darras (1999), quien comenta que fueron explotados desde etapas muy tempranas y hasta el Posclásico tardío. Ahora se comprueba que el comercio o intercambio

Tabla 1. Descripción de los fragmentos de cerámica recolectados en la Cala 1 de la Planta Baja de la Cueva La Pintada, Tierra Caliente, Michoacán, México

<i>Vajilla</i>	<i>Tipo</i>	<i>Estrato I</i>	<i>Estrato II</i>	<i>Estrato III</i>
Bayo	Naranja pulido simple			1
Bayo	Bayo pulido con palillos	1		
Bayo	Rojo pulido simple	1	2	1
Café	Pulido simple			2
Café	Bayo pulido simple			3
Café	Rojo pulido ext./alisado int.			2
Café	Café pulido simple			7
Café	Café pulido con palillos	1		
Café	Blanco pulido simple			2
Café	Rojo/Naranja pulido			2
Café	Café/Gris pulido			1
Granulosa burda	Alisado engobe blanco		4	
Granulosa burda	Naranja pulido ext./alisado int.	1		
Granulosa burda	Bayo pulido simple			2
Granulosa burda	Negro pulido ext./alisado int.			1
Granulosa fina	Alisado engobe blanco			1
Granulosa fina	Naranja pulido simple		1	
Granulosa fina	Naranja pulido ext./alisado int.	1		
Granulosa fina	Naranja bruñido	1		
Granulosa fina	Crema pulido simple			5
Granulosa fina	Bayo pulido simple			5
Granulosa fina	Bayo pulido ext./alisado int.		2	1
Granulosa fina	Bayo bruñido	5	1	
Granulosa fina	Café pulido simple			3
Granulosa fina	Blanco pulido simple	2		
Granulosa fina	Pulido simple	1		
Granulosa fina	Rojo pulido simple	1		
Granulosa fina	Naranja pulido simple		1	
Granulosa fina	Bayo pulido simple		1	3
Granulosa fina	Bayo pulido ext./aliso int.	1		
Granulosa fina	Café pulido simple	1		1
Granulosa fina	Café pulido ext./alisado int.		2	
Granulosa fina	Blanco pulido simple	2		
Granulosa fina	Guinda pulido simple	1		
Granulosa fina	Rojo/Café pulido		1	
Gris	Café pulido simple	1		
Gris	Rojo pulido simple		1	
Naranja	Alisado simple	1	1	
Naranja	Alisado burdo	1		5
Naranja	Naranja pulido simple	1		
Naranja	Naranja bruñido			1
Naranja	Bayo pulido simple			3

Tabla 1. (Continuación).

Vajilla	Tipo	Estrato I	Estrato II	Estrato III
Naranja	Rojo pulido simple		1	4
Naranja	Rojo bruñido	1		
Naranja	Café pulido simple			1
Naranja	Rojo/Naranja bruñido			1
Naranja	Rojo/Naranja pulido			2
Naranja	Alisado engobe naranja		1	
Naranja	Alisado simple	1	1	
Negra	Café pulido ext./alisado int.	1		
Negra	Rojo/café pulido simple		1	
Roja	Pulido simple		1	
Roja	Café pulido ext./alisado int.		1	
Totales		27	23	60

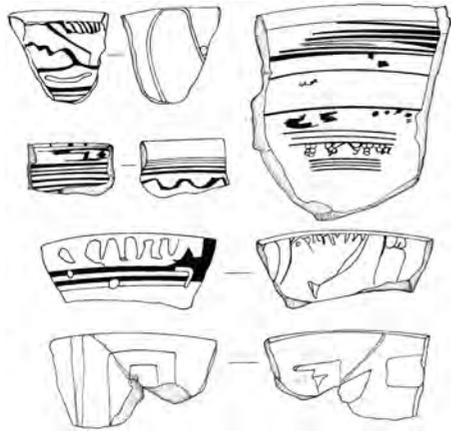


Fig. 5 Diagramas de fragmentos de cerámica rojo/crema, recuperados en la Cueva La Pintada.

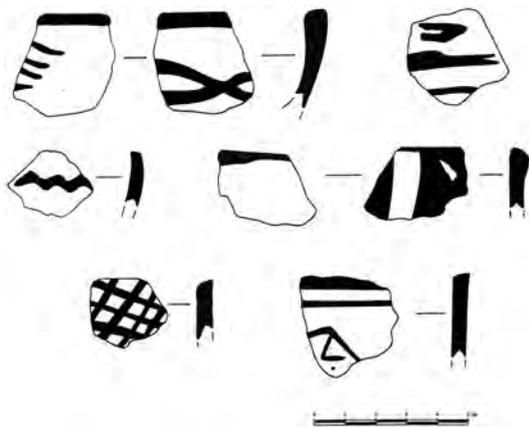


Fig. 6 Diagramas de fragmentos de cerámica rojo/bayo, recuperados en la Cueva La Pintada.



Fig. 7 Diagramas de fragmentos de cerámica rojo, blanco y negro al negativo recuperados en la Cueva La Pintada.

Tabla 2. Descripción del material lítico recolectado en la Cueva La Pintada, Tierra Caliente, Michoacán, México

Obsidiana	Artefacto	Planta Baja (Cala 1)			Planta Alta (Pozos 1, 2 y 3).		
		Superficie	Estrato I	Estrato II	Superficie	Estrato I	Estrato II
Gris oscura	Lasca	1		8		3	1
	Lasca con retoque		1	1			
	Raspador			1			
Gris veteadada	Lasca		2	1			
	Navajilla prismática			1			
Gris opaca	Lasca	5	1			2	
	Lasca con retoque		2				
	Navajilla prismática		1				
Gris verdosa	Lasca			3			
Gris rojiza	Lasca			2			
Riolita	Lasca	3	6	12	1	5	2
Piedra verde	Hacha				1		
Totales		9	13	29	2	10	3

Tabla 3. Análisis multielemental de muestras de obsidiana (PL1, PL2 y PL3) procedentes de la Cueva La Pintada.

Elemento	PL1	PL2	PL3	Prom. ± d.e.	Z-V
Si	42 ± 0.4	43.3 ± 0.4	43.74 ± 0.19	43.0 ± 0.9	—
Cl	0.12 ± 0.01	0.05 ± 0.01	0.07 ± 0.01	0.08 ± 0.03	—
K	5.26 ± 0.09	3.6 ± 0.3	3.36 ± 0.01	4.1 ± 0.9	3.8 ± 0.3
Ca	0.22 ± 0.01	0.58 ± 0.02	0.55 ± 0.09	0.45 ± 0.02	—
Ti	0.09 ± 0.0	0.11 ± 0.01	0.10 ± 0.02	0.1 ± 0.02	—
Sc	2.32 ± 0.07	2.2 ± 0.2	2.1	2.2 ± 0.1	2.3 ± 0.3
Mn	0.05 ± 0.01	0.07 ± 0.0	0.05 ± 0.0	0.06 ± 0.01	0.04 ± 0.002
Fe (%)	0.59 ± 0.02	0.56 ± 0.04	0.55	0.56 ± 0.03	0.51 ± 0.09
Co	0.82 ± 0.01	0.9 ± 0.9	0.73	0.83 ± 0.08	0.7 ± 0.3
Rb	130 ± 9	130 ± 11	124	128 ± 8	127 ± 17
Cs	4.0 ± 0.5	3.3 ± 0.2	3.7	3.7 ± 0.5	3.5 ± 0.4
La	30 ± 2	30.6 ± 0.4	28	30 ± 1	32 ± 4
Ce	54.1 ± 0.8	58 ± 5	49	55 ± 4	58 ± 0.9
Eu	0.49 ± 0.01	0.48 ± 0.04	0.46	0.48 ± 0.02	0.48 ± 0.07
Yb	2.8 ± 0.9	2.3 ± 0.2	2.2	2.5 ± 0.6	2.3 ± 0.5
Lu	0.38 ± 0.02	0.38 ± 0.03	0.36	0.38 ± 0.02	0.42 ± 0.08
Th	12.4 ± 0.4	12.4 ± 0.9	11.4	12.2 ± 0.7	12.6 ± 1.6
U	-	2.8 ± 0.6	2	2.5 ± 0.6	3.6 ± 0.9

Nota. Los elementos del Si al Ti así como el Mn fueron analizados con la técnica PIXE y para el resto de los elementos se utilizó NAA. El valor promedio de los resultados del yacimiento de obsidiana de Zináparo-Varal (Z-V) fueron publicados por M. Jiménez-Reyes *et al.* (2001). Las concentraciones están expresadas en µg/g al menos que se indique lo contrario.

Tabla 4. Identificación de restos óseos encontrados en la superficie (S), en las capas de limo (E-I) y de limo arcilloso (E-II) de la Cueva de La Pintada

Especies	Nombres comunes	Planta Baja, Cala 1				Planta Alta						Total		
		S	E-I	E-II	Total	S	Pozo A		Pozo B		Pozo C			
							E-I	E-II	E-I	E-II	E-I		E-II	
<i>Ortalichus sp.</i>	Caracol			2	2	1		2	1			3		7
<i>Decapoda Order</i>	Cangrejo				0								1	1
<i>Ctenosaura pectinata</i>	Lagartija	1			1	1			1	1			1	4
<i>Boa constrictor</i>	Boa				0				1					1
<i>cf. Colinus virginianus</i>	Codorniz		1		1									0
—	Ave			1	1			3	2	2				7
<i>Sylvilagus sp.</i>	Conejo		1		1		2	5						7
<i>Spermophilus variegatus</i>	Ardilla				0	1	1							2
<i>Oryzomys sp.</i>	Ratón				0				6					6
<i>Neotoma mexicana</i>	Rata				0		1	1		3				5
<i>Rodentia Order</i>	Roedor		3	1	4		3	10	4			1		18
<i>cf. Canis familiaris</i>	Perro			2	2									0
<i>Odocoileus virginianus</i>	Venado	1			1	1							1	2
<i>Artiodactyla Order</i>	Murciélago		2		2			3	1					4
—	Mamífero de tamaño mediano		1		1									0
—	Mamífero de tamaño grande	5	2	4	11			1						1
—	Material no identificado	4	19	7	30	13	14	1	13			5	3	49
Totales		11	29	17	57	17	21	26	29	6	9	6		114

de esta obsidiana no solamente se daba en regiones aledañas a los yacimientos, sino también en otras más alejadas, como la Tierra Caliente; por ejemplo, el sitio arqueológico del presente trabajo y los cercanos a los ríos Tomendan y El Marqués (Esparza, 1997; Esparza *et al.*, 2001).

Restos orgánicos

Restos óseos. La mayoría de éstos provino de la Planta Alta, de donde se obtuvo un total de 259 fragmentos de huesos humanos de costillas, cráneos, omóplatos, dientes, falanges, vértebras y mandíbulas. Cabe destacar que algunos de esos huesos se encontraban quemados, pues presentaban un color negruzco o grisáceo. Entre los restos recuperados es significativo el hallazgo de un en-

tierro en la Planta Alta, probablemente un infante colocado en decúbito lateral con dirección este-oeste, o sea hacia la entrada de la cueva, y posiblemente el cráneo haya descansado sobre una piedra. Al parecer no fue propiamente enterrado, sino únicamente depositado sobre la superficie y más tarde los sedimentos se encargaron de cubrirlo parcialmente; ésta puede ser la causa de que se hallaran fragmentos dispersos en toda la Planta Alta.

El material arqueozoológico (171 piezas) fue analizado y los resultados se muestran en la tabla 4. Los restos óseos animales fueron recolectados en su mayoría en la Planta Alta, de donde se recuperó un total de 114; mientras en la Planta Baja se halló un total de 57 fragmentos. Los que se pudieron identificar pertenecían a venado, mapache, ardilla, pato, iguana y liebre, entre otros

(Blanco, 1999). Estos animales son muy comunes en la región, por lo que no se descarta que algunos de ellos hayan sido depositados como ofrenda y otros como animales que habitaban la cueva.

Restos vegetales. Éstos sólo se hallaron en la Planta Alta, donde se propició su conservación y fueron: tres semillas, tres hojas (no identificadas), restos de carbón, tres frutos y algunos olotes de maíz. El estudio de cinco olotes y de una semilla de maíz permitió identificar las variedades a las que pertenecen; en la tabla 7 y figura 8 pueden verse las características de estos restos.

La variedad Olotillo es poco cultivada en la actualidad y su principal centro de producción es el estado de Chiapas. Según datos de Benz (1986), ésta es una variedad ancestral en la región estudiada y su traslado a la región desde Chiapas se llevó a cabo en la época prehispánica. Por otra parte, no existen datos acerca de su producción; es posible que por su desarrollo precoz, de tres meses, haya sido un elemento estratégico en épocas de baja precipitación pluvial. Esos mismos factores pueden ser aplicados a la variedad Conejo; a esta última se le encuentra muy frecuentemente en los estados de Guerrero, México y Michoacán, y tiene como ancestro al maíz Nal-Tel que se cultiva actualmente en el estado de Yucatán.

La variedad Vandeño se encuentra ampliamente distribuida en la costa del Pacífico mexicano, en los estados de Guerrero, México y Michoacán, junto con otro maíz de ciclo largo, el de la variedad Tuxpeño. Su cultivo necesita de suelos ricos, aluviales, y posiblemente también le favorece la

roca madre rica en carbonato de calcio. El lograr cosechas superiores a la tonelada anual permitió a los grupos establecidos en la localidad realizar intercambio comercial y obtener a cambio otros recursos no comunes en la región.

La semilla de maíz fue identificada como de la variedad Ancho; la cual se halla ampliamente distribuida en las zonas semiáridas de los estados de Guerrero, México y Michoacán. Es el maíz que más se produce en esos estados, porque se adapta a la baja precipitación pluvial y, por lo que señalan diversos autores, ha ido desplazando paulatinamente a la variedad Pepitilla.

La variedad de maíces encontrados en la cueva señala también que fue muy posible que ciertas variedades de maíz hayan sido introducidas a Tierra Caliente durante la época prehispánica. Sabemos que la distribución del maíz constituyó también una riqueza importante de subsistencia, algunas especies son más resistentes a otras y, sobre todo, necesarias en condiciones de sequías prolongadas o de tipos de suelo distintos. Por ello, la variedad encontrada en la cueva nos habla sobre ciertas cuestiones poco estudiadas en cuanto a la variedad y uso de diferentes tipos de plantas de maíz.

Los frutos fueron identificados como de *Guazuma ulmifolia*. La corteza, bien conservada, es áspera y con protuberancias cónicas, y aunque el interior del fruto se encuentra muy erosionado, pudieron apreciarse la forma de éste y su esqueleto fibroso (fig. 8). El hallazgo de los frutos de *Guazuma ulmifolia* está de acuerdo con las condiciones semiáridas de la zona. Además, la

Tabla 5. Variedad y dimensiones de algunos olotes recuperados en la Cueva La Pintada

Tipo de maíz	Longitud olote (cm)	Diámetro olote (cm)	Número de hileras	Diámetro raquis (cm)	Longitud segmento. Raquis (mm)	Ancho de la cúpula (mm)	Profundidad de la cúpula (mm)	Cúpula alada ancha (mm)
Olotillo	7.4	1.5	8	0.9	3	3	1	0.5
Vandeño	7.1	1.9	14-16	1.1	2	3	2	0.5
Vandeño	6.9	2.5	14	1.1	2	3	2	0.5
Tepecintle-Conejo	8.2	2.1	10	1.3	3	5	1	1
Tepecintle-Conejo (mitad)	4.1	2.3	10	1.3	4	6	2	2



○ Fig. 8 Restos vegetales recuperados en la Cueva La Pintada. 1: Olote de la variedad *Olotillo*; 2 y 3: Olotes de la variedad *Vandeño*; 4 y 5: Olotes de la variedad *Tepecintle-Conejo*; 6: Grano de maíz de la variedad *Ancho*; 7: *Guazuma ulmifolia*.

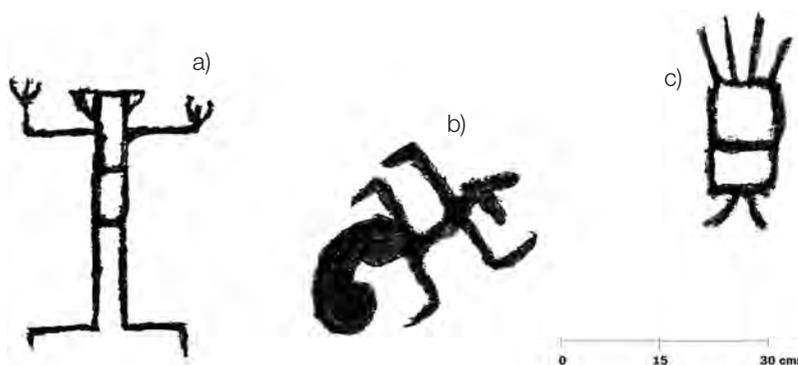
presencia de esos frutos en la cueva revela la posibilidad de que ya desde periodos prehispánicos tuvieran el uso medicinal que tienen hasta ahora.

Evidencias pictográficas y petrográficas

Al extremo poniente de la cueva, cerca de la entrada y de la línea de goteo, aparecen tres pinturas rupestres que no sobrepasan 30 cm de largo y fueron hechas con algún pigmento mineral de color blanco o crema (fig. 9). La primera de ellas es una representación antropomorfa, estilizada, con los brazos levantados en forma de cruz. La segunda tiene características zoomorfas, quizá de una ardilla o de un mapache; mientras la tercera es una figura geométrica, similar a un rectángulo dividido horizontalmente, del cual se desprenden dos extremidades inferiores y de cuya parte superior emergen cuatro líneas rectas, a manera de rayos. Estas representaciones son similares a las que reportó Mountjoy (1982), como símbolos de plantas y animales, relacionados con rituales chamánicos de fertilidad. La figura antropomorfa está am-

pliamente distribuida por el occidente de México, y algunas similares se han hallado en Jalisco, Querétaro, Hidalgo, Guerrero, etcétera. Estos personajes están vinculados con figuras chamánicas que relacionan el lugar con rituales de fertilización o de purificación. Cabe recordar que, siendo una cueva el lugar de su hallazgo, es lógico establecer un nexo con lugares de ofrenda para la madre tierra y de lugares de origen. Por último, el objeto geométrico también tiene relación con algunos encontrados cerca de Lombardía, en el sitio conocido como Las Pintadas, cercanos a un río y con otros petrograbados que dan una relación de ser objetos de culto o de rituales relacionados con la fertilización, el agua y el territorio.

Dentro de la Cueva La Pintada, cercano al inicio del tapanco en su parte oeste, se halló un conjunto de petrograbados que se encuentran muy deteriorados, pero se aprecian cuatro concavidades en línea recta sobre el piso que no sobrepasan 6 cm de diámetro. No conocemos con exactitud su significado, pero estas figuras hechas de puntos en línea podrían ser la representación de constelaciones; además, a escasos 200 m de La Pintada se encuentra la cueva de los Herrera, en la cual se localizan también una serie de puntos formando cuadros y algunas líneas que dan idea de un *patolli* o de posibles constelaciones. Este tipo de puntos en línea está muy distribuido en todo el Occidente de México. En cuanto al *patolli*, se han hallado algunos tableros relacionando este juego con marcadores de territorio de grupos tarascos. Tanto La Pintada como la Cueva de los Herrera son dos puntos importantes en la representación



○ Fig. 9 Pictogramas encontrados en la Cueva La Pintada, con características (A) antropomorfa, (B) animal y (C) geométrica.

cosmológica de estas sociedades, que seguramente habitaron este lugar y usaron las cuevas como conductos para comunicación con sus dioses o con los designios de las estrellas.

Relación espacial y regional de la Cueva La Pintada

Las relaciones de espacio y tiempo en la historia de esta cueva se encuentran al parecer marcadas por dos periodos de ocupación, cuyas temporalidades se pueden inferir gracias a la relación tipológica de los materiales cerámicos encontrados en la cueva. En este sentido, los tipos Rojo sobre bayo, Rojo y Guinda son similares a los que Kelly encuentra y los sitúa para el periodo Clásico tardío *ca.* 700-900 d.C. Los artefactos de obsidiana fueron identificados como procedentes de Zináparo-Varal; según Darras (1999) para las fases La Joya-Palacio existió en este yacimiento una industria de desbaste de lascas no especializado, elaborado a partir de nódulos rodados, así como algunas navajillas prismáticas grises translúcidas, muy similares a las halladas en la Cueva La Pintada. Al parecer esta transformación sociopolítica que se presenta en la cuenca de Zacapu coincide con la expansión demográfica y colonizadora de nuevos espacios hacia zonas circunvecinas. Faugère-Kalfon (1996) comenta que este desplazamiento es hacia la zona sur de la vertiente del Lerma, lo cual también está aquí presente en un desplazamiento de estos materiales más amplia de lo que se pensaba, pues se había considerado que el uso de la obsidiana de Zináparo sólo se centraba hacia las cuencas de Zacapu y Pátzcuaro; sin embargo, autores como Lister (1949) en Chapala, y Esparza (2001) para las costas de Michoacán y Jalisco, han hallado materiales de Zináparo a más de 200 km del yacimiento. Como señala Darras (1999), para el Clásico tardío la explotación organizada de Zináparo es latente y se desarrollan actividades de extracción y producción en talleres especializados.

Cabe destacar que para estos sitios no encontramos navajillas del centro de México, especialmente de la Sierra de las Navajas, que podría entenderse por la ruptura comercial (hacia 850 d.C.)

con la caída de Teotihuacan, por lo que las fuentes y abastecimientos locales elevan su producción.

Esos primeros ocupantes procuraban su alimentación principalmente mediante la caza y la pesca, en los linderos del río Cajones. Pero también vemos una producción agrícola importante, y la presencia de varias especies de maíz dentro de la cueva así lo evidencia. Las actividades de producción también están presentes para el trabajo diario, el pequeño taller lítico de objetos de riolita (muy común en la región) dedicado a la elaboración de artefactos de uso cotidiano fueron actividades que posiblemente se realizaban a la par de la agricultura o la pesca, sin una especialización clara pero presente en estas sociedades. En cuanto a las navajillas prismáticas, es muy probable que hayan ingresado a Tierra Caliente como productos ya terminados durante la última etapa de ocupación de la cueva y su uso estaba más relacionado con las elites locales como bienes de prestigio, pero solamente las navajillas prismáticas.

Resulta también interesante destacar la presencia de cerámica Rojo/bayo, característica del periodo Epiclásico en la cuenca de México, según los estudios realizados por Mastache, Jackson Cobean (1990), entre otros. Probablemente esta cerámica haya llegado al Altiplano Central desde el occidente durante ese periodo, e incluso antes. Estos hallazgos pueden estar relacionados con los del Complejo Apatzingán (Goggin, 1943), cuyos tipos cerámicos fueron definidos como Rojo/bayo y Apatzingán café.

Esos primeros grupos probablemente ya practicaban cultivos incipientes de maíz y de otros alimentos (Esparza, 1997; Grave, 1998), pero sus cosechas no serían abundantes. Se ha sugerido que en temporada de lluvias cultivaban variedades de maíz provenientes de las costas o de la cuenca del Balsas (Álvarez del Castillo, 1998). El clima de la región quizá no era benéfico y tuvieron que emigrar a regiones más fértiles hacia el norte. Aun así, las características de la región no fueron obstáculo para el posterior establecimiento de grupos sedentarios. Con seguridad, el cultivo de mejores variedades de maíz, así como procedimientos más especializados de caza y pesca, resultaron fundamentales para la conformación de esos grupos hacia principios del periodo Posclásico (1100 d.C.).

Con el paso del tiempo, las relaciones con otras tribus y grupos, tanto del norte como del sur, trajeron algunas costumbres externas que se harían propias, las cuales se manifestarían claramente en el Posclásico tardío. Faugère-Kalfon (1996) propuso la existencia de un corredor entre la zona de Tierra Caliente y la región de Zacapu, el cual habría servido para intercambiar mercancías, perecederas o no, hacia 1200 d.C., que correspondería al segundo periodo de ocupación de la Cueva La Pintada, reflejada en la cerámica del periodo Chila, como el Chila policromo o los anaranjados. Además del correr de mercancías, también se hizo patente la influencia ritual, en particular un diseño de pictogramas que en su mayor parte son conjuntos de grafismos figurativos (antropomorfos y zoomorfos) y geométricos (círculos, líneas, cuadrados, etcétera), precisamente como los hallados en La Pintada y la Cueva de los Herrera (fig. 9). Estas representaciones se asocian con la tradición llamada semiárida, proveniente de las culturas que se hallaban desde Estados Unidos de América hasta Michoacán (*idem.*), la cual estuvo limitada cronológicamente entre finales del Posclásico temprano y la conquista española. El hallazgo en la Cueva La Pintada, de los pictogramas, la cerámica Rojo/bayo y de la obsidiana proveniente de Zináparo-Varal podría confirmar la presencia en esta región de grupos originarios de las regiones semiáridas. Aquellos pequeños grupos provenientes del norte podrían haberse establecido temporalmente cerca de los valles y cuencas hidrológicas.

Posteriormente, a principios del Posclásico tardío y con la aparición del Estado tarasco en la región de los lagos de Pátzcuaro y Zirahuén, las rutas de comercio hacia Tierra Caliente se incrementaron. El afán de conquista y expansión de los gobernantes tarascos concatenaría otras relaciones en la región estudiada. Según Pollard (1993), el dominio de los tarascos comprometía a los pueblos sojuzgados al pago de tributos en mercancías diversas, y para Tierra Caliente en particular ese pago era principalmente a través de la explotación y el control de los metales preciosos. Sin embargo, esa conquista no implicaba el dominio en sus costumbres y quehaceres cotidianos, y por esa razón los rasgos netamente tarascos, como señaló Rubín

de la Borbolla (1948), son escasos en Tierra Caliente. Aun así, ciertos entornos naturales —como cumbres de montañas, manantiales, especialmente los de aguas sulfurosas o de minerales, los abrigos y las cuevas— fueron lugares sagrados para los grupos pre-tarascos y tarascos (Pollard, 1993). Las cuevas y abrigos eran vistos como entradas espirituales para el mundo de los muertos y centros de culto para Ucumu, dios del inframundo. También en otras partes de Mesoamérica (Brady y Prufer, 1999), las cuevas o abrigos eran sitios idóneos para realizar rituales, en particular los relacionados con el origen y el fin de la vida. Esto explicaría que la Cueva La Pintada haya sido un lugar de rito y enterramiento, como demostró el hallazgo de una importante cantidad de restos humanos. Los ritos de enterramiento y los bienes depositados como ofrendas eran necesarios para acelerar la llegada al inframundo. Con esos antecedentes se puede concluir que la última etapa de ocupación de la Cueva La Pintada habría sido durante el periodo Posclásico tardío (1400 d.C.), cuando fue usada como cementerio y lugar ritual, de lo cual quedan testimonios.

Comentarios finales

Resulta importante señalar en estas últimas líneas, las repercusiones del estudio de un abrigo rocoso o de una cueva. Desde el punto de vista de las excavaciones arqueológicas se debe considerar que si bien dentro de tales conformaciones naturales el espacio es limitado, pueden hallarse ahí huellas de los grupos humanos que las ocuparon en diferentes periodos; además de que esas evidencias pudieron conservarse a través de los años por disponer de las condiciones adecuadas. Más aún, la reconstrucción de los espacios vitales de un grupo cultural refleja que el desarrollo de esos grupos no fuera meramente local; es decir, no implicaba el aislamiento de los grupos, sino un constante ir y venir de costumbres, sacras y profanas, que conectaba a las regiones. La Tierra Caliente michoacana ha sido hasta ahora poco estudiada desde el punto de vista arqueológico; sin embargo, puede ser una pieza muy importante del rompecabezas mesoamericano, el cual se ha ido

definiendo por estas uniones espaciales y cronológicas, que ciertamente fueron trascendentales.

Bibliografía

- Aguirre Beltrán, Gonzalo
1952. *Problemas de la población indígena de la cuenca de Tepalcatepec*, México, INI.
- Álvarez del Castillo, C.
1998. “Restos arqueobotánicos en la Cueva La Pintada, Estado de Michoacán”, Reporte, México, ENAH-INAH, mecanoescrito.
- Benz, B.F.
1986. “Taxonomy and Evolution of Mexican Maize”, tesis de doctorado, Madison, University of Wisconsin.
- Blanco, A.
1999. “Estudio del material arqueozoológico procedente del Sitio 76 La Pintada”, México, Archivo Técnico de la Dirección de Salvamento Arqueológico, INAH, mecanoescrito.
- Brady J. y K.M. Prufer
1999. “Caves and Crystalmancy: Evidence for the Use of Crystal in Ancient Maya Religion”, *Journal of Anthropological Research*, núm. 55, pp. 129-144.
- Brand, Donald
1950. “Report of the Inter-American Society of Anthropology and Geography”, *Profesional Geographer*, vol. 2, núm. 2.
- Darras, V.
1999. *Tecnologías prehispánicas de la obsidiana. Los centros ceremoniales de la región Zináparo-Prieto, Michoacán, México*, México, CEMCA (Cuadernos de Estudios Michoacanos, 9).
- Esparza, J.R.
1997. “Reporte final de las actividades desarrolladas durante el proyecto Carretera Uruapan-Nueva Italia”, México, Archivo Técnico de la Dirección de Salvamento Arqueológico, INAH, mecanoescrito.
- Esparza, R., D. Tenorio, M. Jiménez-Reyes, G. Murillo y L. Torres-Montes
2001. “Provenance of Obsidian Artifacts Studied by PIXE from ‘Lagunillas’, an Archeological Site in Michoacán, México”, *International Journal of PIXE*, vol. 11-1, núm. 2.
- Faugère-Kalfon, B.
1996. *Entre Zacapu y Río Lerma: culturas en una zona fronteriza*, México, CEMCA (Cuadernos de Estudios Michoacanos, 7).
- Grave, A.
1998. “Reporte Final Proyecto Carretera Uruapan-Nueva Italia”, México, Archivo Técnico de la Dirección de Salvamento Arqueológico, INAH, mecanoescrito.
- Grave, A. y Pulido, S.
2000. “Los terracalenteños: una cultura arqueológica del Posclásico en Michoacán”, *Antropológicas*, núm. 17.
- Goggin, John Mann
1943. “An Archaeological Survey of the Rio Tepalcatepec Basin, Michoacán, México”, *America Antiquity*, vol. IX, núm. 1.
- González Crespo, N.
1979. *Patrón de asentamiento prehispánico en la parte central del Bajo Balsas: un ensayo metodológico*, México, SEP-INAH.
- Hurtado, Salvador
1987. “Informe preliminar de avance de trabajo del proyecto ‘Los materiales arqueológicos del Sur-occidente de Michoacán’ del 29 julio de 1986 al 28 de febrero de 1987”, México, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, mecanoescrito.
- Jiménez-Reyes, M., D. Tenorio, J.R. Esparza-López, R.L. Cruz-Jiménez, C. Mandujano y S. Elizalde
2001. “Neutron Activation Analysis of Obsidian from Quarries of the Central Quaternary Trans-Mexican Volcanic Axis”, *Journal of Radioanalytical and Nuclear Chemistry*, núm. 250, pp. 465-471.
- Kelly, I.
1947. *Excavations at Apatzingan Michoacan*, Nueva York, Viking Found (Publications in Anthropology, 7).
- Limón, Silvia
2011. “La Cuenca del Tepalcatepec en época prehispánica”, en José Arturo Oliveros (ed.), *Raíces*

culturales en la historia de la Tierra Caliente Michoacana, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 145-166.

• Lister, Robert

1949. *Excavations at Cojumatlán, Michoacán, Mexico*, Albuquerque, University of New Mexico (Publications in Anthropology, 5).

• Lorenzo Bautista José L.

1964. “Primer Informe sobre los trabajos arqueológicos de rescate efectuados en el vaso de la prensa de El Infiernillo, Guerrero y Michoacán”, *Boletín INAH*, núm. 17.

• Lumholtz, Carl S.

1970. *El México desconocido: cinco años de exploración entre las tribus de la Sierra Madre Occidental: en la Tierra Caliente de Tepic y Jalisco y entre los tarascos de Michoacán*, 2 vols., México, Nacional.

• MacLeod, B. y D. Puleston

1978. “Pathways into Darkness: the Search for the Road of Xibalba”, en *Memorias de la Tercera Mesa Redonda de Palenque*, Palenque, Precolumbian Research Center, vol. IV, pp. 71-77.

• Mastache, A.G., R. Cobean y D. Jackson

1990. Las industrias líticas Coyotlatelco en el área de Tula, México, INAH (Científica, 221).

• Mountjoy, J.

1982. “An Interpretation of the Pictographs at La Peña Pintada, Jalisco Mexico”, *American Antiquity*, núm. 47, pp. 110-126.

• Pepper, G.H.

1916. “Yacatas of the Tierra Caliente, Michoacán, México”, s.l.e., J.W. Bryan Press.

• Pereira, Gregory

1996. “Nuevos hallazgos funerarios en Loma Alta, Zacapu, Michoacán”, en Eduardo Williams y Phil C. Weigand (eds.), *Las cuencas del Occidente de México, Época prehispánica*, México, El Colegio de Michoacán/CEMCA/Instituto de Investigación Científica para el Desarrollo en Cooperación.

• Pollard, H.

1993. *Tariacuri's Legacy. The pre-Hispanic Tarascan State*, Norman, Oklahoma University Press.

• Rubín de la Borbolla, D.

1948. “Arqueología tarasca”, en *El Occidente de México: Memorias de la IV Reunión de la Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Arqueología*, México, SMA, pp. 29-33.

• Starr, F.

1898. *The Mapa de Cuauhtlanzinco or Códice Campos*, Chicago, s.e.

• Stuart, G. E.

1981. “Maya Art Discovered in a Cave”, *National Geographic*, núm. 160, pp. 221-235.

• Thompson, J.E.

1959. “The Role of Caves in Maya Culture”, *Mitteilungen aus dem Museum fur Volkerkunde in Hamburg*, vol. XXV, 122-129.

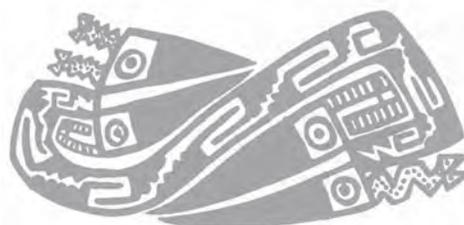
• Trujillo, Armando

2011a. “Antecedentes de la arqueología terracalienteña”, en José Arturo Oliveros (ed.), en *Raíces culturales en la historia de la Tierra Caliente michoacana*, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 27-38.

2011b. “La estructura del paisaje y su influencia en la arqueología de Tierra Caliente”, en José Arturo Oliveros (ed.), *Raíces culturales en la historia de la Tierra Caliente michoacana*, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 39-64.

• Zepeda García Moreno, Gabriela

1988. Materiales arqueológicos del Sur Occidente de Michoacán, Informe Parte I y Parte II, abril, 346 pp., 18 dibujos, 5 mapas y 5 croquis.



Luis Alberto López Wario,* Salvador Pulido Méndez,* José Jorge Cabrera Torres,*
Eduardo Andrés Escalante Carrillo,* Gerardo Fidel Martínez Catalán*

Salvamento arqueológico en la carretera Cuitzeo-Pátzcuaro, Michoacán

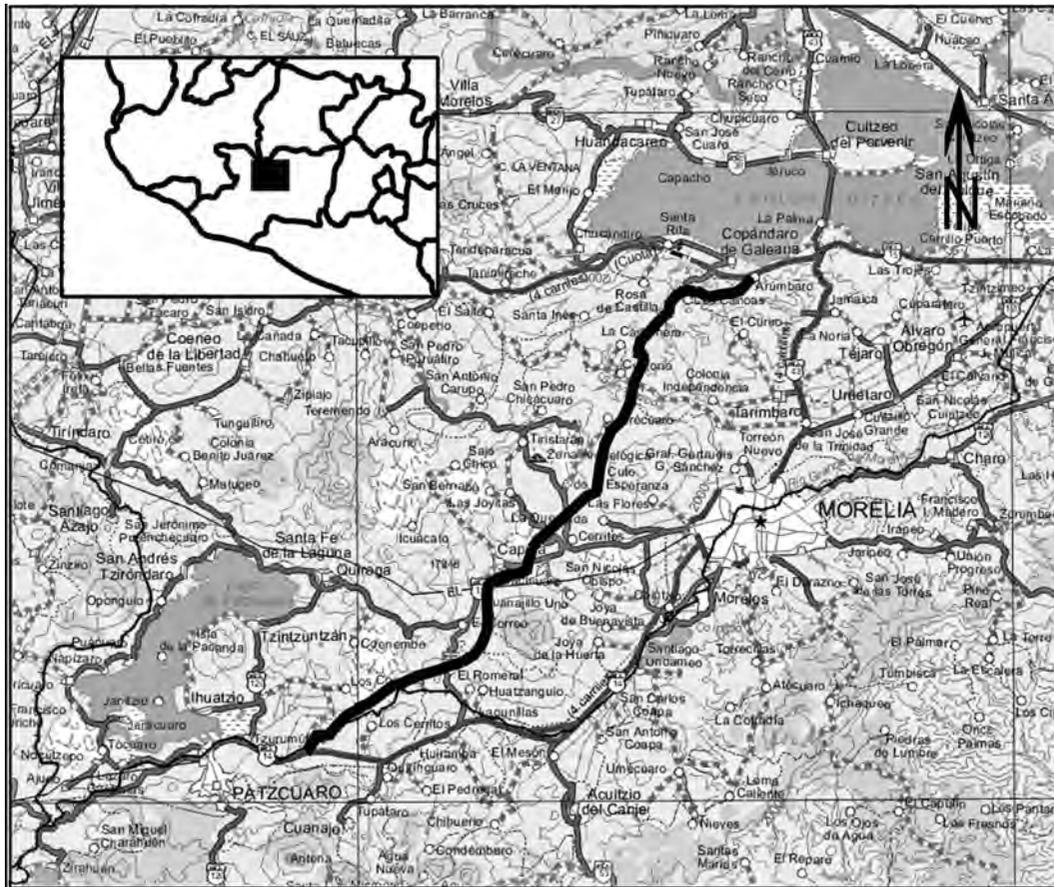
Este trabajo presenta los resultados de la investigación arqueológica que se desarrolló con el objetivo de evitar afectaciones al patrimonio arqueológico y que se realizó con motivo de la construcción de una carretera federal en el estado de Michoacán. Se analiza la información relacionada con los cuarenta sitios registrados, su ubicación en zonas fisiográficas, áreas geográficas y áreas productivas con relación con el medio ambiente, las relaciones entre los mismos asentamientos prehispánicos y la transformación general en el proceso histórico.

We report on the results of archaeological research conducted to prevent damage to archaeological patrimony as a result of the construction of a federal highway in the state of Michoacán. It analyzes information related the 40 sites recorded, their location in physiographical, geographical and productive areas in relation to the environment, the relationships between these pre-Hispanic settlements, and the overall transformation within local historical processes.

A partir de la oficialmente así planteada necesidad de actualización en las vías de comunicación para el estado de Michoacán, el gobierno federal decidió proyectar la construcción del libramiento carretero poniente de la ciudad capital, que permitiría evitar el paso por la sede del gobierno estatal del tránsito hacia el poniente y sur de la entidad. Como ocurre con este tipo de obras de infraestructura, su construcción originará perturbaciones de diferente índole, entre ellas las de carácter social, las que impactan directamente al medio ambiente y las eventuales afectaciones al patrimonio arqueológico.

* Dirección de Salvamento Arqueológico, INAH.

La investigación arqueológica y la obra carretera que la motivó se desarrollan en el ámbito de la entidad michoacana, de la cual resaltamos algunos aspectos sociales. El Instituto Nacional de Estadística y Geografía (INEGI, *Panorama sociodemográfico de México. Censo de población y vivienda 2010*) informa que para 2010 el estado de Michoacán de Ocampo abarca 3% del territorio nacional, con 58 600 km² que se dividen en 113 municipios. En ese espacio viven cerca de 4.5 millones de habitantes que significan 4% de la población nacional, y que se alojan en poco más de un millón de viviendas, lo que arroja un promedio de cuatro personas por vivienda. A pesar de los cotidianos y múltiples esfuerzos de la sociedad, y contra lo que dicen los discursos gubernamentales federales y estatales, la mortalidad infantil manifiesta un alto promedio de 4 infantes nonatos por cada 100 partos exitosos, relacionado con los hechos que únicamente 54% de los residentes goza de asistencia médica ya sea pública o privada, que poco más de 70% cuenta con agua potable por toma domiciliaria y que aún 10% de la población vive en casas de piso de tierra, aunado a que sólo la mitad de la población es económicamente activa, para lo que se considera en este dato desde los niños en sus tempranos 12 años, sin olvidar que 11% de la población es analfabeta. Como es común en este país centralista, el municipio de Morelia cuenta con 2% del territorio estatal con 1 200 km², y registra 17% de la población de la entidad, la mayor congregación poblacional en la entidad con 730 mil personas.



● Fig. 1 Trazo de la carretera Libramiento Poniente Morelia, resaltado en línea negra de mayor grosor.

Para esta obra el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH) contó con la posibilidad de realizar oportunamente los trabajos de salvamento arqueológico para determinar la factibilidad de construcción ante la eventual existencia de vestigios pleistocénicos, prehispánicos e incluso históricos en la zona de afectación y, en última instancia, con el objetivo de llevar a cabo los estudios pertinentes para proteger, recuperar y conocer con el mayor detalle y profundidad posibles las huellas de la vida de antiguos grupos humanos que habitaron la región. La investigación fue confiada a la Dirección de Salvamento Arqueológico y desarrollada por los suscritos.

Estos trabajos de salvamento estuvieron enmarcados en el Proyecto Arqueológico Libramiento Morelia (PALM) y se realizaron en un transecto cuyo eje fue el propio proyecto de construcción de la obra señalada, longitud en que se considera-

ron 60 m del derecho de vía para efectuar las labores de prospección, además de las circunstancias técnicas como la disponibilidad de imágenes aéreas del terreno que será intervenido por la obra. De esta forma, de hecho se analizó y se verificó un tramo de territorio de más de 56 km de largo por 2 km de ancho en promedio, con el objetivo de determinar arqueológicamente el impacto regional.

El kilómetro “0” de este eje se encuentra en las orillas del lago de Cuitzeo, en el norte de Michoacán, en las vecindades del poblado de Arúmbaro, municipio de Copándaro de Galeana; el otro extremo se localiza en las inmediaciones de Pátzcuaro, hacia el centro del estado. El curso del nuevo camino pasará en las cercanías de varios poblados entre los que destacan Morelia, Capula y Pátzcuaro; además, se atravesaron los municipios de Copándaro, Morelia y Pátzcuaro (fig. 1).

Sin embargo, son sólo dos las zonas fisiográficas en que se realizará la obra. Por un lado, la zona norte que forma parte del Bajío y consiste en una amplia planicie con elevaciones de mediana altura y algunas mesetas, con paisaje semiseco asociado a escasas lluvias, vegetación de matorral en el que destacan los mezquites, aunque en las partes altas se encuentran pequeños relictos boscosos.

Por otra parte, la zona sur se integra al Eje Volcánico Transversal y se distingue por un abigarrado paisaje de montañas, conos cineríticos, grandes extensiones de derrames lávicos o malpaíses y algunos pequeños valles intermontanos, con mediana cantidad de lluvias y heladas habituales durante los meses de invierno; la vegetación que caracteriza a esta área es principalmente de bosque de encino y pino (fig. 2).

Metodología

Los trabajos arqueológicos iniciaron cuando la Secretaría de Comunicaciones y Transportes (SCT) proporcionó la información técnica mínima, es decir planos respectivos de la construcción de la obra y fotografías aéreas del terreno en que se desarrollará. Se analizó el material estereoscópico con el objetivo de detectar probables zonas con evidencias de alteración provocada por el hombre durante la época prehispánica, como son alineamientos, montículos, caminos, entre otros rasgos,



● Fig. 2. Volcanes, montañas y valles forman suelos fértiles.

patentes por lo general en formaciones geométricas.

También permitió el reconocimiento previo para la ubicación de caminos y poblados cercanos para la actualidad, así como para determinar distancias, lo que facilitó el acceso a las áreas de interés. Se entendía que, en conjunto, la información posibilitaría definir el patrón de los asentamientos prehispánicos en esta región.

Así, se efectuaron labores de prospección en la zona de impacto por la obra para evaluar lo obtenido durante la fase de fotointerpretación; se recorrió el área con el complemento de la información que se recibía de los habitantes de la región, pues muchos de ellos saben de la ubicación de las construcciones prehispánicas conocidas comúnmente como yácatas, “iglesias viejas” o casas de los “antiguos”.

Sin embargo, y debido a que no se contó con el material suficiente para toda la zona, y para evitar mayores contratiempos, se usaron las imágenes satelitales disponibles en la Internet, particularmente las obtenidas a través del programa informático *Google Earth*, que devino una gran herramienta tanto para la detección e interpretación de los elementos que conformarían los asentamientos prehispánicos como de apoyo en campo para la identificación de vías de comunicación y accesos a los sitios.

Los reconocimientos en campo se hicieron con fotografías aéreas y cartas topográficas con el auxilio de brújulas azimutales, cámaras fotográficas digitales y dispositivos portátiles de geoposicionamiento global (GPS), que proporcionaron precisión para localizar las marcas potenciales y ubicar los sitios con vestigios arqueológicos.

Una vez reconocida la presencia de evidencias patrimoniales en un área determinada, se definieron los elementos que integran el asentamiento; se recolectó una muestra de los materiales muebles que caracterizan al sitio, principalmente cerámica y lítica; se determinó la extensión aproximada del mismo y los datos de su ubicación, se realizaron tomas fotográficas y con estos datos se completó la cédula correspondiente para su registro oficial en el Catálogo Nacional de Sitios Arqueológicos. En total, se registraron 40 sitios con evidencias patrimoniales.



● Fig. 3 Calca de manifestación gráfico rupestre. Ejemplo en sitio Encino Seco.

La presencia de manifestaciones gráfico-rupestres hizo necesaria la calca de las mismas, tanto para preservar su existencia como para posibilitar su posterior estudio, pues en general se encontraron deterioradas, ya sea por acción de los agentes naturales como la intemperie y la flora y fauna, o por ser objeto del vandalismo que se efectúa en ellas a causa de la ignorancia y la indolencia (fig. 3).

A la par del reconocimiento de superficie, se consideró la necesidad de excavar en algunos de los asentamientos localizados. Para ello se tomaron en cuenta las características de los sitios, tanto de sus elementos arquitectónicos como la cantidad y calidad de otros materiales; su ubicación en el entorno de los asentamientos; la posibilidad de una mejor y mayor colecta de datos, así como su localización en relación con la obra que implicaría su probable afectación a corto o mediano plazos; por otra parte, se consideró también su unicidad y representatividad. No se debe soslayar el gran peso de la aquiescencia o reticencia hacia la obra por parte de los propietarios.

Las excavaciones practicadas fueron de pequeñas dimensiones, con áreas de 2 m por 1 m, y tuvieron como objetivo proveer de una secuencia estratigráfica y de ocupación de los asentamientos; las excavaciones de mayores dimensiones, principalmente las conocidas como calas, tuvieron el carácter de exploraciones extensivas, con tamaños adecuados a las metas de excavación y que en

general consistían en determinar las características y dimensiones de una unidad habitacional, el sistema de construcción de una terraza o de un montículo, entre otras. Las excavaciones fueron realizadas en las diversas secciones de cada uno de los asentamientos (fig. 4).

Considerando el grado del eventual impacto por la obra, los plazos y recursos disponibles, así como los objetivos del proyecto, las excavaciones se restringieron en número; no obstante, fueron suficientes para determinar algunos aspectos que interesaban de los asentamientos, como fechas de ocupación y su carácter dentro del sistema regional, y al menos los rasgos generales de la filiación cultural de sus habitantes, entre otros.

Se efectuaron excavaciones arqueológicas en siete de los sitios registrados: La Chancla, Peñascos, La Nopalera, Encino Seco, La Cuartería, Parástaco y El Jagüey. El total de trazo restringido para el desarrollo de la obra por la SCT fue de 4+450 km, 8.2% del total del trazo carretero. Se estableció que una vez concluidas las labores de exploración arqueológica, y en función de que las características y el estado de conservación de las evidencias patrimoniales registradas lo permitieran, los tramos serían liberados de manera secuencial, lo cual ocurrió.

En esos sitios se obtuvieron materiales cerámicos y líticos que fueron analizados y cuantificados para obtener datos sobre las formas de vida de la gente que los generó. Éstos, en conjunción con los



● Fig. 4 Excavaciones arqueológicas en el PALM. Ejemplo en el sitio La Cuartería.



● Fig. 5 Registro de evidencias arqueológicas en superficie. Ejemplo del sitio La Cuartería.

obtenidos en otras fases del trabajo, se analizaron y aquilataron para ofrecer una visión posible de la evolución social de la zona bajo investigación.

El estudio tipológico de las colecciones cerámicas permitió ubicar cronológicamente las ocupaciones de los sitios registrados, establecer una secuencia ocupacional y proponer las interacciones sociales inter o intrarregionales, y aunado al análisis lítico permitió generar propuestas de obtención de materias primas.

Con fines de protección, y para futuros estudios de las evidencias, se establecieron polígonos en los sitios arqueológicos Encino Seco, La Cuartería, La Lagunita y Parástaco.

Esta determinación del INAH orilló a que la SCT generara una propuesta de nuevo trazo, en concreto del cadenamamiento 21+628 al km 24+300 y del cadenamamiento 25+922 al km 28+916, la cual al ser evaluada —con base en el potencial impacto a las evidencias arqueológicas señaladas en las poligonales de restricción total de obra (trazo rojo) y de amortiguamiento (trazo amarillo) de los cuatro sitios (fig. 5)—, se decidió que permitía liberar en su totalidad del potencial impacto a los sitios Encino Seco, La Cuartería y La Lagunita, y casi en su totalidad al sitio de Parástaco, en cuyo caso la eventual afectación se centraría en la zona de amortiguamiento, establecida por la DSA con ese objetivo, y que se encuentra lejana a la zona de evidencias arqueológicas de mayor relevancia.

En esa área se efectuó un nuevo reconocimiento, y con ello se determinó que no existiría daño

en las evidencias arqueológicas. En función de lo anterior se consideraron factibles y adecuadas las modificaciones de trazo.¹

Resultados

En el área de estudio se establecieron por fotointerpretación y análisis de imágenes satelitales 93 marcas potenciales, numeradas del 1 al 93, con probable presencia de evidencias arqueológicas; a dichas marcas se agregaron siete más durante la prospección, denominadas con letras de la A a la G, para un total de 100 marcas por verificar.

De esas 100 marcas, la mitad no presentaron evidencias arqueológicas muebles o inmuebles; en siete no fue posible verificarlas por diversas razones, principalmente por seguridad para los integrantes; y en 43 casos fueron registradas evidencias patrimoniales muebles, inmuebles o de ambos tipos que arrojaron un total de 40 sitios con vestigios, pues en tres de los casos dos marcas diferentes conforman un sitio. Para el total de sitios patrimoniales registrados se elaboró la cédula respectiva.

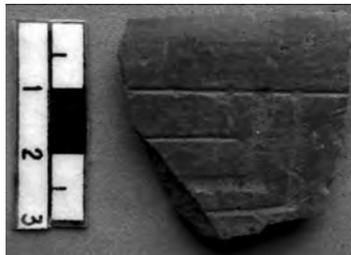
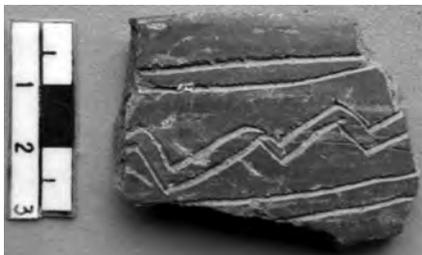
De 40 sitios registrados, dos corresponden a evidencias del siglo XX y los restantes 38 son de origen prehispánico. En ocho de los 38 casos arqueológicos se detectó la presencia de manifestaciones rupestres (figs. 6 y 7).

Del total de sitios patrimoniales, se plantearon labores de excavación en trece (32.5% de ese universo) y en diez de ellos se establecieron restricciones iniciales para que la SCT efectuara la obra

¹ Con todo, las labores arqueológicas no estuvieron exentas de las vicisitudes que le otorgan a la arqueología su toque de aventura, y en nuestros días incluso de disciplina extrema: eventos derivados de múltiples factores, desde los naturales, en particular de corte climático, que brindaron días de recorrido bajo una pertinaz lluvia o de las contrastantes condiciones de temperatura y las derivadas de la presencia de fauna natural y la inducida, como los enfrentamientos con serpientes y ganado bravo. Empero, no se puede soslayar que también incidieron las condiciones sociales que impactan con crudeza al país y llegan a afectar la seguridad personal, y que en nuestro caso —y por fortuna— no pasaron de unos cuantos sustos. Asimismo, en algunos casos es inevitable lidiar con la incomprensión o los intereses de los dueños de los predios que se oponían a la construcción de la obra y, por ende, al desarrollo del trabajo arqueológico.



● Fig. 6 Manifestaciones gráfico rupestres. Detalle de un panel en el sitio Barranca de los Monos.



● Fig. 7 Fragmentos cerámicos analizados. Ejemplo de tipo Agropecuaria y figurilla Alisado.

en esos tramos específicos: siete casos de índole mayor y tres casos de menor impacto.

Se determinó excavar arqueológicamente siete sitios, en función de su potencial afectación por el trazo carretero y por lo relevante de sus características; sólo fue posible explorar seis de ellos. En todos los sitios la gestión para autorización de excavaciones se efectuó por conducto de la SCT, habida cuenta la afectación puntual y directa por la obra.

La presencia de estos sitios arqueológicos implicó la restricción para otorgar la autorización técnica y legal arqueológica de obra del proyecto carretero. Los sitios en que se determinó la restricción inicial son La Chancla, Peñascos, El Jagüey, La Nopalera, Encino Seco, La Cuartería y Parástaco.

En los otros seis sitios, de los trece en que se propuso inicialmente alguna labor de excavación, no se implicaba afectación por la obra, pero su exploración permitiría ampliar la definición de diversos temas académicos de interés para el proyecto arqueológico.

Sin embargo, en todo momento se estuvo consciente que en esos casos se incrementaba la complejidad administrativa y operativa para efectuar las exploraciones en ellos. Por eso se plantearon siempre en segundo término, y siempre una vez cubiertas las labores indispensables establecidas en el convenio INAH-SCT. Al final, se determinó que no fueran explorados arqueológicamente los sitios Los Tecorrales, Casahuate, Tres Terrazas, Los Potros, Nube Larga 2 e Iratzio Viejo.

Visto en conjunto, a partir del análisis de las características de los elementos culturales y las imperantes condiciones naturales, fue posible definir dos subregiones de

corte arqueológico para el tramo prospectado con base en el análisis de varios factores.

La existencia de dos subregiones arqueológicas coincide e inclina a pensar su probable y estrecha relación con factores como son el tipo de suelo y su uso, los elementos geológicos y los componentes climáticos, que le otorgan unicidad natural a las áreas y que se caracterizan por un marcado cambio de composición de los horizontes edafológicos.

Estos factores debieron incidir en el tipo, ubicación espacial y distribución de los asentamientos humanos, sin olvidar el peso de la variable de su ubicación cronológica.

La primera de tales subregiones se extiende de la playa sur de la laguna de Cuitzeo hasta 8 km en línea recta por el trazo carretero hacia el poniente, y la segunda, después de un espacio vacío de evidencias que abarca poco más de 11 km, desde la población de Jerécuaro hasta el final del trazo en las inmediaciones de Pátzcuaro, con los restantes 37 km de trazo.

Es decir, en el transecto del proyecto de cerca de 56 km la distribución de asentamientos responde en gran medida a factores naturales, en combinación con determinaciones de tipo social.

De manera específica, se establece que de 40 áreas patrimoniales registradas en la prospección de este proyecto, 20 (50%), se encuentran en terrenos que presentan suelos de tipo Vertisol pélico o simplemente Vertisol, con una clara predominancia; catorce casos (35%) se encuentran en suelos de tipo Luvisol vértico, Luvisol crómico o sólo Luvisol, y con dos sitios cada uno, es decir 5% en cada caso, los suelos Litosol, Feozem lúvico y Andosol, ya sea mólico o húmico.

Es decir, en el área de estudio se registraron sitios patrimoniales que se ubican preferentemente en suelos que refieren un alto potencial productivo para una amplia gama de bienes agrícolas o de recursos boscosos, aun cuando implicaron un gran esfuerzo de los antiguos habitantes para el aprovechamiento de los bienes naturales. Si integramos los porcentajes de los tipos de suelo, resulta que 85% de los asentamientos registrados se ubica con marcada predominancia en cuatro tipos de suelo: Vertisol pélico, Luvisol vértico, Luvisol crómico y Luvisol con Feozem.

Significativamente, resalta la escasa o nula presencia de ocupación de espacios en los que predomine el suelo Feozem, que cuentan con moderada o alta capacidad productiva.

Asimismo, es notable que los habitantes de la época prehispánica se establecieron en áreas cercanas a corrientes temporales de agua y a yacimientos de basalto.

En tanto, el análisis de materiales cerámicos se hizo con base en sus características de superficie,

y se procedió a utilizar el método de tipo/variedad. Se contó con el apoyo de estudios arqueológicos realizados en las cuencas de Cuitzeo y Pátzcuaro, de la zona de Zacapu y algunas investigaciones efectuadas en las áreas del vecino estado de Guanajuato (es el caso de las investigaciones de Hellen Pollard, Patricia Carot y Beatriz Braniff, principalmente). Con ello fue posible definir los tipos cerámicos y las fases ocupacionales.

Se obtuvieron fragmentos de bordes, cuerpos, asas, y en algunos casos se reunió hasta 40% de la pieza, con lo cual fue posible definir formas como cajetes, ollas, cazuelas, tecomates, cuencos, pipas e incluso fragmentos de figurillas, y en algunos casos se observan huellas de uso tales como restos de hollín.

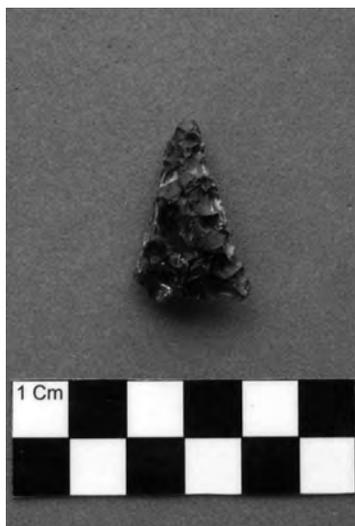
En la mayoría de elementos se pudo establecer que su función primordial se enfocó a las labores domésticas, en concreto para almacenar y cocinar alimentos; sin embargo, cabe señalar que también existen fragmentos que indican uso en actividades rituales, caracterizados por el acabado fino en la superficie.

Mientras en la decoración predomina el engobe en color rojo, bayo, café o crema; en el caso de los policromos se registra el rojo sobre bayo o rojo sobre crema, el blanco, rojo y negro sobre bayo, tanto en tipos alisados o pulidos al interior o exterior.

Los materiales que indican su uso ritual presentan decoración técnica al negativo, con el acabado en pulido o con excelente bruñido.

No se puede dejar de lado los tipos alisados, que no contienen engobe o pintura y representan la mayor cantidad de elementos arqueológicos en algunos sitios (fig. 8).

Para el material lítico se siguió el método tipológico (García Cook, 1967; Rodríguez Lazcano, 2005; Sliva, 1997), que considera como inicio de la clasificación diferenciar las materias primas de los artefactos (industria), para posteriormente determinar la técnica de manufactura (género o clase), la función general a la que fueron sometidos (uso), la función específica a la que fueron dedicados (categoría), las formas generales (familia), las formas de las partes activas o funcionales (tipo), y las formas particulares (variantes), si bien esta clasificación se orienta al aspecto tecnológico



● Fig. 8 Punta de proyectil bifacial, con muescas angulares. Ejemplo del sitio Peñascos (recuperada en prospección).

de los artefactos con el fin de establecer la estructura de las industrias de la materia prima empleada.

De esta manera se pueden determinar las actividades sobre el material lítico que realizaron los antiguos habitantes de la región poniente de Morelia.

Debido a la factibilidad de estudiar todos los procesos empleados para elaborar un artefacto, y con el objetivo de lograr una interpretación amplia respecto a la tecnología lítica, se realizó primeramente una clasificación con base en la materia prima y la contabilidad de los materiales en su totalidad, incluyendo el material de desecho de manufactura, de gran importancia para la identificación de posibles talleres.

No todos los sitios arqueológicos contaron con material arqueológico en superficie, aun cuando fue posible recuperar importantes elementos líticos de las excavaciones en los sitios Parástaco, La Cuartería, Encino Seco, Peñascos y La Chancla.

Se recolectaron un total de 912 elementos líticos, de los cuales 500 corresponden a los obtenidos en la fase de trabajo de superficie, y 412 fueron recuperados durante las excavaciones en los siete sitios mencionados. Para un adecuado desarrollo de la investigación y mejor manejo del material recuperado, se conformó una muestra con base en el registro fotográfico y valoración de artefactos,

y elementos que proporcionen información clara respecto a la tecnología y manufactura. La muestra de este estudio se compone de 486 elementos, de los cuales 179 fueron recuperados en las excavaciones.

En una primera observación para la identificación de la materia prima, es notoria la presencia de elementos manufacturados con obsidiana, vidrio volcánico generalmente de color negro que se forma cuando las lavas incandescentes se enfrían rápidamente; también se detecta la riolita, una roca ígnea extrusiva de textura afanítica producida por la solidificación del magma; también elementos elaborados en pedernal o sílex, que es una roca dura, compacta, afanítica, quebradiza, de fractura astillosa, de translúcida a opaca, de color variado e incluso de basalto, que es una roca ígnea de grano fino y color oscuro (Mirambell, 2005; Pastrana, 2006; Pulido, Araiza y Grave, 1996).

Respecto a la tecnología, la evidencia muestra una presencia notoria de artefactos tallados, como son las navajillas prismáticas de obsidiana, los raspadores y las raederas; y pulidos, como las manos de metates. Destacan los artefactos de obsidiana, recurrentes en todos los sitios, principalmente El Atascado, Parástaco, Cuartería, Peñascos, La Chancla, Rancho Viejo de las Yácatas y Buenavista.

Es importante señalar que la obsidiana es una materia prima mediante la cual, a través de la identificación de sus diversas variantes de color y cantidad de artefactos, resulta posible inferir respecto a cronología, identificación de talleres y relaciones comerciales. En este punto destaca el sitio Rancho Viejo con la mayor cantidad de elementos de obsidiana, 28.9% del total de la muestra, ubicado en la cumbre de una elevación desde la cual se pudo desarrollar un control visual de la cuenca de Cuitzeo y, por ende, pudo ser un lugar estratégico para intercambio.

En este sitio fue posible recuperar gran cantidad de elementos de obsidiana, principalmente fragmentos de manufactura y desechos de talla relacionados con un núcleo subprismático y diversos artefactos tallados terminados, lo cual nos permite inferir la posibilidad de identificar al sitio Rancho Viejo como un taller de artefactos de obsidiana.

La interpretación se basa en las relaciones de intercambio y aprovechamiento de los recursos de la región circundante, con base en la identificación de las propiedades físicas de la obsidiana.

Al considerar los sitios con mayor cantidad de elementos de obsidiana ya mencionados, 90.8% corresponde a obsidiana de color gris (con sus variantes gris lechoso, gris oscuro, gris transparente), proveniente probablemente de los yacimientos locales de la región Zinapécuaro-Ucareo; menos de 1% corresponde a obsidiana marrón-rojiza, posiblemente proveniente del cerro Zináparo; 5.4% corresponde a obsidiana verde, la cual pudo haber provenido de la Sierra de las Navajas, en el estado de Hidalgo, y poco menos de 3% corresponde a la obsidiana negra (Pulido, Araiza y Grave, 1996).

En este caso destacan los sitios Rancho Viejo, Parástaco, La Cuartería, La Chancla y Buenavista, pues cuentan con presencia de obsidiana verde; La Cuartería dispone de la mayor cantidad, 56.25%, lo cual se relaciona con una ocupación durante el periodo Clásico; sin embargo, el resto de la evidencia se relaciona con el registro cerámico, convergiendo con la ocupación principal, es decir, durante el periodo Posclásico temprano (900-1100 d.C.).

Los principales artefactos de obsidiana son en su mayoría navajillas prismáticas (con o sin retoque lateral), así como raspadores, raederas, lascas retocadas y puntas de proyectil y, en menor frecuencia, cuchillos y perforadores.

Otros artefactos de menor presencia son los elaborados de riolita y basalto. La Chancla es un sitio que destaca por la abundante presencia de lascas y desecho de riolita, principalmente gris y rojiza, pudiendo fungir como un taller de este tipo de materia prima. Al igual que la obsidiana, la riolita se encuentra presente en casi todos los sitios. Sobresalen los raspadores, raederas y afiladores.

En basalto únicamente se registraron artefactos elaborados con la técnica de pulido, como son manos de metates asociados con terrazas en La Chancla, Peñascos, Parástaco y Buenavista, lo cual se relaciona con el carácter doméstico de las mismas terrazas.

Se recuperaron también escasos artefactos considerados “implementos”, como son dos posibles

tapas de jarra elaborados con riolita, en el sitio de La Cuartería, y un implemento también de riolita —posiblemente empleado para el moldeo y lustrado de recipientes de cerámica—, hallado en el sitio de Parástaco y asociado a un entierro.

Finalmente, destacan dos esculturas de piedra basáltica registradas en Parástaco, uno de ellos denominado “La mona”, por su peculiar forma antropomorfa similar a un simio, y una escultura de menor tamaño con forma fálica y rostro antropomorfo, asociada a una de las principales estructuras del sitio, denominada “La Yácata”.

Es decir, a partir del análisis de los materiales líticos se puede señalar la existencia de dos etapas en el panorama cultural: la primera se define por la explotación y el aprovechamiento de los recursos líticos de la región, así como por el abastecimiento de obsidiana del Occidente y centro de México, mediante el establecimiento de posibles movimientos de intercambio y definición de la función de los sitios a través de las dos subregiones del poniente de Morelia.

La presencia de obsidiana es generalizada en la región; sin embargo, el sitio Rancho Viejo —debido a su localización geográfica en una zona elevada de la cuenca de Cuitzeo, con control visual sobre la misma— representa un área de talla y abastecimiento de materia prima procedente de la Sierra de las Navajas, así como de Zináparo y Zinapécuaro, constituyéndose en tal caso como la puerta de entrada de la obsidiana hacia la segunda subregión.

Con la industria de riolita se observa el mismo panorama, siendo La Chancla el sitio de entrada de esta materia prima hacia la otra subregión.

En lo que respecta a la industria de basalto, la distribución de la materia prima no parece implicar un sitio de acceso y distribución de la misma.

En la segunda etapa el desarrollo tecnológico general de la región permite identificar una especialización en la manufactura de artefactos líticos de obsidiana y riolita, principalmente. En este sentido, la industria de la obsidiana se encuentra representada por la elaboración de navajillas y puntas de proyectil, dando origen a la especialización mencionada principalmente en la segunda subregión, en tanto que en los sitios de la primera subregión se observa una mayor cantidad de desecho de manufactura y artefactos sin terminar.

La industria de riolita, por otro lado, parece ser una actividad manufacturera local de artefactos, principalmente raspadores, tajadores, raederos y cuchillos. La mayor especialización se localiza en la subregión de la cuenca de Cuitzeo, contrario a lo que se observa con la industria de obsidiana.

Cronológicamente, la evidencia de material lítico en la región del poniente de Morelia se asocia a la ocupación durante las fases temprana y tardía del Posclásico (900-1525 d.C.). Así, se puede afirmar que la densidad de los elementos líticos es directamente proporcional a la accesibilidad de la fuente de materia prima.

Vista en detalle, se puede afirmar que a partir de la margen lacustre de Cuitzeo hasta la zona de derrames lávicos del Quinceo se encuentra una subregión edafológica, que es denominada por el INEGI como “Subprovincia Sierras y Bajíos Michoacanos”.

En este espacio fueron registradas ocho áreas con evidencias patrimoniales, numeradas del 1 al 8. Es decir, en una franja de 8 km se encontraron dispersos asentamientos humanos prehispánicos de tipo doméstico, sin mayor presencia arquitectónica que algunos acomodamientos de piedras formando terrazas y en los que se puede determinar mayor filiación con la zona denominada Bajío que con la meseta tarasca.

La ocupación principal y más extensa para la subregión de Cuitzeo se presentó durante el periodo Clásico, y en algunos sitios permaneció hasta el Posclásico tardío, con probables relaciones con los asentamientos ubicados en la zona hoy conocida como el Bajío.

Estos ocho sitios arqueológicos cuentan con elementos materiales distintivos y comparativamente diversos a los sitios ubicados en la otra subregión, lo cual refuerza el planteamiento de estas dos subregiones arqueológicas.

De la colección cerámica que se tiene para los ocho sitios ubicados en la primera subregión, en los denominados La Chancla y Peñascos se recuperó material de excavación y se pudo definir con mayor certidumbre la ocupación; esto permitió proponer rangos de temporalidad de los materiales para los otros seis sitios, que se significan por la escasez de evidencias cerámicas en superficie.

Los materiales arqueológicos son recurrentes en su tipología, semejante a la de los sitios regis-

trados para la cuenca de Cuitzeo, pero esto ocurre principalmente en La Chancla, Peñascos y Rancho Viejo; los dos primeros cuentan con presencia de material cerámico y lítico a diferencia de Rancho Viejo, donde es evidente una mayor densidad de materiales líticos. Los elementos cerámicos y líticos indican su uso en la vida cotidiana para el almacenamiento, la preparación y el servicio de alimentos.

La más temprana ocupación humana en los asentamientos de La Chancla, Rancho Viejo y Peñascos, y en general los detectados en esta subregión, tuvo lugar durante el periodo Clásico (350-900 d.C.), con interacción cultural y comercial con el Bajío guanajuatense y con la zona vecina de Zacapu, aunque esto no impedía sostener una relación comercial, quizás muy controlada, con algunos sitios del centro de México.

Aun cuando la característica primordial de estos asentamientos es que son de corte habitacional, el sitio Rancho Viejo puede ser definido como una zona de actividad de talla, manteniendo así un papel importante en la subregión, al constituirse como un lugar estratégico para el proceso de producción y de intercambio.

Los tres sitios mencionados en el párrafo precedente también presentan ocupación durante el Posclásico (900-1525 d.C.), particularmente Rancho Viejo, pues si bien no se cuenta con tiestos que denoten su temporalidad durante el Posclásico, su importancia está definida por ser una zona de manufactura lítica, cuyos productos continuaron distribuyéndose hasta esta época.

Mientras el asentamiento llamado La Chancla desaparece paulatinamente hacia la mitad del Posclásico, el de Peñascos crece debido a la influencia proveniente de la zona de Pátzcuaro, al convertirse probablemente en un lugar de paso para el comercio o intercambio de productos entre las cuencas de Cuitzeo y de Pátzcuaro.

Resalta del material estudiado el tipo cerámico conocido como “Tres palos”, que presenta engobe en color bayo, o los bicromo con engobe en color crema que presenta una banda pintada en el borde en color rojo. Estos dos tipos cerámicos fueron registrados en los ocho sitios de esta subregión, relacionados con la fase llamada “Loma Alta 3”, correspondiente al periodo Clásico (350-550 d.C.).

Se presentó en formas de vasijas como cajetes, cuencos y ollas utilizados para el uso doméstico.

A manera de referencia, se debe mencionar que los sitios arqueológicos más cercanos que presentan estos tipos cerámicos son Cerro de la Bolita y el de Tres Cerritos, localizados en el municipio de Cuitzeo al poniente y noreste del sitio La Chancla, respectivamente, los cuales tuvieron su apogeo durante el Clásico y donde —además— la arquitectura manifestó el estilo teotihuacano.

También se obtuvieron fragmentos de figurillas antropomorfas con características teotihuacanas, lo que hace pensar que se recibió influencia o se mantuvo interacción y quizás intercambio comercial con el que significó el centro de poder y urbano de mayor importancia durante el periodo Clásico.

A pesar de su escasez, los fragmentos de cerámica rojo sobre gris indican que también existió contacto de los habitantes de la subregión en estudio con los grupos humanos de la hoy zona de El Bajío guanajuatense.

También se cuenta con algunos tiestos en el sitio La Chancla que se ubican para la fase Urichu temprano, que corresponde al Posclásico temprano (900-1100 d.C.). A manera de ejemplo, se mencionan los tipos Urichu café, con acabado rojo sobre blanco sobre café al negativo y Urichu rojo sobre bayo.

Uno de los sitios arqueológicos representativos y previamente estudiados es el de Huandacareo, ubicado 15 km al noreste del sitio La Chancla; tuvo su mayor relevancia durante el Posclásico temprano e incluso mantuvo su presencia hasta la conquista española, por lo cual consideramos que mantuvo relaciones con La Chancla, entre otros.

Entre los materiales del sitio La Chancla se registró un tipo cerámico con engobe bayo y una banda en color rojo, y por debajo de ella un diseño de forma reticulada en color de la banda, semejante al tipo Coyotlatelco.

Por su parte, el sitio Peñascos presenta tiestos de la Fase Loma Alta 3, pero su secuencia ocupacional llega hasta el Posclásico tardío y uno de los tipos más destacados es el llamado Sipihó gris (fase Tariacuri, 1350-1525 d.C.); este tipo presenta una decoración muy elaborada con base en rojo, negro, blanco y crema. Un ejemplo de ello son los

cajetes con soportes muy grandes tipo mamiformes o campaniformes, identificados para la zona de Pátzcuaro.

También se encuentran bordes de olla con diámetro de los 40 a 45 cm que cumplen la función de almacenamiento.² Este sitio tuvo carácter habitacional y se encontraba ubicado en la ruta que comunicaba los lagos de Pátzcuaro y Cuitzeo.

Los seis sitios restantes sólo cuentan con presencia en la fase Loma Alta 3; la falta de material no permite ubicarlos en la misma temporalidad que el sitio Peñascos, mas por la cercanía probablemente fueron contemporáneos.

En síntesis, el sitio La Chancla presentó dos ocupaciones humanas correspondientes al periodo Clásico y Posclásico mesoamericano y que aprovechó la ladera de las estribaciones que se levantan al sur del asentamiento, modificándola por medio de terrazas.

Es importante señalar que desde esa posición el lago de Cuitzeo quedaría hacia el norte y a muy poca distancia, y si además consideramos que ocasionalmente el nivel de ese cuerpo de agua debió subir varios metros, ello aproximaría al asentamiento y facilitaría la explotación de los recursos lacustres.

El asentamiento tuvo carácter doméstico, y estaba constituido por espacios habitacionales y áreas de baja producción lítica en obsidiana y riolita, quizás al nivel de taller. En general, la parte baja de las terrazas fue utilizada para uso agrícola, mientras las partes superiores se dedicaron al uso habitacional.

En la actualidad, la parte superior de las terrazas del terreno en que se encuentra el sitio arqueológico está dedicada a la producción agrícola, pues contiene más acumulación de sedimentos y la parte baja se encuentra en barbecho.

El uso constante del suelo ha provocado la pérdida de los elementos arqueológicos, tanto los que se encuentran en la superficie como los que se localizan en los primeros 20 cm del sedimento (fig. 9).

² Cabe mencionar la presencia de un tiesto correspondiente a una botija u olivera con engobe crema y verde vidriado se ubica para la época colonial, con función de almacenaje.



○ Fig. 9 Terrazas en el sitio arqueológico La Chancla, con rastros de cultivo.

Por su parte, el sitio arqueológico Peñascos no cuenta con arquitectura de carácter monumental, en tanto la civil no corresponde a edificaciones perdurables. Lo más probable es que haya sido una pequeña aldea, poblada durante el periodo Posclásico por gente vinculada con los habitantes de diversos sitios localizados en la ribera del lago de Cuitzeo.

Estos grupos canalizaron su esfuerzo a incrementar el espesor de sedimentos a partir de construir terrazas agrícolas y habitacionales, y corresponde al área que ocupa la porción poniente del sitio.

Es decir, en esta subregión la ocupación principal y más extensa se presenta durante el Clásico y en algunos casos durante el Posclásico tardío, con contactos con la zona de influencia o presencia teotihuacana y con el Bajío, aunque en menor grado.

Al término de esta subregión se encuentra una franja de poco más de 11 km, la cual abarca del km 8 al km 19+300 del cadenamamiento de la obra y no fue ocupada por grupos humanos prehispánicos, o al menos no se registraron evidencias arqueológicas, a pesar de disponer de adecuadas características para la producción agrícola en términos edafológicos y de usos potenciales, pues se caracteriza por sus suelos Feozem, todavía con importante presencia boscosa, lo que lo hacía altamente aprovechable en ese rubro.

Por ello, se propone que esta zona se constituyó como una frontera entre grupos de diferente

filiación cultural. Un elemento importante radica en que incluso en nuestros días el agua es escasa, a excepción de la que se presenta por las precipitaciones pluviales y la que se conserva en las aguadas.

La segunda de las subregiones propuestas se ubica en parte de lo que es la Subprovincia Neovolcánica Tarasca, y en este caso abarca de los derrames lávicos en las inmediaciones del cerro del Quinceo hasta Pátzcuaro al final del trazo, en un tramo del proyecto carretero cercano a 37 km.

En esta franja se ubican 32 de los asentamientos registrados, de los cuales 31 son prehispánicos, con marcado corte habitacional, y 27 de ellos se concentran en los primeros 15.5 km.

Se destacaría una marcada ocupación en la zona cercana a las poblaciones de Capula y Cuto de la Esperanza, con el registro de sitios como Parástaco, Encino Seco, La Lagunita, El Atascado y La Cuartería, los más relevantes de acuerdo con las evidencias arqueológicas, dada su ubicación, extensión, calidad y cantidad; por ello se propone que representaban el centro de control administrativo y religioso del área, además de constituirse como la mayor concentración humana de la región para la época.

De manera significativa, los cuatro sitios arqueológicos restantes se ubican en los poco más de 19 km que abarcan hasta el final del trazo, pero aún dentro de la subprovincia Neovolcánica Tarasca.

Esta subregión cuenta con mayor presencia de asentamientos humanos durante la época prehispánica, tal como ocurre hoy, y con ocupaciones desarrolladas principalmente en el mismo periodo; es decir, fueron contemporáneos al menos durante el Posclásico, aunque con ocupación más extensa e intensa iniciada durante el Posclásico temprano y se prolongó hasta el Posclásico tardío, con marcado énfasis durante el Posclásico medio; en esta época se volvió propicia la concentración de una gran cantidad de personas, como es patente también en el caso de los sitios Nube Larga, Iratzio Viejo y Buenavista.

La mayoría de asentamientos presentan evidencias de tipo doméstico; concretamente en los sitios arqueológicos de Encino Seco, La Cuartería y Parástaco se cuenta además con evidencias de

varios tipos, indicativas de que ahí tuvo lugar el desarrollo de actividades que los caracterizó como centros de control y de ceremonias rituales.

Los materiales de construcción son locales, tierra y rocas de basalto, básicamente, y en general el sistema constructivo consistió en amontonar rocas para crear un recubrimiento (cara expuesta) y los pisos de las habitaciones y muretes con rocas seleccionadas por sus dimensiones, sin ser objeto de mayores trabajos o acondicionamientos y colocándolas con la cara más tersa hacia la fachada.

Los intersticios se cubrían con fragmentos de las mismas rocas a manera de junteo y con lodo como material aglutinante. En algunos casos de espacios con características habitacionales se utilizaron rocas de basalto careadas en los umbrales de las habitaciones.

Los espacios habitacionales presentan en promedio de 25 a 30 m² de ocupación, lo que por analogía etnográfica (Binford, 1988) se considera común para una familia nuclear (conformada por cinco miembros), con accesos y orientaciones variables en función de las condiciones específicas del terreno ocupado.

En este tema sobresale el caso del sitio La Cuartería por la corta distancia mantenida entre las habitaciones, e incluso con la creación de pasillos y vialidades, lo cual permitió evitar el hacinamiento.

En términos generales, la actividad agrícola se desarrolló en áreas de terrazas naturales o acondicionadas, en partes bajas de las lomas y en valles, pero siempre en procura de no utilizar zonas inundables, situación frecuente en esta área, excepto que éstas hayan permitido los cultivos en época de secas, lo cual en su caso permitiría un mayor y óptimo aprovechamiento de las áreas productivas y los recursos naturales (fig. 10).

La función de los sitios Parástaco y La Cuartería fue fundamentalmente habitacional, aunque el primero tuvo una sección de claro carácter ceremonial. En ambos casos el área habitacional se encuentra en la parte baja del asentamiento; es decir, donde el malpaís da paso a una planicie o a zonas inundables, por lo que cabe la posibilidad de que hayan estado ocupadas por productores primarios agrícolas; la parte superior del sitio permitió la ocupación por la elite, así como al desa-



● Fig. 10 Montículos en el sitio arqueológico El Jagüey.

rollo de las prácticas cívico-religiosas e incluso el control administrativo del lugar.

Un asentamiento que sobresale en esta subregión es Encino Seco, caracterizado por la presencia de varios petrograbados ubicados en las inmediaciones de los basamentos de evidente uso ritual, cuya más importante ocupación corresponde al Posclásico tardío y resulta escasa para el Posclásico temprano.

En concreto, el sitio arqueológico Parástaco corresponde a un asentamiento de grandes dimensiones que ocupa un área de 2.7 km²; se ubica en un malpaís originado por los enfriamientos de coladas de lava emitidas por dos volcanes localizados 5 km al norte y 7 km al norponiente del asentamiento.

El terreno se conformó a partir de una colada de lava que al transcurrir por la pendiente fue acomodando sus materiales eruptivos en un irregular cono de deyección, el cual dio lugar a la formación de planicies, lomas y valles intermontanos alternados e interdigitados.

Los grupos humanos que ocuparon este asentamiento le otorgaron a los espacios particulares distintos usos claramente definidos: las partes altas del malpaís, lomas y planicies, fueron ocupadas como espacios de uso habitacional y cívico-religioso, acaso por huertos asociados a las casas habitación del lugar (figs. 11 y 12).

Por su parte, las laderas y los valles fueron utilizados como espacios productivos agrícolas, las



● Fig. 11 Afloramientos aprovechados en el sitio arqueológico Parástaco.



● Fig. 12 Probable yácata en el sitio arqueológico Parástaco.

primeras fueron muchas veces acondicionadas con muros de retención, formando grandes zonas de terrazas. Los muros de contención fueron construidos con los materiales propios del sitio; los valles generalmente fueron áreas inundables explotadas de manera especializada, aunque no se puede precisar en este caso las especies concretas.

Durante el Posclásico, principalmente en la parte alta de la loma se registraron cuatro áreas dedicadas a las actividades cívico-administrativas, de acuerdo con sus características arquitectónicas y con el patrón de asentamiento: las plazas, una probable cancha de juego de pelota, y por la presencia de basamentos piramidales conocidos localmente como yácatas.

Los espacios de la parte oriental del malpaís, aptos para labores agrícolas, recientemente han visto cambiada su vocación productiva, pues han sido lotificados con fines habitacionales, dándose un abandono temporal de los terrenos, mismos que ocasionalmente son utilizados como pastizales para el ganado vacuno de los vecinos de la comunidad de Tacícuaro, antiguos propietarios de estos lugares.

Las terrazas fueron construidas aprovechando el afloramiento natural de las rocas que predominan en el terreno (malpaís), posiblemente como una forma para el mejor aprovechamiento del agua de lluvia. Un dato interesante radica en que varias terrazas se encuentran en un área inundable, posiblemente utilizada con fines agrícolas, aunque la evidencia de material cerámico en dichas terrazas significa que posiblemente su uso también fue habitacional, con el fin de aprovechar al máximo la extensión de las zonas inundables, propicias para la siembra.

La parte superior de las terrazas era utilizada principalmente para talleres o áreas de manufactura de objetos, complementando el área habitacional ubicada en las terrazas.

La zona suroriental del sitio indica un momento importante de ocupación habitacional para el último momento de vida del mismo; probablemente en las zonas más altas (llanos con alto contenido de tierra agrícola sobre el malpaís) los antiguos ocupantes del sitio arqueológico habitaban junto a sus tierras de cultivo, aprovechando lo plano del relieve y su productividad.

Los espacios ocupados con fines habitacionales en las terrazas del sitio arqueológico de Parástaco son de reducidas dimensiones: no rebasan 7 m por 5 m; los espacios estarían encaminados a alojar a un grupo de personas no mayor de cinco miembros, quienes efectuarían labores de cultivo hortícola en las terrazas, y de cocina, descanso y otras manualidades en el interior y parte en el exterior inmediato.

Hacia el noreste de Parástaco, y a sólo 4 km, se localiza el sitio de La Cuartería, que ocupa un área de 32 mil m². Está localizado en una loma con pendiente hacia el noroeste, y es parte del talud norte de un cono volcánico no completamente conformado, tal vez una chimenea, la cual eviden-

temente fue modificada en su estructura original para adaptarla a usos habitacionales.

La roca madre corresponde a un sustrato de origen basáltico depositado durante la actividad eruptiva del volcán mencionado. Su parte más norteña está cubierta por espacios de función doméstica claramente definidos y ubicados en amplias terrazas que permitieron suavizar la pendiente al nivelar los terrenos con el trazo de terrazas y, al menos, una larga calle que atraviesa el sitio de sur a norte.

Al sur del asentamiento se localiza un pequeño espacio ceremonial rodeado de pequeñas habitaciones, que contrastan por su tamaño con las de la parte norte del sitio.

La loma cuenta con franjas de alto potencial productivo agrícola, localizadas al noroeste y al poniente; esta última también es una zona inundable desde tiempos remotos. Esta loma hoy es utilizada como pastizal para alimentar ganado vacuno productor de leche, uno de los principales sistemas productivos realizados por los habitantes de Cuto de la Esperanza.

La loma en que se ubica el sitio arqueológico La Cuartería presenta terrazas naturales acondicionadas para permitir el establecimiento de un espacio habitacional correspondiente a un asentamiento de nivel social alto, por lo menos para el final del periodo Clásico y durante el Posclásico temprano.

Todo indica que es en esta época cuando en las partes poniente y sur del sitio se ubicaron las estructuras de uso ritual, mientras al centro, y en la parte más alta, se localizaron los lugares habitacionales sin hacinar, en tanto las partes más bajas fueron dedicadas a la agricultura.

El sistema constructivo relacionado con su ubicación en las terrazas permite inferir que el espacio tuvo vocación habitacional, ocupando áreas lejanas a las inundaciones y cercanas a las áreas inundables y productivas. Destacan elementos arquitectónicos como el utilizado en los pisos de los cuartos, el cual consiste en la aplicación, a partir de una primera capa o aplanado de rocas colocadas bajo un mismo patrón, de una mezcla de tierra con arcilla en las uniones de las piedras, y con la ayuda de guijarros pequeños y planos utilizados como juntas se lograba que la movilidad entre

ellas fuera mínima o nula; conforme se aplica la mezcla se va aplanando hasta tener el grosor deseado y, sobre todo, un nivel uniforme.

Así, pues, en el sitio La Cuartería los elementos constructivos, las dimensiones de los espacios habitables asociados a la amplia distribución de las habitaciones, su ubicación en terrazas de diferentes niveles y la claramente definida vialidad, sugieren que la loma de La Cuartería tuvo eminentemente uso habitacional para grupos de elite, pues no existen muestras, al menos arquitectónicas o constructivas, que sugieran hacinamiento poblacional. Aunque existen algunas estructuras que pudieron tener un uso cívico-religioso, éstas son mínimas y se localizan al sur de la loma.

Tomando como referencia el centro del sitio La Cuartería, un kilómetro hacia el noreste se localiza el sitio Encino Seco, caracterizado por una serie de pequeños afloramientos acondicionados a manera de basamentos escalonados, a los cuales se encuentran asociados petrograbados con figuras abstractas que representan espirales y líneas paralelas, lo cual sugiere que este sitio puede ser considerado un importante espacio de uso ceremonial, de relevancia semejante a los tres localizados en el sitio Parástaco.

Es decir, más que para uso habitacional, el sitio arqueológico Encino Seco estuvo encaminado a la realización de manifestaciones de corte ritual, por ello los espacios habitables son aún más reducidos que los de la región, hablando en términos de familias nucleares. Para sus fines constructivos, utilizaron materiales del lugar procurando colocar las rocas seleccionadas con la cara más plana a la vista y unidas con lodo. Se detectó una sola ocupación correspondiente al Posclásico, con construcciones habitacionales de reducidas dimensiones y la presencia de ocho elevaciones tipo montículos, asociados a un conjunto de grabados rupestres.

Por otro lado, se determinó que el sitio arqueológico La Nopalera no es de temporalidad prehispánica; sin embargo, se logró definir el área excavada como una zona de terrazas, aprovechando la elevación natural del terreno y los escurrimientos pluviales.

En cuanto a los bienes muebles cerámicos, en esta subregión existe más variedad de tipos cerá-

micos en términos comparativos con los sitios recuperados en la subregión de Cuitzeo. Los sitios presentan ocupación durante el Posclásico temprano y el Posclásico tardío, con tipos cerámicos en su mayoría monocromos pulidos en color rojo, café o crema, así como los que carecen de decoración o engobe alguno, con el acabado de la superficie únicamente alisado.

Las formas predominantes son cajetes, ollas, cazuelas, tecomates y cuencos, varios con bordes de 45 cm de diámetro, utilizados para el almacenamiento y la preparación de los alimentos lo que refiere el uso doméstico; algunos de estos fragmentos presentan restos de hollín en la parte de la base, debido a una constante exposición al fuego.

En tanto, el uso de las vasijas policromas se encaminó al servicio de alimentos; cabe destacar que algunos tipos policromos han sido establecidos para ocupaciones durante el Posclásico medio.

Es indudable que los sitios ubicados en la cercanía de Pátzcuaro tuvieron mayor contacto con Tzintzuntzan, el asentamiento de mayor importancia en esa zona, lo cual se puede apreciar en los fragmentos de olla o jarra con paredes muy delgadas, con espesor que va de 4 a 6 mm, con engobe en color rojo y acabado bruñido, elementos característicos de la región.

Los asentamientos de Parástaco, La Cuartería y Encino Seco estuvieron presentes a partir de la fase Urichu temprano (900-1100 d.C.) correspondiente al Posclásico temprano, y probablemente su ocupación dé inicio un poco antes, a finales del Epiclásico, si se considera la presencia de la cerámica de la fase Lupe en el tipo Urichu, parecida al tipo Urichu bayo en la fase Urichu temprano, ambos con un engobe en color bayo y pintura en color rojo con acabado pulido.

La decoración plasmada en algunos de los tipos tipo Copujo rojo y blanco sobre crema y Copujo rojo y blanco sobre crema al negativo en la fase Urichu tardío para el Posclásico medio (1000-1350 d. C.), que predomina en la forma de cajete, indica que eran de uso preferente e incluso exclusivo de la elite.

También fue posible definir los que son de uso más personal o incluso ritual, como el tipo rojo con diseño al negativo para la fase Urichu tardío, presentes en Parástaco y Encino Seco.

Para el Posclásico tardío se definieron los tipos Taria-curí café y Tarerío crema, en la fase Taria-curí (1350-1525 d.C.), y consta de formas como cajetes y jarras. El primero de ellos sólo se encontró en Parástaco, y el segundo tanto en este asentamiento como en Encino Seco y el La Cuartería. Este último es de más uso común, presentando un acabado de superficie pulido y en algunos casos con la aplicación de engobe alisado.

Los tipos decorados son el Yaraguato crema, el Sipiho gris con diseños geométricos y técnica al negativo, presentes en cajetes, ollas y jarras con el grosor en sus paredes de 4 o 5 mm. Los encontrados en Parástaco son para uso de la elite, pues cuentan con decoración más sofisticada, diseños geométricos y un acabo bruñido, y fueron utilizados para el servicio de alimentos.

La ocupación de los tres sitios da inicio durante el Posclásico temprano hasta el Posclásico tardío, pero a pesar de tener una amplia temporalidad, es hasta el Posclásico medio cuando se registra una ocupación más extensa. Además, la interacción con la comunidad vecina de Pátzcuaro estuvo presente, y evidencia de ello son las vasijas con paredes muy delgadas y las decoraciones en rojo, blanco, negro sobre crema con o sin negativo, y acabado bruñido con el estilo peculiar de la zona.

La interacción con sitios ubicados al norte, en la zona de Zacapu, pudo ser solamente durante el Posclásico temprano, si tomamos en cuenta la similitud de los tipos encontrados en los tres sitios.

Para entender de manera más acertada el proceso histórico y social de la región, se realizó el análisis de algunas fuentes históricas, y con base en los documentos de archivo queda patente el ingente proceso de apropiación de las tierras cercanas a las ciudades o poblaciones ocupadas ya en ese momento con población española, que buscaba la transformación productiva de la región mediante procesos agropecuarios, principalmente durante el siglo XVI y el primer cuarto del siglo XVII.

También fue posible analizar algunos documentos que reflejan el cambio social desde el punto de vista de la captación de impuestos o la revisión de determinaciones y abusos previos, temas con mayor presencia durante el siglo XVIII o de los conflictos bélicos a inicios del siglo XIX.

Así, para los siglos XVI y XVII se exacerbó el proceso de apropiación de la tierra indígena y se impuso un cambio en su vocación para transformarla en terrenos de pastoreo de ganado mayor y menor, con las consecuencias en las condiciones productivas agrícolas del suelo, así como la obligada migración de los “naturales”, quienes buscaban mantener su existencia ante las presiones de los ibéricos para apropiarse de tierras a las que incluso llegan a caracterizar como “abandonadas” e “inútiles”.

Es innegable que conforme avanzaba el proceso de colonización aumentó la presión por la tierra también por parte de otros grupos, como los criollos y los mestizos.

Al aplicar un procedimiento que explicitaba una *sui generis* consulta pública se avalaron y legalizaron las determinaciones resultantes. El grupo social afectado, “los naturales”, se encontraba en posición de desventaja por la carencia de comunicación en su idioma y por desconocimiento de las implicaciones legales sobre su participación en esa consulta, con lo que validaron los veredictos sobre la transición de la tenencia de la tierra.

En los documentos se resalta la distinción plasmada entre las denominadas “tierras de labor”, que eran entendidas de acuerdo con su “calidad superior”, y con la facilidad de aprovechamiento de agua, tierras que por lo mismo eran dedicadas al cultivo de trigo.

En contraposición se encontraban las denominadas “sementeras”, que por lo general se ubicaban en planos entre tierras pedregosas, la mayoría carentes de agua y en las que se sembraba maíz, es decir, cultivos para los naturales (fig. 13).

Ya en el siglo XVIII los casos procesuales, más que enfilarse a solicitud de tierras, se encaminaron a las disputas por terrenos entre particulares o entre particulares y poblaciones; se iniciaba la manifestación de manera radical con las primeras reacciones explícitas de lo decidido 200 años antes, con disputas incluso entre los mismos herederos de los expoliadores originales.

En tanto, en los documentos revisados del siglo XIX se presentan aspectos que refieren ya de manera abierta la convulsión social generada por 300 años de ocupación de tierras y apropiación de bienes por parte del poder español, así como la



● Fig. 13 Mapa “Tarímbaro y Cuiseo; Valladolid, Mich.”, AGN, Tierras 2682, exp. 19, f. 23.

indispensable construcción de caminos durante las convulsas repúblicas mexicanas.

Es manifiesto que, en contraste con los resultados del estudio arqueológico para la época prehispánica, a partir del siglo XVI no se encontraron diferencias de ocupación del espacio entre las subregiones en el área de estudio.

Las formas de organizarse, ocupar el espacio y de vivir responden a un modelo generalizado que privilegió para los españoles el usufructo extensivo e intensivo por cultivo de trigo y pastoreo de reses, cabras y ovejas en tierras con alta capacidad productiva y con agua permanente, cuya vocación anterior diversificaba la producción.

Aunque el modelo prehispánico pudo ser de aplicación generalizada, las formas concretas de apropiarse correspondían a privilegiar las estrategias y mecanismos basados en la potencialidad de los recursos naturales particulares de cada región.

Este cambio en el orden productivo y de la tenencia de la tierra implicó la disminución de la

población y su migración, además de que se otorgó a los indígenas terrenos con menor capacidad productiva a los que poseían sus antepasados, y en la práctica los limitaban aún más con los movimientos del ganado ibérico.

Así, en las cinco primeras generaciones posteriores a la conquista española, los herederos de los habitantes de la zona y de sus comunidades sujetas vivieron el proceso de expolio y desarraigo de sus bienes, pues en los años siguientes al establecimiento del dominio ibérico sufrieron la transición de la tenencia de la tierra y la modificación del uso del suelo, el intenso y desmedido proceso de acaparamiento y la pérdida de los bienes, así como la llegada de mano de obra extraña, también subyugada, que sustituyó a su mermada población.

Estaban ya a la vista las consecuencias sociales de tomar determinaciones por parte de los poderosos que deciden sobre pueblos, bajo leyes que privilegian el usufructo desmedido de bienes por lo general ajenos y que son enajenados por quienes dominan en un principio con armas, pero fundamentalmente con presiones ideológicas.

Conclusiones

Los objetivos del proyecto arqueológico se encaminaron a definir, en la medida de lo posible, las características de la ocupación humana en el área, tanto en sentido de extensión espacial como en su posición cronológica, la secuencia ocupacional y la precisión sobre las actividades desarrolladas a lo largo de un extenso proceso histórico que abarca cerca de 1 700 años.

A la par, y como objetivo institucional fundamental, se logró evitar afectaciones mayores en espacios con evidencias patrimoniales por el desarrollo de la obra, con base en la instrumentación de las estrategias técnicas y legales institucionales que se plantearon en los dictámenes técnicos arqueológicos.

Cabe resaltar que en algunos casos de tramos concretos se solicitó a la SCT la modificación del proyecto constructivo, con base en la presencia de vestigios arqueológicos de relevancia mayor; la dependencia federal aceptó y modificó el proyecto (fig. 14).

Para ello, se entendió en todo momento que el trazo carretero estudiado es un transecto aleatorio en términos arqueológicos; es decir, es un área no establecida en su origen por conceptos patrimoniales o académicos, sino definida en función de consideraciones ajenas a las labores específicas que desarrolla el INAH, y en concreto la arqueología.

Un dato significativo consiste en que el área específica no contaba con trabajos arqueológicos previos, o bien que labores anteriores como sería el caso del Catálogo Nacional de Sitios Arqueológicos y el Procede no ofrecieron los resultados esperados, en tanto la carencia de datos oficiales en la Dirección de Registro Público de Zonas y Monumentos Arqueológicos del INAH (DRPZMA), en el Centro INAH Michoacán o en publicaciones sobre la existencia y características de los asentamientos humanos prehispánicos, principalmente para la zona de Tacúaro y Capula.

Por ello se decidió organizar la investigación también como una oportunidad para resolver algunos planteamientos académicos acordes con las posibilidades de que el área podría sustentarse, con el presupuesto disponible y los tiempos programados, como se indicó en el proyecto arqueológico respectivo.

Así, entre los objetivos académicos iniciales resalta que las evidencias arqueológicas se encuentran en un espacio natural, al cual evidencia que en todo momento los seres humanos realizan sus actividades en un escenario que posibilita su vida, pero a su vez les pone fronteras asumidas como retos.

Por lo mismo, una de las primeras labores consistió en definir las condiciones naturales del área en que se efectuaría el proyecto carretero, para establecer sus características y la potencialidad del entorno.

Se determinó la ubicación geográfica, topográfica, edafológica y geológica, así como las características generales de los sitios arqueológicos en cuanto sus dimensiones, cronologías, potenciales productivos y probables relaciones culturales; estos espacios, con evidencias culturales arqueológicas, se encuentran en el área de obra con impacto directo e indirecto por la carretera Libramiento Morelia.



Fig. 14 Trazo carretero que afectaba a los sitios arqueológicos Encino Seco, La Lagunita, La Cuartería y Parástaco.

Asimismo, fue posible determinar los factores de distribución espacial y las características de las modificaciones de los asentamientos humanos en sus diversas etapas; se definió una secuencia ocupacional general de las comunidades prehispánicas, y se avanzó en la definición de los probables grupos de comunidades, sus redes y los mecanismos de interacción durante la época prehispánica en el área de obra.

De la misma forma, se profundizó en propuestas concretas sobre los mecanismos de la dinámica sociocultural para el desarrollo de las comunidades humanas prehispánicas, que se generan a partir de sus propios impulsos internos o como resultado de la influencia e intervención de grupos externos.

Se registraron múltiples, diversas e importantes áreas con bienes patrimoniales, a pesar de que la zona de estudio ha sido objeto de amplios y permanentes impactos por las transformaciones en el uso del suelo, desde el pasado remoto con labores agrícolas y ganaderas hasta épocas recientes (finales del siglo XX a la fecha), con impactos de corte agroindustrial (granjas avícolas), industrial (canteras y minas) y urbano (unidades habitacionales, servicios varios y basureros).

En algunos sitios es muy alta la remoción de las evidencias, por lo que su presencia se limita a la superficie o a los primeros 30 cm del depósito.

De manera general, se puede afirmar que en el registro arqueológico se observan marcadas diferencias sociales al interior de los grupos humanos, sin soslayar que también las diferencias son patentes en el uso que le otorgaron al suelo, pues resulta posible definir usos habitacional, ritual, administrativo o productivo.

De la misma forma, se constata la existencia de una ineludible relación de los grupos humanos con el ambiente y los recursos disponibles, bajo una perspectiva de control político por parte de grupos dominantes.

Por ello se plantea como propuesta, y eventual tema de investigación futura para la zona, el hecho que durante la época prehispánica la ocupación de los espacios específicos y la distribución de los asentamientos no fue autónoma, pues atendía a un plan mayor de tipo social y político impuesto por el poder centralizado en la cabecera política, toda

vez que no es aleatoria la distribución de sitios arqueológicos.

Es decir, es probable que las funciones y existencia de los asentamientos dependiera de la determinación del grupo en el poder, al menos para el periodo Posclásico, y por lo tanto gravitara alrededor de los recursos explotables en la zona, principalmente los de corte agrícola, lacustre y forestal, los que en conjunto o por separado generaban algún interés por parte de los grupos dirigentes.

En algunos casos la ubicación de los asentamientos se caracterizó por la escasa presencia de evidencias arqueológicas expuestas en superficie, por su amplia dispersión y por su ubicación en áreas reducidas, lo que representa la existencia y desarrollo de pequeños grupos asentados en un amplio espacio y dedicados a las labores de producción y aprovechamiento de los bienes al alcance.

Sin embargo, poco se pudo avanzar en la propuesta de la existencia de redes de distribución de recursos, con evidencia de centros de control, lo cual permitiría perpetuar la forma de organización de los grupos prehispánicos.

Esa posibilidad se ve limitada por las características de los indicadores, pues en su mayoría están referidos a asentamientos de reducidas dimensiones y con escasa ocupación, además del irrefrenable deterioro del entorno y el depósito arqueológico. Se subraya como una asignatura pendiente.

Contrario a lo que se esperaba, a partir de los resultados de los estudios previos para el área Occidente en general —y para la zona en particular—, fue posible ubicar espacios con evidencias mayores, como es el caso de un conjunto de sitios arqueológicos que se propone conformarían un asentamiento único.

Sin embargo, la mayoría de las ocupaciones humanas definidas se caracterizan por sus reducidas dimensiones, su escasa extensión en el tiempo e incluso por lo somero de su presencia en el contexto arqueológico.

En función de que se complementan funcionalmente y comparten características constructivas, materiales arqueológicos, componentes edafológicos y topográficos, fases de ocupación, y que la distancia entre uno y otro es reducida, del orden

de 5 km, se propone que los sitios arqueológicos de Parástaco, El Atascado, La Lagunita, La Cuartería y Encino Seco formaron parte de una misma estructura urbana.

Fue posible definir algunos enclaves que representaron durante la época prehispánica el poder de corte administrativo y de control, a partir de sus posiciones estratégicas, su diversidad de materiales y la carencia de evidencias de ocupación doméstica.

En cuanto a la ocupación del espacio, resalta el aprovechamiento generalizado de los lugares de malpaís, espacios que fueron acondicionados para desarrollar labores de habitación, producción y administración, situación que se generaliza principalmente en la segunda subregión.

Cabe destacar que las ocupaciones humanas prehispánicas se establecieron de manera preferente en lomas bajas, y los acondicionamientos de los terrenos consistieron en la nivelación de la accidentada topografía, a través de la construcción de muros de contención con el objetivo de crear espacios más amplios y evitar la pérdida de sedimentos, así como crear terrazas de diversa magnitud y morfología que intensificaron y extendieron las posibilidades de los asentamientos.

De tal forma, estos asentamientos comparten la característica de ubicarse en afloramientos rocosos acondicionados con el objetivo de establecer viviendas e impulsar la producción agrícola, incluso a nivel hortícola, en terrazas y en las franjas aluviales que sufren los embates de las inundaciones o para la creación de motivos de manifestaciones rituales. Los materiales utilizados eran preferentemente de origen local, sin mayores labores para su uso.

Políticamente no es correcto, pero es certero afirmar que cerca de 1700 años después del inicio de la ocupación humana en estas subregiones, se mantienen las condiciones de usos del espacio en el tema habitacional con dimensiones reducidas, hacinamiento, los pisos de tierra en las casas, e incluso la carencia de agua potable y el promedio de habitantes por unidad.

Como actividades pendientes, por las razones enumeradas al inicio de este escrito, se debe considerar que deberán realizarse actividades de su-

pervisión de obra en el área de impacto de los sitios arqueológicos La Chancla, Peñascos, Encino Seco, La Cuartería, La Lagunita y principalmente Parástaco, además de las correspondientes a las que se efectúen con motivo de la apertura de los caminos de acceso y aprovechamiento de bancos de material.

De la misma manera, se considera conveniente desarrollar un proyecto de investigación regional, que permita profundizar en el conocimiento de los procesos sociales históricos de la zona.

En la actualidad, los sitios arqueológicos registrados de manera individual como son Parástaco, El Atascado, La Lagunita, La Cuartería y Encino Seco conforman un corredor arqueológico de gran importancia, por encontrarse cerca de la ciudad de Morelia y, más aún, por ubicarse en una zona que se encuentra en alto riesgo por el constante desarrollo urbano y la consecuente demanda de infraestructura, como es evidente en muchas zonas metropolitanas de las principales ciudades de nuestro país.

Es por ello que se plantea la necesidad de conformar un proyecto de gestión arqueológica regional, con el que se impulsen nuevas y más extensas y profundas investigaciones, además de la creación de áreas de protección reconocidas, sin soslayar que se considere su eventual disfrute cultural público bajo un programa de protección, conservación y divulgación.

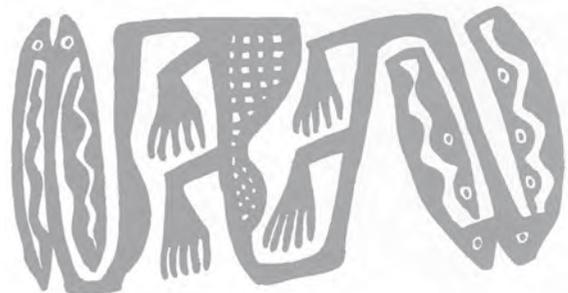
Bibliografía

- Acuña, René
1987. *Relaciones Geográficas del siglo XVI: Michoacán*, México, UNAM, 1987.
- Alcalá, Jerónimo de
2008. *Relación de Michoacán*, México, El Colegio de Michoacán.
- Arnould, Marie Charlotte, Patricia Carot, Marie-France Fauvet-Berthlot (eds.)
1993. *Arqueología de las Lomas en la cuenca lacustre de Zacapu, Michoacán, México*, México, CEMCA (Cuadernos de Reconocimientos Michoacanos, 5).

- Arnauld, Marie Charlotte y Brigitte Faugère-Kalfon
1998. “Evolución de la ocupación humana en el centro-norte de Michoacán (Proyecto Michoacán, CEMCA) y la emergencia del estado tarasco”, en V. Darras (coord.), *Génesis, culturas y espacios en Michoacán*, México, CEMCA. pp. 13-34.
- Binford, Lewis
1998. *En busca del pasado*, Barcelona, Crítica.
- Braniff Cornejo, Beatriz
1998. *Morales, Guanajuato y la tradición Chupícuaro*, México, INAH (Científica, 373, Serie Arqueología).
- Castillo Tejero, Noemí y Lorenza Flores García
1984. *Diccionario de términos básicos para catalogar, registrar e inventariar las colecciones arqueológicas de México*, Departamento de Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicas- INAH.
- Castro-Leal, Marcia
1986. *Tzintzuntzan, Capital de los tarascos*, Morelia, Gobierno del Estado de Michoacán.
- Cobean, Robert H.
1990. *La cerámica de Tula, Hidalgo*, México, INAH (Serie Arqueológica, 215).
- Corona Sánchez, Eduardo
1970. “Hallazgo arqueológico en Tiristarán”, *Boletín INAH*, núm. 42, pp. 31-33.
- Darras, Véronique y Brigitte Faugère-Kalfon
2005. “Cronología de la cultura Chupícuaro. Estudio del sitio La Tronera, Puruagüita, Guanajuato”, en E. Williams *et al.* (eds.), *El antiguo Occidente de México. Nuevas perspectivas sobre el pasado prehispánico*, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 255-281.
- 2007. “Chupícuaro, entre el Occidente y el Altiplano Central. Un balance de los conocimientos y las nuevas aportaciones”, en B. Faugère-Kalfon (coord.), *Dinámicas culturales entre el Occidente, el centro-norte y la cuenca de México, del Preclásico al Epiclásico*, Zamora, El Colegio de Michoacán/ CEMCA, pp. 51-83.
- Espejel Carbajal, Claudia
2008. *La justicia y el fuego. Dos claves para leer la Relación de Michoacán*, Zamora, El Colegio de Michoacán.
- Faugère-Kalfon, Brigitte
1996. *Entre Zacapu y Río Lerma: culturas en una zona fronteriza*, México, CEMCA (Cuadernos de estudios michoacanos, 7).
- 2006. *Cueva de Los Portales. Un sitio arcaico del norte de Michoacán*, México, México, INAH/ CEMCA.
- Fillini, Agapi
2010. *El sistema-mundo teotihuacano y la cuenca de Cuitzeo, Michoacán*, Zamora, El Colegio de Michoacán.
- García, Enriqueta
1973. *Modificaciones al sistema de clasificación de Köppen para adaptarlo a las condiciones de la República mexicana*, México, UNAM.
- García-Cook, Ángel
1967. *Análisis tipológico de artefactos*, México, INAH.
- Gaxiola G., Margarita y John E. Clark (coords.)
1989. *La obsidiana en Mesoamérica*, México, INAH (Científica, 176).
- González y González, Luis
1985. *Michoacán. Monografía estatal*, México, SEP.
- Grave Tirado, Luis Alfonso *et al.*
1995. “Patrón de asentamientos prehispánicos en la cuenca de Cuitzeo”, en *Presencias y encuentros. Investigaciones arqueológicas de salvamento*, México, Dirección de Salvamento Arqueológico- INAH. pp. 329-344.
- Guevara Fefer, Fernando
1989. “Los factores físico-geográficos”, en E. Florescano (coord.), *Historia general de Michoacán*, México, Instituto Michoacano de Cultura-Gobierno del Estado de Michoacán, vol. 1. pp. 9-110.

- Instituto Nacional de Antropología e Historia
1994. *Disposiciones Reglamentarias para la Investigación Arqueológica en México*, México, INAH, 1994.
- 2005. *Reglamento del Consejo de Arqueología*, México, INAH.
- INEGI
2010. *Panorama sociodemográfico de México. Censo de población y vivienda 2010*, México, INEGI.
- 1985. *Síntesis geográfica del estado de Michoacán*, México, INEGI.
- Liot, Catherine, Jean Louis Janeau y Oliver Grunberger.
1994. “Estudio edafológico y geoquímico de los sitios arqueológicos de la cuenca de Sayula”, en Ricardo Ávila Palafox (coord.), *Transformaciones mayores en el Occidente de México*, Guadalajara, Universidad de Guadalajara.
- López Wario, Luis Alberto, Salvador Pulido Méndez, José Jorge Cabrera Torres, Eduardo Andrés Escalante Carrillo y Gerardo Fidel Martínez Catalán
2011. *Informe del Proyecto Arqueológico Libramiento Morelia. Trabajos arqueológicos de superficie*, México, INAH.
- Manzanilla López, Rubén
1984. “Loma de Santa María I, Morelia, Michoacán. Un sitio del periodo Clásico mesoamericano”, tesis de licenciatura, México, ENAH-INAH.
- 1988. “Salvamento arqueológico en Loma de Santa María, Morelia, Michoacán”, en *Primera reunión sobre las sociedades prehispánicas en el centro occidente de México. Memoria*, México, Centro Regional de Querétaro-INAH (Cuaderno de trabajo, 1), pp. 151-164.
- Macías Goytia, Angelina
1988. “La arqueología en Michoacán”, en C. García Mora y M. Mejía Sánchez (coords.), *La antropología en México. Panorama histórico. 13: La antropología en el Occidente, el Bajío, la Huasteca y el oriente de México*, México, INAH (Biblioteca del INAH), pp. 89-132.
- 1989. “Los entierros de un centro ceremonial tarasco”, en *Estudios de antropología biológica. IV Coloquio de Antropología Física Juan Comas. 1986*, México, UNAM/INAH, pp. 531-560.
- 1990. *Huandacareo: lugar de juicios, tribunal*, México, INAH (Científica, 222).
- Macías Goytia Angelina y Martha Cuevas García
1988. “Rescate arqueológico de la cuenca de Cuitzeo: Copándaro”, *Arqueología*, núm. 2, pp. 137-154.
- Mirambell Silva, Lorena
2005. “Materiales Líticos”, en L. Mirambell, F. Sánchez, O.J. Polaco, M.T. Olivera y J.L. Alvarado (eds.). *Materiales arqueológicos: tecnología y materia prima*, México, INAH (Científica, 465), pp. 17-37.
- Mirambell Silva, Lorena y José Luis Lorenzo
1974. *Materiales líticos arqueológicos: generalidades, consideraciones sobre la industria lítica*, México, Departamento de Prehistoria-INAH.
- Moguel Cos, Ma. Antonieta
1987. “Trabajos de Salvamento Arqueológico en las cuencas de Cuitzeo, Pátzcuaro y Zirahuén: un intento de interpretación cultural”, tesis de licenciatura en Arqueología, México, ENAH-INAH.
- Pastrana, Alejandro
2006. “La obsidiana en Mesoamérica”, *Arqueología Mexicana*, núm. 80, pp. 49-54.
- Peña, Estela
1983. “Informe del rescate arqueológico realizado en Teremendo, Michoacán”, México, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología-INAH, mecanoscrito.
- Pereira, Gregory y Guadalupe Potrero
1999. *Potrero de Guadalupe. Anthropologie funéraire d'une communauté prétarasque du nord du Michoacán, Mexique*, Oxford, BAR International Series 816 (Monographs in American Archaeology, 5).
- Piña Chan, Román y Oi Kuiniaki
1981. *Exploraciones arqueológicas en Tingambato, Michoacán*, México, INAH.
- Pollard, H. Perlstein
1972. “Prehispanic Urbanism Tzintzuntzan, Michoacan”, tesis de doctorado, Nueva York, Columbia University.

1993. *Tariacuri's legacy. The prehispanic Tarascan State*, Norman, Oklahoma University Press.
1994. "Tzintzuntzan, capital del imperio tarasco", *Arqueología Mexicana*, núm. 9, pp. 26-33.
1995. "Estudio del surgimiento del Estado tarasco: investigaciones recientes", en E. Williams y P. Weigand (eds.), *Arqueología del Occidente y Norte de México*, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 29-63.
1996. "La transformación de las élites regionales en Michoacán central", en E. Williams y P. Weigand (eds.), *Las cuencas del Occidente de México*, Zamora, ORSTOM/El Colegio de Michoacán /CEMCA, pp. 131-156.
2001. "Proyecto desarrollo del Estado tarasco: los señoríos Urichu, Xaracuaro y Pareo. Cuenca de Pátzcuaro, Michoacán, 1990-1998", Informe final, t. 3, La cerámica, México, Archivo del Consejo de Arqueología-INAH, mecanoescrito.
2007. *Manual visual de la cerámica prehispánica. Cuenca de Pátzcuaro, Michoacán*, consulta digital, 2007.
- Porter, Muriel N.
1956. *Excavations at Chupicuaro, Guanajuato, Mexico*, Filadelfia, The American Philosophical Society.
 - Pulido Méndez, Salvador
2006. *Los tarascos y los tarascos-uacúsecha. Diferencias sociales y arqueológicas en un grupo*, México, INAH.
 - Pulido Méndez, Salvador *et al.*
1995. "Un recorrido hacia el pasado. Investigación de salvamento arqueológico en la carretera México-Guadalajara", en *Presencias y encuentros. Investigaciones arqueológicas de salvamento*, México, Dirección de Salvamento Arqueológico-INAH, pp. 319-328.
 - Pulido Méndez, Salvador, Luis Alfonso Araiza y Luis Alfonso Grave Tirado
1996. *Arqueología en el norte de Michoacán. Investigación en una carretera*, México, Dirección de Salvamento Arqueológico-INAH.
 - Rodríguez Lazcano, Óscar
2005. "Análisis estadístico de materiales arqueológicos de AB-6", tesis de licenciatura, México, ENAH-INAH.
 - Rodríguez Loubet, F.
1983. *Outillage lithique de chasseurs-collecteurs du Nord du Mexique*, París, Centre d'Estudes Mexicaines et Centramericaines (Editions Recherche sur les civilisations).
 - 1985. *Les chichimeques*, México, Centre d'Etudes Mexicaines et Centramericaines.
 - Schöndube Baumbach, Otto
1994. "El Occidente de México", *Arqueología Mexicana*, núm. 9, pp. 18-25.
 - Sliva, J.
1997. *An Introduction to the Study an Analysis of Flaked Stone Artifacts and Lithic Technology*, Tucson, Center for Desert Archaeology.
 - Soto de Arechaveleta, María de los Dolores (ed.)
1990. *Nuevos enfoques en el estudio de la lítica*, México, UNAM.
 - Tommasi de Magrelli, Wanda
1978. *La cerámica funeraria de Teotenango*, Toluca, Biblioteca Enciclopédica del Estado de México.



María Rosa Avilez Moreno
con plano de Morrison Limón

El señorío de Tuzapan. Algunos indicadores históricos y arqueológicos de su papel en el centro-norte de Veracruz

Dentro del área de prospección que estudia el Proyecto Arqueológico en la cuenca Media del río Necaxa, se encuentran los vestigios de la probable cabecera del señorío prehispánico de Tuzapan. En este primer artículo se presenta una imagen del sitio arqueológico partiendo de la información histórica que hemos recolectado hasta ahora y que nos lleva a ubicarlo sobre un camino que conectaría al centro-norte de Veracruz con el norte de la cuenca de México, cuya antigüedad podría remontarse más allá, al periodo que señalan los Lienzos de Tochpan, e incluso hasta el Clásico tardío. Asimismo contiene una breve descripción de las características formales de lo que fuera su cabecera, y su entorno natural, las que acompañamos con el primer plano topográfico y algunos indicadores arqueológicos recuperados en superficie que proporcionan una fecha relativa para su última ocupación.

The vestiges of what was probably the capital of the pre-Hispanic Tuzapán kingdom are situated in the survey region of the Middle Basin of the Necaxa River Archaeological Project. This preliminary article presents an image of this archaeological site based on the historical information that leads us to locate it along a road connecting north-central Veracruz with the northern Basin of Mexico. This road might date back to before the period indicated by the Lienzos de Tochpan, even as early as the Late Classic period. This article also contains a brief description of the formal characteristics of what might have been its capital and its environment, which accompany the first topographic map, and some archaeological indicators recovered from the surface which provide a relative date for its final occupation.

En el centro-norte de Veracruz, dentro del actual municipio de Coyutla, al este del poblado de Chicoaloque, descansan los vestigios arqueológicos de Tuzapan, cabecera de uno de los varios señoríos que ocupaban partes importantes de la Sierra Madre y se extendían por la planicie costera hacia el sur. Es muy probable que Du Solier y Palacios hayan tenido razón al considerarlo “como nahua-totonaca, a partir del hecho de que en tiempos de la conquista era un pueblo bilingüe” (García Payón, 1971) haciendo extensiva la información de pueblos vecinos que se sabe tenían pobladores totonacos y una minoría nahua, con excepción quizá de los que colindaban al norte. Otro elemento que apoya este supuesto es que tanto Nebel como, más tarde, Lombardo Toledano (1931: 11) e incluso Kelly y Palerm (1952: 98, citado por Stresser-Péan, 1998: 213) reportan que los totonacos de El Tajín referían que sus antepasados habrían llegado de Tuzapan.

G. Stresser-Péan ha planteado que este señorío totonaco estaría sobre una antigua ruta que conectaría al Altiplano y la costa: “[...] una ruta secular partía de Tulancingo, pasando por Huahuchinango y Xicotepéc, después por la ciudad ya desaparecida de Tuzapan, para dirigirse finalmente hacia Papantla o hacia

Tuxpan” (Stresser-Péan, 1995: 17), en referencia al momento inmediatamente anterior a la llegada de los españoles. El testimonio gráfico que ofrecen los lienzos de Tuxpan sobre la presencia chichimeca en la planicie costera es muy sugestivo en este sentido y permitiría remontar, al menos hasta el siglo XI de nuestra era, la existencia del transecto que unía a Tuxpan con Tochpan (Brotherson, 1995: 89 y Melgarejo Vivanco 1970). Pero bien pudiera ser que desde antes comenzara a ganar popularidad esa vía, dado que a partir del Clásico tardío el centro norte de Veracruz muestra claras evidencias de haber alcanzado gran complejidad sociocultural, la más palpable de ellas es la emergencia de un gran centro como El Tajín, en las proximidades de Papantla. Este fenómeno no sólo es explicable como resultado de procesos sociales locales que iniciarían tiempo atrás en la región —los cuales se evidencian en sitios como El Pital, que incluso ha sido considerado por Pascual (1998: 24) como su “antecedente directo”, o Morgadal Grande—, en los que participarían pueblos que podrían rebasar la cuenca baja del río Tecolutla, localizados también tierra adentro y de los que hasta ahora poco sabemos. En estos procesos, los caminos jugarían un papel importante que el Tajín aprovecharía y reorganizaría a su conveniencia a fin de intercambiar productos que quizá antes llegarían a la región por intermedio de otros asentamientos, como El Pital en un momento anterior.

Asimismo, se debe tomar en cuenta que la creciente importancia de esta región a finales del Clásico resulta contemporánea con los cambios socio-políticos que acompañan el debilitamiento y la paulatina desarticulación del sistema teotihuacano, los cuales se considera que afectaron en diferentes grados amplias zonas de Mesoamérica, particularmente con la apertura de nuevos espacios de interacción y las modificaciones en rutas de intercambio a larga distancia.

Así, al tiempo que se incrementaba la red y ganaban popularidad algunas rutas a expensas de otras, en la planicie costera del Golfo de México, El Tajín parece haberse convertido en un nodo importante de las redes de comunicación (*ibidem*, 1998: 17). Lo mismo parece haber sucedido en el Altiplano central, con el surgimiento de Huapalcalco como otro de estos nodos, ubicado en el

extremo noreste de la cuenca de México, cerca de uno de los accesos a la costa a través de la Sierra Madre. Los vínculos entre El Tajín y Huapalcalco han sido esbozados por M. Gaxiola, quien consideraba que ambos centros participaron al menos en la distribución de las cerámicas naranja-marfil y marfil (Gaxiola, 1999: 66). Parece factible que comenzara a frecuentarse entonces una ruta hacia el Altiplano, que más tarde aprovecharían ampliamente algunas de las oleadas de pueblos que invadieron el centro de México y penetraron a la Sierra de Puebla y el sur de la Huasteca por el tiempo en que Tula pierde su hegemonía, como los chichimecas de Xólotl y los otomíes.

Tiempo después, también incursionarían por esta zona los estados militaristas del centro de México. Los acolhuas, después de conquistar Tullancingo, se extendieron hasta Huauchinango y Xicotepec imponiendo gobernadores y mayordomos, y más tarde parece que llegaron hasta el sudeste de la Huasteca, Tochpan y Tizauhcoac (Ixtilxóchitl, 1965, II: 197), de manera que partes importantes de la sierra y de la planicie quedarían bajo su dominio. Ya en tiempos de la Triple Alianza, la división política se diversifica cuando los mexicanos se expanden mediante alianzas por estos territorios, que tradicionalmente habían sido dominio texcocano, y conquistan otros pueblos hacia el este que estaban más allá de esa frontera, como Papantla, y al norte hacia Tuxpan (Acuña 1985: 177).

En nuestros días, por esas partes cruza la carretera que conecta a la ciudad de México con Poza Rica y Tuxpan.

En todo caso, no sería extraño que este camino, frecuentado en el Posclásico tardío de acuerdo a las fuentes históricas, funcionara desde tiempo atrás. Por el momento carecemos de información arqueológica por falta de estudios en la región intermedia entre la Sierra Madre oriental y la planicie costera; de hecho, prácticamente desconocemos lo que aconteció allí en este amplio rango temporal y casi todo lo referente al sitio de Tuzapan.

Recientemente en 2011, como parte del programa de trabajo en la región del Proyecto Arqueológico en la cuenca media del río Necaxa, se realizó un reconocimiento en la zona de Tuzapan y se recolectaron los primeros datos arqueológicos. En este artículo hemos combinado la información

histórica disponible recolectada, tanto de los primeros años de la Colonia como la aportada por viajeros y arqueólogos que la visitaron, así como una descripción de las características formales de lo que fuera su cabecera y su entorno natural, la que acompañamos con el primer plano topográfico. Algunos materiales arqueológicos recuperados en superficie dan indicaciones temporales de la ocupación. La reunión de todos estos datos aporta una primera imagen del sitio que exponemos aquí.

Tuzapan a través de las fuentes

En realidad contamos con apenas algunas referencias históricas de Tuzapan, lo cual podría explicarse porque desde muy temprano —entre 1540 y 1580, según la *Relación de la Hueytlalpan*— al menos la cabecera estaba totalmente despoblada (Acuña, *ibidem*: 175), probable resultado de la reubicación de la población indígena en lugares de más fácil acceso y más acordes a la política económica del nuevo régimen, así como a la generalizada disminución de la población a consecuencia de epidemias a las que se hace referencia en varios documentos, sin dejar de lado los efectos del yugo hispano.

Hay menciones en documentos coloniales tempranos que permiten establecer que Tuzapan estaba ocupado durante poco antes de la llegada de los españoles, y que habría sido conquistado por Ahuizotl durante una intrusión mexicana entre 1486 y 1488 (Alvarado Tezozómoc, 1979: 479; Durán, 1967, 2: 327). Bernal Díaz del Castillo apuntó que cuando H. Cortés estaba preparando la entrada a la ciudad de Tenochtitlán recibió varios mensajeros de Veracruz que vendrían a aliarse contra los mexicas, entre los cuales había gente de Tuzapan que concurrieron “a demandar paces y darse por vasallos de su Majestad” (Díaz del Castillo, 1987), siguiendo el ejemplo de otros señores totonacos —quienes lo veían como un medio para librarse del dominio mexica—. Esto refuerza el informe de que también habrían sido conquistados, aunque fuese poco tiempo antes.

Lo cierto es que, a la llegada de los españoles, buena parte de los pequeños señoríos totonacos del centro norte de Veracruz, así como los más

australes y grandes, como Cempoala, tributaban a la Triple Alianza. Sin embargo, cabe señalar que Tuzapan no es mencionada, ni como cabecera ni como pueblo, en la Matrícula de Tributos o en el Códice Mendocino. Aún así, al trazar una cartografía de las provincias que pagaban al imperio Colhua-mexica, R. Barlow engloba espacialmente a Tuzapán en la Provincia de Tuchpan junto con Papantla, vecinos de las provincias de Atlán, al norte, y la de Tlapacoyan al sur (Barlow, 1992: 87-88).

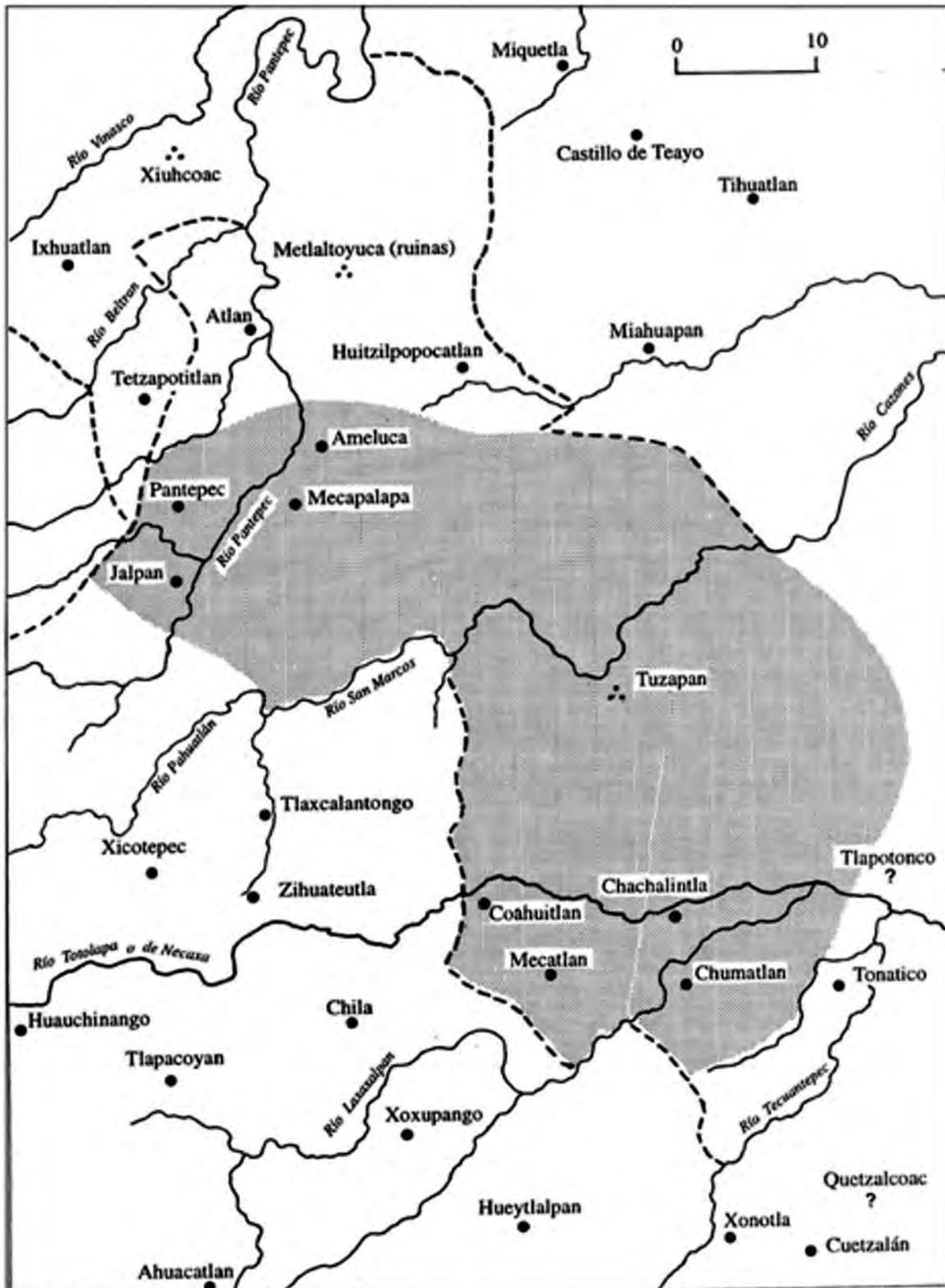
Otras menciones que ratifican la vigencia de Tuzapan a principios del siglo XVI, se deben al conquistador Vázquez de Tapia (1972: 31), quien señala que el mismo Cortés había pasado por allí a su regreso de la Huasteca, lo cual es muy factible si atendemos a su ubicación a lo largo de una ruta que venía de Tuxpan. En todo caso, la expedición que conquistó esta zona, desde Tuxpan a Tuzapan, fue encabezada por Andrés de Tapia, a quien se le adjudica en 1528, como parte de una gran encomienda que deja más tarde a sus herederos (Gerhard, 1986: 119-121).

En la Suma de Visitas se asegura que Tuzapan tenía once estancias, trece leguas de largo por nueve de ancho y confinaba con Quezalcoaque, Achichilintla, Tapotongo, Tonatico, Chila, Guachinango, Xicotepeque y Metateyuca (Del Paso y Troncoso, 1905).

Stresser-Péan (1998: 215), haciendo uso de la información, calcula de manera tentativa una extensión considerable para este señorío de Tuzapán, cercano a 2 300 km², abarcando partes importantes de las cuencas medias de los ríos Cazones y del Tecolutla. A partir de la identificación de estos pueblos vecinos con los que tenía frontera reconstruye de manera tentativa su territorio y lo plasma en un mapa que reproducimos aquí (fig. 1).

En todo caso, el abandono temprano de la cabecera favoreció la conservación de los restos materiales de este pueblo hasta nuestros días, y tanto la arquitectura visible, como los materiales superficiales, parecen confirmar esta ocupación tardía.

Sin embargo, además del testimonio gráfico del primer Lienzo de Tuxpan que sugiere una ocupación más temprana en la zona, hay otras menciones en documentos coloniales que indican que en tierras de Tuzapán estuvieron durante seis años



© Fig. 1 Mapa de Tuzapán y pueblos vecinos (tomado de Stresser-Péan, 1998: 215).

los toltecas en su peregrinación y que en todas partes por las que pararon “[...] iban dejando gente para que poblaran aquestas tierras [...]” (Ixtilochitl, 1965: 26-27). Hasta el momento, no hay indicadores de ella.

Tuzapan arqueológico: trabajos pioneros y recientes

La primera noticia que se tiene de la zona data de 1829, cuando el arquitecto y dibujante alemán Karl Nebel fue al Tajín y allí los totonacos le recomendaron visitara las ruinas de una ciudad llamada Tuzapan, de la cual procedían sus ancestros (Stresser-Peán, 1998: 212). Así lo hace, y en 1836 publica en París dos litografías del sitio en su álbum *Voyage pittoresque et archéologique dans la*



● Fig. 2 Litografía de Karl Nebel.



● Fig. 3 Una de las probables estructuras dibujada por Nebel.

partie la plus interessante du Mexique” (Nebel, 1963). Fascinado por lo exótico, en una de ellas plasmó un basamento piramidal con cuatro cuerpos, escalinata con alfarda y un templo en su parte superior, rodeado de una vegetación exuberante (fig. 2). En la otra muestra una escultura tallada en piedra que representa probablemente a Chalchitlicue, diosa del agua con un surtidor a sus plantas (López Luján, 2006: 30). A pesar de que en nuestros días ninguno de los basamentos de Tuzapan conservan construcciones sobre ellos, ni se aprecian derrumbes de piedra que lo testifiquen, así como tampoco quedan rastros de la escultura, debe tomarse en cuenta que Nebel es considerado un buen ilustrador aunque combinara fines instructivos con la recreación de lo pintoresco (fig. 3) (Diener, 2006).

Las siguientes referencias del sitio datan de un siglo más tarde. A partir de 1930, en la correspondencia de la entonces Dirección de Monumentos Prehispánicos hay varios oficios donde habitantes de Veracruz informan reiteradamente sobre la existencia de ruinas prehispánicas y coloniales en Tuzapan y la necesidad de salvaguardarlas (exp. B/311 (72-61) (02)/1). Incluso se llega a mencionar el supuesto envío de piezas al Museo Nacional. Es probable que estas denuncias hayan motivado a Enrique Palacios (1945) y Wilfrido Du Solier (s.f.) a incluir ese sitio en el reconocimiento arqueológico realizado en 1939, en la colindancia de los estados de Puebla y Veracruz.

Cada uno de estos investigadores presenta un reporte por separado, con muchos años de diferencia e información que no siempre coincide. El informe de Palacios se publica en los *Anales del Museo Nacional* en 1945 y parece no estar completo, pues si bien lleva como título “Exploraciones en Tuzapan y zonas Comarcanas”, no hace referencia al sitio a lo largo del texto. Por otra parte, en el informe inédito de Du Solier (s.f.), después de comentar sobre la ruta, las dificultades para llegar y para realizar la inspección debidas a la abundancia de agua, fauna y vegetación, describió al sitio como una ciudad circundada por una gran muralla de piedra, con restos de edificios, altares, templos, canales y aljibes, entre otras estructuras. Destaca su “perfecto estado de conservación” y el sistema de distribución del agua, “por

diferentes puntos se ven profundos aljibes, hechos de piedra en forma de prismas octogonales, los cuales se comunican unos con otros por canales, hechos también de piedra y recubiertos de estuco” (*ibidem*: 6). Las láminas y croquis citados en el texto por el momento están perdidos, pero en su breve informe menciona dos edificios en particular: uno, orientado al poniente, con cuatro cuerpos y escalera forrada de estuco, en cuya base recuperaron restos de una escultura de piedra y estuco; y otro aparentemente formado de nichos, a semejanza de El Tajín.

Por último, señala haber visto en Villa de Juárez un hermosísimo teponaxtle con la figura de un chango y orejeras de Quetzalcóatl, que procede supuestamente de la zona arqueológica.

Casi una década después, en 1947, Ekholm explora partes del norte de Veracruz y pasa por Tuzapan. Coincide con Palacios y Du Solier en las dificultades que la vegetación impone para la observación de los restos arqueológicos. Al comparar sus características con las de otros sitios que visita, considera que su ubicación sobre mesetas se debe a una clara estrategia defensiva, en particular destaca los paredones en los accesos al sitio. Menciona la existencia de pozos (fig. 4) y cisternas, así como una iglesia temprana entre los restos de edificaciones prehispánicas. Hacemos un paréntesis para añadir que se adjudica al franciscano fray Andrés de Olmos la construcción de esta capilla, cuyos restos aún es posible observar



© Fig. 4 Interior de uno de los pozos en secas con perímetro recubierto de lajas.

sobre la gran plataforma (Ekholm, 1952-1953: 420; Stresser-Péan, 1998: 213). Ekholm también recupera muestras de cerámica de pasta fina y un “tipo altamente policromo de varios estilos”, al que le asigna una cronología del Posclásico tardío.

En este sentido, cabe añadir que tanto G. Ekholm (*op. cit.*: 420) como J. Wilkerson (1989: 275) concuerdan en que el sitio arqueológico pertenece al Posclásico tardío, mientras García Payón (1971: 533; 1945: 232-233) no dudó en calificarlo como un centro tolteca. Esta última propuesta concuerda con la extensión del dominio de Tollan que supuso L. Feldman a partir de la *Historia Tolteca Chichimeca*, quien la prolonga más lejos de lo que alguna vez presumieron P. Kirchhoff *et al.* (1976: 252-53): hasta el Golfo de México y la zona del Pánuco. Sólo que en este caso quedó excluida la región en torno al Tajín, a la que supuso un obstáculo para su expansión (Feldman, 1974: 187; Diehl y Feldman, 1974: 107) asumiendo su contemporaneidad. En este punto Diehl y Feldman difieren de García Payón, ya que este último investigador cree identificar presencia tolteca en etapas tardías de El Tajín mismo, e incluso llega a proponer que los pueblos fortificados en las vecinas regiones noroccidentales, entre ellos Tuzapan, eran otra manifestación de una invasión tolteca (García Payón, 1971: 532-533). Termina por reforzar este supuesto identificando en el sitio cerámicas rojo sobre bayo parecidas a los tipos entonces considerados diagnósticos, como Mazapa y Coyotlatelco (que entonces no estaban bien tipificadas): “Yo creo que este centro fue fundado por los toltecas, a juzgar por su ubicación, fortificaciones, arquitectura, esculturas, y sus cerámicas tempranas relacionadas con Mazapa, Coyotlatelco, y tipos Culhuacán” (*ibidem*: 533).

En 1996 la zona fue dada de alta en el Registro Público de Monumentos y Zonas Arqueológicas, por H. Besso-Oberto, con la clave F14D75-07-003, y en la cédula de registro se le asignó una cronología tentativa entre 650 y 1200 d.C. Algunos arqueólogos del Centro INAH Veracruz, entre ellos Besso-Oberto, hicieron algunas gestiones a fin de conseguir fondos para trabajar el sitio y un croquis de algunas estructuras.

Más recientemente, en 2008, Morrison Limón —al frente de un equipo de arqueólogos contra-

tados para un proyecto de salvamento arqueológico propiciado por trabajos de exploración de Pemex— realizó el primer plano topográfico de la parte principal del sitio a fin de evitar su afectación; se trata de un mapa planimétrico detallado hecho con GPS, y se muestra páginas adelante (fig. 5).

Un poco antes, en 2004, con la arqueóloga Margarita Gaxiola atendimos una denuncia de saqueo en el sitio, lo que dio pie a la posterior presentación de un proyecto de campo en la región, cuyo primer objetivo era realizar una cartografía de los sitios arqueológicos en las cuencas medias de los ríos San Marcos y Tecolutla, con planos de distribución de sitios por periodos, así como además de iniciar su caracterización cultural a partir de la morfología de los sitios y atributos de sus materiales (Avilez, 2006). Este programa da marco a la investigación del sitio.

Tuzapan y su entorno

El sitio arqueológico de Tuzapan se encuentra en el centro-norte de Veracruz, muy cerca de la colindancia con Puebla, en la parte septentrional del municipio de Coyutla. Se localiza en la cuenca media del río Cazonos, en esta parte conocido como San Marcos, en una región de tierras bajas (*lowlands*) que fisiográficamente forman parte de la planicie costera del Golfo de México, pero poco antes de alcanzar, hacia el oeste, a la Sierra Madre Oriental. De manera que a la vecindad de la sierra se debe la presencia de lomas y escarpas bajas, no mayores a 300 msnm, formadas por procesos erosivos de carácter fluvial, a las que suele llamarse mesas por su cima plana, que vienen a romper la monotonía de las tierras llanas más cercanas a la costa.

El asentamiento ocupa en el paisaje la porción central de una de estas geoforras alargadas, que en términos generales se orienta de norte a sur, a la altura de las coordenadas UTM 2 255 094mN y 642 429mE (lectura tomada en la plataforma principal). Ello ocurre en las proximidades del río San Marcos, muy cerca de donde se le incorpora el arroyo Grande o Buenavista. Las construcciones se extienden en la cima entre 300 y 320 m de altitud, aprovechando para su emplazamiento un

sector que de manera natural queda convenientemente separado del resto de la mesa por el adelgazamiento del terreno en sus extremos, hasta dejar dos corredores estrechos. Su extensión se acerca a 1 875 m de longitud en un eje norte sur, mientras en el perpendicular tiene 1 100 m en la parte más ancha.

El sustrato geológico se compone fundamentalmente de rocas sedimentarias de origen marino del Eoceno y Paleoceno que suelen caracterizar a toda la planicie, con calizas, lutitas y areniscas coronadas por algunos derrames ígneos más recientes (Plioceno), que en Tuzapan son basálticos y afloran en varios puntos. A esta particular combinación parece deberse la presencia de agua en abundancia en la parte alta de la mesa. El líquido proveniente de las abundantes lluvias traspasa la delgada capa de suelo y el basalto hasta encontrar a poca profundidad un estrato de origen sedimentario impermeable, donde se acumula de forma tal que mediante pozos se puede disponer de agua durante todo el año.

Cabe mencionar que la precipitación en esta región es del orden de 1 500 mm como media anual y la temperatura oscila entre 21 y 33 grados, generando —de acuerdo con Sistema Köppen—, un clima caliente húmedo (Am) con lluvias en verano e influencia de monzón que viene a aumentar considerablemente la cantidad de precipitación, ocasionando que la pluviosidad más intensa se extienda al verano y buena parte del otoño (García, 1981). Esta abundancia de lluvia ocasionalmente debió llegar a saturar la superficie, como sucede en nuestros días y provocar inundaciones en diversos puntos. Es probable, entonces, que la infraestructura hidráulica materializada en pozos o aljibes, canales y receptáculos de agua que se ven en la superficie del sitio —y de los que hablan Du Solier (s.f.): 6) y Ekholm (1953: 420) después de visitar el sitio en la primera mitad del siglo pasado—, sirviera también para drenar el líquido.

En este mismo sentido, la considerable altura de las plataformas principales cumpliría también con la finalidad práctica de mantenerlas secas.

Al menos hasta la primera mitad del siglo XX, la cubierta vegetal en extensas áreas estaba constituida por acahual y, en muy buena medida, por bosque tropical perennifolio (Rzdowski, 1978)



© Fig. 5 Mapa planimétrico del sitio arqueológico de Tuzapan (cortesía de Morrison Limón).

aparentemente muy cerrado, al que se hace referencia en varios testimonios de los arqueólogos y exploradores que visitaron la región antes de dicho periodo. Desde entonces se da un proceso de deforestación debido al incremento de las actividades económicas en la zona, en el que intervino primero la extracción maderera y, más tarde, la exploración y explotación petrolera junto con la intensificación de la actividad ganadera, entre las más notorias. Con todas ellas se ha acelerado la tala y sustitución del estrato arbóreo y arbustivo, así como la extensión de los pastizales a las partes más altas y menos accesibles.

El sector de la mesa donde se construyeron las principales estructuras está bordeado parcialmente mediante un muro de piedra levantado en algunos tramos de su periferia, justamente en aquellos donde no existía la barrena natural formada por el escarpe vertical de basalto. Ambos elementos lo protegerían y restringirían la libre circulación a la parte alta, con excepción de algunos puntos específicos por donde sería posible el acceso presumiblemente controlado. Tanto la ubicación en la cumbre rodeada de acantilados como su carácter fortificado llevaron a Ekholm a compararlo con Cacahuatenco, en la cuenca superior del Tuxpan, y a asignarle una temporalidad similar. La fortificación de estos asentamientos para facilitar su defensa es indicativa de una situación predominante de inestabilidad política.

Actualmente, tanto la ubicación del sitio sobre una mesa, la vegetación cerrada y la ausencia de brechas ponen dificultades al acceso y han favorecido su conservación.

Descripción del sitio

Dentro de este espacio acotado, por el lado noroeste se aprecia la parte nucleada con una serie de módulos de arquitectura monumental y edificios que organizan esta parte del asentamiento. Las construcciones anuncian una diversidad funcional, y las más grandes un carácter ceremonial y público. Mientras al sur, en un patrón disperso y amorfo, se distribuyen de manera azarosa plataformas bajas aisladas o conjuntos de plataformas de vocación doméstica, que incluso se continúan

fuera del área amurallada en varias direcciones, tanto en la parte alta de la mesa como a lo largo de sus laderas.

Sobre un suelo tipo vertisol que rellena y nivela las irregularidades propias de un flujo de basalto que aflora en manchones desperdigados, los vestigios arquitectónicos más concentrados y monumentales se ordenan en tres plataformas altas, sobre las cuales se levantaron una serie de basamentos y edificios organizados en plazas en un arreglo geométrico. Sus núcleos son de tierra roja con piedra y sus taludes están recubiertos con lajas y estuco. Entre ellas hay diferencias notorias de altura, tamaño, densidad y en la complejidad de sus edificios, que reflejan diversas funciones.

Así el módulo mayor al que llamamos Gran Plataforma (A) tiene las dimensiones más considerables, tanto en tamaño como en altura, con cerca de 570 m de largo y hasta 150 de ancho, una altura aproximada de 10 m, y es el núcleo principal del sitio. La forma de la planta es alargada, pero no del todo rectangular: hacia la parte media se ensancha y al extremo noreste se reduce notablemente, para adaptarse a la morfología de la mesa sobre la que se desplanta el sitio. El estrechamiento coincide con el límite de la mesa, y a lo largo del talud en esta parte hay una serie de elementos constructivos como escaleras angostas, muros y vestigios de canales de drenaje, próximos a un ojo de agua localizado unos metros más hacia el noroeste, a un nivel más bajo. La presencia de metates, metlapiles, comales y ollas en este sector del talud dan indicios de un probable uso habitacional.

La Gran Plataforma muestra arremetimientos en ángulo recto en varios puntos, al igual que las otras dos, aunque difiere de éstas en su orientación: en este caso es de casi 45 grados azimut, y sostiene el mayor número de edificios. Entre varios basamentos piramidales y plataformas acomodadas en torno a plazas, sobresale un gran patio hundido acotado por plataformas alargadas a sus cuatro costados y abierto exclusivamente en el vértice poniente (fig. 6). Sobre uno de sus largueros, hay un montículo al extremo nororiental.

Hacia el otro extremo de este gran módulo, hay un probable juego de pelota y una plaza donde desplanta un montículo piramidal, el más alto



● Fig. 6 Gran patio hundido con estructura al noreste.



● Fig. 7 Probable Juego de pelota sobre Plataforma A.

de todo este conjunto, que supera 12 m. Llama la atención una unidad arquitectónica conformada por un pequeño patio ligeramente hundido, con forma de I, al pie de un edificio piramidal. Además de la forma, al centro del patio se encuentra un círculo de mampostería con forma de dona, todo ello recuerda una pequeña cancha de juego de pelota (fig. 7); sin embargo, no hay estructura que delimite el otro costado del patio, que se encuentra a unos cuantos metros del borde de la plataforma. Otros elementos más pequeños son los altares que se distribuyen en varias partes, lajas



● Fig. 8 Escultura del sitio de Tuzapan.

alargadas sobre algunos basamentos a modo de monolíticas lisas, y un pozo de agua. También proveniente de la Plataforma A, M. Limón dio a conocer en un cartel parte de una escultura (fig. 8) que representa la porción inferior de un personaje de pie con las piernas extendidas y juntas que porta un *maxtlatl*. El acceso a la parte superior de la plataforma se hacía mediante una serie de escalinatas de lajas, de peralte muy angosto, casi como rampas, delimitadas por alfardas angostas, colocadas en varios puntos.

El juego de pelota, los patios hundidos y las estructuras piramidales monumentales corresponden a un área eminentemente de carácter ceremonial.

A su vez, las plataformas B y C presentan menores dimensiones y sus ejes longitudinales acusan orientación similar, corren de norte a sur con ligeras diferencias entre ellas, con 17 y la otra con 20 grados azimut, respectivamente; sus plantas son ortogonales y afectan formas cuadrangulares o rectangulares con los remetimientos mencionados. La Plataforma B mide aproxima-

damente 300 m de largo por 200 ancho, y cuenta con cuatro cuerpos de alturas menores que se suceden de forma escalonada (parcialmente superpuesta). En los dos inferiores se aprecian algunas variaciones topográficas que indican alguna construcción; en el tercero, que tiene mayor altura, se estiman tres basamentos y dos plataformas, y en los superiores desplantan cinco montículos.

Por último, la plataforma C es menor en dimensiones, tiene cerca de 250 por 150 m, con dos cuerpos aunque el primero pudiera corresponder más bien a un adosamiento. En todo caso sobre ella se levantaron al menos 12 estructuras.

En las plataformas (A y B) hay basamentos con una orientación diferente a la de su propio módulo, y a la de la mayoría de construcciones. La ausencia de juegos de pelota y de patios hundidos en las menores sugiere otras funciones, entre ellas la residencial, que deberán definirse mediante futuras exploraciones.

Entre los tres módulos que hemos descrito, a nivel de la superficie se aprecia una serie de plataformas bajas y chicas formando pequeños conjuntos de dos o tres, con distribución y orientación azarosa; la mayoría está dedicada a funciones domésticas. Hay también pozos y aljibes que complementan el arreglo del sitio, así como canalizaciones para manejar el agua. La abundancia de pozos parecería indicar una población relativamente densa en la parte alta de la mesa. Sin embargo, las ofrendas con cerámica encontradas dentro de algunos pozos, y las actuales referencias a épocas en que el descenso del nivel agua llega a ser severo, podrían contribuir a explicar también este número.

La extensión de la ocupación, como se señaló arriba, desborda la parte alta de la mesa, y tanto en la ladera como en las tierras bajas aledañas, y en particular por el lado sur, es frecuente encontrar plataformas aisladas, de menor altura y proporciones, con pequeños montículos y cuartos que sugieren también uso doméstico. En la planicie aluvial, al pie de la mesa por su costado oeste, justo en la confluencia del arroyo Colorado y el San Marcos, sobresale la unidad arqueológica conformada por estructuras sobre terrazas y una plataforma, cuya última ocupación, de acuerdo con el material cerámico, sería contemporánea a la de

Tuzapan. Con lo descrito aquí se esboza apenas un modelo donde la mayor parte de la población estaría dispersa en un espacio amplio alrededor de este centro con arquitectura monumental, y de algunas entidades que podríamos considerar tentativamente de segundo rango, pero hace falta una prospección intensiva y sistemática del área.

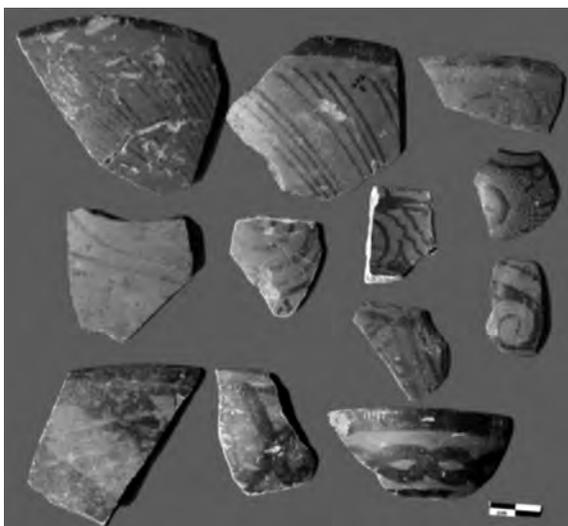
Sobre la cronología

A fin de obtener un fechamiento relativo de la ocupación visible en superficie, en un primer momento hemos recurrido a la presencia de dos lozas presentes en áreas saqueadas del sitio, con valor diagnóstico aunque éste sea muy amplio y, por el otro, a la ausencia de material diagnóstico del Clásico en la región, como son las ollas de la tradición de Bandas ásperas.

La primera loza corresponde a una tradición alfarera distinta, propia de la cuenca de México a la que Parsons catalogó como Roja con engobe bruñido (1966:122-123) o Texcoco bruñido, que forma parte de los complejos Azteca. Dados los atributos de la pasta, del acabado y a los diseños presentes, similares a los descritos para los tipos de la cuenca, asumimos que proviene del Altiplano. Es una cerámica producida en varios centros alrededor del lago de Texcoco, según los análisis practicados por M. Hodge (1998: 217), y fue transportada a largas distancias para ser distribuida en amplias zonas de Mesoamérica, representando la gran expansión de la Triple Alianza.

Los tiestos corresponden a los tipos Texcoco negro sobre rojo (fig. 9) y Texcoco negro y blanco que más allá de plantear la cuestión de intercambio y sus mecanismos, permite asignar la última ocupación de Tuzapan al Posclásico tardío.

Por su parte, la segunda loza, Huasteca negro sobre blanco, fue considerada desde 1944 como distintiva de la región porque Ekholm supuso que la Huasteca era su lugar de origen. Consideró asimismo que este tipo no tenía similitud con ninguna otra cerámica mesoamericana y refiere que, según Fewkes, sus diseños la asemejan más a lo hopi (Ekholm 1944: 432). Desde entonces se han multiplicado los reportes de su presencia a lo largo de la costa del Golfo, rebasando por el norte y



◉ Fig. 9 Tiestos de Texcoco negro sobre rojo.

sur a la Huasteca que identificamos hoy, caracterizándose por mostrar formas y diseños variables en la decoración.

En cuanto a su temporalidad, esta vajilla estaba en uso a la llegada de los españoles y es diagnóstica también como del Posclásico tardío, dato que coincide con las menciones históricas del sitio que se hicieron en los primeros años de la Colonia.

Conclusión

Ésta es apenas una primera imagen de Tuzapan a partir de los datos históricos y arqueológicos disponibles, y permite vislumbrar el potencial que tiene la investigación arqueológica para conocer la dinámica a la que estuvo sujeta esta zona intermedia entre el Altiplano central y la costa del Golfo en el centro-norte de Veracruz.

Aquí hemos señalado la existencia de una serie de elementos históricos indicativos de que Tuzapan era la cabecera de un señorío totonaco poco antes de la llegada de los españoles, y la colocan como una entidad sobre un camino frecuentado por grupos del Altiplano central en el Posclásico. La posibilidad de que jugara un rol importante en la circulación de productos que habrían pasado en algún momento por esta zona intermedia entre la sierra y planicie costera, la hemos considerado

posible y podría haberse iniciado al menos desde el Clásico tardío, a partir de los elementos con los que contamos por ahora.

Por su parte, la información arqueológica hecha a través de los primeros reconocimientos superficiales devela un núcleo monumental rodeado por población dispersa. El arreglo complejo y los componentes arquitectónicos diferenciados de este centro, apuntan a una diversidad funcional y hacia una sociedad fuertemente jerarquizada, que requirió de una disponibilidad considerable de mano de obra. Como se ha visto, los indicadores arqueológicos confirman una ocupación durante el Posclásico tardío, pero queda pendiente determinar desde cuando emergió.

Su carácter fortificado constata una necesidad de defensa y protección que puede encontrar explicación en su particular ubicación a lo largo de una vía que más tarde fue ampliamente utilizada para la expansión del centro de México, lo cual significaría un cambio regional hacia condiciones de inestabilidad política que ciertamente caracterizaron al Posclásico tardío en esta región.

Bibliografía

- Acuña, René (ed.)
1985. "Relación de Hueytlalpa", en *Relaciones Geográficas de Tlaxcala*, México, UNAM, pp. 151-180.
- Alvarado Tezozómoc, Fernando
1979. *Crónica Mexicayotl*, México, INAH.
- Avilez Moreno, María Rosa
2006. "Proyecto arqueológico en la cuenca media del río Necaxa", México, Archivo del Consejo de Arqueología, INAH, mecanoscrito.
- Barlow, Robert
1992. *La extensión del imperio de los culhua-mexica* (ed. de Jesús Monjaraz, Elena Limón y Maricruz Paillés), México INAH/UDLA.
- Besso-Oberto, González, H.
1994. "Localización y catálogo de sitios y zonas arqueológicas de la Huasteca (área meridional y austral)", Veracruz, Archivo del Centro INAH Veracruz, Proyecto ADMP c/311.42(B)/2-21.

- Brotherson, Gordon
1995. *Painted Books from Mexico. Codices in UK Collections and the world they represented*, Londres, British Museum Press.
- Del Paso y Troncoso, Francisco (ed.)
1905. “Suma de Visitas de pueblos por orden alfabético”, en *Papeles de Nueva España*, 2ª. Serie, t. I, Madrid, Estab. tip. “Sucesores de Rivadeneyra”.
- Díaz del Castillo, Bernal
1987. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, México, Fernández (Biblioteca Conmemorativa).
- Diehl, Richard y Lawrence Feldman
1974. *Relaciones entre la Huasteca y Tollan*, México, INAH (Científica).
- Diener, Pablo
2006. “El México pintoresco”, *Artes de México*, núm. 80, pp. 34-47.
- Durán, fray Diego
1967. *Historia de las Indias de Nueva España y, islas de Tierra Firme* (introd. y notas de José Fernando Ramírez, 2 tt. y un *Atlas*, el segundo con numeración propia que contiene un apéndice de Alfredo Chavero), México, Editora Nacional.
- Du Solier, Wilfrido
s.f. “Informe sobre la zona de Tuzapan, Veracruz”, México, Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, mecanoscrito.
- Ekholm, Gordon
1952-1953. “Notas arqueológicas sobre el valle de Tuxpan y áreas circunvecinas”, *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, t. XIII, núms. 2-3, pp. 413-421.
- Feldman, Lawrence
1974. “Tollan in Central Mexico: The Geography of Economic Specialization”, en *Studies of Ancient Tollan. A Report of the University of Missouri Tula Archaeological Project*, Columbia, University of Missouri (Monographs on Anthropology, 1), pp. 150-189.
- García, Enriqueta
1981. *Modificaciones al sistema de clasificación climática de Köppen*, México, UNAM.
- García Payón, José
1945. “Relación de las zonas arqueológicas del Estado de Veracruz”, México, Archivo Técnico de DMP, SEP, exp. 119-1, 1934-1939.
- 1971. “Archaeology of Central Veracruz”, en *Handbook of Middle American Indians, vol. I., Archaeology of Northern Mesoamerica. Part 2*, Austin, University of Texas Press, pp. 505-542.
- Gaxiola, Margarita
1999. “Huapalcalco y las tradiciones alfareras del Epiclásico”, *Arqueología*, núm. 21, pp. 45-72.
- Gaxiola, Margarita y Ma. Rosa Avilez
2004. “Informe de la inspección a la zona arqueológica de Tuzapan, Veracruz”, México, Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, mecanoscrito.
- Gerhard, Peter
1986. *Geografía histórica de la Nueva España 1519-1821*, México, UNAM, pp. 224-226.
- Ixtlixóchitl, Fernando de Alva
1965. *Obras históricas de Don Francisco de Alva Ixtlixóchitl* (edición de Alfredo Chavero), 2 tt., México, Nacional.
- Kelly, I. y A. Palerm
1952. *The Tain Totonac*, Washington, D.C., Smithsonian Institution.
- Kirchhoff, Paul, Lina Odena Güemes y Luis Reyes García.
1976. *La historia tolteca chichimeca*, México, INAH-CISINAH/SEP.
- Lombardo Toledano, Vicente
1931. *Geografía de las lenguas de la sierra de Puebla con algunas observaciones*, México, IIA-UNAM, t. III.
- López Luján, Leonardo
2006. “La arqueología mesoamericana en la obra de Nebel”, *Artes de México*, núm. 80.
- Melgarejo Vivanco, José Luis
1979. *Los lienzos de Tuxpan*, México, Petróleos Mexicanos.

- Nebel, Carl
1963. *Viaje pintoresco y arqueológico sobre la parte más interesante de la República mexicana, en los años transcurridos desde 1829 a 1834* (observaciones de A. Von Humboldt, pról. de Justino Fernández), México, Porrúa.

- Palacios, Enrique Juan
1945. “Exploraciones en Tuzapan y zonas comarcanas”, *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, t. III (5ta época), Depto. de Monumentos, SEP.

- Pascual Soto, Arturo
1998. *El Tajín*, México, Conaculta.

- Rzdowski, J.
1978. *Vegetación de México*, México, Limusa

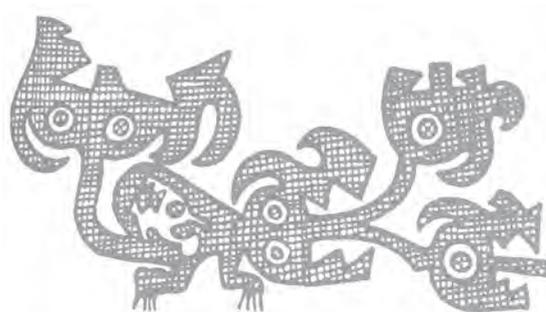
- Stresser-Péan, Guy
1998. *Los lienzos de Acaxochitlán (Hidalgo) y su importancia en la historia del poblamiento de la sierra norte de Puebla y zonas vecinas*, México, Gobierno del Estado de Hidalgo-IHEMSys, Consejo Estatal para la Cultura y las Artes de Hidalgo/CEMCA.

1995. *Códice de Xicotepec*, México, CEMCA.

- Tezozómoc, Fernando de Alvarado
1878. *Crónica mexicana escrita por D. Hernando Alvarado Tezozomoc hacia el año 1598... y precedida del Códice Ramírez*, México, José M. Vigil editor.

- Vázquez de Tapia, Bernardino
1972. *Relación de méritos y servicios del conquistador Bernardino Vázquez de Tapia* (notas de Jorge Gurría Lacroix), México, UNAM.

- Wilkerson, Jeffrey
1989. “Presencia huasteca y cronología cultural en el norte de Veracruz central, México”, en L. Ochoa (ed.), *Huastecos y totonacos*, México, INAH (Regiones).



*Stephen Castillo Bernal**

La lítica tallada de Moral-Reforma, Tabasco: primeros acercamientos

La finalidad de este artículo es inferir un segmento del modo de vida de los pobladores del sitio arqueológico de Moral-Reforma, ello a través del análisis de una muestra lítica proveniente de su área cívico-administrativa. El análisis de los utensilios de piedra nos permite postular diferentes actividades funcionales, belicosas y simbólicas que, en conjunto, nos dan la pauta para suponer el papel que jugó Moral-Reforma en la geopolítica maya de las tierras bajas.

The purpose of this article is to infer the way of life of the settlers in the archaeological site Moral-Reforma, through the analysis of a lithic sample from its civil-administrative area. The analysis of the lithic artifacts allow us to postulate different functional, bellicose and symbolic activities, which as a whole reveal a pattern that suggests the role played by Moral-Reforma in Maya geopolitics in the lowlands.

En este ensayo dilucidamos las actividades efectuadas en el sitio de Moral-Reforma a partir de una muestra lítica. Mediante el análisis de la piedra tallada se esboza la importancia política, económica y regional que llegó a gozar el emplazamiento, además de que se da cuenta de la importancia de la industria de sílex para el desarrollo de la vida cotidiana y suntuaria.

Prolegómeno. Generalidades de Moral-Reforma

Moral-Reforma se ubica 3 km al norte del poblado de Provincia, municipio de Balancán, Tabasco; entre uno de los brazos que conforma el río San Pedro Mártir y el arroyo Sayá (Juárez 1992, 1994, 1999, 2003, 2004). Si bien la historia dinástica del sitio aparece relatada de manera fragmentaria en cinco estelas erigidas entre 650 y 750 d.C., estudios previos en la región señalan presencia de ocupaciones tempranas que se remontan al Preclásico tardío. Es el caso de algunos relieves de filiación olmeca, como los del ejido Emiliano Zapata en las inmediaciones de Tenosique, así como el monumento de El Mirador, próximo al río San Pedro Mártir (Hernández y Álvarez, 1978). Sin embargo, la información con que actualmente se cuenta resulta insuficiente para establecer la presencia y características de estos grupos.

En Moral-Reforma se han recuperado cerámicas fechadas para el Preclásico tardío y Protoclásico; sin embargo, éstas proceden de los rellenos de las estruc-

* Museo Nacional de Antropología, INAH. Agradecemos profundamente a Daniel Juárez, quien amablemente nos proporcionó textos, imágenes y datos concretos de Moral-Reforma.

turas 1 y 2. Durante el Clásico temprano, entre los años 250 y 600 d.C., se registra una actividad constructiva reflejada en la configuración de la plaza, alrededor de la cual se distribuyen los primeros conjuntos que delimitan la extensión de la zona nuclear del sitio. Basamentos piramidales como los edificios 1 y 2, a los que se integran plataformas alargadas como el Edificio 3, dominan las formas arquitectónicas, complementadas con la construcción del juego de pelota o Edificio 4 (Juárez y Castillo, 2004).

A partir de los textos epigráficos ha sido posible conocer parcialmente la historia dinástica del sitio. La estela 4 ha resultado particularmente significativa. De acuerdo con la lectura de Martin (2003), en ella se consigna la fecha de nacimiento del gobernante Muwaan Jol en 656 d.C., quien a los cinco años fue presentado como sucesor al gobierno de Moral-Reforma. Llama la atención, en el caso de Muwaan Jol, la celebración de una segunda ceremonia de presentación o “atadura de cinta” al año siguiente, al amparo de Yuknoom Ch’een II divino señor de Calakmul, quien ocupaba ese sitio desde el 636 d.C. (*idem*). Es importante apuntar el contexto político que se vivía hacia mediados del siglo VII, durante el gobierno de Yuknoom Ch’een II. Estos hechos coincidieron con la escisión de los linajes en Tikal, lo que orilló a un grupo de disidentes, acaudillados por B’alaj Chan K’awiil, a establecerse en la región de Petexbatún bajo la protección de Calakmul. Esta alianza favoreció la presencia de Calakmul sobre la cuenca alta del Pasión, cuya influencia llegó hasta Cancuén, en las estribaciones de las Tierras Altas, de donde se obtenían recursos como jade y serpentina. Alcanzó también el Usumacinta mediante alguna forma de relación, con el Gobernante 2 de Piedras Negras. Pero el control más destacado fue el que ejerció sobre ciudades de la cuenca del San Pedro Mártir, con la incorporación de El Perú y Moral-Reforma a su esfera de influencia, con lo cual se aseguraba un vasto corredor fluvial (Juárez y Castillo, 2004).

Por aquellos años, Palenque, gobernado por Pakal, esperaba mantener el control sobre la Región de los Ríos. La escalinata de la llamada Casa A de El Palacio, muestra un grupo de guerreros apresados en el año 662 d.C., mientras las escalina-

tas que conducen a la Casa C, refieren, además de su pugna con Calakmul en 599 d.C., la captura de un señor de Pomoná en 659 y la muerte de otro en 663 d.C. Durante el Clásico temprano, los linajes que controlaban los centros más destacados de las Tierras Bajas consolidaron su dominio político y económico sobre amplios territorios. Estas formas de control se sustentaban con alianzas matrimoniales y campañas militares, originando así la reconfiguración del espacio geopolítico durante el Clásico tardío (Daniel Juárez, 2004: comunicación personal). Esta situación motivó la proliferación de los linajes dinásticos y la fragmentación de numerosas entidades políticas hacia el Clásico terminal, como lo evidencian la aparición de glifos emblemas que aparentemente delimitarían los espacios territoriales.

Este aspecto se refleja en las expresiones plásticas del Clásico temprano y tardío, donde la escena central en estelas, tableros y dinteles exalta la autoridad del gobernante y su vinculación con el poder divino; aspecto que pierde fuerza hacia el Clásico terminal, cuando se incorporan a la imagerie algunos miembros destacados de las elites subalternas, afianzando así su rango en el escenario político. En la estela 1, fechada alrededor de 756 d.C., se retrató a un aliado del gobernante de Moral-Reforma sacrificando a un cautivo (fig. 1). Paulatinamente el mundo Clásico de las Tierras Bajas se fue desintegrando y alrededor de 830 d.C. aún se inscribieron registros de los últimos gobernantes en Palenque, Tikal, Caracol y Copán. Pocos sitios, Calakmul y Toniná entre ellos, alcanzaron el año 900 d.C. hasta que las Tierras Bajas quedaron despobladas (Juárez y Castillo, 2004).

Sobre el método de análisis

La finalidad del análisis fue distinguir patrones tecnológicos-morfológicos y trasponerlos a una esfera social, esto es, identificar actividades cotidianas desempeñadas a través del instrumental lítico. Describimos a continuación la metodología de análisis para los derivados de núcleos, pues en la muestra analizada no se recuperó núcleo alguno.

Lascas: fragmento desprendido de un núcleo a través de percusión o presión (Crabtree, 1972: 36).



© Fig. 1. Estela 1 de Moral-Reforma (tomada de Juárez, 2003: 43).

Una lasca posee un largo menor a dos veces su ancho (Bordes, 1968: 27; Bate, 1971: 5; Mirambell y Lorenzo, 1974: 15).

Láminas: derivados de núcleos cuyo largo debe ser mayor o igual que dos veces el ancho (Bate: 1971).

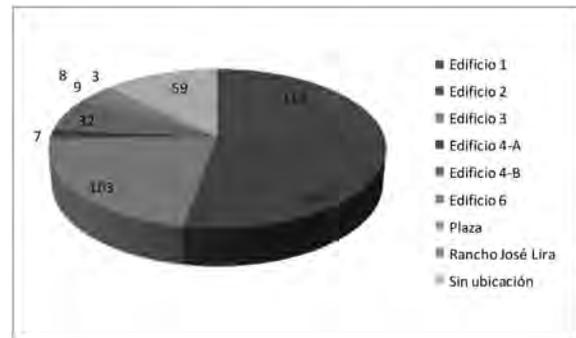
Tipos de astillamiento

1. *Bifacial*. Ubicado en la totalidad o en gran parte de las caras (Inizan *et al.*, 1999: 130).
 2. *Monofacial*. Localizado en la totalidad o en gran parte de una de las dos caras del artefacto, sea dorsal o ventral.
 3. *Monofacial simple*. Monofacial y además comprende el borde de la cara opuesta. "Cuando [el retoque] parece alcanzar el anverso, se le denomina invasor" (Leroi-Gourhan, 1974: 165).
 4. *Unilateral*. Se presenta en uno de los bordes o caras del utensilio y puede ser corto o largo (Inizan *et al.*, *op. cit.*: 141).
 5. *Bilateral*. Se ubica en la parte adyacente al borde en ambas caras (Bate, *op. cit.*: 6).
- La identificación de artefactos se realiza con base en el ángulo de astillamiento, que puede ser agudo (10° - 40°), oblicuo (40° - 60°), abrupto (mayor a 60° , pero menor a 90°), recto (90°) y obtuso (mayor de 90°).
1. *Puntas de proyectil*: tienen un extremo penetrante formado por dos bordes convergentes (Bate, *op. cit.*: 18; Mirambell y Lorenzo, *op. cit.*: 35) y son elaboradas sobre lascas o láminas. El extremo penetrante se denomina parte distal y su parte contraria basal, siendo ésta el extremo en donde se realizaba el enmangue.
 2. *Raspadores*: artefactos cuyo astillamiento se presenta en el borde con un ángulo oblicuo o abrupto. Sus bordes son convexos, siendo pocas veces cóncavos o rectos. Los raspadores presentan la cara inferior plana, mientras que su uso es unifacial y se relaciona con el raspado de materiales óseos, leñosos, pieles o vegetales.
 3. *Raederas*: elaboradas con un lascado continuo en un borde recto o ligeramente convexo (Bate, *op. cit.*: 19). El ángulo de los bordes es agudo u oblicuo, aunque llega a presentar bordes abruptos y generalmente su utilización es bifacial. Útiles para cortar pelo o desgrasar animales.
 4. *Cuchillos*: presentan un lascado de bordes agudos u oblicuos. La morfología de los bordes es convexa o ligeramente convexa, aunque también se pueden llegar a encontrar bordes aserrados.
 5. *Instrumentos con muesca(s)*: presentan una depresión cóncava en uno de sus bordes (*ibidem*: 20) formando una línea sinuosa. Utilizados para desgranar vegetales.
 6. *Instrumentos denticulados*: similares a los instrumentos con muescas(s), aunque presentan una serie de muescas continuas en el borde (*ibidem*: 21; Mirambell y Lorenzo, *op. cit.*: 57).

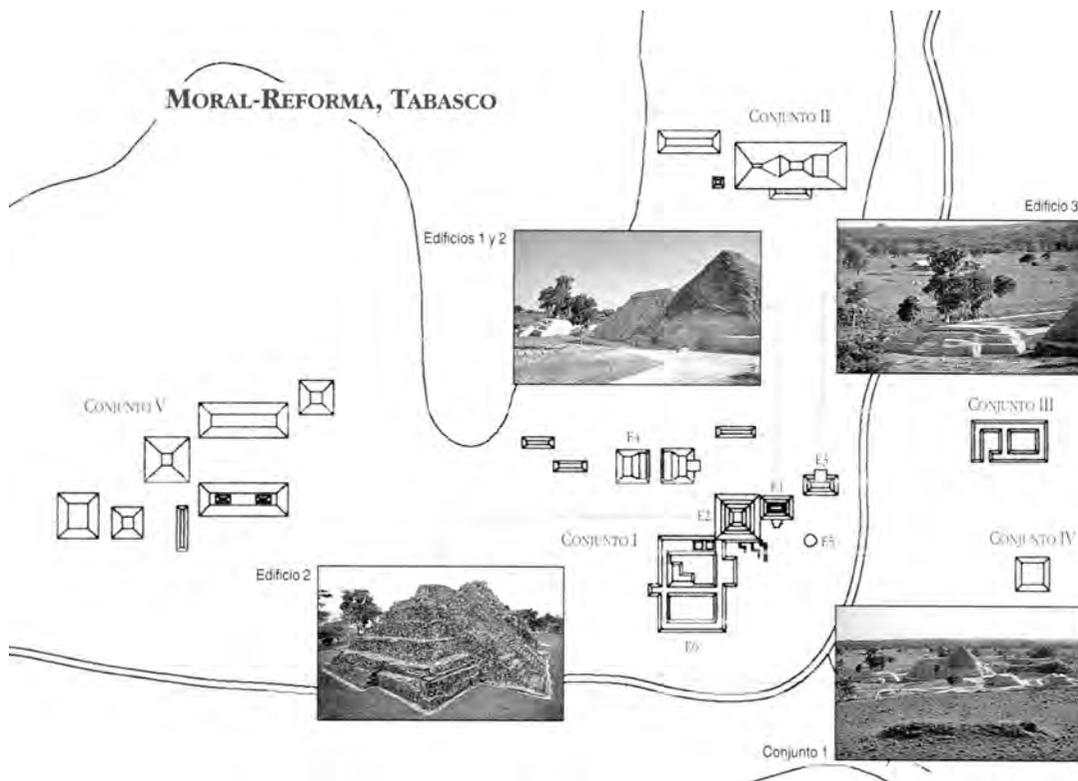
7. *Cepillos*: artefactos de uso pesado. Presentan modificaciones unilaterales o monofaciales, aunque el lascado es tosco, dejando grandes cicatrices en su cara dorsal. Los bordes son similares a los de los raspadores, por lo que la diferencia entre ambos es el grosor. Debieron ser utilizados para raspar fibras, vegetales, madera, hueso o piedras blandas.
8. *Navajas prismáticas*: siguiendo a García Cook (1967: 76), son utensilios cuya característica es tener bordes y aristas paralelas. Pastrana (1998: 115) puntualiza que las navajas son desprendidas por presión o percusión de un núcleo prismático a partir de una plataforma definida y pulida o multifaceteda. Presentan dos filos rectos y paralelos, así como una o más aristas en su cara dorsal. Su uso fue corte-desgaste, punzo-penetrante y penetrante, y poseen una sección triangular o trapezoidal, así como dos o tres facetas prismáticas en su cara dorsal (Crabtree, *op. cit.*: 49).

Resultados del análisis lítico

La colección lítica se constituyó de 468 piezas, recuperadas en las temporadas de campo de 1992 y 1993, abocadas a la exploración y consolidación de las estructuras que conforman el Conjunto 1 de Moral-Reforma (fig. 2). Las estructuras exploradas y de las cuales se recuperaron materiales líticos



● Cuadro 1. Distribución contextual de los artefactos líticos de Moral-Reforma, Tabasco.



● Fig. 2 Plano de Moral-Reforma (tomado de Juárez, 2003: 41).

fueron el Edificio 1, Edificio 2, Edificio 3, Edificio 4-A, Edificio 4-B, Edificio 6, Plaza, así como escasos materiales de superficie del Rancho José Lira. Los edificios 1, 2 y 3 fueron los que concentraron la mayor cantidad de instrumentos.

Materias primas

El 70.08% de la muestra (325 piezas) se constituye por utensilios de sílex (los datos completos del análisis se puede consultar en Juárez y Castillo, 2004). Los artefactos de obsidiana conforman 29.70%, con 139 piezas, mientras la calcedonia cuenta con tres ejemplares (0.0064%) y el basalto con uno (0.0021%). El sílex se constituyó como una materia prima local importante, cuya disponibilidad permitía la continua explotación de esta roca que se torna eficaz para desempeñar funciones pesadas. Es factible, aunque aún incierto, que los cantos rodados arrastrados por los ríos adyacentes al sitio fueran explotados para manufacturar utensilios de sílex. Por ello es necesario efectuar mayores investigaciones en el área de interacción de Moral-Reforma para detectar talleres o estudiar la composición de los cantos cercanos al emplazamiento. Resalta que en la muestra no aparecieron núcleos o fragmentos de éstos, lo cual nos da la impresión de que en el recinto ceremonial no se trabajaba directamente el sílex. Quizá las labores de producción lítica se llevaron a cabo en las periferias de Moral-Reforma, aunque también se abre la posibilidad de que los pobladores del sitio hayan importado artefactos de sílex de otras regiones.

Por otro lado, la obsidiana se constituye como una materia prima importada, dado que no se evidenció ningún núcleo poliédrico ni prismático de este vidrio volcánico. Sólo se reportaron navajas prismáticas y esquirlas. Claro está que si se trata de una materia prima importada, ésta fue de uso restringido. Decimos que la industria de obsidiana es de uso restringido debido a que este tipo de materia no podía insertarse en labores pesadas, en tanto su utilización se insertaba en procesos productivos ligeros, como el corte o esgrafiado de la concha (Velázquez y Juárez, 2007) o incluso para el corte de carne, además de que podían figurar

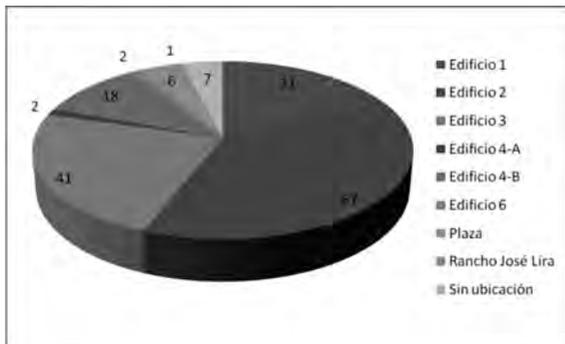
como elementos asociados con entierros de gente de elite, o como artefactos para efectuar autosaqueos u oblaciones de sangre mediante navajas prismáticas delgadas.

Cabe mencionar que la obsidiana del sitio, en su totalidad, es de tonalidad gris, posiblemente proveniente de Guatemala (García-Bárcena, 1982: 2-3), de Perote u Orizaba, Veracruz. Al respecto, conviene anotar los resultados del análisis por fluorescencia de rayos X realizado por Nelson *et al.* (1983) para materiales de diferentes sitios del área maya.

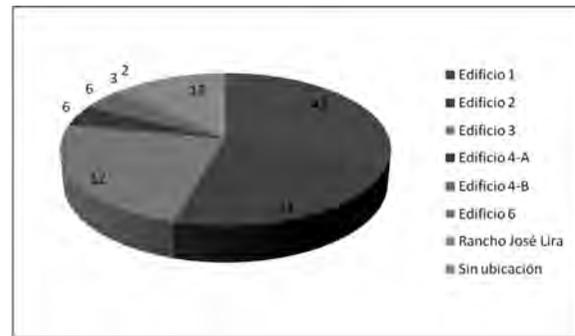
Durante el Preclásico medio San Martín Jilotepeque parece haber sido la fuente más importante de recursos, aspecto evidenciado a partir de los materiales recuperados en Dzibilnocac, Barton Ramie, Ceibal y Tikal. Hacia el Preclásico tardío y hasta el Clásico terminal, El Chayal constituyó el yacimiento fundamental, como apuntan los materiales obtenidos en Cobá, Edzná, Becán, Tikal, Palenque y Ceibal. No obstante el incremento en importancia de El Chayal, la obsidiana de San Martín Jilotepeque se siguió utilizando en Tikal y Ceibal durante el Preclásico tardío, así como los yacimientos de Ixtepeque, que tuvieron una amplia difusión en el norte de las tierras mayas. Estos investigadores sugieren que si bien este cambio en el acceso a los yacimientos no resulta del todo claro, una posible causa pudo haber sido el surgimiento de Kaminaljuyú y su consecuente influencia en el control de este yacimiento (*ibidem*: 214).

Al inicio del Clásico temprano, Edzná, Becán y Tikal registran, aunque en porcentaje mínimo, obsidiana de Pachuca (Aoyama, 2005), lo que parece coincidir con otras evidencias de influencia teotihuacana en Becán. Edzná, durante el mismo periodo, obtiene su obsidiana de un lugar tan lejano como Zinapécuaro. Al parecer, la disponibilidad de obsidiana de Pachuca parece culminar con el declive teotihuacano; sin embargo, Barton Ramie, Ceibal, Altar de Sacrificios, Dzibilnocac, Santa Rosa Xtampak, Tikal, Palenque y Lubaantun se abastecen de El Chayal.

Durante el Clásico terminal El Chayal mantiene su importancia. A pesar de ello, se observa la presencia de obsidiana procedente de Zacualtipán en Uxmal y de Zaragoza en Becán. Todo parece indicar que hacia este periodo San Martín Jilote-



● Cuadro 2. Puntas de proyectil. Distribución al interior del sitio.



● Cuadro 3. Navajas prismáticas. Distribución al interior del sitio.

peque recobra su importancia en sitios como Tikal y Ceibal, aunque también el yacimiento de Ixtepeque inicia una notable explotación que cobrará importancia durante el Posclásico temprano y compartirá, aunque en menor proporción, con yacimientos del centro de México (Juárez y Castillo, 2004).

Funciones teóricamente definidas

Los artefactos más frecuentes fueron las puntas de proyectil con 173 ejemplares, teniendo las variedades pedunculadas, apedunculadas, así como una con doble aleta. Las puntas de proyectil fueron trabajadas sobre láminas, aunque existen ejemplares sobre lascas. Es factible que las puntas manufacturadas sobre lascas hayan sido láminas debido a que algunas se encuentran fracturadas y únicamente se cuenta con la parte medial, distal o proximal. La mayoría de las puntas son bifaciales, aunque existen ejemplares monofaciales, monofaciales y bordes opuestos, así como con astillamiento bilateral (fig. 3 y 4). La función de estos utensilios es punzo-penetrante y su utilización pudo centrarse en actividades bélicas o de caza.

Las navajas prismáticas presentaron 136 piezas, siendo mayoritariamente de obsidiana gris, aunque existen pocos ejemplares de sílex. Las distintas clases de navajas son las denominadas simples,¹

¹ Denominamos navajilla "simple" a todos aquellos ejemplares que no evidencian modificación alguna en su borde

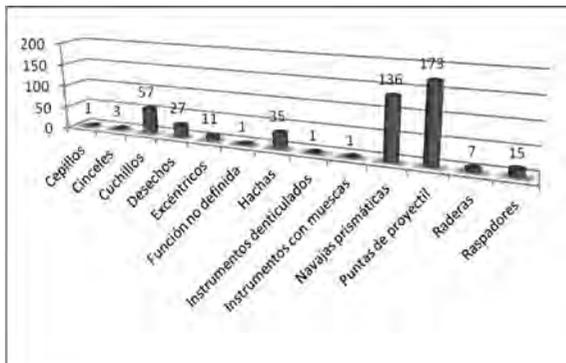


● Fig. 3 Punta de proyectil (Proyecto Moral-Reforma, fotografía de Daniel Juárez).



● Fig. 4 Punta de proyectil (Proyecto Moral-Reforma, fotografía de Daniel Juárez).

activo de uso como resultado de un proceso de reavivado del filo gastado del implemento. Una navaja, aún sin astillamiento, tiene la cualidad de cortar.



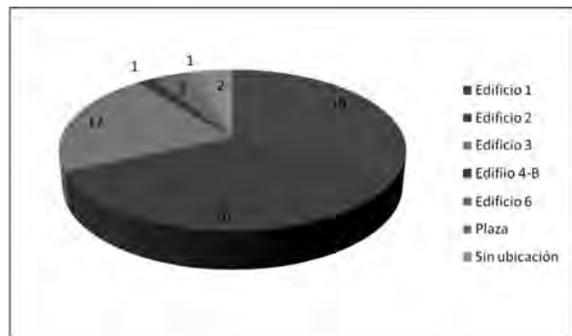
● Cuadro 4. Cuantificación general de los artefactos líticos de Moral-Reforma.

reavivadas, navajillas pedunculadas, raspadores sobre navajillas y muescas sobre navajillas. En cuanto a la función desempeñada con estos artefactos se encuentra el corte, tanto de materiales blandos (pieles, carne), como de algunos más resistentes (fibras, vegetales).

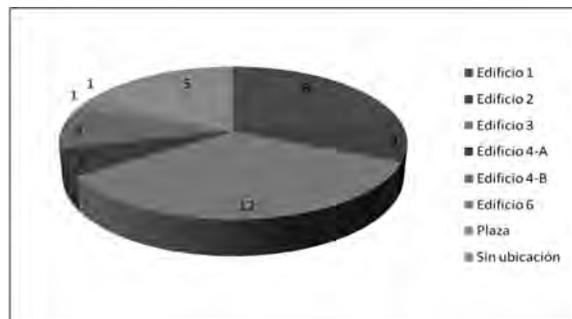
Los cuchillos suceden a las navajas con 57 objetos. Sus variedades son lanceolados, lanceolados pedunculados, laterales, con bordes aserrados, con dos muescas en su borde medio y con muescas laterales. Al igual que con las puntas de proyectil, los cuchillos fueron manufacturados, por lo general, sobre láminas, aunque también se encuentran ejemplares sobre lascas y fueron astillados bifacialmente, por lo general (fig. 5). Las hachas talladas o “celtas” alcanzaron 35 unidades. Estos utensilios están confeccionados sobre nódulos o



● Fig. 5 Cuchillo lanceolado con bordes aserrados (Proyecto Moral-Reforma, fotografía de Daniel Juárez).



● Cuadro 5. Cuchillos. Distribución al interior del sitio.



● Cuadro 6. Hachas talladas. Distribución al interior del sitio.

guijarros de sílex. Funcionalmente las hachas fueron empleadas para limpiar los campos de cultivo (Kaneko, 1995, 2003; Thompson, 1991: 147), aunque también pudieron servir para labores constructivas o bélicas. La modificación bifacial es el tallado más importante de estos artefactos, aunque existen ejemplares con astillamiento monofacial. Son pocos los ejemplares que presentan pedúnculo, modificación importante para su empuje, aunque esto no imposibilita a las hachas apedunculadas para ser empujadas (fig. 6).

Los desechos o lascas/láminas no modificadas son el siguiente conjunto de objetos, con 27 piezas.² Se evidenciaron esquirlas grandes, lascas medianas, esquirlas medianas, esquirlas chicas y láminas chicas. Alrededor de la mitad de todos

² Estos desechos se conformaron por diez piezas de obsidiana verde, 16 de sílex de diversas tonalidades y un ejemplar de basalto. Lamentablemente estos objetos se encontraban descontextualizados.



● Fig. 6 Hacha tallada (Proyecto Moral-Reforma, fotografía de Daniel Juárez).

los desechos son de obsidiana gris, uno de basalto y el restante de sílex. Esto puede obedecer a que se están reavivando los utensilios de obsidiana, sílex o basalto, ya que ninguno de los ejemplares procede de las instancias iniciales de reducción lítica. Sólo tres piezas de sílex presentan corteza en su cara dorsal, lo que tentativamente nos podría remitir a las primeras fases de producción lítica, aunque es muy poco significativa la cantidad para apoyar esta idea. Es conveniente mencionar que estos desechos de talla bien pudieron haber sido producto de los diversos procesos pos-deposicionales, pues resulta evidente que una muestra tan pequeña de desechos no podría hablarnos de procesos productivos líticos, por ello es factible que estos fragmentos hayan sido originados por procesos naturales que afectaron los depósitos de las estructuras.

Quince fueron los raspadores, apareciendo de manera más consistente los laterales, seguidos por los distales, pedunculados, raspadores cuchara, circulares y con apéndice retocado. Este conjunto de artefactos se manufacturaron sobre lascas. El astillamiento es unilateral dorsal o ventral, pero existen piezas monofaciales y bilaterales. Sus morfologías son más toscas y menos depuradas que los conjuntos antes mencionados, no obstante debemos recordar que son artefactos empleados para actividades cotidianas y la manufactura de éstos no requería una inversión notable de fuerza de trabajo, dado que para configurar un raspador bastaba con astillar un solo borde activo de uso.



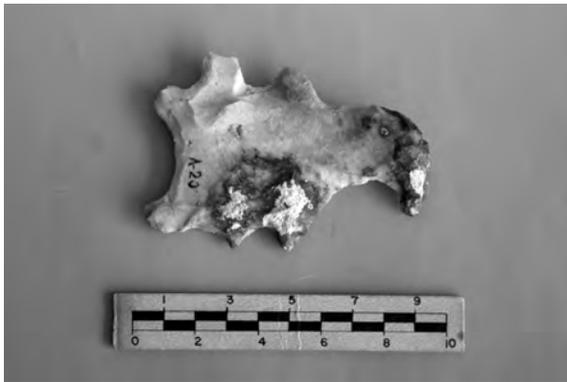
● Cuadro 7. Raspadores. Distribución al interior del sitio.

Por esto son pocos los ejemplares que presentan un astillamiento sistemático bifacial o monofacial.

Los excéntricos alcanzaron un total de once piezas, mismas que se agruparon en las variedades de media luna aserrada, zoomorfos con perfil de alacrán, forma de estrella, forma de hacha y trilobulares (figs. 7 y 8). La técnica de manufactura es bilateral. Es factible que la mayoría de estos utensilios hayan sido configurados a partir de lascas, aunque algunos especímenes grandes pudieron ser tallados desde láminas. Se menciona lo anterior debido a que son escasos los ejemplares que presentan bulbo de percusión y su orientación se efectuó con base en su utilización probable. No son artefactos de uso común y, por lo tanto, remitidos a actividades suntuarias o rituales. De igual manera, ninguno de los excéntricos presenta huellas de uso, reforzando que su actividad estaba destinada al ámbito de la ritualidad o al ejercicio y mantenimiento del poder de los personajes pre-



● Fig. 7 Excéntrico media luna aserrada (Proyecto Moral-Reforma, fotografía de Daniel Juárez).



● Fig. 8 Excéntrico perfil de alacrán (Proyecto Moral-Reforma, fotografía de Daniel Juárez).

ponderantes del sitio maya. Dentro de la categoría de excéntricos se anexaron dos clases de cuchillos (lanceolados con muescas laterales y cuchillos con dos muescas en su borde medio), artefactos que probablemente no fueron empleados en actividades cotidianas, dejando su utilización para actividades rituales. Esto debido a que los dos tipos de artefactos no presentan modificación en sus bordes de uso (fig. 9), además de que su sistemática de astillamiento es demasiado fina como para que fueran utensilios de uso común.

Es relevante comentar el contexto de aparición de los excéntricos. Dos ejemplares se asociaron con entierros, en tanto los restantes especímenes fueron recuperados en diferentes estructuras, entre ellas sobresale el edificio 2, en su fachada oeste, así como en el edificio 3 y el juego de pelota. Obviamente estos utensilios, al ser recuperados



● Fig. 9 Cuchillo lanceolado con muescas laterales (Proyecto Moral-Reforma, fotografía de Daniel Juárez).

en estructuras arquitectónicas del núcleo cívico-ceremonial, nos hablan de que eran artefactos de uso restringido y sólo podían ser detentados por personajes adscritos a la elite gobernante o al grupo de colaboradores de la misma.

Dejamos al final un artefacto peculiar: un bastón de mando o cetro manufacturado sobre sílex. Dadas las características de este utensilio, también se inserta en la categoría de excéntricos. En la literatura se conoce a este artefacto como “hacha del Dios K” (Daniel Juárez, 2004; comunicación personal; Brokmann 2000a: 104, 106) (fig. 10). Este utensilio se manufacturó sobre sílex blanco y presenta astillamiento bifacial. Las dimensiones de la pieza son 58.1 cm de largo, 8.8 cm de ancho y 5 cm de espesor. El artefacto presenta en su extremo inferior una morfología aguzada y en el extremo contrario una morfología curva, a manera de hoz. En ninguno de estos bordes se evidenció modificación por uso. Esto permite suponer que el utensilio estaba dedicado a actividades suntuarias, e inclusive fue empleado para cuestiones socio-políticas.

De acuerdo con Schele y Mathews (1998: 412), el Dios K, también conocido como K'awil, representa al concepto de la estatua sagrada y al espíritu que ocupa a la misma. Los rasgos de esta deidad son la presencia de un hacha sobre el rostro, pies de serpiente, plumaje sobre su cabeza y presenta alguna clase de objeto humeante (*idem*; Brokmann, 2000a: 104). Brokmann (*ibidem*: 106) postula que “el cetro sería emblema dinástico para los linajes [...] Se relaciona precisamente con la transferencia del poder del gobernante a su suce-



● Fig. 10 Hacha tallada, Dios K (Proyecto Moral-Reforma, fotografía de Daniel Juárez).

sor, por lo que su presencia en las tumbas denota inmediatamente una importancia mayúscula en la identificación de la regalía ritual”.

Es importante decir que este utensilio no fue recuperado en una tumba del sitio de Moral-Reforma, sino en un relleno constructivo, aunque no se descarta la posibilidad de que haya sido parte de un ajuar funerario o de alguna ceremonia. La propuesta de Brokmann sobre el rol simbólico y político que jugaron este tipo de implementos líticos, a pesar de las características del contexto de aparición del bastón de mando de Moral-Reforma, sigue siendo interesante y válida. De esta manera puede que la transferencia de poder propuesta por Brokmann sea aplicable para los gobernantes del sitio tabasqueño. Asimismo, Schele y Miller (1986: 49) postulan que el Dios K fue de gran importancia para el linaje de los gobernantes mayas, ya que el glifo de la deidad aparece en distintos nombres de los dirigentes, y además esta representación divina se asocia con el sacrificio y el autosacrificio.

Las raederas presentan siete piezas y se detectaron dos variedades: distales y laterales. Su función es de corte-desgaste y fueron empleadas para desgrasar animales, aunque pudieron servir como cuchillos. Su astillamiento es monofacial y borde opuesto, aunque también se encuentran raederas con astillamiento bilateral y bifacial. Estos artefactos se manufacturaron sobre lascas de dorso bajo. Los utensilios que a continuación se mencionan se encuentran en el lugar numérico más bajo de la muestra. Los cinceles se representaron con tres piezas (dos del Edificio 2 y uno del Edificio 4-B) y fueron empleados para cortar piedra



● Fig. 11 Cincel (Proyecto Moral-Reforma, fotografía de Daniel Juárez).

o madera (Eaton, 1991), esto es, para el desbaste de piedra o su corte para mamposterías. Los cinceles se manufacturaron sobre láminas, aunque existe un ejemplar sobre lasca (aunque es relativo mencionarlo debido a que el utensilio se encuentra fragmentado en su parte medial) (fig. 11). El astillamiento registrado en estos artefactos es monofacial, monofacial y borde opuesto y bilateral. Al igual que las hachas talladas, los cinceles presentan pulimento en su borde activo de uso.

Los instrumentos con muesca(s) y los instrumentos denticulados únicamente tuvieron un ejemplar y fueron manufacturados sobre lascas, en tanto que su astillamiento fue unilateral ventral y unilateral dorsal, y se recuperaron del Edificio 3 y 2, respectivamente. Los cepillos son artefactos elaborados sobre lascas de dorso alto y sólo tuvieron un representante, aunque sin ubicación precisa. Su astillamiento es unilateral dorsal y presenta una superficie plana en su parte inferior, permitiendo de esta manera el deslice del artefacto sobre



● Cuadro 8. Excéntricos. Distribución al interior del sitio.



● Cuadro 9. Raederas. Distribución al interior del sitio.

el objeto a trabajar. Finalmente, se detectó un ejemplar designado como función no definida, manufacturado sobre una lasca y presentó un astillamiento bilateral.

Interpretaciones e implicaciones tecnológicas de la lítica tallada

Sobre el proceso productivo

La mayoría de los utensilios están manufacturados sobre láminas, esto es, sobre derivados de núcleos. Sin embargo, dentro de la colección no se registró ningún núcleo, ya sea de sílex o de obsidiana. Esto produce interesantes implicaciones. En primer lugar podemos asumir que localmente no se están desbastando nódulos, ni se están preparando núcleos para configurar artefactos desde sus etapas iniciales. La escasa cantidad de desechos de talla y aún menor presencia de desechos con corteza refuerzan la anterior implicación. Claro está que es muy embrionaria esta aseveración, dada la totalidad de los artefactos del sitio del núcleo ceremonial del sitio, así como de diferentes edificios cívico-ceremoniales, abriendo la posibilidad de que sí se estuvieran trabajando los nódulos o núcleos en sus instancias iniciales en algún sector doméstico del sitio. Empero, no se ha efectuado alguna intervención en Moral-Reforma abocada a unidades domésticas “comuneras”, aunque ya se han detectado sectores de este tipo en el sitio (Daniel Juárez, 2005: comunicación personal).

Ya se había comentado que los utensilios, en su mayoría, están tallados sobre láminas. Esto, aunado a que no existen núcleos en la muestra, permite también suponer que el sitio está importando de otra región preformas o artefactos. De esta manera, es lógico que se estén configurando importantes cantidades de cuchillos bifaciales lanceolados, puntas de proyectil y navajas de obsidiana. Los desechos de talla, como también se había mencionado, probablemente corresponden a los procesos de reavivado de filos o retoque de artefactos gastados en su vida activa de uso, aunque también pueden ser producto de agentes erosivos naturales.

Sin embargo, dada la cantidad restringida de la muestra es prematuro establecer lo anterior, aunque esto puede ser tema de futuras investigaciones, como ubicar algún taller lítico. No obstante, Ochoa *et al.* (1978: 19; Hernández y Álvarez, 1978) reportan un sitio denominado Los Cenotes, dentro del municipio de Balancán, Tabasco, caracterizado por ser un centro productor de instrumentos líticos de sílex. Los Cenotes se ubican en la parte media del área de San Pedro, muy cercano al poblado del mismo nombre. A decir de Hernández y Álvarez (*op. cit.*: 55), Los Cenotes fue un asentamiento de importancia en la región, “tanto por su extensión habitacional como por haber sido un centro productor de instrumentos líticos; hemos encontrado talleres y montículos habitacionales asociados a los afloramientos de pedernal”. Debido a lo anterior, estos investigadores decidieron excavar un montículo pequeño, recuperando “abundante cerámica doméstica del periodo Clásico [...] abundantes lascas de sílex, escasos fragmentos de obsidiana, algunos instrumentos de pedernal burdos o en proceso de elaboración, así como algunas conchas marinas” (*ibidem*: 56, 60). De acuerdo con esto, también puede ser factible que los utensilios recuperados en Moral-Reforma hayan sido producidos en el sitio Los Cenotes, donde se desbastaron los nódulos y configuraron preformas que fueron importadas por Moral-Reforma, como preformas o como artefactos finalizados. Es plausible esta hipótesis en virtud de que Los Cenotes se ubica aproximadamente a 15 km de Moral-Reforma (fig. 13). “Es posible que el centro industrial de Los Cenotes distribuyera instrumentos líticos a toda la región principalmente a otros centros como son Tiradero, Revancha, Mirador y Reforma” (*ibidem*: 60). Empero, no se descarta la posibilidad de que existiera un sector productor de instrumentos líticos al interior de Moral-Reforma que abasteciera de artefactos al mismo o inclusive para su intercambio. Esto nos puede dar indicios de la importancia política y posición de Moral-Reforma en el contexto político del área maya, amparado por la superpotencia de Calakmul.

Cabe acotar que, a partir del análisis de la muestra de Moral-Reforma, pocas son las variedades “distintivas” detectadas. En el caso de las

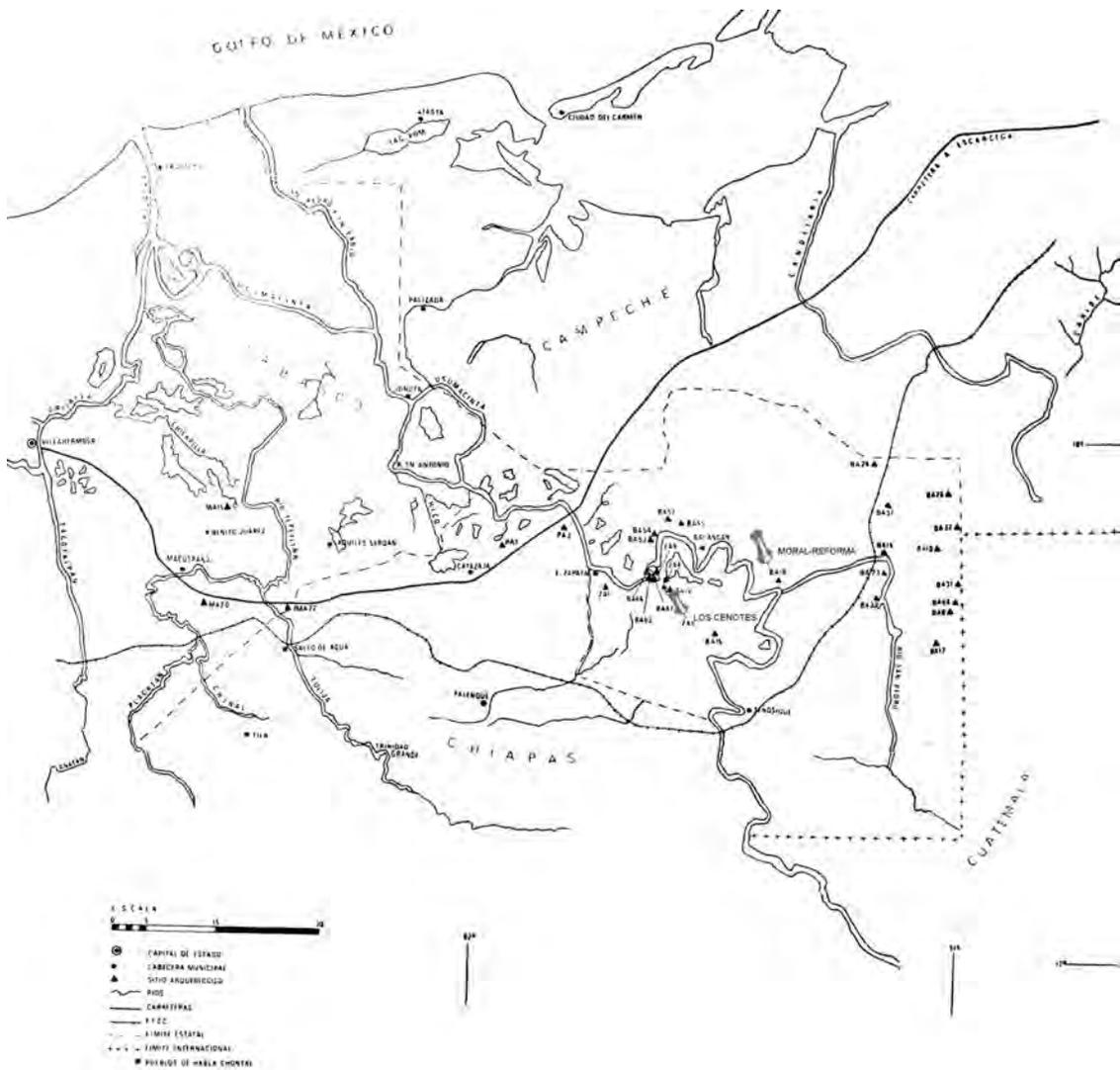


Fig. 13. Sitios reportados por Lorenzo Ochoa y colaboradores. Nótese la ubicación de los Cenotes y Moral-Reforma (tomado de Ochoa *et al.*, 1978; adaptado por el autor).

puntas de proyectil no existen especímenes que rompan con las variedades más recurrentes. En este sentido, una sola punta de proyectil con doble aleta se configuró como ejemplar único. Quizá las puntas de proyectil del Entierro 6, rescatado en el Edificio 2 de Moral-Reforma (fig. 12), tampoco podrían considerarse como objetos únicos, pues



Fig. 12 Punta de proyectil entierro 6 (Proyecto Moral-Reforma, fotografía de Daniel Juárez).



◉ Fig. 14. Entierro 6 de Moral-Reforma. Nótese la punta de proyectil ubicada en la parte inferior derecha del individuo (fotografía de Daniel Juárez).

a pesar de su longitud, en la muestra se encontraron ejemplares que, si bien fragmentados, respondían a la misma forma y magnitud. Por tal motivo, a continuación se elaborarán breves comparaciones morfológicas de los cuchillos lanceolados, hachas talladas, así como puntas de proyectil reportadas en el emplazamiento tabasqueño con respecto a otros asentamientos mayas, buscando encontrar semejanzas morfológicas que nos puedan hablar de “tradiciones líticas”.

Veamos qué pasa con los materiales líticos de otras entidades políticas de la época de apogeo de Moral-Reforma. Por ejemplo, los cuchillos bifaciales lanceolados del alejado emplazamiento de Colhá, Belice (Hester y Shafer, 1991) son parecidos en tamaño a muchos de los recuperados en Moral-Reforma, en tanto en el Cenote de los Sacrificios de Chichén Itzá estos cuchillos presentan morfologías idénticas, aunque un poco más

grandes (Sheets, 1991: 165). Las semejanzas continúan con los materiales líticos que reporta Salazar (2008) en Kohunlich, donde existen analogías marcadas entre los cuchillos, hachas talladas, puntas de proyectil e incluso con los excéntricos recuperados en Moral-Reforma. Las hachas talladas presentan una morfología homogénea en la mayoría de los sitios mayas, tal es el caso de la poderosa ciudad del Usumacinta de Yaxchilán (Kaneko, 1995, 2003), Altar de Sacrificios (Willey, 1972), Ceibal (Willey, 1978), Barton Ramie (Willey *et. al.*, 1965), Becán en Campeche (Thompson, 1991) e incluso Calakmul (Daniel Juárez, 2004: comunicación personal). En Uaxactún, Kidder (1947) reporta hachas talladas con similitudes morfológicas a las de Moral-Reforma. Finalmente, en el caso de las puntas de proyectil existen distintas variedades en cada emplazamiento, aunque es de interés señalar que realmente estos utensilios presentaban una baja frecuencia de variabilidad morfológica en Moral-Reforma. Así, puede observarse una tradición común de producción lítica sobre sílex, donde cada sociedad crea los utensilios que más necesita para su sobrevivencia. Quizá por esta razón las formas sean homogéneas a lo largo del área maya, aunque con sus propios matices regionales y culturales.

Kaneko (2003: 78), en su análisis de la lítica de Yaxchilán, compara las frecuencias de aparición de utillajes de sílex en el recinto urbano de Yaxchilán y de las entidades políticas de Ceibal, Altar de Sacrificios, Uaxactún y Barton Ramie. Estas comparaciones nos sirven para posicionar la lítica de Moral-Reforma en el cosmos maya del Clásico. Kaneko compara números totales de tajadores, hachas talladas, raspadores, gubias, puntas o cuchillos y excéntricos. Los datos construidos por Kaneko y que adaptamos a nuestros fines son los siguientes:

Con base en estos datos numéricos podemos comparar la colección de Moral-Reforma. Las puntas de proyectil/cuchillos constituyen los utensilios más frecuentes de las muestras, salvo en el sitio de Barton Ramie. Cosa similar ocurre en Moral-Reforma, pues son las puntas de proyectil los instrumentos más recurrentes, siendo los cuchillos los terceros en preponderancia, sólo detrás de las navajas prismáticas.

Cuadro 10. Frecuencia de aparición de artefactos líticos de sílex en diferentes entidades políticas (tomado de Kaneko, 2003: 78, adaptado por el autor; Salazar, 2008: 309).

Artefacto	Yaxchilán	Ceibal	Altar de sacrificios	Uaxactún	Barton Ramie	Kohunlich
Tajadores	10	6	9	0	19	460
Hachas talladas	97	68	213	65	234	418
Raspadores	12	21	53	10	31	39
Gubias	7	12	7	13	47	42
Puntas o cuchillos	251	77	353	70	50	433
Excéntricos	5	4	270	41	10	2
Total	382	188	905	199	391	1394

Las hachas talladas están presentes en todos los sitios con un mayor porcentaje (de 23.5 a 59.8%). Las puntas de proyectil o cuchillos aparecen en todos los sitios con una gran variedad en el porcentaje. Los raspadores o raederas se reportan con un porcentaje menor (de 3.1 a 11.2 %). Los formones y gubias están en todos los sitios con poco porcentaje (0.8 a 12.0%). Los excéntricos se reportan en todos, pero existe un bajo porcentaje, o mejor dicho casi nulo, en algunos sitios como Yaxchilán y Ceibal (*idem*).

Las puntas de proyectil de Moral-Reforma constituyen 36.90% de la muestra, en tanto los cuchillos 12.17%. Si se combinan estos porcentajes se alcanzaría 49.7% de la muestra. Las hachas alcanzan 7.40%, los raspadores 3.21%, en tanto que las raederas presentan 1.49%. Los excéntricos de Moral-Reforma constituyen 2.35% y los cincelados 0.64%.³ Como podemos apreciar, las distribuciones numéricas de los artefactos de sílex son similares entre estas entidades políticas, con la salvedad de los excéntricos, mismos que son más recurrentes en Altar de Sacrificios y Uaxactún. En Kohunlich los tajadores son los instrumentos de sílex más recurrentes⁴ (Salazar, 2008), aunque las

puntas/cuchillos alcanzan 31.06%, lo cual es consistente con los promedios de los sitios antes mencionados, con excepción de Barton Ramie. Las hachas talladas, por su parte, son más frecuentes en Kohunlich; sin embargo, al igual que en Moral-Reforma, conforman el tercer tipo de artefacto más recurrente. Finalmente, los raspadores, gubias y excéntricos se encuentran en bajos porcentajes, lo cual vuelve a ser consistente con los datos líticos de otros emplazamientos mayas. Con base en todo lo anterior, nos permitimos rechazar la hipótesis de que Moral-Reforma se caracterizó por la producción o consumo de excéntricos, pues, a pesar de su calidad, su reducida muestra nos impide fortalecer esta conjetura. Comentamos esto en función de la idea de Kaneko (2003: 79) retomada de Willey: “los excéntricos (pedernal u obsidiana) son los artefactos característicos del Clásico de la zona sur de las tierras bajas mayas, que abarcan desde Copán, hasta Palenque; son raros o están ausentes en la zona norte de las tierras bajas mayas, península de Yucatán” (fig. 15). Se podría decir que el sílex se trabaja a partir de láminas, en tanto las hachas talladas debieron manufacturarse a partir de cantos rodados. Esto no quiere decir que sólo se trabajó la piedra mediante láminas, pues también se emplearon lascas, aun cuando las láminas fueron mayormente empleadas para la manufactura de utensilios. Quizá esta pueda ser una de las características del complejo lítico de sílex en esta región.

Independientemente de que no hayamos podido determinar alguna característica morfológica afín

³ Los restantes porcentajes de la muestra de Moral-Reforma son los siguientes: cepillos 0.02%; desechos 5.70%; función no definida 0.02%; instrumentos denticulados 0.02%; instrumentos con muescas 0.02%; navajas prismáticas 29.05%.

⁴ Aunque las lascas de desecho son mucho más abundantes en la muestra de Kohunlich, éstos no se consideran artefactos al no ser útiles de satisfacción social.



Fig. 15 Mapa del área maya con algunos de los sitios mencionados (tomado de Nalda, 2008: 10).

entre las diferentes industrias líticas mayas, es posible establecer mecanismos para inferir si existían redes comerciales o de tributación donde fluían los productos líticos. Para efectuar investigaciones de este tipo sería necesario hacer uso de técnicas petrográficas para detectar las características de las materias primas locales y compararlas con otras alóctonas, tal como ha hecho Aoyama (2010) con la obsidiana procedente de Ceibal. Esto sería benéfico para conocer si la alianza entre Calakmul y Moral-Reforma implicó un intercambio de utensilios de sílex (Juárez, 2003 y 2004). De ser esto cierto, se podría efectuar un estudio de composición del sílex de Moral-Reforma, comparándolo con piezas ya terminadas en Calakmul, y viceversa, con la intención de definir si los productos pétreos provienen de una u otra zona geográfica. Como un trabajo posterior, se podría identificar composicionalmente al sílex para comparar sus resultados con muestras de cantos rodados de las escorrentías adyacentes a

Moral-Reforma, con la intención de corroborar si la composición mineral de los utensilios arqueológicos es similar a la de los cantos de río. Conociendo las texturas esenciales de la piedra, se pueden discriminar diferentes clases de sílex y asignarlas como matrices para la elaboración de utensilios líticos. Algo similar fue efectuado por Moholy-Nagy (1991) para la industria de sílex de Tikal, distinguiendo industrias líticas locales e importadas.

También es notable que la tecnología del astillamiento, sobre todo de los artefactos bifaciales y monofaciales, los excéntricos y el hacha en forma de Dios K sea muy fina. Su técnica de lascado fue la percusión directa o “tierna”, con percutores tenaces, pero ligeros, como la madera. Por obvias razones, este trabajo no fue realizado por gente común, sino por especialistas artesanales. En el caso de artefactos como los cepillos, raspadores, hachas o raederas, éstos pudieron ser manufacturados en unidades domésticas, pues su astillamiento no demanda una especial inversión de fuerza de trabajo o de conocimientos especializados. Pero éstas son especulaciones y tendremos respuestas sólo con investigaciones abocadas a esclarecer estas preguntas.

dremos respuestas sólo con investigaciones abocadas a esclarecer estas preguntas.

Consideraciones finales

Es aventurado suponer que pocos utensilios en una muestra refieran a que no se empleaban. A pesar de que ciertos artefactos no son abundantes en la muestra (raspadores, raederas, instrumentos con muescas o instrumentos denticulados), no quiere decir que no fueron empleados, ya que tal vez éstos han sido afectados por los procesos de formación y transformación del registro arqueológico (Schiffer, 1976 y 1996). Es plausible que estos artefactos sí fueran empleados, pero —dada la naturaleza de los contextos arqueológicos de recuperación del material, escombros y rellenos de estructuras— probablemente hayan sido destruidos o alterados. Debe tomarse en consideración que los materiales provienen del núcleo

ceremonial del sitio. Quizá en las unidades domésticas del asentamiento se presenten otras tendencias de utensilios, posiblemente relacionados con actividades cotidianas.

El instrumental lítico fue utilizado en actividades cotidianas. Es el caso de las hachas talladas, raspadores, cepillos, instrumentos denticulados y con muescas. Su inserción en actividades se remite a la limpieza de campos de cultivo (Lewenstein, 1991: 212), trabajo de pieles o corte de carne o para desfibrar vegetales. De igual manera, las hachas se insertaron en procesos abocados a la procuración, reducción y corte de piedra para mamposterías, aunque también pudieron insertarse en actividades bélicas. Las hachas aparecen en cinco edificios de Moral-Reforma, así como en su plaza, aunque tienden a concentrarse mayormente en los edificios 1 y 3, mientras en los restantes sectores oscilan entre uno y tres ejemplares. Sin embargo, su homogénea dispersión nos permite inferir que eran utensilios empleados recurrentemente por los antiguos pobladores del sitio tabasqueño, quizá como herramientas que permitían darle mantenimiento a la mampostería de los edificios. Los restantes utensilios, aunque pocos, provienen de los edificios 2, 3 y 4-B. Estas variedades presentan modificaciones por uso, al contrario que los cuchillos con muescas laterales o algunas puntas de proyectil, así como los excéntricos. El que estas variedades morfológicas no presenten huellas de uso visibles puede estar referido a que estos utensilios no desempeñaron una actividad productiva, sino que fueron insertadas en funciones simbólicas o demarcadoras de jerarquía social.

Es relevante comentar el instrumental del Entierro 6 de Moral-Reforma (Juárez, 1994). Como advertimos, estos materiales arqueológicos acompañaron al entierro rescatado en la fachada sur de la Estructura 2. Se trata de cuatro puntas de proyectil de sílex. Los ejemplares miden entre 14 y 18 cm de longitud y presentan un astillamiento o lascado bifacial. Los ejemplares se encuentran fracturados por la mitad (con excepción de una punta quebrada en tres fragmentos) y ninguno muestra huella de utilización. Es factible que estos utensilios hayan sido manufacturados para cumplir *ex profeso* la función de ajuar funerario (figs. 16, 17, 18 y 19). El que se encuentren las puntas



● Fig. 16. Punta de proyectil entierro 6 (Proyecto Moral-Reforma, fotografía de Daniel Juárez).



● Fig. 17. Punta de proyectil con fractura, entierro 6 (Moral-Reforma, fotografía de Daniel Juárez).



● Fig. 18. Punta de proyectil fracturada a la mitad, entierro 6 (Proyecto Moral-Reforma, fotografía de Daniel Juárez).



● Fig. 19. Punta de proyectil quebrada en tres segmentos, entierro 6 (Proyecto Moral-Reforma, fotografía de Daniel Juárez).

rotas nos remite a una connotación simbólica, donde el rompimiento de éstas adquiriera la significación “muerte”, acompañando al individuo en su viaje al más allá. Estos elementos son “puntas matadas”, similares a las vasijas que presentan un orificio en su cuerpo. Las puntas simbolizan el carácter de “muertas”, pues de esta forma ya no pueden ser utilizadas en el mundo de los vivos y tampoco los vivos se pueden apropiar de éstas, ya que acompañan en su último viaje a su dueño en vida, además de que impera cierto tabú sobre los materiales que pertenecieron a un agente social, a una comunidad determinada o incluso a un gobernante, mismos que aún conservan su alma y pueden ser maléficos para quien osadamente se apropie de ellos (Guiteras, 1996). Posiblemente el “matar” artefactos pueda obedecer a esta creencia (Castillo, 2007).

En cuanto a las puntas de proyectil, las implicaciones desprendidas son tres. En primer lugar tenemos el aspecto bélico. Las puntas de proyectil son elementos importantes para ejercer esta actividad; la caza pudo ser la otra aplicación. Si bien la gran mayoría de puntas de proyectil no presentan una marcada evidencia de huellas de uso, es factible que hayan servido para estas actividades. Sin embargo, una tercera parte del conjunto se constituye de puntas fragmentadas, lo cual puede remitirnos a la utilización bélica o de caza, o bien su fragmentación pudo deberse a los procesos de transformación del registro, sobre todo porque su detección se dio en contextos de

escombro. Finalmente, tenemos la utilización simbólica, tal es el caso de las puntas del Entierro 6. No obstante, el hecho de que la mayoría de las puntas presentan pocas huellas de utilización y estén regularmente completas, puede remitirnos a una preponderancia simbólica de su utilización en el sitio, además de que debemos tomar en consideración que estos utensilios se encontraron en el núcleo cívico-ceremonial. En este sentido conviene indicar que la mayoría de estos ejemplares se concentraron en los edificios 1, 2, 3 y 4-B. ¿Será factible que en los edificios más importantes de Moral-Reforma se hayan concentrado y almacenado este tipo de utilillajes? ¿Las puntas de proyectil de sílex tenían un valor especial para los pobladores o elites de Moral-Reforma? ¿Las puntas constituían bienes de cambio y, por ende, eran controladas por las elites?

Los cuchillos bifaciales también pudieron servir como utilillajes bélicos, aunque es factible que llegaran a utilizarse para cortar elementos varios. Es importante comentar que si los cuchillos provienen del núcleo cívico-residencial, es poco probable que en estas zonas se realizaran actividades productivas, siendo éstas efectuadas en las unidades domésticas periféricas, aunque ocasionalmente pudieron haberse efectuado algunas actividades cotidianas con estos implementos, aunque se tratara de las elites gobernantes, pero en una escala menor. Aquí se insertarían los cuchillos laterales o con bordes aserrados, por ejemplo. Asimismo, también es factible que los cuchillos bifaciales lanceolados, con muescas laterales y con dos muescas en su borde medio, tuvieran funciones simbólicas o de demarcación de estatus. Al igual que con las puntas de proyectil, los cuchillos se concentran en los edificios 1, 2 y 3, siendo muy escasos en otros sectores del sitio, alcanzando sólo uno o dos ejemplares. Así las cosas, es plausible que los edificios mencionados hayan sido los espacios donde se asentó el poder político real de Moral-Reforma, pues son estos los edificios que albergan nueve de los once excéntricos (lo mismo sucede con los raspadores, mismos que se ubican en estos edificios, aunque también en el 4-B). Estos utensilios, sin lugar a dudas, constituyen bienes de lujo que le conferían estatus y diferenciación social a sus portadores o, como menciona Kaneko

(2003), pudieron ser instrumentos que se encontraban “de moda” en esos tiempos. No en balde esos utillajes se rescataron de las tres estructuras mencionadas, pese a estar contenidos en un contexto de escombros. Estas conjeturas parecen fortalecerse en función de las navajas prismáticas recuperadas en Moral-Reforma. Sólo entre los edificios 1, 2 y 3 se concentró 77.94% de ellas. Si a esto sumamos que no se encontraron núcleos de este vidrio volcánico en la muestra y que, por ende, estamos ante una industria lítica importada, entonces las elites sólo tuvieron acceso a instrumentos de obsidiana. Si la obsidiana, al igual que otros utensilios de sílex, fue un bien homogéneo y de libre acceso, al menos dentro del centro cívico de Moral-Reforma, su distribución numérica hubiera sido más pareja en las estructuras arquitectónicas. Pero ello no es así.

Démosle la vuelta a la idea. Si en estos edificios se están concentrando las puntas de proyectil, cuchillos y navajas prismáticas, a la par de que estos utensilios pueden fungir como bienes de lujo, quizá estaban siendo resguardados por las elites de Moral-Reforma para las actividades bélicas, tan recurrentes en el Clásico tardío maya. Empero, son pocos los datos con que contamos para sostener ciertas hipótesis de trabajo. La información con que se dispone se reduce a los registros históricos del siglo XVI y XVII, así como códices, esculturas y pinturas precortesianas. Por ejemplo, en el dintel 41 del Edificio 42 de Yaxchilán, Chiapas, se representó una lanza con un ápice de piedra tallada (Brokmann, 2000a: 90). Asimismo, esta lanza presenta una inserción de navajas prismáticas en el cuerpo de la madera, asemejando de una manera muy remota a los *macahuítl* mexicas. No obstante, debe remarcar aquí que no existen registros que hablen sobre la utilización del *macahuítl* en la zona maya. Conviene hacer mención que Hassig (1988: 81) concibe a los *macahuítl* como espadas precolombinas.

Es probable que los cuchillos lanceolados o las puntas lanceoladas apedunculadas de Moral-Reforma hayan fungido como puntas de lanza, aunque concebimos que sólo fueron empleados en esta actividad aquellos que tuvieran entre 14-15 cm de longitud (fig. 20). No obstante lo anterior, Brokmann (2000b: 270) concibe que las puntas lan-



● Fig. 20 Cuchillo lanceolado (Proyecto Moral-Reforma, fotografía de Daniel Juárez).

ceoladas o de tipo “hoja de laurel” con una longitud que fluctúan entre 18 y 35 cm, serían enmangadas en lanzas. Estos utensilios bélicos son conocidos como “lanzas pesadas” y están representadas en diferentes legados artísticos del mundo maya (Aoyama, 2005). Siguiendo a este autor, la función básica de estas armas fue desgarrar al enemigo, no tanto para penetrar en él. Finalmente, se les denomina lanzas pesadas debido a que tienen una longitud aproximada de entre 2 y 2.35 m, por ello estas armas no eran utilizadas como lanzas para lanzarse al oponente, sino para mantenerlo alejado.

Las hachas talladas también pudieron servir para combates cuerpo a cuerpo, aunque por su peso quizá fueron más utilizados los cuchillos empotrados en mangos largos de madera. De hecho, los hachones representados en los códices mexicas son detentados por dioses o personajes ataviados para la guerra (Hassig, 1988: 92), esto quiere decir que, además de servir para aspectos productivos y bélicos, también se insertaron en funciones de demarcación de jerarquía social,⁵ tal es el caso del decapitamiento en diferentes escenas mayas. Sin embargo, lo anterior no quiere decir que no se hayan utilizado para conflictos bélicos; de hecho, Francois Baudez (2000: 193)

⁵ En la investigación de Francois Baudez (2000), se aborda la problemática de la decapitación humana entre las guerras del área maya. En este escrito se hace mención de algunos indicadores empíricos, tanto escultóricos, cerámicos o pictóricos donde se puede rastrear este tipo de actividad entre los antiguos mayas. Esta actividad se vio ligada a la jerarquía y legitimización social.

comenta que las hachas pudieron ser utilizadas para el sacrificio y no tanto como arma bélica, pues en la batalla representada en el Cuarto 2 de Bonampak no son visibles algunos de estos ejemplares. El hecho de no estar representadas pictóricamente no significa, por supuesto, que no fueran utilizadas. Una tarea a futuro que podría disipar estas conjeturas y dudas sería efectuar un análisis microscópico de huellas de uso de los artefactos de Moral-Reforma. Si logramos discriminar entre las huellas producidas por los agentes naturales de transformación y apreciar regularidades culturales, estaremos entonces en posibilidad de plantear consistentes hipótesis de trabajo sobre la utilización bélica o utilitaria de los artefactos de piedra tallada (Castillo, 2004; Aldenderfer *et al.*, 1989).

Finalizamos con un comentario sobre las materias primas. La obsidiana fue una industria “importada” por Moral-Reforma: su utilización, por obvias razones, fue restringida y su evidencia empírica se sustenta en que apareció mayoritariamente en tres de los edificios del sitio, aunque también es claro su empleo para procesos de trabajo específicos como el de la concha, donde las navajas prismáticas jugaron un rol importante al momento de hacer cortes finos sobre este material. Por otro lado, la industria de sílex al parecer fue local, aunque desconocemos la ubicación precisa de los talleres. Si se detectan talleres en las unidades domésticas de Moral-Reforma estaríamos obligados a rastrear el origen de la roca sedimentaria: arroyos cercanos al sitio tabasqueño o del sitio de Los Cenotes. Dadas las características del material analizado y, más específicamente, por la carencia de núcleos y desechos de talla alusivos a las etapas iniciales de producción lítica, es probable que estuvieran llegando al sitio los utensilios terminados o en su modalidad de preformas, en tanto el retoque final del artefacto se llevó a cabo en el sitio tabasqueño. Nuevamente cobra importancia la detección del sitio Los Cenotes por Ochoa *et al.* (1975). La escasa distribución de desechos de talla nos refuerza la anterior proposición. Un estudio petrográfico sobre la composición mineralógica de los materiales arqueológicos de sílex de Moral-Reforma, confrontados con

muestras de rocas similares de la misma región, nos podrá llevar a la identificación de posibles lugares de explotación y abastecimiento de sílex dentro del sitio investigado.

Si Moral-Reforma importó artefactos previamente elaborados de sílex y de obsidiana, entonces es factible que haya gozado de cierta preponderancia política, económica y social dentro del área maya, para poder así realizar sistemáticamente diferentes procesos de intercambio o de importación. Esta pequeña hegemonía regional pudo haber sido amparada por su alianza política con Calakmul. La pregunta sería, ¿qué bienes o servicios intercambiaban por el sílex y la obsidiana? Ya vimos que las puntas de proyectil, cuchillos y excéntricos se concentran en tres edificios del Conjunto 1 de Moral-Reforma. No obstante, los excéntricos —que podríamos suponer como utensilios de lujo susceptibles de convertirse en “moneda de cambio”— son escasos, pero no por ello menos importantes. Prueba de ello es que son escasos en varios sitios de la misma temporalidad, aunque ello tampoco los exenta de ser empleados en rituales domésticos encabezados por las elites mayas. Futuras investigaciones en los restantes conjuntos arquitectónicos del sitio permitirían entender el papel del instrumental lítico en la vida social de este emplazamiento tabasqueño. Empero, como en toda investigación de índole científica, mientras más se adentra uno en el tema, más interrogantes aparecen. Por lo antes expuesto es necesario efectuar mayores investigaciones en la región, aunque podemos empezar con un análisis morfológico y contextual de la lítica del Conjunto 1 de Moral-Reforma.

Bibliografía

- Aldenderfer, Mark, Larry Kimball y April Sievert 1989. “Microwear Analysis in the Maya Lowlands: The Use of Functional data in a Complex-Society setting”, *Journal of Field Archaeology*, vol. 16, núm. 1, pp. 47-60.
- Andrefsky, William 2001. *Lithics. Macroscopic Approaches to Analysis*, Cambridge, Cambridge University Press.

- Aoyama, Kazuo
2005. "Classic Maya Warfare and Weapons: Spear, Dart and Arrow Points of Aguateca and Copán," *Ancient Mesoamerica*, núm. 16, pp. 291-304.
- 2006. "Political and Socioeconomic Implications of Classic Maya Lithic Artifacts from the Main Plaza of Aguateca, Guatemala", *Journal de la Société des Américanistes*, vol. 92, núm. 1, pp. 7-40.
- 2009. "Los artefactos líticos y la organización socioeconómica del Preclásico en Ceibal, Guatemala", en B. Arroyo, A. Linares y L. Paiz (eds.), *XXIII Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala*, Guatemala, Museo Nacional de Arqueología y Etnología, pp. 956-963.
- Bate, Luis Felipe
1971. "Material lítico: metodología de clasificación", *Noticiero Mensual del Museo Nacional de Historia Natural*, núms. 181-182.
- 1998. *El proceso de investigación en arqueología*, Barcelona, Crítica.
- Bordes, François
1968. *El mundo del hombre cuaternario*, Madrid, Guadarrama.
- Brokmann, Carlos
2000a. *Tipología y análisis de la obsidiana de Yaxchilán*, Chiapas, México, INAH (Científica, 422).
- 2000b. "Armamento y tácticas: evidencia lítica y escultórica de las zonas Usumacinta y Pasión", en Silvia Trejo (ed.), *La guerra entre los antiguos mayas. Memoria de la Primera Mesa Redonda de Palenque*, México, INAH, pp. 262-286.
- Castillo, Stephen
2004. "Estudios microscópicos de huellas de uso en artefactos líticos: Algunas observaciones teóricas y metodológicas", *Cuiculco*, vol. 11, núm. 32, pp. 205-227.
- 2007. "Los artefactos líticos 'matados' de Moral-Reforma: Un enfoque desde la antropología simbólica", *Mirada Antropológica*, Nueva Época, núm. 6, pp. 239-256.
- Clark, John
1987. "Politics, Prismatic Blades, and Mesoamerican Civilization", en Jay Johnson y Carol A. Morrow (eds.), *The Organization of Core Technology*, Boulder, Westview Press, Boulder, pp. 259-284.
- Crabtree, Dan
1972. *An Introduction to Flintworking*, Pocatello, Idaho State University Museum (Ocasional Papers, 28), 1972.
- Eaton, Jack
1991. "Tools of Ancient Builders", en Thomas R. Hester y Harry J. Shafer (eds.), *Maya Stone Tools. Selected Papers from the Second Maya Lithic Conference*, Madison, Prehistoric Press, pp. 219-228.
- François Baudez, Claude
2000. "El botín humano de las guerras mayas: decapitados y cabezas-trofeo", en Silvia Trejo (ed.), *La guerra entre los antiguos mayas. Memoria de la Primera Mesa Redonda de Palenque*, México, INAH, pp. 189-204.
- García Bárcena, J.
1982. "Fechas por hidratación de la obsidiana de las Lima, Ver.", México, Departamento de Prehistoria, INAH, mecanoescrito.
- García Cook, Ángel
1967. *Análisis tipológico de artefactos*, México, INAH.
- Guiteras Holmes, Calixta
1996. *Los peligros del alma. Visión del mundo de un tzotzil*, México, FCE.
- Hassig, Ross
1988. *Aztec Warfare. Imperial Expansion and Political Control*, Norman, University of Oklahoma Press.
- Hernández, Martha y Carlos Álvarez
1978. "Notas sobre las ocupaciones en el área del Río San Pedro", en Lorenzo Ochoa (ed.), *Estudios preliminares sobre los mayas de las tierras bajas noroccidentales*, México, UNAM, pp. 45-70.
- Hester, Thomas y Harry Shafer
1991. "Lithics of the Eearly Postclassic at Colhá, Belize", en Thomas Hester y Harry Shafer (eds.),

Maya Stone Tools. Selected Papers from the Second Maya Lithic Conference, Madison, Prehistoric Press, pp. 155-161.

• Hranicky, Jack

2004. *An Encyclopedia of Concepts and Terminology in American Lithic Technology*, Bloomington, AuthorHouse.

• Inizan, Marie-Louise, Michèle Reduron-Ballinger, Hélène Roche y Jacques Tixier

1999. *Technology and Terminology of Knapped Astone*, Nanterre Cedex (Cercle de Recherches et d'Études Préhistoriques, 5).

• Juárez, Daniel

1992. "Informe de la Primera Temporada de campo del proyecto Reforma, Tabasco", México, Archivo del Centro Regional de Tabasco/Subdirección de Estudios Arqueológicos, INAH, mecanoescrito.

1994. "Informe de la segunda temporada de campo en Morales-Reforma, Tabasco", México, Archivo de la Dirección de Estudios Arqueológicos, INAH, mecanoescrito.

1999. "Informe preliminar sobre las exploraciones en el sitio de Morales-Reforma, municipio de Balancán, Tabasco", *Antropológicas*, núm. 15.

2003. "Moral-Reforma. En la senda de Xibalbá", *Arqueología Mexicana*, vol. XI, núm. 61, pp. 38-43.

2004. *Moral-Reforma: Miniguá*, México, INAH.

• Juárez, Daniel y Stephen Castillo

2004. "Moral-Reforma, Tabasco. Análisis de lítica: Informe", México, Dirección de Estudios Arqueológicos, INAH, mecanoescrito.

• Kaneko, Akira

1995. "Artefactos líticos de Yaxchilán, Chiapas, México", tesis de licenciatura en Arqueología, México, ENAH-INAH.

2003. *Artefactos líticos de Yaxchilán*, México, INAH (Científica, 455).

• Kidder, A.V.

1947. *The Artifacts of Uaxactun*, Guatemala, Washington, D.C., Carnegie Institution of Washington.

• Leroi-Gourhan, André

1974. *La prehistoria*, Barcelona, Labor.

• Lewenstein, Suzanne

1987. *Stone Tools Use at Cerros: The Ethnoarchaeological and Use-wear Evidence*, Austin, University of Texas Press.

1991. "Edge Angles and Tool Function Among the Maya: A Meaningful relationship?", en Thomas Hester y Harry Shafer (eds.), *Maya Stone Tools. Selected Papers from the Second Maya Lithic Conference*, Madison, Prehistoric Press, pp. 207-217.

• Martin, Simon

2003. "Moral-Reforma y la contienda por el oriente de Tabasco", *Arqueología Mexicana*, núm. 61, pp. 44-47.

• Mirambell, Lorena y José Luis Lorenzo

1974. *Materiales líticos arqueológicos: generalidades. Consideraciones sobre la industria lítica*, México, Departamento de Prehistoria-INAH.

• Moholy-Nagy, Hattula

1991. "The Flaked Chert Industry of Tikal, Guatemala", en Thomas Hester y Harry Shafer (eds.), *Maya Stone Tools. Selected Papers from the Second Maya Lithic Conference*, Madison, Prehistoric Press, pp. 189-202.

• Nalda, Enrique

2008. "Presentación", en Enrique Nalda (ed.), *Kohunlich. Análisis de artefactos de lítica*, México, INAH (Científica, 522), pp. 9-13.

• Nelson Jr., Fred, David A. Phillips Jr. y Alfredo Barra Rubio

1983. "Trace Elements Analysis of Obsidian Artifacts from the Northern Maya Lowlands", en T. Matheny, Deanne L. Gurr, Donald W. Forsyth y Richard Hauck (eds.), *Investigations at Edzna Campeche*, México, Provo, Brigham Young University/New World Archaeological Foundation (Papers of the New World Archaeological Foundation, 43), pp. 205-219.

• Ochoa, Lorenzo, Martha Hernández y Carlos Álvarez

1975. *Informe de los trabajos de campo realizados en abril y mayo de 1975 en Balancán y Jonuta*, Tabasco, México, UNAM.

- Ochoa, Lorenzo, Martha Hernández, Carlos Álvarez y Luis Casasola
1978. "El medio geográfico", en Lorenzo Ochoa (ed.), *Estudios preliminares sobre los mayas de las tierras bajas noroccidentales*, México, UNAM, pp. 11-18.
- Pastrana, Alejandro
1998. *La explotación azteca de la obsidiana en la Sierra de las Navajas*, México, INAH (Científica, 383).
- Salazar, José Clemente
2008. "Los artefactos de lítica tallada en Kohunlich", en Enrique Nalda (ed.), *Kohunlich. Análisis de artefactos de lítica*, México, INAH (Científica, 522), pp. 219-285.
- Sheets, Payson
1991. "Flaked lithics from the Cenote of Sacrifice, Chichén Itzá, Yucatan", en Thomas Hester y Harry Shafer (eds.), *Maya Stone Tools. Selected Papers from the Second Maya Lithic Conference*, Madison, Prehistoric Press, pp. 163-188.
- Schele, Linda y Peter Mathews
1998. *The Code of Kings. The Language of Seven Sacred Maya Temples and Tombs*, Nueva York, Scribner.
- Schele, Linda y Mary Ellen Miller
1986. *The Blood of Kings. Dynasty and Ritual in Maya Art*, Londres, Thames and Hudson.
- Schiffer, Michael
1976. *Behavioral Archaeology*, Nueva York, Academic Press.

1996. *Formation Processes of the Archaeological Record*, Salt Lake City, University of Utah Press.
- Thompson, Marc
1991. "Flaked Celt Production at Becan, Campeche, Mexico", en Thomas Hester y Harry Shafer (eds.), *Maya Stone Tools. Selected Papers from the Second Maya Lithic Conference*, Madison, Prehistoric Press, pp. 143-154.
- Velázquez, Adrián y Daniel Juárez
2007. "La colección de objetos de concha de Moral-Reforma", en Adrián Velázquez y Lynneth Lowe (eds.), *Los moluscos arqueológicos, una visión del mundo maya*, México IIF-UNAM (Serie Cuadernos del Centro de Estudios Mayas), pp. 61-97.
- Willey, Gordon
1972. *The Artifacts of Altar de Sacrificios*, Cambridge, Harvard University (Papers of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, vol. 64, núm. 1).

1978. *Excavation at Seibal, Department of Peten, Guatemala. Artifacts, Memories*, Cambridge, Harvard University (Memoirs of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, vol. 14, núms. 1-4).
- Willey, Gordon, William Bullard Jr., John Glass y James Gifford
1965. *Prehistoric Maya Settlements in the Belize Valley*, Cambridge, Harvard University (Papers of the Peabody Museum of Archaeology and Ethnology, vol. 54).



James A. Neely*, Blas Román Castellón Huerta**

Una síntesis del manejo prehispánico del agua en el Valle de Tehuacán, Puebla, México

El Valle de Tehuacán es actualmente una de las áreas mejor estudiadas en México, conteniendo una de las secuencias culturales más amplias y uno de los complejos tecnológicos más diversificados de control del agua registrados en América. Aquí se presenta un panorama general de los elementos prehispánicos de manejo del agua con una discusión sobre su significado. Aunque las evidencias más tempranas aparecen hacia 7900 a.C., la mayoría de estos elementos de control tempranos datan alrededor de 1000 a.C. Estos sistemas tienen una amplia distribución al final del periodo Formativo (*ca.* 100 a.C.). El origen de la tecnología de control del agua y su innovación y/o difusión son problemas que aún no tienen respuesta adecuada en tanto no se reporten más elementos arqueológicos, se refinan las secuencias cronológicas y se realicen reconocimientos arqueológicos más amplios en todo México. Las modificaciones del paisaje resultantes de esta tecnología parecen ser extensivas y duraderas. Presentamos una breve discusión de los aspectos de control del agua relativa a su uso doméstico, así como su relación con el cultivo de plantas silvestres y domesticadas. También examinamos brevemente las condiciones socio-políticas y los modelos teóricos relacionados con estos sistemas, considerando su impacto en las poblaciones actuales del Valle de Tehuacán.

The Tehuacan Valley is currently one of the best-studied areas in Mexico and contains one of the longest continuums and most diverse arrays of prehistoric water management technology recorded in the New World. An overview of the prehistoric water management features and systems of the Tehuacan Valley is presented and their significance is briefly discussed. While the earliest water management feature appears at *ca.* 7900 BC, the majority of the earliest features are dated to the *ca.* 1000 BC period. Most types of water management phenomena are seen to have wide distribution by the end of the Formative Period (*ca.* AD 100). Until more features are reported, chronological controls are refined, and broader geographic survey is conducted throughout Mexico, the questions of water management technology origins and innovation versus diffusion remain unanswered. Landscape modifications resulting from water management are seen to be extensive and long lasting. A brief discussion of aspects of water management relative to domestic uses as well as the cultivation of semi-domesticated and wild plants is presented. Socio-political conditions and related theoretical models involved with prehistoric water management are briefly examined. The contributions of water management studies to the current population of the Tehuacan Valley are considered.

* Department of Anthropology, University of Texas.

** Dirección de Estudios Arqueológicos, INAH.

El estudio sobre el manejo del agua en el Valle de Tehuacán ha sido posible a través de los permisos amablemente otorgados por el Consejo de Arqueología del INAH, y la colaboración permanente con esta institución. Desde 1964, y sobre todo a partir de 2000, han contribuido al estudio del manejo del agua en el Valle de Tehuacán las siguientes personas: Michael J. Aiuvalasit, S. Christopher Caran, Linda S. Cummings, Marco Fragoso Fragoso, Raúl Hernández Garciadiego, Francisca Ramírez Sorensen, Carlos Rincón Mautner y Barbara M. Winsborough. Queremos expresar nuestra gratitud a los habitantes de la gran región de Tehuacán, por su amabilidad y disposición para compartimos su conocimiento de la tierra y el manejo del agua. El trabajo de campo no hubiera sido posible sin el apoyo económico de la National Science Foundation, National Geographic, la Wenner Gren Foundation, la Mellon Foundation, la American Philosophical Society y la Archaeological Research, Inc.

Hoy día, las investigaciones recientes han descartado las primeras opiniones (Kroeber, 1939: 218) en el sentido de que la irrigación y el control de aguas eran de poca importancia para la definición de los sistemas culturales del México antiguo. No obstante, el estudio del manejo y control de agua continúa rezagado respecto a otros temas de la arqueología de México, principalmente a causa de la dificultad de encontrar y estudiar la tecnología correspondiente, a la falsa presunción de que este control fue un fenómeno tardío (es decir, del Posclásico, véase tabla 1), y sobre todo debido

Tabla 1. Tabla cronológica de los periodos culturales principales en el Valle de Tehuacán mencionados en el texto. Nótese que los límites son aproximados y pueden variar de una región a otra

Periodo cultural	Fecha
	Presente
Periodo moderno	1821 d.C.
Periodo colonial	1521 d.C.
Periodo Posclásico	800 d.C.
Periodo Clásico	200 d.C.
Periodo Formativo (Preclásico)	2000 a.C.
Periodo Arcaico	8000 a.C.

a la falta de interés en este tema. El Valle de Tehuacán es uno de los pocos lugares donde el estudio del control del agua ha sido abordado con cierto interés, y donde las investigaciones han puesto en evidencia el ordenamiento más amplio de elementos y sistemas que constituyen, hasta ahora, la historia mejor documentada del Nuevo Mundo.

Materiales y métodos

MacNeish *et al.* (1972) hicieron una síntesis de las técnicas de recorrido arqueológico utilizadas durante la investigación original de 1964. Los estudios de campo subsecuentes continuaron empleando el reconocimiento a pie para descubrir elementos y sistemas de control de aguas, pero las nuevas técnicas de trabajo de campo (Aiuvalasit

et al. 2007; Neely, 2001a y b; Neely y Castellón Huerta, 2003; Neely y Aiuvalasit, en preparación) así como las nuevas técnicas de fechamiento (Aiuvalasit *et al.*, 2007; Neely 2001a y b; Neely y Aiuvalasit, en preparación; Winsborough *et al.* 1996) fueron integradas conforme estuvieron disponibles, al igual que nuevos planteamientos teóricos para el proceso interpretativo.

Resultados

Los estudios de 1964 al presente han evidenciado nueve tipos generales de elementos de manejo del agua que caracterizan al Valle de Tehuacán. Muchos de estos elementos forman sistemas de irrigación integrados que incluyen uno o más de estos tipos de elementos (Neely, en prensa). En orden cronológico aproximado de su aparición en el Valle de Tehuacán, estos elementos son:

POZOS

Un antiguo pozo de agua seco, encontrado en la población de San Marcos Necoxtla (Caran *et al.*, 1996; Neely *et al.*, 1995; Rincón Mautner *et al.*, 2002), es el ejemplo tecnológico de control del agua más temprano encontrado hasta hoy en el Valle de Tehuacán, y posiblemente en todo México. Este pozo (figs. 1 y 2) ha sido fechado entre 7900 y 4000 a.C. (tabla 1), en función de la estratigrafía y de la presencia en su interior de puntas de proyectil y herramientas líticas, que resultan diagnósticas desde el punto de vista cronológico. La estratigrafía, así como un sistema sobrepuesto de canales más tardío, indican que este pozo fue excavado al lado de una ciénega y un manantial que fueron posteriormente aprovechados, mediante el uso de canales. Luego de un largo periodo sin mayor información, tal vez debido a la dificultad de encontrar estos elementos, los sucesivos casos registrados son algunos pozos de los periodos Clásico tardío y Posclásico, asociados a la producción de sal. Más adelante se ilustran otros pozos encontrados en el Valle de Tehuacán, del tipo “grandes pozos cuadrados” ubicados en fechas más tardías y con distinta forma.

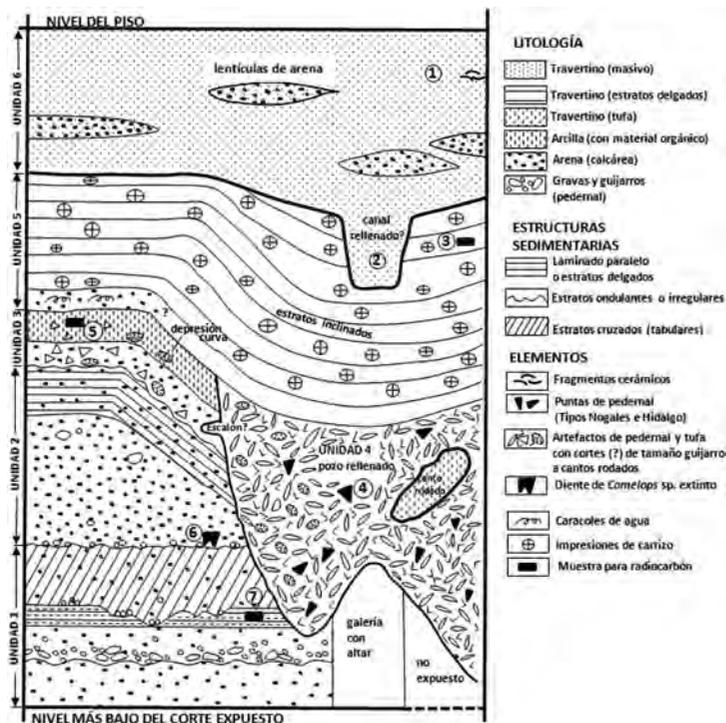


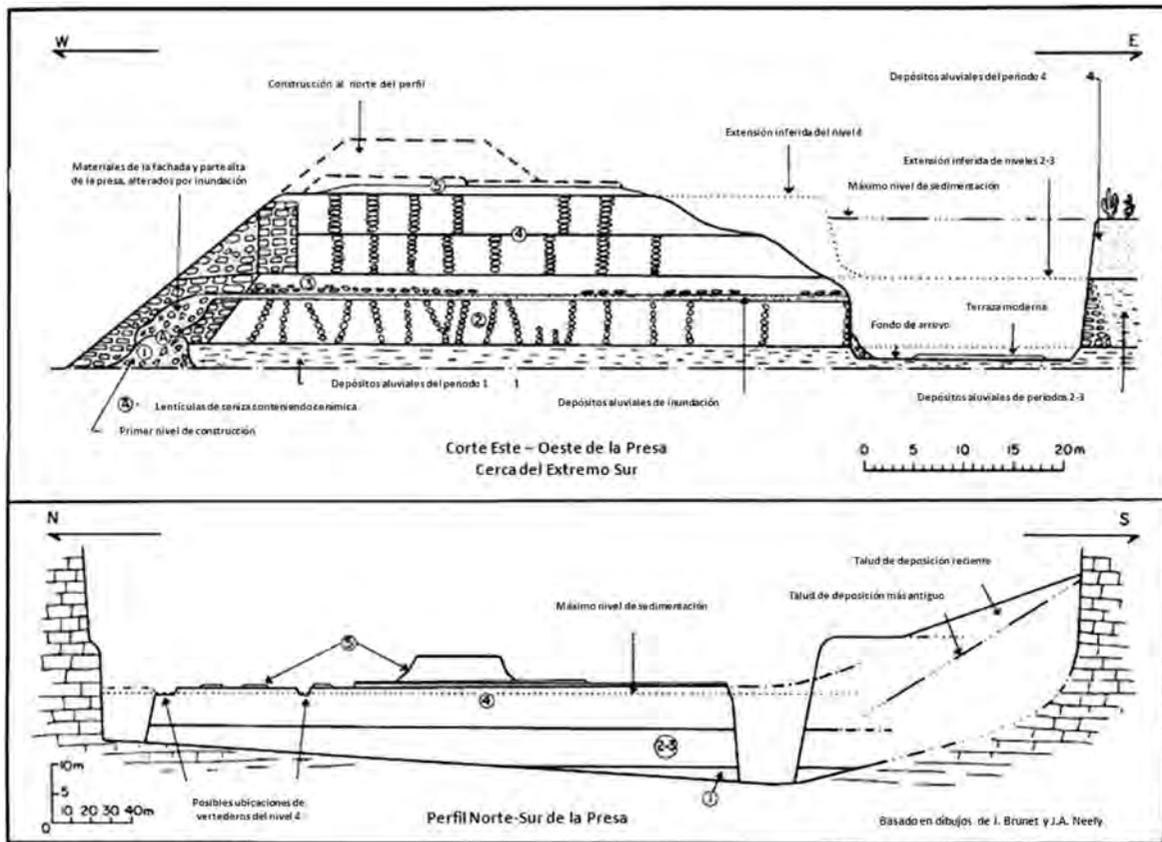
Fig. 1 Corte estratigráfico general del pozo de agua del periodo Arcaico encontrado en el pueblo actual de San Marcos Necoxtla (tomado de Caran *et al.*, 1996: figura 3).



Fig. 2 Aspecto actual del corte del pozo de agua del periodo Arcaico en San Marcos Necoxtla. Abajo se encuentra un altar religioso (Foto de Blas Castellón).

Presas

En el Valle de Tehuacán han sido encontradas varias presas antiguas (Woodbury y Neely, 1972), pero la presa Purrón (fig. 3) es la más grande y espectacular de todas. Desde su descubrimiento en 1964, por parte del autor principal de este artículo, se han realizado nuevas temporadas de campo para ampliar nuestro conocimiento acerca de esta estructura única. Los trabajos recientes han puesto en evidencia varias presas más, un canal que bordea la presa Purrón, varios sitios adicionales de habitación y administración, una cueva que contiene petroglifos, y varios campos inundables limitados con piedras (Neely y Aiuvalasit, en preparación; Neely *et al.*, 2005a, b y c). A fin de fechar distintas partes de este complejo, se han empleado la estratigrafía, las cerámicas asociadas, la técnica de radiocarbón, y la luminiscencia por estimulación óptica (OSL) (Aiuvalasit *et al.*, 2007; Neely, en prensa; Neely y Aiuvalasit, en preparación; Neely *et al.*, 2005a, b y c). Estas técnicas han mostrado un rango de tiempo aproximado de 750 a.C. a 200 d.C., relacionado con las cuatro fases de construcción de la presa Purrón, así como varias fechas entre 1100 y 1500 d.C., para los cultivos de barranca posteriores a la presa, en la barranca Lencho Diego. La investigación de campo más reciente en esta barranca reveló una serie de pequeñas represas más tempranas, cubiertas por el sedimento que rellenó el área de reserva de la presa Purrón. Estos nuevos descubrimientos, sumados a un número reducido de fechas de radiocarbón recuperadas al interior de pozos de prueba dentro de los fondos limosos de la presa Tr-15 (Woodbury y Neely, 1972), en la corriente superior de la presa Purrón, indican que el manejo del agua fue practicado mucho antes de lo que se pensaba en esta área, al menos desde 1100 a.C., y tal vez desde 2000 a.C. De este modo, además de ser el elemento de control del agua más grande en cuanto a volumen



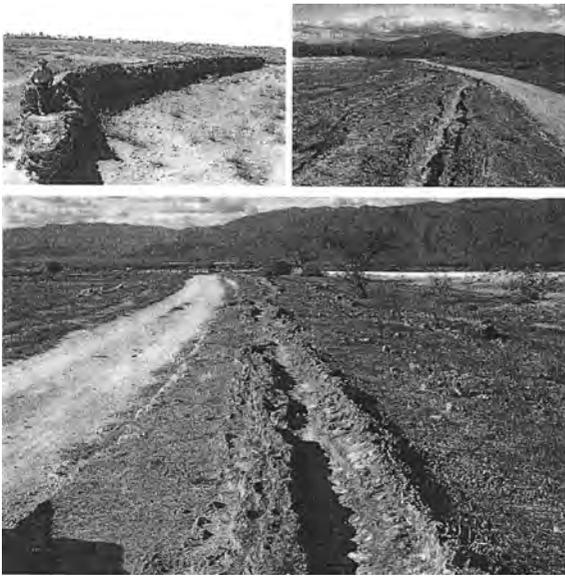
● Fig. 3 Cortes transversal y longitudinal de la presa Purrón (tomado de Woodbury y Neely 1972: figura 8).

registrado hasta hoy en México, sabemos que la presa Purrón es sólo parte de un complejo sistema que pudo haber tenido sus orígenes en fechas muy tempranas que se remonta a la transición entre el periodo Arcaico terminal hacia el periodo Formativo (tabla 1).

Canales

En el Valle de Tehuacán los canales han sido fechados por análisis de radiocarbón, para épocas tan tempranas como 777 a.C. (Neely, 2001a y b; Neely y Castellón Huerta, 2003; Neely y Rincón Mautner, 2004; Winsborough *et al.*, 1996). La mayoría de estos canales, localmente llamados *tecuates* (de *tecóatl*: serpiente de piedra), se han conservado de manera natural mediante un proceso de “fosilización” que consiste en la deposi-

ción de minerales en suspensión y solución, acarreados por las aguas procedentes de manantiales. Este proceso de deposición llegó a elevar el cauce de algunos canales a más de tres metros de altura (fig. 4), hasta que el flujo del agua perdió fuerza y los canales dejaron de funcionar. Dicho proceso es explicado e ilustrado de manera más amplia por Neely y Caran (2011). A lo largo del valle estos canales se agrupan en cinco sistemas bien marcados, originados en grandes manantiales que funcionan hasta nuestros días (fig. 5). El alineamiento que presentan estos manantiales de noroeste a sureste, claramente sugiere que estos ocurren a lo largo de una falla geológica. El sistema de canales fue diseñado para superponerse de norte a sur, de tal modo que se pudiera aprovechar al máximo el área de tierras irrigadas disponibles para la agricultura. Las tierras irrigadas cubrieron un área estimada cercana a 10 km² hacia finales del pe-

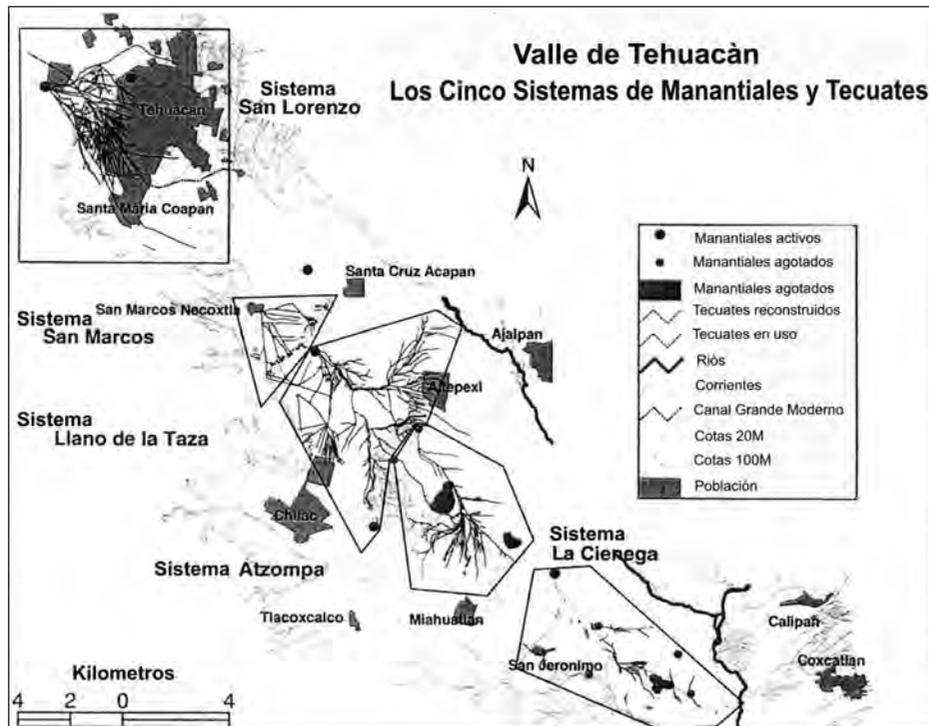


○ Fig. 4 Tres aspectos de los canales “fossilizados” encontrados al suroeste de la ciudad de Tehuacán y en la zona de Altepeixi-Mihuatlán. Algunos se levantan hasta 3.5 m sobre la superficie actual (tomado de Neely 2001a: figura 1, fotos de Blas Castellón).

riodo Formativo. Esta área irrigada se incrementó hasta cerca de 70 km² (7 000 ha) hacia el final del periodo Posclásico. De 1 214 km estimados de canales “fossilizados” presentes en el valle, hasta ahora han sido mapeados con exactitud 303 km de canales principales (Neely, 2001a, b y en preparación; Neely y Rincón Mautner, 2004). Aunque se han registrado algunos canales prehispánicos que corren desde niveles altos y conducen el agua de arroyos perennes, generalmente son pocos y más pequeños debido a la falta de agua en la superficie del valle. Además de la agricultura de irrigación, estos canales fueron usados como drenaje, como fuente de agua para usos domésticos en sitios de habitación, y para transportar agua a los sitios de producción de sal por evaporación y por combustión (Castellón Huerta, 2006; Neely, 1995; Neely *et al.*, 1997; Ramírez Sorensen, 1996 y 2008).

Campos para cultivo de temporal

A lo largo del Valle de Tehuacán se encuentran muchos campos agrícolas prehispánicos que en su mayoría carecen de cualquier construcción



○ Fig. 5 Los cinco sistemas de manantiales y canales del Valle de Tehuacán (tomado de Neely y Rincón Mautner, 2004: figura 7; Neely, en preparación).

identificable (alineamientos de piedra o terrazas, por ejemplo). Se considera que estos campos fueron usados para cultivos de temporal debido a su posición topográfica y a la falta de infraestructura de irrigación. Aunque pudieron originarse en un periodo muy temprano, actualmente sólo han sido fechados desde el periodo Formativo hasta el Posclásico, mediante su asociación con sitios habitacionales, cerámica, y herramientas. Es probable que muchos de estos campos hayan sido empleados para el cultivo del maguey y otras plantas xerófitas (Doolittle y Neely, 2004; Neely, 2005, en prensa y en preparación).

Campos inundables

Otros campos aparentemente usados para agricultura de inundación debido a su posición topográfica en las bocas de arroyos y barrancas, han sido fechados desde los periodos Formativo hasta el Posclásico, usando igualmente su asociación con sitios habitacionales, cerámica y herramientas. Igual que ocurre con los campos para cultivos de temporal, la mayoría de estos campos carecen de cualquier construcción identificable (por ejemplo, alineamientos de piedra) y pudieron haberse originado desde épocas muy tempranas.

Campos sobre terrazas

A lo largo de los valles de Tehuacán y Zapotitlán, así como la Mixteca Alta (fig. 6) han sido registradas extensas áreas caracterizadas por terrazas para agricultura de captación de lluvias, que siguen los contornos topográficos, las cuales son atravesadas por grandes cauces naturales. Situadas en las laderas de elevaciones topográficas naturales, estos campos limitados por muros de piedras han sido igualmente fechados desde el Formativo hasta el Posclásico, por asociación con sitios de habitación y cerámica. Es probable que muchos de estos campos hayan sido usados para cultivar maguey (*Agave sp.*) y otras plantas xerófitas (Doolittle y Neely, 2004; Evans, 1990; Feinman *et al.*, 2007; Neely, 2005, en prensa y en preparación). Las terrazas también sirvieron como



● Fig. 6 Fotografía que muestra las terrazas de contorno topográfico y terrazas atravesadas sobre cauces en la Mixteca Alta. Muchos sistemas similares de ambos tipos de terraza están presentes en el Valle de Tehuacán (foto de James A. Neely).

base para colocar estanques de poca profundidad, empleados para obtener sal por evaporación solar (Castellón Huerta, 2006; Neely, 1995; Neely *et al.*, 1997; Ramírez Sorensen, 1996 y 2008).

Acueductos de piedra

Un sistema de acueducto hecho de piedras sin argamasa fue localizado en la barranca del río Xiquila (fig. 7), en la parte sureste del Valle de Tehuacán (Woodbury y Neely, 1972). Su cauce fue cortado y construido realizando tajos en forma de L sobre la paredes de roca en ambos lados de la barranca. Su curso va desde Las Huertas, en el estado de Oaxaca, hasta el Valle de Tehuacán, cubriendo una distancia de 5 km. Estos acueductos suministraron agua para usos domésticos e irrigación al menos a diez pequeños sitios de habitación y a muchos campos agrícolas situados en áreas reducidas a lo largo de la barranca y en su

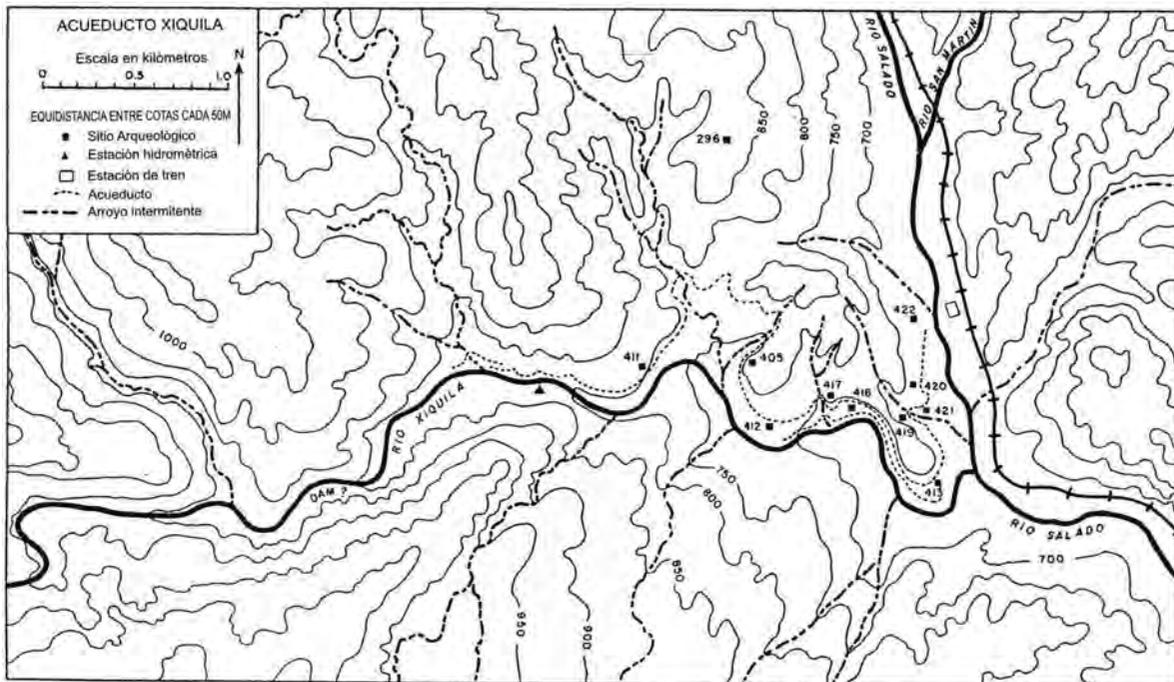


Fig. 7 Mapa que muestra el curso del acueducto de Xiquila en relación al río Xiquila, así como los sitios de habitación y los campos a los cuales dio servicio (tomado de Woodbury y Neely 1972).

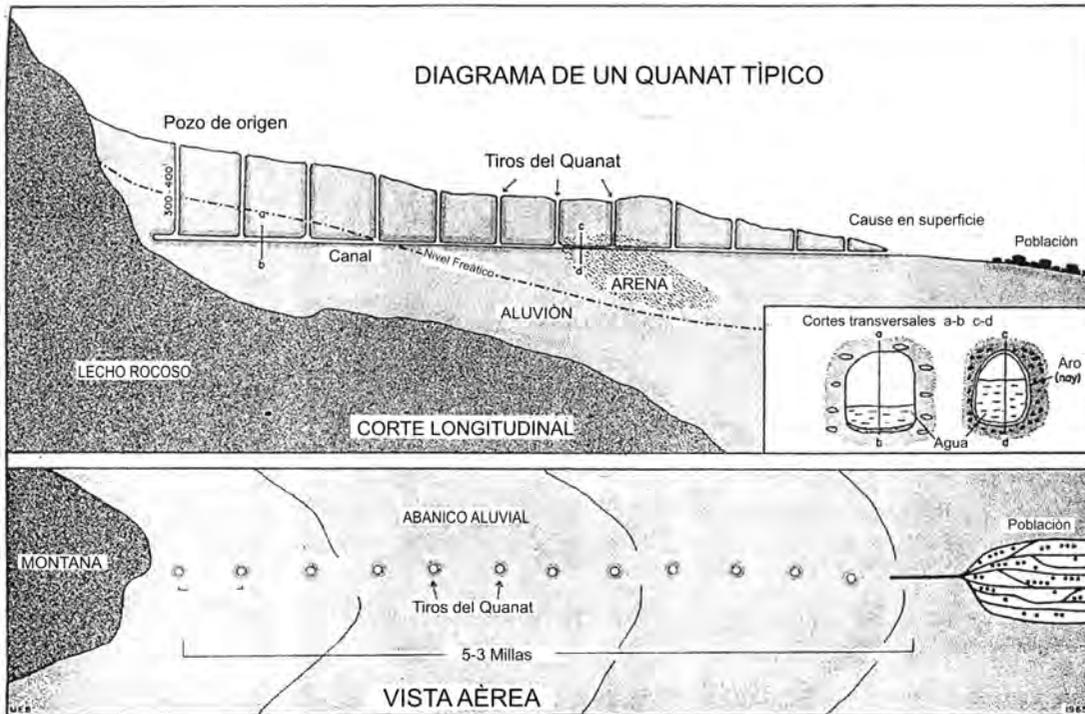
entrada. La cerámica recuperada de estos sitios y campos de cultivo, indica que fue usado a lo largo de los periodos Clásico y Posclásico (circa 400 a 1500 d.C.). La ubicación del acueducto sugiere posibles relaciones socio-políticas y económicas entre los pobladores prehispánicos de la Mixteca Alta y el Valle de Tehuacán.

Galerías filtrantes

Estos elementos (Woodbury y Neely, 1972) son idénticos a los sistemas *qanat* (fig. 8) encontrados en Oriente Medio; consisten en una serie de tiros excavados descendiendo a lo largo de un túnel con ligera inclinación que conduce el agua del subsuelo. Estos elementos no han sido fechados en México para tiempos prehispánicos, y frecuentemente son considerados como de origen colonial español. Sin embargo, estudios contextuales en el Valle de Tehuacán y en Perú (Schreiber y Lancho Rojas, 1995) sugieren un posible origen prehispánico.

Grandes pozos de captación cuadrados

Aunque los grandes pozos cuadrados de captación no han sido fechados con seguridad, parece probable que su edad se remonte a tiempos posclásicos. Lo anterior se deduce de los registros históricos acerca de sequías, disminución del flujo en manantiales de la región, y disputas legales entre comunidades por los derechos del agua durante el periodo referenciado (Ramírez Sorensen, 1998 y 2008; Ramírez Sorensen y Neely, 2002). Siete pozos de captación han sido encontrados en el Valle de Tehuacán, seis de ellos ubicados en los terrenos de San Marcos Necoxtla. Estos elementos consisten en grandes excavaciones cuadradas o rectangulares. El más grande de ellos aún hoy día tiene dimensiones, de 10 por 13 m y 23 m de profundidad (fig. 9). Al parecer, todos estos están asociados con la excavación de galerías filtrantes y la mayoría tienen una serie de escalones laterales cortados en la roca, por los cuales es posible descender caminando hasta el nivel del agua.



● Fig. 8 Diagrama de un típico *ganat* en el Medio Oriente (tomado de English 1966: figura 6). Las galerías filtrantes del Valle de Tehuacán son de construcción y diseño similares.



● Fig. 9 Un pozo cuadrado grande ubicado en la población de San Marcos Necoxtla (Foto de James A. Neely).

Discusión y conclusiones

El doctor Vernon Scarborough (2002) ha comentado antes acerca de la situación excepcional en el número, variedad y escala de los sistemas de manejo del agua en el Valle de Tehuacán. De hecho, el Valle de Tehuacán no es tan único como aparenta, ya que: 1) ha tenido el beneficio de ser uno de los sistemas de irrigación más extensa e intensivamente investigados en México; 2) la notable preservación y visibilidad de los sistemas de canales “fossilizados”; 3) una gran parte de la agricultura antigua en el Valle de Tehuacán se practicó en tierras altas, más que en tierras bajas aluviales, debido a la ubicación de los manantiales empleados para irrigación. La ausencia de uno o más de los elementos arriba reseñados en otras ubicaciones principales de México, podría ocultar la existencia de una verdadera infraestructura extensiva de manejo del agua.

Consideraciones medioambientales

Byers (1967) ha presentado una descripción y una discusión muy detalladas sobre el clima cálido y semiárido del Valle de Tehuacán y lo impredecible de su régimen de lluvias. Estos desafíos del medio ambiente trajeron como consecuencia que la población del Valle de Tehuacán desarrollara una tecnología extensiva y refinada del manejo del agua a fin de aprovisionarse del líquido necesario para usos domésticos, producción de sal, y para permitir, asegurar e incrementar la productividad agrícola. Más aún, los sistemas de manejo del agua en el Valle de Tehuacán pueden ser vistos como sofisticadas adaptaciones a las condiciones ambientales y microambientales presentes. Para cubrir las demandas de una población en expansión y la consecuente reducción del abasto, muchos sistemas continuaron en funcionamiento a través de la época colonial y hasta tiempos modernos. Las diferencias que podemos percibir son de escala y muy probablemente son el reflejo de las limitaciones específicas del medio ambiente, así como de las actuales condiciones económicas y socio-políticas presentes en cada región.

De acuerdo con su geología, el Valle de Tehuacán puede ser dividido en dos partes. Hacia el norte hay una geología kárstica con acuíferos subterráneos y manantiales. Hacia el sur, la geología cambia hacia un substrato no kárstico con fuentes de agua en la superficie. La tecnología prehispánica de manejo del agua en el Valle de Tehuacán refleja esta dicotomía. Hacia la parte norte, en la zona kárstica, los manantiales suministran el agua, la cual es manejada principalmente por medio de pozos y tecnología de canales. Más tarde, luego de un incremento en la población y de que los acuíferos acusaron una disminución del agua que trajo consigo una baja en el nivel freático, se desarrolló la tecnología de galerías filtrantes y pozos de captación. Hacia la parte sur, en la zona no kárstica, el agua de superficie fue manejada por medio de represas, acueductos, y algunos pocos canales que conducían las aguas de lluvias, inundaciones, y pequeñas corrientes. Donde el riego no fue posible, el agua fue manejada por medio de bordos alineados sobre laderas suaves (alineamientos bajos de piedra o matorrales paralelos a los contornos topográficos), y terrazas de piedra sobre laderas con pendiente inclinada. Las partes no irrigadas del valle eran cultivos de temporal, y la cosecha de cultivos como el maíz y frijoles era impredecible y relativamente pequeña. Es probable que se cultivaran algunas plantas semidomesticadas más resistentes a la sequía (esto es, xerófitas) tales como agave, opuntia, *xocnoctli* (Casas *et al.*, 1997), cholla, biznagas, amaranto, etcétera, cultivadas para obtener alimento, fibras, colorantes (*cochinilla*) y otros usos.

Consideraciones cronológicas

Alrededor de 7900 a.C. los pozos de agua en el área de San Marcos Necoxtla representan el más temprano de varios elementos de control del agua encontrados. De hecho, la población de San Marcos presenta al parecer, la mayor continuidad en el desarrollo del manejo y uso del agua (ca. 7900 a.C. hasta el presente), registrada hasta hoy en México y en el Nuevo Mundo (Neely, 2001b; Neely y Rincón Mautner, 2004; Rincón Mautner *et al.*, 2002).

El pozo de agua de San Marcos es un análogo más temprano de los pozos de Abasolo y Mitla, en el estado de Oaxaca, los cuales fueron empleados para el riego a brazo (*pot irrigation*) (Marcus y Flannery, 1996). Mientras los pozos de Oaxaca presentan evidencia que los relaciona a la producción de plantas domésticas, tal evidencia está ausente en el caso del pozo de San Marcos. No obstante, la ubicación pantanosa del pozo en San Marcos es similar a los pozos de Oaxaca (Flannery, 1983). Además, el subsiguiente uso continuo del área inmediata al pozo de San Marcos como fuente de riego ulterior sugiere que podría estar asociado con la producción de cosechas desde el Arcaico tardío o el periodo Formativo temprano. La evidencia actual apunta hacia la construcción de una serie de represas relativamente pequeñas dentro de la barranca Lencho Diego desde al menos 1100 a.C., y posiblemente desde una época tan temprana como 2000 a.C.

Hay suficiente evidencia para reconocer que las fechas tempranas disponibles para el control de aguas en el Valle de Tehuacán y otras partes de México son válidas y razonables (Neely, en prensa). Las fechas tempranas en México corresponden bien con 1000 a.C. y otras fechas más tempranas obtenidas de los sistemas de canales en Arizona (Mabry, 2008) y Nuevo México (Damp *et al.*, 2002). Estos datos, más o menos contemporáneos de México y el Suroeste de Estados Unidos, sugieren que el manejo del agua en ambas regiones pudieron ser desarrollos independientes, y asimismo podrían sugerir varias invenciones autóctonas de esta tecnología en México.

Hacia el periodo Formativo temprano, cerca de 1000 a.C., algunos elementos básicos de manejo del agua (esto es, canales “fossilizados”, presa Purrón y terrazas) que caracterizan al Valle de Tehuacán, aparecen también en otras partes de México. Todos los elementos arriba mencionados son lo suficientemente tempranos para sugerir que el manejo del agua fue desarrollado poco tiempo después del origen de la agricultura, o quizás al mismo tiempo que ésta (Flannery *et al.*, 1967: 453); Spinden, 1928: 63). La búsqueda de datos tempranos es a menudo desestimada como si fuese una competencia de prestigio para descubrir la

evidencia “más antigua”. En los hechos, es un paso importante para revelar y clarificar el progreso de los desarrollos tecnológicos, económicos y sociopolíticos.

Los periodos Formativo medio y tardío atestiguan un empleo continuo de los elementos mencionados, agregando las terrazas sobre los cauces de agua para capturar y distribuir el agua de lluvias. En el periodo Formativo tardío se da la expansión de los sistemas de manejo del agua en cuanto a tamaño (presa Purrón), área (canales “fossilizados”) e intensidad (terrazas).

Algunos colegas se han sumado a modelos de interpretación que atribuyen el origen de los sistemas y elementos de manejo del agua más grandes y complejos a una época más tardía, durante los periodos Clásico y Posclásico (Manzanilla (1994), confrontado con Woodbury y Neely (1972) relativo a la presa Purrón). Su justificación se apoya generalmente en la necesidad de una fuerza de trabajo más grande, y un mayor control sociopolítico. La creciente evidencia sobre la existencia de complejos sistemas y elementos de control de agua a gran escala durante el periodo Formativo, requiere que estos investigadores reconsideren sus puntos de vista.

Finalmente, este resumen sobre la cronología no puede dejar de mencionar la amplia continuidad en el uso de estos sistemas. Los sistemas de canales “fossilizados” alimentados por manantiales en el Valle de Tehuacán, ilustran de manera dramática tal continuidad de uso (más de 2500 años) desde *ca.* 777 a.C., hasta el presente (Neely 2001a, en preparación; Neely y Castellón Huerta 2003).

Difusión interregional vs. innovación

Las preguntas acerca de la innovación *versus* la difusión de la tecnología de manejo del agua en el Valle de Tehuacán permanecen sin respuesta. Las fechas tempranas del pozo de agua de San Marcos, el complejo de la presa Purrón, y los sistemas de canales “fossilizados” implican cierto grado de innovación. Sin embargo, considerando la evidencia del comercio interregional en el valle, parece cierto que la difusión también pudo haber

ocurrido. ¿Es la difusión una explicación demasiado simplista y tradicional? Tal vez, pero ni la adaptación ni la innovación autóctona o local son siempre la única explicación. Es probable que ambos procesos hubiesen tenido lugar a la vez.

El pozo de San Marcos y los orígenes del manejo del agua

Descubrir los orígenes de la tecnología de manejo del agua puede ser considerado una búsqueda de la proverbial aguja en el pajar. No obstante, el Valle de Tehuacán ha arrojado nueva luz sobre el asunto a través del descubrimiento del pozo hecho por la mano del hombre en la población de San Marcos Necoxtla (Caran *et al.*, 1996; Neely *et al.*, 1995).

El descubrimiento de los pozos de agua tempranos de San Marcos y Abasolo/Mitla en lugares separados por una amplia distancia, apoya la idea de que estos pozos fueron los primeros elementos de manejo del agua en México (Flannery, 1983). Sin embargo, los datos son aún demasiado dispersos para determinar los orígenes de la tecnología de control del agua, de modo que alguna de las tres teorías postuladas puede ser aún viable: drenaje (Doolittle, 2004; Flannery, 1983), inundación (Doolittle, 2004) y pozos (Flannery, 1983). Es muy factible que la “invención” del manejo del agua haya ocurrido en varias regiones diferentes de México a través de una o más de las teorías propuestas.

Presas, canales y terrazas

Estas formas de control del agua aparecen poco tiempo después del uso del primer pozo (esto es, Abasolo), el cual fue claramente usado para el riego agrícola y el desarrollo de una aldea sedentaria alrededor de 1000 a.C. Una vez teniendo el control de aguas poco profundas con esta tecnología, no es de sorprender la sucesiva aparición de presas, canales y terrazas, que son tal vez las técnicas más básicas y funcionalmente relacionadas con la retención, control y distribución de las aguas de superficie procedentes de manantiales y

lluvias. Las terrazas, con el posterior añadido de muros cruzados sobre cauces, se convirtieron en uno de las formas más comunes y duraderas del antiguo control del agua en el Valle de Tehuacán. La variación de los elementos es atribuible en gran medida a las adaptaciones, que funcionaron de manera más eficiente en los sitios y microambientes específicos de construcción.

La infraestructura del manejo de agua frente a las plantas silvestres útiles

El efecto de la infraestructura de manejo del agua sobre el crecimiento de plantas “silvestres” usada por los humanos debe ser igualmente considerada. Por ejemplo, la construcción de canales genera a lo largo de sus trayectos un microambiente ripario hecho por el hombre. Tales zonas riparias estimulan el crecimiento de plantas útiles y comestibles, y son un lugar seguro para la caza y trampeo de animales de los que se obtiene alimento y pieles. Los pastos silvestres comestibles y las legumbres, crecen en partes cercanas a los canales a lo largo del Valle de Tehuacán (Neely 2001a y b, 2005, en prensa y en preparación; Neely y Rincón Mautner, 2004) y en el Suroeste de Estados Unidos (Neely, aceptado para publicación; Neely y Murphy, 2008). También se encuentran hierbas, algunas consumidas como condimentos y otras usadas con propósitos medicinales, así como carrizos, todavía recolectados en nuestros días para la elaboración de papas y para hacer techos. Su uso está bien documentado en tiempos prehispánicos para propósitos similares, así como para la fabricación de dardos y flechas.

Complejidad y escala de los sistemas

La evidencia de tecnología compleja de control del agua en gran escala en el Valle de Tehuacán, comienza en el periodo Formativo. Aunque posteriormente se hicieron algunos avances, parece ser que toda la tecnología básica de manejo del agua fue desarrollada hacia el final de este periodo, con empleo continuo hasta la dominación

española. La presa Purrón es un ejemplo bien documentado de que el tamaño de los elementos de control de aguas estaba en aumento. Otro ejemplo del incremento en el área de riego es proporcionado por los sistemas de canales “fossilizados” de Tehuacán (Neely, 2001a y b; Neely y Castellón Huerta, 2003; Neely y Rincón Mautner, 2004).

El geomorfólogo S.C. Caran ha observado que hacia finales del periodo Formativo el manejo del agua y la tecnología de riego habían modificado y definido el paisaje del Valle de Tehuacán a tal grado que el uso posterior de tierras agrícolas no ha cambiado significativamente desde entonces (Neely, en prensa y en preparación). De hecho, una de las razones por las cuales algunas tecnologías agrícolas modernas no han funcionado en este valle, se debe a que no se adaptan al modo en que el paisaje local fue modelado desde tiempos prehispánicos. Desde el periodo Formativo, únicamente tres cambios en el manejo del agua parecen haber tenido lugar en el Valle de Tehuacán. Dos de éstos, los sistemas de *galerías filtrantes*, y de *pozos de captación cuadrados* aún no han sido fechados de manera confiable, pero sus contextos y asociaciones sugieren que fueron usados hacia el periodo Posclásico. El tercer cambio en la tecnología es el empleo reciente de pozos profundos y bombeo para explotar los acuíferos subterráneos. Las prácticas prehispánicas de modificación del paisaje para el manejo del agua, no son exclusivas del Valle de Tehuacán, otros ejemplos han sido documentados en México (Neely *et al.*, 1990).

Consideraciones sociopolíticas

En la mayoría de los sitios del periodo Formativo en el Valle de Tehuacán, la evidencia apunta hacia una tecnología de manejo del agua en pequeña escala y no muy compleja. Tales ejemplos sugieren que una organización social basada en el parentesco intervino en su planeación, construcción y mantenimiento. Varios autores (Flannery, 1983; Woodbury y Neely, 1972) han especulado que una o más aldeas en cooperación pudieron controlar sistemas de riego en escala pequeña y media. Por

el contrario, los extensos sistemas de canales “fossilizados” en el Valle de Tehuacán sugieren la necesidad de una organización más compleja. Sin embargo, existen casos en que las relaciones del manejo del agua y su organización social no son muy precisas. Al menos algunos de estos casos confusos resultan de las limitaciones del medio ambiente, siendo el tamaño y extensión de los sistemas de control, proporcionales al tamaño de las fuentes de agua disponibles.

Se han generado algunos modelos que tratan de los procesos económicos y sociopolíticos implícitos en el desarrollo y control del agua. Sin embargo, ninguno de ellos está exento de cuestionamientos y ningún modelo tiene aplicación universal en México. La variabilidad de los datos sugiere la existencia de varias trayectorias en los procesos económicos y políticos implicados, especialmente durante el periodo Formativo. Estos desarrollos diferenciales parecen haber operado de manera contemporánea dentro del Valle de Tehuacán.

Se debe investigar el rango total de manifestaciones de manejo del agua y sus sitios asociados para saber cómo es que operaban las distintas partes del sistema y cómo estaban relacionadas entre sí. El trabajo inicial consiste en definir los parámetros de cualquier sistema bajo investigación. Los sistemas deben ser fechados con exactitud, hay que determinar su secuencia de desarrollo, y establecer los contextos económicos, religiosos, sociopolíticos y del medio ambiente. También necesitamos comprender los niveles de operación requeridos para implementar sistemas de tamaño y complejidad variables, así como los grados de complejidad en la interacción, tanto al interior de una comunidad como entre varias comunidades, y otros niveles más altos de organización sociopolítica. Las operaciones de administración de aguas comprenden grupos corporativos por arriba del nivel de la aldea, y frecuentemente incluyen grupos corporativos al nivel de múltiples comunidades. Pero, ¿en qué nivel están relacionadas las organizaciones e instituciones políticas más complejas? No será posible reconstruir los sistemas prehispánicos de administración del agua con el mismo detalle que se encuentra en los ejemplos etnográficos (Enge y Whiteford, 1989; Hunt, 1972;

Hunt y Hunt, 1974). No obstante, este tipo de estudios proporciona ejemplos para entender la complejidad de tales sistemas y para ilustrar los distintos grados de control y relaciones presentes, ya sea desde la perspectiva de la familia extendida, la comunidad, o el estado.

Modelos de desarrollo y organización prehispánicos

¿Qué modelos “encajan” de manera más apropiada en los datos a la mano para determinar los orígenes y desarrollo del manejo del agua? El “modelo de riesgo” de Nichols (1987), el cual propone que la tecnología de manejo del agua fue desarrollada para aliviar el riesgo frecuente de fracaso en las cosechas debido a la incertidumbre en las condiciones altamente variables del régimen de lluvias, parece ser apropiado para el caso de los orígenes en México y, desde luego, parece aplicable para el Valle de Tehuacán. Existe evidencia etnográfica y arqueológica relacionada al manejo del agua para el extremo más bajo de la escala sociopolítica de toma de decisiones: la de las unidades domésticas y la aldea (Enge y Whiteford, 1989; Evans, 1990; Hunt, 1972; Hunt y Hunt, 1974; Pérez Rodríguez, 2006; Smith y Price, 1994). Este patrón de toma de decisiones al nivel de la unidad doméstica/aldea existe evidentemente desde el Formativo ¡hasta el periodo moderno! Los grupos más tardíos organizados por medio del parentesco desarrollaron formas jerárquicas más complejas, probablemente a través de una combinación de familias crecientemente poderosas/linajes/clanes, e incluso individuos dinámicos y emprendedores, tal vez con nexos religiosos. Estudios recientes (Carballal Staedtler y Flores Hernández, 2006; Nichols *et al.*, 2006) han observado que la religión y el ceremonialismo fueron un aspecto importante del desarrollo e intensificación en el manejo del agua en México, que hasta ahora ha recibido poca atención. Desafortunadamente, desconocemos cómo se logró y funcionó esta transición, e ignoramos mucho acerca del papel desempeñado por el Estado antiguo en la construcción y operación de los sistemas de administración de aguas.

Manejo prehispánico del agua y el Valle de Tehuacán hoy

Las dos contribuciones mayores que el estudio del manejo del agua en tiempos antiguos ha hecho a las poblaciones modernas del Valle de Tehuacán son: 1) un mejor y más profundo conocimiento de los antepasados de la población actual, y 2) una reintroducción de las técnicas de manejo del agua y cultivos prehispánicos en algunas partes del valle.

Algunos programas para beneficio de las poblaciones indígenas en las áreas más pobres y marginales de la región de Tehuacán han apoyado y fomentado proyectos de restauración de la cuenca hidrológica. Modelados a partir de los hallazgos arqueológicos, estos programas han reintroducido las propuestas prehispánicas de “baja tecnología” para el manejo del agua a los campesinos de la región, mismas que contribuyen a resolver los problemas de abastecimiento, distribución y conservación del agua. Estos programas, y la producción de amaranto como especie cultivada, han contribuido en gran medida a mejorar la productividad agrícola en las áreas marginales de pie de monte, así como a optimizar la situación económica de sus habitantes. Tales esfuerzos son extremadamente valiosos, si se considera el rápido crecimiento de población y la disminución del abasto de agua actual en el Valle de Tehuacán, y en muchas partes del mundo.

Reflexiones finales

El presente artículo se ha enfocado a la evidencia tangible de la tecnología antigua de manejo del agua. Sin embargo, es esencial hacer inferencias bien fundadas sobre la probable existencia de este conjunto de técnicas, basadas en la topografía, el patrón de asentamientos, los datos etnohistóricos y etnográficos, y otros recursos de investigación. Un buen ejemplo es la inferencia de Richard S. MacNeish (1964) al predecir, aún antes de contar con evidencia tangible, que la irrigación se practicó durante el periodo Formativo en el Valle de Tehuacán. Este artículo indica de manera amplia que esa inferencia era válida. Es a través de la

puesta en prueba de tales deducciones como se logran avances de investigación.

El conocimiento del control y manejo del agua es importante para comprender cómo es que las poblaciones antiguas en México conservaron y obtuvieron el vital líquido, el recurso natural más importante y escaso, con la finalidad de permitir la intensificación de la agricultura y un crecimiento sostenido de la población, así como para facilitar la trayectoria de los desarrollos culturales humanos. Aunque el número de estudios sobre manejo del agua en México se ha incrementado durante las últimas décadas, nuestro conocimiento resulta todavía inadecuado, particularmente en lo relativo a la correspondencia entre esta tecnología con los sistemas económicos, sociopolíticos y ceremoniales del México prehispánico.

Bibliografía

- Aiuvalasit, Michael J., James A. Neely, Carlos Rincón Mautner y Mark D. Bateman
2007. "The Purrón Dam Complex Revisited: Results of a Pilot Geoarchaeological Investigation at a Prehistoric Water Management System in the Tehuacán Valley of Southern México", ponencia presentada en el Encuentro Anual de la Geological Society of America, Denver, 31 de octubre.
- Byers, Douglas S. (ed.)
1967. *The Prehistory of the Tehuacán Valley, Vol. I. Environment and Subsistence*, Austin, Robert S. Peabody Foundation /University of Texas Press.
- Caran, S. Christopher y James A. Neely
2006. "Hydraulic Engineering in Prehistoric Mexico", *Scientific American*, vol. 295, núm. 4, pp. 78-85.
- Caran, S. Christopher, James A. Neely, Barbara M. Winsborough, Francisca Ramírez Sorensen y Salvatore Valastro Jr.
1996 "A late Paleo-Indian/Early Archaic Water Well in Mexico-Possible Oldest Water-management Feature in the New World", *Geoarchaeology*, vol. 11, núm. 1, pp. 1-35.
- Carballal Staedtler, Margarita y María Flores Hernández
2006. "Hydraulic Features of the Mexico-Tezcoco Lakes During the Postclassic Period", en L.J. Lucero y B.W. Fash (eds.), *Precolumbian Water Management: Ideology, Ritual, and Power*, Tucson, University of Arizona Press, pp. 155-170.
- Casas, Alejandro, Barbara Pickersgill, Javier Caballero y Alfonso Valiente-Banuet
1997. "Ethnobotany and Domestication in Xoconochtli, *Stenocereus Stellatus* (Cactaceae), in the Tehuacán Valley and La Mixteca Baja, México", *Economic Botany*, vol. 51, núm. 3, pp. 279-292.
- Castellón Huerta, Blas Román
2006. "El Formativo terminal en el Valle de Zapotitlán, Puebla: una evaluación regional", *Cuicuilco*, vol. 13, núm. 36, pp. 47-70.
- Damp, Jonathan E., Stephen A. Hall y Susan J. Smith
2002. "Early Irrigation on the Colorado Plateau near Zuni Pueblo, New Mexico", *American Antiquity*, vol. 67, núm. 4, pp. 665-676.
- Doolittle, William E.
2004. *Canales de riego en el México prehispánico: la secuencia del cambio tecnológico*, Chapingo, Museo Nacional de Agricultura-Universidad Autónoma Chapingo
- Doolittle, William E. y James A. Neely (eds.)
2004. *The Safford Valley Grids: Prehistoric Cultivation in the Southern Arizona Desert*, Tucson, University of Arizona Press (Anthropological Papers, 70).
- Enge, Kjell I., y Scott Whiteford
1989. *The Keepers of the Water and Earth: Mexican Rural Social Organization and Irrigation*, Austin, University of Texas Press.
- English, Paul W.
1966. *City and Village in Iran: Settlement and Economy in the Kirman Basin*, Madison, The University of Wisconsin Press.

- Evans, Susan T.
1990. "The Productivity of Maguey Terrace Agriculture in Central Mexico During the Aztec Period", *Latin American Antiquity*, vol. 1, núm. 2, pp. 117-132.
 - Feinman, Gary M., Linda M. Nicholas y Helen R. Haines
2007. "Classic Period Agricultural Intensification and Domestic Life at El Palmillo, Valley of Oaxaca, Mexico", en T.L. Thurston y C.T. Fisher (eds.), *Seeking a Richer Harvest: The Archaeology of Subsistence Intensification, Innovation, and Change*, Nueva York, Springer Science-Business Media, pp. 23-26.
 - Flannery, Kent V.
1983. "Precolumbian Farming in the Valleys of Oaxaca, Nochixtlan, Tehuacán, and Cuicatlan: A Comparative Study", en Kent V. Flannery y Joyce Marcus (eds.), *The Cloud People: Divergent Evolution of the Zapotec and Mixtec Civilizations*, Nueva York, Academic Press, pp. 323-339.
 - Flannery, Kent V., Anne V.T. Kirkby, Michael J. Kirkby y Aubrey W. Williams Jr.
1967. "Farming Systems and Political Growth in Ancient Oaxaca", *Science*, núm. 158, pp. 445-454.
 - Hunt, Eva
1972. "Irrigation and the Socio-Political Organization of Cuicatec Cacicazgos", en Richard S. MacNeish (ed.), *Chronology and Irrigation. The Prehistory of the Tehuacán Valley*, vol. 4, Austin, University of Texas Press, pp. 162-274.
 - Hunt, Eva y Robert C. Hunt
1974. "Irrigation, Conflict, and Politics: A Mexican Case", en Theodore E. Downing y Gibson McGuire (eds.), *Irrigation's Impact on Society*, Tucson, University of Arizona (Anthropological Papers, 25), pp. 21-42.
 - Kroeber, Alfred L.
1939. *Cultural and Natural Areas of Native North America*, Berkeley, University of California Press.
 - Mabry, Jonathan B. (ed.)
2008. *Las Capas: Early Irrigation and Sedentism in a Southwestern Floodplain*, Tucson, Center for Desert Archaeology (Anthropological Papers, 28).
 - MacNeish, Richard S.
1964. "The Origins of New World Civilization", *Scientific American*, núm. 211, pp. 3-11.
 - MacNeish, Richard S., Frederick A. Peterson y James A. Neely
1972. "The Archaeological Reconnaissance", en R. S. MacNeish (ed.), *Excavations and Reconnaissance. The Prehistory of the Tehuacán Valley*, vol. 5, Austin, The University of Texas Press/R. S. Peabody Foundation, pp. 341-495.
 - Manzanilla, Linda
1994. "Indicadores arqueológicos de obras hidráulicas: problemas de interpretación", en T. Rojas Rabiela (ed.), *Agricultura indígena: pasado y presente*, México, CIESAS (Ediciones de la Casa Chata), pp. 43-57.
 - Marcus, Joyce y Kent V. Flannery
1996. *Zapotec Civilization: How Urban Society Evolved in Mexico's Oaxaca Valley*, Nueva York, Thames and Hudson.
 - Neely, James A.
1995. "Paleoecología, desarrollo cultural y los usos de aguas en el Valle de Tehuacán, Puebla, México", Reporte, México, Consejo de Arqueología, INAH, mecanoscrito.
2001a. "A Contextual Study of the 'Fossilized' Prehispanic Canal Systems of the Tehuacán Valley, Puebla, México", *Antiquity*, núm. 75, pp. 505-506.
2001b. "The Prehispanic 'Fossilized' Canal Systems of the Tehuacán Valley, Puebla, Mexico: Their Distribution, Chronology, and Environmental Context", Washington, D.C., Reporte para la Nation Science Foundation en relación con la beca núm. 9986718.
2005. "Mesoamerican Formative Period Water Management Technology: An Overview with Insights on Development and Regional Interaction", en Terry G. Powis (ed.), *New Perspectives on Formative Mesoamerican Cultures*, Oxford, Archaeo Press/British Archaeological Reports (International Series, 1377), pp. 127-146.
- (En prensa). "Prehistoric Water Management in Highland Mesoamerica", en V.L. Scarborough (ed.),

Water and Humanity, The UNESCO History of Water and Civilization, vol. I, París, UNESCO.

(Aceptado para publicación). "Prehistoric Agricultural Strategies in the Safford Basin, Southeastern Arizona", en H.D. Wallace (ed.), *Between Mimbres and Hohokam: Exploring the Archaeology and History of Southeastern Arizona and Southwestern New Mexico*, Salt Lake City, University of Utah Press (The Amerind Foundation Archaeological Series, 12).

(En preparación). "The Prehistoric 'Fossilized' Canal Systems of the Tehuacan Valley, Puebla, Mexico" (para el *Journal of Field Archaeology*).

- Neely, James A. y Michael J. Aiuvalasit
(En preparación). "New Light on the Prehistoric Purrón Dam Complex, Tehuacán Valley, Puebla, Mexico" (para el *Journal of Field Archaeology*).
- Neely, James A. y S. Christopher Caran
2011. "Les anciens mexicains, experts en irrigation", *Dossier Pour la Science*, núm. 72, pp. 30-36.
- Neely, James A. y Blas Román Castellón Huerta
2003. "Avance del estudio contextual de los sistemas de canales 'fossilizados' del Valle de Tehuacán, Puebla", *Arqueología*, Segunda Época, núm. 29, pp. 157-160.
- Neely, James A., Samuel Christopher Caran y Frances Ramírez Sorensen
1997. "The Prehispanic and Colonial Saltworks of the Tehuacan Valley and Vicinity, Southern Puebla, Mexico", ponencia presentada en el 62 Encuentro Annual de la Society for American Archaeology, Nashville.
- Neely, James A., S. Christopher Caran y Barbara M. Winsborough
1990 "Irrigated Agriculture at Hierve el Agua, Oaxaca, Mexico", en Joyce Marcus (ed.), *Debating Oaxaca Archaeology*, Ann Arbor, University of Michigan/Museum of Anthropology (Anthropological Papers, 84), pp. 115-189.
- Neely, James A., Samuel Christopher Caran, Barbara M. Winsborough, Francisca Ramírez Sorensen y S. Valastro Jr.

1995. "An Early Holocene Hand-Dug Water Well in the Tehuacan Valley of Puebla, Mexico", *Current Research in the Pleistocene*, núm. 12, pp. 38-40.

- Neely, James A. y Everett J. Murphy
2008. "Prehistoric Gila River Canals of the Safford Basin, Southeastern Arizona: An Initial Consideration", en David E. Purcell (ed.), *Crossroads of the Southwest: Culture, Identity, and Migration in Arizona's Safford Basin*, Newcastle, Cambridge Scholars Publishing, pp. 61-101.
- Neely, James A. y Carlos A. Rincón Mautner
2004. "Los canales 'fossilizados' del Valle de Tehuacán: un proyecto arqueológico con levantamiento cartográfico y recolección multidisciplinaria de muestras", Informe final, México, Consejo de Arqueología, INAH, mecanoscrito.
- Neely, James A., Carlos A. Rincón Mautner y Raúl Hernández Garcíadiego
2005a. "The Purrón Dam Complex Revisited, Tehuacan Valley, Puebla, México", ponencia presentada en el 70th Annual Meeting of the Society for American Archaeology, Salt Lake City, 30 de marzo-3 de abril.
- Neely, James A., Carlos Rincón Mautner, Raúl Hernández Garcíadiego y Francisca Ramírez Sorensen
2005b. "Los sistemas prehistóricos y virreinales de manejo de aguas e irrigación en el valle de Tehuacán, Puebla México: una continuación del estudio", Informe de la temporada 2004, México, Consejo de Arqueología, INAH, mecanoscrito.
- Neely, James A., Carlos A. Rincón Mautner, Raúl Hernández Garcíadiego y Michael J. Aiuvalasit
2005c. "New Light on the Purrón Dam Complex: A Prehistoric Water Management System in the Tehuacan Valley of Southern México", ponencia presentada en el Cuarto Encuentro Anual de la International Water History Association (IWHA), París, 1-4 de diciembre.
- Nichols, Deborah L.
1987. "Prehispanic Irrigation at Teotihuacan, New Evidence: The Tlajinga Canals", en Emily McClung de Tapia y Evelyn Childs Rattray (eds.), *Teotihuacan: nuevos datos, nuevas síntesis, nuevos problemas*, México, UNAM, pp. 133-160.

- Nichols, Deborah L., Charles D. Frederick, Luis Morett Alatorre y Fernando Sánchez Martínez
2006. "Water Management and Political Economy in Formative Period Central Mexico", en L.J. Lucero y B.W. Fash (eds.), *Preolumbian Water Management: Ideology, Ritual, and Power*, Tucson, The University of Arizona Press, pp. 51-66.
- Pérez Rodríguez, Verónica
2006. "States and Households: The Social Organization of Terrace Agriculture in Postclassic Mixteca Alta, Oaxaca", Mexico, *Latin American Antiquity*, vol. 17, núm. 1, pp. 3-22.
- Ramírez Sorensen, Francisca
1996. "The Social, Political, and Economic Structure of Zapotitlan Salinas, Puebla, México During the Late Prehispanic and Early Colonial Periods", tesis de maestría, Austin, Department of Anthropology-University of Texas.

2008. "Reconstrucción Histórica basada en datos documentales, arqueológicos y etnográficos de los años 1400 a 1600", *Arqueología*, Segunda Época, núm. 38, pp. 180-191.
- Ramírez Sorensen, Francisca y James A. Neely
2002. "Archival Research in the Interpretation of Prehispanic Water Management Data from the Tehuacan Valley", ponencia presentada en 67 Encuentro Annual de la Society for American Archaeology, Denver.
- Rincón Mautner, Carlos, James A. Neely, Samuel Christopher Caran, Francisca Ramírez Sorensen y Michael J. Aiuvalasit
2002. "San Marcos Necoxtla: The Changing Fortunes of an Irrigation-Based Community in the Tehuacan Valley", ponencia presentada en el 67 Encuentro Annual de la Society for American Archaeology, Denver.
- Scarborough, Vernon L.
2002. Comentarios a la sesión: "The Prehispanic 'Fossilized' Canal Systems of the Tehuacan Valley: Their Distribution, Chronology, and Environmental Contexts", ponencia presentada en el 67 Encuentro Annual de la Society for American Archaeology, Denver.
- Schreiber, Katharina J. y Josué Lancho Rojas
1995. "The Puquios of Nasca", *Latin American Antiquity*, vol. 6, núm. 3, pp. 229-254.
- Smith, Michael E. y T. Jeffrey Price
1994. "Aztec Period Agricultural Terraces in Morelos, Mexico: Evidence for Household-level Agricultural Intensification", *Journal of Field Archaeology*, vol. 21, núm. 2, pp. 169-179.
- Spinden, Herbert J.
1928. *Ancient Civilizations of Mexico and Central America*, Nueva York, American Museum of Natural History.
- Winsborough, Barbara M., S. Christopher Caran, James A. Neely y S. Valastro Jr.
1996. "Calcified Microbial Mats Date Prehistoric Canals: Radiocarbon Assay of Organic Extracts from Travertine", *Geoarchaeology*, vol. 11, núm. 1, pp. 37-50.
- Woodbury, Richard B. y James A. Neely
1972. "Water Control Systems of the Tehuacan Valley", en Richard S. MacNeish (ed.), *Chronology and Irrigation: The Prehistory of the Tehuacan Valley*, Austin, University of Texas Press, vol. 4, pp. 81-153.



La fortaleza popoloca de Tepexi el Viejo, al sur del estado de Puebla

La existencia de sitios fortificados en el México prehispánico es común en ciertas áreas durante el Posclásico, sin embargo, no todos los llamados fortaleza lo son, hay que distinguir entre aquellas que se desplantan en lugares estratégicos a los verdaderos sitios fortificados, éste es el caso del sitio arqueológico de Tepexi el Viejo, en el estado de Puebla, que fue la cabecera de una de las cuatro provincias popolocas del Posclásico. Como se podrá apreciar, el área donde se desplanta fue estratégicamente escogida. Es una planicie rodeada de barrancas cuyo acceso es por el sur. Las laderas del cerro fueron recubiertas con lajas de piedra. Este sitio nunca fue destruido en épocas prehispánicas, lo que vemos son sólo los estragos del tiempo. Después de la conquista española, por orden Real de Felipe II, todos los asentamientos prehispánicos debían refundarse en lugares más bajos y accesibles. Éste fue el caso del actual Tepexi de Rodríguez

The existence of fortified sites in pre-Hispanic times is common in certain areas of southern Mexico during the Postclassic period, however, not all fortresses are fortified sites, and we must distinguish between those that are located in strategic zones from those that are true fortified sites. This is the case of Tepexi El Viejo in the state of Puebla, which was the head of one of the four Postclassic Popoloca provinces. As can be seen, the area where Tepexi El Viejo was built is a strategically selected plateau, surrounded by slopes where access is on the south side. The hillsides of the mountain were covered with cut stone. During pre-Hispanic times this site was never destroyed by its enemies; what we see is only the result of the ravages of time. After the Spanish conquest, this site was abandoned by Royal Cédula issued by the king of Spain, Felipe II, commanding that all pre-Hispanic settlements be rebuilt in lower and more accessible areas. This is the case of Tepexi de Rodríguez.

Los grupos popolocas habitaron durante la época prehispánica al sur del actual estado de Puebla y el norte de Oaxaca, estando presentes en la región desde el periodo Clásico, aunque su apogeo es durante el Posclásico, principalmente a la caída de Tula.

Según Jiménez Moreno (1976: 122-123), el origen de estos grupos popolocas hay que buscarlo en los olmecas o nonoalcas, vocablo que sirvió para designar a la antigua población de la costa Atlántica, huastecos, totonacos, nahuas antiguos, nonoalcas de Zongolica, mixtecos-popolocas, mixtecos de la Mixtequilla, Cozumaloapan y Mixtlán, mijes, popolocas, chinantecos y zapotecos.

Para Jiménez Moreno (1942: 137) los últimos nonoalcas pueden identificarse con los mazatecos popolocas más o menos nahuatlizados que habitaron el sur de Puebla desde finales del periodo Clásico; a estos popolocas se les ha atribuido la fabricación de la cerámica Anaranjado delgado característica del periodo Clásico, cerámica comercializada por la gran urbe teotihuacana, cuyo lugar de origen

* Dirección de Estudios Arqueológico, INAH.

era el área popoloca, cerca de la actual población de San Juan Ixcaquixtla (Cook de Leonard, 1954: 443; Paddock, 1966: 20).

Cerca de San Juan, dentro del mismo valle de Ixcaquixtla, se localiza el poblado de Huejonapan, el que actualmente corresponde al municipio de Tepexi de Rodríguez; hasta la década de 1980 en esta población existía al menos una pirámide con talud tablero estilo teotihuacano, con abundante presencia de cerámica Anaranjado delgado, lo cual fue reportado en su momento al Consejo de Arqueología del INAH (Castillo, 1990). Con tristeza regresamos a Huejonapan en el año 2003 y nos percatamos de que el sitio ya había sido arrasado, incluyendo la pirámide teotihuacana.

Durante nuestros trabajos de prospección del proyecto Sur del Estado de Puebla Área Central Popoloca (Castillo, 2004) reportamos la presencia de otros sitios teotihuacanos en el área popoloca del valle de San Juan Ixcaquixtla, y en el mismo poblado aún existe un pirámide en la calle 3 de Mayo.

Tanto las fuentes históricas como los datos arqueológicos nos permiten decir que los popolocas están presentes en el sur del actual estado de Puebla desde el periodo Clásico; sin embargo, su apogeo y expansión ocurren durante el Postclásico, desde la caída de Tula hasta la conquista mexicana en el siglo XV.

Para Jiménez Moreno, de acuerdo con Kirchhoff, los nonoalcas son citados por Chimalpain como moradores de Tula hasta tiempos de Huemac, para después migrar a los valles de México, Morelos y Puebla; en este último lugar llegan a Tehuacán, Acatlán y Teotitlán, sitios que sabemos fueron popolocas (Jiménez Moreno, 1942: 37); tal hecho también es citado en la *Historia tolteca chichimeca* (Kirchhoff *et al.*, 1976; Cravioto, 2002: 81; 2009: 9).

A partir de su época de apogeo durante el Posclásico, sabemos que estos popolocas ocupaban, por el norte, territorios en la actual población de Tepeaca, y por el sur se extendían hasta Acatlán, Tzilacoayapan, Piaxtla, Chila de la Sal, Teccistepec y Coixtlahuaca, teniendo como vecinos pueblos de habla náhuatl, mixteco y mazateco (fig. 1).

En cuanto a la clasificación de la lengua popoloca existen algunas discrepancias entre los investigadores; uno de los últimos trabajos lingüísticos sobre el chocho-popoloca es el de Escalante (1996:

191-192), quien confirmaba lo ya mencionado por Manrique, en el sentido de que esta lengua correspondía a la familia popoloca, y consideran al chocho y al popoloca dialectos de una misma lengua (*ibidem*: 200), existiendo entre ambos una cercanía notable.

Ahora bien, sabemos que durante la época de apogeo estos popolocas estaban organizados en provincias con un señorío mayor, del cual dependían otros señoríos importantes y, a la vez, a cada uno de ellos podía estar asociado a señoríos menores, es decir tenían una organización piramidal.

Según las fuentes históricas (Jäcklein 1978), estas cabeceras de provincias popolocas fueron Tecamachalco, Tehuacán y Tepexi, en territorio sur del actual estado de Puebla, y Coixtlahuaca en Oaxaca, existiendo alianzas y rivalidades entre los diferentes señoríos (fig. 2).

Desde el punto de vista etnohistórico existen algunas investigaciones sobre señoríos popolocas, como es el caso de Olivera (1978) sobre Tecali y el de Jäcklein (1978) sobre los popolocas de Tepexi el Viejo. De Tecali no existen trabajos arqueológicos; de Tepexi existen varios: Gorenstein estuvo en el sitio durante dos veranos: en 1965 y 1966, cuyo trabajo se publicó en 1973; Merlo, por parte del INAH Puebla, intervino el sitio durante las temporadas 1975, 1976 y 1978; finalmente, y por parte de la DEA-INAH, Castillo trabajó las temporadas 1981, 1988, 1989, 1990, 1991, hasta que el equipo de investigación fue asaltado en 1992.

Los trabajos de campo en Tepexi se suspendieron, pero se continúa en el área popoloca hasta la fecha con el Proyecto Sur del Estado de Puebla, Área Central Popoloca, en Tehuacán.

Los datos históricos sobre Tepexi son más escasos que los de otros señoríos popolocas; sin embargo, sabemos que durante el reinado de Moctezuma II (1505-1520) había una alianza con los mexicas (Jäcklein, 1978: 12); otros datos sobre Tepexi y los mexicas aparecen en la *Crónica Mexicayotl* (Alvarado Tezozómoc, 1949: 112), donde se interpreta que Moctezuma I (1440-1469) casó a sus hija Tozoncostli con el señor de Tepexi, refiriéndose al sitio con el nombre de Tepexicmitlan. Este dato lo da Jäcklein y habla de una nueva dinastía relacionada con Moctezuma, que debió coincidir cuando Tepeaca ya estaba constituida como

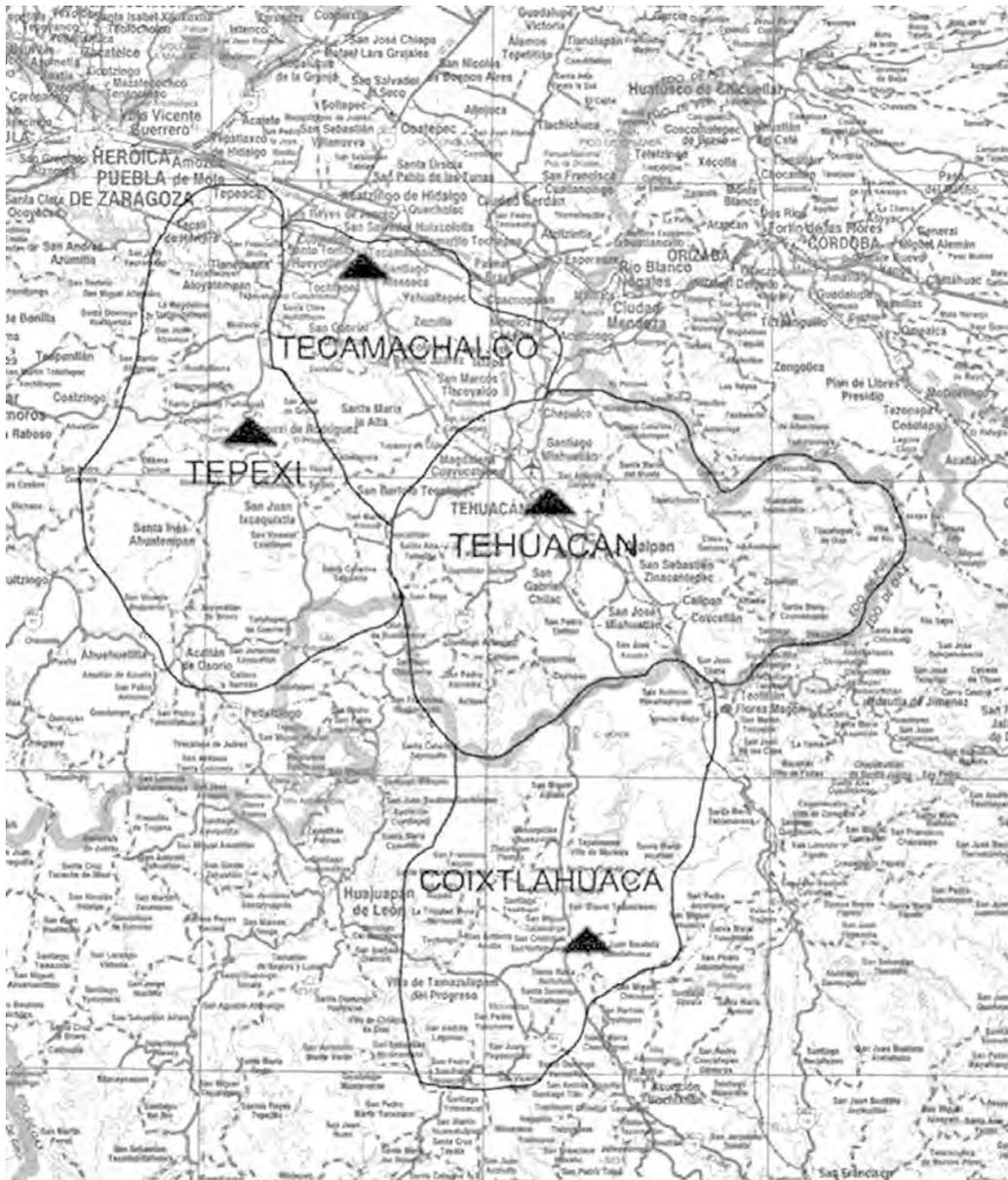


Fig. 2 Cabeceras Popolocas; al sur de Puebla están Tecamachalco, Tehuacán y Tepexi; en Oaxaca, Coixtlahuaca.

para amedrentar a los indígenas como estrategia militar. Una vez conquistada Tepeaca en 1520, Cortés funda sobre ella la población de Segura de la Frontera, punto de partida para la conquista española del sur de Puebla.

Respecto a la conquista de Tepexi por los españoles, Gibson (1952: 23) menciona las guerras y conquista de ese señorío y se refiere a Acxotécatl, Cocomitzi y su yerno Maxixcatzin como

caudillos que luchan contra los de Tepexi, pero ningún otro cronista menciona algún hecho al respecto. Cervantes de Salazar (1914: 27) y Chavero (1964: 163) hacen referencia a este señorío refiriéndose a la pintura 32 del Lienzo de Tlaxcala.

La historia narra que mientras Cortés está en Izúcar, llegan embajadas de Coixtlahuaca y Tamazulapa para someterse pacíficamente a la corona española, algo semejante hace el señor de

Tepexi, pero los tlaxcaltecas, aliados indígenas de Cortés, le impiden verlo, no pudiendo reunirse con el conquistador hasta que Cortés llegó a Molcaxac. Esta reunión del señor de Tepexi con Cortés evitó que su poblado fuera destruido, pero a la vez le comprometió a conquistar otros poblados para el capitán español.

Son varias las poblaciones que se sometieron a Cortés pacíficamente y le piden su intervención para derrotar a la guarnición mexicana; es el caso de Huaquechula, donde se hizo lo mismo que en Tepexi (Jäcklein, 1978: 32), y tal vez la pintura 32 del Lienzo de Tlaxcala se refiere a la conquista de la guarnición mexicana de Tepexi (fig. 3).

Ahora bien, el sitio arqueológico de Tepexi, cabecera de la provincia popoloca del mismo nombre, corresponde a un asentamiento hoy conocido como Tepexi el Viejo, localizado en las coordenadas geográficas 18° 35' 14" longitud oeste y 97° 59' 46" latitud norte. El Tepexi arqueológico

se abandonó en época colonial y en su lugar se fundó la población actual de Tepexi de Rodríguez, la que originalmente se llamó Tepexi de la Seda, existiendo una distancia de 6 km entre los dos asentamientos (figs. 4 y 5).

Durante su época de apogeo, estos popolocas ocuparon una extensa área del sur del estado de Puebla: desde la actual población de Tepeaca hasta la región geográfica conocida como Mixteca Baja, y en el actual estado de Oaxaca sus asentamientos se extendieron hasta la actual población de Coixtlahuaca.

Estamos convencidos de que todas las urbes prehispánicas partieron para su edificación de un plan de desarrollo, para lo cual debió existir un urbanismo empírico, como fue el caso de Tepexi; además, basándonos en García Ramos (1983: 49) quien plantea que las urbes mesoamericanas crecen en armonía con base en el área donde se van a edificar, sabemos que algunas de estas urbes

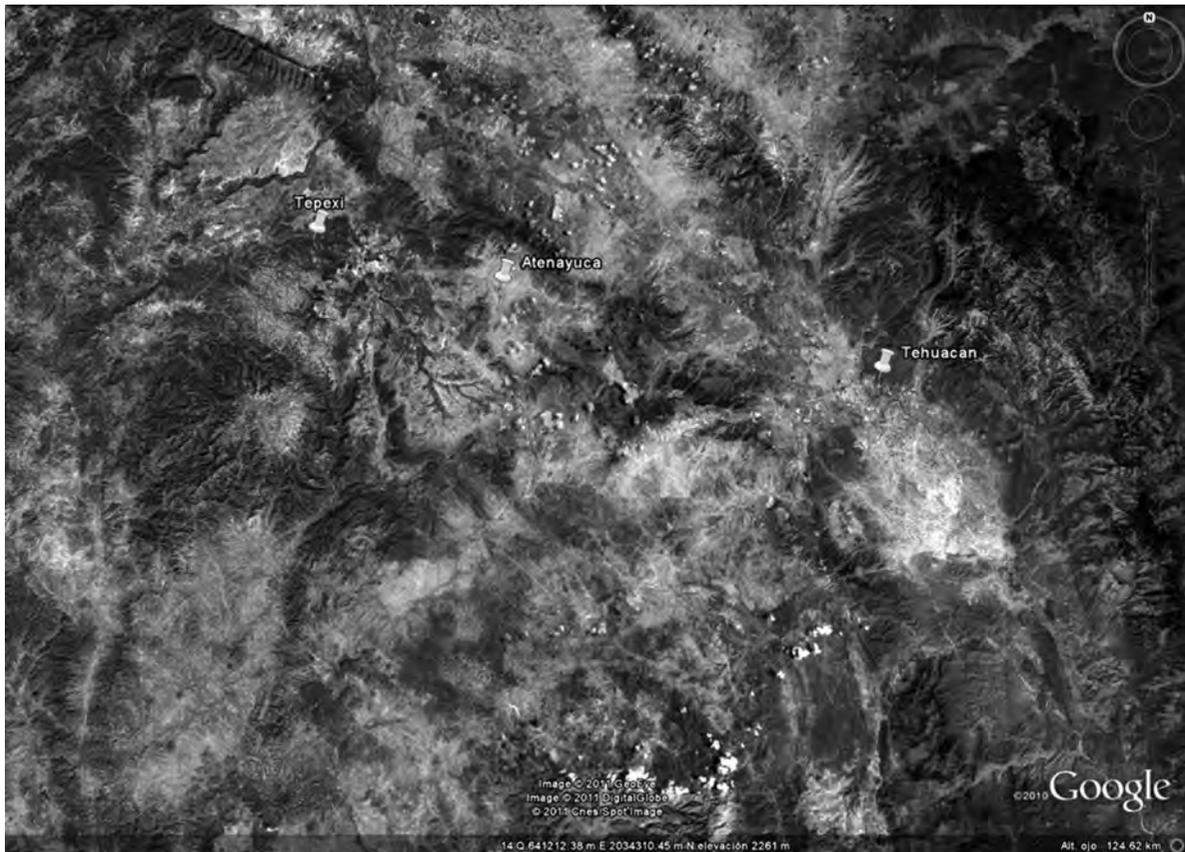


Fig. 3 Ubicación geográfica (satelital) de Tepexi, Atenayuca y Tehuacán.

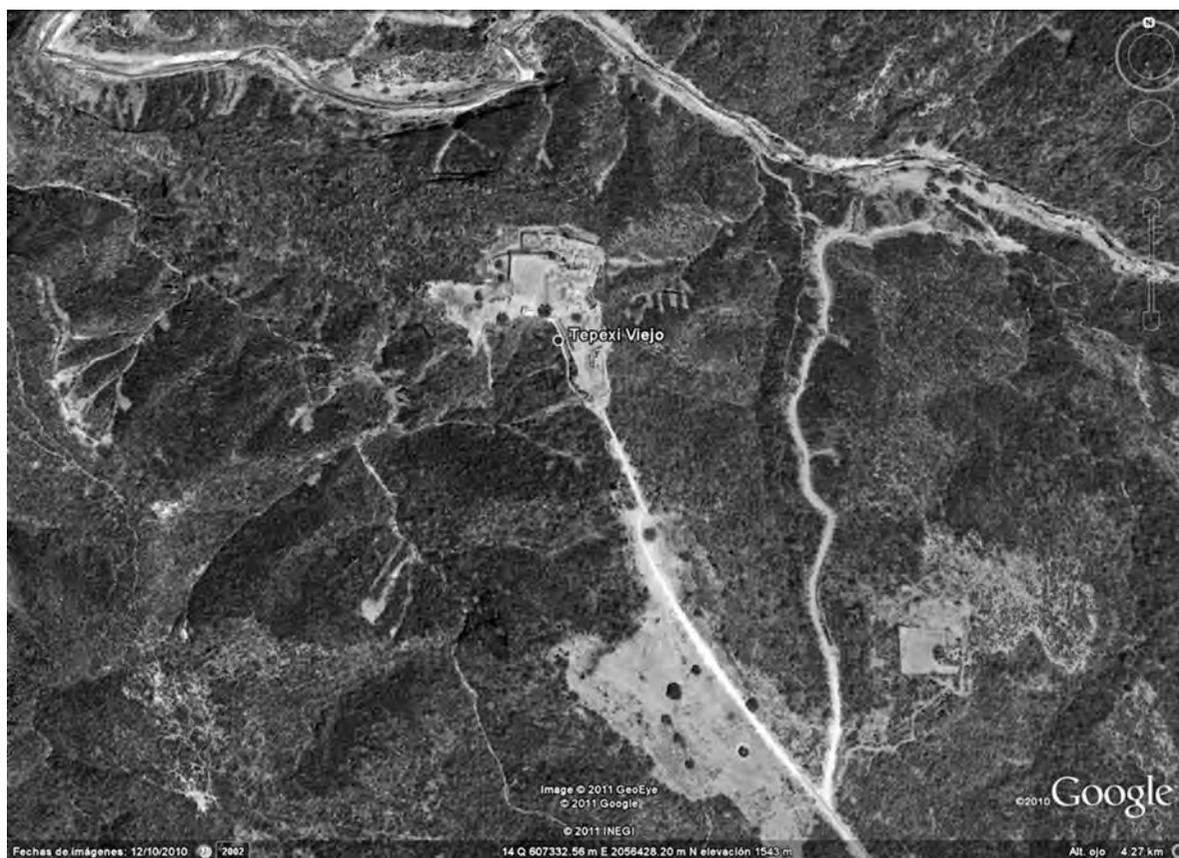


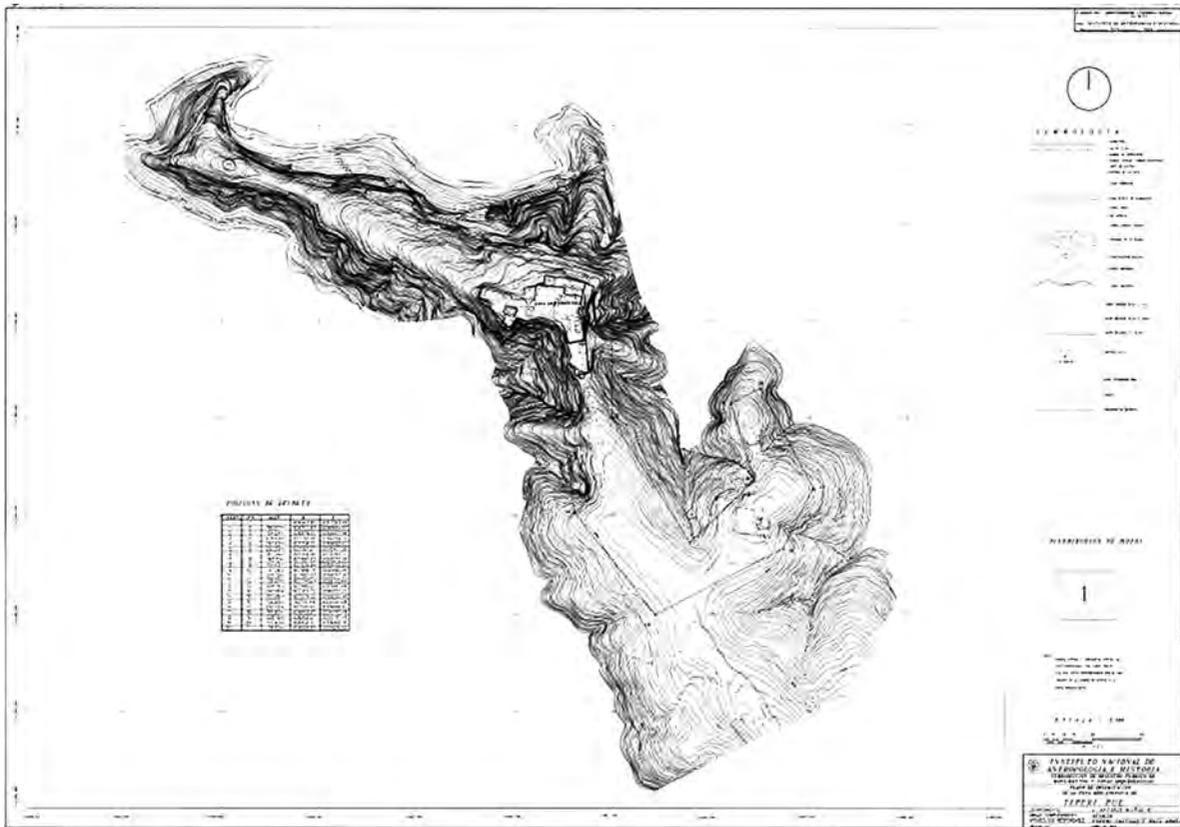
Fig. 4 El sitio arqueológico Tepexi fue cabecera de la provincia popoloca. Actualmente corresponde a un asentamiento conocido como Tepexi el Viejo.

prehispánicas tuvieron una orientación astronómica. Su desarrollo parte de un plano de figuras regulares que solamente pueden ser el triángulo equilátero, que da origen al hexágono regular, al rombo, al rectángulo y en su caso especial al cuadrado (García Ramos, 1983). En el caso de Tepexi estas formas corresponden a los desniveles del terreno: áreas donde se construyeron zonas residenciales, concadenándose los espacios libres en plazas frente al único basamento piramidal encontrado en el sitio; es decir, corresponderían a lo que ahora hemos denominados sectores A, B, C, D y E.

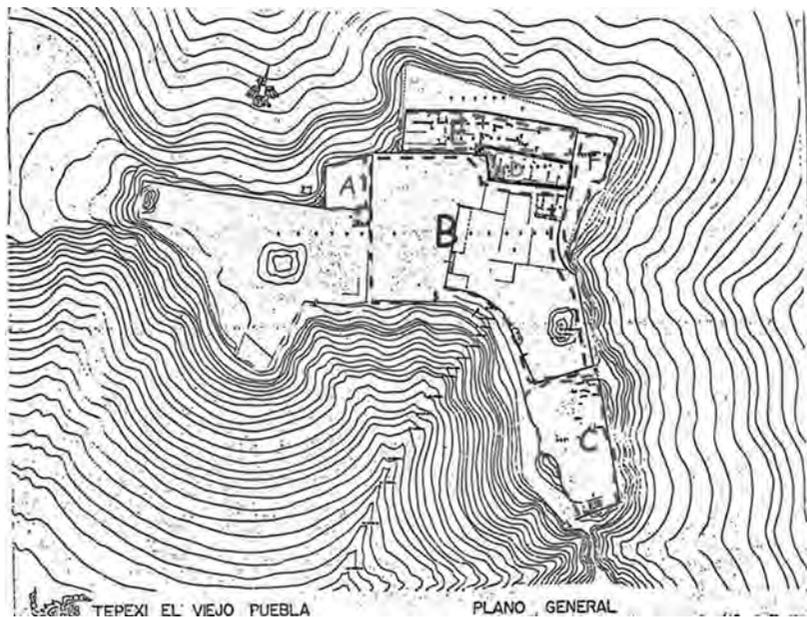
El asentamiento principal corresponde a un recinto amurallado, localizado en la cima de una eminencia natural rodeada en tres de sus lados por profundas barrancas que lo hacen inaccesible. Por la barranca del norte corre el río Ajamilpa, afluente del río Atoyac.

El acceso al sitio es por el sur, el terreno en el extremo este tiende a bajar paulatinamente y se prolonga en una pendiente de aproximadamente 800 m de largo; fuera del área fortificada, la pendiente fue terraceda de manera artificial y corresponde a la zona habitacional, área conocida por los lugareños como “La Península”, lo cual puede apreciarse en el plano realizado mediante fotografías aéreas específicas, logrando una restitución fotogramétrica con curvas de nivel a 1 m (fig. 6).

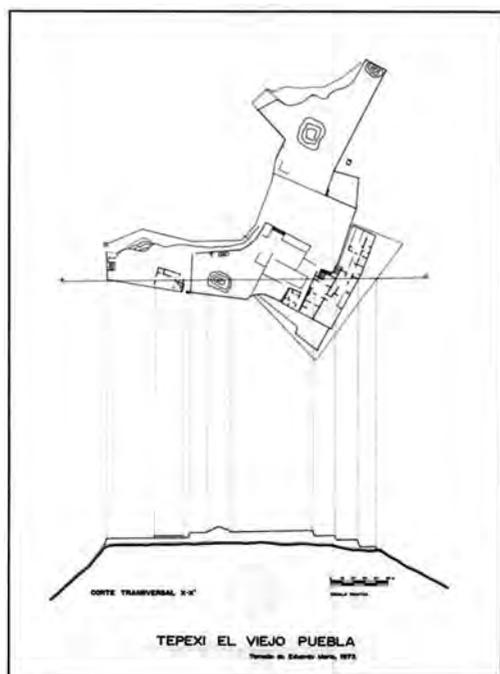
En términos generales la parte superior de la fortaleza tiene cinco desniveles básicos, para su identificación se les asignaron letras A, B, C, D y E, los cuales se denominaron “sectores” (fig. 7). Estas áreas o sectores, por necesidades constructivas sufrieron modificaciones a través del tiempo: así, para etapas finales se nivelaron áreas fuera de la muralla por el lado noroeste y noreste, que co-



● Fig. 5 El Tepexi arqueológico se abandonó en la época colonial y en su lugar se fundó la población actual llamada Tepexi de Rodríguez.



● Fig. 6 Fortaleza Popoloca. Plano realizado mediante fotografías aéreas específicas.

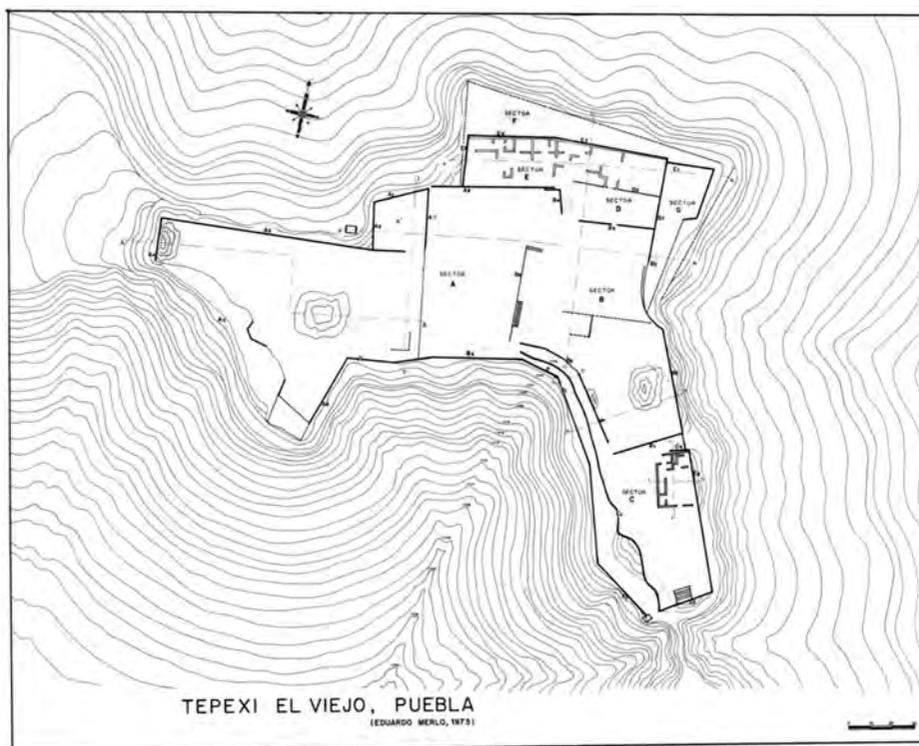


● Fig. 7 Mapa de los sectores, o desniveles, de la fortaleza.

rresponden a las zonas denominadas sector A, y sectores F y G, respectivamente.

Este asentamiento fortificado presenta una planta irregular que sigue la forma y topografía del terreno, y cuyo crecimiento fue de oeste a este. Los muros que delimitan este recinto amurallado son realmente recubrimientos del propio cerro; sin embargo, para evitar el deslave de las paredes se les dio una inclinación de 80° , y para mayor seguridad se hicieron entrecalles a estos muros exteriores de escasos 25 cm, dando la apariencia de cuerpos escalonados y que en muchos casos llegaron a tener hasta ocho, como se puede apreciar en la esquina suroeste del recinto (figs. 8 y 9).

El emplazamiento de Tepexi se construyó en diferentes etapas, nivelando el terreno según las necesidades constructivas, a veces haciendo adosamientos en las esquinas para aumentar la superficie de las plazas o evitar desgajamientos del cerro por razones naturales. Ejemplo de ello fue la esquina suroeste, la ya mencionada de ocho cuerpos y 20 m de altura, modificada para aumen-



● Fig. 8 Cuerpos escalonados en la esquina suroeste del recinto.



● Fig. 9 Los muros que delimitan la fortaleza popoloca son recubrimientos del propio cerro.



● Fig. 11 Modificación para evitar el desgajamiento del cerro por fenómenos naturales.



● Fig. 10 Modificación: aumento superficie del terreno.

tar la superficie del terreno. Durante el proyecto se hizo un estudio de fuerzas constructivas para tratar de entender como debió hacerse dicha modificación (figs. 10-12).

Debemos mencionar que la fortaleza está conformada por dos grandes núcleos independientes: uno es el sector C, ubicado frente al área de acceso a la fortaleza por el sur; el otro, más grande, donde se desplantan el mayor número de estructuras, está formado por los sectores A, B, D y E.

El acceso a la fortaleza es por el sur y consiste en un angosto pasillo de escasos 2 m de ancho, el cual inicia en el torreón de vigía, flanqueado por el muro del núcleo C y la barranca; al terminar el núcleo del sector C da vuelta a la derecha en otro pasillo angosto que, a manera de rampa, permite el acceso a la parte superior de este sector C; por tanto, el sector C colinda con el sector B.

(figs. 13-15) El pasillo de acceso continúa pegado al muro hasta llegar a una escalera de acceso al sector B.

Fuera del área amurallada existen pequeños vestigios de ocupación: en el trabajo realizado por Gorenstein (1973) hay referencia a ellos como sub-sitios y menciona cinco; sin embargo, trabajos posteriores aclararon a qué corresponden estos restos arqueológicos relacionados con la muralla.

Gorenstein ubica el subsitio muy cerca de la entrada principal al recinto amurallado, y corresponde a una parte plana del terreno donde no aparecen restos de construcciones, pero abunda material cerámico a los lados del camino de acceso. Hacia el sur del camino se localizaron restos arquitectónicos de lo que aparentan ser tres cuartos, corresponden a una pequeña habitación de control. Éste es el subsitio II de Gorenstein, un área de vigilancia que impediría en algún momento el acceso al camino que lleva al recinto amurallado; para nosotros, el subsitio I es parte del subsitio II de Gorenstein.

El subsitio III de Gorenstein corresponde a la zona que baja al oeste del recinto amurallado y los lugareños le llaman “La Península”; este sitio en realidad corresponde a la zona habitacional del sitio arqueológico y es un área protegida por la misma fortaleza, ya que, además de estar rodeada de barrancas, sólo se puede acceder a ella a través del área fortificada. Tiene una longitud de 800 m y su ancho varía paulatinamente de 100 a 40 m, no se ha explorado, y a pesar de estar cubierta de maleza se puede apreciar que abundan los restos

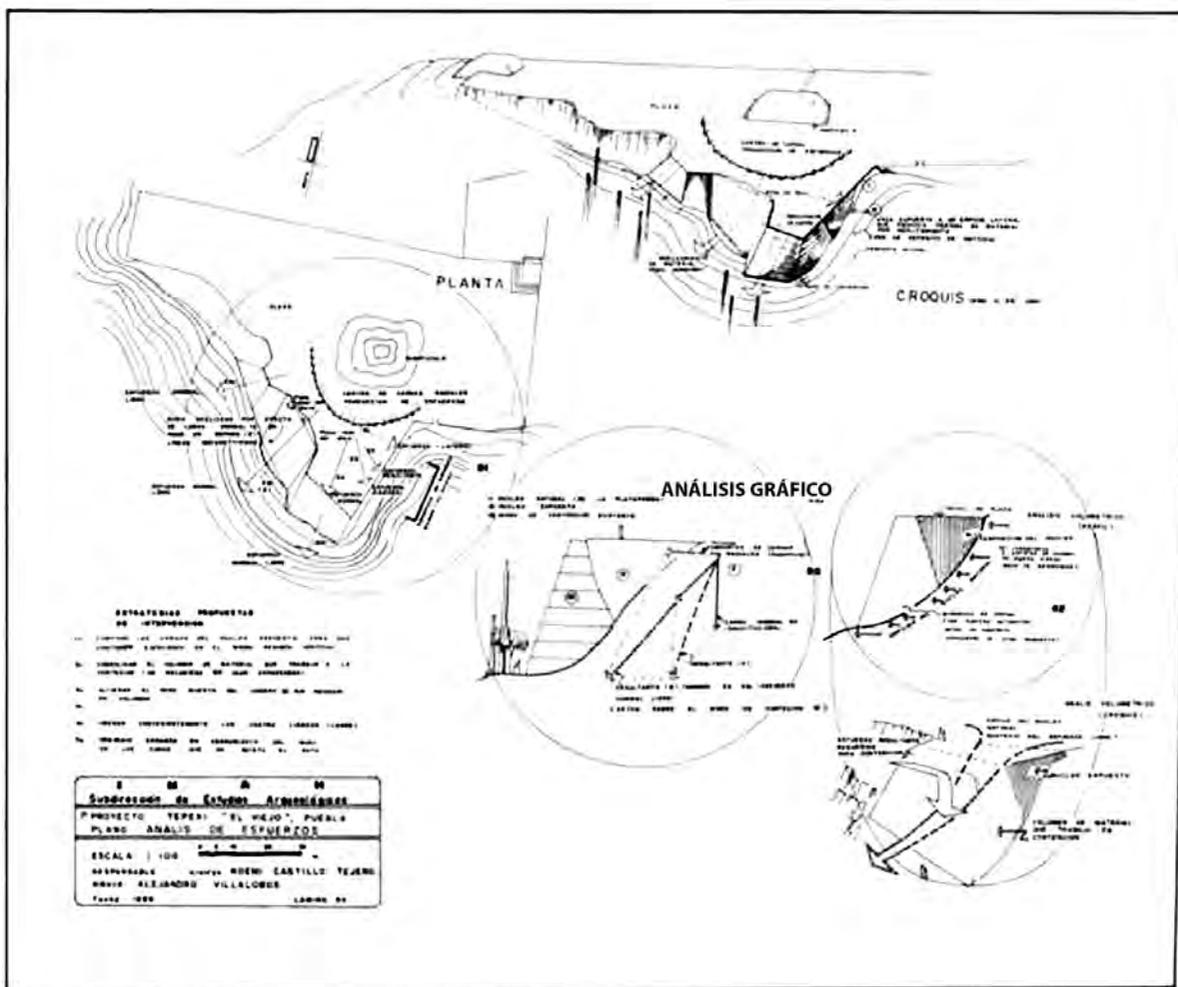


Fig. 12 Estudio de las formas constructivas de la fortaleza.



Fig. 13 El acceso a la fortaleza es por el lado sur.



Fig. 14 Panorámica del camino a la fortaleza.



● Fig. 15 El pasillo de acceso de escasos 2 m de ancho está pegado al muro.



● Fig. 16 Material de construcción: piedras careadas de muy buena calidad.

de estructuras, así como la presencia de tumbas, muchas de las cuales habían sido saqueadas ya desde la década de 1970. Merlo (1975: 79) menciona que el material de construcción de estos sitios es semejante al empleado en el área fortificada.

Los subsitios IV y V corresponden a pequeños muros de contención a los lados sureste y suroeste de la fortaleza; están hechos de piedras irregulares, a diferencia de las empleadas en otras construcciones del sitio.

Tepexi se caracteriza por el hecho de que en los muros de las habitaciones y del basamento piramidal, así como en la plataforma de vigía y todo el recubrimiento del cerro que constituye la fortaleza, se emplearon piedras careadas de muy buena calidad, usando cal, tierra y arena de hormiga como cementante; además existen restos del recubrimiento de cal, empleada para cubrir tanto muros exteriores de la fortaleza como en el interior y exterior de las habitaciones. Todos los pisos de las habitaciones y las plazas fueron aplanados con cal y son de increíble calidad, pues tienen más de 5 cm de espesor y los aplanados de cal de los muros, además de estar muy bien enlucidos, también se pintaron (figs. 16-18).

Es necesario enfatizar que en Tepexi sólo existe un basamento piramidal que se desplanta en la parte central del sector A; se encuentra muy deteriorado, principalmente en el recubrimiento, porque las piedras careadas que lo cubrían fueron usadas para hacer la casa del custodio a finales de



● Fig. 17 Material de construcción: restos del recubrimiento de cal empleada para cubrir muros interiores y exteriores.



● Fig. 18 Material de construcción: piedras careadas de muy buena calidad, cal, tierra y arena de hormigón como cementante para pisos, plazas y habitaciones.



● Fig. 19 Basamento piramidal deplantado en la parte central del sector A. En este sector ni en ningún otro se encontraron alfardas.



● Fig. 20 Escalinata no remetida que comunica al sector A con el exterior fuera de la muralla.

los años sesenta. Se localizaron restos de una escalinata, la que estuvo en el lado este, no hubo huellas de alfardas; trabajos posteriores nos permiten afirmar que, en la mayoría de los casos, las escaleras que existen en el sitio para unir los desniveles del terreno, en lo que ahora llámanos sectores tampoco se usaron alfardas (fig. 19).

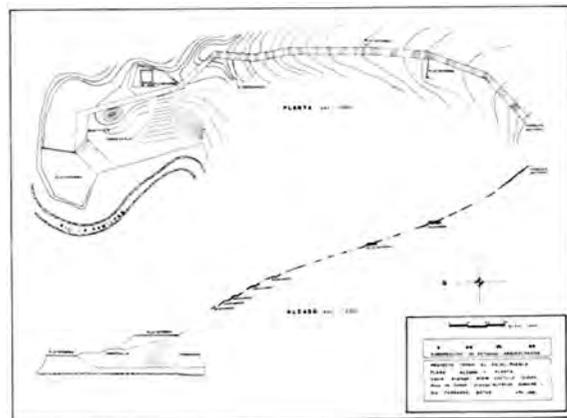
Las escalinatas, que sirven para librar los desniveles del terreno y la comunicación entre plaza y plaza, generalmente están remetidas, a excepción de la escalinata que comunica el sector A con el exterior fuera de la muralla, en el noroeste de la fortaleza, en el área donde se encuentra el aljibe que sobresale al muro perimetral (figs. 20 y 21). En época de apogeo existió una escalinata que iba de la fortaleza por el norte hasta el río; no era muy ancha, según los vestigios contaba con áreas de descanso, y se utilizaba acarrear agua en época de sequía (figs. 22 y 23).



● Fig. 21 Escalinata no remetida en la fortaleza popoloca.



● Fig. 22 Vestigios de la escalinata que iba de la fortaleza por el norte hasta el río.



● Fig. 23 De acuerdo a la observación, la escalinata que se dirigía al río contaba con descansos, pues se utilizaba para acarrear agua.

La entrada a la muralla por el norte, la que comunicaba a esta escalera, desapareció probablemente en la época en que las huestes revolucionarias ocuparon el sitio y modificaron la muralla misma.

Los muros de las habitaciones son muy gruesos y alcanzan más de 2 m de alto, los techos fueron planos, debieron ser de bajareque aplanados con inclinación suficiente para dejar correr el agua de



Fig. 24 Los muros de las habitaciones fueron muy gruesos y alcanzaban más de 2 m de alto.

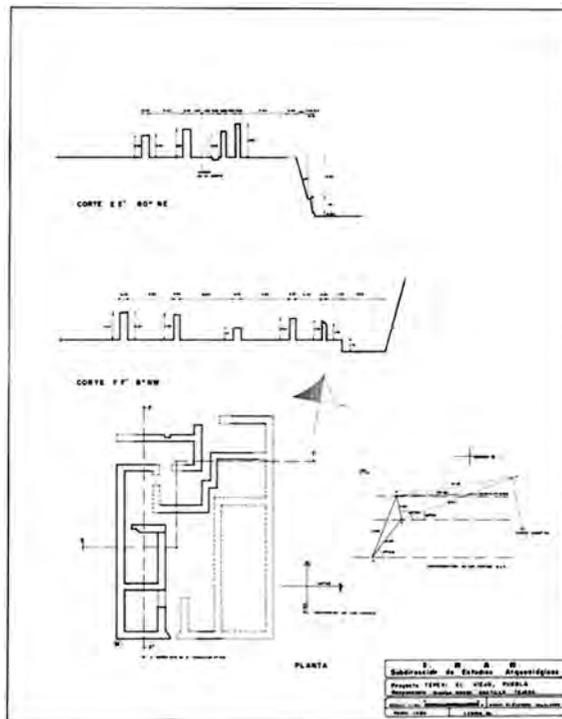


Fig. 25 Recreación arquitectónica de las habitaciones de Tepexi, de sus muros y techos.

lluvia; existían restos de los drenajes o bajadas de agua de los techos, eran medias canaletas de estuco como una continuidad del recubrimiento de los muros exteriores, ahora perdidas (figs. 24-25).

La zona habitacional de la fortaleza de Tepexi era para una elite guerrera (figs. 26 y 27) como grupo dominante, lo cual se deja ver en la distribución de su habitaciones: existen patios internos

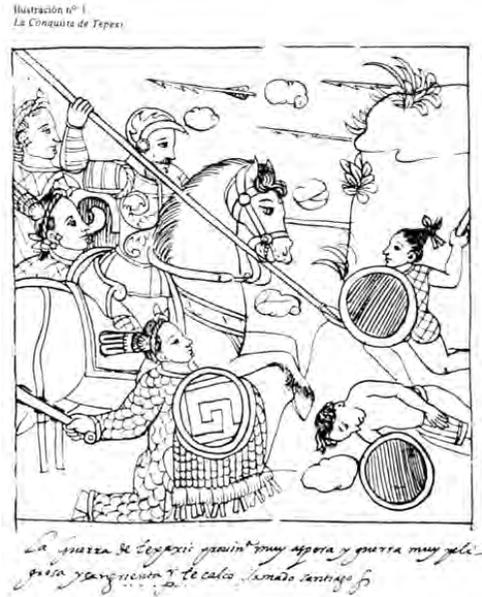


Fig. 26 Elite guerrera de la fortaleza de Tepexi. (Fuente: Manuscrito Hunter, núm. 242 [Relación de Tlaxcala]).

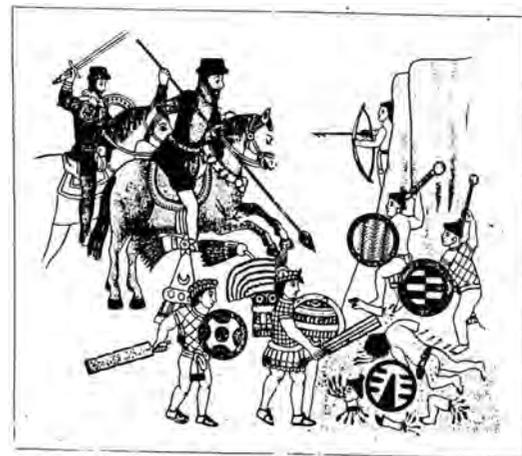
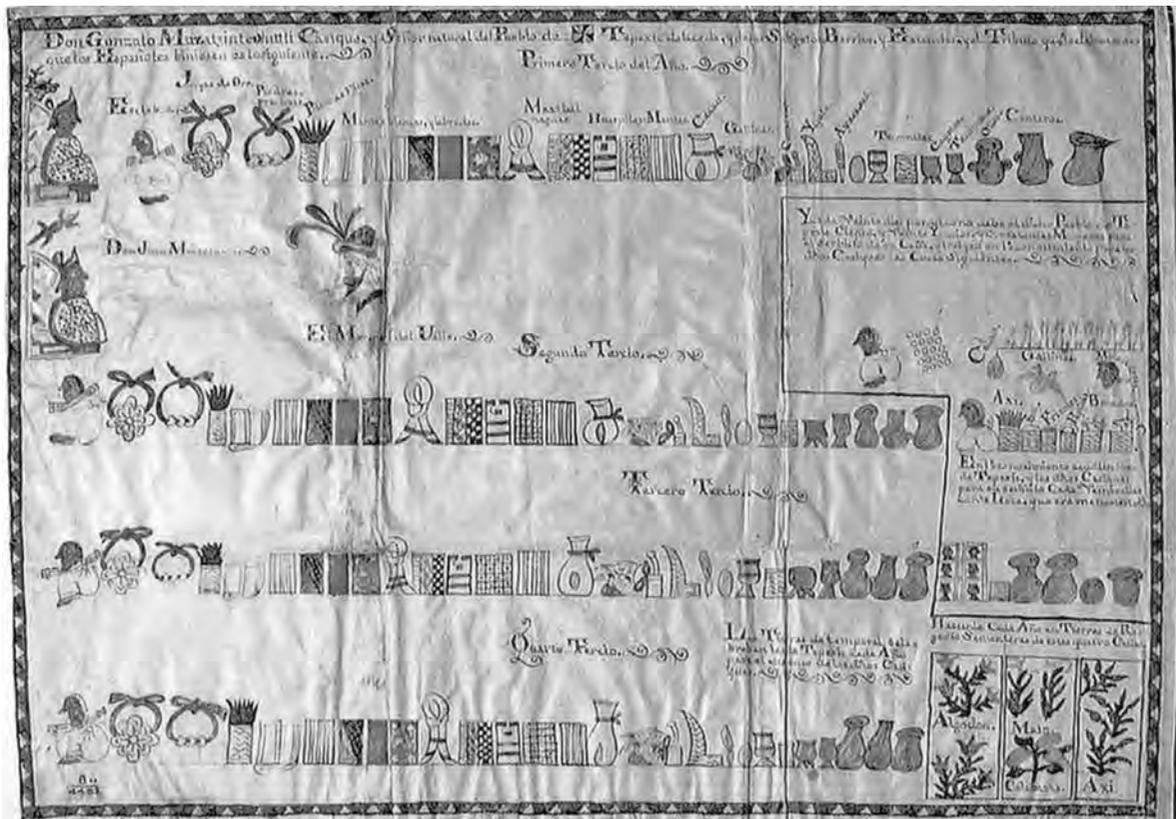


Fig. 27 Guerreros de Tepexi (Conquista de Tepexi según el Lienzo de Tlaxcala [Lám. 32, ed. Cahuantzin, 1939]).



● Fig. 28 Pictografía conocida como “Lista de Tributos de Tepexi de la Seda”. Localizada en el Museo del Indio Americano de la Fundación Haye en Nueva York.

en cada conjunto, pero en ciertas áreas el acceso a las habitaciones es a través de pasillos angostos en forma de L, que dan mayor protección y hacen más difícil el acceso al recinto.

Bajando el sector A hacia el exterior de la fortaleza, en su parte noreste se encuentra una gran cisterna o aljibe para recolectar el agua pluvial proveniente de los drenajes de las plazas, principalmente del sector A. Esta cisterna parece haber sido reutilizada durante la Revolución de 1910, pues existen huellas de la presencia de esas huestes armadas: es el caso de la construcción de aspilleras en la muralla por el lado norte, además de la presencia de casquillos de rifles 30.30 usados en ese conflicto (fig. 29).

Desde el punto de vista arqueológico Tepexi no presenta huella de destrucción por guerra o conquista, ni en épocas prehispánicas ni coloniales; hasta mediados del siglo XVI, cuando por orden Real se reubicaron las poblaciones indígenas a

lugares más bajos y accesibles, es cuando se funda la actual población de Tepexi de Rodríguez, cuyo nombre original fue Tepexi de la Seda (fig. 28).

Sus grandes muros y construcciones, tanto la fortaleza como las edificaciones dentro de ella, se



● Fig. 29 Aljibe o cisterna que sirvió para recolectar agua pluvial en la fortaleza de Tepexi.

han ido deteriorando por los estragos de tiempo y el poco interés del INAH —sobre todo a raíz del asalto que sufrieran en 1992 los investigadores responsables del proyecto de investigación y mantenimiento, por lo cual tuvimos que abandonar los trabajos del sitio. Desde entonces no se ha llevado a cabo ningún tipo de intervención ni mantenimiento, mucho menos de investigación, siendo todavía muy difícil el acceso a partir del poblado de Tepexi de Rodríguez, aunque la zona virtualmente está abierta al público y cuenta con un custodio.

Entre los documentos históricos más importantes de Tepexi, en los que se habla del momento de contacto con los conquistadores españoles, destaca la pictografía conocida como “Lista de tributos de Tepexi de la Seda”, que se encuentra en el Museo del Indio Americano de la Fundación Haye, en Nueva York. Se inicia con la mención “[...] a D. Gonzalo Matzatzin cacique y señor natural del pueblo de Tepexi de la Seda, barrios y estancias y el tributo que deberían pagarle [...]”. Aunque se trata de un documento colonial, la forma de tributo debió ser como era costumbre en la época prehispánica, aunque los tributos se entregaban con base en el calendario cristiano, el pago se hacía cada 3 meses (fig. 28) (Cook de Leonard, 1961).

Si entendemos como fortaleza un lugar estratégico de fácil defensa y accesos difíciles y limitados, ocupado generalmente por militares y protegida por altos muros, esto se identifica con el asentamiento prehispánico de Tepexi. Además de la fortaleza de Tepexi existen otras fortalezas popolocas: Atenayuca en el municipio de Juan N. Méndez, cuyo nombre significa sitio fortificado; además destaca el cerro Colorado, que corresponde a la fortaleza del Tehuacán prehispánico. En muchas ocasiones se le llama fortalezas a un sitio prehispánico que se encuentra asentado en área estratégica, entre ellos Cuthá y Tecamachalco, por citar algunos. Sabemos de la existencia de fortalezas relacionadas con señoríos mixtecos: son áreas de refugio en casos de guerra y existen antes de la llegada de los mexicas a esa parte del país.

Las fortalezas mixtecas como zonas de refugio se caracterizan por el hecho de que sus edificaciones en el interior son muy sencillas, siendo más importante la construcción de los muros exterior-



● Fig. 30 Asentamiento fortificado florecido en el Posclásico.

res, mientras las fortalezas popolocas presentan —tanto en el caso de Tepexi como en cerro Colorado—, un área ceremonial importante y edificaciones habitacionales de calidad, donde no sólo se trataba de un refugio en caso de ataque, sino de un lugar donde la elite podía estar protegida debido a su sistema constructivo bien definido, con un plan específico de lo que es una fortaleza.

Una característica importante de estos asentamientos es que el área donde se construyeron fue seleccionada con tal fin; es decir, son áreas naturales de difícil acceso, lo cual permitía tener una perspectiva de su entorno para evitar ataques imprevistos. Se debe recordar que estos asentamientos fortificados florecieron durante el Posclásico, periodo que investigadores como Piña Chan consideran como de los estados militaristas (fig. 30).

Siendo Tepexi una verdadera fortaleza, donde a pesar del paso del tiempo aun destaca lo imponente de sus murallas, sitio donde aún se conserva gran parte de su puesto de vigía, desde nuestro asalto en 1992 —hace ya 20 años— el INAH no ha hecho ningún tipo de trabajos para su conservación, por lo que el tiempo continua provocando estragos en las zonas habitacionales que conforman el sitio.

Bibliografía

- Alvarado Tezozómoc, Fernando
1949. *Crónica Mexicayotl*, México, IIH-UNAM.

- Castillo Tejero, Noemí
1981. "Informe de los trabajos de mantenimiento y conservación de Tepexi el Viejo", México, Consejo de Arqueología, INAH (mecanoescrito).
- 1988. "Informe de los Trabajos de mantenimiento y conservación de Tepexi el Viejo", México, Consejo de Arqueología, INAH (mecanoescrito).
- 1989. "Informe de los trabajos de mantenimiento y conservación de Tepexi el Viejo", México, Consejo de Arqueología, INAH (mecanoescrito).
- 1990. "Informe de los trabajos de mantenimiento y conservación de Tepexi el Viejo", México, Consejo de Arqueología, INAH (mecanoescrito).
- 1991. *Tepexi El Viejo, Puebla*, México, CNCA-INAH (Miniguías).
- 1992. "Informe de los trabajos de Mantenimiento y Conservación de Tepexi el Viejo", México, Consejo de Arqueología, INAH (mecanoescrito).
- 1994. "Los popolocas y la región Mixteco-Puebla", en *Mixteca-Puebla: Discoveries and Research in Mesoamerican Art and Archaeology*, Culver City, Labyrinthos, pp. 175-187.
- 1997. "Tepexi el Viejo, un señorío popoloca al sur de Puebla y los mexicas", en *Homenaje a Ignacio Bernal*, México, INAH, pp. 237-250.
- 2002. "Cartografía de sitios mencionados en fuentes históricas del área Valle de Tehuacán, Puebla", *Arqueología*, núm. 27, pp. 63-72.
- 2003. "Tepexi el Viejo, Puebla, un señorío popoloca del posclásico en las fuentes y la arqueología", en *Homenaje a Jaime Litvak*, México, INAH (Científica), pp. 73-193.
- 2004. "Informe de la temporada 2003 del Proyecto Sur del Estado de Puebla área central popoloca, México, Consejo de Arqueología, INAH (mecanoescrito).
- Cervantes de Salazar, Fernando
1914. *Crónica de la Nueva España* (ed. de Francisco del Paso y Troncoso), Madrid, Hauser y Manet.
- Cook de Leonard, Carmen
1954. "Los popolocas de Puebla", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, t. XIII, pp. 423-445.
- 1957. "El origen de la cerámica Anaranjado delgado", tesis de maestría, México, ENAH-INAH.
- 1961. "The Painted Tribute Record of Tepexi de la Seda", en *Memoria a William Cameron Townsend*, México, Instituto Lingüístico de Verano, pp. 87-107.
- Cravioto Rubí, José de Jesús Alberto
2002. "Los nonoalca-chichimeca y el señorío de Teouacan", *Arqueología*, núm. 27, pp. 73-82.
- 2009. "Territorio nonoalca chichimeca, otra propuesta", en *Memorias del 53 Congreso Internacional de Americanistas*, México, ENAH/UIA (publicación electrónica).
- Chavero, Alfredo
1964. *Lienzo de Tlaxcala*, México, Artes de México, núms. 51-52.
- Dupaix, Guillermo y José Luciano Castañeda
1978. *Atlas de antigüedades mexicanas. Halladas en el curso de tres viajes de la real expedición de Antigüedades de la Nueva España. Emprendidos en 1805, 1906, 1807* (ed. facsimilar), México, San Ángel.
- Escalante, Roberto
1996. "El grupo lingüístico chocho-popoloca", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, t. XLI, pp. 191-292.
- Gálvez Rosales, Mauricio
2002. "La fortaleza de cerro Colorado, restauración histórica y arqueológica", tesis de licenciatura, México, ENAH-INAH.
- García Ramos, Domingo
1983. *Iniciación al urbanismo*, México, UNAM.
- Gibson, Charles
1952. *Tlaxcala in the Sixteenth Century*, New Haven, Yale University Press.
- Gorenstein, Shirley
1973. *Tepexi el Viejo: A Postclassic Fortified Site in Mixteca Puebla Region of Mexico*, Filadelfia, The American Philosophical Society.

- Jäcklein, Klaus
1978. *Los popoloca de Tepexi, Puebla: un estudio etnohistórico*, Weisbaden, Franz Steiner/Fundación Alemana para la Investigación Científica (El Proyecto México, 15).
- Jiménez Moreno Wigberto
1942. “El enigma de los olmecas”, *Cuadernos Americanos*, vol. 5, pp. 113-145.
- 1959. “Síntesis de la historia pretolteca de Mesoamérica”, en *Esplendor del México antiguo*, México, Valle de México, pp. 1019-1108.
- Kirchhoff, Paul, Linda Odena Güemes y Luis Reyes García
1976. *Historia Tolteca-Chichimeca*, México, SEP-INAH/Centro de Investigaciones Superiores (CIS).
- Merlo, Eduardo
1975. “Informe al Consejo de Arqueología de la temporada de campo 1975 de los trabajos de realizados en el sitio arqueológico de Tepexi el Viejo, Puebla”, México, Consejo de Arqueología, INAH (mecanoescrito).
- 1976. “Informe al Consejo de Arqueología de la temporada de campo 1975 de los trabajos de realizados en el sitio arqueológico de Tepexi el Viejo Puebla”, México, Consejo de Arqueología, INAH (mecanoescrito).
- 1977. “Los popolocas de Tepexi el Viejo. Un caso”, tesis de maestría, México ENAH-INAH.
- 1978. “Informe de la temporada de trabajado de campo en la Zona Arqueológica de Tepexi el Viejo, Puebla”, México, Consejo de Arqueología, INAH (mecanoescrito).
- Olivera de Vázquez, Mercedes
1978. *Pillis y macehuales: las formaciones sociales y los modos de producción de Tecali del siglo XII al XVI*, México, CIESAS (Ediciones de la Casa Chata, 6).
- Paddock, John
1966. “Ancient Mesoamerica”, en *Ancient Oaxaca*, Stanford, Stanford University Press, pp 83-242.
- Piña Chan, Román
1976. “Los señoríos y Estados militaristas”, en *Una visión del México Prehispánico*, México, Departamento de Investigaciones Históricas-INAH.
- Sánchez, Urrutia Estela
2002. “Las provincias tributarias del imperio mexicana localizadas al sur de Puebla”, *Arqueología*, núm. 27, pp, 83-88.
- Sotomayor, Alfredo y Noemí Castillo Tejero
1963. *Estudio petrográfico de la cerámica “Anaranjado delgado”*, México, INAH (Departamento de Prehistoria, 12).



Elementos de concha presentes en Cantona, Puebla

El presente texto trata sobre el material conchiliológico que ha sido localizado durante las exploraciones arqueológicas en la ciudad prehispánica de Cantona, hacia el centro norte del estado de Puebla. Un trabajo semejante fue publicado en 2010 con la documentación con que se contaba hasta el 2005. En aquella ocasión sólo se pudieron identificar, taxonómicamente, 29 objetos de estos materiales. En el presente estudio se han logrado identificar 193 elementos, además de que se otorga mayor información actualizada sobre esta gran ciudad prehispánica, consolidándose la temporalidad otorgada a estos materiales conchiliológicos, con base en 137 fechamientos por C14 con los que se cuenta en la actualidad y que “amarran” sólidamente la secuencia cultural planteada para Cantona. Incluye además ilustraciones de las que carece la publicación anterior.

This text is about conchological material that has been located in archaeological explorations in the pre-Hispanic city of Cantona, located in the north-central state of Puebla. Similar work was published in 2010 with documentation that was available until 2005. Until that time only twenty-nine objects could be identified taxonomically. For the present study we have succeeded in identifying 193 items. This article includes updated information on this large pre-Hispanic city and consolidates the dating for these conchological materials based on 137 carbon-14 dates which help account for and establish the cultural sequence proposed for Cantona. In addition, illustrations lacking in the previous publication are presented.

En 2005 escribimos un texto sobre las ofrendas de concha de Cantona, mismo que fue publicado en 2010 (Vackimes y García Cook, 2010); lamentablemente, por razones desconocidas —travesuras del duende de la imprenta, descuido de los editores o por cualquier otro motivo— las ilustraciones, salvo tres cuadros, no fueron incluidas en la publicación y con ello no es del todo fácil adivinar —o imaginarse— la imagen o las dimensiones de lo que se está tratando. Por otro lado, en esta ocasión contamos con algunas piezas no conocidas anteriormente y, por tanto, no incluidas en la mencionada publicación; además, de los elementos presentados en el texto anterior ha sido identificado taxonómicamente un número mayor —193, anteriormente sólo 29— de objetos, y por ello estas son dos de las razones por las que creímos indispensable volver a escribir sobre los materiales conchiliológicos conocidos para Cantona, obtenidos a través de las exploraciones que se vienen llevando a cabo en dicho asentamiento desde 1993, además de otorgar mayor información reciente sobre esta gran ciudad prehispánica.

Cantona tuvo una larga ocupación, la cual se remonta hasta el Formativo medio (*ca.* 1000 a.n.e.) y dejó de existir hasta el inicio del Posclásico (1000 d.n.e.). Esta gran ciudad se localiza sobre una serie de coladas de lava basalto-andesíti-

ca de finales del Pleistoceno y, por tanto, con flora y fauna característica de un *malpais*. Se ubica hacia al centro norte de la Cuenca de Oriental, en el estado de Puebla, en la parte media entre la Cuenca de México y la costa del Golfo, entre las coordenadas geográficas: 19°32'15" a 19° 37'30" latitud norte, y 97° 28' 15" a 97° 31' 30" de longitud oeste; entre 2 480 y 2 609 msnm.

Al sureste inmediato de Cantona se yergue el cerro Pizarro, con una altura de 3 150 msnm, y poco más de 20 km al oriente se levanta el Cofre de Perote, cuya altura alcanza 4 360 msnm; al norte, la Vigía Alta, con 3 050 msnm, que le sirve de protección y apoyo por este lado; a 300 m al suroeste se encuentra el cerro de las Águilas, que alcanza apenas 2 740 msnm pero fue de gran importancia en el desarrollo de la ciudad, no sólo conteniendo asentamientos humanos totalmente dependientes de Cantona y servir de puesto de vigía hacia el suroeste de la ciudad, sino también por aportar un importante material para construcción: la cantera. Toba volcánica que fue utilizada en gran escala para el recubrimiento de los edificios arquitectónicos —escaleras y paramentos, básicamente— y otras estructuras como cistas, tumbas, pisos, etcétera, y en la realización de esculturas.

Al norte-noroeste, y a escasos 10 km en línea recta —justo en el límite NW de la Cuenca de Oriental— se localiza el yacimiento de obsidiana de Oyameles-Zaragoza. Yacimiento que fue explotado por Cantona y de cuyo intercambio con otras poblaciones cercanas o distantes dependió en gran escala (Ferriz, 1985; García Cook, en prensa (a); García Cook *et al.*, 2010). En general en la Cuenca de Oriental hay un buen número de lugares con afloramientos de obsidiana además de los del cerro de Oyameles, entre los que se pueden mencionar: cerro Pizarro, cerro Pinto, cerro Derrumbadas; Guadalupe Victoria, Altotonga y Pico de Orizaba. También existen algunos cerros de origen sedimentario con abundantes rocas calizas. Esta roca fue utilizada por los cantoneses para identificar —colocándolos como una señal— lugares de enterramientos, ofrendas, así como para construir elementos específicos como altares, o bien como marcadores de Juego de Pelota. Existen igualmente depósitos lacustres (axalapascos) tanto de agua salobre como de agua dulce, y restos

de lagunas —la del Salado o Tepeyahualco, y la de Vicencio o del Carmen— que aún se observan hacia el fondo de esta Cuenca de Oriental y cuyas corrientes superficiales drenan hacia ellas.

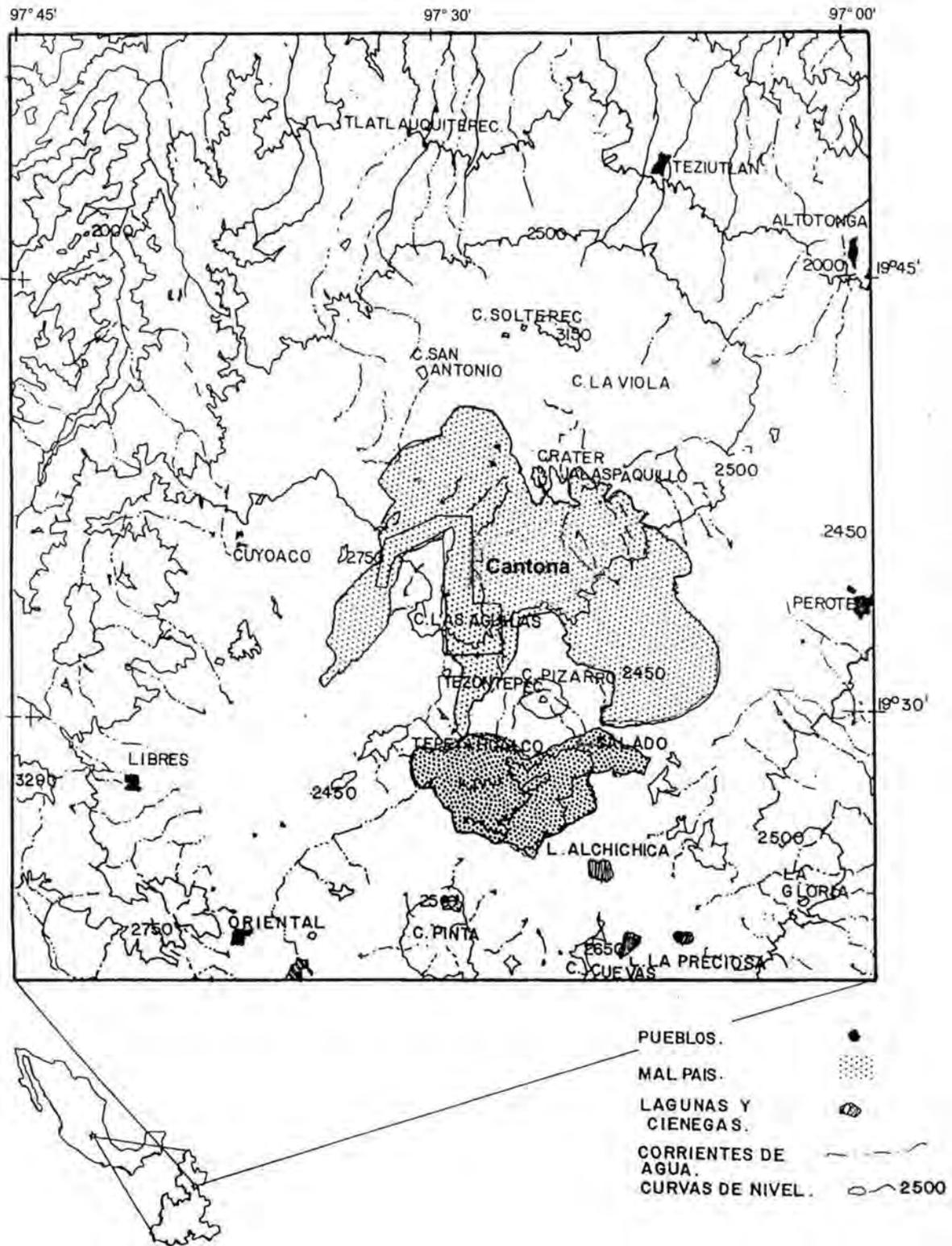
El clima en la mayor superficie de esta cuenca es templado seco, Cwb en la nomenclatura de Köppen, con escasa precipitación (700 mm anuales) y con temperatura media anual de 16°C. Se presentan abundantes heladas, de 20 a 40 días al año, lo cual obstaculiza, hoy en día y desde siempre contar con una buena producción agrícola. La vegetación es semidesértica en la mayor parte, con algunas coníferas arriba de 2 500 msnm, además de encinos y sabinos en algunas áreas. Sabemos, por diversos estudios llevados a cabo, que el clima ha sufrido alteraciones a lo largo del tiempo; tal variación climática ocasionó el cambio en la cubierta vegetal y, desde luego, de la fauna y en otras condiciones ambientales: agua, suelos, procesos erosivos, etcétera. Todo esto nos permite entender que hubo diversos grados y espacios de ocupación y movilidad humana, y una variada explotación de los recursos naturales en cada momento por quienes se establecieron en esta Cuenca de Oriental (Reyes Cortés, 1979; Yáñez y García, 1982; García E. *et al.*, 1975; Jáuregui, 1968; Lauer, 1979; Heine, 1973; García Cook y Zamora Rivera, 2010). Políticamente Cantona se encuentra asentada en terrenos que pertenecen a dos municipios: Tepeyahualco de Hidalgo y Cuyoaco, ambos del estado de Puebla (figs. 1 y 2).

Antecedentes

A Cantona se le ha mencionado desde 1790 en las *Gacetas* de Alzate¹ (Palacios, 1922), pero fue Henri de Saussure (1858) quien ofrece la referencia más antigua sobre esta gran ciudad. Visitó Cantona en 1855 y la describió con bastante detalle:

Una prodigiosa masa de lava, después de ser vomitada a través de amplios orificios abiertos, se extendió en forma de manto a una inmensa distancia y

¹ Esta información no ha sido corroborada, a pesar de que Peter Tschohl y Herbert Nickel (1972) han realizado grandes esfuerzos para constatarla.



© Fig. 1 Ubicación de Cantona en el Norte de la Cuenca de Oriental.

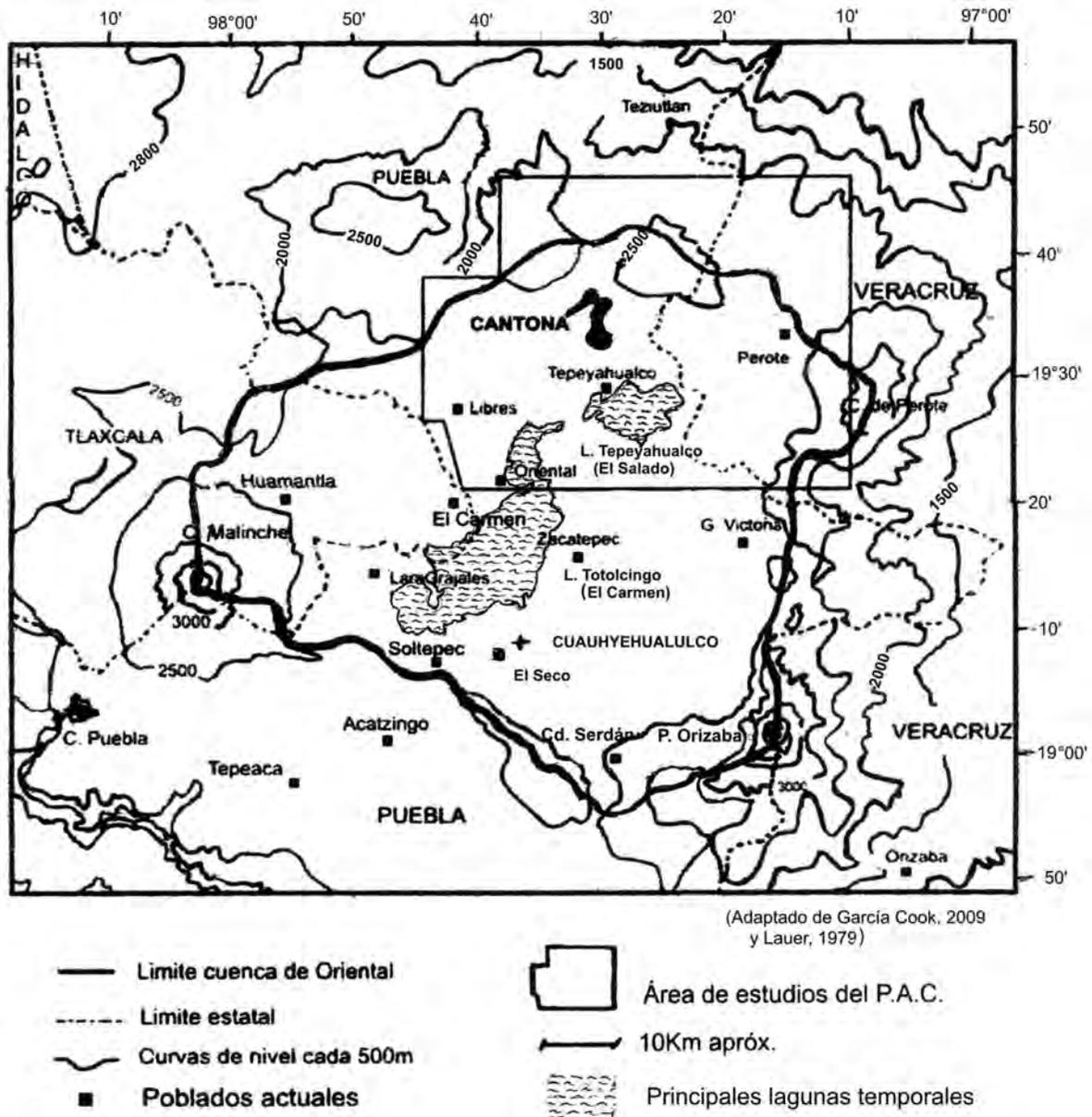


Fig. 2 Cuenca de Oriental con localización de Cantona y área de investigaciones.

recubrió la zona de un verdadero mar de basalto cuyos bordes, ramificados y recortados de mil maneras, dibujan en el llano como otros tantos golfos y promontorios recallosos hasta los últimos límites que la vista puede abarcar [...] El aspecto inhóspito y desolado de estos mantos de basalto les ha valido el nombre de *malpays*, que el señor Humboldt les conservó, y su estructura exclusivamente pedre-

gosa hizo (también) que les dieran el nombre de *pedregal* que expresa mejor aún su naturaleza [...] (Saussure, 1858: 282-283).

Saussure relaciona a Cantona con ciudades que conocía en Europa y recaló el hecho de que hubiera construcciones sin mortero y una gran cantidad de fortificaciones defensivas. Del nombre de

este asentamiento apunta: “los indios de los alrededores le llaman la Ciudad de o del Cantón, más no hay en la comarca circunvecina ningún lugar que lleve el nombre de Cantón del cual las ruinas hubieran podido tomarlo” (*ibidem*: 289).

Para el siglo XX hay un mayor número de referencias sobre esta gran urbe prehispánica. Nicolás León publicó en 1903 un artículo titulado “Los monumentos arqueológicos en Cantona” en un semanario de la época. Enrique Juan Palacios, quien mencionó lo referente a las *Gacetas* de Alzate, también visitó Cantona, y además de exponer sus impresiones otorgó al asentamiento cierta temporalidad con base en sus figurillas de cerámica. Así indicó que corresponde al horizonte Arcaico (o Preclásico) (Palacios, 1922, 1923 y 1939). En los años treinta Miguel Sarmiento (1930, 1934 y 1938) visitó la zona arqueológica, elaboró un croquis con la ubicación del sitio, tomó fotografías, informó a sus superiores y publicó una carta en un diario de Puebla. En esta misma década, Paul Gendrop (1938) visitó el sitio y entregó un informe al Departamento de Arqueología. Se refirió la presencia de pinturas rupestres en un acantilado (en el cerro de las Aguilas) frente al asentamiento, y le otorga a Cantona una extensión de 20 x 12 km. En 1939, Ignacio Marquina incluyó a Cantona en el “Atlas arqueológico de la República Mexicana”.

Para la segunda mitad del siglo XX se incrementó el número de referencias sobre Cantona. Leonard Loreau escribió sobre este sitio en 1954; Eduardo Noguera, en 1958, le atribuyó una dimensión de 50 km² y también lo adjudicó al Preclásico. En 1961 el Instituto Poblano de Antropología e Historia (Vázquez, 1961) también incluyó a Cantona en su “Catálogo de sitios arqueológicos del estado de Puebla”, y Eugenia Shepperd (1961) entregó un “Informe sobre Cantona” a la Dirección de Monumentos Prehispánicos del INAH. En 1965 Franz Termer publicó su versión sobre la mencionada zona arqueológica. Peter Tschohl y Herbert Nickel, de la Fundación Alemana para la Investigación Científica (FAIC), se abocaron a la realización de un *Catálogo arqueológico y etnohistórico*, y en el primer volumen que publicaron en 1972 incluyeron a Cantona con amplia información historiográfica.

Diana López de Molina dio mayor atención a Cantona. Llevó a cabo un proyecto de investigación en este sitio arqueológico, contrató un vuelo especial para tomar fotografías aéreas con escala 1:8 000; hace una restitución fotogramétrica del sitio con escala 1:5 000, y a partir de ampliaciones fotográficas elaboró una serie de croquis (escala 1:2 000) de buena parte de la zona arqueológica. En tres temporadas de campo que duró el proyecto inicia el “mapeo” del sitio para corroborar la restitución directamente en el lugar, y al mismo tiempo efectuar un muestreo de materiales culturales en la superficie. De acuerdo con sus informes (López de Molina, 1981; 1982a, 1983), hizo el croquis de 80% del mapa. Publicó además cuatro artículos sobre el resultado de sus investigaciones en Cantona (López de Molina, 1982b; 1984, 1986a y 1986b), donde confirmó la propuesta que plantearon otros autores respecto a su temporalidad, corroborando que el sitio corresponde al Preclásico superior, pero ella indicó que la ocupación se prolongó hasta el Clásico temprano. Se refirió a la complejidad arquitectónica del lugar, con calzadas y murallas y con 16 juegos de pelota, entre otros elementos.

El Proyecto Arqueológico Cantona

Pero fue a mediados de 1992 cuando se programó un plan de investigaciones para llevarse a cabo en esta gran ciudad prehispánica de Cantona, al mismo tiempo que cubría la mitad norte de la Cuenca de Oriental, donde Cantona se ubica (García Cook, 1992). Su finalidad básica era realizar un estudio detallado del asentamiento, y efectuar una exploración de área que incluyera la prospección arqueológica de superficie, la realización de croquis o levantamientos de los sitios localizados y sondeos estratigráficos de algunos de ellos, previa selección. La investigación se centraría en la parte norte de la Cuenca de Oriental y cubriría una superficie aproximada de 2 500 km². Por su parte, en Cantona se efectuaría un reconocimiento integral del asentamiento, se recolectaría una muestra aleatoria del material de superficie; se efectuarían las unidades de muestreo indispensables tanto para contar con una idea del asentamiento de toda

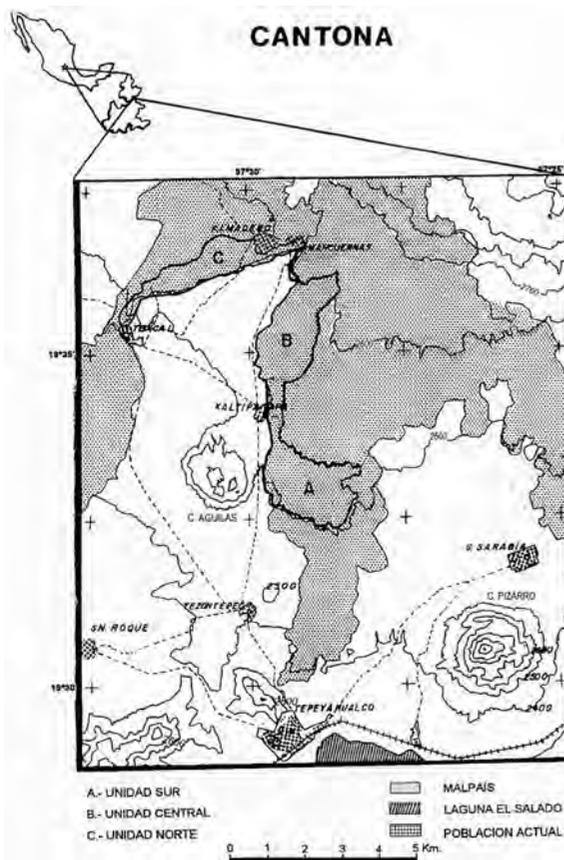


Fig. 3 Cantona, con sus tres áreas de investigación.

la ciudad como para poder observar momentos de ocupación y/o abandono de cada una de dichas unidades establecidas. También se haría un vuelo especial para la toma de fotografías aéreas con escala 1:3 500 y lograr así un plano por restitución fotogramétrica; con el análisis de toda esta información, además de contar con un plano preciso del sitio, se conocería el comportamiento de esta ciudad, se ubicaría su origen y desarrollo temporal y se definiría la importancia y las relaciones regionales y extrarregionales de Cantona. Se valoraría de esta manera el papel jugado por Cantona y su entorno, así como su relación con el Altiplano Central en particular y en el territorio que actualmente ocupa México en general, durante la época prehispánica (fig. 3).

Inicialmente (1993-1997) nos dedicamos exclusivamente a explorar en Cantona, donde además se delimitó una pequeña superficie (menos de 1%

del total del área del asentamiento) para liberar, restaurar y consolidar sus estructuras arquitectónicas y habilitarla para la visita pública; el trabajo de área, base importante de nuestras investigaciones dio inicio hasta finales de 1997 (García Cook-Merino Carrión, 2000 y Merino Carrión-García Cook, 1997); sin embargo, a la fecha se han llevado a cabo varias temporadas de exploración arqueológica, trabajado en el área, la cual conocemos en buena medida y hemos podido establecer el desarrollo cultural regional y el papel jugado por ésta en relación con Cantona² (García Cook, 2009).

El asentamiento de Cantona se dividió para su estudio en tres áreas diferentes: La Unidad Norte abarca 5.75 km² y va del actual poblado de Texcal, hasta el poblado de F.I. Madero, ambos en el municipio de Cuyoaco. La Unidad Central, con 3.35 km², queda comprendida entre Madero-Mancuernas hasta el norte inmediato de Xaltipanapa, Tepeyehualco; la Unidad Sur, con 5.43 km², va de Xaltipanapa hasta 3.5 km hacia el sur, también del municipio de Tepeyehualco de Hidalgo, Puebla (fig. 3). Esta última unidad de trabajo, a pesar de que ha sido la más saqueada, es sin embargo la menos afectada dada su accidentada topografía, el mayor espesor de lava sobre la que se ubica —están presentes hasta cuatro coladas superpuestas— y la casi ausencia total de suelo. Las otras unidades actualmente son utilizadas para actividades agrícolas y en muchos casos se labora con tractores, lo que ha causado el desmantelamiento y destrucción de buena parte de las estructuras, quedando sólo pequeños conjuntos de monumentos arquitectónicos o estructuras aisladas, con los restos arquitectónicos amontonados en su periferia.

De esta manera nos hemos enfocado en la Unidad Sur, de la cual se compraron 350 ha de una zona que sólo se ha dedicado al pastoreo y donde hemos concentrado la mayor parte de nuestras investigaciones desde 1993 hasta la fecha. Es también en esta Unidad Sur donde fueron explorados y habilitados para ser visitados por el público

² Actualmente (2012) conocemos 326 asentamientos ubicados en una superficie en torno a 1 800 km² que conforman una secuencia cultural que cubre el desarrollo regional del 1000 a.n.e. a 1000-1100 d.n.e.

—básicamente en 1993 y 1994 y de 2007 a la fecha— una serie de 53 conjuntos arquitectónicos, que dan una idea de la magnificencia y complejidad que tuvo esta gran urbe prehispánica. Es de estas unidades arquitectónicas, y de algunas otras que sólo se sondearon aunque no se habilitaron a la visita, de donde procede la mayoría de los elementos de concha o caracol motivo de este texto (García Cook y Merino Carrión, 1996a; Vakimes Serret y García Cook, 2010; Valentín, 1997, 2006; Valentín y Zúñiga, 2011).

Hasta el momento hemos llevado a cabo 16 temporadas de campo en Cantona,³ y —salvo la primera y más larga temporada (15 de febrero de 1993-15 de diciembre de 1994), cuando además del reconocimiento en superficie y delimitación inicial del asentamiento se exploraron, consolidaron y habilitaron buena parte de los conjuntos arquitectónicos que actualmente se visitan— a partir de 2007 se ha ampliado la parte habilitada a la visita pública en buena medida. En las demás temporadas nos dedicamos a detallar y a afinar el plano que obtuvimos mediante restitución fotogramétrica, como a la realización de pozos de sondeo en unidades arquitectónicas seleccionadas. La Unidad Sur fue concluida en su detallado del plano hasta la temporada 2008, si bien resta una mínima superficie. De 543 ha que la componen, alrededor de 440 ha fueron factibles de ser afinadas; el área restante ha sido ocupada en nuestros días por las casas habitación del poblado de Xaltipanapa, el cual está creciendo sobre la colada de la lava y cubriendo la orilla poniente de la ciudad de Cantona. Es decir, conocemos a detalle 475 ha (440 de la Unidad Sur y 35 ha detalladas de la Unidad Norte y de la Unidad Central) de las 1 453 conocidas para la ciudad entera o 33% por ciento de la superficie total del asentamiento, lo cual nos permite hacer inferencias para toda la ciudad con base en la documentación disponible para dicha Unidad Sur.

Esta labor y nuestros constantes recorridos y sondeos en el resto del asentamiento nos ha llevado a ratificar la impresión inicial que recibimos al

conocer Cantona: se trata de un asentamiento sumamente concentrado, cuyos habitantes vivieron al menos en los dos grandes periodos de apogeo, en unidades cerradas, totalmente delimitadas por muros en la periferia, cuyas casas-habitación se desplantaron sobre plataformas elevadas de uno o dos cuerpos superpuestos, y que por lo general contaron con un solo acceso, excepcionalmente dos, para entrar al “patio” cerrado o unidad-habitacional. Todos estos “patios” o unidades habitacionales, fueran de la gente común o de elite, estaban comunicadas por una extensa y compleja red de vías de comunicación —calzadas, calles, privadas, cerradas, pasillos, banquetas— construidas *ex profeso*, ya sea apoyándose directamente sobre el piso natural o levantándose sobre él (García Cook, 2003; García Cook-Martínez Calleja, 2008).

Es digno de apuntarse que no se utilizó cementante o argamasa en la realización de sus construcciones, fueran las de un cimiento o muro de escasos 0.40 cm de altura o de una pirámide de 10 o 15 m de altura. Es también notable que hasta el momento se hayan encontrado 27 canchas para el Juego de Pelota, 15 de las cuales forman parte de conjuntos arquitectónicos alineados —pirámide, plaza (una o dos) y cancha— y los demás sólo integrados a otros conjuntos arquitectónicos pero no comunicados entre sí linealmente (Zamora Rivera, 2004; en preparación; García Cook y Zamora Rivera, 2010a).

En la actualidad se han revisado y clasificado más de un millón de restos cerámicos —entre ellas más de 400 piezas completas— y también poco más de 200 mil objetos líticos, además de mil restos de esculturas, algunos objetos de concha y se cuenta con 137 fechamientos que se han obtenido por el método del carbono 14 (De los Ríos, 1999; 2005), con todo lo cual se ha precisado la temporalidad de ocupación de Cantona y se ha ratificado el planteamiento inicial de García Cook y Merino Carrión, (1996; 1998). Para el momento se han propuesto las siguientes fases culturales: Pre Cantona de 1000-900 a 600 a.n.e.; Cantona I de 600 a.n.e. a 50 d.n.e.;⁴ Cantona II de

³ Una temporada más, la llevada a cabo en 2001, sólo la dedicamos a la prospección de buena parte de los yacimientos de obsidiana en el área de Oyameles-Zaragoza.

⁴ Cantona I puede fácilmente subdividirse en Cantona I temprano (de 600 a 300 a.n.e.) y Cantona I tardío (de 300

50 a 600 d.n.e.; Cantona III del 600 a 900-950 d.n.e., y Cantona IV de 900-950 a 1000-1050 d.n.e.

Como resultado de los trabajos de investigación —además del área habilitada a la visita pública— se han publicado algunos textos de divulgación y además se han realizado ocho tesis relacionadas con materiales culturales procedentes de Cantona y del área en su entorno. Asimismo, se han publicado algunos artículos con carácter científico que ofrecen información actualizada sobre los trabajos que se llevan a cabo en el presente en esta gran ciudad arqueológica (García Cook-Merino Carrión, 1996b, 1997, 1998, 2000, 2005; Merino Carrión y García Cook, 2007; García Cook, 2003, 2004, 2009, en prensa (a), en prensa (b); García Cook y Martínez Calleja, 2008 y 2012; García Cook y Zamora Rivera, 2010a, 2010b; García Cook *et al.*, 2010; Martínez Calleja, 2004b, en preparación; Zamora Rivera, 2004, en preparación; Morales Vigil, 2004; Talavera *et al.*, 2001; Vackimes Serret y García Cook, 2010; Gómez Santiago, 2010; Aguilera 2010). Quien desee conocer más al respecto podrá encontrar en ellos mayor información.

El material conquiliológico

Entre los materiales que se han obtenido durante las exploraciones llevadas a cabo en las diversas temporadas de campo figuran algunos objetos elaborados en concha, los cuales provienen en su mayoría, salvo un solo caso, de las exploraciones realizadas en el Centro Cívico-Religioso Principal de la ciudad. En general, podemos decir que la mayor parte de esos objetos formó parte del ajuar funerario de algún personaje, y que otros fueron ofrendas y pertenecieron a un grupo mayor de objetos. Salvo dos elementos —un punzón y una cuchara—, que pueden considerarse como artefactos, los demás se tratan de objetos de adorno o de carácter ritual: pendientes, cuentas, botones, orejeras y caracol-trompeta, pero todos pueden ser considerados objetos suntuarios. Las unidades en que se localizaron estos objetos son: el Con-

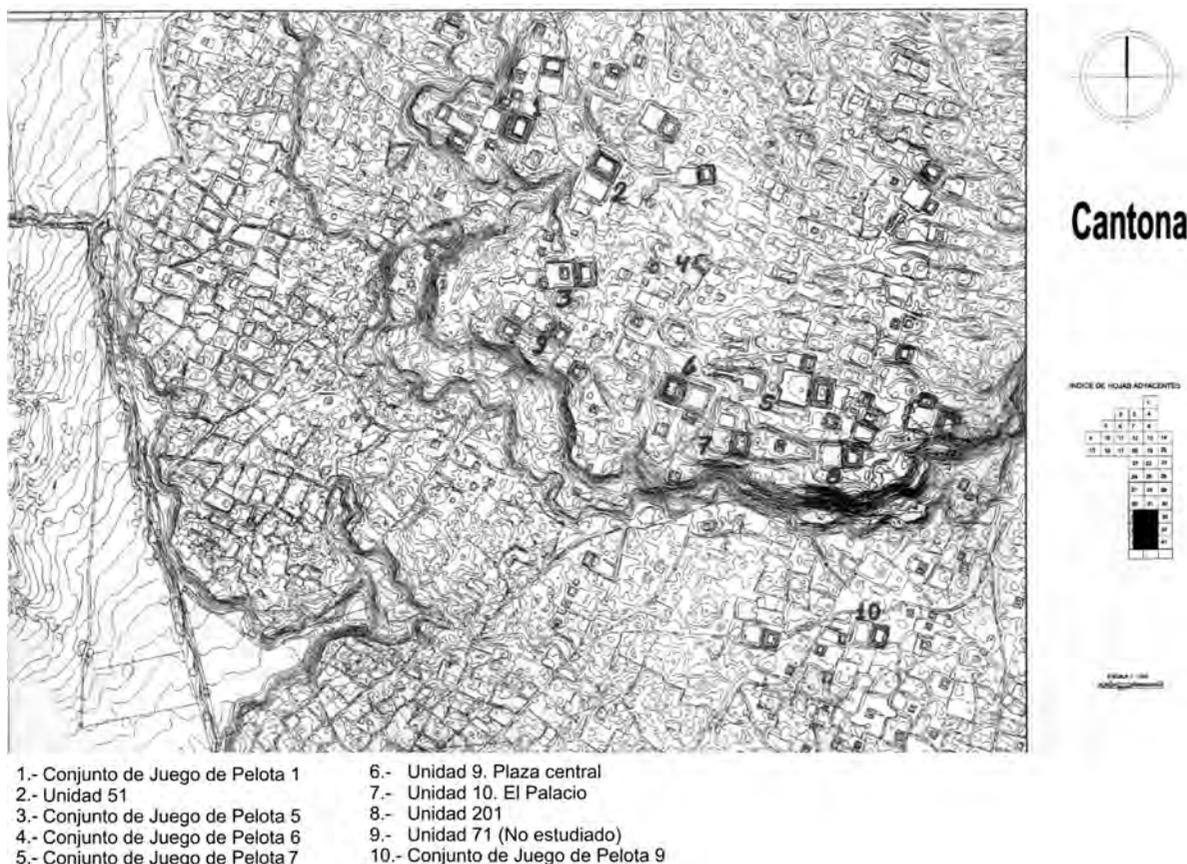
junto de Juego de Pelota 1; Conjunto de Juego de Pelota 5; Conjunto de Juego de Pelota 6; Conjunto de Juego de Pelota 7; Conjunto de Juego de Pelota 9; Unidad 9, Plaza Central o Plaza de la Fertilización de la Tierra; Unidad 10 o El Palacio; Unidad 51 o Plazas Gemelas; Unidad 201 o Plaza de los Cuchillos Fríos y en la Unidad 71 o Plaza Poniente (fig. 4).⁵

El Conjunto de Juego de Pelota 1 se localiza al noroeste del Centro Cívico-Religioso Principal, un conjunto arquitectónico alineado, con dirección este-oeste (100° azimutales), que consiste de una pirámide de 15 m de altura vista en su fachada principal, que se construyó en el extremo oriente del conjunto con su fachada principal de escalera con alfardas escalonadas al poniente; enseguida una plaza cerrada, cuya delimitación norte es una gran plataforma elevada sobre la que se apoya otro basamento; hay restos de un altar hacia el centro de esta plaza y otro al pie de la escalera, además de un acceso al centro poniente que comunica con la cancha, la cual cierra el conjunto arquitectónico por esta parte oeste. Aquí se realizaron algunos sondeos: los elementos de concha provienen del pozo 2 excavado al oriente de la Plaza y al pie de la escalinata de la pirámide, y de otro sondeo (pozo 3, asociado a un enterramiento) en la cima de dicha pirámide o Estructura 1 del Conjunto.

El Conjunto de Juego de Pelota 5, situado también en la Acrópolis, pero en su parte central poniente, consta igualmente de un conjunto arquitectónico alineado este-oeste (85° azimutales), con una alta pirámide al extremo oriente (Estructura 1); una plaza amplia cerrada en cuyo centro oriente (frente a la Pirámide) se localiza un altar (Estructura 3) y en el ángulo suroeste un basamento de dos cuerpos (Estructura 8); esta Plaza I está interconectada con la Plaza II de menores dimensiones, ubicada al poniente y a un nivel más bajo, la que a su vez conecta con la cancha para el Juego de Pelota; esta última cierra por el ponien-

a.n.e. a 50 d.n.e.) con base en elementos culturales como cerámica y la arquitectura, entre otros.

⁵ Esta última, Unidad 71, no fue considerado en la publicación anterior (Vackimes y García Cook, 2010) ya que fue explorada en 2009 y 2010, posteriores a 2005. Se incluye en esta ocasión por contener 43 objetos de material conquiliológico (el material no ha sido estudiado y por tanto aún no está identificado).



● Fig. 4 Cantona: plano parcial con la ubicación de las unidades arquitectónicas de donde procede el material conchiliológico.

te al conjunto arquitectónico completo. Los elementos de concha se obtuvieron en las exploraciones de la Estructura 1 o Pirámide Principal; en el altar o Estructura 3; en la pirámide del suroeste de la Plaza I, considerada como Estructura 8, y al centro poniente de la Plaza 1. Se trata de ofrendas en enterramientos humanos.

El Conjunto de Juego de Pelota 6 se ubica hacia la parte central de la Acrópolis y a diferencia de los dos anteriores, se encuentra alineado norte-sur (27° azimutales), estando en su lado norte la pirámide, al extremo sur la cancha y entre ellas la plaza, la que a su vez tiene un pequeño altar hacia su parte central. Es de la pirámide o Estructura 1 y del patio hundido u Estructura 11, ubicado al suroeste exterior de la cancha, de donde provienen los objetos de concha.

El Conjunto de Juego de Pelota 7 es el más grande de los conocidos en Cantona; cubre poco más de 1.5 ha. Consta de una pirámide (Estructura 1) que limita al conjunto por el oriente; en seguida una plaza cerrada (Plaza I) con altar en su centro oriente; esta plaza comunica a través de una amplia plataforma elevada, con accesos escalonados en sus lados oriente y poniente, con otra plaza cerrada (Plaza II), por la que se accede a la cancha emplazada en su lado poniente. Además, el cabezal poniente de esta cancha fue transformado al construirle un recinto, con plataforma baja, que cierra al conjunto entero por el poniente. Cuenta con otras estructuras —plataformas de uno y dos cuerpos, gradas y palco, cuatro patios hundidos, dos estelas lisas, una posta militar, etcétera— tanto en su interior como en sus límites

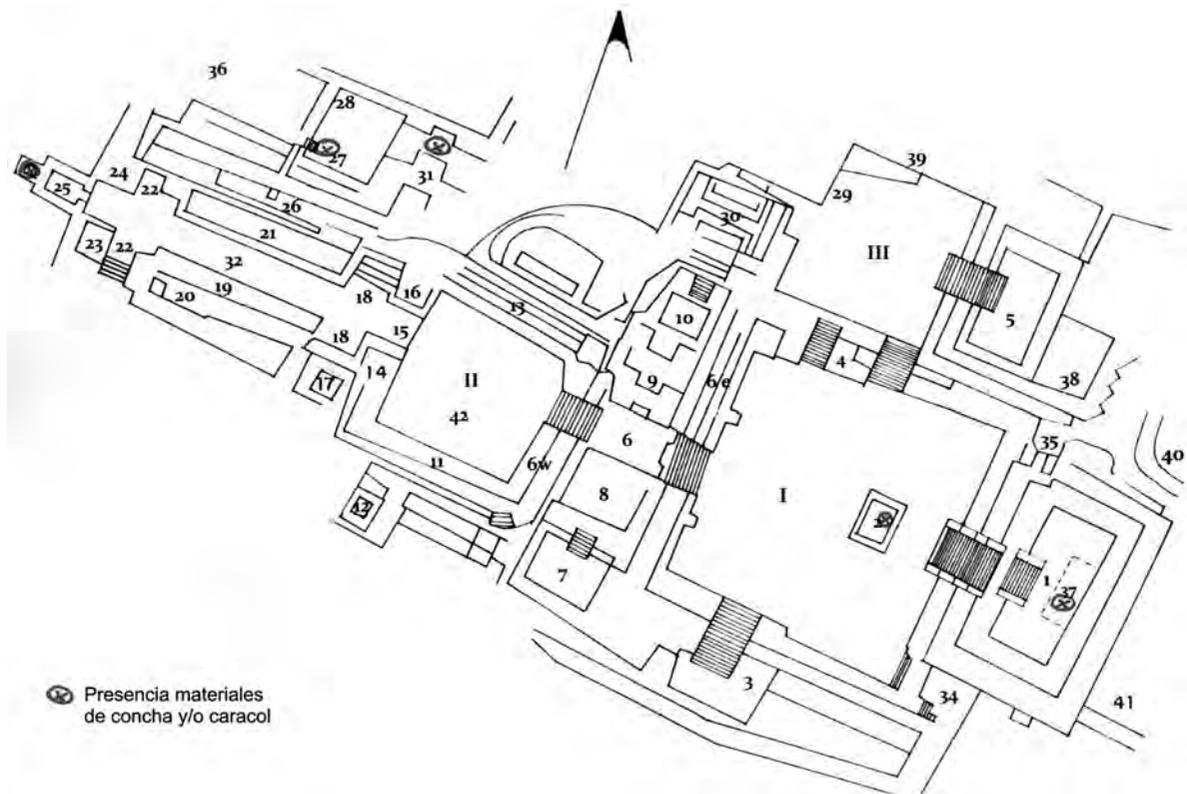


Fig. 5 Croquis del Conjunto de Juego de Pelota 7. Se indica la procedencia del material conchiliológico.

externos. El material conchiliológico aquí recuperado proviene de la pirámide (Estructura 1) y la Estructura 37, del altar (Estructura 2) y de la Estructura poniente del recinto (Estructura 25); de una plaza hundida al norte de la cancha (Estructura 27) y de unas plataformas escalonadas al noreste de la cancha (Estructura 31) (fig. 5).

El Conjunto de Juego de Pelota 9 (Unidad 579) se localiza fuera del Centro Cívico-Religioso principal, en la parte baja al sur cercano a la Acrópolis, y más bien se trata de una unidad arquitectónica que forma parte de un Centro Cívico-Religioso secundario. Observa una orientación este-oeste (100° azimutales) con una pirámide al extremo oriente, una cancha con altar al centro y la cancha para el juego de pelota cierra el conjunto por el poniente. El caracol aquí referido proviene de la pirámide o Estructura 1.

La Plaza Central o Plaza de la Fertilización de la Tierra (Unidad 9) es un conjunto arquitectónico con carácter aparentemente ceremonial; consta de

una gran pirámide que limita por el poniente una plaza cerrada, cuyo acceso es por el oriente, donde cruza una calle, y un altar bajo al centro de la plaza. En su lado sur tiene anexo una cancha para Juego de Pelota (Juego de Pelota 22). Esta unidad arquitectónica funcionó básicamente durante Cantona II, aunque se inicia desde final de Cantona I (150 a.n.e.). Todos los objetos de concha que se mencionan son de la pirámide (Estructura 1).

El Palacio (Unidad 10) es un conjunto arquitectónico que cubre una “manzana” entera, ya que está rodeado por calles en sus cuatro lados. Es una gran plataforma con dos plazas cerradas y hundidas, una gran pirámide en su esquina sureste y una serie de terrazas y plataformas en sus lados norte, noreste y poniente. Cuenta con tres accesos, dos escalonados, uno al norte (hacia el oeste) y otro al poniente (cargado al sur), así como una rampa escalonada en su lado oriente (cargada hacia el norte). Sus lados exteriores norte y poniente cuentan con una serie de estrechas “terrazas”

escalonadas; son un conjunto de elementos arquitectónicos que más que de carácter funcional, aparentan ser decorativos. La calle poniente inicialmente fue más ancha (alrededor de 5 m), pero hacia su parte final de ocupación fue estrechada, hasta alcanzar en una parte tan sólo 0.80 m. Esto es prueba de una fuerte inestabilidad social sobre todo a partir del 550-600 d.n.e.

Esta unidad arquitectónica cubre un amplio espacio temporal y, por lo tanto, su apariencia física y funcional no fue siempre la misma. Cuenta con elementos arquitectónicos del Formativo medio, ocupación que se remonta al 900 a.n.e. En su límite y exterior sur está presente un conjunto arquitectónico correspondiente a Cantona I —el cual puede observarse aún en la actualidad—, y aunque dejó de funcionar hacia 100 a.n.e., no fue destruido. La pirámide misma sólo funcionó desde la mitad tardía de Cantona I y durante casi todo Cantona II, para 550-600 d.n.e. dejó de utilizarse, pero no se derribó —salvo su escalinata, que fue destruida parcialmente— y ha permanecido hasta nuestros días. Es precisamente de esta pirámide (Estructura 1) y del exterior del altar, que se construyó frente a ella en el poniente inmediato, de donde provienen los materiales de concha. El Palacio dejó de funcionar hasta los últimos momentos de ocupación de esta gran ciudad de Cantona, ya por 1000-1050 d.n.e.

La Unidad 201 o Plaza de los Cuchillos Fríos se localiza al sur-sureste del Centro Cívico-Religioso principal, se trata de una pirámide que limita a una plaza cerrada en su lado este. Tanto la plaza como la pirámide tienen el acceso por el lado oeste. Una calle, al oeste, separa esta unidad arquitectónica de otra denominada Las Concubinas que a su vez, y tras cruzar otra calle, se localiza al este de El Palacio. Por el norte, y a un nivel más bajo, cruza una de las calzadas más largas de la ciudad (la B. Leonor Merino Carrión, con más de 2 km de longitud). Es precisamente del interior de la cista 4, introducida en la cima de la pirámide y del poniente del altar de donde provienen los pocos objetos de concha que aquí se describen. La ocupación de esta unidad arquitectónica va de 150 a.n.e. a 550-600 d.n.e., según muestran los materiales culturales obtenidos en la excavación, así como algunos fechamientos obtenidos por C

14; es decir, este conjunto arquitectónico fue ocupado desde la parte final de Cantona I y todo Cantona II. La cista 4 corresponde a la parte temprana, la época de construcción, de dicha ocupación (Martínez Calleja, 2004a).

La Unidad 51 o Plazas Gemelas es un conjunto arquitectónico con orientación norte-sur (29° azimutales), consistente en una pirámide en su extremo norte, una plaza cerrada y hundida en su lado sur, y en seguida otra plaza, de menores dimensiones y con un nivel poco más elevado que la Plaza Central, al extremo suroeste. El punzón (¿de caracol?) proviene del interior de la pirámide, asociado a un enterramiento humano.

La Unidad 71 o Plaza Poniente se ubica hacia el centro sur del Centro cívico-Religioso principal de la ciudad, se trata de una plaza cerrada con una pirámide que la cierra por el oriente y un altar al frente de su escalera, y que cuenta con una estela lisa hacia su centro poniente. La plaza tiene un acceso clausurado en su lado norte y otro amplio acceso en su lado poniente, el cual comunica con otra plaza, que comparte con la Unidad 70. Los elementos conchiliológicos provienen del interior de la pirámide o Estructura 1.⁶

El material conchiliológico localizado recientemente (después de la temporada de campo 2005), además de la U. 71 o Plaza Poniente, proviene de la Unidad 209, Plaza del Silo-Tumba; de la Estructura 1-5 (del Conjunto de Juego de Pelota 7), del Conjunto de Juego de Pelota 23, de la unidad 139 o Conjunto de Las Concubinas, y de la Unidad 184. Materiales que aún no han sido estudiados ni identificados taxonómicamente.

Contexto del material conchiliológico

Los contextos que rodearon las ofrendas de concha corresponden, en su gran mayoría (98.43%), a ofrendas, ya sea que estuvieran asociadas a enterramientos humanos (82.13%) o bien se tratara de otros elementos de ofrenda colocados durante

⁶ Los materiales de esta Unidad aún no han sido analizados, por tanto no identificados, pero creímos conveniente incluirla porque de esta Unidad 71 se obtuvieron 43 elementos conchiliológicos.

algún ritual al interior de alguna estructura arquitectónica mayor (14.30%); aún así, en estos casos siempre están presentes algunos huesos humanos, restos de algún individuo sacrificado que también formó parte de la ofrenda colocada durante el mismo ceremonial. Sólo contamos con cuatro elementos provenientes de rellenos de estructuras arquitectónicas. Es probable también que se trate de restos de ceremoniales realizados con anterioridad y que posteriormente pasaron a formar parte del relleno de la estructura en el que fueron recuperados. Se encontraron también cuatro cuentas localizadas en los escombros que dejó un gran saqueo efectuado en el último cuerpo construido sobre la pirámide de El Palacio, pero lo más probable es que correspondan a alguna de las ofrendas colocadas en las diversas ceremonias efectuadas durante las ampliaciones de esta estructura arquitectónica.

En la fig. 6 se muestra la procedencia y el contexto en que se localizaron los elementos de concha. Puede apreciarse que las unidades arquitectónicas que cuentan con un mayor número de esos objetos son: la Pirámide de la Plaza Central o de la Fertilización de la Tierra, y la Pirámide del Conjunto de Juego de Pelota 5. También de estas dos estructuras se obtuvieron cuatro, dos en cada unidad, de los siete caracoles enteros con que se cuenta (fig. 6). Desde luego sin considerar el Entierro 17 de la Estructura 25, que cierra por el poniente el Conjunto de Juego de Pelota 7, el cual tuvo entre sus ofrendas un collar de 139 cuentas de caracol y 32 de jade, y por tanto en cantidad de restos conchiliológicos este conjunto arquitectónico cuenta con el mayor número; pero de acuerdo con la cantidad de ofrendas diferentes con materiales de concha, la Pirámide de la Unidad 9 (Plaza Central) y la del Conjunto de Juego de Pelota 5 tienen más.

Por otro lado debemos anotar la presencia de 43 elementos conchiliológicos procedentes de las recientes exploraciones de 2009 y 2010 en la Unidad 71 o Plaza Poniente, materiales que no fueron cuantificados en el texto anterior y los que aún no han sido analizados específicamente.

Los enterramientos humanos que cuentan con objetos de concha fueron casi en su totalidad —salvo tres, uno sobre un altar del Conjunto de

Juego de Pelota 1, otro al poniente del altar de El Palacio y otro en el lado poniente de la Plaza I del Conjunto de Juego de Pelota 5— depositados al interior de alguna estructura arquitectónica de cuerpos superpuestos (pirámide o altar), elevada, ya sea en tumba, en cista o directamente al interior de la misma. Igualmente los elementos de concha que forman parte de ofrendas sin asociación a huesos humanos, o con escasa presencia de los mismos, todos se localizan al interior de estructuras arquitectónicas mayores, al interior de las pirámides.

En relación con la temporalidad en que fue utilizado este elemento cultural de concha en la realización de ceremonias o rituales, se piensa que en su gran mayoría éstas tuvieron lugar durante Cantona 1 tarde y Cantona II, entre 350 a.n.e. y 600 d.n.e. Se cuenta con 39 fechamientos para la pirámide del Conjunto de Juego de Pelota 5 y para la pirámide de la Plaza de Fertilización de la Tierra o Plaza Central (Unidad 9) que así lo indican. Además, otros siete fechamientos provenientes de contextos de la Unidad 71 y de la Unidad 209, que ubican los hallazgos conchiliológicos en estas unidades entre 350 y 200 a.n.e., y por tanto son estos materiales los más tempranos hasta hoy conocidos para Cantona. De acuerdo con otros fechamientos y con la posición cronológica relativa del material cultural asociado a las ofrendas y a las estructuras arquitectónicas que las contienen, confirman también que durante Cantona II estuvo presente la mayoría de los objetos de concha que aquí se tratan (De los Ríos, 1999, 2005; García Cook, 2004).

En dos casos, el material conchiliológico no corresponde a Cantona II: uno procede de un enterramiento humano colocado al oeste inmediato del altar de la Plaza Hundida Sur de El Palacio, cuya ubicación cronológica es probable que corresponda al inicio de Cantona III, entre 600 y 700 d.n.e. El segundo contexto del que provienen otros elementos de concha (collar de 139 cuentas de caracol) corresponde al Enterramiento 17 en la Estructura 25, colocado al interior de una plataforma baja de tres cuerpos superpuestos construida al realizar una ampliación del Conjunto del Juego de Pelota 7, y que cierra dicho conjunto arquitectónico por el poniente. Se tiene un fecha-

● Fig. 6 Contexto de procedencia de material conchiliológico

Procedencia	Pendientes y/o cuentas	Botón	Orejera	Varios	Completo	Fragmentos	Suma de objetos	Comentarios
C.J.P.1	Pozo 2, Capa IIc, Ei. 10, 1 cuenta circular				Pozo 3, Ent.1, Ei. 11 1	Pozo 3, Ent. 9, Ei. 38 (Pirámide)	2+1F	En pirámide y en Altar
	Pozo 3, Ents. 1 y 2, Ei. 27 1 cuenta circular						1	Entierros en pirámide
	Est.1, Ent. 22, 2 elementos			Est.1, Ent. 22 1 disco	Est. 1, Ent. 22 1		4	Entierro en Tumba interior pirámide
	Est. 1, Entierro 5 (cista 2) 1 cuenta de caracol						1	En cista al interior de pirámide
	Est. 1, Entierro 28, 2 de concha				Est. 3 Elemento 1 1		3	Entierro en pirámide
	Est. 1, Ents. 31 y 32, 12 cuentas y 1 pendiente de concha.		Est. 1, Ent. 41 (41A, 41B y 41C) 1			Est. 1, Ent. 40	14+1F	Entierros en pirámide
	Est. 8, Cista 2, 4 elementos (2 pendientes y 2 cuentas)	Est. 8, Cista 2 1					5	Entierros en pirámide y cista en Estructura elevada
	Est. 1 Tumba 3, Ent. 21A, 3 cuentas						3	Entierro en Tumba en pirámide
	Est. 1, Ents. 28 y 29, 2 cuentas				Est.1, Ents. 28 y 29 1 anillo		3	Entierros en pirámide
	Est. 1, Ent. 30, 8 elementos (7 cuentas y 1 pendiente)						8	Entierro en pirámide
C.J.P.5	Est. 1, Tumba 3, Entierro 23; 3 cuentas						3	Tumba en pirámide
	Plaza I, pozo 3, nivel 3, elemento 40, 1 cuenta						1	En Plaza
	Est.1, cima, objeto, 1 cuenta.						1	En Pirámide.
	Est.1, Ent. 3, Ei. 61, 1 cuenta circular.						1	En Pirámide
	Est. 1, Elemento 41, 1 cuenta circular.						1	En Pirámide
	Est. 1 Entierro 33						1	En Pirámide
	Est. 1, Entierro 2, 1 pendiente.	Est. 1, Ent. 5 1					2	Entierro en pirámide
	Est. 11, muro E, escombros, 1 pendiente						1	en relleno muro
	Est. 27, Ent. 7 (tumba) 1 (caracol)	Est. 37, Cista 6 1		Est.31 relleno, 1 fragmento concha trabajado		Est. 37, cista 6	3+1 F	En pirámide y en relleno estructura
	Est. 2, Entierro 1, 1 cuenta (concha)						1	Entierro en Altar
C.J.P.7	Est. 25, Entierro 17 (139) cuentas						139	Entierro en Altar
	Est. 2, Ent. 10 "A" una cuenta o pendiente						1	Entierro en Altar
	Pozo 8, Capa III, Entierro 9 1 cuenta tubular				Pozo 8, Cista Ent. 2 1		2	Entierros en cista en pirámide

	Pozo 1, nivel 3, 1 pendiente			Pozo 1, Ent. 3, El. 27 1	Pozo 1, Ent. 5, El. 25, 2 elementos			4	Al interior de Pirámide
	Pozo 1, Entierro 8, El. 64 2 cuentas y 2 pendientes				Pozo 1, nivel 2-3 3 elementos			7	Entierro al interior de la Pirámide
	Pozo 1, nivel 3 1 pendiente				Pozo 1, nivel 2 1	Pozo 1, Ent. 5, El. 17 1		3	Al interior de Pirámide
	Pozo 1, Ent. 4, 1 cuenta.		Pozo 1, Ent. 5, 1		Pozo 1, nivel 3 1	Pozo 1, Ent. 3 1	Pozo 1, nivel 3, 5 conjuntos	4+5 F	Al interior de Pirámide
	Pozo 1, El. 96 y 98 (ofrenda a Falco) 3 cuentas				Pozo 1, Ent. 11 2 elementos		Pozo 1, Ent. 3	5+1 F	Entierros y ofrendas en pirámide
	Pozo 1, Elms. 45 y 46 3 pendientes						Est. 1, pozo Ent. 13 (columnela quemada)	3+1 F	Al interior de Pirámide
	Pozo 1, Entierro 3 1 cuenta						Est. 1, Pozo 1, nivel 2	1+ 1F	Entierro en pirámide
	Pozo 1, Entierro 11 1 cuenta discoidal						Est. 1, Pozo 1, nivel 3.	1+F	Entierro en pirámide
	Pozo 1, Ent. 17, Elms. 85 y 86 2 cuentas						Est. 1, Pozo 1, cista 2	2+1F	Entierro en pirámide
	Pozo 1, Entierro 16 2 cuentas y un pendiente							3	Entierro en pirámide
	Pozo 1, Elem 44 4 cuentas de concha							4	Al interior de Pirámide
	Est. 1, pozo 1, Ent. 13, 1 cuenta							1	En Pirámide
	Cista 2, Entierro múltiple Ofrenda 9 1 pendiente.			Est. 1, Cista 2, Ofrenda, 9 2.	Pozo 3, Entierro al W de un Altar 3 medias lunas	Cista 2, Entierro múltiple, El. 24 1		7	En Pirámide y cerca Altar
	Pozo 1, nivel 7 (saqueo pirámide) 4 cuentas (escombro escalar) y un pendiente							5	En Pirámide
					Pozo 4 capa II Entierro 1 1 punzon			1	En Pirámide
	Pozo 1, capa I, Elemento 41 1 cuenta				Pozo 1, Cista 4 1 cuchara		Plaza, Pozo 1, capa I, frijoles quemados.	2+F	En Pirámide y en Plaza.
	Pozo 1, Cista 4, El. 50 2 pendientes						Pozo 1, Cista 1 4 fragmentos de concha	2+4 F	En Pirámide
SUMA	224	3	5	17	7	18 Conjuntos	256+18cl (Conjuntos de Fragmentos)		Salvo cuatro todos en pirámide o altar

Unidad 9 (Plaza Central)**Unidad 10 (El Palacio)****Unidad 51****Unidad 201****SUMA**

miento de C 14 de material orgánico proveniente de dicho enterramiento y su ofrenda, cuya datación (INAH, 1412) fue de 1135 ± 40 a.p. y cuya edad calibrada lo ubica entre 880 y 885 d.n.e., hacia el final del Periodo Cantona III (García Cook, 2003, 2004; De los Ríos, 1999, 2005).

Además de los materiales provenientes de la unidades 71 y 209, fechadas en Cantona I, conviene mencionar otros elementos conchiliológicos que también corresponden a Cantona I tarde: un fragmento de concha trabajada localizada en el relleno de la Estructura 31 del Conjunto de Juego de Pelota 7, construida durante Cantona I. El elemento 11, correspondiente a un caracol completo proveniente de una cista en asociación a un entierro humano al interior de la cima de la pirámide del Conjunto de Juego de Pelota 1, es un objeto cuyo ceremonial pudo llevarse a cabo durante la parte final de Cantona I, hacia 150-100 a.n.e. Lo mismo podemos decir de otro caracol completo, localizado igualmente en una gran cista en asociación a otro enterramiento humano, en la pirámide que cierra por el este al Conjunto de Juego de Pelota 9, cuya fecha de construcción se inicia por el 100 a.n.e., durante Cantona I tarde. Por último, el punzón de concha ubicado en asociación a un entierro humano colocado al interior (a partir de la cima) de la pirámide de la Unidad 51 o Conjunto de las Plazas Gemelas, cuyo fechamiento probable lo es también en torno al 150-100 antes de nuestra era.

De cualquier manera, es incuestionable que durante Cantona I tarde y Cantona II (350 a.n.e.-600 d.n.e.) se utilizaron con mayor frecuencia los objetos y elementos de concha en relación con los ceremoniales realizados, en enterramientos humanos o no, durante la construcción y/o al interior de estructuras arquitectónicas elevadas de cuerpos superpuestos, en el interior de unidades arquitectónicas cívico-religiosas: pirámides, altares y plataformas.

Los materiales

El número de elementos conchiliológicos estudiados es de 256, además de algunos fragmentos, de los cuales la gran mayoría de objetos (87.50%)



Fig. 7 Escultura de caracol en piedra basáltica.

corresponde a cuentas y pendientes con 224 elementos, siendo muy escasas las otras variables: tres botones, cinco orejeras y 17 objetos varios (6.64%—), entre los que destacan un anillo, dos punzones, una cucharita y tres “media luna”. Además de siete caracoles completos (2.73%) y 18 agrupamientos de fragmentos de caracoles, varios de ellos quemados⁷ (fig. 6). Aquí conviene mencionar que se localizó una escultura en piedra basáltica que representa un caracol —elemento que puede asociarse con el culto a la fertilidad—, ubicado como ofrenda al inicio de la escalinata del altar construido frente a la pirámide de la Unidad 201 o Plaza de los Cuchillos Fríos, cuya construcción tuvo lugar en Cantona I tarde y ciertas transformaciones al inicio de Cantona II⁸ (fig. 7).

Asociación con otros elementos culturales

La fig. 6 refleja parte del contexto del cual proviene el material conchiliológico en estudio, y la fig. 8 muestra otra clase de elementos culturales que se localizaron en asociación a dichos obje-

⁷ Lo anterior sólo si hemos logrado precisar y/o diferenciar cuando los elementos quemados tienen como base una concha o un caracol, lo cual sólo podrá ratificarse o rectificarse si los especialistas revisan cada uno de los objetos, aun cuando no logren su identificación específica.

⁸ En estos porcentajes no se han incluido los materiales, aún sin definir específicamente, que se obtuvieron en las exploraciones posteriores a 2005 (50 elementos, y 43 de ellos son caracoles perforados como pendientes).

● Fig. 8 Elementos culturales asociados al material conchiliológico

Procedencia y Material Conchiliológico	Lítica		Escultura	Lapidaria	Cerámica		Restos óseos		Otros Artefactos	Suma de objetos	Comentarios	
	Tallada	Pulida			Recipiente	Otros	Humanos	Animal				
C.J.P.1	Cuenta Circular	2 puntas de proyectil (1 Shumla)			4		quemados			6+Ro	Sobre altar frente a pirámide	
	Caracol completo, fragmentos caracol y cuenta circular de concha		4	1 (bastón de mando)	6		3 entierros (Ent. 1 y 2 cráneos)			11+Ro	Interior de cista en pirámide	
	Estructura 8: 2 pendientes de concha, 1 cuenta de concha y 1 botón	1 cuchillo (obsidiana)		1 (Fragmento de Faló)	3 (2 cuentas p. verde y un bezote)	1 (miniatura)		Un cráneo	Huesos de mamífero y de ave		6+Ro	Interior cista en pirámide
	Est. 3., elem. 1: caracol-trompeta	3 navajas de obsidiana	10 (3 morteros, 2 metales cerrados, 5 manos cortas)			3 (2 miniaturas)		Entierro 11 (múltiple)			16+Ro	En esquina interior de Altar
	Est. 1., Entierro 39 y 40 fragmentos		1 "Queso de cartera"			7		Entierro 39 y 40			8+Ro	En interior pirámide
	Est.1: caracol completo, 1 proyectil, 1 navaja prismática	3 (2 puntas de proyectil, 1 navaja prismática)	1 (hacha)		7 (1 bezote, 1 penate y cuentas)	4		Ents. 22, 23	1 cáñido		15+Ro	En tumba 3, interior pirámide
	Est.1, tres pendientes	1 navaja	1 hacha		1	1 (vaso)		Ents. 22, 23			4+Ro	Tumba 3 en Pirámide
	Est. 1. dos cuentas de concha	1 punta de proyectil (Shumla), 1 disco de cartera	1 mano			6		Ent. 28			9+Ro	Entierro en pirámide
	1 Cuenta de caracol		1 (disco de cartera)			1 (sahumador)		Ent. 5	huesos óptico de ave y de punta		2+Ro	Entierro en Cista en pirámide
	Est. 1, 6 (Cuentas y pendientes de concha)	3 Navajas prismáticas				3 (1 vaso en forma de pie con huarache y cascabeles)		Ents. 31 y 32	1 cornillo		6+Ro	Entierros en pirámide
C.J.P.5	Est. 1., Orejera de caracol		2 Metales (1 cerrado)			5		Entierro 41, múltiple (41A, 41B y 41C)	1 asta venado		7+Ro	Entierros en pirámide
	Est. 1., 2 Cuentas	1 (navaja autosacrificio)	2	1	2	1		Entierro 21, múltiple (21A, 21B y 21C)			8+Ro	Tumba 3 en Pirámide
	Est. 1., 2 Cuentas y 1 anillo	1 punta de proyectil	2 manos molinda			7		Ents 28 y 29			11+Ro	Entierros en pirámide
	Est. 1., Collar de 12 cuentas, (1 pendiente)					3		Ent. 30			3+Ro	Entierro en pirámide
	Est. 1., 3 cuentas de concha	1 (navaja)	1 (hacha)			1		Ent. 23			4+Ro	Entierro en pirámide
	Est. 1., Ent. 3, El. 61, 1 cuenta circular.				1 pendiente de obsidiana			Entierro 3	Huesos			Entierro Pirámide
	Est. 1. elemento 41, 1 cuenta circular				1 cuenta verde	5		huesos quemados	esqueleto de animal			En interior pirámide
	Est. 1., Entierro 33, 1 cuenta circular							Entierro 33				Entierro en pirámide

● Fig. 8 Elementos culturales asociados al material conchiliológico (continuación)

C.J.P.6	Pendiente de concha	15 navajas prismáticas							Ent. 2					15+Ro	Entierro en pirámide		
	Pendiente caracol	1 Cincel	1 (Incensario pequeño)											3	1 (Punzón de hueso)	Relleno muro Estructural II	
	Botón													1+Ro		Entierro en pirámide	
C.J.P.7	Orejera concha y fragmentos quemados													1	Huesos	Est. 37, Cista 6 en pirámide	
	Colgante caracol	2 Núcleos de obsidiana												7+Ro	Huesos varios	Tumba, entierro 7 en estructura 27	
	Cuenta concha		1 metalé											3+Ro		Entierro en Altar	
	Fragmento de concha trabajada													5+Ro	Varios	Relleno de Estruct. 31	
	139 cuentas de caracol	100 (66 navajas y 34 lascas)												132+Ro	1 felino	Estructura 25, entierro 17 (en Altar) Fragmentos de copal.	
C.J.P.9 (Unidad 579)	1 cuenta circular													1+Ro		Entierro en Altar.	
	1 cuenta tubular													V+Ro		Fuera de cista en Pirámide (Caja III)	
	1 Caracol completo		1 (paleta para pintar)											26+Ro		Entierro en Cista al interior de Pirámide	
	10 Fragmentos de caracol, 1 herramienta, 6 cuentas (6 de concha y 1 de caracol)	3 (1 punta de proyectil, 1 raspador sobre lasca y 1 navaja)												6	1 (Punzón hueso)	En relleno de Pirámide	
	Fragmentos de caracol y de 2 objetos indefinidos	1 punta de proyectil (palmilla)	4 (piedras labradas)											10+Ro		Entierros en Pirámide	
	2 cuentas de caracol y 2 pendientes	1 Navaja de obsidiana												1+Ro	Varios (1 escápula, huesos ave y otro animal, quemados)	Entierro en Pirámide	
	1 botón concha, 1 cuenta cilíndrica de caracol y 1 caracol entero	4 (2 raspadores, 1 punta de proyectil, 1 navaja)												6+Ro	huesos quemados	Entierros en Pirámide	
	1 Cuenta tubular de concha																en Relleno de Pirámide
	3 Pendientes de concha	1 Navajilla	1 braserito miniatura											3		en Relleno de Pirámide	
	2 Objetos triangulares caracol prismáticos, y 1 cuenta discoidal de concha	10 (6 Navajas Prismáticas, 3 Raspadores de Obsidiana y 1 "Franchet")	1 (Fragmento cincel)	3 (2 cuentas verdes y 1 bastón de mando)										15+Ro	1 (Onchicha huaztli)	Entierro en Pirámide	

Unidad 9 (Plaza Central)	3 cuentas de caracol (tubular, cilíndrica y discoidal)	100 Objetos (67 navajas prismáticas, 8 lascas, 20 Navajas de crotala, 13 "tranchet" y 1 punta de proyectil)	1 (peso chico)	1 (falo de piedra)	10, (1 bastón de mano, 6 cuentas p. verde, 1 plaquita verde, 1 pendiente piedra con fosiles, 1 lasca p. verde)	1 (miniatura)	1 orejera sólida corta)	1 cráneo (decapitado) y huesos dispersos	escápulas de venado quemados	3 (1 cuenta tubular de hueso, 1 aguja hueso, 1 fragmento punzón)	126 (+ varios escápulas de venado quemados)+Ro	Ofrenda a Falo de piedra sobre piso cista, al interior de pirámide
	Fragmentos de Caracol .							Fragmentos		2 artefactos en hueso de animal.		Al interior de la Pirámide
Unidad 9 (Plaza Central)	Fragmentos de Caracol							Fragmentos	Escápula de Venado			Al interior de la Pirámide
	Caracol completo (con dos perforaciones); 1 botón y una cuenta de caracol	4 (2 raspadores, 1 punta de proyectil, 1 navaja prismática)	1 (fragmento de metate)	1 vaso	1 vaso			Ent. 3 múltiple (5 cráneos y algunos huesos largos) y ent. 2	huesos quemados		6 + Ro	Entierros en Interior Pirámide
Unidad 9 (Plaza Central)	3 cuentas de caracol	3 cuentas de caracol	2 (pesos de red)	4 (cuentas de piedra)	4 (cuentas de piedra)	1 (miniatura)		Ent. 17 (sólo cráneo)	1 felino	2 en hueso (1 punzón y 1 cuenta)	9+Ro	Entierro en Pirámide
	2 placas rectangulares y 2 pendientes	3 (Navajas prismáticas de obsidiana)	2 (pesos de Atlati de onix)	2 (cuentas verdes)	2 (cuentas verdes)	1 fejo ovalado)		Ent. 16	1 felino	1 (Punzón de hueso)	9+Ro	Entierro en Pirámide
Unidad 10 (El Palacio)	3 cuentas concha (2 cóncavas y 1 discoidal)	5 (3 cuchillos y 2 navajas prismáticas)		5 (2 cuentas de p. verde, 1 placa p. verde, 1 figura (reptil?) de piedra verde, 1 figurilla de piedra verde)				Entierro 2 (cinco cráneos)	4 cráneos; dientes de "jabali" y escápula de venado y huesos de lobo		10+Ro	Entierro múltiple en cista 2, en Pirámide
	1 caracol (completo chico)	3 (navajas)						Entierro 2 (cinco cráneos)	(4 cráneos, dientes de jabali y escápula de venado)	3+Ro		Al exterior de cista 2 en Pirámide (Entierro múltiple)
Unidad 51	4 cuentas circulares, 1 pendiente (todos de caracol)											En escombros de saqueo Pirámide
	3 "medias lunas de concha"	4 (navajas prismáticas de obsidiana)	4 (2 hachas de piedra, 2 pulidores)	1 mano metate	1 Fragmento orejera verde (reutilizada)			algunos huesos humanos			9+Ro	Al pie Oeste del Altar
Unidad 201 (Plaza de los cuchillos fríos)	Punzón de caracol		1 mano metate	4				Entierro 1 (secundario múltiple)			5+Ro	Entierro en Pirámide
	1 cuchara caracol y 1 cuenta de concha	19 (11 cuchillos, 6 navajas, 1 lasca y 1 "tranchet")	2 (1 mano y una vasijita)	4 ("Queso" en basalto y 3 esculturas)	1 (cuenta piedra verde)	4	8 (1 fejo y 7 flecos)	huesos quemados	huesos quemados (1 cornamenta de venado)		38+Ro	En cista 4 al interior de Pirámide
Varios	2 pendientes de concha	6 (navajas prismáticas)					1 flesto	Fragmentos de huesos humanos			7+Ro	En cista 1 en Pirámide
	Fragmentos quemados	2 (1 cuchillo y un tranchet)	1 caracol de piedra			1 miniatura		Huesos Fragmentados			4+Ro	Al pie Oeste del Altar
	Suma de objetos	313	42	18	88	95	15	34 Entierros más otros huesos	21 más otros huesos	15	584+Ro (42: entierros humanos y huesos de animal).	Salvo 6 casos los demás en interior de Pirámide

tos de concha. Como puede observarse en dicha fig. 8, se localizan en los contextos con material conchiliológico otros elementos culturales: lítica tallada o pulida, como escultura en piedra; objetos de lapidaria, elementos de cerámica (recipientes y otros), artefactos en hueso y escaso material orgánico (restos de copal) que llegan a nosotros. También se encuentran asociados a restos físicos humanos —ya se trate de enterramientos o de huesos aislados— y a restos óseos de animal.

Predominan los objetos de lítica tallada, con 313 elementos (53.59%), y entre éstos el mayor número corresponde a las navajas prismáticas de obsidiana (195), incluyendo las específicas para autosacrificio (García Cook-Merino Carrión, 2005) con 62.30% del total de lítica tallada; le siguen en importancia las lascas, con 43 elementos (12.99%), en seguida, con tan sólo 20 elementos (6.04%) y todos en un solo contexto, las navajas de cresta, y en cuarto lugar se encuentran los cuchillos (bifaciales) como los cortadores o “tranchet”. Sólo hay 42 objetos (7.19% del total) de lítica pulida, y 21 corresponden a objetos de molienda: diez manos y siete metates, tres morteros, una paleta y siete hachas, cuñas y cinceles de piedra pulida. Otros elementos culturales que aparecen en buen número (88, equivalente a 15.06% del total) son los objetos de lapidaria: cuentas y pendientes de piedra verde en su mayoría, se localizó también un pequeño recipiente en piedra fina verde jaspeada; dos figurillas, la representación de un reptil, dos bastones de mando y dos bezotes, entre otros. Debemos mencionar también la existencia de 110 objetos cerámicos, tratándose en su gran mayoría (95) de recipientes (16.25% del total) y sólo tres figurillas,⁹ dos orejeras sólidas cortas, dos tejos y tiestos.

Respecto a restos de animales en asociación directa con el material conchiliológico, podemos agregar que están presentes 21 individuos, más otros huesos y fragmentos, de los cuales existen 20 casos en que se pudo identificar el género y/o la especie. Destaca por el mayor número de ejem-

plares el Venado Bura (*Odocoileus hemionus*): una escápula de la Unidad 9, pozo 1, elemento 54, además de 42 escápulas asociadas al elemento 91 (falo); un *Omechicahuastli* en escápula derecha en la Unidad 9, pozo 1, nivel 2; escápula y ulna en el Conjunto de Juego de Pelota 7, Estructura 27. Le sigue, por número, el puma (*Puma concolor*): vértebras caudales del Conjunto de Juego de Pelota 5, Estructura 8, Entierro 5; mandíbula con corte en Conjunto de Juego de Pelota 7, Estructura 37; restos óseos de la Unidad 9, Entierro 16 y 17; punzón en metatarso derecho en Unidad 9, pozo 1, nivel 3, y punzón en radio izquierdo en la Unidad 9, pozo 1, nivel 3. Del perro (*Canis familiaris*) únicamente hay dos casos en asociación con material de concha, uno del Conjunto de Juego de Pelota 5, Estructura 1, entierro 3, y mandíbula con corte de la Unidad 9 (Plaza Central) del pozo 1, Entierro 8. Hay también presencia de lobo (*Canis lupus*), igualmente con dos ejemplares de mandíbula con corte: uno de El Palacio, en cista 2, y otro del Conjunto del Juego de Pelota 7, Estructura 27. Del venado cola blanca (*Odocoileus virginianus*) sólo se localizó un elemento en el Conjunto de Juego de Pelota 5, Entierro 41 c; aunque se cuenta con otros restos de venado (*Odocoileus sp.*) localizado en el Conjunto de Juego de Pelota 7, Estructura 31; por último debemos mencionar los restos de un lince (*Linx rufus*), el cual estuvo asociado con restos malacológicos del Conjunto de Juego de Pelota 7, Estructura 37 (Valentín, 2012; Valentín y Zúñiga, 2011).

Entre los materiales de concha que venimos tratando predominan las cuentas y pendientes, elementos de adorno personal que debieron utilizar únicamente los personajes de alta jerarquía, pues se trata de material importado de lugares lejanos. Lo mismo podemos decir de materiales como los punzones y la pequeña cuchara, que debieron igualmente haber sido parte del ajuar utilitario de algún personaje importante. Se exceptúan los siete caracoles enteros que debieron haber tenido otro significado, aparte de tratarse de un instrumento musical. Todos ellos fueron depositados al interior de cistas o tumbas y siempre formando parte de una gran ofrenda, entre ellas de enterramientos humanos, en cinco de los siete casos a enterramientos humanos múltiples.

⁹ No olvidar que en Cantona sólo se localizan figurillas de cerámica en etapas del Formativo —PreCantona y Cantona I—, en Cantona II y Cantona III no se produjeron figurillas; las escasas que se conocen son de procedencia extrarregional.

Fig. 9 Material conchilológico identificado

PROCEDENCIA DEL MATERIAL	CLASE DE MATERIAL	ESPECIE IDENTIFICADA	NOMBRE COMÚN	COMENTARIOS	
C.J.P.5	Estructura 8, Cista 2	<i>Spondylus</i> sp.	almeja espinosa	Asociado a un cráneo humano, huesos de mamífero y de ave	
	Estructura 8, Cista 2	<i>Spondylus</i> sp.	almeja espinosa	Asociado a un cráneo humano, huesos de mamífero y de ave	
	Estructura 8, Cista 2	<i>Spondylus</i> cf. <i>princeps</i> .	almeja espinosa	Asociada a una ofrenda dentro de una cista localizada al interior de una estructura elevada	
	Estructura 8, Cista 2	<i>Spondylus</i> sp.	almeja espinosa	Asociada a una ofrenda dentro de una cista localizada al interior de una estructura elevada	
	Estructura 1, Entierros 22 y 23	<i>Pleuroploca gigantea</i>	caracol	Asociado a entierros humanos, artefactos de litca tallada y pulida; cerámica, lapidaria y huesos de cáñido. Localizado al fondo de la tumba.	
	Plaza 1, Pozo 3, n.3, Elem. 40	<i>Spondylus princeps</i>	almeja espinosa	Asociado a huesos humanos y de animal	
	Est. 1, Elemento 61	<i>Spondylus princeps</i>	almeja espinosa	Asociado a un pendiente de obsidiana, a Ent. 3 y huesos de animal	
	Est. 1, Elemento 41	<i>Spondylus princeps</i>	almeja espinosa	Asociado a 1 cuenta verde, 5 vasijas y huesos humanos y de animal	
	Est. 1, Entierro 22	<i>Spondylus</i> sp.	almeja espinosa	Asociado a gran ofrenda en cista al interior de la Pirámide.	
	Est. 1, Entierro 5	<i>Spondylus</i> sp.	almeja espinosa	Asociado a 1 disco de cantera, 1 sahumador y un pico de ave	
	Est. 1, Entierro 23	<i>Spondylus</i> sp.	almeja espinosa	Asociado a gran ofrenda en cista al interior de la Pirámide	
	Est. 1, Entierro 21 A	<i>Spondylus princeps</i>	almeja espinosa	Asociado a litca, escultura, lapidaria, vasija, 2 punzones de hueso	
	Est. 1, Entierro 21 B	<i>Spondylus princeps</i>	almeja espinosa	Asociado a litca, escultura, lapidaria, vasija, 2 punzones de hueso	
	Est. 1, Entierro 22	<i>Spondylus princeps</i>	almeja espinosa	Asociado a gran ofrenda en cista al interior de la Pirámide.	
C.J.P.6	Est. 1, Entierro 30	<i>Spondylus</i> sp.	almeja espinosa	Asociado a tres recipientes de cerámica	
	Est. 1, Entierro 33	<i>Oliva</i> cf. <i>julietta</i>	caracol oliva	Asociado sólo a enterramiento humano	
	Estructura 1, Entierro 5	<i>Spondylus</i> sp.	almeja espinosa	Asociado a enterramiento humano y una olla fírmora, al interior de la pirámide.	
	Estructura 11, Muro Este	1 Botón quemado	almeja espinosa	En el relleno del muro, asociado a un cincel de piedra y un punzón de hueso	
	Estructura 2, Entierro 1	1 Pendiente	caracol oliva	Asociado a un enterramiento humano al interior de un altar, asociado a otros elementos culturales.	
	Estructura 31, Relleno	1 Cuenta	almeja espinosa	En relleno de estructura arquitectónica, asociado a huesos de animal	
	Estructura 27, Entierro 7	Fragmento de pendiente	caracol oliva	Entierro en Tumba, asociado a dos núcleos de obsidiana, restos y artefactos en hueso.	
	Estructura 27, Entierro 7	1 Pendiente	caracol oliva	En cista al interior de pirámide, asociado a varios elementos culturales.	
	Pozo 8, Cista, Entierro 2	1 Caracol-Trompeta	<i>Pleuroploca gigantea</i>	Asociado a 1 metalte, 1 vasija, una orejera y Ent. 1	
	Est. 2, Entierro 10 "A"	1 Cuenta circular	<i>Spondylus princeps</i>	Asociado a la litca tallada, lapidaria, entierro 17 y félino.	
C.J.P.9	Est. 25, Ent. 17	43 cuentas varias	almeja espinosa	Asociado a litca tallada, lapidaria, Entierro 17 y félino.	
	Est. 25, Ent. 17	93 cuentas circulares	almeja espinosa	Asociado a litca tallada, lapidaria, Entierro 17 y félino.	
	Pozo 1, Elemento 45	Pendiente	almeja nacarada	Ofrenda al interior de la Pirámide: navaja, brasero y una vasija	
	Pozo 1, Entierro 17, Elemento 86	1 Cuenta circular	almeja espinosa	Asociada a entierro humano y otros elementos culturales localizados al interior de la pirámide. La cuenta presenta restos de fibras vegetales adheridas.	
	Pozo 1, Entierro 8, elemento 64	1 Pendiente y 1 Cuenta	almeja espinosa	Asociados a entierro humano, una vasija huesos de mamífero y ave, localizados al interior de la pirámide.	
	Pozo 1, Entierro 11	1 Cuenta discoidal	almeja espinosa	Asociado a enterramiento humano y elementos culturales que formaban parte de la ofrenda (litca, cerámica y huesos de animal)	
	Pozo 1, Entierro 3, Elem. 27	Orejera	almeja espinosa	Asociado a enterramiento humano múltiple, y elementos culturales parte de la ofrenda (vasija, caracol y fragmentos metalte).	
	Pozo 1, Entierro 1, Elemento 87	1 Cuenta rectangular	almeja espinosa	Enterramiento humano al interior de la pirámide, asociado a otros elementos culturales y restos óseos de félino (<i>Fuma concolor</i>)	
	UNIDAD 9, (PLAZA CENTRAL O DE LA FERTILIZACIÓN DE LA TIERRA)				

● Fig. 9 Material conchiliológico identificado (continuación)

UNIDAD 9 (PLAZA CENTRAL O DE LA FERTILIZACIÓN DE LA TIERRA)	Pozo 1, Entierro 16	Fragmento de pendiente	<i>Spondylus cf. princeps</i>	almeja espinosa	Enterramiento humano al interior de la pirámide, asociado a otros elementos culturales y restos óseos de felino (<i>Fuma concolor</i>)
	Pozo 1, Entierro 16	2 Placas rectangulares	<i>Spondylus cf. princeps</i>	almeja espinosa	Enterramiento humano al interior de la pirámide, asociado a otros elementos culturales y restos óseos de felino (<i>Fuma concolor</i>)
	Pozo 1, Entierro 16	1 Pendiente rectangular	<i>Unio</i> sp.	almeja nacarada de río	Enterramiento humano al interior de la pirámide, asociado a otros elementos culturales y restos óseos de felino (<i>Fuma concolor</i>)
	Pozo 1, Elemento 45	1 Pendiente rectangular	<i>Unio</i> sp.	almeja nacarada de río	Ofrenda al interior de la Pirámide (Navaja, brasero y 1 vasija)
	Pozo 1, Relleno Pirámide	1 Pendiente rectangular	<i>Unio</i> sp.	almeja nacarada de río	Ofrenda al interior de la Pirámide (lítica, lapidaria, felino, Ent. 16)
	Pozo 1, Elemento 29	Fragmento de caracol	<i>Turbinella argulata</i>	caracol	Ofrenda en relleno, al interior de la pirámide.
	Pozo 1, Elemento 25	Fragmentos quemados	<i>Pleuroloca gigantea</i>	caracol	Al interior de la pirámide, presenta huellas de corte.
	Pozo 1, Entierro 8, Elemento 64	1 Pendiente	<i>Spondylus</i> sp.	almeja espinosa	Asociados a entierro humano, una navaja, huesos de mamífero y ave, localizados al interior de la pirámide.
	Pozo 1, Entierro 8, Elemento 64	1 cuenta rectangular	<i>Spondylus princeps</i>	almeja espinosa	Asociados a entierro humano, una navaja, huesos de mamífero y ave, localizados al interior de la pirámide.
	Est. 1, Pozo 1, entierro 4	1 cuenta	<i>Spondylus princeps</i>	almeja espinosa	Asociado a Ent. 3, vasija, fragmento metate y orejera de caracol
	Est. 1, Pozo 1, Entierro 13	1 columna quemada	<i>Strombus gigas</i>	caracol	Asociado Entierro 13 y huesos de animal.
	Est. 1, Pozo 1, Elemento 25	Fragmentos	<i>Strombus gigas</i>	caracol	Asociado cerca de Entierro Humano con abundante ofrenda
	Est. 1, Pozo 1, nivel 2	Fragmentos	<i>Strombus gigas</i>	caracol	Asociado a restos de hueso de animal
	Est. 1, Pozo 1, nivel 3	Fragmentos	<i>Strombus gigas</i>	caracol	Asociado a restos de hueso de animal
	Est. 1, Pozo 1, bajo cista 2	Fragmentos	<i>Strombus gigas</i>	caracol	Asociado a fragmentos de huesos humanos y de animal
UNIDAD 10 (EL PALACIO)	Escombro en escalinata	1 Pendiente	<i>Oliva cf. porphiria</i>	caracol	Dentro del escombro, lado norte de la escalinata de la pirámide
	Est. 1, Ent. 11, Elem. 24	1 ejemplar	<i>Strombus alatus</i>	caracol	Asociado a Entierro 2, 3 navajas, lapidaria y huesos de animal
	Est. 1, Cista 2, Ofrenda 9	2 orejeras	<i>Chama echinata</i>	concha	Asociado a Entierro 2, 3 navajas, lapidaria y huesos de animal
	Est. 1, Cista 2, Ofrenda 9	1 círculo	<i>Spondylus princeps</i>	almeja espinosa	Asociado a Entierro 2, 3 navajas, lapidaria y huesos de animal
	Plaza, Pozo 1, capa 1	fragmentos quemados	<i>Pleuroloca gigantea</i>	caracol	Asociado a 1 cuchillo, 1 tranchet, esculturas de caracol y una vasija
UNIDAD 201	Cima, Pozo 1, cista 4	1 pendiente quemado	<i>Oliva</i> sp.	caracol	Asociado a abundante lítica, 11 cuchillos, 6 navajas, 1 lasca, 1 tranchet, 2 lítica pulida, 4 esculturas, 1 lapidaria, 4 vasijas de cerámica, 1 tejo, fragmentos de huesos humanos y de animal, quemados.

<i>Spondylus princeps</i> (S. cf. <i>Princeps</i>)	62
<i>Spondylus</i> s.p.	107
<i>Oliva</i> cf. <i>juleta</i> (1 <i>Oliva</i> sp.)	5
<i>Strombus gigas</i>	5
<i>Pleuroloca gigantea</i>	4
<i>Unio</i> sp.	4
<i>Oliva</i> cf. <i>porphiria</i>	1
<i>Turbinella argulata</i>	2
<i>Strombus alatus</i>	1
<i>Chama echinata</i>	2
TOTAL	193

Las especies y procedencia de los materiales conchiliológicos

Ya que la gran mayoría de los objetos en concha corresponden a elementos manufacturados, cuya materia prima original fue completamente transformada, resulta difícil para el especialista lograr una identificación específica para cada objeto, ya que —además de su transformación en objetos ornamentales— la erosión causada por los agentes naturales, así como el tiempo transcurrido, impiden una identificación precisa. Tanto las cuentas como los pendientes —la mayoría de elementos con que contamos— son xenomorfos cuya manufactura y transformación total del objeto base (concha) hacen imposible la identificación de la especie. Sólo de las automorfos es factible llegar a su clasificación taxonómica, pues en este caso, y a pesar de las transformaciones a que son expuestas, mantienen la forma original de la concha.

En la fig. 9 se enlistan los materiales conchiliológicos en los que, pese a todo, fue posible es-



Fig. 11 Caracol-Trompeta: *Neuroploca gigantea* (dos vistas).

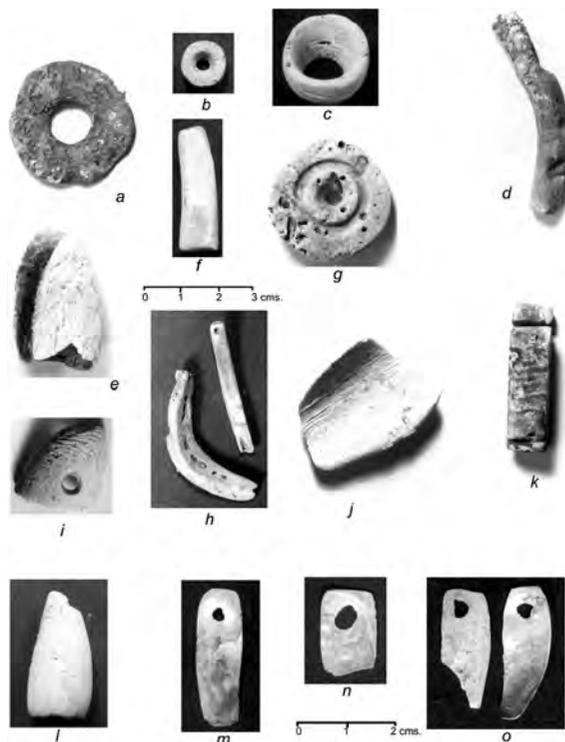
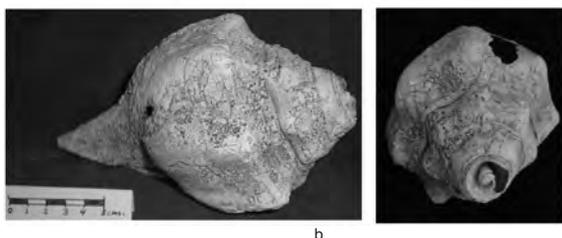


Fig. 10 a-d *Spondylus* sp.; e-h *Spondylus* cf. *princeps*; i-l *Oliva* cf. *Julieta*; m-o *Unio* sp.

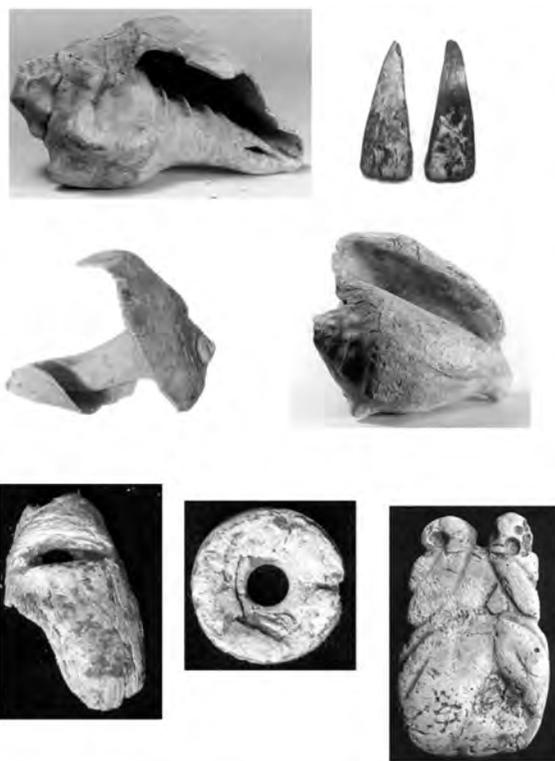
tablecer su correspondiente género y especie. Cabe aclarar también que aún no se ha concluido con el análisis de identificación, pues varios de los materiales conchiliológicos aquí analizados se han recuperado durante las últimas temporadas de exploración, por lo cual varios de estos elementos han sido entregados recientemente para su correspondiente identificación; sin embargo, ya se cuenta con algunos elementos plenamente identificados (Valentín y Zúñiga, 2011; Velázquez Castro, 2010), y entre ellos destacan nueve especies diferentes:¹⁰ *Spondylus princeps* y *Spondylus* sp.; *Oliva julieta*, *Oliva porphyria*; *Unio* sp; *Turbinella angulata*; *Strombus gigas*; *Strombus alatus*; *Chama echinata* y *Pleuroploca gigantea* (figs. 10-14).

De 193 elementos conchiliológicos identificados destaca el género *Spondylus* con 169 ejemplares, de los que la especie *Spondylus princeps* cuenta con 62 muestras. Además se realizó un

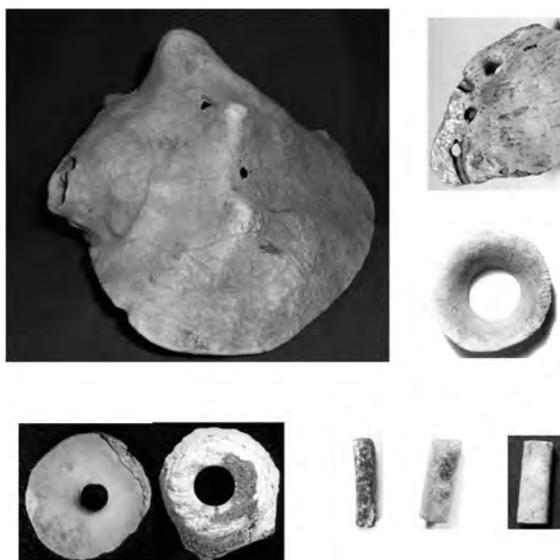
¹⁰ Este cuadro (fig. 9) difiere del publicado en 2010, ya que posterior a esta publicación fueron identificados más de 160 elementos conchiliológicos adicionales a los presentados en esa ocasión. Asimismo, para 2010 sólo se habían identificado cinco especies y al presente se conocen nueve.



© Fig. 12 a) *Pleuroploca gigantea*; b) *Turbinella-angulata*.



© Fig. 13 Material de estudios no identificado.



© Fig. 14 Caracol, orejeras y pendientes no identificados.

estudio específico de un caracol-trompeta cuya identificación es la siguiente:

Phylum Mollusca
 Clase Gastropoda
 Orden Neogastropoda
 Familia Fasciolariidae
Pleuroploca gigantea (Kiener, 1840)

Se trata de un ejemplar adulto al que le faltan las cuatro primeras espiras del ápice. Mide 49.5 cm de largo (aunque le faltan aproximadamente 4 cm) por 24 cm de ancho. Se trata de un instrumento musical, y al parecer bastante utilizado, ya que se le observa muy desgastado. No sólo cuenta con la boquilla, que tiene una fractura antigua, sino además los nódulos están más resaltados que lo normal debido a un ligero canal realizado alrededor de cada nódulo; también tiene otra acanaladura paralela a la sutura de cada espira, empezando desde la abertura externa del labio, sobre los nódulos y sube en espiral hasta la cuarta espira; tiene otros dos canales, uno más visible que otro, y ambos parten del eje columelar aproximadamente desde el labio interno, girando hacia abajo hasta el labio externo (Valentín, 1997) (fig. 11).

Al realizar la identificación, Norma Valentín consideró que este ejemplar de caracol fue coleccionado en la playa, pues presenta huellas de haber estado expuesto a la intemperie por un periodo prolongado y tiene fracturas en algunas regiones, además de golpes, porosidad y huecos hechos por otros animales.

La fractura que presenta en las primeras espiras pudo haber sido hecha con anterioridad con el fin de sacar el animal del caracol y comerlo, ya que para desprender el cuerpo del molusco del caracol es necesario quitar las primeras espiras para que sea más fácil la extracción. Lo más probable es que este ejemplar se haya recolectado posteriormente, para ser trabajado y utilizado como trompeta (Valentín, 1997).

De acuerdo con Abbott (1974, citado en Valentín, 1997) de esta especie de caracol se conocen ejemplares que llegan a medir hasta 70 cm de longitud; habitan en el Golfo de México, en praderas marinas, con algas y sustratos arenosos, de aguas poco profundas. Este género de caracol y otros más, también de tamaño considerable —como cinco de los siete ejemplares completos aquí referidos— fueron, y son, utilizados como instrumento musical, para sus diferentes festividades y ritos, así como en sus acciones bélicas, además, desde luego, de haberse utilizado como alimento.

En el caso de Cantona, los siete ejemplares completos de caracol fueron depositados al interior de cistas o tumbas, y en todos los casos acompañados por restos humanos, de un solo individuo o hasta cinco; al parecer, con seguridad en tres casos, y con probabilidad en otros dos, el caracol constituye la “ofrenda” principal del conjunto en sí, y en tres casos pensamos que toda la ceremonia giró en torno a ese caracol. Esto es posible si consideramos que para el pensamiento y el ritual prehispánico la presencia del caracol está estrechamente relacionada con los ritos de la fertilidad, está ligada al agua y a los poderes generativos de la tierra y de la relación que el caracol tiene con la luna, y con la fertilidad humana y de la tierra (Velázquez, 2000).

Conviene recalcar que todos estos ejemplares completos de caracol fueron localizados en con-

textos correspondientes a Cantona I tarde y a Cantona II (200 a.n.e.-600 d.n.e). Con seguridad, el ejemplar procedente de la Unidad 579 o Conjunto de Juego de Pelota 9 corresponde a un elemento de Cantona I tardío (por el 100 a.n.e.), lo mismo que el caracol localizado al fondo de la cista de la pirámide del Conjunto de Juego de Pelota 1 (150 a.n.e.) y del que formó parte de la ofrenda de una cista al interior de la pirámide de El Palacio; a su vez, el ejemplar localizado al pie de la Estructura 3 (altar) del Conjunto de Juego de Pelota 5 fue depositado hacia el final de Cantona II e inicio de Cantona III (600-650 d.n.e.). Los otros tres quedan ubicados entre el 1 y 450 d.n.e.

Sólo en el caso de estos caracoles completos podemos asegurar que tuvieron un carácter simbólico en la realización de los rituales para su deposición, ya que en todos los demás casos (cuentas, pendientes, botones, orejeras) la presencia de objetos de concha y caracol se relaciona con elementos de la indumentaria del personaje sacrificado y/o sepultado. Es probable que los restos de caracol quemados tuvieran también un carácter ritual simbólico. Sin embargo, es necesario tomar en cuenta los diferentes contextos en que los objetos de concha se encuentran, ya que en algunos casos están asociados con piedras de color verde, elementos estrechamente vinculados a los cultos o ritos de fertilidad; tal es el caso del collar de 139 cuentas de caracol, a las que se asocian 27 cuentas esféricas y cinco tubulares en jade; las tres medias lunas que circundan una orejera trabajada como cuenta de piedra verde; las esculturas antropomorfa y zoomorfa (lagartija), ambas de piedra verde, asociadas a dos cuentas de valva y un pequeño caracol ubicados dentro de la cista 2 de la pirámide de El Palacio, donde la lagartija es símbolo de prosperidad del agua y de la lluvia (Velázquez, 2000).

En cuanto a la procedencia de los materiales malacológicos, con base en los materiales identificados podemos observar que están presentes elementos que provienen de la Provincia Panámica del Pacífico, aguas templadas que se extienden desde California hasta el Ecuador, donde destacan para uso como ornamentos las *olivas*, el *Murex*, el *Spondylus* y la *Malea*; en Cantona se han identificado: *Oliva julieta*, *Oliva porphyria* y

Spondylus princeps; de este último se tienen bastantes ejemplares (figs. 9 y 10).

También hay materiales conchiliológicos procedentes del Atlántico, de la Provincia de El Caribe, que es de clima tropical y agua templada, y las especies más comunes para uso de ornato e instrumentos musicales son *Strombus*, *Turbinella* y *Pleuroplocas*, entre otros. En Cantona están presentes el *Strombus gigas* (cinco objetos), la *Turbinella angulata* (uno) y la *Pleuroploca gigantea* (cinco objetos), además de las conchas de agua dulce tales como los *Unio* sp. (cuatro elementos) [cabe aclarar que no se incluyen los materiales recientes, aún no identificados].

Sobresalen, por el gran número de elementos, los materiales procedentes de la Costa del Pacífico, en el Occidente de México, los que se tratan tan sólo de cuatro géneros, igual que los procedentes del golfo; sin embargo cuentan con 176 ejemplares.

De esta manera, podemos señalar que los materiales de concha que han podido identificarse forman parte de los intercambios que Cantona mantuvo con regiones del Golfo de México y del Occidente, ya sea de manera directa o a través del “comercio” realizado de manera indirecta por medio de intermediarios. Esta cuestión ya la habíamos tratado (García Cook y Merino Carrión, 1997), con base en la evidencia que proporcionan otros materiales culturales (cerámica, lítica, escultura, lapidaria, etcétera) presentes en Cantona y procedentes de las regiones ya señaladas, así como de material elaborado por Cantona —básicamente objetos de obsidiana— presentes en dichos lugares. Esto no debe sorprendernos, pues conocemos la existencia de un fuerte “comercio” o intercambios desde etapas muy tempranas, el cual se intensifica a partir del inicio del llamado periodo Clásico (Cantona II). Se conocen ya una serie de rutas comerciales para el territorio que actualmente ocupa nuestro país, entre ellas la ruta comercial Golfo-Sur al Altiplano Central o “corredor teotihuacano” (García Cook 1976; García Cook y Trejo Alvarado, 1977; García Cook-Merino Carrión, 1977; García Cook y Zamora Rivera 2010), en la que Cantona tuvo una fuerte presencia económica; rutas comerciales en las que circularon una serie de productos (alimenticios, utilitarios, suntuarios, exóticos, etcétera) y de materias

primas, entre las cuales se encuentran tanto pelecípodos como gasterópodos (Suárez, 1991) que circulan como objetos ya trabajados o como materia prima para ser transformada en su destino final. En Cantona todo parece indicar que los objetos conchiliológicos llegaron ya trabajados, con excepción de los gasterópodos o univalvos, los cuales fueron transformados dentro de la ciudad para fabricar trompetas.

Por último, en cuanto a las técnicas de manufactura utilizadas en la fabricación de los objetos, está presente la de corte por desgaste y la perforación cilíndrica para cuentas y pendientes, así como la de desgaste por aserrado, utilizada comúnmente para el corte del caracol; tenemos cuentas muy pequeñas que podrían proceder de la columela de un gasterópodo o de la espira de un caracol; también hay univalvos completos, a los que por medio de la técnica de aserrado se les cortó la punta, dejando así un orificio en la parte centro superior de la concha. Las “medias lunas” es probable que provengan de bivalvos, realizadas mediante corte por desgaste; las piezas son muy delgadas y se encuentran muy erosionadas, tal vez formaban una especie de pectoral que rodeaba una orejera de piedra verde, desgastada en la parte posterior para ser reutilizada como cuenta circular (Velázquez Castro, 2010).

Las investigaciones en Cantona continúan y los estudios sobre materiales específicos también; se está en espera de conocer un mayor número de especies identificadas en materiales de concha. Para 2012 contamos con 50 elementos adicionales de material de concha, en relación con los revisados en 2005; de éstos destacan cuentas y pendientes, así como fragmentos de estos materiales y objetos incinerados (figs. 15-16); los materiales que no han sido analizados, en cuanto a género o especie, pronto se entregarán a los especialistas para su estudio.

Las exploraciones continúan, y con ello se siguen obteniendo diversos materiales culturales. A medida que se cuente con mayor y más amplia información se continuará escribiendo sobre los diversos objetos, rasgos y elementos culturales que fueron utilizados y formaron parte de las actividades de los grupos humanos que habitaron Cantona.

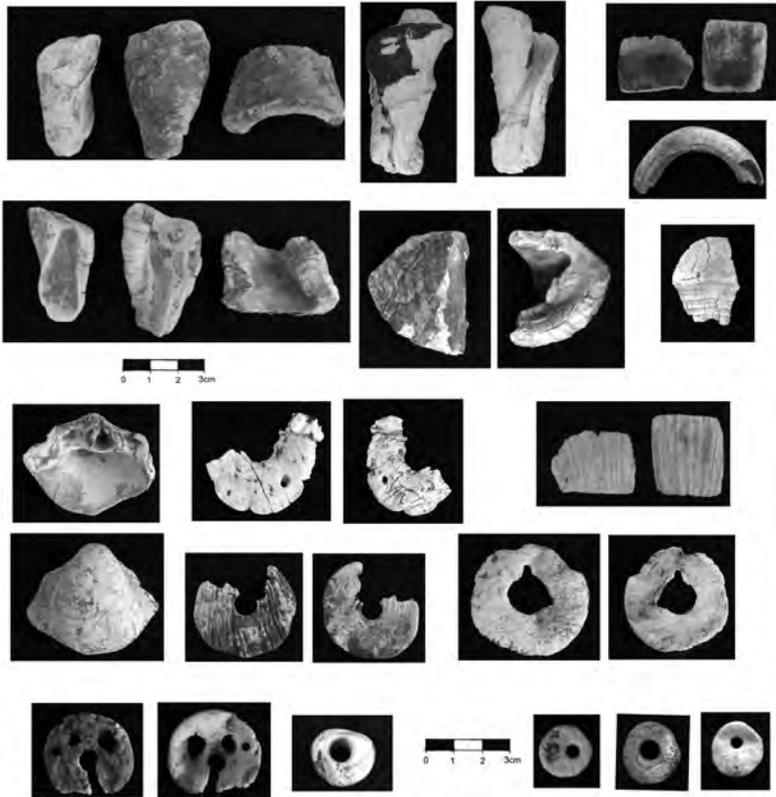


Fig. 15 Material conchiliológico sin revisar, por tanto no identificado.

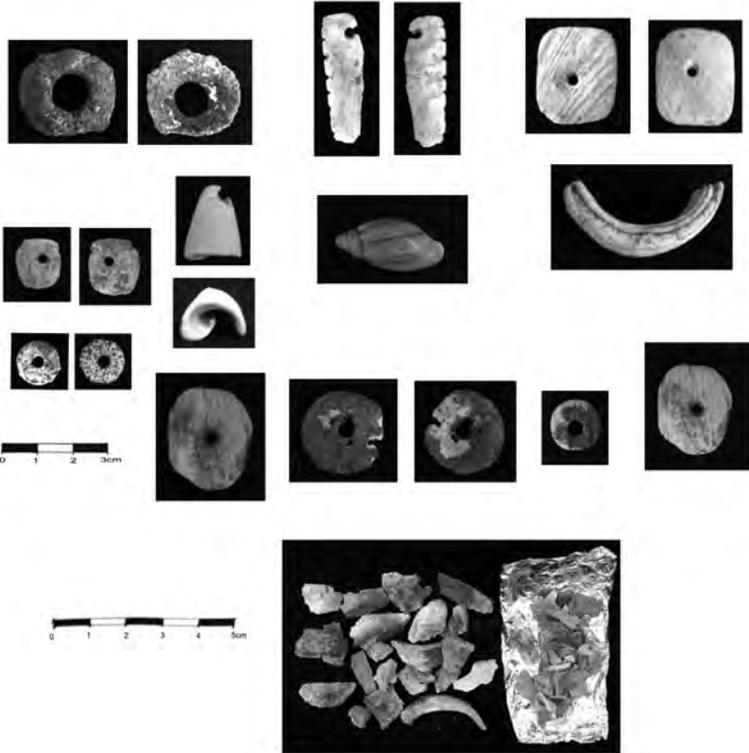


Fig. 16 Cuentas, pendientes y otros materiales no estudiados, ni identificados (foto inferior material quemado).

Bibliografía

- Aguilera, Carmen
2010. “¿Antecedentes del símbolo nacional? La laja de Cantona. Dos animales emblemáticos de larga tradición en Mesoamérica”, *Arqueología*, Segunda época, núm. 45, pp. 234-237.
- De los Ríos, Magdalena
1999. “Informe de 35 fechamientos por C14 de muestras de material orgánico procedente de Cantona, Puebla”, México, Archivo PAC/SIC-DEA, INAH (mecanoescrito).
2005. “Informe de la recalibración, con el Programa OXCAL, de las fechas de las muestras para C14, procedentes de Cantona, Puebla, enviados al Laboratorio de Radiocarbono del INAH”, México, Archivo PAC/SIC-DEA, INAH (mecanoescrito).
- Ferriz, Horacio
1985. “Caltonac, a Prehispanic Obsidiana-Mining Center in Eastern México? A Preliminary Report”, *Journal of Field Archaeology*, núm. 12, pp. 363-370.
- García Cook, Ángel
1976. *El desarrollo cultural prehispánico en el Norte del valle Poblano-Tlaxcalteca: inferencias de una secuencia cultural, espacial y temporalmente establecida*, México, Departamento de Monumentos Prehispánicos-INAH (Serie Arqueología, 1).
1992. “Proyecto Arqueológico Cantona”, México, Archivo Técnico de la Coordinación de Arqueología, INAH (mecanoescrito).
2003. “Cantona: La ciudad”, en W.T. Sanders, A.G. Mastache y R.H. Cobean (eds.), *El urbanismo en Mesoamérica*, México, INAH/The Pennsylvania State University.
2004. “Cantona: ubicación temporal y generalidades”, *Arqueología*, Segunda época, núm. 33, pp. 91-108.
2009. “El formativo en la Mitad norte de la Cuenca de Oriental”, *Arqueología*, Segunda época, núm. 40, pp. 115-152,
(en prensa a) “Los talleres estatales de Cantona, Puebla”, en L. Mirambell y L. González Arratia (coords.), *La industria lítica tallada y pulida en Mesoamérica*, México, INAH (Científica).
(en prensa b) “El surgimiento de las grandes ciudades del Altiplano Central y el comportamiento de Tlaxcala durante el llamado ‘Periodo Clásico’”, en Mari Carmen Serra Puche y Hernán Seles Q. (eds.), *Primer Congreso Internacional sobre investigaciones en Tlaxcala*, México, Gobierno de Tlaxcala/UNAM.
- García Cook, Ángel, D. Tenorio, M. Jiménez-Reyes, F. Monroy Guzmán y C. López Reyes
2010. “Estudio de procedencia de obsidiana arqueológica de Cantona”, *Arqueología*, Segunda época, núm. 43, pp. 217-219.
- García Cook Ángel y B. Leonor Merino Carrión
1977. “Notas sobre caminos y rutas de intercambio al Este de la Cuenca de México”, *Comunicaciones* (Revista de la Fundación Alemana para la Investigación Científica), núm. 14, pp. 71-82.
1996a. “Proyecto Arqueológico Cantona. Informe general: 1993-1996”, México, Archivo Técnico de la Coordinación de Arqueología, INAH (mecanoescrito).
1996b. “Investigaciones Arqueológicas en Cantona, Puebla”, *Arqueología*, Segunda época, núm. 15, pp. 55-78.
1997. “Proyecto Arqueológico Cantona. Informe de segunda temporada de campo, noviembre 1996 a febrero de 1997”, México, Archivo Técnico de la Coordinación de Arqueología, INAH (mecanoescrito).
1998. “Cantona: urbe prehispánica en el Altiplano Central de México”, *Latin American Antiquity*, vol. 9, núm. 3.
2000. “El Proyecto Arqueológico Cantona”, en Jaime Litvak y Lorena Mirambell (coords.), *Arqueología, historia y antropología. In Memoriam José Luis Lorenzo Bautista*, México, INAH (Científica, 415), pp. 161-203.
2005. “Sobre tres elementos líticos con carácter ritual: navajas de autosacrificio, navajas con cresta y cortadores o “tranchet”, en L. González Arratia y Lorena Mirambell (coords.), *Reflexiones sobre la industria lítica*, México, INAH.

- García Cook, A. y Yadira Martínez Calleja
2008. “Las vías de circulación interna en Cantona Puebla”, *Arqueología*, Segunda época, núm. 38, pp. 125-160.
- 2012. “Sistemas de Almacenamiento en Cantona, Puebla”, en S. Bortot, D. Michelet y V. Darras, (eds.), *Almacenamiento prehispánico del norte de México al Altiplano Central*, México, CEMCA/UASLP, pp. 91-108.
- García Cook A. y Elia del Carmen Trejo Alvarado
1977. “Lo teotihuacano en Tlaxcala”. *Comunicaciones* (Revista de la Fundación Alemana para la Investigación Científica), núm. 14.
- García Cook, A. y M. Zamora Rivera.
2010a. “Las canchas del Juego de Pelota de Cuauhquehualulco, Puebla y la importancia de éste en la ruta comercial Golfo-Sur al Altiplano Central”, *Arqueología*, Segunda época, núm. 43, pp. 114-134.
- 2010b. “Sobre una laja grabada de Cantona: ubicación temporal y ambiental”; en *Arqueología*, Segunda época, núm. 45, pp. 33-52.
- García, Enriqueta, R. Vidal, L.M. Tamayo, T. Reyna, R. Sánchez, M. Soto y E. Soto.
1975. *Climas: Puebla-Tlaxcala*, México, Cetenal-Secretaría de la Presidencia.
- Gendrop, Paul
1938. “Informe sobre las ruinas de Cantona cerca de la Hacienda de Xaltipanapa”, México, Archivo Técnico de la Coordinación de Arqueología, INAH (mecanoescrito).
- Gómez Santiago, Denisse
2010. *Las primeras manifestaciones alfareras en Cantona*, México, INAH.
- Heine, Klaus
1973. “Variaciones más importantes del clima durante los últimos 40 000 años de México”, *Comunicaciones* (Revista de la Fundación Alemana para la Investigación Científica), núm. 7, pp. 51-58.
- Jaúregui, Ernesto
1968. *Mesoclima de la región Puebla-Tlaxcala*, México, Instituto de Geografía-UNAM.
- Kiener
1840. *Pleuroploca gigantea*. Accessed through: World Register of Marine species et [http://www.marinespecies.org/aphia.php?p=taxdetails&id=527746on2014-02-25].
- Lauer, Wilhem
1979. “Medio ambiente y desarrollo cultural en la región Puebla-Tlaxcala”, *Comunicaciones* (Revista de la Fundación Alemana para la Investigación Científica), núm. 16, pp. 29-54.
- León, Nicolás
1903. “Los monumentos arqueológicos en Cantona”, *Semanario Literario Ilustrado*, vol. III, núm. 127, pp. 248-250.
- López de Molina, Diana
1981. “Proyecto Cantona. Primer Informe”, México, Archivo Técnico de la Coordinación de Arqueología, INAH (mecanoescrito).
- 1982a. “Proyecto Cantona. Segundo Informe”, México, Archivo Técnico de la Coordinación de Arqueología, INAH (mecanoescrito).
- 1982b. “Cantona: una urbe prehispánica mesoamericana”, *Boletín de Arqueología Americana*, núm. 5, pp. 133-137.
- 1983. “Proyecto Cantona. Tercer Informe”, México, Archivo Técnico de la Coordinación de Arqueología, INAH (mecanoescrito).
- 1984. “Cantona”, en *Memorias de la XVII Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología*, México, SMA, t. IV, pp. 133-142.
- 1986a. “Unidades habitacionales prehispánicas de Puebla-Tlaxcala”, en Linda Manzanilla (ed.), *Unidades habitacionales mesoamericanas y sus áreas de actividad*, México, UNAM.
- 1986b. “Arqueología de superficie y estudios urbanos, el caso de Cantona”, *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, t. XXXII, pp. 177-185.
- Marquina, Ignacio
1939. *Atlas Arqueológico de la República Mexicana*, México, Instituto Panamericano de Geografía y Estadística, núm. 41.

- Martínez Calleja, Yadira
2004a. "Proyecto Arqueológico Cantona. Informe de las actividades realizadas durante la temporada 2003", México, Archivo PAC/SIC-DEA, INAH (mecanoscrito).
- 2004b. "Cantona: avances y resultados en el estudio de su patrón de asentamiento", *Arqueología*, Segunda época, núm. 33, pp. 125-139.
- (En prensa) "Función de algunos instrumentos de obsidiana en las ceremonias rituales de Cantona, Puebla", en L. Mirambell y L. González Arratia (coords.), *La industria lítica tallada y pulida en Mesoamérica*, México, INAH (Científica).
- (En preparación) "El Centro Cívico religioso de Cantona, Puebla", tesis, México, ENAH-INAH.
- Merino Carrión, B. Leonor y A. García Cook
1997. "Proyecto Norte de la Cuenca de Oriental", México, Archivo Técnico de la Coordinación de Arqueología, INAH (mecanoscrito).
- 2007. "La Alfarería en Cantona de 500 a 1000 de nuestra era", en B.L. Merino Carrión y A. García Cook (coords.), *La producción alfarera en el México antiguo*, México, INAH (Científica, 505), vol. IV, pp. 113-164.
- Morales Vigil, Erika
2004. *Los orígenes de Cantona: pintura rupestre en el cerro Las Águilas*, México, ENAH.
- Noguera, Eduardo
1958. "Cantona", Suplemento de *El Sol de Puebla*, núm. 47, pp. 20-24.
- Palacios, Enrique Juan
1922. "Hueyaltepetl", *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 4a. Época, núm. 1, pp. 179-192.
- 1923. "Otra ciudad desconocida en Hueyaltepetl", *Boletín del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*, 4a. Época, t. II, núm. 3, pp. 21-35.
- 1939. "Informe sobre el estudio del C. José M. Sarmiento, 23-3, 1939", México, Archivo Técnico de la Coordinación de Arqueología, INAH (mecanoscrito).
- Reyes Cortés, Manuel
1979. *Geología de la Cuenca de Oriental*, México, INAH (Científica, 17).
- Sarmiento, Miguel
1930. "Carta al editor del Periódico *La Opinión de Puebla*", México, Archivo Técnico de la Coordinación de Arqueología, INAH (mecanoscrito).
- 1934. "Informe acerca de los vestigios arqueológicos existentes en los lugares de Santa Inés Varela a Tepetitlán, Jalapaxco el Grande, Santa Ana y Cantona", México, Archivo Técnico de la Coordinación de Arqueología, INAH (mecanoscrito).
- 1938. "Informe, carta y plano de Cantona", México, Archivo Técnico de la Coordinación de Arqueología, INAH (mecanoscrito).
- Saussure, Henri de
1858. "Découverte des ruines d'une ancienne ville mexicaine située sur le plateau de L'Anahuac", *Bulletin de la Société de Géographie*, vol. XV, pp. 275-294.
- Shepperd, Eugenia
1961. "Informe sobre Cantona", México, Archivo Técnico de la Coordinación de Arqueología, INAH (mecanoscrito).
- Suárez Díez, Lourdes.
1991. *Conchas y caracoles, ese universo maravilloso*, México, Grupo Financiero Mexival-Banpaís.
- 2002. *Tipología de los objetos prehispánicos de concha*, México, INAH-Conaculta.
- Talavera, Arturo, J.M. Rojas y E. García.
2001. *Modificaciones culturales en los restos óseos de Cantona, Puebla. Un análisis bioarqueológico*, México, INAH (Científica, 432).
- Termer, Franz
1965. "Geographische and Archaeologische Problem der Ruinen von Cantona in State Puebla, México", *Geographische Zeitschrift*, vol. 53, núm. 1.
- Tschohl, Peter y Herbert Nickel
1972. *Catálogo arqueológico y etnohistórico de Puebla-Tlaxcala*, México, Fundación Alemana para la Investigación Científica.

- Vackimes, Katina y A. García Cook
2010. “Cantona y sus ofrendas de concha”, en L. Suárez Díez y A. Velázquez Castro (coords.), *Ecós del pasado: los moluscos arqueológicos de México*, México, INAH (Científica, 572), pp. 219-237.
- Valentín, Norma
1997. “Informe de la identificación de un caracol procedente de las exploraciones en Cantona, Puebla”, Laboratorio de Paleozoología, Subdirección de Laboratorios y Apoyo Académico, INAH (mecanoscrito).

2006. “Informe parcial del material zoológico procedente de las exploraciones en Cantona, Puebla”, México, Archivo del Proyecto Arqueológico Cantona/SIC-DEA, INAH (mecanoscrito).

2012. “Lista de materiales, de hueso de animal y de moluscos entregados para su posible exhibición en el Museo de Cantona, Puebla”, México, Archivo del Proyecto Arqueológico Cantona/SIC-DEA, INAH (mecanoscrito).
- Valentín Maldonado N. y B. Zuñiga Maldonado
2011. “Análisis del material malacológico procedente de Cantona, Puebla, México”, México, Archivo del Proyecto Arqueológico Cantona/SIC-DEA, INAH (mecanoscrito).
- Vázquez, Luis
1961. “Sitios Arqueológicos de Puebla”, México, Archivo Técnico de la Coordinación de Arqueología, INAH (mecanoscrito).
- Velázquez Castro, Adrián.
2000. *El simbolismo de los objetos de concha encontrados en las ofrendas del Templo Mayor de Tenochtitlan*, México, INAH (Científica, 403).

2011. “Informe del análisis tipológico y tecnológico”, en “Análisis del material malacológico procedente de Cantona, Puebla, México”, México, Archivo PAC/SIC-DEA, INAH (mecanoscrito), pp. 6-18.
- Yáñez García Camilo y Salvador García Durán
1982. “Exploración de la región de Los Humeros-Las Derrumbadas, estados de Puebla y Veracruz, México”, México, Comisión Federal de Electricidad.
- Zamora Rivera, Mónica.
2004. “Ubicación, descripción y análisis de los Juegos de Pelota en Cantona, Puebla”, *Arqueología*, Segunda época, núm. 34, pp. 62-74.

(En Preparación) “El Juego de Pelota en Cantona, Puebla”, tesis de licenciatura, México, ENAH-INAH.



El cerro Coatepec en la mitología azteca y Templo Mayor, una propuesta de ubicación

Este artículo establece los argumentos que proponen la localización del mítico cerro Coatepec (el lugar donde nace Huitzilopochtli en la mitología azteca), en un punto al noroeste de Tula en el estado de Hidalgo, el cerro Hualtepec. En la primera parte se establece ampliamente la identidad del Coatepec a través de las fuentes históricas definiéndolo en sus particularidades geográficas, físicas y en los sucesos mitológicos que ocurrieron en él. Asimismo se explica la materialización del Coatepec creada por la cultura mexica; Templo Mayor, definido en prominentes investigaciones como la recreación física de este mítico cerro. La segunda parte del artículo confronta los datos anteriores con aquellos encontrados en el cerro Hualtepec, se dispone frente a frente la ubicación geográfica, la morfología del sitio, las condiciones geofísicas y los restos arqueológicos del Hualtepec con el Coatepec de las fuentes y con el Coatepec de Tenochtitlan, el propio Templo Mayor. El resultado de esta confrontación es un paralelismo innegable entre el Coatepec y este sitio de Hidalgo, el cerro Hualtepec.

This article offers arguments to support the localization of the mythical Coatepec hill, where Huitzilopochtli was born in Aztec mythology, at Hualtepec hill, a site northwest of Tula, Hidalgo. The first part of this article explores the historical identity of Coatepec as it is known through historical sources that define it geographically, physically, and through the mythological events that took place there. At the same time, it explains the materialization of Coatepec created by Mexica culture as the Templo Mayor, repeatedly characterized as the physical recreation of this mythical hill. The second part of the article compares the historical data with evidence found at Hualtepec hill, its geographic location, the morphology of the site, the geophysical conditions, and the archaeological remains of Hualtepec with Coatepec from the sources and with the symbolic Coatepec of Tenochtitlan, the Templo Mayor itself. The result of this confrontation of evidence is an undeniable parallel between Coatepec and this site in Hidalgo, Hualtepec hill.

Volviendo a Tenochtitlan, puede afirmarse que con la suma de las serpientes grandes y las chicas es posible calificar al Templo Mayor como el mismísimo Coatepec.

López Austin (2009)

El cerro Coatepec, cerro de la serpiente, es nombrado prácticamente en todas las fuentes que narran la migración azteca desde Aztlan al centro de México, lugar donde nace Huitzilopochtli, muere Coyolxauhqui. Los cronistas lo mencionan como un sitio en una serranía cerca de Tula, donde se continuó haciendo ceremonias y rituales. Pero el Coatepec trascendió el ámbito del mito a la esfera material y el edificio principal de Tenochtitlan, el gran templo: el Templo Mayor

recibió el nombre de Coatepec, existiendo en una identidad con el cerro sagrado de la mitología azteca.

En el presente artículo haré una propuesta de localización del cerro Coatepec en un sitio estudiado desde 1991, el cerro Hualtepec, cercano a la población de Huichapan perteneciente a la antigua provincia de Xilotepec, al occidente del Valle del Mezquital y 17 km al noroeste de Tula, latitud, 20° 19' 17" N longitud, 99° 29' 17" W, coordenadas UTM: 2245150 N 445350 E. Número 379 en el registro del Proyecto Valle del Mezquital del ENAH.

El acercamiento a los argumentos de la hipótesis partirá desde dos vertientes, la primera desde las fuentes escritas, donde se darán datos de ubicación, geografía del sitio mítico, características físicas y del territorio, así como referencias mitológicas y simbólicas propias del Coatepec. La segunda partirá desde los datos materiales y arqueológicos del sitio en Hidalgo en la conjunción con el Coatepec edificado en Tenochtitlan.

Primera parte: el Coatepec desde las fuentes

Ubicación y descripción del Coatepec

La primera referencia del cerro Coatepec se encuentra en la Tira de la Peregrinación. En la lámina V los mexica pasan por dos lugares: Cuextecatli Ichocayan y Coatli Ycamac. Según el análisis de Patrick Johansson:

La serpiente con las fauces abiertas que genera la lectura "Coatlycamac", "en la boca de la serpiente" podría aludir al nacimiento de Huitzilopochtli en Coatepec. En efecto, según la dinámica mitológica que se desprende de todas las variantes orales y pictóricas, Huitzilopochtli debería nacer en esta etapa de la peregrinación. La lengua bífida de la serpiente podría constituir aquí una metáfora icónica del binomio Huitzilopochtli/Xiuhcoatl (Johansson, 2002: 34).

La ubicación del Coatepec fue indagada por autores como Paul Kirchhof y Robert Barlow, en la búsqueda de Aztlán, Kirchhoff comenta: "Antes

de Tollan-Tula, la mayoría de las fuentes hacen pasar a los mexicanos por Cohuatepec (Coatepec) del cual la *Historia de los mexicanos por sus pinturas* dice que es un "cerro que está antes de Tula", dejando entender que al escribirse esta relación el lugar era todavía bien conocido bajo este nombre, aun cuando éste, hoy en día parece haberse perdido" (Kirchhoff, citado en Monjaraz-Ruiz y Brambila, 1985: 331)

Los pasajes de las fuentes que hablan del Coatepec mencionan Tula, ubicada con certeza, pero además mencionan toponimias que persisten y hacen más precisa la hipótesis de localización del mítico Coatepec. Así, en la *Historia de los mexicanos por sus pinturas* encontramos nombres de otros pueblos, aunados a Tula como el marcador principal: "Al cabo de los tres años se partieron y vinieron a un rancho que se llama Matlahuacala, de allí vinieron a otro rancho que llamaron *Ocozacan*, par del cual tenía otomíes, que era la gente natural de la tierra en el cual estuvieron cinco años e hicieron otro templo a Huitzilopochtli y aquí se cumplieron once años [...] de esta estancia vinieron a un cerro que está antes de Tula que llaman *Cuauhtepec*, donde estuvieron nueve años" (Garibay, 2005: 43).

Fray Diego Durán en su *Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme* menciona el cerro Coatepec, primero en un episodio en que el contingente migratorio se separa en dos bandos, uno a favor de Malinalxochitl (que en unas fuentes se va al cerro Texcaltepetl) y otro a favor de Coatlicue, que se va precisamente al Coatepec: "Y, concluida la plática y revelación del sacerdote, luego aquella noche se partieron, toda la gente que no era de la parcialidad de Malinalxochitl, dejándola a ella y a sus aliados durmiendo, y tomaron el camino hacia la parte de Tula, donde su dios los guiaba y aportaron a un lugar y cumbre de un cerro que se llama Coatepec" (Durán, 2006: 31).

Se podría inferir que la "cumbre de un cerro que se llama Coatepec" es un espacio amplio como para poder aportar lo que se necesita para una estancia. En concordancia, el capítulo XXVII de la *Historia de las Indias...* relata cómo Moctezuma y Tlacaélel mandan una embajada de brujos para saber "en qué lugares habían vivido sus

antepasados”. Tlacaelel lo disuade que no mande gente armada, ya que “no van a conquistar, sino a saber y ver dónde habitaron nuestros padres y el lugar donde nació nuestro dios Huitzilopochtli.” Después que el contingente carga las cuantiosas ofrendas, Durán relata que:

[...] ellos partieron y llegados a un cerro que se dice Coatepec que está en la provincia de Tula, allí todos juntos hicieron sus cercos e invocaciones al demonio [...] Así en aquel cerro invocaron al demonio, al cual le suplicaron les mostrase aquel lugar donde sus antepasados vivieron. El demonio forzado por aquellos conjuros y ruegos, y ellos, volviéndose en forma de aves unos, y otros, en forma de bestias fieras, de leones, tigres, adives, gatos espantosos, llevolos al demonio a ellos y a todo lo que llevaban a aquel lugar donde sus antepasados habían habitado (*ibidem*: 217)

El grupo de hechiceros permanece varios días en la cumbre del Coatepec realizando diversos rituales. Durán menciona, asimismo, otras topónimas cercanas al Coatepec, y al mismo tiempo define una de las características de la zona, su población, constituida por otomíes y chichimecas:

La que aportó en Coatepec fue muy poca gente aunque valerosa y de grande ánimo, la cual había dejado poco en un sitio que llamaban Ocopilla y en otro que llamaban Acahualtzinco [...] En entrando [...] en la tierra de Tulan se inquietaron los chichimecas y serranos de aquellos lugares y mostraron enojo y pesadumbre, especialmente la nación Otomi diciendo “¿Que gente es esta gente? ¡Parece atrevida y desvergonzada pues se atreve a ocupar nuestros sitios y lugares sin nuestra licencia ni parecer. No es posible que esta sea buena gente! (*ibidem*: 32).

Otra de las características geográficas del Coatepec es la existencia de una presa en torno al cerro. Durán lo relata así:

[...] mandó [Huitzilopochtli] en sueños a los sacerdotes que atajasen el agua de un río que junto allí pasaba para que aquel agua se derramase por todo el llano y tomase en medio aquel cerro donde esta-

ban [...] hecha la presa se derramo aquel agua y se tendió por todo aquel llano, haciéndose una gran laguna, la cual cercaron de sauces, sabinas y álamos [...]

Aquí es tu morada Huitzilopochtli; a este lugar eres enviado, aquí te conviene ensalzar tu nombre, en este cerro Coatepec, te es concedido gozar del oro y de la plata, de las piedras preciosas [...] (*ibidem*: 36).

La *Crónica Mexicayotl* establece también la presencia de la presa en el Coatepec, así como los grupos otomíes y chichimecas como pobladores:

Los demás se asentaron en Coatepec que desde entonces se aparecieron allí los mexicanos chichimecas, de que se azoraban los aborígenes, los otomíes, los cuales se decían; Quienes serán estos, de donde vendrían [...] pues que no son humanos, sino unos grandes bellacos.

Y Huitzilopochtli planta de inmediato su juego de pelota, coloca su tzompantli. E incontinenti obstruyeron el barranco y la cuesta empinada con lo cual se reunió, se represó el agua, por disposición de Huitzilopochtli [...] puesto que ya se represó el agua plantad, sembrad sauces, ahuehuetes, cañas, carrizos [...] echan simiente los peces, las ranas, los renacuajos, los camaroncitos [...] (Tezozomoc, 1992: 31).

Esta crónica menciona también un topónimo escuchado con anterioridad, Acahualtzinco, se menciona en una línea implícita que sigue con Coatepec y Tula: “E incontinenti fueron al lugar llamado Ocopipila, luego vinieron y se asentaron en el lugar llamado Acahualtzinco en que permanecieron cuando tuvieron su atadura de años 9 o quizá 2 caña. Ya se dijo que cuando salieron se asentaron en Ocopipila y en el sitio llamado Acahualtzinco y en seguida se vinieron por eso a salir allá por Coatepec, hacia Tullan” (*ibidem*: 30).

Es importante notar la mención de un Fuego Nuevo, en el propio Acahualtzinco o en las cercanías, quizá en Coatepec, en casi todas las fuentes los acontecimientos míticos más importantes en el cerro Coatepec son el nacimiento de Huitzilopochtli, el enfrentamiento a los surianos o cuatrocientos centzohuiznahuas y la muerte de

Coyolxauhqui. En la *Historia general de las cosas de la Nueva España* se narra el mito del nacimiento de Huitzilopochtli en Coatepec, los segmentos más representativos son los siguientes:

Que hay una sierra que se llama Coatepec junto al pueblo de Tulla y allí vivía una mujer que se llamaba Coatlicue que fue madre de unos indios que se decían Centzonhuitznahua los cuales tenían una hermana que se llamaba Coyolxauhqui [...] y después de haber acabado el consejo de matar a la dicha Coatlicue los dichos indios Centzonhuitznahua fueron a donde estaba su madre [...] y ellos iban armados con todas armas y papeles y cascabeles [...] y el dicho Quahuitlilac subió a la sierra a decir a Huitzilopochtli como ya venían los dichos indios [...] y le respondió que ya llegaban al medio de la sierra [...] y el dicho Huitzilopochtli dijo a uno que se llamaba Tochancalqui que encendiese una culebra hecha de teas que se llamaba xiuhcoatl (Sahagún, 1989: 191).

La *Historia de los mexicanos por sus pinturas* dice lo siguiente: “Y Huitzilopochtli nació de ella armado y mató a todos estos cuatrocientos, y esta fiesta de su nacimiento y muerte de estos cuatrocientos hombres celebraban cada año, como se dirá en el capítulo de las fiestas que tenían” (Garibay, 2005: 45).

La fiesta referida es el Panquetzaliztli, la fiesta en honor a Huitzilopochtli. Durán narra esta escena mítica:

Dicen que vieron el rostro del ídolo en aquel punto [...] cuentan que a media noche estando todos en sosiego, oyeron en el lugar que llamaban Teotlachco o por otro nombre Tzompanco un gran ruido, en el cual lugar venida la mañana, hallaron muertos a los principales movedores de aquella rebelión juntamente a la señora que dijimos se llamaba Coyolxauh [...].

E incontinenti apercíbese Huitzilopochtli en su morada, en el templo se aprestó, se armó para la guerra [...] viene luego a destruir y matar a sus tíos a los Centzohuiznahua, allá en Teotlachco cómese a sus tíos y a su madre la llamada Coyolxauhcihuatl, por ella fue por quien comenzó cuando la mató en Teotlachco (Durán, 2006: 33, 35).

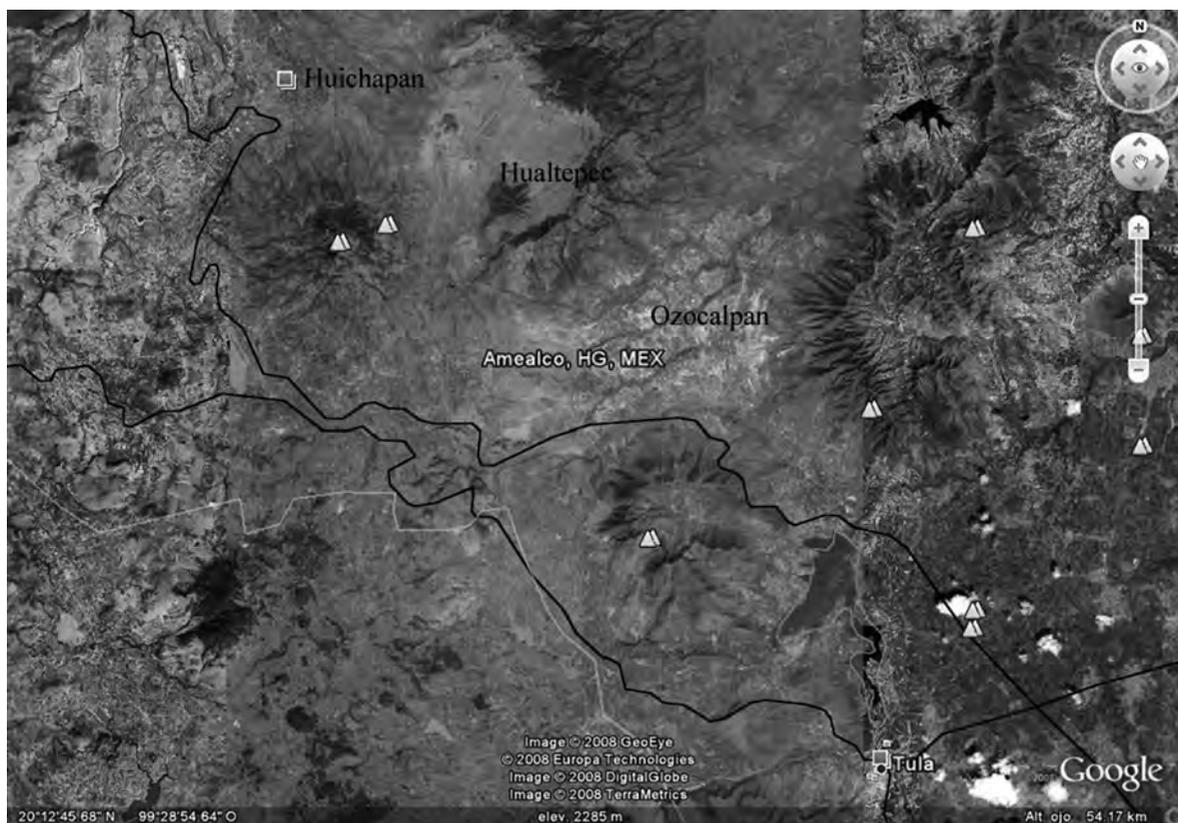
En estos dos pasajes es notable la mención de otro nombre que al parecer es un topónimo: Teotlachco. Fuera del ámbito del mito el Coatepec es mencionado por Sahagún como un lugar en el que periódicamente los mexicanos celebraban rituales a Huitzilopochtli: “los dichos mexicanos lo han tenido en mucho acatamiento y le han servido en muchas cosas, lo han tenido por dios de la guerra, porque decían que el dicho Huitzilopochtli les daba gran favor en la pelea; y el orden y costumbre que tenían los mexicanos para servir y honrar al dicho Huitzilopochtli tomaron el que se solía usar y hacer en aquella dicha sierra que se nombra *Coatepec*” (Sahagún, 1989: 192).

Consideraciones preliminares

En los apartados previos resaltan los siguientes datos: 1) varios sitios y topónimos cercanos al Coatepec, entre ellos Tula, Acahualtzinco, Ocozacan y Teotlachco; 2) La mención de grupos otomíes y chichimecas como pobladores del lugar; 3) la existencia de una presa junto al Coatepec, también descrita como rodeando a éste; 4) inferir que el Coatepec contuvo espacios amplios como el lugar descrito donde hechiceros y la embajada que manda Tlacaélel se hospeda una cantidad de días suficientes para realizar los rituales y las ceremonias de ofrendas encargadas. Adicionalmente se menciona la realización del ritual del Fuego Nuevo en el Coatepec, lo cual vuelve a sugerir la existencia de un lugar con características apropiadas para este tipo de sucesos. Estos datos particulares del mítico Coatepec se repiten en la descripción actual del cerro Hualtepec sugiriendo una identidad entre ambos.

Correspondencia de datos sobre la ubicación geográfica y características físicas del cerro Coatepec con el cerro Hualtepec

Algunos de los topónimos que estuvieron cerca del Coatepec se pueden localizar actualmente en el cerro Hualtepec.



© Fig. 1 Caldera del Hualtepec, Tula. Ocozacán, Huichapan (Google maps).

El Coatepec es un cerro que está antes de Tula

Todas las fuentes citadas ubican al Coatepec en las cercanías de Tula. El cerro Hualtepec está ubicado 17 km al noroeste de esa ciudad (fig. 1).

Ocozacán como poblado antes del Coatepec

Uno de los pueblos mencionados en la ruta al Coatepec y previo a éste es Ocozacán (según la *Historia de los mexicanos por sus pinturas*). La zona donde se encuentra el Hualtepec fue tratada también por Kirchhoff en una investigación que realizó sobre la posible ubicación de la legendaria Aztlán. Kirchhoff realizó una reconstrucción de la migración de los mexica hasta Chapultepec pa-

sando por Tula. Antes de llegar a ésta, Kirchhoff menciona de nuevo el Coatepec mítico y lo ubica en la zona del Hualtepec: “Antes de Tollan-Tula, la mayoría de las fuentes hacen pasar a los mexicanos por Cohuatepec (Coatepec) [...] la mayor parte de las tradiciones cita dos lugares como anteriores a Coatepec. Mientras que el nombre del segundo, o sea el más cercano a Coatepec varía entre Ocozacapan, Huixachtitlan y Petatlán [...]” (Kirchhoff, citado en Monjaras-Ruiz y Brambila, 1985: 331).

En este primer párrafo se encuentra una ubicación relevante: menos de 13 km al sureste del Hualtepec existe una población llamada San Bartolo Ozocalpan (fig. 1) que pudo haber derivado del Ocozacapan que menciona Kirchhoff y del Ocozacán de la *Historia de los mexicanos...* En este poblado se encuentra incluso los restos de un pequeño complejo teotihuacano explorado en

1997 por el Proyecto Valle del Mezquital, donde se excavaron estructuras de importancia (fig. 1).

Acahualtzinco cerca del Coatepec

Inmediatamente antes de la llegada a Coatepec, dos fuentes ya referidas (fray Diego Durán y la *Crónica Mexicayotl*) citan Acahualtzinco. En la reconstrucción de los topónimos mencionados durante la migración de Aztlán, Kirchhoff también repasa en Acahualtzinco como el sitio antes de Coatepec, lo cual establece apoyándose en la *Crónica Mexicayotl*: “tres fuentes que claramente reproducen una sola tradición mencionan un lugar llamado Acahualtzinco” (*ibidem*: 332). En una segunda aproximación de Acahualtzinco, Kirchhoff establece un pueblo cercano al actual Hualtepec, San Juan del Río: “El ‘Memorial Breve acerca de la fundación de la ciudad de Culhuacan’ escrito por el propio Chimalpahin, trae el dato que más nos interesa, o sea una localización aproximada de Acahualtzinco: ‘por San Juan del Río’” (*idem*). En la tercera aproximación al área sobre las poblaciones que constituían la frontera oeste del imperio mexica, Kirchhoff nuevamente ubica Acahualtzinco cerca del cerro Hualtepec, y para ello utiliza los datos de la “Relación de Querétaro” (fig. 2):

Pero no sólo tenemos esta localización de Acahualtzinco por Chimalpahin sino que la *Descripción de Querétaro*, escrita por Hernando de Vargas, cita Acahualtzinco como parte de una cadena de pueblos fronterizos entre Mesoamérica y los chichimecas. En la fuente aludida, estos pueblos se enumeran de norte a sur al describir la frontera del imperio mexica, lo que permite localizar aproximadamente Acahualtzinco: 1) Teuczauhtla, hoy Tecozutla, estado de Hidalgo; 2) Ueychiapan, hoy Huichapan, estado de Hidalgo; 3) Atlán, hoy San José Atlán; 4) Tleculul Ycatzia [...] Posiblemente Huizcazdha, en el municipio de Huichapan; 5) Acahualtzinco (*ibidem*: 333).

Además, Kirchhoff ubica este sitio entre las dos poblaciones fronterizas: “Así, Acahualtzinco quedaría entre Huichapan y Atlán (y posiblemente

Tecolotes o Huizcazdha) al norte, y Timilpan al sur, y por consiguiente más o menos por el rumbo de Aculco, Estado de México” (*idem*).

No se sabe con certeza la razón por la que Kirchhoff ubica Acahualtzinco en ese punto, pero Robert Barlow, en su tratado de la zona como parte del imperio culhua mexica, anota lo siguiente al hablar de la provincia de Xilotepec en relación con la “Matricula de Tributos”: “Para tres de los siete pueblos enlistados en la página de la *Matricula* se ha establecido, en forma definitiva, que pertenecían al antiguo dominio tepaneca. Se trata de Michmaloyan, Tecocauhtla y Xilotepec. Otros dos que caen dentro de la provincia, pero que no están en la página de la *Matricula*, también eran Tepanecas, Tula y el no localizado pueblo fronterizo de Acahualtzinco” (Barlow, 1992: 63).

Huichapan y Atlán fueron poblaciones fronterizas; la ubicación de Acahualtzinco entre esas dos poblaciones, y etiquetado como pueblo fronterizo, encaja con la descripción. Además, la observación de Kirchhoff se aproxima a una nota de Peter Gerhardt donde prácticamente confirma la posición de Acahualtzinco cerca de San José Atlán. Así, al mencionar la provincia de Xilotepec, señala: “Acahualtzinco, Tecozauhtla, Tlachco y Tlauhtla podrían haber sido considerados como sujetos de esa encomienda [...] muchas de ellas desaparecieron en las congregaciones de 1593-1594 y 1598-1601. San Gerónimo Acahualtzinco fue trasladado a San José Atlán en 1601 [...]” (Gerhardt, 1986: 395).

El cerro Hualtepec está a 8 km en línea recta de San José Atlán y a 11 km de Huichapan, los lugares propuestos como muy cercanos a Acahualtzinco. Según las fuentes, el Coatepec estaría en un radio de pocos kilómetros de Acahualtzinco, y esta localización ecualiza la ubicación de ambos cerros en el mismo sitio.

Tlachco o Teotlachco

En las referencias citadas se menciona Teotlachco como el sitio donde Huitzilopochtli mata a los indios *centzohuitznahua* en el mito de su nacimiento, el cual es recreado en la fiesta de Panquetzalitzli relatada por Sahagún: “descendían al dios



© Fig. 2 Acahualtzinco, San José Atlán, Huichapan. San Juan del Río (Google maps).

Painal de lo alto del *cu* de Huitzilopochtli, y luego iban derecho al juego de pelota que estaba en medio del patio que llamaban *teotlachco*; allí mataban cuatro cautivos a honra del dios Amapan [...] y del dios Oappatzan cuyas estatuas estaban junto al *tlachco* (Sahagún, 1989: 144).

La identidad de Tlachco (juego de pelota) y Teotlachco se confirma en la descripción que hace Sahagún de uno de los edificios rituales: “El trigésimo noveno edificio se llamaba Teotlachco; éste era un juego de pelota que estaba en el mismo templo; aquí mataban unos cautivos que llamaban *amapanme* en la fiesta de Panquetzaliztli [...]” (*ibidem*: 161).

En la celebración ritual, Tlachco es el primer lugar al que se dirige el contingente cuando desciende del templo mayor; en el mito, Tlachco es el sitio donde se libra la batalla contra los Huitznahuas. En *monte sagrado, Templo Mayor*, López Austin establece que la toponimia mítica da origen y sentido a los nombres arquitectónicos: “Te-

nemos así, en la interpretación del investigador alemán, que los topónimos del mito también son elementos arquitectónicos del recinto sagrado de Tenochtitlan, los cuales derivan de la gran dramatización de la gran fiesta de Huitzilopochtli” (López Austin y López Luján, 2009: 247).

Existió un Tlachco junto al Templo Mayor, al igual que existió un Tzompantli que, en el mito, Huitzilopochtli edifica después de hacer la presa en el Coatepec. Resultaría lógico buscar un Tlachco en las cercanías del Coatepec, pues sería concordante con la tesis de que los topónimos dan lugar a elementos arquitectónicos. En un trabajo sobre la extensión del imperio mexica, Robert Barlow trata la provincia de Xilotepec, y nuevamente define las fronteras y los pueblos mencionados basándose en la “Matricula de Tributos” y en el Códice Mendocino. Menciona los pueblos cuyos glifos aparecen en la parte inferior de la lámina 11 de la “Matricula de Tributos”: Acaxochitla, Michmaloyan, Tecoautla, Tepetitlán, Tza-

yanalquilpan, Xilotepec y Tlachco. Anota que Acaxochitla está desaparecido, aun cuando en la línea de pueblos y cercano al Hualtepec está la población de Acazuchitlan. Barlow tiene otro topónimo perdido y menciona que en esta provincia falta identificar un séptimo pueblo: Tlachco. Todos los demás están identificados y se ubican en un radio no de 20 km alrededor del Hualtepec; por el patrón, Tlachco debió también estar ahí (Barlow, 1992: 61).

Una anotación de Gerhard ubica también a Tlachco directamente en la zona del Hualtepec: “Xilotepec tenía gran número de asentamientos dispersos sujetos, por lo menos un centenar en el siglo XVI. Ya hemos dicho que Querétaro, Cimapán y otros lugares de la frontera chichimeca fueron colonizados por otomíes de Xilotepec y, por lo tanto, eran considerados como sujetos de esa encomienda. Acahualtzinco, Tecozauhtla, Tlachco y Tlauhtla podrían haber sido considerados originalmente subcabeceras en esta zona” (Gerhard, 1986: 395).

La ubicación de diversos topónimos mencionados en el Coatepec mítico y cercanos al Hualtepec actual argumentan la hipótesis de que fueran el mismo lugar; Tula, Ocozacán, Acahualtzinco, Tlachco estuvieron junto al Coatepec narrado en las fuentes, y el Hualtepec de nuestros días está en las cercanías de esos lugares. Asimismo, la descripción física del Coatepec corresponde con características específicas del cerro Hualtepec, lo cual añade elementos para pensar en la identidad de ambos.

Características geofísicas del Coatepec presentes en el cerro Hualtepec

El cerro Hualtepec es el más alto de la región, con 3 100 msnm. Contemplado desde su base resalta que no es una elevación ordinaria: el escenario que lo circunscribe es una antigua caldera o cráter en cuyos bordes quedó el Hualtepec, formando un enorme espacio casi circular y totalmente plano, con 3-5 km de radio y 9-15 km de diámetro; hacia el norte se formaron represas alimentadas por aguas pluviales. De manera notable, el Hualtepec se levanta 600 m en desnivel sobre su entorno, con

dos cimas separadas por un pequeño collado en orientación norte-sur. La vegetación dominante son bosques de encinos en las partes altas y pastizales en los alrededores, en la parte superior se ubican los restos de un complejo ceremonial de grandes dimensiones.

Una presa. Las descripciones del Coatepec en las fuentes citadas al inicio del presente artículo muestran en particular dos elementos: la construcción de una presa y la amplitud de espacios en la cima del Coatepec, quizá con estructuras construidas, esto inferido de la narración de ceremonias y rituales en el sitio. Tanto en Durán como en la *Crónica Mexicayotl* se relata cómo Huitzilopochtli ordena la construcción de una presa abajo del Coatepec, lo cual se describe de la siguiente manera: para “que tomase en medio aquel cerro donde estaba”. En este punto la descripción de la fuente es idéntica al Hualtepec actual. El terreno que circunda el Hualtepec es un espacio plano de varios kilómetros de desarrollo. En la parte noroeste hay una presa cuyo origen se desconoce, pero los pobladores afirman que data de hace mucho y que antaño llegaban aves migratorias (fig. 3). Además, en el lado suroeste del Hualtepec los desniveles propician un escurrimiento que se detiene en la enorme planicie y han depositado un substrato de suelo muy fino, lo que posiblemente ha llenado el nivel en esa zona para quedar fuera de la parte inundada. Aunque se deberán hacer perfiles de suelo para corroborar lo anterior y ver niveles lacustres en periodos anteriores, la propia orografía del Hualtepec colabora a la formación de un cuerpo de agua en su entorno, tal y como se describe en las fuentes. Ese entorno no es sólo una concurrencia de elementos al azar, sino que constituye un complejo simbólico al coincidir con el término Anáhuac (cerca del agua, junto al agua, rodeado de agua) que también se conocía como el anillo de agua que metafóricamente rodeaba a la tierra primordial.

Las dimensiones del sitio

Las fuentes hablan de ceremonias efectuadas en la cumbre del Coatepec, embajadas y contingentes



© Fig. 3 Presa del cerro Hualtepec (Google maps).

de hechiceros, visitantes con ofrendas; también se menciona una permanencia de años. La descripción del sitio del cerro Hualtepec corresponde a un lugar de características que hacen posible lo acontecido en el cerro Coatepec.

El sitio se extiende a lo largo de la cima del Hualtepec, en una extensión de casi 500 m sobre un relieve semiplano que se levanta en los extremos norte y sur en dos pequeñas cimas. En la parte superior de cada cima existe una estructura piramidal de gran tamaño; las dos pirámides están unidas por una calzada perfectamente trazada y con más de 400 m de longitud, además de que existen diversas subestructuras en las partes laterales del sitio. Desde la cima del Hualtepec se divisa una extensión enorme de territorio.

Si visualizamos un grupo de sacerdotes en la cima del Coatepec, se podría inferir la existencia de adoratorios, construcciones con habitaciones, templos o pirámides muy elaboradas, con un espacio adyacente en el que pudiera coexistir otro

grupo, quizá de asistencia. Según las fuentes, el Coatepec tuvo la celebración de rituales periódicos. El tamaño de la parte superior del Hualtepec —una superficie con más de 40 mil m²—, así como las construcciones que alberga, corresponden a dicho escenario.

Los pobladores del Coatepec

Tanto en la *Historia de las Indias de Nueva España...* como en la *Crónica Mexicayotl* se menciona que los pobladores del Coatepec eran siempre otomíes y chichimecas. Sahagún repite la mención de los otomíes como pobladores del Coatepec al que llegan los aztecas: “Iban siempre delante los toltecas y luego los otomíes, los cuales llegando con su señor llegando a Coatepec; no fueron más delante con los demás porque de allí el que era su señor los llevó a las sierras para poblarlos allí [...]” (Sahagún, 1989: 613).

El Hualtepec se halla en la provincia de Xilotepec, región tradicionalmente otomí; se encuentra a un lado de las guarniciones del imperio mexicana que servían de mojonera, principalmente contra los ataques de los chichimecas; hablamos de los pueblos fronterizos mencionados en la “Relación de Querétaro”: Huichapan, San José Atlán y Tecozautla. La región del Hualtepec tiene el mismo tipo de población que el Coatepec mítico.

La identidad entre Coatepec y Hualtepec sobre fuegos nuevos y fiestas ceremoniales

Las fuentes señalan también ceremonias de Fuego Nuevo en el mítico Coatepec, las cuales se habría realizado hacia el año 1143, como veremos en pasajes textuales. Pensando en las fiestas posteriores que tuvieron lugar en Tenochtitlan, una vez ya establecida la ciudad, conocemos algunas particularidades por Sahagún y otros cronistas. Si algunos de los primeros fuegos nuevos se establecieron en el Coatepec, ¿cómo trascender el hecho cuando la fiesta se hace en Tenochtitlan? Sea por este motivo u otro, el Fuego Nuevo quedó permanentemente ligado al Coatepec, al efectuar dicha ceremonia ritual en la misma fecha de la fiesta de Panquetzalitzli, dedicada al mito de Huitzilopochtli. Lo anterior queda asentado por Rafael Tena, a partir de referencias al Códice Borbónico y una anotación de fray Gerónimo de Mendieta. Quedan así ligados el Coatepec mítico y la ceremonia del Fuego Nuevo mediante la celebración de ese ritual en la misma fecha de Panquetzalitzli.

Adicionalmente, Rafael Tena usa otra fuente para establecer la relación Fuego Nuevo-Panquetzalitzli: el código de un pueblo cercano al Hualtepec conocido como Códice Huichapan. Sin embargo, el documento no sólo da otra liga de estas dos fiestas simultáneas, también menciona en diversas páginas el alzamiento de banderas, el Panquetzalitzli, junto al nombre del propio Coatepec. El hecho de que en el código se mencione repetidamente el alzamiento de banderas en la zona —y que además se nombre el Coatepec como perteneciente a la región— insinúa que el mítico Coatepec se localizaba cerca del pueblo de donde

proviene el código, un asentamiento a menos de 10 km del cerro Hualtepec, lo que sugiere de nuevo la identidad de ambos cerros, como veremos en seguida con base en los siguientes puntos: 1) Datos de celebración de Fuego Nuevo en Coatepec; 2) Celebración de Fuego Nuevo y Panquetzalitzli en mismas fechas (Códice Borbónico); 3) Códice Huichapan para establecer la misma relación Fuego Nuevo/Panquetzalitzli; 4) Análisis del Códice Huichapan, donde se establece que ambos acontecimientos ocurrieron en el cerro Coatepec, implicando la identidad con el cerro Hualtepec en las cercanías de Huichapan. El código aporta otros datos relevantes.

La ceremonia del Fuego Nuevo y Panquetzalitzli

Según el “Memorial breve acerca de la fundación de Culhuacan”, el primer Fuego Nuevo se estableció en 1091: “Año 2 Acatl, 1091 años. Aquí en este fue la vez primera y más reciente que viniese a atar su cuenta de años los antiguos mexicana azteca teochichimeca allí en Acahualzinco, en las cercanías de San Juan del Río” (Chimalpain, 1991: 35).

Llama la atención que esta ceremonia toma lugar en Acahualzinco, sitio ya señalado y que Kirchhoff usara esta referencia para aproximar el Coatepec a la región del Hualtepec. Asimismo, al referir la tercera atadura en Año 2 Acatl 1195, Chimalpaín ubica el segundo Fuego Nuevo en el Coatepec: “esto deja implícita una segunda atadura, la de 1143 que posiblemente se realizó en Cohuatepec en las inmediaciones de Tullan” (*ibidem*: 49).

A su vez, la *Crónica Mexicayotl* coincide con un Fuego Nuevo en el mítico Coatepec: “Y luego partió hacia acá Huitzilopochtli, trajo hacia acá a sus padres, los vasallos de él, los mexicanos y allá en Coatepec allá ataron su cuenta de año 2 caña” (Alvarado Tezozómoc, 1992: 36).

Según constatan las fuentes, el Coatepec fue visitado en continuidad para celebrar ceremonias y rituales, pero una vez que la ceremonia “oficial” se trasladó a Tenochtitlan, el Coatepec siguió presente en el Fuego Nuevo al ser conmemorado el mismo día que el Panquetzalitzli, el alzamiento

de banderas que conmemoraba la victoria de Huitzilopochtli sobre los 400 surianos. Al respecto, en un tratado sobre el calendario mesoamericano y las fiestas más importantes, Rafael Tena resalta lo siguiente:

[...] las fuentes nos persuaden de que era más bien en la fiesta de Panquetzaliztli —el 9 de diciembre, en el calendario juliano, según nuestra correlación— cuando, en el dicho año 2 Acatl, se efectuaba la ceremonia de atar los años y encender el Fuego Nuevo. En tal sentido, la lámina 34 del Códice Borbónico, dedicada a ilustrar la solemne ceremonia del Fuego Nuevo, además del cuadro relativo al año 2 Acatl, muestra sobre el templo de Huitzilopochtli una bandera con franjas blancas y azules que estarían representando el mes y la fiesta de Panquetzaliztli [...] una glosa de la mencionada lámina del Códice Borbónico descrita por Mendieta dice así: “en la fiesta principal del dicho ídolo Uzilopochtli, en un pueblo dos leguas de México que se dice Iztapalapa, sacaban lumbre nueva, apagando todas las lumbres de las casas y templos, y de presto la llevaban a santificar ante el dicho ídolo a México”; está claro que el franciscano se refiere aquí a la fiesta de Panquetzaliztli (Tena, 1987: 96).

En una nota del mismo tratado Tena ubica como simultáneas las fiestas de Fuego Nuevo y Panquetzaliztli, con base en el Códice Huichapan: “En los anales del Códice de Huichapan (en Caso, 1967) entre las páginas 220 y 221, el recuadro de los varios años 2 Acatl representados, aparece coronado igualmente por una bandera”. En la lámina V del Códice Azcatitlan, Robert Barlow comenta que la escena toma lugar en la provincia de Xilotepec (la escena toma parte antes de Coatepec, en lámina VI, lo que concuerda): “A la izquierda del río, y sobre la falda del cerro, vemos al Dios Huitzilopochtli con los taladros del fuego cuya renovación patrocinaba cada siglo indígena de cincuenta y dos años” (Barlow, 1994: 186).

Además, y para acentuar la vinculación Fuego Nuevo/Coatepec, uno de los instrumentos que encendían el fuego nuevo se denominaba *xiuhcoatli*, el arma mítica de Huitzilopochtli con la que mata a los surianos y a la Coyolxauhqui. Tena apunta lo siguiente:

En efecto, esta relación entre las victorias guerreras y la ceremonia del Fuego Nuevo, que coincidía con la atadura de los años, puede documentarse. Sahagún nos dice (Códice Florentino, 1979: III, 485r; XII, 38) que las armas míticas de Huitzilopochtli se llamaban *xiuhcoatli* y *mamalhuaztli*; y éstos eran asimismo, según la interpretación de Francisco del Paso y Troncoso, los nombres de los dos instrumentos de madera con que se encendía el Fuego Nuevo (*ibidem*: 90).

El Códice Huichapan es una fuente que aproxima implícitamente el cerro Hualtepec, ya que Huichapan está a menos de 10 km en línea recta del cerro. La relevancia de las banderas de Panquetzaliztli en el código radica en que es la *mención continua del icono de una celebración bélica* (que se hacía tradicionalmente en Tenochtitlan cada año) en el propio lugar donde se creó todo, el mismo Coatepec, mencionado explícitamente en el código, y que a su vez —al ser escenario de una de las primeras ceremonias del Fuego Nuevo— se conjunta con la celebración de ambas fiestas en el mismo día. Se da la convergencia de tres elementos importantes: Fuego Nuevo/Panquetzaliztli/Coatepec en el área del cerro Hualtepec.

Así, pues, podemos enumerar los puntos ilustrados en el Códice Huichapan (fig. 4) que acercan el Coatepec al Hualtepec: 1) La mención de un templo de la serpiente (folio 48); 2) Batallas contra grupos tarascos (nombrados como uno de los posibles grupos opositores a los aztecas y que celebra el mito de Huitzilopochtli). Ilustración de Panquetzaliztli en la zona (folio 50 y 52); 3) El Coatepec nombrado directamente en la zona (folio 53); 4) La persecución de tarascos (aludiendo a la victoria de Huitzilopochtli), y 5) Los tarascos alzando banderas de papel (Panquetzaliztli).

Códice Huichapan

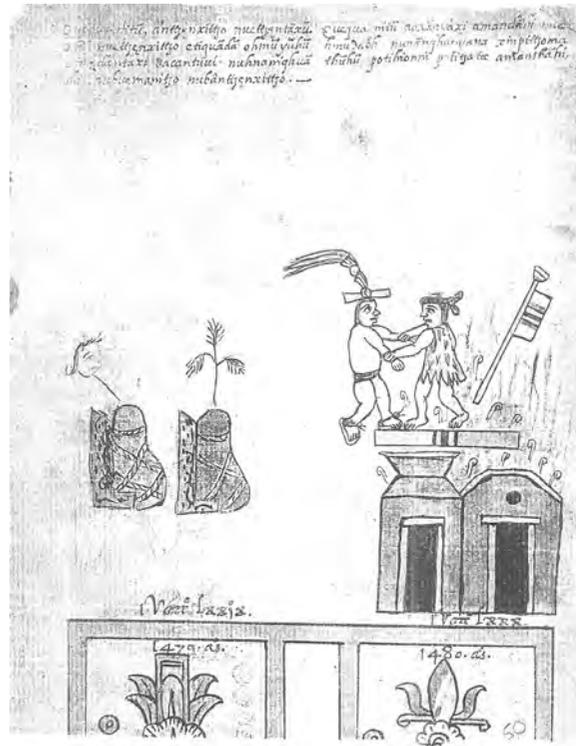
Realizado hacia 1650, este código es el único documento superviviente de los otomíes, y en su primer parte contiene una descripción del calendario mesoamericano; después la historia antigua del pueblo otomí de Xilotepec, y por último

los anales del convento de Huichapan. La bandera de papel característica del Panquetzaliztli se repite en algunos folios, y además de las ilustraciones originales del códice se cuenta con las anotaciones de Ecker, autor de la traducción del original. Aunque se ha juzgado como demasiado literal, su trabajo es un punto de referencia importante, pues el códice relata sucesos propios de la región.

En el folio 48 aparece un personaje con bandera de papel junto al siguiente texto: “aquí se inauguró el templo de la serpiente, aquí en Jilotepec”. El año es 1475, así que no se refiere al Templo Mayor de Tenochtitlan, inaugurado por una reconstrucción en 1487. Ahí mismo aparece la imagen de un templo con almenas. El texto es sugerente: el templo de la serpiente recuerda el significado de Coatepec, cerro de la serpiente, el texto es asertivo en la locación (Xilotepec), por lo cual se menciona un templo de importancia en el área (fig. 4).



● Fig. 4 Folio 48 Códice Huichapan. Edición Telecomunicaciones México, 1992.



● Fig. 5 Folio 50 Códice Huichapan. Edición Telecomunicaciones México, 1992.

En el folio 50 vuelve a aparecer la bandera, ahora junto a la ilustración de un conflicto entre dos personajes, acompañada del texto siguiente: “aquí murió el Rapado de la tierra tarasca, señor del gran enemigo” También se puede observar una bandera a un lado de los hombres que pelean. Esta anotación es relevante, pues al descender del Coatepec la batalla de Huitzilopochtli se ha denominado como una lucha contra los 400 surianos, los 400 *centzohuiznahuas*, y también se ha nombrado como un conflicto contra grupos tarascos (Alfredo López Austin, comunicación personal). El Panquetzaliztli es la conmemoración de esa batalla en el cerro Coatepec, y en esta escena aparecen ilustradas la batalla y la bandera. Ésta es una primera aproximación del Panquetzaliztli en la zona del Hualtepec, cerca de Huichapan (fig. 5).

Más adelante, en el folio 52 Ecker traduce esta línea: “reanudaron la guerra los de Chapa de Mota, así comenzó la guerra allí en Chapa de Mota. Aquí abrió el de la encorvada frente entrada a los tarascos, no eran muy enojosos los

tarascos, entraron nomás los buenos tarascos” (Ecker, 2001: 79).

Chapa de Mota es un pueblo cercano al Hualtepec; por otro lado, la descripción de la batalla concuerda con el triunfo de Huitzilopochtli sobre los 400 surianos al ser descritos en este códice como un grupo de tarascos no muy agresivo. Hasta el momento otras toponimias mencionadas en el códice están actualmente cercanas al Hualtepec o en la zona inmediata: Chapa de Mota, Amealco, Saucillo, Xilotepec.

En el folio 53 se nombra el propio Coatepec: “Aquí era guardián del pueblo Liado de Habla. Así llegó a Coatepec enfadado-desdichado nomás y persiguió a los tarascos que estaban allí y los tarascos que alzan banderas de papel, que consagran banderas de papel” (*ibidem*: 80)

Este folio es quizá el más relevante para nuestra hipótesis: nombra el Coatepec y uno de los acontecimientos principales del mito, la batalla contra los grupos exógenos, la bandera de Panquetzaliztli (fig. 6). Remarquemos que en este códice se menciona la historia particular de Huichapan, y después aporta historia local mediante el uso de pasajes y toponimias cercanas. Es notable que de todos los pasajes posibles de la his-

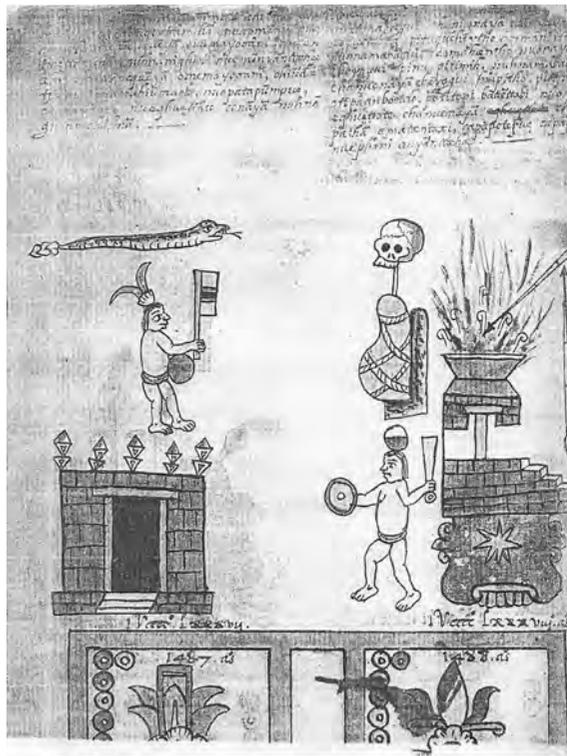
toria otomí, y de la misma provincia de Xilotepec, se haya incluido la mención del mito de Coatepec cuando (por citar un caso que merecía mención) Xilotepec fue subyugada por el imperio mexica, después de una expedición militar de envergadura ciclópea. La proximidad de Coatepec a Huichapan puede ser la sencilla razón por la que el mito haya sido ilustrado, así como de la mención de las banderas de Panquetzaliztli.

Como ya se había señalado, aquí se da una convergencia de símbolos en el área: 1) el Coatepec que había albergado en tiempos anteriores el Fuego Nuevo; 2) el Fuego Nuevo ligado a Coatepec y a Huitzilopochtli mediante la fiesta simultánea de Panquetzaliztli; 3) La ilustración en el códice Huichapan de la Panquetzaliztli, la probable batalla contra los surianos, la bandera icónica puesta ahora en el propio Coatepec, y este códice originario de una población próxima al cerro Hualtepec.

El folio 54 ilustra un templo igual al “templo de la serpiente de Jilotepec” (fig. 7), pero éste se identifica como el Templo Mayor de Tenochtitlan:



● Fig. 6 Folio 53 del Códice Huichapan. Edición Telecomunicaciones México, 1992.



● Fig. 7 Folio 54 del Códice Huichapan. Edición Telecomunicaciones México, 1992.

“aquí entró en servicio el templo de Tenochtitlan, México. Estaban metiendo a la gente y el que porta la Bandera de la serpiente y los de Quelomitlan para trabajo forzado en el templo y el techo a los de Chapa de Mota, también los de Bandera de la Serpiente, un total del 29 200 obreros” (Ecker, 2001: 81). La ilustración de ambos templos es casi igual, el templo de Tenochtitlan tiene más almenas, y de nueva cuenta aparece la bandera de Panquetzalitli y una serpiente arriba del personaje.

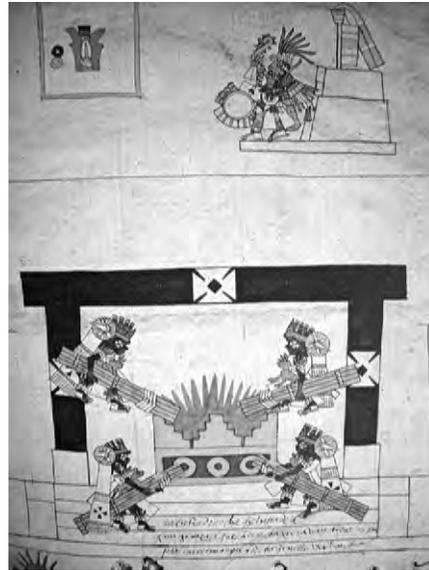
En resumen, este códice menciona el Coatepec; corrobora la guerra contra grupos exógenos, quizá tarascos, y además repite el símbolo de esta guerra y la celebración del mito de Huitzilopochtli, las banderas de Panquetzalitli; todo implícitamente en el área donde —según narra el mito— ocurrieron esos sucesos: en la periferia del cerro Hualtepec. Por tanto, es una parte importante de la hipótesis sobre la localización del mítico Coatepec.

Un dato importante sobre las banderas. La atención a las banderas obedece a la relación que llevan con el Panquetzalitli y, por ende, con el Coatepec, ya que de manera implícita Huitzilopochtli aparece en la escena; pero además encontramos en otras fuentes imágenes del dios cargando *directamente* esta bandera (figs. 8 y 9).

Se puede inferir, así, la presencia de la deidad en los códices y fuentes donde aparecen estas banderas, como en el Códice Huichapan. Otra escena importante en la portación de la bandera es la ocasión en que Huitzilopochtli *preside* la ceremonia del Fuego Nuevo, en cuadratura con los datos expuestos anteriormente sobre la liga de esta dei-

dad con el Panquetzalitli y la atadura de años, tal como se muestra en la imagen del Códice Borbónico (figs. 10 y 11).

Al observar de cerca la bandera que carga Huitzilopochtli bajando de *su templo*, se percibe el parecido con la bandera que lleva el personaje en el folio 53 del Códice Huichapan, donde se lee “así llego a Coatepec”; ambas banderas ondean a la derecha, tienen el mismo número de franjas y, al igual que en la imagen de la figura 11, la bandera del Códice Huichapan presenta un remate en la punta (y del cual carecen las otras banderas del mismo códice).



● Fig. 10 Ceremonia del Fuego Nuevo (Códice Borbónico, 1995).



● Figs. 8 y 9 Dibujos de Huitzilopochtli (López Austin, 2009: 431).





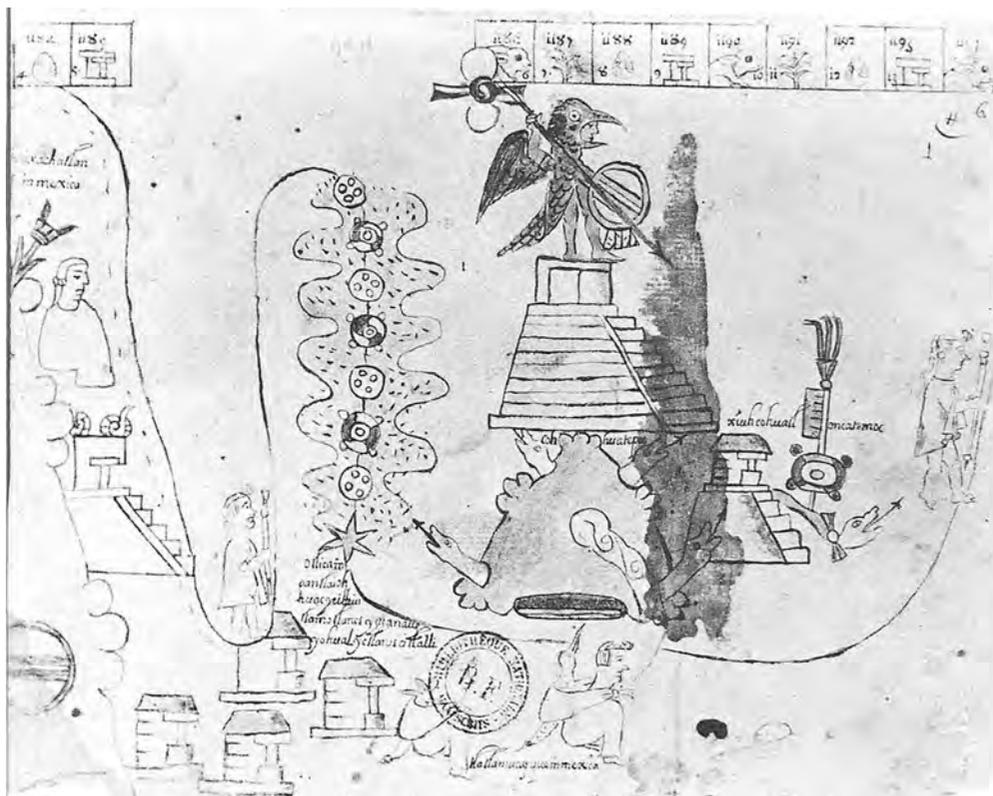
© Fig. 11 Huitzilopochtli (Códice Borbónico, 1995).

El Códice Azcatitlan, documento que refuerza la hipótesis

Este códice trata sobre la historia tradicional de los azteca-mexica durante las migraciones ante-

riores a 1325. En la lámina VI los aztecas pasan por un lugar ya mencionado, Ocozapan, el cual ha sido identificado posiblemente con San Bartolo Ocozocalpan, muy cerca del Hualtepec. El siguiente sitio nombrado en la misma lámina es precisamente el Coatepec, y en su análisis del Códice Azcatitlan Barlow destaca una escena donde Huitzilopochtli aparece con dardo y escudo en las manos: “está pintado en actitud agresiva sobre una pirámide indígena. La base de ésta descansa sobre un cerro del cual salen cuatro cabezas de culebra y que lleva el nombre de ‘Cohuatepec’. Es el cerro de Coatepec, no lejos de Tula, Hidalgo, donde nació Huitzilopochtli según la tradición de Sahagún [...]” (fig. 12) (Barlow, 1994: 186).

Esta ilustración vincula ambos cerros en el códice: sobre el cerro Coatepec *hay una pirámide* de donde baja Huitzilopochtli, una pirámide como las *construidas en el Hualtepec*. Según el grabado, se trata de una estructura completa encima del cerro. Ésta es la única representación del Coatepec



© Fig. 12 Lámina VI del Códice Azcatitlan (Barlow, 1994: 185).

donde se ilustra una pirámide, quizá porque estaban representando un sitio que había trascendido el mito y se convirtió en un lugar real de culto donde había estructuras para tal propósito (y las fuentes mencionan en diversos casos la prolongación de rituales en el Coatepec). Barlow continúa su comentario de esa imagen: “Más hacia la derecha está otro templo con una culebra (*coatl*) un glifo de turquesa (*xihult*) y una bandera (*pantli*). El comentario dice *xiuhcoatl onca temoc*: “allí bajo la Serpiente de Fuego”, es decir “allí encendió el Fuego Nuevo” (fig. 12) (*ibidem*: 187).

De nuevo la fuente coincide contundentemente con la hipótesis. Por principio se trata de otro documento en el que se habla de un Fuego Nuevo en Coatepec, cerca de Tula. El códice menciona que ahí *bajó la serpiente de fuego*, la Xiuhcoatl, y se ilustra una bandera que según Barlow “parece significar fiesta”. El autor habla de la Panquetzaliztli señalada en este trabajo. Esta bandera coincide también con las banderas ilustradas en el Códice Huichapan (fig. 6) ilustrada en el cerro Coatepec y con la que carga Huitzilopochtli en el Códice Borbónico, pues las tres presentan un copete característico.

Texcatepec y el cerro Texcatepetl

Inmediatamente después de la lámina VI, donde se ilustra el Coatepec, en el Códice Azcatitlan se menciona la estadía de un grupo de mexicas en Tezcatepec, lo cual es anotado así por Barlow:

Las páginas 12 y 13 (16, 17) —ambas pintadas por la mano poco experta del aprendiz— se refieren a cuatro lugares del itinerario que lentamente conduce a los mexicas hasta México. En primer término está Texcatepec, pueblo del actual estado de Hidalgo, con el texto: *tezcatepec, motlalico, mexicana*—“Los mexicas vinieron a asentarse en Tezcatepec”. El glifo sobre el cerro es de un espejo (*tezcatl*) y se repite arriba, encima del templo allí pintado (*ibidem*: 188).

La *Crónica Mexicayotl* coincide en los aspectos de narración de este evento, colocando la estadía en el Texcatepec a continuación del Coatepec:

[...] allá se establecieron en Ocopipila y en el lugar de nombre Acahualtzinco y luego por esto vinieron a llegar allá a Coatepec hacia Tullan. Y ella la hermana de Huitzilopochtli, la de nombre Malinalxoch, cuando la dejaron dormida, la dejaron a pie, cuando se despertó, luego ya llora Malinalxoch, les dice a sus padres: “oh, mis padres! ¿A dónde iremos?; pues ciertamente nos dejó secretamente mi hermano mayor, Huitzilopochtli, ¿dónde ha ido el bellaco? Y pues busquemos la tierra a donde nos iremos, pues ya por todas partes se está establecido” y luego vieron el cerro de nombre Texcaltepetl, sobre él se establecieron, y les suplicaron a los moradores de allí, a los texcaltepecanos, luego les dijeron: pues está bien, allá estableceos encima del Texcaltepetl [...] (Alvarado Tezozómoc, 1992: 31).

Las referencias de estas dos fuentes muestran que los dos cerros están en aparente cercanía, ya que un grupo se asienta en el Texcaltepetl después que otro grupo se queda en Coatepec. Los dos cerros encierran mitos de creación, ya que en uno nació Huitzilopochtli y en el otro Copil.

A menos de 30 km del cerro Hualtepec, en línea casi recta al este, se encuentra el poblado de Texcatepec mencionado en el Códice Azcatitlan y la *Crónica Mexicayotl*, tiene en su borde norte el cerro Texcatepec, donde existe un sitio prehispánico extenso. La cercanía con el Hualtepec nuevamente sugiere que este fue el mítico Coatepec.

Segunda parte: datos materiales y arqueológicos del Hualtepec en conjunción con el Coatepec de Tenochtitlan (Templo Mayor)

El sitio del cerro Hualtepec

Como se dijo, el sitio cuenta con dos conjuntos de estructuras conectados en los extremos de una calzada de 400 m en orientación norte-sur. En la cima sur se encuentra una plataforma rectangular de 20 m de longitud con taludes que, a pesar de ser difíciles de distinguir por lo denso de la vegetación, evidencian el material constructivo, consistente en piedras careadas unidas con cementante de cal y arena, cubierto con capas de estuco. La



Fig. 13 Cerro Hualtepec (foto del autor).

estructura en el montículo sur ha sufrido deprecación y alteración, fue nivelada en la parte superior para la construcción de una capilla con material prehispánico (muros de basalto) y un techo de teja de dos aguas. En su interior, sobre un altar conviven elementos católicos como cruces e imágenes con almenas esculpidas. Se encuentran también en el interior de la capilla clavos estucados y bloques claramente labrados. Las capas de estuco que aparecen en los bloques de derrumbe son mayores a medio centímetro de espesor. El levantamiento reveló la calzada continua de más de 400 m que une a la cima sur con la cima norte, donde existe otro montículo. En el terraplén oeste del cerro se encuentra una barda casi conti-

nua, a manera de muro de contención y que conecta los dos montículos.

También en el lado oeste, alineadas en forma continua se detectaron tres estructuras cuyas fachadas ven hacia el este, es decir al interior del sitio y a la misma calzada, la más evidente por sus dimensiones se localiza 120 m al norte del montículo sur. Se distinguen algunos muros formados de cantos rodados alineados y perpendiculares al eje longitudinal. Adicionalmente, hacia el lado este se hallan algunos muros bien definidos que pudieron ser pequeñas terrazas. En el collado y conforme se inicia la elevación de la calzada hacia el norte se accede a la plataforma de mayor tamaño. La vegetación original de la cima norte fue talada y ahora presenta especies propias de matorral secundario estacional, con relictos de encinos. Esta condición permite distinguir un sistema constructivo complejo, el cual muestra pisos de estuco, al menos con una renovación y evidencias de pintura azul en los aplanados. La estructura norte está mejor conservada, la orientación de este cuerpo es más clara y coincide con los ejes del sitio. En la parte posterior hacia el norte, y conectada por un pequeño corredor, se halla otro pequeño espacio.

Hasta este punto se detecta entonces un sitio construido encima de un desnivel de 600 m (la planicie del Hualtepec está a 2 500 msnm, la cima del cerro a 3 100 m.) (figs. 13 y 14); podemos sólo imaginar la cantidad de trabajo necesario, y se

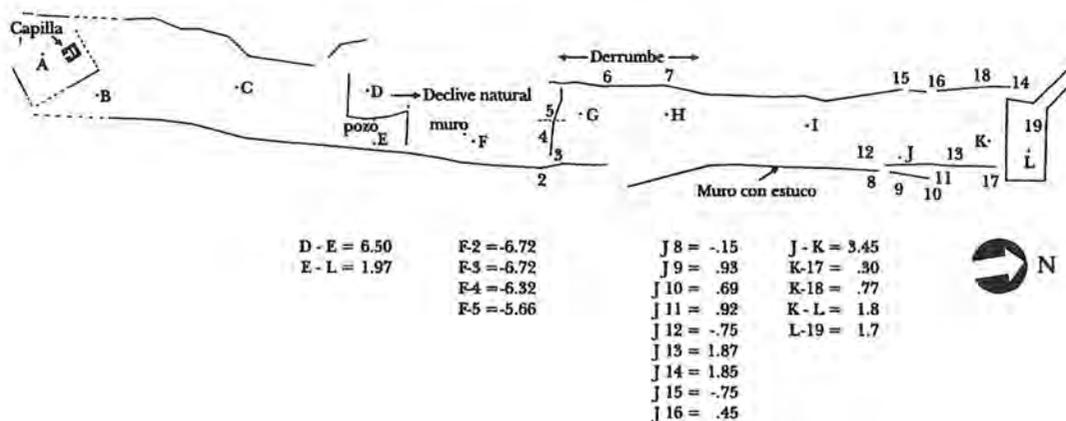


Fig. 14 Levantamiento topográfico del cerro Hualtepec (dibujo de Jaime Cedeno y el autor).



© Fig. 15 Escultura de Xiuhtlicatl, cerro Hualtepec (foto del autor).

encuentran los siguientes elementos: *a)* calzada de 400 m; *b)* montículo norte; *c)* montículo sur, y *d)* estructuras laterales. Además, en el montículo sur pudo detectarse, en el talud oeste, una escultura policroma labrada en un bloque de piedra rectangular de 1 x 0.70 m. El detalle más relevante de esta escultura es un cuerno en la parte superior y frontal de su cabeza, el cual coincide con la imagen de la Xiuhtlicatl, la serpiente que enciende Huitzilopochtli en el cerro Coatepec (fig. 15).

Al interior de la capilla en el montículo sur existen más de diez almenas de piedra, miden 90 x 50 cm, con espesor de diez cm, están cubiertas por una capa de estuco blanco y restos de pintura roja. Tienen esculpido el mismo motivo: un doble arco y cuatro círculos en la parte inferior soportados por un espacio horizontal.

El Coatepec mítico edificado como templo mayor

Está documentado que la mente prehispánica emuló en las pirámides las figuras de cerros y montañas; entre los autores que han tratado el tema destaca Alfredo López Austin, quien al respecto señala: “Repetidamente nos hemos referido a la proyección de los montes en las pirámides mesoamericanas. Ya en 1899 Del Paso y Troncoso opinaba que estas construcciones representaban montes, ‘a todos estos templos elevados los reputaban cerros’” (López Austin y López Luján, 2009: 229). Y posteriormente añade: “La figura

unitaria y dominante del Monte Sagrado se encuentra presente en la gran mole de la pirámide. El Monte Sagrado es, en su concepción global, un edificio cósmico terrestre” (*ibidem*: 480).

En la cosmovisión mesoamericana existieron diversos montes sagrados, montañas supremas, Tamoanchan, Chicomoztoc, Monte Tláloc, Texcaltetpetl, y por supuesto el Coatepec. Estos sitios fueron depositarios de mitos, ofrendas, argumentaciones de creación, conexión con los dioses y una esfera enorme de actividades y rituales documentados ampliamente, pero “la proyección no termina aquí, pues los cerros transmiten la sacralidad que recibieron [...] a los adoratorios erigidos en su entorno.” (*ibidem*: 48).

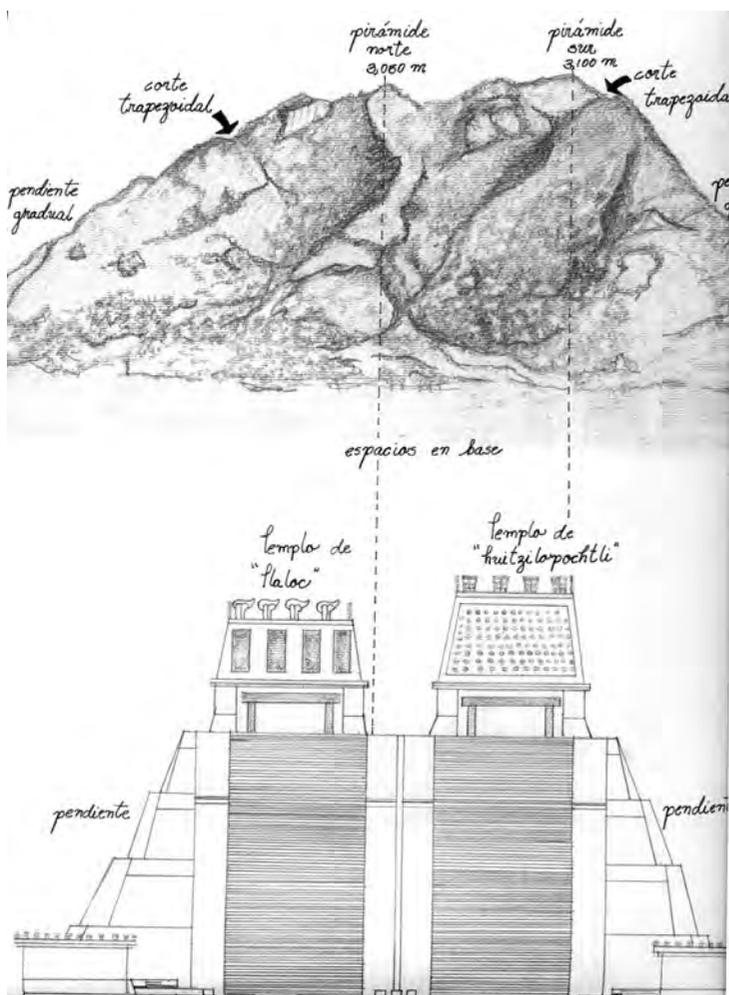
El cerro Coatepec heredó su nombre al gran templo de la capital mexicana:

En el caso del Templo Mayor de Tenochtitlan, la pregunta se remonta a finales del siglo XVI. ¿Porque lo llamaban Coatepec (“En el monte de las serpientes”)? Alvarado Tezozomoc salió al paso del problema, explicando que el edificio era a la vez monte y templo. Con dicha explicación, y con la homonimia existente entre la pirámide y el mítico Coatepec, en nuestros días se ha podido avanzar en la interpretación del edificio, entendiéndose así su sentido sacro (*ibidem*: 230).

En esta transformación en la arquitectura ritual de cerro a templo, autores como Johanna Broda y Eduardo Matos se han referido al Templo Mayor como la materialización del Coatepec; al respecto Alfredo López Austin comenta: “Las fuentes documentales y los elementos arqueológicos identifican simbólicamente al edificio en su totalidad como el mítico Coatepec. (*ibidem*: 479) y además “No exageramos. El Coatepetl [refiriéndose al Templo Mayor] es sin duda una de las mayores proyecciones mesoamericanas del Monte Sagrado” (*ibidem*: 485).

La conjunción con el Templo Mayor

Los datos contenidos en las fuentes y los enumerados aquí sobre el Coatepec avanzan en conjun-



© Fig. 16 Dibujo Hualtepec/Templo Mayor.

to hacia su localización en el cerro Hualtepec. La actual imagen de este cerro mítico ha sido conformada por estos relatos y documentos históricos; sin embargo, como acabamos de ver, la civilización mexicana edificó un templo con su nombre, Coatepetl, el cual quedó como la materialización de ese cerro en el corazón de Tenochtitlan y fue hecho como para “identificar al edificio en su totalidad como el mítico Coatepec”. Surge entonces una pregunta, a mi parecer válida: ¿inspiró un cerro la acción constructiva del templo? El recurso a una abstracción completa es una opción, pero también podría ser que el propio cerro Coatepec, el mítico lugar cerca de Tula, donde quiera que estuvo pudo influir en la disposición arquitectóni-

ca del Coatepetl de la ciudad. Es aquí donde el cerro Hualtepec encuentra una consonancia múltiple con el Coatepec de la ciudad, con el Templo Mayor (fig. 16).

La morfología del cerro Hualtepec

Al ver el Hualtepec de frente se aprecia al inicio una forma trapezoidal, la pendiente sube gradualmente en ambos lados y hacia la última parte hay un recorte hacia el centro para formar un nuevo trapecio a cada lado. Esta cara principal del cerro está orientada al oeste, la línea longitudinal del cerro está orientada en dirección norte-sur. La punta más alta del lado norte, que alcanza alrededor de 3 050 msnm, contiene la estructura piramidal con restos de estuco azul. Al moverse en el mismo eje a la derecha, en el promontorio más alto del lado sur, apenas un poco más elevado que el promontorio norte, a 3 100 m de altura se ubican la estructura con los restos asociados a Huitzilopochtli, la escultura de la Xiuhtcoatl y al parecer una docena de almenas que estudiaremos a continuación.

Si se proyecta este cerro hacia el Templo Mayor, encontramos la misma disposición: de entrada la misma orientación hacia el oeste de la fachada principal. El cuerpo principal se angosta para formar la cúspide, en cuyo lado izquierdo, el lado norte, se encuentra el adoratorio de Tláloc, asociado frecuentemente con el color azul y que corresponde a la estructura norte del Hualtepec. En el lado derecho se encuentra el adoratorio de Huitzilopochtli, más alto que el de Tláloc, según atestiguan diversos grabados en códices y memorias históricas, con lo cual la simetría morfológica es evidente (fig. 16).

Esta disposición de las deidades tiene un significado, un propósito; López Austin dice al respecto:

“Con el par de opuestos que ubica a Huitzilopochtli y a Tlaloc lado a lado se funda México-Tenochtitlan, el sitio que sería, en palabras de Durán, ‘la raíz, el ombligo, y corazón de toda esta máquina mundial’. Y es precisamente la ubicación de la penca y el nopal que sirvieran de asiento al águila, punto de erección de la pirámide que llamarían Coatepetl” (López Austin, 2009: 188).

Si el Templo Mayor fue considerado el punto de fundación de Tenochtitlan, existe la analogía con el Coatepec mítico, donde encontramos que se tenía la intención de fundar México: “Los mexicanos se espantaron mucho: los ‘Centzonhuitznahua’ creían que en Coatepec quedaría el poblado, que allí sería México” (Tezozómoc, 1992: 35). Y una vez más encontramos un patrón de simetrías: 1) el Coatepec fue enunciado como probable sitio de fundación; 2) en el Templo Mayor, llamado Coatepec, se funda México y se construyen templos duales, y 3) el cerro Hualtepec tiene “el par de opuestos que ubica a Huitzilopochtli y a Tlaloc de lado a lado”. Si dicho cerro fue el Coatepec, esta característica pudo ser trasladada al centro de fundación en Tenochtitlan e incorporada en la materialización de Templo Mayor.

La escultura de una Xiuhcoatl

El único marcador disponible para considerar la pirámide norte del Hualtepec como dedicada a Tlaloc son restos de pintura azul; sin embargo, en el montículo sur se cuenta con elementos de asignación a Huitzilopochtli más claros y uno de ellos es la Xiuhcoatl. La presencia de este elemento en la estructura sur cuadra con todo el esquema propuesto: 1) es el arma de Huitzilopochtli con la que combate a los surianos y mata a Coyolxauhqui; 2) el Coatepec fue propuesto como un sitio de Fuego Nuevo y la Xiuhcoatl es uno de los dos instrumentos usados para encenderlo; 3) hay una intersección entre estos dos datos y el mencionado en fuentes como la ilustrada en la figura 12 (lámina VI del Códice Azcatitlan): el que la deidad sea el patrocinador de la ceremonia del Fuego Nuevo. La presencia de la Xiuhcoatl (*¿in situ?*) se puede leer como un elemento para reafirmar los hechos anteriores.

Las almenas con un glifo

Una decena de almenas (quizá hubo más) descansan en el montículo sur del Hualtepec, el punto asociado a Huitzilopochtli; la cara frontal de estas almenas está constituida por un diseño particular. Si pensamos en el mito que tuvo lugar en el Coatepec podemos afirmar que uno de los puntos más relevantes es la muerte de Coyolxauhqui, prueba de lo cual es el monolito discoidal encontrado en 1978 a los pies de la escalinata que conduce al recinto de Huitzilopochtli en el Templo Mayor. Este hallazgo fue uno de los elementos para que Eduardo Matos concluyera que ese recinto había sido tratado en su totalidad como el mítico Coatepec:

En trabajos pioneros, Seler afirma que el nombre de Coatepec da a la gran pirámide mexicana la calidad de palestra del ritual donde un personificador de Huitzilopochtli vence a la personificadora de Coyolxauhqui. Matos va más allá al sostener que el nacimiento del dios Huitzilopochtli no sólo se rescenificaba periódicamente en el Templo Mayor, sino que el edificio mismo materializaba arquitectónicamente este mito. La evidencia más contundente la constituye el espectacular monolito de la diosa Coyolxauhqui de la etapa IVb, encontrado el 21 de febrero de 1978, en el cual la diosa yace decapitada y desmembrada. Matos observa que este monolito fue colocado exactamente al pie de la escalinata que conduce a la parte superior del edificio. Arriba, triunfante, se encontraba Huitzilopochtli (López Austin, *op. cit.*: 245)

Una decena o más de almenas como las encontradas en el Hualtepec pudieron señalar algo, ¿por qué ese diseño? En un momento aventuré la idea de que podría ser un glifo 4 Acatl, lo cual derivó en intersecciones interesantes; sin embargo, ahora trataré el glifo únicamente en su imagen directa. Lo que resalta de este motivo es que se encuentra repetido tres veces en el propio monumento discoidal de Coyolxauhqui en el Templo Mayor.

¿Dónde se ubica este glifo en la Coyolxauhqui? Sabemos que entre los mexicas la posición de las ofrendas y el diseño de las esculturas era algo primordial, pensado de manera cuidadosa, con

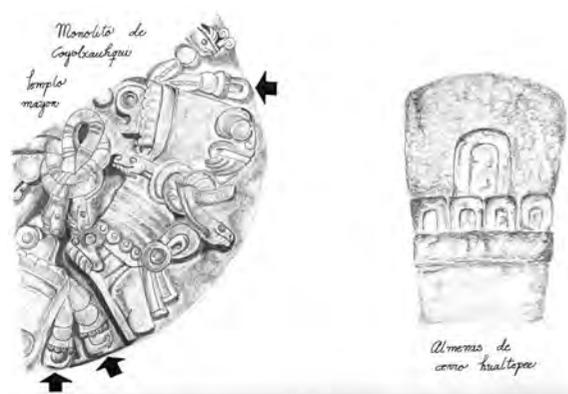


Fig. 17 Dibujo del glifo almena y Coyolxauhqui.

una cosmovisión y un propósito específicos. Es interesante que la posición del glifo se ubique al final de *algunos* rastros de sangre, después de las cuentas de piedras preciosas en tres chorros, uno arriba de la rodilla en la pierna izquierda y otros dos en la misma extremidad, debajo de la sandalia.

Al respecto López Austin comenta: “Coyolxauhqui posee tres elementos iconográficos que indican que ha sido sacrificada. El primero es el flujo de sangre rematada por chalchihuites que emana de sus extremidades cercenadas” (*ibidem*: 297). Se pueden resaltar estas simetrías: (son datos existentes): a) El glifo decora las almenas en el montículo sur del Hualtepec, el lado de Huitzilopochtli; b) el mito de Coatepec celebra como punto esencial la victoria sobre Coyolxauhqui; y c) el glifo de las almenas se repite en la Coyolxauhqui, cuyo monolito es ubicado en Templo Mayor y ha sido interpretado como un elemento que enuncia el haber sido sacrificada (fig. 17).

El propósito de las almenas pudo ser subrayar la victoria de Huitzilopochtli *in situ* en el cerro Hualtepec (*¿Coatepec?*). De cualquier modo es relevante esta duplicación de símbolos en esos puntos particulares, es un caso no de casualidad sino de causalidad. Sobre el registro de datos e iconos López Austin cita de nuevo a Selser cuando habla del mito de Huitzilopochtli: “Ésta es la leyenda tribal de la nación que había adquirido la primacía entre los pueblos de México. Sus pormenores derivan de la dramatización de la gran fiesta de Huitzilopochtli. Al representar en alguna medida la ‘Montaña de la serpiente’ (Coatepec),

el gran templo de la ciudad de México sirve como la montaña de la serpiente. Todo fue registrado en el gran templo de la capital [...]” (*ibidem*: 247).

Es decir: en el Templo Mayor se colocan elementos pertenecientes al mito del Coatepec (Coyolxauhqui), y en el Coatepec quizá se encuentre uno de los elementos alusivos colocados en el Templo Mayor (diez lápidas con un glifo puesto en Coyolxauhqui) (fig. 17). (Uno de los relieves sobresalientes en la cara oeste del cerro Hualtepec es una peña en forma casi redonda y que a la distancia parece como si estuviera grabada; se encuentra ligeramente a la izquierda de la vertical del montículo relacionado con Huitzilopochtli.) Otro dato relevante de este glifo es la repetición de su presencia en la piedra dedicatoria de Moctezuma I.

La manufactura de esta piedra se fecha entre 1440 y 1469, los años de reinado de Moctezuma I (fig. 18), y que coincide con la fecha de manufactura de la Coyolxauhqui, sobre la cual López Austin comenta: “Dado que debieron de haber sido muy pequeñas las distancias temporales entre las etapas IVa-2, IVa-3 y IVb, la fecha que tentativamente señala Matos para la inauguración del monolito, hacia 1460 d.C. pudiera retrotraerse unos cuantos años, siempre bajo el gobierno de Moctezuma Ilhuicamina (1440-1469)” (*ibidem*: 295).

Pero además Moctezuma I se relaciona directamente con la región que contuvo el Coatepec mítico: Xilotepec, una zona duramente peleada por el imperio mexicana, al respecto Carrasco co-



Fig. 18 Piedra de Moctezuma, MNA-INAH (foto del autor).

menta: “Bajo Moctezuma Ilhuicamina se enlistan como conquistas en esta región lugares que fueron parte de los tres grandes reinos de la alianza [...] estos son Hueyпочtlan, Atotonilco de Tula, Axcopan, Tollan, Xilotepec [...]” (Carrasco, 1996: 358).

Si Moctezuma conquistó Xilotepec, bien pudo poner un marcador de su conquista en un sitio sagrado y ceremonial de manufactura imperial; en este punto vale la pena recordar el mensaje consignado en el folio 48 del Códice Huichapan: “aquí se inauguró el templo de la serpiente, aquí en Xilotepec” (fig. 4) (Ecker, 2001: 96). El cuadro del código está fechado en 1475, muy cerca del periodo señalado para la manufactura de la piedra de Moctezuma y la Coyolxauhqui (1440-1469), ambas mandadas hacer por el propio monarca mexica.

Al sintetizar estos datos coincidentes en relación con glifo de las almenas del Hualtepec, tenemos *a*) fecha de manufactura de Coyolxauhqui ordenada por Moctezuma: *ca.* 1469; *b*) fecha de manufactura de la Piedra de Moctezuma: 1440-1469, ordenada por el propio emperador; *c*) fecha de la conquista de Xilotepec (provincia del Hualtepec): 1440; *d*) fecha de la construcción del templo de la serpiente en Xilotepec: 1475, y *e*) presencia del glifo en ambos monumentos mexicas, así como en el cerro Hualtepec, provincia de Xilotepec.

Es probable que el templo de la serpiente sea el Coatepec y se refiera al mismo Hualtepec; es evidente que el glifo, una constante asociada a Moctezuma, relaciona ineludiblemente los tres elementos.

Datos adicionales de identidad entre el Coatepec y el Hualtepec

Dimensión de las estructuras

Es innegable que las proporciones de este sitio son considerables, sobre todo si tomamos en cuenta que no es un sitio a nivel de terreno plano, sino a 600 m por encima de los lugares habitables; como punto de comparación, el cerro Zacatepetl se ubica 120 m por encima de su base. Tal cantidad de trabajo pudo ser el resultado de sacralizar un sitio en el que tuvo lugar un evento mítico muy importante, como la epopeya de Huitzilopochtli o una

ceremonia de la trascendencia del Fuego Nuevo. Se puede pensar que el sitio se construyó de manera paulatina y que la parte final, visible en nuestros días, correspondió a la etapa imperial mexica, ya que sólo así podría haberse dispuesto de mano de obra suficiente para un sitio de esa magnitud.

Al respecto y tomando como referencia a Huichapan, en la zona duramente conquistada de Xilotepec: “Las siete ciudades que fue a conquistar Ahuizotl tal vez constituían una entidad política; según Durán, Chiappan y Xilotepec eran las dos ciudades principales. Chiappan ocupa un lugar destacado en el relato de esta campaña militar, lo que sugiere que junto con Xilotepec dirigía el grupo de las siete ciudades” (Carrasco, 1996: 361). La presencia de este sitio obedecería, además, tanto a un marcador en la zona de frontera del imperio mexica como a un lugar para ceremonias rituales importantes, mismas que —como se ha visto en las fuentes referidas— se siguieron realizando casi hasta el momento de la intrusión española.

Una placa con un glifo más contundente

Amealco es una población situada a menos de 5 km al sur del Hualtepec, y en las fuentes históricas se refiere como habitada desde tiempos prehispánicos, y durante la etapa colonial tuvo continuidad como San José Atlán, fue congregada y la construcción de su iglesia data del siglo XVI (fig. 19).



© Fig. 19 Iglesia de Amealco (foto del autor).



◉ Fig. 20 Foto glifo de Ameyalli (foto del autor).

Al interior del marco de su fachada principal, en los bordes de la puerta de entrada se encuentran dos placas de cantera, ambas toponímicas. El lado derecho contiene el símbolo de Ameyalli, el topónimo del lugar (Amealco es derivado de *ameyalli*, manantial) Por alguna razón se quiso preservar el nombre del pueblo en la iglesia, y la imagen del glifo es claramente un manantial, parecido a otras representaciones de este elemento. Tiene la cruz católica, indicativa de que ese glifo fue puesto después de la conquista (fig. 20).

Exactamente al otro lado de la puerta principal hay una segunda placa con el símbolo de otro topónimo prehispánico; dado que existe la placa de Ameyalli, se puede pensar que el otro lugar es un



◉ Fig. 21 Glifo de Coatepec (foto del autor).

sitio cercano. Se trata de una placa más grande (hay otras dos placa fuera del marco) incluso mayor que la de Ameyalli, por lo cual se puede asumir que fue un sitio importante y relevante para la zona.

La otra placa de cantera tiene el glifo del cerro Coatepec. Está colocada en el extremo norte de la fachada, en el lado orientado al Hualtepec (a menos de 5 km en línea recta); está enmarcada por el cordón franciscano y tiene a los lados la representación de los símbolos de Cristo, JHS y XPS. Quizá fue elaborada en las postrimerías del siglo XVI o principios del XVII, en una época en la que —como señaló Kirchhoff— el Coatepec era un lugar todavía conocido (fig. 21).

Conclusiones

El Coatepec, ese cerro épico donde Coatlicue barría y Coyolxauhqui cae por su ladera a manos del primer guerrero azteca, fue dejando su rastro en las fuentes y códices —en algunos datos sutiles y otros más evidentes—; al conjuntar todas estas aportaciones el resultado es una imagen del Coatepec más clara, ubicada en un espacio geográfico y con características tridimensionales plasmadas de manera definida. Pero además este lugar mítico quedó grabado para siempre en las líneas del magnífico Templo Mayor, el Coatepec de Tenochtitlan.

Ambas vertientes coinciden con el cerro Hualtepec, lo que se hizo fue confrontar las características del Hualtepec y los datos materiales que lo abarcan con las fuentes y el Coatepec construido; en este proceso no se ha forzado ningún argumento, si acaso he aventurado alguna idea como hipótesis. Pero la mayoría de las confrontaciones dispuestas enmarcan ambos cerros como el mismo, el Hualtepec es hoy el cerro donde se asentó el mítico Coatepec, eso es lo que resulta de todos los datos dispuestos frente a frente.

Borrando por un momento el Hualtepec de la escena, surge una pregunta: si la búsqueda del Coatepec se emprendiera, ¿qué características se tendrían en mente y en qué lugar de Mesoamérica podríamos situarlo? Las respuestas *ideales* no pueden diferir mucho de lo ya asentado.

Bibliografía

- Acuña, René (ed.)
1985. *Relaciones geográficas del siglo XVI*, México, UNAM, tt. 6, 8 y 9.
- Alvarado Tezozómoc, Fernando
1992. *Crónica Mexicayotl*, México, UNAM.
- Barlow, Robert
1994. *Fuentes y estudios sobre el México indígena: generalidades y centro de México*, México, INAH/UDLA.

1992. *La extensión del imperio de los culhua mexica*, México, INAH/UDLA.
- Bonifaz Nuño, Rubén
1986. *Imagen de Tláloc*, México, UNAM.
- Broda, Johanna
1991. *Arqueoastronomía y etnoastronomía en Mesoamérica*, México, UNAM.

1987. *The Provenience of the Offerings, Tribute and Cosmivision*, Washington, D.C., Dumbarton Oak Research Library.
- Broda, Johanna, David Carrasco y Eduardo Matos
1987. *The Great Temple of Tenochtitlan. Center and Periphery in the Aztec World*, Berkeley, University of California Press.
- Burgoa, Francisco
1957. *Descripción geográfica de la parte septentrional de América*, México, Archivo General de la Nación.
- Carrasco, Pedro
1996. *Estructura político-territorial del imperio tenochca*, México, FCE.
- Davies, Nigel
1973. *The Aztecs*, Londres, Abacus.
- Durán, fray Diego
2006. *Historia de las Indias de Nueva España e islas de Tierra Firme*, México, Porrúa.

1980. *Ritos y fiestas de los antiguos mexicanos*, México, Porrúa.
- Duverger, Christian
1999. *Mesoamérica: arte y antropología*, México, Conaculta.
- Ecker, Lawrence
2001. *Códice Huichapan*, México, UNAM.
- Eliade, Mircea
1997. *Tratado de historia de las religiones*, México, Era.

1992. *Mito y realidad*, Madrid, Labor.

1968. *El mito del eterno retorno*, Buenos Aires, Emecé.
- Fernández Christlieb, Federico
2006. *Territorialidad y paisaje en el altepetl del siglo XVI*, México, FCE.
- Frazer, James
1956. *La rama dorada*, México, FCE.
- Galinier, Jacques
1990. *La mitad del mundo: cuerpo y cosmos en los rituales otomés*, México, IIA-UNAM/CEMCA.
- Garibay, Ángel Ma.
2005. *Teogonía e historia de los mexicanos*, México, Porrúa.
- Gerhard, Peter
1986. *Geografía histórica de la Nueva España, 1519-1821*, México, UNAM.
- González, Carlos, Bertina Olmedo
1990. *Esculturas mezcala en el Templo Mayor*, México, INAH.
- Guzmán, Ana
1999. “La Ofrenda 23 del Templo Mayor”, *Arqueología*, núm. 22.
- Johansson K., Patrick
2004. “Coatépétl: ‘La Montaña Sagrada de los mexicas’”, *Arqueología Mexicana*, vol. XII, núm. 67.
- Katz, Friedrich
1966. *Situación social y económica de los aztecas en los siglos XV y XVI*, México, UNAM.

- Kirchhoff, Paul, Lina Odena Güemes y Luis García Reyes
1989, *Historia tolteca chichimeca*, México, FCE.
- León Portilla, Miguel
1993, *La filosofía náhuatl*, México, UNAM.

1992. *Ritos, sacerdotes y atavíos de los dioses*, México, UNAM.
- López Aguilar, Fernando
1998. *Símbolos del tiempo: los pueblos de indios del Valle del Mezquital en la Colonia*, México, UNAM.

1991. "Informe de la Cuarta Temporada de Trabajo de Campo, Proyecto Valle del Mezquital, Hidalgo", México, Archivo del Consejo de Arqueología, INAH.
- López Austin, Alfredo
1993. *Tamoanchan y Tlalocan*, México, FCE.
- López Austin Alfredo y Leonardo López Luján
2009, *Monte sagrado, Templo Mayor*, México, INAH/ UNAM.
- Manzanilla, Linda
1995. *Historia antigua de México*, México, INAH, vol. III.
- Matos, Eduardo
1994. *Vida y muerte en el Templo Mayor*, México, INAH.

1990. *Trabajos arqueológicos realizados en el centro de la ciudad de México*, México, INAH.
- Medina, Andrés
2000. *En las cuatro esquinas, en el centro. Etnografías de la cosmovisión mesoamericana*, México, IIA-UNAM.
- Monjaraz-Ruiz, Jesús y Rosa Brambila
1985. *Mesoamérica y el centro de México*, México, INAH.
- Reyes Retana, Óscar
1992, *Códice Huichapan*, México, Telecomunicaciones.
- Sahagún, fray Bernardino de
1989. *Historia general de las cosas de la Nueva España*, México, Porrúa.
- San Antón Muñón Chimalpain, Domingo Francisco de
1991, *Memorial breve acerca de la fundación de la ciudad de Culhuacan*, México, UNAM.
- Spranz, Bodo
1993. *Los dioses en los códices mexicanos del Grupo Borgia*, México, FCE.
- Soustelle, Jacques
1982. *El universo de los aztecas*, México, FCE.
- Tena, Rafael (ed.)
1992. *Códice Chimalpopoca, Anales de Cuahuitlán y Leyenda de los Soles*, México, UNAM.

1987, *El calendario mexicana y la cronografía*, México, INAH.
- Turner Victor
1999, *La selva de los símbolos*, México, Siglo XXI.
- Vargas, Ernesto
1989, *Las máscaras de la Cueva de Santa Ana Teloxtoc*, México, UNAM.
- Wright, David
1989. "Relación de Querétaro", en *Querétaro en el siglo XVI, fuentes documentales primarias*. Querétaro, Dirección de Patrimonio Cultural/ Secretaría de Cultura y Bienestar Social-Gobierno del Estado (Documentos de Querétaro).



Los murales de Chichén Itzá, Chacmultún, Ichmac y Mulchic. Implicaciones sobre la beligerancia maya en el Clásico tardío-terminal (600-1000 d.C.)

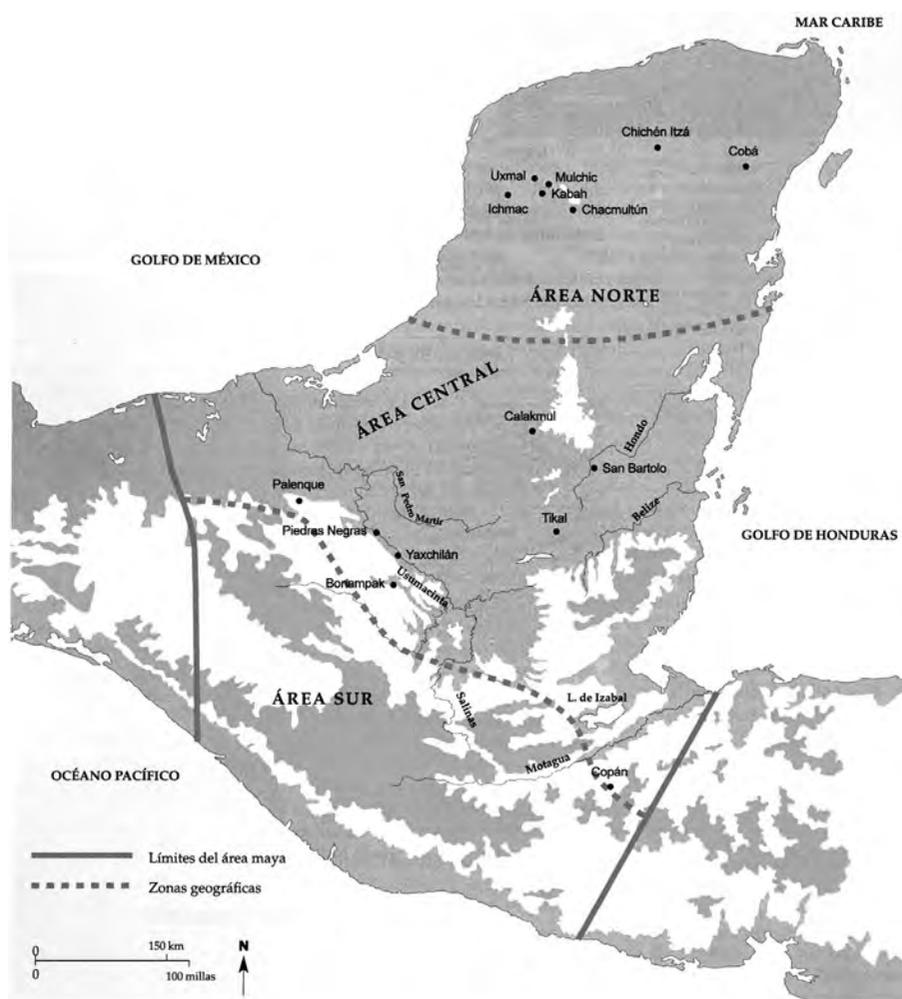
El presente estudio tiene como objetivo reconstruir hipotéticamente los ejércitos mayas de las tierras bajas septentrionales hacia el Clásico tardío-terminal (600-1000 d.C.), a través de la arqueología de la guerra y el análisis gráfico de diversos murales provenientes de los sitios de Chichén Itzá, Chacmultún, Ichmac y Mulchic. Para apoyar la propuesta se emplearon algunos documentos históricos relativos a la conquista y colonización de la península yucateca, los cuales proporcionan valiosa información relacionada con la beligerancia maya. Las pinturas de cada asentamiento arqueológico son estudiadas de manera particular, se exponen los sistemas de armamento, la posible organización militar de los contingentes, así como los sistemas de mando y las tácticas empleadas durante los conflictos bélicos. Inclusive se trata de desmitificar algunas ideas relativas a estas imágenes.

The aim of the present study is to hypothetically reconstruct the Northern Maya Lowland armies from the Late to Terminal Classic period (AD 600-1000), through the archaeology of warfare and the graphic analysis of diverse murals from the sites of Chichén Itzá, Chacmultún, Ichmac, and Mulchic. To support the proposal some historical documents on the conquest and colonization of the Yucatán peninsula that provide valuable information about Maya warfare were used. The paintings from each archaeological site are studied in particular way. The weaponry is characterized, as well as the possible military organization of contingents and the command systems and tactics employed during the armed conflicts. This paper also tries to clarify some prevailing ideas associated with these paintings that need to be disproven.

Una de las expresiones artísticas más refinadas que desarrollaron los antiguos mayas fue la pintura que ha logrado conservarse en códices, cerámica, cuevas y en la arquitectura a modo de murales. Como evidencia arquitectónica, la pintura mural proporciona información muy valiosa acerca de la vida cortesana de la elite, sus costumbres, rituales religiosos y la guerra (Staines, 1999: 210).

Los frescos más famosos del área maya son los de Bonampak, Chiapas, y más recientemente los de San Bartolo, en el Petén guatemalteco, debido a su excepcional estado de conservación, estilo y periodo. Sin embargo, existen otros poco conocidos y no menos importantes, como los de Chichén Itzá, Chacmultún, Ichmac y Mulchic, situados en la península de Yucatán (fig. 1). Los murales de esos emplazamientos, según diversos autores (Cobos, 2004: 523; 2007: 324; Barrera

* Licenciado en arqueología por la Escuela Nacional de Antropología e Historia-INAH. Agradezco profundamente a la maestra Leticia Staines, adscrita al Instituto de Investigaciones Estéticas-UNAM, por la información proporcionada sobre los murales de Ichmac, sin la cual esta investigación no hubiera sido posible.



© Fig. 1 Mapa del área maya.

Rubio, 1980: 173-176; García Moll y Cobos, 2009: 117; Lombardo, 2001: 110; Piña Chan, 1964: 63; Staines, 1993: 112; 1999: 217-257; Walters y Kowalski, 2000: 207-209), están asociados a eventos bélicos y fueron elaborados entre el Clásico tardío (600-800 d.C.) y el Clásico terminal (800-1000 d.C.).

A partir de ellos se realizará una reconstrucción hipotética de los ejércitos mayas hacia el Clásico tardío-terminal, abordando los tópicos de los sistemas de armamento, mando, comunicación y tácticas empleadas en los enfrentamientos armados. En primera instancia se analizan las pinturas de Chichén Itzá, las cuales proporcionan mayor información y servirá como base para ex-

plicar los casos de Chacmultún, Ichmac y Mulchic.

Antes que nada es necesario definir algunos conceptos importantes que son empleados a lo largo del texto.

La guerra es el conflicto armado y organizado entre entidades políticas independientes, donde el asesinato está socialmente aceptado (Tejeda, 2012: 29). La elite gobernante de una sociedad jerarquizada juega el papel más importante en la beligerancia, ya que ella decide cuándo, cómo y dónde se realiza, además de que funciona como uno de los mecanismos para justificar y mantener a la nobleza en el poder. La guerra está dirigida principalmente al enriquecimiento, expansión del

poderío y glorificación de los gobernantes (Arkush y Allen, 2006: 3; Carneiro, 1990: 200-201, 203; Clausewitz, 2006: 52; Ferguson, 1990: 30; 2006: 505; Genovés, 1968: 139; Toynbee, 1984: 113). Dicha hegemonía es posible gracias a la creación y mantenimiento de un ejército encabezado y organizado por el mismo gobierno (Redman, 1990: 301; Otterbein, 2004: 4-5).

El ejército es un grupo de hombres armados que pueden ser profesionales o no en materia bélica; y puede ser permanente o temporal, lo cual depende de las circunstancias políticas y sociales (Fried, 1960: 721; Guilaine y Zammit, 2002: 211; Keeley, 1996: 12). A todo individuo que forma parte de un ejército se le conoce como soldado, está al servicio total de los gobernantes y lucha por la soberanía de una entidad política de índole estatal; y sus ambiciones personales por lo general no rebasan sus condiciones de nivel social. En cambio, el guerrero es un combatiente que pertenecía a una sociedad igualitaria o una jefatura, y peleaba por el bienestar e independencia de su propio grupo, por sus aspiraciones individuales de prestigio, riqueza y poder sobrenatural (Otterbein, 2004: 6). Así, para el caso de las sociedades mayas y mesoamericanas, a todos los combatientes se les debe considerar soldados y no guerreros, como tradicional y erróneamente se ha planteado.

El ejército, al ser una herramienta más del Estado, su control y responsabilidad recae en comandantes que descienden directamente de la nobleza, siendo los mismos reyes de las civilizaciones antiguas los máximo líderes militares (Otterbein, 2004: 181; Redman, 1990: 391). Los contingentes muy numerosos son difíciles de organizar, ordenar y maniobrar, así que habrá generales y estrategias profesionales leales al jerarca para auxiliarlo (Anglim *et al.*, 2002: 137; Otterbein, 2004: 5; Turney-High, 1949: 75, 81). Para facilitar el mando del ejército, éste se divide en escuadrones según el tipo de sistema de armamento disponible; a la vez que se emplean las principales formaciones que son la línea y la columna (Keeley, 1996: 60; Turney-High, 1949: 27, 43).¹

¹ La línea es la formación básica de combate, mientras la columna es la posición inicial de combate. La columna es un método organizacional para incorporar a los hombres al escenario de combate en la mejor condición para ser

Las órdenes durante los combates son ejecutadas por medio de sistemas de comunicación, que se dividen en sonoros y visuales. Los primeros se subdividen en corporales, y consisten en cadenas de voces, gritos y silbidos; en instrumentos de viento y percusión. Y los sistemas visuales, en luminosos tales como antorchas y objetos que reflejan la luz, y en estandartes y banderas (Anglim *et al.*, 2002: 137, 139-140; Maquiavelo, 1997: 51-52; Sun Tzu, 2004: 44-45, 62).

Los instrumentos bélicos se dividen en armas ofensivas y defensivas. Las primeras se subdividen en armas de choque y arrojadas (Turney-High, 1949: 9). Las armas de choque tienen como objetivo golpear, cortar y perforar al enemigo, según la morfología de la parte contundente del instrumento. Éstas se emplean para el combate cuerpo a cuerpo, y su efectividad requiere del contacto cercano del arma con el contendiente (*ibidem*: 12). Debido a esta característica se pueden subdividir en armas de combate a larga distancia y de corta distancia, cuya diferencia primordial radica en el espacio efectivo entre el atacante y el adversario.

Las armas arrojadas son aquellas que permiten alcanzar a un enemigo distante, sin que el usuario entre en combate directo. Se refiere a todo tipo de proyectil propulsado con la mano o con la ayuda de un instrumento accionado manualmente.

El armamento defensivo es la respuesta hacia el perfeccionamiento de las armas de choque y sirven para defender al combatiente, siendo los escudos y las armaduras las principales invenciones de este tipo (*ibidem*: 16). Los escudos pueden clasificarse en cuatro tipos: evasión, cobertura, escudo-armadura y fijos (Beran, 2005: 14).²

controlados por el comandante. Además ofrece apoyo y protección mutua entre combatientes, incluso es la formación principal de marcha.

² El escudo de evasión es de pequeñas dimensiones y sólo cubre el antebrazo o el brazo completo, sirve para detener o esquivar ataques de armas de choque. El escudo de cobertura es más grande y resguarda gran parte del cuerpo, al menos el torso completo, desarrollado para repeler ataques de armas de choque y arrojadas. El escudo-armadura son placas de diversos materiales como madera, cuero, metal y fibras que se sujetan al cuerpo dejando libres las manos. El escudo fijo son placas de madera sólida de grandes dimensiones que podían guarecer a dos o tres combatientes a la vez.

A la conjunción de armas ofensivas y defensivas se le denomina sistema de armamento (Brokmann, 2000: 269; Follet, 1932: 580; Repetto, 1985: 32).

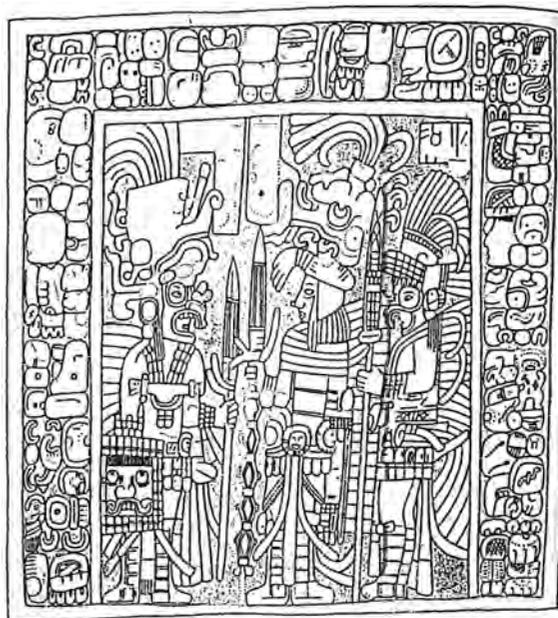
Según Clausewitz (2006: 72, 104), la táctica es la forma en como se preparan y conducen separadamente los encuentros armados, y la estrategia es la combinación de encuentros para lograr el objetivo de la guerra. En la estrategia entran en juego la fuerza moral de los combatientes, las complejidades intelectuales de los participantes y una serie de factores diversos como el terreno, condiciones meteorológicas, cantidad de efectivos y la logística.

Los murales de Chichén Itzá

En Chichén Itzá se han descubierto pinturas en el Templo Superior de los Jaguares,³ el Templo de los Guerreros y su subestructura el Templo del Chac Mool (Morris y Morris, 1932) y en el edificio de Las Monjas (Bolles: 1977); aunque para apoyar esta propuesta habrá que considerar varios monumentos esculpidos con representaciones asociados a la beligerancia.

En los monumentos prehispánicos es frecuente que los sistemas de armamento no hayan sido representados completos o sus dimensiones no correspondan a la realidad, pues armas como la lanza, el hacha, el escudo y el lanzadardos fueron símbolos de poder que denotaban la fuerza y el mando de los gobernantes.

El sistema de armamento de choque más temprano fue el lanza-escudo, y al que se le puede considerar como infantería de choque de combate a larga distancia, cuya representación se encuentra en el dintel de Halakal, fechado entre 870 y 873 d.C. (fig. 2).⁴ Y un poco más tarde, entre 870



● Fig. 2 Dintel de Halakal (tomada de Grube y Krochock, 2007).

y 890 d.C. aparece en el Disco Espigado hallado en las inmediaciones de El Caracol (Boot, 2005: 123, 136-137, 345, 350). Ya en el siglo X se le puede observar en los pilares del Templo del Chac Mool (fig. 3a), en la columnata noroeste del Grupo de las Mil Columnas, en el relieve del Templo Inferior de los Jaguares (fig. 5) y en el mural suroeste del Templo Superior de los Jaguares (fig. 10).

Por otro lado, para los sistemas de choque de combate a corta distancia se puede observar el hacha-escudo, el cual se aprecia en un pilar del Templo 6E-1, en la columnata noroeste del Grupo de las Mil Columnas (figs. 5a y 5b) y en el relieve del Templo Inferior de los Jaguares (fig. 4). Las hachas de guerra podían tener una o dos cabezas líticas sujetadas a un mango de madera.

Existió un arma bastante peculiar, conocida como palo curvo, posiblemente empleado como arma principal, y como arma secundaria en conjunto con el lanzadardos. El sistema palo curvo-escudo aparece en uno de los murales del Templo

³ Los murales del Templo Superior de los Jaguares fueron reportados por vez primera por John Lloyd Stephens y Frederick Catherwood en 1842 (Bourbon, 1999: 181, 185; Ringle 2009: 15). Pero fue entre 1900 y 1902 cuando Adela Breton los registró y reprodujo durante el proyecto arqueológico de la Harvard University a cargo de Edward H. Thompson (Romandía: 1993: 58-64).

⁴ Halakal es un suburbio de Chichén Itzá, localizado 4 km al noreste. En el monolito aparecen K'ahk' Upakal, K'ihnich Ju'npiik To'k', señor de Ek Balam, y un personaje llamado

Uchok Ju'n Yajawal Wihnik, quienes realizaron una ceremonia de fuego que fue conmemorada en dicho dintel (Boot, 2005: 303-308, 311; García Moll y Cobos, 2009: 70-71; Grube y Krochock, 2007: 214-217).

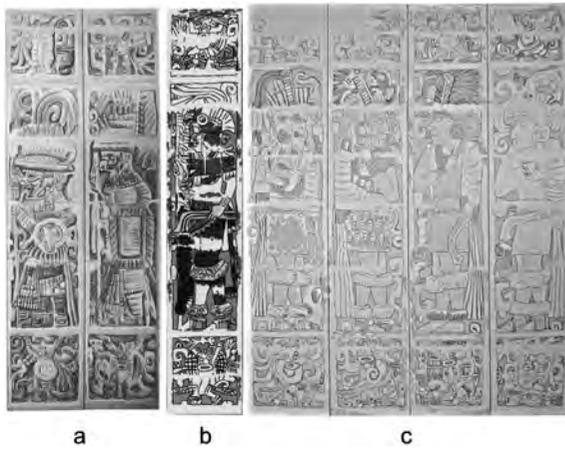


Fig. 3 Pilastras del Templo del Chac Mool (tomada de Morris, Charlot y Morris, 1932).

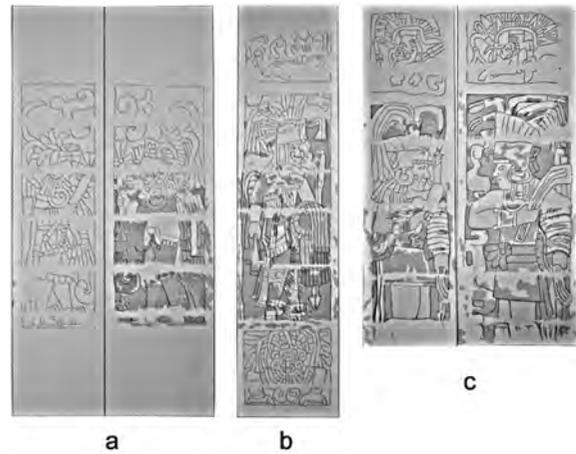


Fig. 5 Pilastras de la columnata noroeste del Grupo de las Mil Columnas (tomada de Morris, Charlot y Morris, 1932).

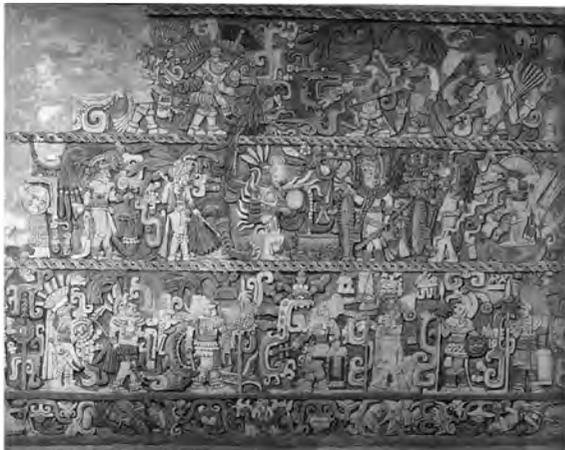


Fig. 4 Relieve del Templo Inferior de los Jaguares (tomada de Romandía de Cantú, 1993).

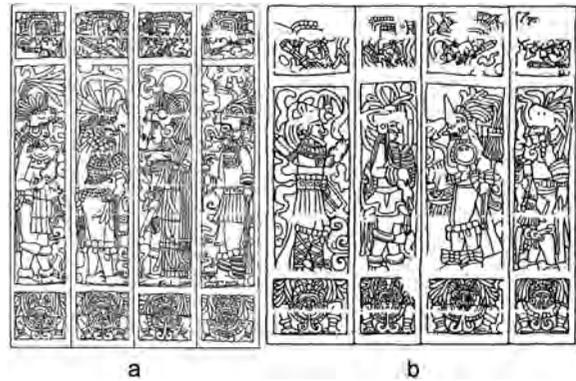


Fig. 6 Pilastras del Templo de los Guerreros (tomada de Morris, Charlot y Morris, 1932).

de los Guerreros (fig. 7), en el mural sureste y noroeste del Templo Superior de los Jaguares (figs. 13 y 14), en los pilares del Templo del Chac Mool (figs. 3b y 3c) y del Templo de los Guerreros (fig. 6a), y en la columnata noroeste (fig. 5c). Incluso se tiene noticia de que se obtuvieron entre seis y ocho palos fragmentados del Cenote Sagrado cuando Edward H. Thompson lo dragó en 1904 (Chase y Shane, 1989: 51). A los soldados que usaban hachas y palos curvos se les clasifica como infantería de choque de combate a corta distancia.

Y por último, el sistema más representado en la iconografía de Chichén Itzá es el lanzadardos-

escudo, siendo la lanzadera la única arma arrojadiza plasmada de manera gráfica. Ésta puede hallarse exhaustivamente en el programa pictórico del Templo Superior de los Jaguares (figs. 10-15), al igual que en los frescos del Templo de los Guerreros (figs. 8 y 17) y el de Las Monjas (figs. 9 y 16), en los relieves del Templo Norte de la Gran Cancha de Juego de Pelota y del Templo Inferior de los Jaguares (fig. 4), en los pilares del Templo de los Guerreros (figs. 6a y 6b), en el de las Mesas y en la columnata noroeste (fig. 5c). Del Cenote Sagrado se recuperaron varios propulsores de índole utilitaria y ceremonial, lo mismo que algunos

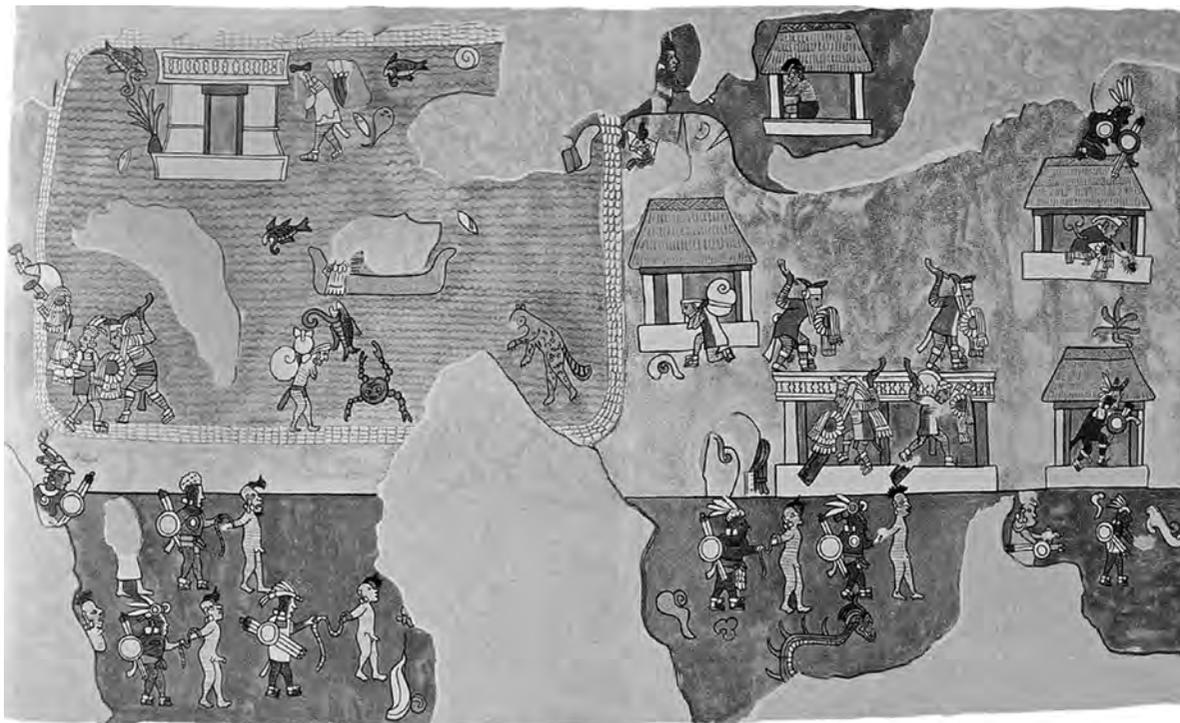


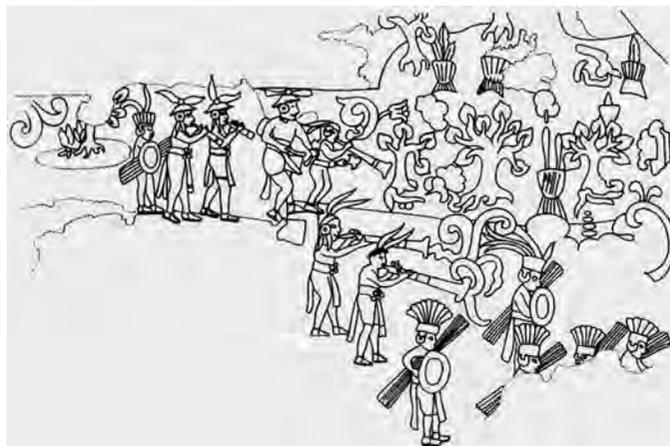
● Fig. 7 Jamba del Templo Superior de los Jaguares (tomada de Chase y Shane, 1989).

astiles de dardo, algunos todavía con su punta de pedernal (Chase y Shane, 1989: 48-49, 105-106). En las diferentes representaciones de los individuos que portan el lanzadardos casi siempre cargan un haz de proyectiles, protegido en ocasiones por un escudo. Como se mencionó anteriormente, el palo curvo sirvió como arma secundaria de choque, y se puede observar que en la mano lleva los dardos. Esto implica dos propuestas: que los combatientes usaron el palo curvo para defenderse cuando se agotaban sus proyectiles; o que este tipo de infantería fuese la más versátil de todas, pues al inicio de los enfrentamientos los soldados empleaban sus dardos y luego, al terminárseles, se lanzaban al combate cuerpo a cuerpo en contra de sus adversarios.

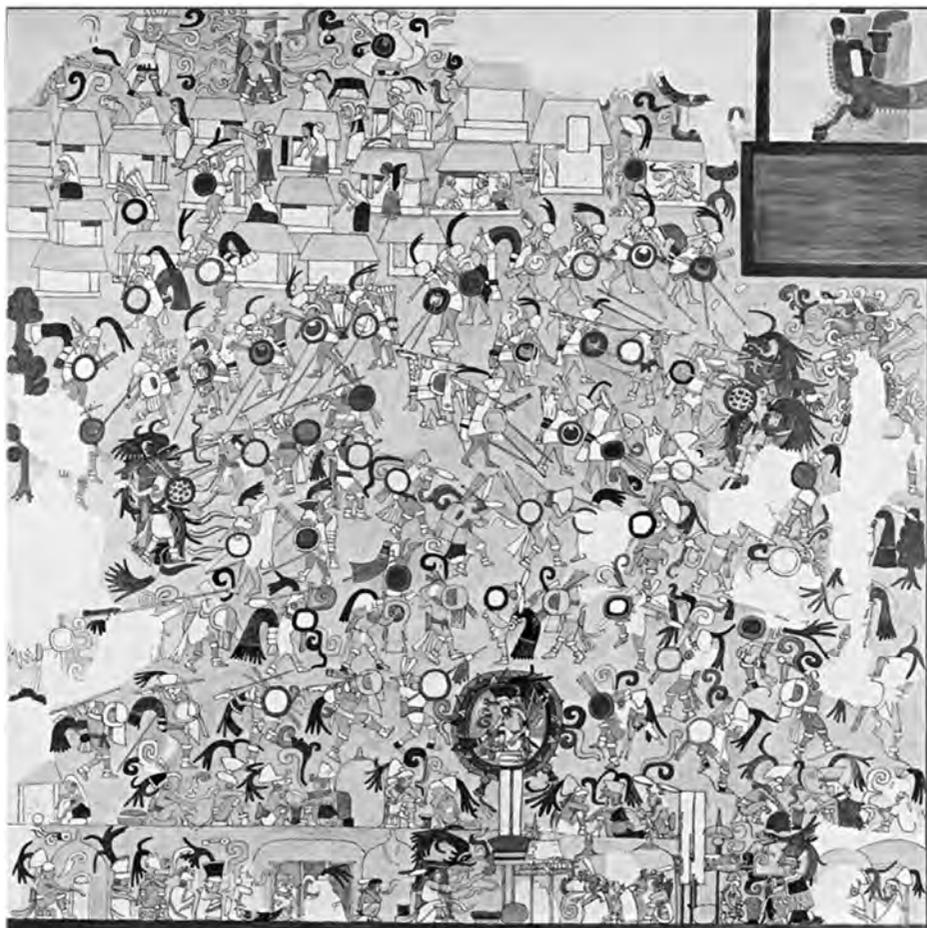
Cabe resaltar que el arco y la flecha fueron una intrusión tardía en toda Mesoamérica, cuya evidencia indudable solamente puede ser rastreada para el Posclásico tardío. Por otro lado, por medio de los documentos coloniales se sabe de la existencia de la honda en los campos de batalla, pero

● Fig. 8 Mural del Templo de los Guerreros (tomada de Morris, Charlot y Morris, 1932).

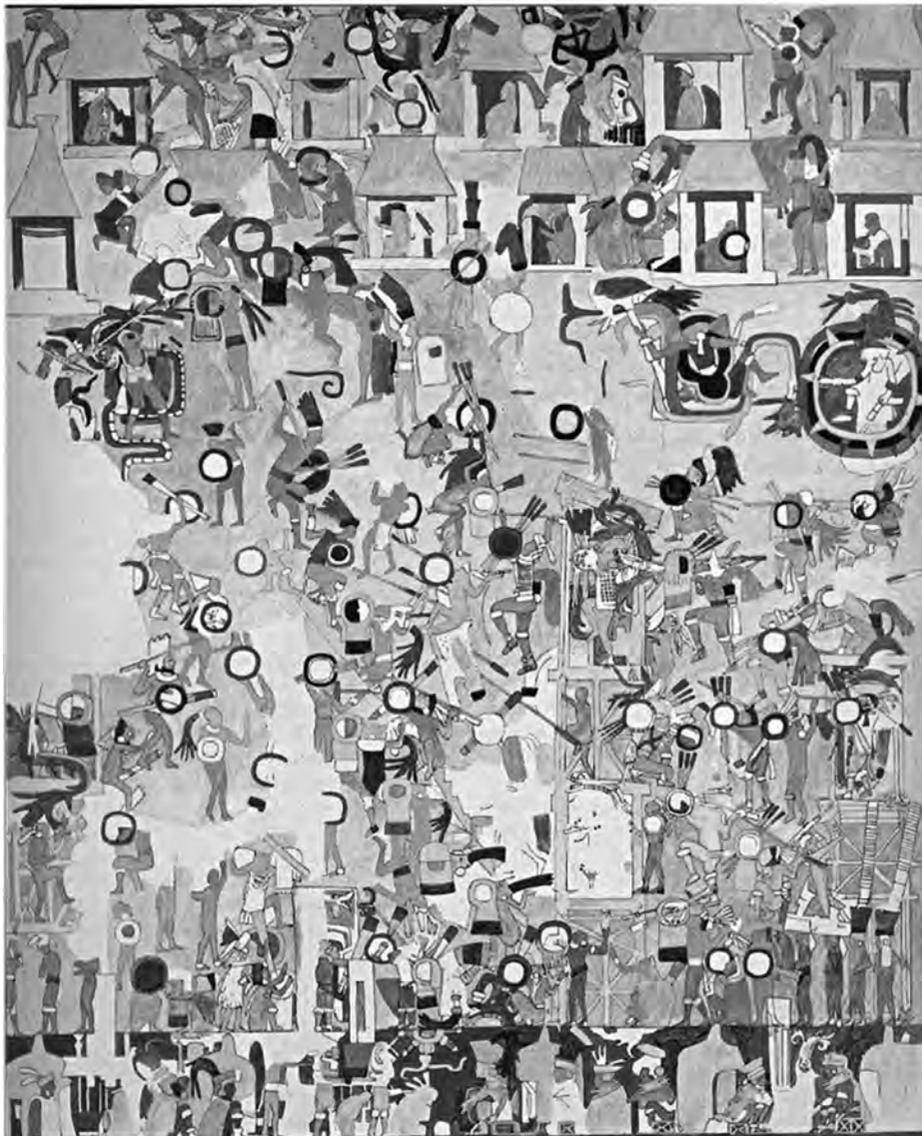




© Fig. 9 Mural del cuarto 17 de Las Monjas (tomada de Lombardo, 2001).



© Fig. 10 Mural suroeste del Templo Superior de los Jaguares (tomada de Chase y Shane, 1989).



© Fig. 11 Mural sur del Templo Superior de los Jaguares (tomada de Chase y Shane, 1989).

ésta nunca fue representada gráficamente en el área maya durante la época prehispánica.⁵

⁵ En las expediciones a Yucatán de Francisco Hernández de Córdoba, Juan Grijalva y Hernán Cortés, y durante el sometimiento de la península por parte de los Montejos, se narra que los contingentes mayas disparaban a los conquistadores flechas, dardos y piedras (Cervantes de Salazar, 1985; Chamberlain, 1974; Díaz del Castillo, 1977; Díaz, 1993; Herrera y Tordesillas, 2010; De la Garza, 1983; López Cogolludo, 1955; López de Gómara, 1988; Molina, 1943; Solís y Rivadeneira, 1968; Tapia, 1993; Torquemada, 1975). En la

En ocasiones, para aumentar la protección corporal los combatientes usaban, ceñida al cuerpo, una coraza de algodón endurecida con sal, conocida en la época colonial como *cuyub*, *xicul* o *escopil* (La Garza, 1983, vol. 1: 271, vol. 2: 324), este

época prehispánica el arco fue una intrusión bastante tardía, y se piensa que fue adoptado de los grupos del norte de México entre los siglos xi y xii, y que fue difundido hasta Centroamérica; en Mesoamérica sólo se alcanzó a desarrollar el arco simple (Hassig, 1992: 119).



© Fig. 12 Mural norte del Templo Superior de los Jaguares (tomada de Chase y Shane, 1989).

último término es la malformación de la palabra náhuatl *iscahuipilli*.⁶ Dichas corazas pueden contemplarse en el mural suroeste del Templo Superior de los Jaguares (fig. 10), en uno de los frescos del Templo de los Guerreros (fig. 8) y en varios

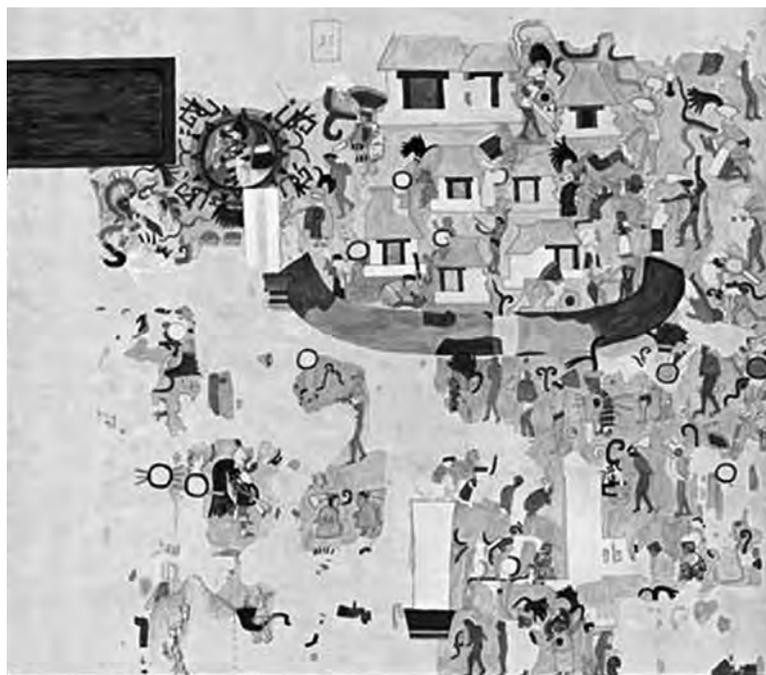
pilares del Templo del Chac Mool (donde se puede observar que las corazas eran de color rojo y azul, inclusive decoradas con caracoles) (fig. 3c), en el Templo de los Guerreros y en la columnata noroeste (fig. 5c).

En cambio, en el relieve del Templo Norte, en las jambas del Templo Superior de los Jaguares (fig. 7) y en los pilares del Templo de las Mesas, del Chac Mool, del Templo de los Guerreros (fig. 6b) y la columnata noroeste (fig. 5c) se aprecia a

⁶ Comúnmente se piensa que las corazas endurecidas con sal fueron invención netamente azteca; sin embargo, estas evidencias los preceden. Incluso se pueden contemplar en los murales del cuarto 2 del Edificio de las Pinturas de Bonampak y en algunas vasijas policromas (K2206 y K2352).



● Fig. 13 Mural sureste del Templo Superior de los Jaguares (tomada de Chase y Shane, 1989).



● Fig. 14 Mural noroeste del Templo Superior de los Jaguares (tomada de Chase y Shane, 1989).



● Fig. 15 Mural noreste del Templo Superior de los Jaguares (tomada de Chase y Shane, 1989).



● Fig. 16 Mural del cuarto 22 de Las Monjas (tomada de Grube, 2006).

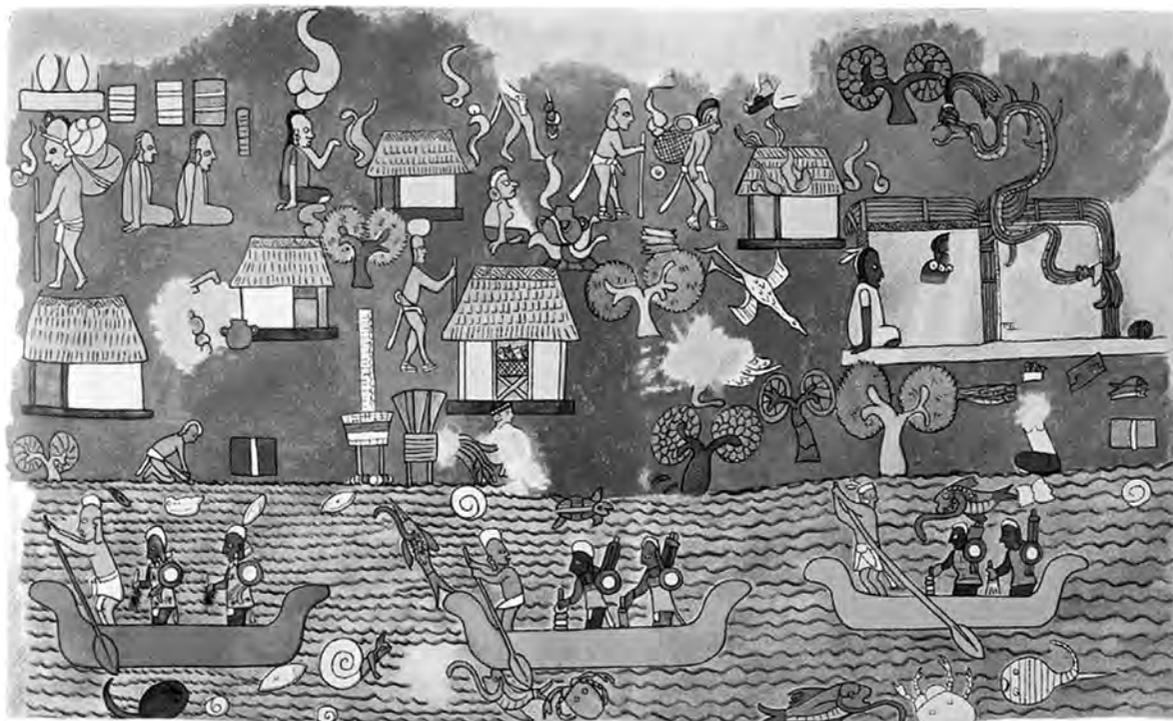


Fig. 17 Mural del Templo de los Guerreros (tomada de Morris, Charlot y Morris, 1932).

varios soldados con propulsores que tienen protegido el brazo que acarrea los dardos aparentemente con un guantelete —quizá una manga de algodón endurecida con sal, o una serie de lienzos para envolver la extremidad—. Sin duda se trata de un escudo-armadura cuya finalidad es resguardar el costado izquierdo del combatiente, pues al emplear un lanzadardos se deja expuesta dicha parte del cuerpo.

Es de considerarse que las corazas endurecidas con sal eran bastante costosas por sus materiales y manufactura, por lo cual posiblemente no todos los soldados pudieran tener acceso a ellas; sin embargo, los documentos coloniales del siglo XVI señalan la existencia de alternativas como el uso de largos lienzos de algodón torcidos y amarrados al tronco del combatiente, o colocar varias mantas sobre el cuerpo (Chamberlain, 1974: 46; La Garza, 1983, vol. 1: 67, 319-320, 378, 390; vol. 2: 85, 148, 324), probablemente como se contempla en el murales norte (fig. 12) y noroeste del Templo Superior de los Jaguares (fig. 15).

El ejército, al ser una institución del Estado, es indiscutible que su organización y comando recaiga en manos de los jerarcas, quienes pueden ser identificados en los monumentos como individuos rodeados por una serpiente emplumada, el símbolo sagrado de autoridad para legitimar la soberanía de los señores de Chichén Itzá, tal como propone Erik Boot (2005: 405-406, 411, 414) y más recientemente Enrique Florescano (2009: 329-330, 339).

En las imágenes del Templo Superior de los Jaguares se puede observar a varios soldados, entre ellos algunos custodiados por una serpiente emplumada. Esto indica que muy posiblemente sean los jefes de guerra,⁷ pues aparecen represen-

⁷ He optado por usar el término de jefe de guerra, ya que los apelativos como "general", "capitán", entre otros, son cargos de jerarquía militar occidentales. En Chichén Itzá no hay ningún jeroglífico asociado a los murales, aunque curiosamente en otros monumentos del sitio se han encontrado algunos e interpretado algunos títulos de posible índole militar como: *yajaw k'ahk'* ("vasallo del fuego"), *k'ihnich b'aah pakal* ("primer escudo del rostro solar") y *b'aahte'*

tados de mayor tamaño que los demás individuos y además ocupan lugares centrales, sus tocados son más elaborados, así como sus vestimentas y armas. Incluso se puede identificar al *ajaw*, el cual ostenta una corona con dos o tres largas y anchas plumas blancas, aparece en los murales suroeste, sur, norte y central (figs. 10-12). La morfología de la corona es constante en todo el programa iconográfico de los edificios que conforman la Gran Cancha del Juego de Pelota, por lo cual es fácil identificar al gobernante.

Entonces se puede considerar la existencia de dos jerarquías militares, los soldados comunes y los jefes de guerra. Sin embargo, se desconoce en su totalidad si Chichén Itzá poseía un ejército de tiempo completo, o si sólo se convocaba a los hombres en tiempos de guerra,⁸ y tampoco se tienen indicios del sistema de reclutamiento. Incluso tampoco se puede saber con certeza cómo era abastecido el ejército.

Los sistemas de comunicación sonoros pueden contemplarse en el mural del cuarto 17 de Las Monjas, donde unos trompeteros y flautistas siguen a un pequeño contingente de soldados armados con escudo y proyectiles (fig. 9). Mientras los sistemas visuales se hallan en los frescos norte, noroeste, sur, sureste y suroeste del Templo Superior de los Jaguares, donde hay pequeños grupos de individuos que cargan banderas blancas y estandartes (figs. 10-14); también se conservaron unos muy similares a los anteriores en algunos fragmentos pictóricos del Templo de los Guerreros (Morris y Morris, 1932).

Es casi seguro que el ejército itza' estaba bien organizado durante los encuentros armados. Por ejemplo, en la imagen sureste del Templo Superior de los Jaguares (fig. 13) y en el cuarto 22 de Las

Monjas se logran distinguir filas de soldados (fig. 16). Lo anterior conllevaría a la posibilidad de que los combatientes estaban dispuestos en escuadrones.

Las únicas evidencias sobre las tácticas de combate se pueden deducir a través de algunas imágenes. Las más recurrentes eran las invasiones y asedios a fortificaciones, villas y asentamientos importantes, representados con edificios almenados.

En el mural sur del Templo Superior de los Jaguares se perciben tres torres de madera, el *ajaw* se ubica en la de en medio y sus segundos al mando en las laterales, quienes parecen dirigir a sus hombres durante la batalla. Algunos de ellos arrojan proyectiles desde dichas estructuras, mientras otros trepan por ellas; al centro se distingue a varios individuos que suben por una escalera. Cerca de la base de la torre de la derecha hay un grupo de individuos que sostienen dos banderas y dos estandartes. Toda la escena sugiere que se trata de un asedio a una población fortificada, cuyos defensores llevan un largo tocado de plumas rojas con una banda azul en la frente y tratan de repeler el ataque; estos últimos son guiados por un jefe de guerra rodeado por una serpiente roja. La invasión se muestra exitosa, pues sorprenden a los habitantes que se encuentran dentro de sus viviendas (fig. 11).

En cambio, en la escena norte se plasmó el ataque a una villa rodeada por el ejército de Chichén Itzá. Ambos bandos pueden diferenciarse por la forma de sus escudos: los itza' portan escudos circulares, mientras los de sus enemigos son rectangulares. Los atacantes embisten de dos frentes, localizados por banderas y estandartes en la parte superior derecha e inferior izquierda, aunque pudo existir un tercer frente ahora desaparecido. Los personajes del primer frente visten voluminosas capas amarillas, similares a las descritas por las fuentes históricas. En cambio, los del segundo grupo van con el torso descubierto. Las acciones bélicas fueron dirigidas por ocho jefes de guerra, quienes aparecen arrojando sus proyectiles hacia el asentamiento (fig. 12).

En la imagen sureste del mismo edificio, en la sección inferior derecha se notan los restos de cuatro filas de soldados armados con escudos y lanzadardos, salvo uno que lleva un palo curvo, quienes parecen seguir a unos hombres que llevan los restos

("primer lanza") (Boot, 2005). En cambio, para el Posclásico tardío los títulos militares son totalmente diferentes: *náak'om* ("jefe de guerra"), *aj chuun katun* ("el principal de guerra") y *aj méek' náak' katun* ("el que se responsabiliza a preparar la guerra") (Tejeda, 2012: 131-133).

⁸ Es de suponerse que todas las entidades jerarquizadas con gobierno centralizado poseen un ejército de tiempo completo, tal como Roma en tiempos de la República y el Imperio. Pero lo anterior puede ser relativo, pues la *polis* griega de Esparta convocaba a su ejército solamente cuando se avecinaba la guerra (Ferguson, 1990: 30; Fried, 1960: 721, 728; Guilaine y Zammit, 2002: 211; Johnson y Earle, 2003: 259).



© Fig. 18 Mural del Templo de los Guerreros (tomada de Morris, Charlot y Morris, 1932).

de dos banderas y un estandarte. Mientras los defensores de un emplazamiento situado en un lomerío ya están preparados para el combate detrás de un simple terraplén con un acceso visible.⁹ Clemency Chase y Orrin Shane (1989: 161), al igual que Leticia Staines (1999: 262), indicaron que estos terraplenes eran canoas de madera (fig. 13); personalmente me es inverosímil dicha aseveración, considerando sus descomunales medidas y la inexistencia de cuerpos acuáticos grandes en el norte de la península de Yucatán; además, su morfología no corresponde a las del mural del Templo de los Guerreros (figs. 17 y 18).

Otro terraplén fue representado en la escena noreste del templo, en la cual se representó la captura de varios prisioneros a manos de los itza', algunos de ellos pintados en azul; es importante recalcar que los sometidos son tanto hombres como mujeres. Esta acción se muestra con la típica pose del periodo Clásico del soldado sujetando por el cabello al vencido, en cambio otros parecen resistirse. Los cauti-

⁹ Considero que sean terraplenes y no murallas, ya que no se nota el trazo de líneas que simulen piedras o sillares. Los suelos color rojizo de la península de Yucatán son muy comunes, lo que sería un argumento a favor; incluso se tiene noticia de la existencia de este tipo de sistemas defensivos en las afueras de la ciudad de Tikal (Puleston y Callender, 1967; Webster *et al.*, 2007).

vos son conducidos desnudos fuera del asentamiento, con las manos atadas a la espalda y el semblante bajo (fig. 14).

Mientras en el mural noreste se representó el asedio a una fortificación hecha de tierra, pues se observa a la derecha un pequeño puente que une dos cimas y, además, puede advertirse que los extremos son bastante rectos, como si fuesen muros.¹⁰ Los defensores de la fortaleza se identifican fácilmente por un tocado de delgadas plumas verdes con punta amarilla, armados con lanzadardos y un escudo rectangular. Desde las alturas arrojan proyectiles a sus atacantes y salen de la fortaleza para repelerlos. De los itza' solamente han perdurado unos pocos individuos en la parte izquierda, quienes

¹⁰ Arthur Miller (1977: 213-214), Clemency Chase y Orrin Shane (1989: 163) argumentaron que esta escena es la representación de una batalla de los maya-toltecas en tierras oaxaqueñas, por la presencia de montañas de color rojo. Más tarde Eric Thompson mencionó que se trataba de una conquista de los putun-itza' en las Tierras Altas de Guatemala (citado por Miller, 1977: 212-213). Y recientemente Kelli Carmean, Nicholas Dunning, Jeff Karl Kowalski (2003: 258-259; 2004: 445) y William Ringle (2009: 24-25) sugieren que es una alusión al sometimiento de la región Puuc a manos de los itza'. Nuevamente las fuentes coloniales narran la existencia de sistemas defensivos dobles (Cortés, 1963: 266; Díaz del Castillo, 1977, 2: 206-207; López de Gómara, 1988: 231; López Cogolludo, 1955, 1: 144; Herrera y Tordesillas, 2010, Década 3, lib. 5: 288).

también disparan dardos a sus adversarios; al costado derecho del mural se advierte un escudo redondo y el cuerpo de lo que fue una serpiente emplumada, o sea un jefe de guerra (fig. 15).

En la pintura del cuarto 22 de Las Monjas se distingue el ataque a una población protegida por una albarrada de tierra defendida por algunos soldados, mientras otros arrojan dardos en llamas a la techumbre de un templo resguardado por una muralla de mampostería (fig. 16).

Por otro lado, se podría estimar la existencia de batallas navales; por ejemplo, en el Templo de los Guerreros existe una escena que muestra tres canoas que transporta soldados con lanzadardos, proyectiles, escudos y corazas de algodón que pasan frente a un pueblo costero (fig. 17). Y otra muy fragmentada, la cual muy probablemente representó un combate naval: al centro de la imagen se distingue el casco de una embarcación yéndose a pique junto con sus tripulantes, de los que únicamente se conservaron sus escudos, y al parecer un hombre desnudo se arroja al agua para salvarse. Al extremo derecho se nota la proa de otra canoa (fig. 18).¹¹

Recapitulando, el ejército de Chichén Itzá tuvo a su disposición cuatro sistemas de armamento: infantería de choque de combate a larga distancia (lanza-escudo), infantería de choque de combate a corta distancia (hacha-escudo y palo curvo-escudo) y los lanzadores de proyectiles (lanzadardos-palo curvo-escudo). Como se puede observar, cada uno tiene una función determinada, mostrando así la existencia y capacidad de una fuerza armada bien desarrollada, ya que se presentan las dos infanterías básicas de los ejércitos antiguos del mundo: choque y balística.

¹¹ Nuevamente los documentos coloniales hacen mención de canoas de guerra en el mar o en ríos con soldados que disparaban proyectiles en contra de los exploradores y conquistadores españoles, como aconteció durante el episodio de la Bahía de la Mala Pelea de Francisco Hernández de Córdoba en Chanputun y en el estero de río Lagartos (1517), así como los respectivos desembarques en Potonchan por parte de Juan Grijalva (1518) y Hernán Cortés (1519), respectivamente (Díaz, 1993: 12-13; Díaz del Castillo, 1977: 108; Herrera y Tordesillas, 2010, Década 2, Lib. 2: 62; López Cogolludo, 1955: 81, 87, 113; López de Gómara, 1988: 29; Solís y Rivadeneira, 1968: 34, 57-58; Torquemada, 1975: 24). El cronista Villagutierrez Soto-Mayor (1985) narra que durante la conquista de Noj Peten (1697), los itza' trataron de defender la península de Tayasal con una numerosa flota de canoas de guerra.

El ejército itza' estaba organizado y dirigido por varios jefes de guerra, figurando entre ellos el mismo gobernante. Para el comando de los cuerpos armados tenían a su disposición dos sistemas de comunicación: el sonoro, compuesto por trompetas y flautas, mientras el visual contemplaba el uso de estandartes y banderas.

Muy posiblemente se emplearon las principales formaciones de combate, la línea y la columna, lo cual conllevaría a la conformación de escuadrones. Asimismo estaban capacitados para realizar invasiones y asedios a poblaciones importantes que podían estar fortificadas.

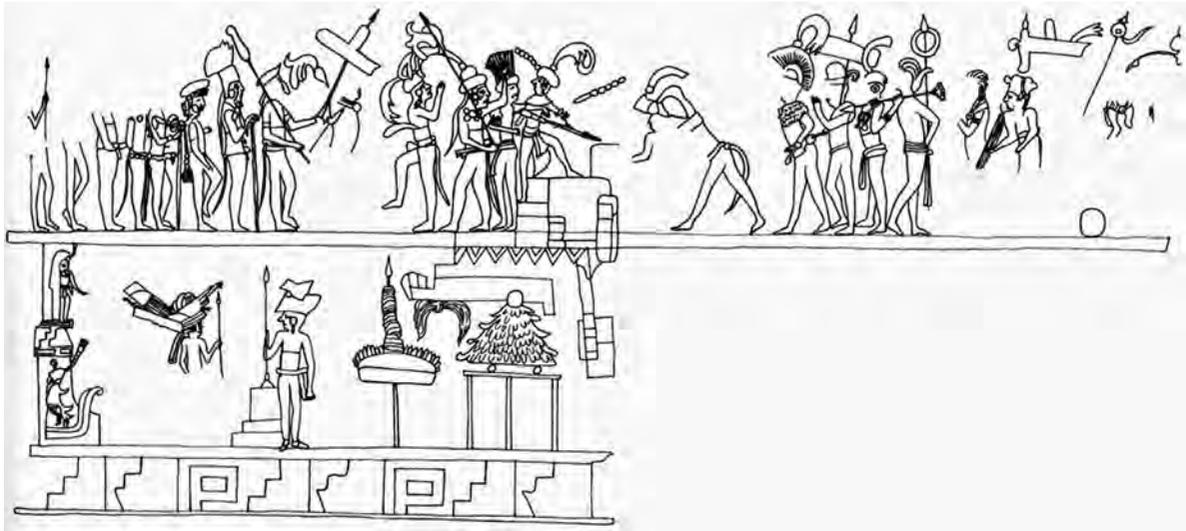
Los murales de Chacmultún

Reportados por Edward H. Thompson en 1904, se localizan en el paramento norte del cuarto 10 de la Estructura 3 (Lombardo, 2001: 109; Staines, 1999: 257; Thompson, 1904: 14), e incluso notificó que todo el recinto estuvo decorado con pinturas (*ibidem*: 16).¹²

Se trata de dos escenas horizontales divididas por una banda azul. En el registro realizado por Thompson, en la parte superior se aprecian dos contingentes que parecen enfrentarse. Ambos grupos están formados en filas y la posición de sus piernas sugiere estar marchando. Los soldados portan lanzas, lanzadardos y estandartes, los cuales son muy similares a los de Chichén Itzá; sin embargo ningún individuo lleva escudo.

Cabe resaltar que un combatiente del bando de la izquierda toma a un adversario por el cabello, y su compañero lo resguarda de ser atacado sobre algo que semeja ser una plataforma de perfil cuadrangular; en el grupo de la derecha se observa a un individuo arrojar un proyectil con el lanzadardos a sus contrincantes. En la escena inferior se contemplan dos personajes con aspecto de estar dialogando, ambos empuñan una lanza y un es-

¹² El autor escribió que el estado de los murales no era bueno, ya que varias áreas fueron vandalizadas con *graffiti*, además de que la gente arrancaba fragmentos de los muros (*ibidem*: 10). Alfredo Barrera Rubio (1980: 176) notifica que los muros de los cuartos 1, 2, 3 y 8 también estaban cubiertos con pinturas.



© Fig. 19. Mural de Chacmultún, (tomada de Thompson, 1904).



© Fig. 20 Mural de Chacmultún, (tomada de Barrera Rubio, 1980).

tandarte está postrado enfrente de lo que aparenta ser una edificación (fig. 19).

En 1977, como parte del proyecto arqueológico de Uxmal a cargo de Alfredo Barrera Rubio, Martine Fettweis realizó un nuevo registro de las pinturas, en el cual se agregaron algunos motivos dejados de lado por Thompson. Pero el estado de las pinturas había decaído luego de más de medio siglo.

Barrera Rubio describe que son guerreros portando lanzas, estandartes, palos curvos, escudos y algunas trompetas; visten taparrabo, tocados de plumas, orejeras y collares de cuentas de jade. Y

se supone que en la escena superior a la izquierda puede verse a dos individuos importantes con báculos y custodiados por guerreros, mientras sus enemigos de la derecha los emboscan y toman prisioneros (Barrera Rubio, 1980: 175-176) (fig. 20).

En lo que concierne a este estudio, y retomando el registro de Fettweis, se puede apuntar que en la escena superior aparecen dos grupos muy similares entre sí, siendo más numeroso el de la derecha: ambos grupos llevan lanzas, banderas y estandartes de formas variadas. La vestimenta de la gran mayoría de personajes se limita a un largo braguero, tocados con plumas; algunos llevan ce-

ñido al abdomen una faja y muy pocos de ellos tienen el cuerpo pigmentado en café oscuro.¹³ Sin embargo, no se perciben los palos curvos y los escudos, tal como apunta Barrera Rubio. Y solamente a la izquierda es claro un personaje con un bastón rematado con un motivo geométrico. Acerca de los cautivos de guerra ninguno se observa con claridad, pero Thompson ya lo había notado en su registro.

En cambio, en la escena inferior —bastante deteriorada— se logra apreciar en el extremo izquierdo los restos del paramento y el friso de una edificación rojiza estilo Puuc vista de perfil, e inmediatamente se perciben un estandarte y varios individuos poco definidos con brazos piernas y tocados, salvo uno que toca una trompeta y cerca de él hay otras más. Al lado contrario un gran número de estandartes y lanzas, de los que solamente perduraron las secciones distales de dichos artefactos bélicos.

En general, en los murales de Chacmultún se observa el ataque directo entre dos ejércitos. El arma más representada fue la lanza, y sólo un lanzadardos puede ser identificado, mientras el sistema de comunicación se estableció mediante estandartes, banderas y trompetas. Cabe recalcar que ambos grupos avanzan en filas y la posición de sus piernas sugiere estar marchando. Por otro lado, no se logra definir algún atributo que denote jerarquía entre los personajes.

Una característica importante del mural es que ambas escenas se desarrollan en un entorno urbano, o sea, en la sección superior aparece una plataforma y en la inferior una estructura de mampostería ricamente decorada. Entonces, se tiene la representación del enfrentamiento de dos ejércitos dentro de asentamientos. No se sabe con certeza si las dos escenas conmemoren un mismo acontecimiento o si corresponden a dos episodios diferentes de una campaña militar; tampoco es

posible identificar a las fuerzas armadas del propio Chacmultún.

Los murales de Ichmac

El sitio de Ichmac¹⁴ fue reportado por Harry Pollock en 1980; en el Grupo Oeste se ubica el Edificio de la Pinturas, del cual mencionó la existencia de dos cuartos en la planta baja que albergaban restos de murales con figuras humanas y jeroglíficos (Pollock, 1980: 476).

A principios de la década de 1990, como parte del Proyecto de la Pintura Mural Prehispánica en México, del Instituto de Investigaciones Estéticas de la UNAM, fueron registrados formalmente (Staines, 1993: 111).

En el cuarto 2 existen cuatro escenas muy fragmentadas; en el lado poniente de la bóveda hay ocho figuras humanas cuya vestimenta se compone de taparrabos, faja y tocado; en las manos sostienen astiles, ya sean de lanzas o estandartes. Leticia Staines (*ibidem*) menciona que uno de ellos presenta una nariguera, la cual denota un símbolo de autoridad, y por ende podría tratarse de un jefe de guerra o del mismo gobernante. Debajo de esta imagen sólo perduraron los pies de cinco individuos. Mientras en el muro suroeste aparecen dos escenas cortesanas muy dañadas, divididas por franjas horizontales de varios colores (*ibidem*).

Y a la altura de la bóveda del paramento norte se aprecia a un hombre ataviado con un largo braquero confeccionado con plumas, de cuyos brazos también cuelgan plumas a modo de alas. Aunque gran parte de la pintura se ha perdido, se considera que dicho personaje somete con la mano izquierda a un individuo por el cabello y pareciera que lo va a golpear con la extremidad contraria; pero el gran deterioro no permite saber si el castigo lo va a asestar a mano limpia o con un instrumento. Se puede afirmar que la sección faltante se trata de un cautivo, porque sobrevivió su cabellera

¹³ Diversos documentos coloniales testifican que durante la conquista española de la península yucateca, los soldados mayas solían ir a la guerra con el cuerpo embijado de tres colores, principalmente: rojo, blanco o negro (Díaz del Castillo, 1977: 50, 65, 113; De la Garza, 1983, vol.1: 67, 123, 164, 339, 413, vol. 2: 148; Herrera y Tordesillas, 2010, Década 2, lib. 2: 60, Década 2, lib. 4: 134; López Cogolludo, 1955: 79, 180).

¹⁴ La interpretación dada en el presente artículo está basada en el registro gráfico perteneciente al Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad Nacional Autónoma de México, el cual no se muestra aquí por tratarse de materiales inéditos



● Fig. 21 Mural de la bóveda norte (tomada de Ruiz, 2001).

decorada con un tocado de largas plumas, abajo se observan ambas piernas, así como el extremo del taparrabo. Y a un lado parece que yace tumbado otro individuo, a juzgar por los restos de otro penacho y tonos ocres que corresponden a las extremidades inferiores del cuerpo. Toda la acción transcurre sobre una plataforma situada a las afueras de una edificación blanca de la que sobrevivieron la moldura basal y el atado de junquillos, decoración típica de la región Puuc (fig. 21, en la cual sólo se muestra la escena central del mural, faltan los elementos recién descritos).

En el costado oriente de la bóveda están representados ocho soldados en fila que descienden una suave loma. Algunos están armados con una lanza, que en la parte distal tiene incorporado un lienzo a modo de bandera, mientras los demás parecen llevar estandartes o banderas, por la posición en que aparecen los astiles. Los personajes carecen de cualquier tipo de protección corporal, pues sólo visten taparrabo y, algunos, una faja. Es muy interesante observar la variedad de accesorios como muñequeras, tobilleras, bandas frontales y tocados, lo cual complica la identificación de



● Fig. 22 Mural de la bóveda oriente (tomada de Ruiz, 2001).

alguna jerarquía militar; por lo cual se puede apuntar que son soldados comunes (fig. 22).

El lamentable estado de conservación de las pinturas de Ichmac no permiten realizar una interpretación en conjunto, sólo se tiene escenas aisladas cuya temática es un tanto heterogénea: grupos armados, individuos dialogando y sacrificio humano. Dos de ellas muestran filas de soldados en marcha, y además se reconoce a un jefe de guerra por su nariguera, un claro símbolo de estatus. Los combatientes están armados solamente con una lanza, la cual tiene incorporada una bandera, combinando así la función de un sistema de comunicación. El mural oriente de la bóveda es muy ilustrativa, pues el ejército avanza en terreno abierto.

Los murales de Mulchic

Fueron descubiertos a raíz de un hallazgo fortuito por parte de los custodios de la zona arqueológica de Kabah, en 1961. Y al año siguiente Román Piña Chan fue comisionado para explorar la edificación y poder liberarlos, pues se encontraban dentro de una subestructura que había sido rellenada por completo. Piña Chan indicó que ya estaban deteriorados cuando los mayas clausuraron el cuarto y ampliaron el templo (Piña Chan, 1962: 1-2; 1963: 110; 1991: 76, 79).



© Fig. 23 “Los ahorcados” (tomada de Arellano, 2001).

Según el autor, se muestran tres acontecimientos ligados. La primera es una batalla en la que varios individuos luchan con rocas, hay sometimiento de guerreros y hombres ahorcados a un árbol. Luego sigue una escena donde varios sacerdotes, con bastones curvos y hachas, van a sacrificar a los cautivos que yacen sentados. Y se finaliza con una procesión encabezada por el gobernante, del cual sólo sobrevivieron sus piernas, acompañado por los restos de algunos sacerdotes que llevan cuchillos en la mano. La interpretación dada por Piña Chan es que los murales conmemoran un sacrificio dedicado a las deidades de la lluvia y la fertilidad, debido a la presencia de los sacerdotes que cubren sus rostros con máscaras del dios Cháak (Piña Chan, 1962: 2; 1963: 111-113; 1964: 63-69; 1991: 79-87). Y años más tarde indicó que conmemoraban el sometimiento de Mulchic por parte de los Xiú, durante la segunda mitad del siglo X (Piña Chan, 1991: 76, 86-87).

En cambio, Jeff Karl Kowalski y Rachel Walters (2000: 207, 219-220) mencionan que las pinturas representan el sacrificio de prisioneros de una guerra de conquista o de expansión territorial más amplia, la cual llevó a la consolidación del Estado regional Puuc bajo la égida de Uxmal.

Se puede indicar que la escena de la batalla, también conocida como “Los ahorcados”, no es

un suceso bélico como algunos autores apuntan (Barrera Rubio, 1980: 173; Lombardo, 2001: 110; Piña Chan, 1963: 111; 1964: 63; 1991: 79; Staines, 1999: 223-224; Walters y Kowalski, 2000: 207). Pese a que Leticia Staines (1999: 224) señala que los individuos usan rocas como armas, ninguno presenta un arma en sí, y más bien parece un asesinato o sacrificio múltiple. Un hombre es ahorcado en un árbol y un segundo personaje cuelga de la mano del primero, ambos vomitando sangre. Inmediatamente a la derecha, tres individuos de pie sostienen piedras sobre sus cabezas como si las fueran a arrojar, mientras otros pisan dos cuerpos inertes entre las rocas. Hasta el extremo derecho un sujeto somete por el cabello a otro con la mano izquierda y con la diestra encaja un cuchillo al cuello de su víctima. Toda la acción es supervisada por un personaje pintado de negro ricamente ataviado, con cuchillo de obsidiana en la mano (fig. 23).

Fray Diego de Landa (1986: 53) escribió que uno de los modos de pena capital era la lapidación, aplicada a adúlteros y asesinos.¹⁵ En cambio, los

¹⁵ Otros crímenes que eran condenados con la muerte eran traicionar al gobernante, la violación, incendiar pertenencias ajenas e inclusive el hurto. Otra manera de ejecución era por flechamiento (Chi, 1975: 231-232; López Cogolludo, 1955: 331-333).



© Fig. 24 “Los sacrificadores” (tomada de Arellano, 2001).

pocos jeroglíficos que lograron conservarse en la parte superior del muro se han interpretado como: “Su pedernal del señor del cielo GI [...] su ahorcamiento [...] con] el lazo [...]”¹⁶

La siguiente escena, denominada “Los sacrificadores”, muestra a cuatro parejas de sacerdotes con complejas y vistosas vestimentas; varios de ellos portan un hacha de una o dos cabezas y escudos circulares profusamente decorados, que se disponen a golpear a un sujeto de pequeñas dimensiones con ataduras en manos y pies, sobre un bulto situado entre cada dupla. Al parecer, la pareja de la izquierda ya sacrificó a un individuo (fig. 24). La lectura asociada a la imagen se interpreta como: “(Su) escritura [...] ¿[...] cielo? en ¿la casa? [...] grande [...] en compañía del ¿sagrado [...]? [...] su muerte de GIII, su ¿estar echado? Su [...]”¹⁷ Esta frase tan segmentada que plausiblemente haga referencia al edificio en sí, a la dedicación del sacrificio a una deidad y a la ofrenda misma, ya que las víctimas están postradas sobre el suelo.

La última escena, llamada “Procesión de sacerdotes”, la más dañada de las tres, fue la más importante porque se situaba en el paramento inmediato al acceso del cuarto. A la izquierda se observan los restos de ocho personajes, las figuras

más completas son dos individuos masculinos con la piel pintada de negro, que portan un collar de cráneos humanos y en la mano izquierda un cuchillo. A sus pies yacen tres sujetos, uno tumbado boca arriba, con un elaborado tocado que mira hacia su victimario; los otros dos se sitúan entre los sacrificadores; en primer plano se ve el rostro decaído de un hombre, y detrás de él a su compañero lo toman por el cabello y es amenazado por el cuchillo de su captor.

De los individuos restantes sólo perduraron las piernas, siendo el más sobresaliente el del costado izquierdo, quien viste una capa de piel de felino de la que cuelgan las garras. Según Piña Chan (1963: 113; 1964: 69) se trata del “cacique” de Mulchic porque ocupa el centro de la escena, y además está alineada con el vano del edificio (figs. 25-26).

La cenefa inferior estaba decorada con huesos cruzados relativos a la muerte, y lo que pueden ser escudos cruzados por una lanza, símbolo alusivo a la guerra. El estudio epigráfico ofrece la fecha tentativa para murales: “Es [...] el ciclo [...] el señorío [...] su asiento del ciclo, 4 tun [...] el de la estera [...]”; según Alfonso Arellano, dichos acontecimientos sucedieron en el año 853 d.C.¹⁸

Las pinturas de Mulchic no proporcionan referencias directas sobre la beligerancia; en primer

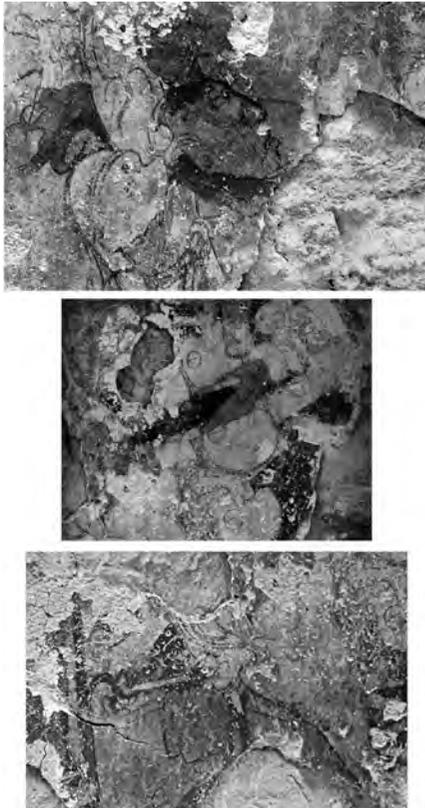
¹⁶ La transcripción en maya es: “u tok’ u ahaw caan GI... u kakche’... u ho k’in...” (Arellano, 2001: 345).

¹⁷ La transcripción es: “(u) tz’ibil [...] ¿[...] caan? ti ¿na? [...] kak [...] yitah ¿k’ul [...]? [...] u cimi GIII u chil u [...]” (ibidem., 346).

¹⁸ La frase ha sido transcrita como: “u bah [...] tun [...] ahawi [...]. u chumwal tunil can tun [...] aho [...]” (idem).



● Fig. 25 "Procesión de sacerdotes" (tomada de Arellano, 2001).



● Fig. 26 "Procesión de sacerdotes", detalles de los cautivos (tomada de Piña Chan, 1991).

lugar, la imagen que tradicionalmente se ha determinado como una batalla no lo es como tal, pues no se detectan sistemas de armamento ni de comunicación, y tampoco los personajes guardan algún orden aparente de combate. Más bien todas las escenas exhiben sacrificios múltiples ejecutados con hachas, cuchillos y rocas. Las víctimas quizá fueron cautivos de guerra, por la presencia de hombres atados, y considerando además las figuras de los escudos atravesados por una lanza. La epigrafía no brinda suficientes datos para interpretar la naturaleza de los murales, sólo que los sacrificados fueron ofrendados a ciertas deidades.

Por otro lado, la escena de los "Sacrificadores" es bastante ilustrativa, en tanto muestra el sistema de armamento hacha-escudo, clasificado como infantería de choque de combate a corta distancia, pero se muestra en un contexto ritual.

Conclusiones

Los murales de Chichén Itzá y Chacmultún muestran enfrentamientos armados directos, en cambio en Ichmac se observan varios eventos ligados a la beligerancia, y en Mulchic las escenas están más

bien asociadas a rituales de sacrificio de prisioneros de guerra.

Gracias a ellos es posible establecer la existencia de ejércitos durante el Clásico tardío-terminal. Los cuales estaban organizados en dos jerarquías: la primera encabezada por la elite gobernante, siendo el *ajaw* el principal jefe de guerra y auxiliado por otros subordinados a él. Mientras que el grueso de los contingentes estaban conformados por hombres provenientes del pueblo común. Las fuerzas armadas tenían a su disposición sistemas de armamento definidos y especializados, como infantería de choque (de combate de larga y corta distancia), así como infantería de balística. A la vez que los sistemas de comunicación visuales y sonoros estaban bien desarrollados.

La recurrencia de representar soldados avanzando en filas puede remitir a que los cuerpos armados estaban conformados plausiblemente en escuadrones. Éstos a su vez pudieron estar divididos según el tipo de arma o también ordenados de manera mixta.

Y de la misma manera se estima que los ejércitos mayas del norte de la península podían entablar enfrentamientos en contra de otros contingentes armados, así como la capacidad para invadir y asediar asentamientos. Sin embargo, se desconoce si los ejércitos eran permanentes o temporales, tampoco se tienen indicios de la intensidad, envergadura¹⁹ y duración de los conflictos bélicos, así como varias tareas de logística: reclutamiento, abastecimiento de víveres y armas.

Bibliografía

- Anglim, Simon, Phyllis G. Jestice, Rob S. Rice, Scott M. Rusch y John Serrati
2002. *Fighting Techniques of the Ancient World 3000 b.C.-500 a. C.: Equipment, Combat Skills, and Tactics*, Nueva York, Thomas Dunne/St. Martin's Press.
- Arellano Hernández, Alfonso
2001. "Textos y contextos: epigrafía y pintura mural", en Leticia Staines Cicero (coord.), *La pintura mural prehispánica en México. II Área Maya*, t. 4, México, IIE-UNAM, pp. 331-357.
- Arkush, Elizabeth N. y Mark W. Allen
2006. "Introduction. Archaeology and the Study of War", en Elizabeth N. Arkush y Mark W. Allen (eds.), *The Archaeology of Warfare. Prehistories of Raiding and Conquest*, Gainesville, University Press of Florida, pp. 1-14.
- Barrera Rubio, Alfredo
1980. "Mural Paintings of the Puuc Region in Yucatán", en Merle Green Robertson (ed.), *Third Palenque Round Table, 1978*, Austin, University of Texas Press, vol. 2, pp. 173-182.
- Beran, Harry
2005. "Felix Speiser on Melanesian Shields", en *Shields of Melanesia*, Honolulu, University of Hawai'i Press, pp. 13-25.
- Bolles, John S.
1977. *Las Monjas: A Major Pre-Mexican Architectural Complex at Chichén Itzá*, Norman, University of Oklahoma Press.
- Boot, Erik
2005. *Continuity and Change in Text and Image at Chichén Itzá, Yucatán, México. A Study of the Inscriptions, Iconography, and Architecture at a Late Classic to Early Postclassic Maya Site*, Leiden, CNWS Publications.
- Bourbon, Fabio
1999. *Las ciudades perdidas de los mayas. Vida, obra y descubrimientos de Frederick Catherwood*, México, Artes de México.
- Brokmann Haro, Carlos
2000. "Armamento y tácticas: evidencias líticas y escultóricas de las zonas Usumacinta y Pasión", en Silvia Trejo (ed.), *La guerra entre los antiguos mayas. Memoria de la Primera Mesa Redonda de Palenque*, México, INAH, pp. 261-286.
- Carmean, Kelli, Nicholas Dunning y Jeff Karl Kowalski
2004. "High Times in the Hill Country a Perspective from the Terminal Classic Puuc Region", en Arthur

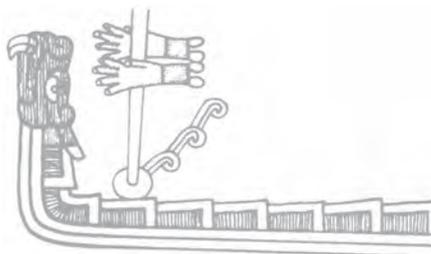
¹⁹ La envergadura de un conflicto armado se refiere a la amplitud geográfica que puede alcanzar, mientras la intensidad es la frecuencia de tiempo entre un enfrentamiento y el siguiente.

- A. Demarest, Prudence M. Rice y Don S. Rice (eds.), *The Terminal Classic in the Maya Lowlands. Collapse, Transition and Transformation*, Boulder, University Press of Colorado, pp. 424-449.
- Carneiro, Robert L.
1990. "Chiefdom-level Warfare as Exemplified in Fiji and the Cauca Valley", en Jonathan Haas (ed.), *The Anthropology of War*, Nueva York, Cambridge University Press, pp. 190-211.
 - Cervantes de Salazar, Francisco
1985. *Crónica de la Nueva España*, México, Porrúa (Biblioteca Porrúa, 84).
 - Clausewitz, Karl von
2006. *De la guerra*, Buenos Aires, Distal.
 - Cobos Palma, Rafael
2004. "Chichén Itzá. Settlement and Hegemony During the Terminal Classic Period", en Arthur A. Demarest, Prudence M. Rice y Don S. Rice (eds.), *The Terminal Classic in the Maya Lowlands. Collapse, Transition and Transformation*, Boulder, University Press of Colorado, pp. 517-544.
 - 2007. "Multepal or Centralized Kingship? New Evidence on Governmental Organization at Chichén Itzá", en Jeff Karl Kowalski y Cynthia Kristan-Graham (eds.), *Twin Tollans. Chichén Itzá, Tula, and the Epiclassic to Early Postclassic Mesoamerican World*, Washington, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, pp. 315-343.
 - Cortés, Hernán
1963. *Cartas y documentos*, México, Porrúa (Biblioteca Porrúa, 2).
 - Chamberlain, Robert S.
1974. *La conquista y colonización de Yucatán, 1517-1550*, México, Porrúa (Biblioteca Porrúa, 57).
 - Chase Coggins, Clemency y Orrin C. Shane III
1989. *El cenote de los sacrificios. Tesoros mayas extraídos del Cenote Sagrado de Chichén Itzá*, México, FCE.
 - Chi, Gaspar Antonio.
1975. "Relación (1582)", en *Landa's Relación de las cosas de Yucatán. A Translation* (ed. de Alfred M. Tozzer), Cambridge, Harvard University (Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, 18), pp. 230-232.
 - De la Garza, Mercedes (ed.)
1983. *Relaciones histórico-geográficas de la Gobernación de Yucatán*, 2 vols., México, IIF-UNAM (Fuentes para el estudio de la cultura maya, 1).
 - Díaz, Juan
1993. "Itinerario de la Armada de Rey Católico a la Isla de Yucatán...", en *Crónicas de la Conquista*, México, UNAM (Biblioteca del Estudiante Universitario, 2), pp. 1-23.
 - Díaz del Castillo, Bernal
1977. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, México, Porrúa (Biblioteca Porrúa, 6 y 7).
 - Ferguson, R. Brian
1990. "Explaining war", en Jonathan Haas (ed.), *The Anthropology of War*, Nueva York, Cambridge University Press, pp. 26-55.
 - 2006. "Archaeology, Cultural Anthropology and the Origins and Intensification of War", en Elizabeth N. Arkush y Mark W. Allen (eds.), *The Archaeology of Warfare. Prehistories of Raiding and Conquest*, Gainesville, University Press of Florida, pp. 469-523.
 - Florescano, Enrique
2009. *Los orígenes del poder en Mesoamérica*, México, FCE.
 - Follet, Prescott H. F.
1932. *War and Weapons of the Maya*, New Orleans, Tulane University (Middle American Research Institute, 4).
 - Fried, Morton H.
1960. "On the Evolution of Social Stratification and the State", en S. Diamond (ed.), *Culture in History*, Nueva York, Columbia University Press, pp. 713-731.
 - García Moll, Roberto y Rafael Cobos
2009. *Chichén Itzá. Patrimonio de la humanidad*, México, Grupo Azabache.
 - Genovés, Santiago
1968. *El hombre entre la guerra y la paz*, Barcelona, Labor (Labor, 81).

- Grube, Nikolai (ed.)
2006. *Los mayas. Una civilización milenaria*, Madrid, Könemann.
- Grube, Nikolai y Ruth J. Krochock
2007. "Reading between Lines: Hieroglyphic Texts from Chichén Itzá and Its Neighbors", en Jeff Karl Kowalski y Cynthia Kristan-Graham (eds.), *Twin Tollans. Chichén Itzá, Tula, and the Epiclassic to Early Postclassic Mesoamerican World*, Washington, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, pp. 205-249.
- Guilaine, Jean y Jean Zammit
2002. *El camino de la guerra. La violencia en la prehistoria*, Barcelona, Ariel.
- Hassig, Ross
1992. *War and Society in Ancient Mesoamerica*, Berkeley, University of California Press.
- Herrera y Tordesillas, Antonio
1631. *Historia general de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del Mar Océano*, Madrid, Imprenta Real.
- Johnson, Allen W. y Timothy Earle
2003. *La evolución de las sociedades humanas*, Barcelona, Ariel.
- Keeley, Lawrence H.
1996. *War before Civilization. The Myth of the Peaceful Savage*, Nueva York, Oxford University Press.
- Kowalski, Jeff Karl
2003. "Collaboration and Conflict: An Interpretation of the Relationship between Uxmal and Chichén Itzá during the Terminal Classic/Early Postclassic Periods", en Hans J. Prem (ed.), *Escondido en la selva*, México, Universidad de Bonn/INAH, pp. 235-272.
- Landa, Diego de
1986. *Relación de las cosas de Yucatán*, México, Porrúa (Biblioteca Porrúa, 13).
- Lombardo de Ruiz, Sonia
2001. "Los estilos en la pintura mural maya", en Leticia Staines Cicero (coord.), *La pintura mural prehispánica en México. II Área Maya*, México, IIE-UNAM, t. 3, pp. 85-154.
- López Cogolludo, Diego
1842. *Los tres siglos de la dominación española en Yucatán o sea historia de esta Provincia desde la conquista hasta la independencia*, Campeche, José María Peralta.
- López de Gómara, Francisco
1988. *Historia de la conquista de México*, México, Porrúa ("Sepan cuantos...", 566).
- Maquiavelo, Nicolás
1997. *Sobre el arte de la guerra*, México, Fontamara (Fontamara, 187).
- Miller, Arthur G.
1977. "Captains of the Itzá: Unpublished Mural Evidence from Chichén Itzá", en Norman Hammond (ed.), *Social Process in Maya Prehistory. Studies in Honour of Sir Eric Thompson*, Nueva York, Academic Press, pp. 197-225.
- Molina Solís, Antonio
1943. *Historia de la Conquista y el descubrimiento de Yucatán*, Mérida, Editorial Mensaje.
- Morris, Earl H., Jean Charlot y Ann Axtell Morris
1932. *The Temple of the Warriors at Chichén Itzá, Yucatán*, Washington, Carnegie Institution of Washington (Publication 406), vol. 2.
- Otterbein, Keith F.
2004. *How War Began*, College Station, Texas A&M University Press.
- Piña Chan, Román
1962. "Las pinturas de Mul-Chic, Yucatán", *Boletín INAH*, núm. 8, pp. 1-3.
1963. "Informe preliminar sobre Mul-Chic, Yucatán", *Anales INAH*, t. 15, núm. 44, pp. 99-118.
1964. "Algunas consideraciones sobre las pinturas de Mul-Chic, Yucatán", *Estudios de Cultura Maya*, vol. 4, pp. 63-78.
1991. *El Puuc*, México, El Equilibrista/Turner.
- Pollock, Harry E.D.
1980. *The Puuc. An Archaeological Survey of the Hill Country of Yucatan and Northern Campeche, Mexico*, Cambridge, Harvard University (Memoirs of Peabody Museum, 19).

- Puleston, Dennis E. y Donald W. Callender Jr.
1967. "Defensive Earthworks at Tikal", *Expedition*, vol. 3, núm. 9, pp. 40-48.
- Redman, Charles L.
1990. *Los orígenes de la civilización. Desde los primeros agricultores hasta la sociedad urbana en el Próximo Oriente*, Madrid, Crítica.
- Repetto Tió, Beatriz
1985. *Desarrollo militar entre los mayas*, México, Maldonado/INAH.
- Ringle, William M.
2009. "The Art of War: Imagery of the Upper Temple of the Jaguars, Chichen Itza", *Ancient Mesoamerica*, núm. 20, pp. 15-44.
- Romandía de Cantú, Graciela
1993. *Adela Breton. Una artista británica en México (1894-1908)* (ed. de Mario de la Torre), México, Smurfit Cartón y Papel de México.
- Ruiz Gallut, María Elena
2001. "Entre formas, astros y colores: aspectos de la astronomía y la pintura mural en sitios del área maya", en Leticia Staines Cicero (coord.), *La pintura mural prehispánica en México. II Área Maya*, México, IIE-UNAM, t. 3, pp. 283-293.
- Solís y Rivadeneira, Antonio de
1968. *Historia de la conquista de México*, México, Porrúa ("Sepan cuantos...", 89).
- Staines Cicero, Leticia
1993. "Murales mayas en Ichmac, Chelemí y Xuelén, Campeche", *Mexicon*, vol. 15, núm. 6, pp. 111-115.

1999. "Los murales mayas", en Beatriz de la Fuente (coord.), *La pintura mural prehispánica*, México, Conaculta/Jaca Book, pp. 209-267.
- Sun, Tzu
2004. *El arte de la guerra*, México, Leyenda.
- Tapia, Andrés de
1993. "Relación de algunas cosas de las que acaecieron al Muy Ilustre Señor Don Hernando Cortés Marqués del Valle...", en *Crónicas de la Conquista*, México, UNAM (Biblioteca del Estudiante Universitario, 2), pp. 25-78.
- Tejeda Monroy, Eduardo Arturo
2012. "La guerra en las tierras Bajas septentrionales mayas durante el Posclásico tardío. Organización, desarrollo y táctica militar después de la caída de Mayapán", tesis de licenciatura en arqueología, México, ENAH-INAH.
- Thompson, Edward H.
1904. *Archaeological Researches in Yucatan*, Cambridge, Harvard University (Memoirs of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, vol. 3, núm. 1).
- Torquemada, fray Juan de
1975. *Monarquía indiana* (ed. coord. por Miguel León-Portilla), México, IIH-UNAM (Serie de historia-dores y cronistas de Indias, 5, vol. 2).
- Toynbee, Arnold J.
1984. *Guerra y civilización*, Madrid, Alianza
- Turney-High, Harry Holbert
1949. *Primitive War. Its Practice and Concepts*, Columbia, University of South Carolina Press.
- Willagutierre Soto-Mayor, Juan de
1985. *Historia de la conquista de la provincia de Itzá, reducción y progressos...*, Madrid, Historia 16 (Crónicas de América, 13).
- Walters, Rachel E. y Jeff Karl Kowalski
2000. "Los murales de Mul-Chic, la guerra y la formación de un Estado regional Puuc", en Silvia Trejo (ed.), *La guerra entre los antiguos mayas. Memoria de la Primera Mesa Redonda de Palenque*, México, INAH, pp. 205-223.
- Webster, David, Timothy Murtha, Horacio Martínez, Kirk Straight, Jay Silverstein, Álvaro Soto, Richard Terry, Rich Burnett e Irina Montepeque
2007. "Los terraplenes de Tikal: perspectivas después de tres temporadas de campo", en J.P. Laporte, B. Arroyo y H. Mejía (eds.), *XX Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala, 2006*, Guatemala, Museo Nacional de Arqueología y Etnología, pp. 368-379.



Apuntes sobre Huitzilopochco

Huitzilopochco, actual Churubusco en el centro sur de la cuenca de México, fue un asentamiento que por sus características y su larga historia fue catalogado como una de las treinta poblaciones más importantes del imperio mexica. Este trabajo recupera de fuentes históricas las condiciones de su existencia y las instituciones que logró consolidar.

Huitzilopochco, today known as Churubusco, in the south-central Basin of Mexico, was regarded as one of the thirty most important settlements in the Mexica Empire, based on its characteristics and its long history. This study focuses on the conditions of its existence and the institutions that it managed to consolidate as gleaned through historical sources.

Los señoríos culhua que dominaron el área de la península de Iztapalapa y las playas al norte del pedregal sometieron a su arbitrio el tránsito de hombres y canoas entre los lagos del sur de la cuenca de México (Chalco-Xochimilco) y el del centro (la laguna de México), al grado de que su historia es una de las más dilatadas en la región (más de 1 000 años).

Por momentos (siglos VII-IX), el poder de Culhuacan y los señoríos bajo su mando sometió una buena parte de la rivera de los lagos sureños, e incluso áreas fuera de esta cuenca como Ocuilan y Malinalco, y éste logró formar alianzas tripartitas (siglos X y XI), primero con la prestigiada Tula y Otumba, y luego —a la caída de ésta— con Cohuatlinchan y Azcapotzalco (Chimalpain, 1991:15). Consolidando uno de los mayores poderes en la cuenca para el tiempo en que los mexica llegaron a ésta en su largo peregrinaje.

Durante el siglo XIV y XV los culhua formalizaron un régimen de cuatro cabeceras (*nauhtecutli*) entre las poblaciones vecinas de Culhuacan, Iztapalapa, Mexicalzingo y nuestro Huitzilopochco. Esta ordenación política contó con un prestigio histórico que incluso fue usado por los mexicas, para formalizar su posición en el imperio.

De las cuatro cabeceras, Huitzilopochco es la única en la rivera poniente del lago, y probablemente la menos investigada y de la que tenemos el menor número de referencias en fuentes históricas, pero su lugar entre las cuatro parece no carecer de importancia.

Huitzilopochco se convirtió en parte importante del plano geopolítico de la Triple Alianza con Tenochtitlan a la cabeza, y prueba de ello son sus relaciones en lo mítico-religioso, lo militar, y el uso de sus contactos comerciales con distantes regiones del imperio.

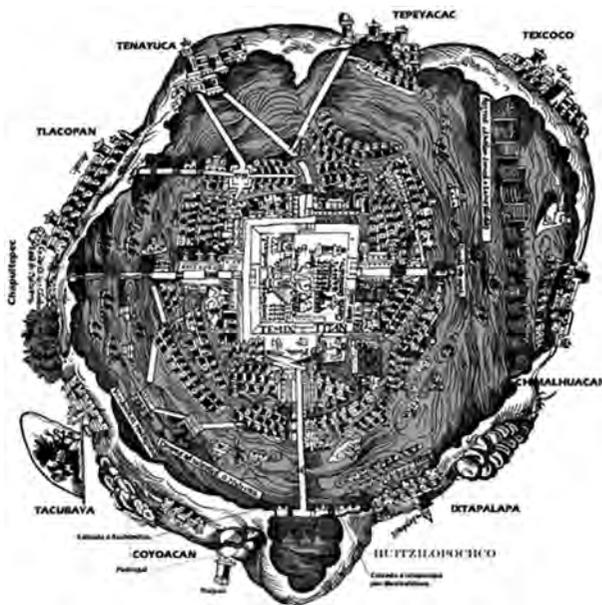


Fig. 1 Plano de Cortés con Huitzilopochco incluido en la parte baja de la ilustración.

Su historia es más dilatada de lo que parece y guarda puntos de encuentro con muchos problemas y características importantes de la economía, política y religión del área en que se asentó, figurando de diferentes maneras en sus distintos estadios de existencia.

Así, la trascendencia de Huitzilopochco como cabecera culhua está plagada de referencias a su importancia en múltiples planos de la vida y la subsistencia de los asentamientos rivereños del altiplano. Este trabajo pretende reflejar algunos de esos aspectos, mediante un recorrido por esta suma de historias en una de las añejas poblaciones de la cuenca de México.

Aguas y tierras recursos de Huitzilopochco

Aunque debieron existir muchos planos prehispánicos en que aparecía la población objeto de este estudio, es indiscutible que la primera imagen europea sobre Huitzilopochco es la del plano atribuido a Cortés (fig. 1); el original se desconoce, pero una copia del mismo fue incluida en la tercera de las *Cartas de relación* que el capitán es-

pañol remitió a España, mediante un grabado impreso en Nuremberg en 1524. Este plano debió enviarse al emperador entre 1520 y 1522, fechas de la realización de las cartas 2ª y 3ª (Toussaint, 1990: 93), mientras el original sobre el que se basó el grabado podría ser fechada entre el 8 de noviembre de 1519 y mayo de 1520, primera parte de la estancia de los castellanos en Tenochtitlan (*ibidem*: 96).

Dicho plano resultó de importancia radical en las acciones para el amago de las poblaciones de la cuenca de México, en particular de Tenochtitlan, pero también es la más cercana representación occidental de lo que fuera el Anáhuac, la visión de un mundo a punto de fenecer.

En su estudio sobre dicho grabado, Toussaint identifica claramente la población en cuestión al ubicarla en el extremo de una de las calzadas que conectan la isla de Tenochtitlan, y cuya óptica permite ver la laguna de México como a través de un lente de ojo de pescado, donde el centro de la ciudad de Tenochtitlan se amplifica. La descripción del notable urbanista dice:

La calzada que va al sur [parte baja del plano] arranca de la plaza [de Tenochtitlan], perpendicularmente a una acequia, pasa entre dos grandes edificios, el de la derecha con altas torres; sigue un tramo entre casillas y luego por la laguna, sin cortadura y solo con una torrecilla en que los historiadores han querido ver el fuerte de Xolotl, que va a terminar en un gran edificio, a modo de castillo, con tres torres almenadas, con remates puntiagudos y que tienen cortaduras para comunicar con el lago que está atrás y es el de agua dulce, Xochimilco y Chalco, si bien representado esquemáticamente. El doctor Alcocer juzga que este castillo representa a Coyoacan pero, dada la situación de las poblaciones actuales que no puede haber variado, es indudable que se trata de Churubusco (*ibidem*: 100).

La imagen del castillo almenado, muy al estilo medioeval, parece muy alejada de una población prehispánica, pero podemos describirla a la luz de otros elementos. En primer lugar, la calzada sur de Tenochtitlan unía a dicha ciudad con Huitzilopochco, pero poco antes de llegar a ella existía otra calzada menor que cortaba el paso de este a

oeste, uniendo la península de Iztapalapa con nuestra población, de tal forma que en uno de los extremos se encontró Mexicalzingo (al oriente) y en el otro una calzadilla que llegaba, atravesando Huitzilopochco, a Coyoacan (al poniente).

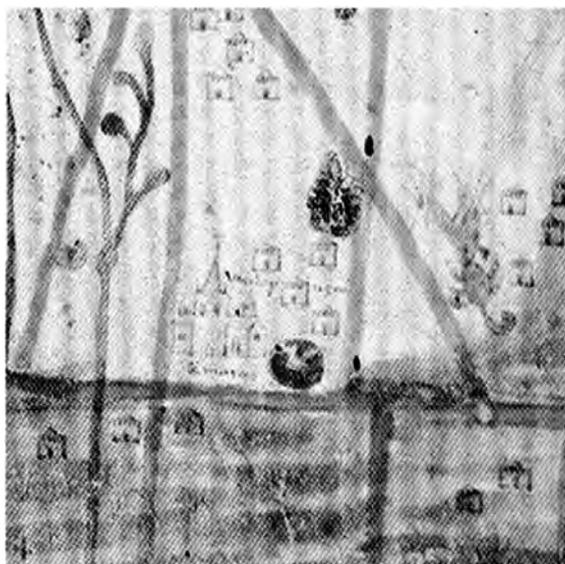
Esta relación existe en el grabado del plano atribuido a Cortés, y en dicha calzada se hallan dos vías cortadas, una en cada extremo: la verdadera calzada de Iztapalapa, pues la que salía de Tenochtitlan unía a esta ciudad con Xochimilco. Ambas cortadas en esta vía coinciden con las dos esclusas necesarias para el tránsito de canoas desde las lagunas dulces de Chalco y Xochimilco hasta la de México. La oriental que cruzara por Culhuacan y Mexicalzingo, y la que corre en el poniente pasando a la vera de Huitzilopochco, paralela a la vía terrestre Xochimilco-Tenochtitlan.

La imagen propuesta por el grabador de Nuremberg muestra tres torres almenadas y con techos puntiagudos, encerradas por una especie de muralla que permite ver algunas casas en el plano más lejano dentro de los espacios dejados entre las tres torres.

Podemos pensar que las torres representan edificios pirámides de grandes dimensiones, donde los *teocallis* son las elevaciones más grandes que pueden distinguirse a lo lejos, muy por encima los tejados del caserío de Huitzilopochco, dejando la duda de si son tres los templos más importantes en este poblado o si sólo se trata de una representación de los muchos que pudo haber tenido este importante centro religioso de la cuenca.

En cuanto a la muralla, cabe decir que fue encontrado un extenso muro cuya entrada tiene características defensivas en las excavaciones realizadas entre 1999 y 2000 bajo la sede de la actual escuela de restauración del INAH; y a pesar de no haber sido delimitado en su totalidad, no sería difícil que Huitzilopochco, por el espacio en que se localiza, pudiera haber sido una población amurallada aunque fuera parcialmente, elemento que —por otra parte— no vemos en ninguna otra de las poblaciones representadas por el grabado, por lo cual sólo la arqueología podrá mostrar la relación definitiva.

En la descripción sobre el área de Huitzilopochco en el plano (fig. 2) conservado en la biblio-



© Fig. 2 Churubusco en el plano de Upsala.

teca de la Universidad de Uppsalla, el etnógrafo y arqueólogo Sigval Linne dice:

[...] proseguimos rumbo al este para llegar a una pequeña aldea sobre la orilla del lago, cuyo nombre parece algo como [vicelopuzal]. Huitzilopochco, lugar de Huitzilopochtli, dios de la guerra de los aztecas, se castellanizó o cambió en Churubusco. Un pequeño pájaro sobre un disco color azul sirve como identificación, es Huitzilín, el colibrí íntimamente ligado al dios. La pequeña aldea del mapa tiene que haber sido alguna vez un lugar de importancia, pues de otro modo no le hubiese sido permitido llevar tan ilustre nombre. En tiempos de la conquista su número de habitantes se estimaba en 4 o 5 mil, y tenía renombre como sede de importantes mercaderes. Aquí torcemos en dirección al norte y llegamos al amarre occidental del dique que desde la zona de Ixtapalapa y en dirección oeste cerraba el paso entre los lagos de Xochimilco y Texcoco. El dique que desde Churubusco va directamente a Culhuacan se construyó probablemente poco después de la conquista. Aquella gran obra hidráulica está cortada por el canal que desaguaba el sobrante de los lagos de Chalco y Xochimilco al de Texcoco. Eran tan considerables los caudales de agua que de esta manera se llevaban al lago salado,

que cuando en 1609 se mandó bloquear el canal para proteger la capital contra inundaciones, subió rápidamente el nivel de las aguas en el lago de Xochimilco con un nefasto resultado para los poblados rivereños. El dique tiene que ser muy antiguo, porque no fue hasta que Nezahualcoyotl hubo construido el dique divisor del lago de Texcoco y que formaba un lago de agua dulce en torno a la capital, que cesó el riesgo de que se mezclaran las aguas dulces y saladas.

El canal a Xochimilco era su comunicación más importante del lago fuera del propio territorio. Ya en tiempos aztecas se proveía Tenochtitlan de flores y legumbres transportadas en canoas por el canal de la Viga. En época colonial continuaba el tráfico que necesitaba unas doce horas. Al hacer el gran drenaje del lago, el canal fue equipado con esclusas (Linne, 1948:158-159)

En dicho plano, como parte de Churubusco aparece en primer plano la iglesia de San Marcos (S. Marcus) junto al glifo del poblado, y justo en el cruce del camino que va a Coyoacan, y la senda que corre hacia el poniente aparece un glifo muy deteriorado que aparentemente muestra algún tipo de planta justo en el espacio que ocuparía el emplazamiento del convento dieguino, aún sin realizar en la época del plano.

Sobre el lago, y dejando en medio de ambos a Churubusco, aparecen las dos calzadas que unen a Huitzilopochco con la rivera opuesta de lago: por el lado norte con Mexicalzinco o Acatzintlan (como muestra su glifo) e Ixtapalapa, y por el sur con Culhuacan —y de las cuales no reconocemos la época en la cual fueran construidas.

En el mapa se muestra un total de 15 manantiales, identificados como pequeñas protuberancias en los arboles azules que marcan los afluentes de desagüe hacia el lago, en el territorio al sur de Huitzilopochco. La parte del lago pegada a la rivera del poblado se muestra plagada de plantas acuáticas y con algunas pequeñas casillas en medio de esta bastedad, cruzada solamente por brazos de los cauces que desemboca en canales que se dirigen al norte.

Por su parte, la calzada que parte de la ciudad de México Tenochtitlan y pasa por Churubusco, tiene antes de llegar a este poblado una desviación

a Coyoacan, para dirigirse más o menos en línea recta hasta Xochimilco.

A partir de una óptica diferente a la de los dos planos anteriores, la imagen ofrecida por diferentes fuentes escritas sobre Huitzilopochco es en lo general la de un pueblo ligado con comerciantes pochtecas y un pequeño grupo de guerreros (fig. 3); sin embargo, una postura más amplia deja entrever los trabajos de una población rivereña que ocupó los recursos disponibles en función de su emplazamiento. Población con poca y demasiado húmeda tierra, pero con grandes recursos lacustres y una ubicación bien dispuesta en un importante cruce de caminos para la geopolítica regional durante su historia prehispánica.

Para entender las actividades desarrolladas en ese Huitzilopochco anterior a los españoles es necesario revisar los datos que refieren algunas actividades del Churubusco Colonial.

La manufactura de sal es registrada como una de las más importantes industrias coloniales indígenas en tres de los señoríos culhuas o nauhtecutli: Iztapalapa, Mexicalzingo y Huitzilopochco (Gibson, 2007: 346); para ello aprovechaban seguramente los territorios que colindaban con la salobre laguna de México para la producción de panes de sal, utilizados por los indígenas como producto de uso corriente y por los españoles en la manufactura de carne salada y otros productos, conservados mediante este mineral. Un elemento que parece confirmar esta dedicación es que en contextos arqueológicos prehispánicos, bajo el convento y el sitio del “Coroco”, han sido localizadas cerámicas salineras en pequeñas proporciones.

Por otro lado para nadie es un misterio que la gran variedad de pescado oriundo de las lagunas era un recurso utilizado desde siempre por los pueblos lacustres, Huitzilopochco entre ellos, y que dicho alimento fue usado incluso como medio de presión en la guerra contra Coyoacan (como veremos): “Había indígenas cuya exclusiva ocupación era la pesca, en Cuitlahuac, Huitzilopochco, Mixquic, Chalco, Mexicalzingo, México y otras muchas comunidades cerca de los lagos de agua dulce [...]” (*ibidem*: 348).

Según Gibson, las jurisdicciones de pesca estaban cuidadosamente demarcadas, tanto como



© Fig. 3 Plano reconstruido donde aparece la situación de Huitzilopochco en la cuenca de México.

las de tierras, y fueron escatimadas por los españoles durante toda la Colonia. Un documento excepcional en este sentido es la ordenanza del señor Cuauhtemoc (2000), que muestra no sólo los linderos propios de Tlatelolco y las obras hidráulicas realizadas, sino también identifica diferencias formales en los tipos de agua de la laguna, y elementos y posibles pesquerías que pueden asociarse a éstos, con demarcación de linderos e identificación de funcionarios y grupos que los guardan.

Este tipo de demarcación guarda no sólo a los recursos de pesca, pues a ello debe añadirse un numeroso grupo de insumos naturales de la laguna y cultivados para su explotación: ranas en diferentes fases de crecimiento, culebras, cangrejos, insectos y moluscos que constituían importantes recursos para los indígenas, particularmente las aves y sus huevos.

Muchos tipos de caza acuática eran conocidos también por los pueblos aztecas. A finales del siglo XVI, Sahagún pudo enumerar más de 40 variedades [...] Las aves que más se utilizaban como alimento eran los patos; la estación más importante era el periodo de seca, entre octubre y marzo, cuando había patos en enorme número. Algunas otras aves eran no migratorias, por lo que la cacería de aves era una ocupación de todo el año, que se intensificaba en invierno (*ibidem*: 350).

A la utilización prehispánica de redes, cerbatanas, *atlatl* o arcos con flechas se sumó el uso de armas de fuego empleadas por los españoles en la Colonia, para la caza de estos animales al vuelo, y se calculaba que en el siglo XVIII el consumo anual era de entre 900 mil y un millón de ellas al año tan sólo en la ciudad de México (*ibidem*: 351).

Ante este panorama, la renta de los terrenos pantanosos correspondientes a las jurisdicciones locales era una posibilidad importante de obtener recursos monetarios directos para los pueblos coloniales: “Huitzilopochco recibía 40 pesos al año en el siglo XVIII por la renta de aguas que se utilizaban para la cacería de patos” [...] (*ibidem*: 351), y tanto Iztapalapa como Culhuacan hacían lo mismo con sus derechos de aguas, por lo cual podemos prever que esta actividad fuera importante en el área de los cuatro señoríos durante la

época prehispánica, como parece afirmarlo la relación de Huitzilopochco con deidades acuáticas.

Otro grupo de productos asociados a las tierras inundables que fueron muy importantes económicamente eran los tules y zacates, empleados en diversas industrias como la de los petates y la ganadería, con mucho auge en la época colonial: “El zacate crecía todo el año en los lagos de poca profundidad y era sembrado y cosechado por los indios y vendido como forraje. Su producción dependía del comercio de canoas y se desarrolló especialmente entre los pueblos del lago, próximos a la capital, como Mexicalzingo, Culhuacan e Iztapalapa” (*ibidem*: 363).

Es muy probable que este cultivo y recolección de zacate para la alimentación animal fuera otra actividad importante para el indígena del Churubusco colonial, y que la recolección de tules para petates y cestería formara parte del repertorio utilitario de habitante de Huitzilopochco. A todo esto debo agregar la recolección de plantas acuáticas para consumo humano y como materia prima en la construcción y fabricación de utensilios.

Huitzilopochco fue, como muchas otras poblaciones de cierta envergadura, el centro de un mercado regional, aunque los datos son muy escasos. El mercado regional de Huitzilopochco, por la posición en una encrucijada importante, pudo contar con recursos de muchas biotas distintas de la cuenca y su asociación a importantes grupos de pochtecas pudo dar cierto brillo a su oferta, pero poco o nada conocemos de esa actividad.

Sabemos que el espacio del mercado prehispánico se encuentra definido mediante un muro que lo circunda, y que dentro del mismo existe por lo menos una casa de juzgados donde los pochteca asumen el cargo de jueces e inspectores (*pantlayacaque*) para evitar fraudes; había también un *momoztli*, donde por lo común se coloca el dios de los mercaderes y se le entregan ofrendas. De acuerdo con la importancia de la localidad y sus dimensiones poblacionales, se establecía la periodicidad de estos mercados: diarios, cada cinco días o incluso cada 20 (Cruz, 2001: 48-60).

Durante el siglo XVI el mercado de Churubusco cambió su periodicidad de cada 20 días a cada semana, adecuándose a los nuevos órdenes en 1563 (Gibson, 2007: 366) por lo cual podemos

esperar que durante el periodo prehispánico fuera un mercado regional de cierta importancia, pero sin llegar a la de los de los grandes vecinos.

Por otra parte, es sabido que los comerciantes indígenas de Churubusco y Xochimilco viajaban a Oaxtepec, Toluca y Oaxaca, para comprar fruta y otros productos y venderla en la ciudad, incluso comprando fruta verde y madurándola antes de venderla en la ciudad de México (*ibidem*: 368, 371).

Por su localización, Churubusco colonial era un importante punto de embarque de la ruta de canoas que transportaban por la acequia real los productos que provenían del sur de la cuenca de México, trayendo mercaderías de lugares distantes como Chalco o Mixquic (*ibidem*: 372). Esta característica fue muy probablemente una herencia del Huitzilopochco prehispánico, ya que las rutas apenas variaron en la región durante los siglos posteriores a la conquista y el transporte de mercaderías en canoa podía abaratar los costos de trasiego de mercancías, sobre todo granos, hortalizas y algunos bienes como madera, piedra y zacate.

La relativa independencia de las rutas lacustres de los árbitros e intereses españoles fue una de las características que permitieron su permanencia en el ámbito colonial. Así, las grandes canoas pudieron transportar productos desde diferentes regiones del sur de la cuenca, u ocupar los puertos dentro de las mismas, para ingresar a ellas y probablemente abaratar los costos de transporte del trasiego de los pequeños productores, que de otra forma no podrían acceder a los mercados por carecer de animales de tiro o encontrarse en regiones lejanas. Estas características permitieron el abasto regular y suficiente de la ciudad de México incluso en periodos críticos.

Una visión general sobre el estado de Churubusco hacia 1569 puede apreciarse en la descripción del arzobispado de México, Hernando Ortiz, quien así relata los pormenores de este pueblo de Huitzilopochco: “Tiene el dicho pueblo once barrios; es gente rica: viven unos de ir con sus caballos a pueblos donde hay fruta, y compranla allí para venderla en la ciudad: otros viven de hacer sal; otros de hacer canastas y cestos: otros de ser pescadores; otros de hacer loza que entre ellos se usa; otros tienen otras granjerías de cosas míni-

mas y de poca cuantía, como es el tequesquite y huevos, etcétera” (García, 1897: 225).

Existe una interesante relación entre muchos de los elementos antes expuestos como las canastas y cestos ante la condición de puerto de nuestro Churubusco colonial, ya que tanto ollas, como cestos y canastas serían bienes de embalaje útiles para el trasiego de mercaderías en un punto de confluencia de caminos terrestres y un puerto lacustre como este sitio. Otro elemento interesante es el uso de recuas para el transporte de fruta, seguramente ocupando las vías prehispánicas, convertidas en caminos de herradura que unían los valles de Toluca o Cuernavaca hasta este punto.

Poco menos de dos siglos después, en el *Theatro americano* de Villaseñor y Sánchez se hace una descripción muy atinada del estado que guardaba la encrucijada de caminos, entendiéndose sobre todo la relación entre el camino de tierra que unía a Churubusco con Mexicalzingo y el canal que permitía el tránsito lacustre desde regiones tan apartadas como Chalco:

A mas de las familias de indios ya dichas [102 familias de indios], y tratadas en tus pueblos, ay treinta de españoles y cuarenta y nueve de mestizos, y mulatos, y así unos trafican con frutos que llevan de aquella jurisdicción, que son mayzes, haba, cebada, frijol, y hortalizas, y como la compuerta principal, y llave de la laguna de Chalco esta en el puente principal de la cabezera, por ella entran en embarcaciones todos los frutos, que rinde, no solo la provincia de Chalco, sino también las de tierra caliente, introduciéndose todas las mieles, azucares, frutas y semillas y maderas, y otras cargas, que haciendo manción en Chalco, ahorran los fletes introduciéndolas por la laguna, hasta llegar al puente principal del palacio de México; porque en dicho pueblo se formó un cañon de las aguas de la laguna para la entrada a la ciudad y salida para la laguna de Tezcoco en donde desagua, corriendo de sur a norte hasta la ciudad, y de poniente a Oriente hasta la de Texcoco, cuyo manejo de aguas, por no averlas desde el principio tratado con económica política, y harmoniosa observación, no hacen la ciudad más hermosa, y con mas ahorros de sus propios y rentas.

Y como tránsito no es solitario el país de Mexicalzingo, si ameno en sus barrios por la vecindad



● Fig. 4 Glifo de Huitzilopochco en la Matrícula de Tributos.



● Fig. 5 Glifo de Huitzilopochco en el Códice Xolotl.

de las aguas, y fertilidad de arboledas, lográndose el acompañamiento en la encrucijada, que forman los dos caminos reales, el de las aguas, ya citado, y el de tierra, que viene por la calzada del llano de santa Martha, por ende de la de Puebla, y muchas otras jurisdicciones entran muchas recuas de cargas (Villaseñor, 1745: 62-63).

La descripción hecha de los productos dada el principio de esta nota agrega elementos para entender la producción agrícola en la zona de interés. Así, a los ya citados debemos agregar los prime-

rísimos maíz, frijol y hortalizas entre los productos nativos, y haba y cebada como productos introducidos por los castellanos.

Por otra parte, el hecho de que justo en el pueblo de Huitzilopochco se ubicara la compuerta principal de la ruta lacustre del sur de la cuenca hace del Churubusco colonial un punto de suma importancia en la mecánica de tránsito y embarque, y aún más en el abasto de la ciudad de México y de toda la región central de los lagos.

La ubicación de dicha compuesta en ese sitio es una herencia prehispánica, y atestigua la visión de los urbanistas que formularon disponer nuestra población en el espacio que aún detenta.

Un bosque de nombres

El glifo que sirve de nombre a Huitzilopochco está representado en documentos indígenas del siglo XVI como el Códice Mendocino (lámina 20), la Matrícula de Tributos (lámina 4) (fig. 4) y el Códice Xolotl (láminas IV, V, VI, VII) (fig. 5), entre otros. Los dos primeros refieren los tributos entregados a Tenochtitlan como parte de la Triple Alianza, y en ellos Huitzilopochco es incluido en el grupo que compone la provincia tributaria de Petlascalco, una de las más importantes del *excan tlatocayotl* (Chimalpain, 1989: 7).

El glifo experimenta cambios interesantes, pues mientras en las láminas del Códice Xolotl es representado con la cabeza del colibrí saliendo de una olla (cuadrantes 5D, 5D, 4C y 5E, respectivamente para las láminas IV a VII), en la Matrícula de Tributos aparece como un pájaro (identificado como colibrí Huitzitzilin) posado sobre un círculo. Para terminar, en el Códice Mendocino se plasma como un colibrí volando (probablemente del tipo Quetzalhuitzitzilin) sobre el campo azul del mismo círculo.

La referencia del curioso animal sobre el círculo azul, o emergiendo de una olla, en términos generales puede connotar el agua del sur, aunque su relación también puede albergar significados relacionados con lo sagrado. Es importante acotar que el círculo azul no es un equivalente del glifo del agua, pero en este caso se ha interpretado de esa forma. Mientras las ollas, como veremos des-

pués, sí encuentran una relación con el sitio de Huitzilopochco. El propio nombre de Huitzilopochco sufre un cambio asociado con el paso de los mexicas por el lugar, de acuerdo con los informes recibidos por Sahagún sobre la última parte de la peregrinación de aquéllos:

151. Y de ahí un cerro que llaman Tepetocan, que es junto a Cuyuacan y de allí vinieron camino a Huitzilopochco, que es a dos leguas pequeñas de México, el cual pueblo se llamaba Ciavichilat en lengua de los chichimecas, porque de ellos estaba poblado, los cuales chichimecas tenían por dios a Opuchtli, que era dios del agua.

152. Y este dios del agua, topó al indio que traía el maxtle y la manta de Huitzilopochtli y como lo topo, le dio unas armas, que son con las que matan los ánades y una tiradera.

153. Y como Huitzilopochtli era izquierdo, como este dios del agua, le dijo que debía ser su hijo, y se fueron muy amigos, y mudóse el nombre al pueblo de se toparon, que como primero se llamaba Uichilatli de allí en adelante se llamó Huitzilopochco (Garibay K., 1995: 47).

De tal manera que tal vez el primer nombre conocido de Churubusco fue Ciavichilatli, calificativo sin traducción por pertenecer a la lengua chichimeca de sus pobladores, y que terminó como Uichilatli, población cuyo dios tutelar era Opuchtli de manera que podría, al reunirlo, tener un Uichilatli-Opuchtli que terminaría siendo un Huitzilopochco.

Dos son los documentos pictográficos que hablan del tránsito mexica por Huitzilopochco. La placa VI del Códice Xolotl hace referencia al paso de los mexicas por ésta, los señoríos culhuas y la desestabilización que causó su paso por esta parte del territorio de la cuenca. En dicha placa se menciona una serie de sitios que incluyen a Huitzilopochco y podemos ver el glifo de un lugar desconocido bajo el de este último, identificado como un árbol con agua en el pie:

[...] el tlacuilo pintó un conejo entero sobre el cerro de Chapultepec, lo tomaremos como indicación del año. Así, pues, por el año 1 Tochtli (1246) vinieron a la región de Chapultepec y Culhuacan. Se trasla-

daron a Iztapalapa por el rumbo de Uixachtecatl (Cerro de la Estrella). Luego fuéronse al lugar llamado Mexicalzinco. Después a otro lugar del lago, Huitzilopochco. Boban (I: 138) llama al siguiente lugar Huexotla, cuyo glifo consiste en un árbol con agua al pie. Sin embargo, el árbol difiere del sauce que indica Huexotla junto a la laguna para llegar a un lugar que les dio Aculhua (señor de Azcapotzalco) (Códice Xolotl, 1980: 67).

En el documento aparecen todos los glifos de sitios que marcan el periplo precedidos por puntos, menos el referente a Huitzilopochco y el del árbol. En el marco de la especulación, este curioso detalle podría deberse a la simple falta de espacio para colocar esta división, o que estos sitios se encontraban cercanos o dentro del mismo, e incluso que fueran los nombres de la misma población cuyo nombre se mudó tras de estos eventos. La presencia de árboles y agua en su pie no sería difícil de encontrar para un sitio como Huitzilopochco, y la falta de una referencia al nombre Chichimeca de Huitzilopochco nos permite hacer esta pobre analogía.

El segundo documento es el Códice Azcatitlan (1995), depositado actualmente en la Biblioteca Nacional de Francia, en el cual se narra en forma detallada la migración mexica desde Aztlan y su posterior establecimiento en México Tenochtitlan. En la lámina XI (después 14, pp. 20-21) se narra la última parte de la huida de los mexicas desde Chapultepec y su estancia entre los colhuas, su apoyo en la guerra contra los xochimilcas y su nueva evasión de estos territorios.

En el extremo izquierdo de esa lámina se encuentra un templo de cuatro niveles con la cabeza de un colibrí que emerge de su cúspide y el glifo del agua saliendo de su base; una línea marca el camino de los peregrinos y pasa de este primer punto hasta el cerro curvo de Culhuacan, llevándolos hasta un edificio frente al cual se encuentra un personaje con atuendo de serpiente.

El pasaje que nos interesa parece narrar el tránsito de los mexicas hasta Culhuacan, pasando primero por Huitzilopochco o Huitzilatl, como parece indicar el templo del colibrí sobre el agua, para finalmente llegar a la capital de los señoríos culhua.

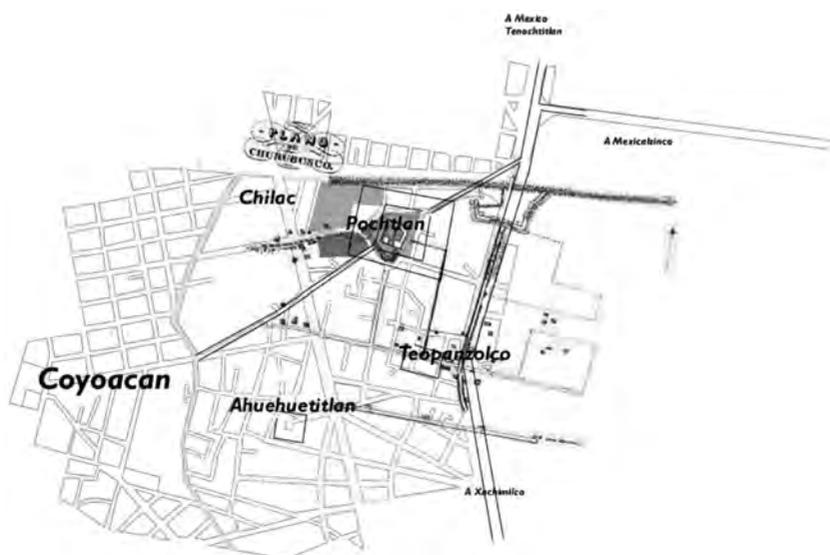


Fig. 6 Plano reconstruido de Churubusco con las localizaciones aproximadas de los barrios más importantes.

Durante la Colonia, como en muchos otros casos, el nombre de Huitzilopochco fue transfigurado y modificado en muchas ocasiones; así, de acuerdo con Peter Gerhard, (1986:183-184) Huitzilopochco se transforma a Ocholopusco, y en 1743 en Choloposco para convertirse en Churubusco en 1792, aun cuando este nombre ya venía usándose en algunos documentos durante toda la Colonia.

En 1569 el poblado tenía once barrios y tres estancias, todas ellas localizadas a una distancia máxima de media legua de la cabecera; las estancias sobrevivieron al menos hasta 1697, transformadas en visitas pero incorporadas a Mexicalzinco, su vecino al oriente. Los nombres de dichas estancias son: Asunción, San Juan Nextipac y Santa Cruz (Gerhard, 1986: 184).

En el siglo XVIII el padrón del pueblo de San Mateo Huitzilopochco (Navarro, 1909 : 604) maneja la siguiente lista de barrios (fig. 6): Barrio de la Santísima Trinidad de Tzapotlan; Theopanzolco (barrio donde se encontraba la iglesia original del poblado); barriecito de San Miguel Ahuehuetitlan; barrio nuevo de Thegpanzolco (¿Teopanzolco?); Barrio de San Pedro Cotzotlan; Barrio de San Juan Jerusalén (¿?); Barrio de Santa María Pochtla, y Barrio de San Juan

Theocolhuacan (antes Hueicolhuacan).

Algo de la historia de Huitzilopochco

Las crónicas e historias sobre la caída de la Tula de los toltecas narran desastrosos acontecimientos que afectan a una dilatada región del altiplano mexicano, des poblando y afectando la integración política y económica de esta importante área. Entre los escasos núcleos de población que sobrevivieron encontramos a Culhuacan y Azcapotzalco,

sitios donde algunos sobrevivientes toltecas buscaron refugio entre los lugareños.

Así, en su itinerario de salida algunos refugiados llegaron a Azcapotzalco cuando reinaba Tzihuaactlonac: “Ahí dejaron a dos ancianos toltecas, Xochiolotzin y Coyotzin, que dieron al rey un comal de plata, por quedarse a su lado. Se fueron los toltecas a pasar por Chapoltepec, Huitzilopochco y Colhuacan; y a pasar por Tlapehuacan y Cuauhtenco [...] (Códice Chimalpopoca, 1975: 14-15); este grupo de refugiados siguió su camino a Cholula, Teohuacan y Cozcatlan, de acuerdo con la misma fuente.

La afirmación del paso de estos hombres por Huitzilopochco sitúa la existencia del asentamiento ya hacia los siglos X-XI d.C., haciendo de éste una población muy longeva (con cerca de diez siglos) entre las existentes en la cuenca de México. La llegada de grupos comandados por Xolotl, pocos años después de la caída de Tula, cambió el panorama de la cuenca, aunque los numerosos recién llegados tuvieron un largo proceso de aculturación.

Pocas son las menciones que se encuentran sobre el territorio que comprende Huitzilopochco entre los años en que los reyes chichimecas se adueñan de la cuenca y Texcoco y Azcapotzalco

luchan por apoderarse de los restos del gran imperio chichimeca.

En 1338, Techotlalatzin, señor de Texcoco, fundó unas cortes (las segundas creadas) que reunieron 73 reyes de toda la cuenca de México, entre ellos al propio Tezozomoc, quien alcanzara fama como señor (y tirano) de Azcapotzalco. En esas cortes Cuitlahuatzin funge como rey de Iztapalapa, dejando a Quetzalya como señor de las otras tres poblaciones culhua de Huitzilopochco, Culhuacan y Mexicalzingo (Ixtilixochitl, 1985: 324) —no sabemos si porque Huitzilopochco y Mexicalzingo aún no cuentan con el grado de señoríos o por una cuestión política fuera de nuestro entendimiento—. El hecho es que para entonces, a mediados del siglo XIV, las poblaciones que conformaran en algún momento el grupo conocido como los Nauhtecutli del sur, y el propio Huitzilopochco en lo particular, reconocían a Texcoco como su superior.

La muerte de Techotlalatzin implicó un periodo de ajustes en los poderes de la cuenca, y con la erección en el mando en Texcoco de (Huehue) Ixtilixochitl, Tezozomoc señor de Azcapotzalco toma la ofensiva, ocupando para ello una confederación de pueblos vasallos, amigos y deudos, entre ellos:

Los Mexicanos y Culhuas toltecas, y los de Totiquihuaztli, primero de ese nombre, cuarto señor de Tlacopan; los del señor de Xochimilco, de Cuitlahuac, Mizquic, Cuitlahuatzin; los de Iztapalapan, Mexicalzingo y Huitzilopochco y Coyoacan. Y juntos en un lugar llamado Aztahuacan secretamente, sin que los de Ixtilixochitl supieran cosa ninguna, en la madrugada dieron sobre unos pueblos y estancias del señor de Iztapalapan [...] (*ibidem*, 1985: 324).

La alianza describe una amplia zona del sur, poniente y la península de Iztapalapa, incluidos los señoríos reconocidos como culhua, asociando a Huitzilopochco con Coyoacan su vecina inmediata al poniente, que formará posteriormente un importante enclave tepaneca. Esta alianza tepaneca, encabezada por Maxtla, terminaría por dominar al reino de Texcoco dando muerte a Huehue Ixtilixochitl, padre de Nezahualcoyotl. Durante el

imperio tepaneca Huitzilopochco siempre estuvo de su parte, brindando su lealtad a Tezozomoc, primero, y luego a Maxtla. Pero el pequeño Nezahualcoyotl, sucesor en la línea de los soberanos acolhuas, crece al amparo mexicana y se constituye en un peligro para Azcapotzalco.

La creación de la alianza entre los mexicas (de Tenochtitlan y Tlatelolco) con los pocos fieles de Texcoco, y la velada incorporación de los de Tlacopan, termina por decidir la suerte de Azcapotzalco ya gobernado por Maxtla. Huitzilopochco entonces se convierte en una de las poblaciones asoladas durante la guerra que terminaría con el imperio tepaneca.

Poco después de la toma de Azcapotzalco, y de la muerte de Maxtla en el fatídico año de 1428 “[...] prosiguieron con su ejército asolando con el mismo rigor las demás ciudades más principales del reino de los tepanecas, como fueron Tenayocan, Tepanoaya, Toltitlan, Quiahtitlan, Xaltocan, Huitzilopochco y Culhuacan; y las demás ciudades, pueblos y lugares de este reino, que aquí no se hace mención se rindieron y se dieron en paz” (Ixtilixochitl, 1977: 80).

De la anterior referencia se puede destacar el tratamiento dado a Huitzilopochco como una “ciudad” importe del imperio tepaneca, y sin duda su emplazamiento —en un cruce de caminos— permitió ganar un espacio importante no sólo a nivel local, entre los pueblos vecindados en la península de Iztapalapa, sino a escala regional por su posición en relación con Azcapotzalco. Es probable que ese momento histórico (el del imperio tepaneca) fuera particularmente importante para Huitzilopochco.

De acuerdo con Alva Ixtilixochitl (1985: 384), Nezahualcoyotl sujetó en ese año de 1428 una larga serie de señoríos, entre los que se menciona a Huitzilopochco, junto con la crema del imperio tepaneca, declarando así que las fuerzas acolhuas realizaron estas acciones de guerra; la cuestión parece afirmarse por el hecho de que los mexicas no alardean de esta conquista.

Para 1431, y después de la coronación de Nezahualcoyotl como señor de Texcoco y chichimeca *tecutli* “repartió (este) toda la tierra, lo que estaba ganado y por ganar, en cinco partes; de las cuatro la mitad tomo para sí, y la otra mitad para

su tío el rey de México igualándole a él en señorío y la quinta parte al de Tlacopan” (*ibidem*: 444).

La repartición de los territorios conquistados entre las tres nuevas potencias de la cuenca (Texcoco, Tenochtitlan y Tlacopan) implicó un acuerdo que parece sencillo en lo general, dejando el territorio al sur de Tenochtitlan a cargo de ésta, sobre todo el área compuesta por los cuatro señoríos colhuas. Pero en lo particular esa repartición es más compleja, pues la conquista de Huitzilopochco por parte de contingentes texcocanos implicaba entreverar los territorios y compartir tributos al menos entre Tenochtitlan y Texcoco (Carrasco, 1996: 47-58).

Aunque los datos sobre la recomposición en la nueva estructura tripartita son escasos para Huitzilopochco, cada una de las potencias tenía definidos los tributos que recogía de las áreas dominadas; sin embargo, en algunas provincias el tributo generado se compartía. Lo mismo pasaba en los terrenos repartidos con derechos sobre el goce de los productos obtenidos, ya sea de manera particular a guerreros destacados o nobles, o como tierras del estado asignadas a cada una de las tres cabeceras del imperio (*ibidem*: 53).

Parece ser que Huitzilopochco formaba parte del Calpixcazgo de la Chinampan que tributaba a Texcoco aun cuando formara parte de los territorios asignados a Tenochtitlan, esta situación probablemente era la imperante en muchas otras poblaciones.

La posición de Nezahualcoyotl frente al problema de la colocación de nuevos cargos en pueblos recién conquistados ganó frente a la de otros miembros de la alianza e implicaba la restitución en sus cargos de señorío a unas treinta poblaciones, aprovechando el poder político y las heredades culturales de los recién incorporados al nuevo estatus.

Por desgracia no existe una lista completa de los nombres de esos treinta pueblos, y seguramente a lo largo de la historia de la alianza tripartita el número de entidades cambió y se fueron transformando en función del crecimiento del llamado imperio, como es de esperarse en este muy cambiante mundo.

Sólo existe una lista completa de los catorce o quince señoríos que conformaron la parte texcocana de la alianza, pero es posible reconstruir los

16 que corresponden a otras dos cabeceras a partir de los estudios realizados por Pedro Carrasco acerca de la estructura político-territorial del imperio tenochca (Carrasco, 1996); entre ellos destacan los cuatro señoríos encabezados por Culhuacan, donde se encuentra Huitzilopochco. No obstante, esta aseveración, existen indicios de que el señorío recayó en manos de un gobernador militar mexicana, como veremos más tarde.

Aunque Alva Ixtlilxochitl menciona la toma de Coyoacan por las contingentes acolhuas, las fuerzas tepanecas remanentes se concentran en este último sitio; con ello Huitzilopochco se convirtió en frontera de guerra, y toca a los tenochcas defender y hacer frente a los últimos vestigios del imperio tepaneca.

Maxtlaton, un tepaneca de gran importancia, y Cuecux, señor de Coyoacan, intentaron instigar a la revuelta contra la alianza tripartita a los vencidos tepanecas, pero no osaron revelarse. Entonces cambiaron de estrategia e intentaron una confederación con los poderosos pueblos del sur de la cuenca (xochimilcas, cuitlahuaques y chalcas) a favor de Coyoacan, maniobra que tampoco cuajo a su favor. Mientras el señor de Coyoacan, en una actitud que pareciera desesperada, decide comenzar las acciones que desembocarían en la guerra contra Tenochtitlan, rompiendo relaciones comerciales con dicha ciudad y cortando el camino entre los ricos valles de Toluca y Tenochtitlan.

Y así dende algunos días iban las mujeres de los mexicanos cargadas con pescado y ranas, izcahuite y tecuicatl, axayacatlaxolin y patos para vender en Cuyuacan, y las guardas que allí estaban vistolas tomaronlas todo lo que llevaban a vender a Cuyuacan. Por las indias este agravio y fuerza de las haber quitado forçiblemente lo que llevaban a vender, se volvieron a Tenuchtitlan llorosas y quejosas [...] Sabido por los mexicanos principales el agravio que continuamente recibían las mujeres mexicanas, mandaron a todas ellas que jamás volbiesen a Cuyuacan, una, ninguna de ellas jamás evitando con ello agravios de ellos [...] (Tezozomoc, 1987: 256).

Las guardas mantenidas en los linderos de las fronteras se aprestaron para la guerra y Coyoacan pidió apoyo de los pueblos de la zona serrana,

Atlapulco y Xalatlauco, que de inmediato respondieron negativamente a sus súplicas de ayuda militar. En cuanto a las embajadas en los poderosos señores de los lagos sureños:

Fue el mensajero Zancayatl Teuctli, y Tecpanecat Teuctly y estos con esta embajada. Oída y entendida, el señor de Culhuacan, Xilomatzin, respondió somos nosotros contentos de ello: porque con este propio recelo estamos: id con esta misma embajada a Xochmilco, y mirad lo que responde. Llegados a Xochimilco explicaron su embajada al rey Tempamquizqui y respondió que le placía a él, y a todos sus vasallos, y que viniesen y e juntasen todos en Chalco en la casa el rey Cacamatl. Y con esta resolución volvieron y fueron a Cuitlahuaca al rey Tzompantecutli explicada su embajada dijo: ¿Qué determinan los principales de Coyoacan y Xochimilco? Dijeron estar conformes y hecho concierto se han de ver y hablar juntos en Chalco para traza y orden (*ibidem*: 258).

La inclusión de Culhuacan entre los complotados fue el eslabón débil de esa cadena, pues con la muerte de Xilomatzin y la instalación de Nezahualcoyotl (homónimo del señor de Tezcoco) la balanza se movió al lado de los tenochcas. Otorgándole a este último gobernante características de gran nigromántico, tal decisión desbarató la alianza tepaneca propuesta en la reunión del palacio y casas del señor Cuazeotl y Teneociuhcutli de Chalco, donde la posición definitiva era retirarse de la guerra y dejar a los tepanecas solos.

El siguiente movimiento de los tepanecas fue invitar a la flor y nata de la cúpula guerrera tenochca, incluido el propio Itzcoatl (tlatoani mexicana), a una comida con la velada intención de una traición. Aprovechando que las labores diplomáticas infructuosas eran ya del conocimiento enemigo, y con la intención de terminar de un solo golpe con el conflicto.

Pero la astucia de los tenochcas fue mayor al no enviar al tlatoani a esta peligrosa reunión y sólo presentarse a la comida un grupo de soldados presidiados por Tlacaelel.

Después de comer, en lugar de rosas y otras cosas olorosas que suelen dar a los convidados, el señor

de Coyoacan envió a los principales de México a cada uno unas ropas y atavíos de mujer y poniéndolos delante los mensajeros les dijeron: Señores, nuestro señor manda que os vistamos de ropas femeniles, porque hombres que tantos días aquí hemos incitado y provocado a la guerra, están tan descuidados. Ellos no pudiendo entonces hacer menos, se dejaron vestir, y en vistiéndoselas los enviaron a su ciudad vestidos con aquellas ropas afrentosas de mujeres (*ibidem*: 54).

La ira de Itzcoatl no se dejó esperar, mandando cerrar los caminos entre Tenochtitlan y Coyoacan, cuyos linderos terminaban en Huitzilopochco, y matar a todo aquel que intentara cruzarlos ideando un plan del todo fuera de lo común:

[...] pues ellos nos han hecho esta burla, bien sería que antes de la guerra la paguen con otra peor: ya sabéis cuán golosos son de las viandas que se dan en nuestra laguna, lleven las guardas patos, ánsares, pescados y todo género de cosas que se crían en la laguna que ellos no alcanzan y desean mucho, y allí a sus puertas asen, tuesten y cuezan de todo esto para que entrando el humo en su ciudad, que con el olor malparan las mujeres se descrién los niños y enflaquezcan los viejos y las viejas y mueran de dentera y deseo de comer lo que les es vedado. Cuenta la historia con mucho escarnecimiento que poniendo por obra el mandato del rey de México, llevaron gran cantidad de estas cosas a los términos de Coyoacan, y era tanto el humo que llegaba por las calles y hacia malparir a las preñadas y daba cámaras a muchos y a los que esto les acaecía se les hinchaban los rostros y pies y manos de que morían (*idem*).

Este episodio de guerra psicológica es único en los que conocemos sobre la guerra indígena, y sin duda se desarrolló en los linderos entre Huitzilopochco y Coyoacan; considerado el primero como territorio tenochca, era sin duda el primer poblado rivereño (de chinampa) al que tendría acceso Coyoacan y el único que le podría brindar esos recursos. Es interesante que se hable del tráfico de recursos lacustres entre Tenochtitlan y Coyoacan, cuando la distancia perjudicaría este intercambio al contar con esos mismo bienes en Churubusco, prácticamente a unos cuantos pasos.

La suerte de los de Coyoacan estaba echada y el resultado era fácil de definir: solos, rodeados y sitiados como debieron encontrarse. Los contingentes embarcados en la guerra parecen proceder de un reducido grupo de pueblos aliados de los tenochcas, sin involucrar a los otros miembros de la alianza.

Para entonces Huitzilopochco parece convertirse en un puesto de avanzada de las fuerzas tenochcas. Por su parte, las tropas de Cuecux y Maxtlaton terminaron vencidas por un ataque lateral encabezado por el propio Tlacaelel. Las descripciones que tenemos de tal batalla, que terminó dando la victoria al bando de Izcoatl, describen un paraje donde la vegetación predominante son los carrizales, además de una planicie en la cual se instaló una atalaya de guerra y un mirador.

Por este breve tiempo (algunos meses acaso) Huitzilopochco se convirtió en frontera de guerra y en el límite sur del imperio; su posición como cruce de caminos al oriente en la calzada de Izta-palapa, al sur rumbo a Xochimilco y al poniente hacia los valles de Toluca, da a la población un carácter que ya había logrado en su relación con Azcapotzalco.

Años después, con la caída de Xochimilco y la construcción de la calzada que lo uniera con Tenochtitlan, se estableció un puente terrestre que convirtió a Huitzilopochco en una especie de puerta sur a Tenochtitlan. La población ribereña era la última antes de cruzar la calzada y, como vemos, siempre fue un importante cruce de caminos; esta nueva composición, en la que convergen vías más expeditas y antiguas rutas lacustres, debió impactar en Huitzilopochco como posesión de los tenochcas, generando nuevos niveles de dinámicas económicas regionales de las que se benefició la población.

A la muerte de Izcoatl la correlación de fuerzas aún es difícil para los tenochcas, ya que en la región existen poderes que, como mínimo, igualan el de ellos, como Tlatelolco y Chalco. Por tanto, en 1446 Moctezuma Ilhuicamina pretende doblegar a los chalcas y los enfurece exigiéndoles tributo para la construcción del templo a Huitzilopochtli, con lo que se inicia una larga y penosa guerra.

Si bien para los chalcas eran “habladas de Huehue Moctezuma y el Cihuacoatl Tlacaeletzin”

(Chimalpain, 1982: 98), reconocen que los tenochcas tenían posesiones en territorios de Chalco (Cohuapan), probablemente en el sistema de entreceramiento de tierras.

En esa época Huitzilopochco cuenta con gobernador militar mandado desde Tenochtitlan, Huehue Zacatzin, quien contaba con el cargo de Tlacatecatl, era hermano menor del Tlatoani de Tenochtitlan, pero al realizarse la construcción de la vieja albarrada en la laguna de México:

250. Cuando todos trabajaban, el Tlacatecatl huehue Zacatzin, andaba canta y canta, tañe y tañe el atabal, lo que llegó a oídos del rey Moctezuma ilhuicamina, quien inmediatamente preguntó: ¿Quién canta y tañe tanto, con el atabal que se hoye de por allá? Respondiéndosele: Es él tu gobernador, el Tlacatecatl, Huehue Zaca; y al punto dijo nuevamente el rey Moctezuma: ¿Qué es lo que dirán las gentes de Centonahuac, los costeños, al oír que cuando vinieron todos a trabajar aquí nos puso en vergüenza este perezoso? ¡Id a quemar al grandulazo inmediatamente!; por esto al punto se le fue a dar muerte, a quemarle su casa, a Zacatzin [...] (Tezozomoc, 1992: 132-133).

La existencia de gobernadores militares colocados a la caída de los señores legítimos derrocados por la fuerza de la triple alianza (como conquista o represalia a una sublevación) parece ser el tratamiento normal dado a los pueblos pertenecientes al imperio por la parte mexicana. Poblaciones importantes como Tlatelolco sufrieron ese trato durante largos periodos, y Huitzilopochco pudo haber tenido este tipo de gobernadores militares desde su incorporación al imperio con la caída del tepaneca.

Bajo ese reinado se sufre en el altiplano una sequía que provoca hambre generalizada:

[...] llamaron a esta hambre y mortandad *Nezetocho huiloc*, otros llamaron y pusieron el nombre *Netonacahuiloc*, contra la peste de las costas de Cuetaxtlan, y fue tan grande la sequía que hasta los ríos caudalosos se secaron y las fuentes y manantiales; todos los árboles, plantas, magueyes y tunales se secaron de raíz, y esto fue causa de que ocho partes de mexicanos se fueran y disminuyeran a extrañas

partes y lugares: y no solamente los mexicanos, sino también los pueblos vecinos y comarcas como Azcaputzalco, Tacuba, Cuyuacan, Culhuacan, Huitzilopochco, Mexicalzinco, Iztapalapa, Chalco, Texcoco y los demás aculhuaques; de todo género de indios se disminuyeron, que jamás volvieron a su natural patria [...] (Tezozomoc, 1987: 368).

Como vemos, Huitzilopochco sufrió este fenómeno aun pese a contar con el agua de los manantiales que la separan de Coyoacan.

Durante ese mismo reinado se llevaron a cabo las guerras contra los de Coaixtlahuaca, causadas por la muerte de mercaderes mexicanos que ingresaban a sus plazas y fungían las veces de enviados comerciales, embajadores y desde luego espías, por lo que muchas veces eran denunciados e incluso muertos, ocasión que los tenochcas aprovechaban para declarar la guerra por estos agravios: “Luego fue pregonada la guerra por todas las ciudades de Chalco, por todas las de Texcoco e Iztapalapa, Culhuacan, Mexicalzingo, Xuchimilco, Huitzilopochco, Cuyuacan, Tacuba y Azcaputzalco y toda su provincia, Tulan, Matlatzinco; de donde se juntaron tantas y tan innumerables gentes que cubrían el suelo, y fue tanto el aparato de guerra que para esta entrada se juntó, cuanto que ninguna de las demás se había juntado” (Durán, 1984: 186).

Esta situación se debe a la inclusión de los miembros de la Triple Alianza en las acciones contra Coaixtlahuaca, alianza donde se unen la mayoría de los pueblos considerados como asignación propia de los tenochcas; así vemos por primera vez contingentes de los Nahuhtecutli, Xochimilco y Chalco, junto con tropas de Texcoco y Tlacopan y los pueblos por ellos dominados. Y por primera vez se menciona claramente la obligación e invitación al combate para las tropas de Huitzilopochco, como parte de los contingentes de la alianza en pleno.

En esta misma tónica, durante el reinado de Axayacatl los de Tenancingo, amagados por los de Toluca y Matlatzingo, fueron a pedir socorro a los tenochcas:

[...] puestos estos en orden salieron con la misma ordenanza hacia la ciudad y llegados a un lugar que

se dice Cuauhpanohuayan, descubrieron a los matlatzincas que venían en la misma ordenanza y adelantándose el señor de Toluca con sus hijos y algunos señores, todos bien armados de corazas, a su modo, y espadas y rodela, y puesto como un tiro de piedra de los mexicanos, les dijeron:

¿Qué es esto mexicanos? ¿A que ha sido vuestra venida? ¿Quién os fue a llamar? ¿Venís a vender vuestras vidas? Engañaos debéis de venir: no debéis de saber el valor de los matlatzincas. Alguna persona divina os encaminó acá para que todos quedaran acá. No sabéis que no tenemos igual, ni ha fuerzas que nos sobrepujen.

Los mexicanos, oyendo estas palabras, casi como atemorizados, los mas principales y generales de los ejércitos pidieron al rey Axayacatl que hiciese una plática a todo su ejército, el cual (rey), como era mozo y de poca edad, no quiso por su propia persona hacerla, pero encomendóla a los viejos y ancianos que de su parte la hiciesen. Y estando él presente junto al retórico que hacia la plática por dar autoridad a sus palabras, le dijo de esta manera:

Ilustres mexicanos, texcocanos, tepanecas y chinampanecas y las cuatro señorías de Culhuacan, Iztapalapan, Mexicalzingo y Huitzilopochco, que presentes estáis y habéis venido a favor de la corona real y a ayudar a los tenanzincas, sabed que sois aquí venidos al repartimiento y obra servil de la muerte, y si no lo advertisteis cuando salisteis de vuestras casas y dejasteis vuestras mujeres e hijos, advertirlo ahora que la tenéis presente, y no osara de nuevo, pues sois soldados viejos y experimentados en semejantes guerras, pues habéis vencido en muchas.

Levantad de nuevo los ánimos, ¿de qué os tiembla vuestro corazón que parece que se os quiere salir del cuerpo y estáis todos descoloridos? ¿Erais por ventura más ayer que hoy? Salid correr, arremeted, mostraos hombres valientes y esforzados y no mujeriles. ¿Para qué sois? Vended vuestras vidas. ¿Qué? ¿Habéis de vivir para siempre? Y muriendo hoy antes que mañana, mas aina se os acabara el trabajo y miseria de esta vida e iréis a descansar a la otra, no penséis otra cosa, ni se os ponga otra por delante, sino que en este punto habéis de morir o vencer (*ibidem*: 270).

Con la información anterior, parece que los tenochcas adoptaron esta estructura de apoyos

militares de la Triple Alianza (en conjunto con los dos grandes grupos dominados por ellos en el sur de la cuenca) a partir de su expansión en el área con el reinado de Moctezuma el viejo, pero es probable que los Nahutecutli fueran “invitados” desde mucho antes. Lo cierto es que en más de una ocasión las fuerzas de la alianza vieron caminar a su lado a contingentes de Huitzilopochco y los cuatro señoríos.

Se ignora el tamaño y orden de estos contingentes, pero sin duda constituían una parte de las obligaciones como tributarios de parte de los dependientes de Tenochtitlan, y para estos pueblos—incluyendo Huitzilopochco— podía representar la obtención de riquezas y tierras asignadas como parte de las victorias militares. Entonces Huitzilopochco no desempeñó una posición de aliado como la detentada anteriormente con Azcapotzalco, desde el principio de la alianza tepaneca, sino se fue creando como una obligación para con Tenochtitlan.

Un importante detalle es que de los hijos de Huehue Zacatzin, aquel hermano de Moctezuma Ihuilcamina muerto por él y que fungía como gobernador en Huitzilopochco, Tzontemoc se convirtió en tlacatecatl de Axayacatzin, y Huitzilatzin, considerado enfermizo, fue entronizado en Huitzilopochco “habiendo comenzado el reinado de allá con él, que lo asentó por rey de allá Axayacatzin, rey de Tenochtitlan; según se dice y opina, anteriormente nadie fue rey de allá, tan solo así estaban, y únicamente eran tostadores de gentes los huitzilopochcas” (Tezozomoc, 1992: 133).

No conocemos las reales transformaciones que pudieron devenir de este hecho pero la reinstauración del señorío en Huitzilopochco debió influir en su poder y en las prerrogativas políticas de la población, además de que en el cargo se designa a una parte de la familia del propio Tlatoani de Tenochtitlan, cuestión que debió influir en la posición política de Huitzilopochco.

Debemos hacer un salto de algunas décadas para ver a Huitzilopochco inmiscuido en alegatos políticos y militares de la desdichada guerra entre Tenochtitlan y Tlatelolco (1473). Los antecedentes del conflicto se relacionan con las actividades de esas dos ciudades en la década de 1460, cuando Tlatelolco realiza un gran esfuerzo bélico tanto

en las campañas por doblegar las provincias de Chalco y Tepeaca como en su triunfo (particular) sobre la región de Cotaxtla, enclavada en el centro del actual estado de Veracruz.

Dicha región incluía una serie de poblaciones de la sierra veracruzana, como Teoizhuacan, Quimichtlan y Ahuilizapan (actual Orizaba), y junto con la entonces recién conquistada Cuauhtuchco conformaban un área que incluía desde la extremadamente fértil montaña hasta las costas del Golfo de México, una de las más ricas productoras de algodón en el mundo prehispánico y la primera salida al mar para los grupos del altiplano.

El impacto del dominio de un área como esta influía en la calidad y cantidad de los productos ofertados en el tianguis de Tlatelolco, incrementando el prestigio del mismo en todo el altiplano. Tal vez sea ésta la razón de la presencia de Huitzilopochco en el conflicto, dada la conocida importancia del grupo de comerciantes oriundos de la ciudad.

En la guerra Tlatelolco-Tenochtitlan, cuya duración fue de cinco años, ente los más importantes aliados del primero figuran Azcapotzalco y Tenuyuca, ligados por lazos entre las familias reinantes desde la fundación de la ciudad del famoso tianguis. Sin embargo, por las represalias al final de la guerra impuestas por Azayacatl, señor de Tenochtitlan, contra los aliados de Moquihuitzin, señor de Tlatelolco, sabemos que la lista de aliados de este último era mucho más larga, e incluía señores de tres poblaciones al sur de la cuenca: Xilomatzin de Culhuacan; de Cuitlahuac, Zoanemmitl y Tlatlatl, pues en esta población el poder radicaba en una dualidad, y Quauhyacatl señor de Huitzilopochco (Ixtililxochitl, 1985, t. II: 141), personajes que pagaron con la vida su osadía, mientras los pueblos probablemente sufrieron un estrangulamiento mayor en tributos y obligaciones impuestos.

Aunque no alcanzo a entender las razones de embarcarse en esta aventura con Tlatelolco, comprendo que Moquihuix tenía credenciales de luchador y guerrero hábil e incansable y que la ciudad que señoreaba contaba con relaciones comerciales inigualables para entonces, con lo que un trato comercial entre ambas podía generar un cambio de bando.

Por su parte, dos de los cuatro Nauhtecutli se encontraban representados en esta conspiración contra Tenochtitlan, lo que permite entrever que las relaciones entre ellos y los mexicas no fueron del todo gratas y la alianza con un Tlatelolco victorioso podría haber cambiado los gravámenes impuestos a Huitzilopochco.

También podemos ver una sucesión en los señores que encabezaron el poder en Huitzilopochco. Teniendo primero a Huitzilatzin y luego a Quauhyacatl, no sabemos de alguno intermedio y no existe una fuente que de la línea completa de los mismos, pero la intromisión del último en la guerra mencionada puso en peligro la sucesión, si no es que obligó a Huitzilopochco a tener de nuevo un gobernante militar.

A pesar de la desgraciada conflagración, y una vez entronizado en Tenochtitlan, Ahuizotl daría el pregón de guerra como sus antepasados, pero esta vez contra la provincia de Chiapa y la Huasteca, incluyendo contingentes de Huitzilopochco junto con las otras Nauhtecutli. Durante la campaña contra los huastecos:

Partieron [los mexicanos] de Huauchinango toda la gente muy en orden. Llegaron a los términos de los huastecos, donde asentaron su real. Y muy en orden, cada nación y cada provincia aparte, acompañados con sus reyes y señores. Donde luego mandó el rey que fuesen sus exploradores y corredores de tierra, para que la considerasen y viesen los reparos que los huastecos tenían y por dónde podían entrar.

Para lo cual envió 200 soldados viejos de la nación mexicana y 200 de la tezcucana y 200 de la tepaneca y 100 de la chalca y 100 de la xochimilca y 100 de las cuatro cabeceras y señoríos de Iztapalapa y de Mexicalzinco, Culhuacan y Huitzilopochco (Durán, 1984: 329).

Del contingente general de 900 hombres lanzado a la acción punitiva, más de la mitad (500 hombres, 55.5% del total) se refieren al mismo Tenochtitlan y a las poblaciones bajo el dominio directo de Tenochtitlan (Chalco, Xochimilco y los Nauhtecutli), mientras el potencial contingente de 25 guerreros provenientes de Huitzilopochco sería 2.7% del total de la fuerza y 5% de las armas mexicanas combinadas.

La mención y las cifras que se desprenden de ella dejan en claro la probabilidad de que los contingentes enviados por Huitzilopochco a estas guerras fueran de pequeñas dimensiones, y aun cuando no es posible medir el tamaño total del ejército, esta avanzada deja ver una cierta proporción de las fuerzas de la Triple Alianza, los porcentajes de las acciones de Huitzilopochco y su impacto en los grupos comandados por los tenochcas.

Dioses de Huitzilopochco

La conexión entre Huitzilopochtli y Opuchtli sirvió para tender un puente entre mexicas y el pueblo de Huitzilopochco, ocupando para ello la condición de númenes sureños de ambas deidades y la supuesta relación parental entre ambos. Los mexicas, entonces recién llegados a la cuenca de México, declararon que a su paso por el poblado de Huitzilopochco los recibió la deidad local, con las armas propias de un pescador y cazador de patos en las manos, sumándolos a una larga tradición del culto a númenes del agua en la cuenca de México.

Opuchtli resulta una deidad con un culto poco estudiado, cuya mención en las fuentes es también escasa, aunque sus referencias lo hace un dios de cierta importancia entre los grupos que acceden a los recursos lacustres de la cuenca de México. Sus referencias, por otro lado, provienen de informantes nahuas muy cercanos a la conquista.

Inin Opuchtli ipan mixevaya Tlaloc. Atlaca inteouh catca quimotetiaya yau quitoaya ca yahuatl intlalzintli itlanexqtlí quintittiti in matlatl in atlatl in minacachalli in avictli tzonuaztli. (Ms. del Palacio, f. 41v.) Es en castellano: este opuchtli tenía el lugar de Tlaloc. Según decían, eran descubrimientos suyos, invención suya; lo que descubrió y dio a conocer él a los hombres: la red, el lanza dardos, la figa, la garrocha de propulsión para hacer que las naves se deslicen, el artificio que sirve de trampa” (Garibay K.: 1995: 213).

Se puede caracterizar Opuchtli, el Izquierdo, surdo o sureño, como un dios de los cazadores de ánades y patos, personaje acuático y relacionado

con la manutención. Los propios informantes de Sahagún lo identifican con estos atributos: “15.- Atavíos de Opuchtli: está embadurnado, su rostro como granos de salvia, sobre su cabeza su gorro de papel. Su tocado de plumas de garza con un penacho de quetzal. Sus tiras de papel sobre el pecho, su maxtle de papel. Sus sandalias blancas. Su escudo en forma de flor del sol, en una mano un palo de sonajas” (León Portilla, 1992: 131).

Esta deidad comparte atributos de grupos muy diferentes entre sí. Por un lado se relaciona con los tlaloques, por la pintura facial de hule y las gotas del mismo en el traje, el chicahuaztli o palo de sonajas y los trajes de papel propios de estas deidades acuáticas y de la fertilidad, asociadas a los penitentes y los hombres cuyo destino es ser sacrificados. Por otro, Opuchtli comparte con el astro rey importantes atributos solares: el penacho de plumas de garza y el escudo con forma de flor solar relacionados con el Aztlamecatl y la flor como símbolo del centro del mundo.

Opuchtli (fig. 7) se encuentra muy relacionado con deidades como Atlahua y Amimitl, conectadas con el agua y los mantenimientos, descubridores también de aperos ocupados por los habitantes de los pueblos chinampanecas como las redes y el atlatl, en una interesante conjunción entre una deidad de los mantenimientos y una guerrera. Considero que en Opuchtli encontramos una deidad acuática considerada como un cazador con armas de guerra (el atlatl) en este ambiente, por lo que puede imaginarse entre los guerreros y de ello viene su afinidad con Huitzilopchtli.

Asimismo, destaca la relación de esta deidad y dos elementos que funcionan como símbolo de Huitzilopochco: el colibrí (emblema del sur) y la olla (el agua), no son componentes extraños entre sí, sobre todo para un espacio que comparte una compleja relación con el agua.

En ese sentido es interesante hacer notar la relación que Selser (2008: 146-148) establece entre el colibrí, el destino del guerrero y el sacrificio, dando esta connotación a la imagen de ese pájaro libando de las flores. Ello me hace pensar en la relación del glifo de Huitzilopochco con sus mantiales y el sacrificio, articulación que exploraré más adelante.



● Fig. 7 Opuchtli, según los textos de los Informantes de Sahagún.

El sacerdote de Opuchtli, Opuchtli *atlixeliuqui*, “el izquierdo que divide el agua”, tenía como obligación reunir los elementos necesarios para vestir a quien representara a la deidad en la fiesta de Tepeiluitl, lo cual incluían la obligación de juntar hule, plumas de garza, color moreno, sandalias de hule, el chalequillo, las campanillas, los ajeros de la tierra, la tinta negra, la tiza, las guedejas (León Portilla, 1992: 103)

Esta fiesta (Tepeiluitl) dedicada a los muertos y el uso de una serie de rituales de lavado y creación de las imágenes de montañas-dioses, se encuentra en estrecha relación con los tlaloques, ayudantes de los dioses del agua.

La primera parte de esta fiesta se relaciona con la construcción de las imágenes de esculturas de masa comestible y alma de madera, elaboradas en forma de serpientes y de niños, estos últimos asociados directamente a los tlaloques.

Aunque desconocemos el desarrollo de la fiesta dedicada a Opuchtli en Huitzilopochco y en Tenochtitlan, podemos esperar —como lo proponen los atributos y los trabajos desarrollados por su sacerdote particular— que ésta se desarrolló como una de las conocidas representaciones en las cuales un hombre personifica a la deidad y

termina irremediamente por ser sacrificado en una especie de comunión colectiva.

Son lugar común para Huitzilopochco la relación del pueblo con una serie de fuentes de agua, lugar de cultos y procesiones que vinculan al sitio con la capital del imperio, Tenochtitlan. El más famoso de todos estos veneros es el Acuecuexcatl, del que manaba un pequeño afluente hacia el lago. Existían otras cinco de estas fuentes en la región limítrofe entre Coyoacan y Huitzilopochco, cada una de sus aguas relacionada con propiedades, regiones y fuerzas, lo cual podemos atestiguar mediante sus reveladores nombres: Acuecuexcatl: “agua traviesa”; Tlilatl: “agua negra”; huitzilatl: “agua de colibrí, agua hermosa o agua del sur”; xocháatl: “agua de flores”, y Coatl: “agua de serpiente.”

Estos manantiales eran importantes por el compromiso que sus aguas tenían en ciertos rituales de purificación y, probablemente, de curación, en tanto se consideraban aguas mágicas. Sus propiedades parecen no haber sido olvidadas por los habitantes de Churubusco en la época colonial, siendo retratados los veneros en el mapa de Upsala pintado entre 1556 y 1562 (Toussaint, 1990: 142); ahí se ilustran las fuentes que se unen a un cauce que desemboca en la playa del lago, muy cerca de Huitzilopochco.

El uso de este recurso como elemento útil para riego se encuentra limitado por las condiciones de cercanía con respecto al lago, afectando una muy pequeña zona posible de irrigar, pero su uso social parece ser mayor y se relaciona con la fiesta de Panquetzaliztli, en la cual:

Nueve días antes que matasen los que habían de morir, bañaban a los que habían de morir con agua de una fuente que llaman Huitzilatl que está cabe el pueblo de Huitzilopochco. Por esta agua iban los viejos de los barrios. Traíanla en cántaros nuevos y tapados con hojas de cedro, que llaman ahuehuatl. En llegando a donde estaban los esclavos, que estaban delante del cu de Huitzilopochtli, a cada uno echaban un cántaro de agua sobre la cabeza, sobre los vestidos que traían, así hombres como mujeres.

Hecho esto quitaban las vestiduras mojadas y aderezabanlos con papeles con que habían de morir, y teñíanlos todos los brazos y todas las piernas con

azul claro, y después se las rayan con Texas, y pintábanlos las caras con unas bandas de amarillo y luego otra de azul, luego otra de amarillo y otra de azul, y poníanlos unas corozas o coronas hechas de cañitas atadas, y de lo alto salían un manojo de plumas blancas. Y las mujeres poníanlas plumas amarillas sobre las corozas (Sahagún, 2002: 161).

La utilidad del agua del colibrí como venero de donde se extrae el líquido que permite la purificación de los que van a morir en sacrificio es compatible con las ya mencionadas fiestas de Tepeilhuitl. Existe también la posibilidad de que el templo de Huitzilopochtli referido sea el que existió en el propio Huitzilopochco. Además, vale la pena insistir en que en el siglo XVIII aún existía un barrio denominado Ahuehuetitlan, “en el lugar de los ahuehuetes”, y estos árboles —útiles para los fines del ritual referido— todavía se levantan en diferentes sitios del Churubusco contemporáneo.

Es probable que parte de la infraestructura creada (templos, plazas caminos, etcétera) se concibió en relación con estas fiestas (Tepeilhuitl y Panquetzaliztli) y las formas de interrelación regional, generando prestigio y una importante serie de relaciones con el gran ritual de importantes centros urbanos vecinos.

Pero en cuanto al problema de la relación entre Huitzilopochco y sus recursos hidráulicos, por el patrón del pueblo hecho por Navarro (entre 1728 y 1733) sabemos que al realizarse la destrucción de uno de los principales templos aún existentes en el barrio de Theopanzolco (el más importante de Churubusco), el pueblo —en voz de su gobernador— le pidió al párroco no continuar con esta obra, y al no poder detenerlo decidieron rogarle que no tapara “un ojo de agua que al costado de la iglesia esta ensolvado” junto a un frondoso ahuehuete (Navarro, 1909: 560).

En ese mismo texto se explica que fue localizado otro ojo de agua frente al ahuehuete al repartir los terrenos para construir casas. Ojo de agua que aparecía en un plano que guardaban los indígenas del poblado y el cual referían así: “[...] vide aun en mi casa estaba un mapa, que no sé qué se ha hecho, en que estaba pintado el ojo de agua cerrado con llave, y un cedro copado en donde el pájaro huitzitzilin se paraba” (*idem*).

Estos hechos causaron en el padre Navarro una serie de consideraciones sobre la relación de los indígenas de su grey y los —al parecer muy abundantes— ojos de agua como sitios importantes en la geografía ritual de los habitantes de Churubusco: “[...] no son ydoltras, ni hacen aprecio ni tienen por dioses a estos ydolos, que así lo dixo el Yndio, y todos lo dicen, y solo el temor tan radicado que les ha quedado de sus pasados, de que les suceda mal si les llegan o hacen daño; y así en algunos ojos de agua, que tiene tradición que ayga algo de esso, ni se lavan en ellos, ni veven el agua, porque le temen al ayre [...]” (*ibidem*: 568)

A estos casos debe añadirse la localización de un sapo de piedra recuperado por los frailes dieguinos de la peana de piedra del cementerio del convento de Santa María de Churubusco, animal directamente asociado a Tlaloc. Además de una efigie encontrada en 1732 en el barrio de la Santísima Trinidad Tzapotlan, en la antigua peana de la cruz, y el ojo de agua que se mencionó en este barrio. Dicha escultura parece haber sido excepcional:

Una figura formidable de un ídolo de piedra de cantería, bien formado, al menos la cabeza y rostro, que el cuerpo estaba en desproporción de simetría, por no decir con la cabeza, que es agigantada con buena perfección de narices y ojos, los que son de concha blanca embutida en las oquedades de la piedra, y por niñas dos azabaches bien redondos y lustrosos, que parece que vivamente esta mirando con ellos; en el pecho, una oquedad, y dentro una piedra redonda con su taladro en el medio, de las que los indios llaman Chalchihuitl, de color verdosa reluciente, y otra de distinto hechisgo, a manera de canuto, de la misma calidad que la dicha, y esta la tenía embutida den el ombligo [...] y una y otra con fino cal y canto; el cuerpo sentado como llamamos en cuclillas, y los indios llaman coteztia con cacles formados en los pies, y sus correas como ataduras, de los hombros le salen unas alas muy perfectas, y en su lugar cola a manera de águila; pintado todo el cuerpo de almagre fino, y un morrión o montera bien formado, en que tenía media cabeza, está pintado de ocre; entres las piernas tenía dos lanzas de pedernal, una mayor que la otra, seria en señal

de gran guerrerista y las alas por gran hechicero (*ibidem*: 579-80)

Esta asociación entre los muy numerosos ojos de agua y elementos arquitectónicos, o incluso esculturas prehispánicas, se extiende en el tiempo, haciendo de ellos referentes de la geografía simbólica del Churubusco colonial, además de reflejar la importante referencia entre el agua y los rituales desarrollados en el Huitzilopochco prehispánico.

Sin duda otro de los númenes importantes para Huitzilopochco es el propio Huitzilopochtli, cuyo culto se conecta con la existencia de un templo de grandes dimensiones a esta deidad existente ya durante el reinado de Ahuizotl. Este gobernante guerrero decidió realizar un peregrinaje de agradecimiento a los dioses por sus victorias militares, el cual incluyó —además de Tenochtitlan— Chalco, Iztapalapa, Mexicalzinco y Huitzilopochco, en un circuito de visita a templos importantes en el área sur de la cuenca de México.

La intención era entregar ofrendas a Huitzilopochtli en algunos connotados templos, siendo en Huitzilopochco “donde con gran solemnidad, tanta y más que en México, hizo su sacrificio y ofrenda. Donde volvió a México con la compañía de los señores y grandes que había salido y de muchas gentes que le acompañaban” (Durán, 1984, II: 363-367). Este recorrido tiene relación con dos grandes deidades: Tezcatlipoca y Huitzilopochtli; éste, como deidad de los tenochcas, es obvio su tratamiento y la cita es clara al referirse a su templo en Huitzilopochco, pero ¿es posible que en ese poblado existiese otro templo dedicado a Tezcatlipoca?

Sabemos por fray Diego Durán que uno de los lugares de la peregrinación fue Chalco y su famoso templo de Tlapitzahuayan: “el templo era muy reverenciado y suntuoso, en el cual reverenciaban la estatua de Huitzilopochtli y de Tezcatlipoca, los dos principales dioses de la tierra, aunque la vocación principal era la de Tezcatlipoca [...]” (*ibidem*: 366). Pero los elementos que figuran como parte del discurso empleado por Ahuizotl en Tenochtitlan, lugar donde se inicia este peregrinaje, se refieren sin duda a una rogativa a Tezcatlipoca, diciendo: “11. Omnipotente y poderoso señor de

lo criado. Señor por quien vivimos, cuyos vasallos y esclavos somos, señor del día y de la noche, del aire y del agua, con cuyo poder vivimos, yo te doy infinitas gracias por el beneficio que de ti he recibido en haberme traído y vuelto a esta tu ciudad de México con la victoria que tu me has concedido” (*ibidem*: 365).

Así pues, dos de los cinco puntos tocados en el recorrido, son lugares donde se brinda culto a ambas deidades, una considerada como la más importante del panteón nahua, por ello no es exagerado pensar que en el recorrido de Ahuizotl fueran reverenciadas ambas deidades en cada uno de los sitios tocados, incluyendo a Huitzilopochco, lo cual abre la posibilidad de que en el lugar existiera un templo a dicha potencia.

Durante las excavaciones de la nueva sede de la Escuela Nacional de Conservación y Restauración del INAH, en el sitio El Coroco, el autor pudo recuperar —en un basurero prehispánico, tras un templo de medianas dimensiones y en la banqueta frente a éste— importantes concentraciones de cerámica (área de actividad 18) que incluían fragmentos de muy diverso tipos de braceros ceremoniales (fig. 8), algunos de ellos con representaciones de picos de águila y cráneos descarnados y efigies de guerreros muertos, los cuales podemos asociar al culto de la guerra y Huitzilopochtli.

En cuanto a la localización de los templos principales de Huitzilopochco, sabemos que existía uno, al parecer de importantes dimensiones, en lo que fuera uno de los barrios centrales del asentamiento, muy cerca de la gran iglesia construida en el siglo XVI:

En el centro del pueblo halle unos paredones antiguos, que fueron de la primera Yglesia parrochial de él; denota haber sido muy grande; según parece, tenía tres naves, aunque las paredes de piedra y lodo, el techo de madera, que así se deja entender, un cementerio muy grande, la puerta al oxidente, con un cedro blanco en dos dividido, que así lo crio la naturaleza, y llaman los indios *ahuehuatl*, frondoso, copado, lucido y hermoso, que esta dentro del cementerio; en derechura de este árbol. Un cerro de piedra y lodo, y algo de cal y canto, situado al norte, fabricado a mano, que fue desde la gentilidad, en donde tenían su Iglesia y daban culto al demo-



● Fig. 8 Fragmento de braceró con la representación de un cráneo que porta una banda asociada a deidades solares (recuperado en las excavaciones del sitio El Coroco, Churubusco, 1999-2000).

nio[...] motivo porque junto a él. Los primeros ministros del evangelio levantaron AD.S templo en desagravio, dando por titular y patrono al apóstol Sn. Matheo (Navarro, 1909: 559).

Este documento de Joseph Navarro de Vargas, cura párroco de Churubusco, fue escrito a principios del siglo XVIII pero se publicó hasta 1909 —en los *Anales* del Museo Nacional—, y ventila lo que parece ser uno de los últimos autos de fe de que tengo noticia. Ahí se refieren las vicisitudes que le llevaron a desenterrar y destruir una serie de “ídolos” encontrados en los principales barrios de Churubusco. Dichas esculturas son descritas como una culebra, un danzarín, una anciana y un mono:

Era la culebra de piedra muy sólida y pessada; de color rosado; la figura espantosa; el grosor era de un morrillo delgado; el tamaño tenía tres varas, y aunque estaba enroscada en tres vueltas enteras, medida con un hilo dado las mismas vueltas enteras, quedo a la larga después llego a las varas; cada

una de las roscas despegada, que podía haber un peso de plata por la distancia y solo pegaba la punta por lo bajo; la cabeza recostada en el lomo, aunque desunida; la boca con colmillos largos y torsidos la lengua de fuera, la dha. Boca abierta, toda ella escamada primorosamente, que no abra buril que hacierte en estos tiempos a igualarla; pintada, a mas de ser la piedra rossada, de almagre bastante subido de color, y aunque las escamas en el medio estaban ya con el tiempo perdido el color, con todo, le conservava en el nacimiento de cada una, como lugar mas hondo; esta pintura de almagre estaba mezclada con arenilla morada y blanca que sirve de marmagita, que puesta al sol, brillava y lucía. Bean si dixo bien el indio [...] que calentándose al sol le relumbrava el lomo, pepetlaca [...].

[...] dentro de una zanja ensolbada al pie de un cedro blanco, que allí estaba que llaman Ahuehuette, y de ahí tomo el barriecito el nombre Ahuehuetitlan, que ya estaba tronco, aunque todavía parado el árbol, que de aquella suerte le dejo un rayo que pocos años antes había caído en él [...] tres ídolos que allí estaban, de piedra, demasidamente feos y abominables, el mayor tenía la figura de un hombre vestido de danzarín, de una vara escasa; el otro, figura de mujer vieja corcovada, con una bola en el lomo a manera de maleza, los ojos vacíos, como de calavera, algo menor, Y otro a modo de mono sentados como estos lo hacen y en las manos una como bola, que parece que la quería comer. (*ibidem*: 565-567).

Estas esculturas sin duda provenían de templos o edificios públicos prehispánicos destruidos, y doscientos años después los indígenas de Churubusco aún temían a sus fuerzas ocultas y las hacían extensivas a los lugares donde se localizaban. El cura párroco de Churubusco procedió entonces a la destrucción de esas efigies mediante su incineración y posterior ruina, quebrándolas, para finalmente enterrar los fragmentos en una caballeriza de la casa parroquial (*ibidem*: 568) (figs. 9 y 10).

El *ozomatli* (mono), animal asociado al canto, a la danza, al pecado y la muerte, porta ornamentos que lo relacionan con Quetzalcoatl (pectoral y cintas de la cabeza), Xochipilli y Macuilxochitl (rectángulos de las mejillas) (Seler, 2008: 22).



● Figs. 9 y 10 Esculturas nahuas de serpiente y mono (Museo Nacional de Antropología-INAH).

Otro elemento importante es el pelaje del animal, relacionado con *Malinalli* (hierba torcida), la cual, como dice el propio Seler, es una “alegoría e imagen de lo efímero y de la renovación”. Los monos se encuentran cerca de “los dioses del pulque” y personifican la ambivalencia entre la abundancia y la muerte.

Por otra parte, de los tipos de serpiente identificados por Eduard Seler, son dos los que puedo

asociar a esta enigmática serpiente recuperada y destruida a principios del siglo XVIII. En primer lugar me referiré a la *tlapalcouatl* o serpiente colorada, representada como un coralillo en algunos códices y cuyo nombre parece devenir de *tlapapalolli* (lamer o lavar alguna cosa); por otro lado está la serpiente enrollada o *metlapilcouatl*.

La primera víbora, roja a manera de coralillo, parece representar al sacrificio o por lo menos la sangre sacrificial (*ibidem*: 265, 268), puede ser representada con o sin crótalo, y cuyo nombre podría asociar a lo claro y brillante. La segunda es descrita por fray Alonso de Molina como una serpiente muy ponzoñosa, y en el diccionario de zoología náhuatl de Macazaga (1985: 73) ser recuperada a Sahagún, quien asocia el carácter rollizo de la serpiente con el de la piedra con que muelen las mujeres.

De esta manera se puede observar una correlación entre la serpiente roja, símbolo de la sangre sacrificial, cuyo nombre la identifica con un ser que permite el proceso de purificación y la cualidad de Huitzilopochco como espacio para obtener agua que permite lavar a los que serán sacrificados. Además, la ubicación del hallazgo dentro del perímetro formado por un templo, un ojo de agua y un ahuehuate completan una triada que parece ser el sello particular de Huitzilopochco, acaso en relación con el ojo de agua llamado Coatl (agua de serpiente).

Otros ejemplos de esculturas son el sapo de piedra localizado en el cementerio que existía frente al convento, así como la efigie de piedra de un personaje alado que el propio cura párroco asociara con Huitzilopochtli.

A estas piezas debe añadirse otro hallazgo en el sitio El Coroco, esta vez una placa con la representación de Chicomecoatl (siete serpiente) en bajorrelieve. Dicha placa de tezontle fue recuperada por el equipo de excavación a cargo del arqueólogo José Antonio López Palacios, y fue encontrada en el brocal de un pozo que fuera clausurado en algún momento del siglo XVIII. Chicomecoatl es una deidad femenina asociada a la fertilidad agrícola y el sacrificio, cuenta con numerosas representaciones en un área dilatada de Mesoamérica y su culto ha sido mencionado en muchas fuentes.

La asociación entre esta placa y el brocal del pozo da certidumbre a lo afirmado por el propio Navarro, y establece una fuerte asociación entre los muy numerosos ojos de agua referidos y los rituales y dioses asociados a ellos en Huitzilopochco.

De esta manera son tres las deidades mencionadas en estas notas, dos de ellas asociadas a los mantenimientos, el agua y la fertilidad: Chicomecoatl y Opuchtli —este último en su calidad de cazador y sirve como puente entre los mantenimientos y la guerra—, y la otra es representada por el propio Huitzilopochtli.

Obligaciones tributarias de Huitzilopochco y la provincia de Petlacalco

Nuestro Huitzilopochco aparece encuadrado en la más importante provincia de tributación del imperio, y cuenta con interesantes relaciones en el rubro de la vida económica del Anáhuac. Según el comentario escrito como glosa en el folio 19v (numerado como 20) del Códice Mendocino, donde se habla de la provincia del mayordomo Petlacalcatl (representada en los folios 20r 20v) (Carrasco, 1996: 118): “Por los señores de México tenían puesto un gobernador llamado Petlacalcatl aunque en cada un pueblo tenían puesto un calpixque que es como mayordomo que tenía a cargo de hazer recoger los rentos y tributos que los dichos pueblos tributaban al señor de México y todos los dichos mayordomos acudían al dicho Petlacalcatl como su gobernador”.

De esta forma el Petlacalcatl funciona como una especie de secretario general en los asuntos que atañen a la recolección de tributos y la Petlacalco —el almacén o tesorería del palacio en Tenochtitlan— fungiría entonces como la institución que alberga esta necesidad del gobierno de administrar lo recaudado.

De acuerdo con el análisis de Carrasco, y por la información de las láminas del mencionado códice, la estructura general del sistema de recolección de tributos obligaba a la presencia de *calpixques* en cada pueblo dominado importante, los cuales a su vez tenían gobernadores que los dirigían “para que los mantuviese en paz y en justicia

y les hiciese cumplir sus tributos y porque no se revelasen” (Código Mendocino, 1996: 21r). Al parecer el más importante era el Petlalcatl, y aun cuando Carrasco (1996: 121) asegura que las cosas no eran tan simples, considera que ese esquema corresponde a un planteamiento general.

Una de las conclusiones importantes sobre el esquema del acopio de tributos representada en el Código Mendocino es que:

Las ciudades pintadas en estos códices [el Mendocino y la Matrícula de Tributos] deben de ser aquellas en las que un mayordomo recogía el tributo para Tenochtitlan. Las ciudades no representadas pagarían tributos y servicios a sus propios reyes y el gran rey de la capital de quien dependían, pero no tributaban a Tenochtitlan, o bien no daban sus prestaciones en productos en especie representados en estos códices. De esta manera se entiende por qué un mismo lugar puede aparecer en distintas láminas —como pueblo tributario o como guarnición— o ser mencionado en otras fuentes con obligaciones distintas. No se trata de contradicciones, sino de múltiples obligaciones que podía prestar una ciudad y de la variedad de poseedores de tierras y terrazgueros que podía haber en el territorio de una ciudad (*ibidem*: 120).

En el caso de Huitzilopochco, este poblado era parte de una unidad política con Culhuacan, Mexicalzincó e Iztapalapa (los Nahtecutli del sur), y conformaba un solo componente (los culhuas) al servicio de Tenochtitlan, si bien este señorío aparece únicamente como tributario tanto en la Matrícula de Tributos como en el Código Mendocino (que parece ser una copia del primero), donde aparecen los listados de tributos a Tenochtitlan más conocidos. “No todas las ciudades con reyes sujetos a Tenochtitlan están representadas; sólo aparecen Huitzilopochco, Olac, Xochimilco Cuitlahuac y Mixquic, en la provincia de Petlalcalco.”

Es probable que Huitzilopochco fuera elegido como asiento de un *calpixque* que controlaba la recolección de tributos para Tenochtitlan en la zona de influencia de los cuatro señoríos, y por ello se encuentre mencionada como tributaria directa; sin embargo, es poco probable que las obligaciones del mismo recayeran únicamente sobre aquel

poblado y los otros no entregaran nada (*ibidem*: 123). La lista de los 20 *calpixques* mencionada por Sahagún en su *Historia general...*, así como las denominadas provincias del Código Mendocino, se convierten en la enumeración de la sede de los gobernadores que organizan la tributación para el gobierno y la guerra.

Huitzilopochco constituiría uno de los nueve “reinos”, dependientes directos de Tenochtitlan, que incluían los cuatro señoríos culhuaques y con los chinampanecas (Xochimilco, Mixquic y Cuitlahuac) completarían siete señoríos al sur, mientras con Tenayocan y Ehecatepec, al norte, completarían la lista de los señoríos dependientes de Tenochtitlan.

Los Nauhtecutli del norte y del sur

Poco se sabe de la organización política que conformaba el grupo de los cuatro señoríos, pero esta existía incluso entre otras cuartetas políticas en la cuenca de México.

En los Anales de Cuauhtitlan aparecen cuatro señoríos Nauhtecutli en el norte: Tzompanco (Zumpango), Citlaltepec, Huehuetocan y Otlazpan (Utlaspa), los cuales dependían de Tlacopan y eran identificados como parte del reino de Cuauhtitlan (Carrasco 1996: 285). Para 1519 estaban “asociadas según el sistema indígena como Nauhtecutli, o cuatro cargos de gobierno relacionados” (Gibson, 2007: 71) y gobernadas por Aztatzontzin, tlatoani de Cuauhtitlan justo antes de la conquista castellana.

Estos elementos apuntan claramente a la utilización de este esquema cuadripartita de gobierno utilizado por algunos grupos en la cuenca de México. Es un hecho que los Nauhtecutli del sur, donde se encuentra nuestro Huitzilopochco, compartían un territorio y una serie de obligaciones con Tenochtitlan cuando esta ciudad formaba la Triple Alianza con Tacuba y Texcoco.

Dichos deberes incluían la entrega de tributo en especie; la obligación de compartir con otros la obra pública impuesta como vasallaje; la presencia de contingentes militares, suministro, armas y atavíos de guerreros en las acciones de

conquista; e incluso quizá también estaban obligados a compartir conocimientos relacionados con su tradición comercial, y a aportar sus relaciones de linaje y prestigio en beneficio del imperio. Entre ellos existía una cabecera considerada una especie de capital de los cuatro señoríos, y que en el caso de los Nauhtecutli del sur era Culhuacan.

Sabemos que esta cabecera conformó una Triple Alianza con Tula y constituyó uno de los poderes facticos más importantes de la cuenca a la fundación de Tenochtitlan, lo que implica un gran prestigio acumulado. Y aun cuando la estructura interna del ejercicio político de los Nauhtecutli en el norte y el sur de la cuenca es todavía un misterio, probablemente el esquema fuera parecido. Tal vez esta forma cuatripartita permite la consolidación de espacios políticos después de desintegrarse unidades tripartitas mayores.

Las relaciones internas de los diferentes señoríos y las obligaciones que aquéllas implican (en términos de tributos y vasallaje) parecen repartirse entre cada una de las cabeceras, pero los recursos y sus delimitaciones quedan claramente definidas.

Pochteca huitzilopochcos

Los *pochteca* fueron poseedores de un importante privilegio: del tráfico de mercaderías de prestigio a larga distancia, dejando a otros grupos productos relacionados con los mercados locales. De esta manera puede explicarse su inserción en los grandes mercados de bienes de prestigio, su relación con el Estado, los estamentos y clases sociales de los pueblos que representaban, aquellos por donde pasaban o a los que se dirigían. Tales condiciones hicieron de ellos un grupo crucial, cuyos intereses iban más allá de lo meramente mercantil.

Por un lado, este grupo de hombres era parte de un aparato del Estado en maniobras de inteligencia y diplomacia. Por el otro, eran además agentes libres de intercambio comercial, quienes manejaban objetos y materias primas como mercancías en circuitos que permitían incluso la producción de bienes para el tributo — pensemos en

la relación entre los comerciantes y los circuitos de producción y obtención de materias primas, y de éstos, a su vez, en la confección de objetos de arte plumario, por ejemplo, que terminan en manos de los cobradores de tributo.

En su condición de viajeros, estaban en posibilidad de recabar información muy diversa de los sitios que visitaban, como rutas de acceso, condiciones topográficas o climáticas, lenguas y conflictos regionales, habitantes, materias primas locales y costumbres, especialización técnica y artesanal; en fin, un sinnúmero de datos sobre diferentes poblaciones.

Los contactos comerciales y rutas de intercambio, los tratos sobre inmunidad y muchos otros elementos necesarios para este tipo de tráfico hicieron de los mercaderes un gremio cuya tradición propia trascendía incluso al Estado. Esto hacía que los *pochteca* contaran con una característica forma de vida, y que sus relaciones con el Estado fueran muy importantes y diversificadas.

La mayoría de nuestros datos sobre la vida de los *pochtecas* fueron recabados por fray Bernardino de Sahagún durante su estancia en Tlatelolco, mediante su singular método de entrevistar a informantes.

Los *pochteca* “andaban a la aventura en busca de conocer y tantear el terreno y las circunstancias de los pueblos”, como podría traducirse de manera muy libre el término náhuatl *matlayecoltitinenca* aplicado a ellos (Garibay K., 1995: 178).

Para entender mejor su importancia en el Huitzilopochco del siglo XV debemos entender que este grupo se estructuraba de manera independiente al de *pillis* y *macehuales*, quienes conformaban el resto de la población y eran más que un gremio artesanal. Esta posición tenía sus ventajas, pues les permitía disponer de una serie de privilegios y una vida holgada; sin embargo, por sus características, la ostentación, la ineficacia o la simple existencia en el momento inadecuado podía costarles la vida.

Es sabido que el mismo *tlatoani* tenochca usó a los miembros de este gremio como vehículos para diversos asuntos de Estado, desde la entrega de mercancías para su venta en un sistema de comisión hasta su empleo como servicios de inteligencia o embajada ante soberanos distantes.

Aunque es probable que en la mayoría de las grandes poblaciones de la cuenca de México existieran un grupo de comerciantes de larga distancia, su alcance y poderío parece referirse a una compleja cantidad de elementos, en la cual interviene el poder de la ciudad o población que los envía, su representatividad histórica y, por ende, los conocimientos y relaciones adquiridos en sus viajes, y el tipo y cantidad de mercaderías que ofertan.

Así, por ejemplo, los *pochteca* tlatelolcas, únicos de los que tenemos una semblanza mínima de su desarrollo, tuvieron un origen muy modesto en la introducción de bienes de bajo valor comercial y en un mercado regional muy limitado —se iniciaron con un muy limitado tipo de plumas—, pero lograron incorporarse al gran mercado mesoamericano de mercancías de lujo gracias al poder acumulado por la ciudad y su tianguis.

Las diferencias fundamentales entre los distintos grupos de mercaderes de cada población, como la edad o la especialización, permitía una estratificación interna que afectaba la decisión sobre los negocios y la particularización de los mercados, de ahí que los grupos más destacados fuesen los “*pochteca* tlatoque y los nahualtozomeca. Los primeros no viajaban. Constituían una capa principal de mercaderes viejos, dando mercancías a quienes iban [en estos largos viajes] para que comerciasen con ellas y trajesen lo producido en el canje [...]” (Acosta, 1945: 23).

La edición de los textos de informantes indígenas, usados por fray Bernardino de Sahagún para redactar su obra —realizada por Ángel Ma. Garibay en 1995—, permiten identificar un *pochtecatoytl* o arte de traficar. En este texto se identifican 12 poblaciones reconocidas entre toda la comunidad *pochteca* de la Triple Alianza en el momento de la conquista castellana, sobre todo con el aval de Tenochtitlan y Tlatelolco.

Esta sociedad mercantil tenía como sede exterior la ciudad de Tuchtepec, donde se contaba con un edificio, o una serie de ellos, para aposentar las representaciones de esos 12 grupos:

51 [...] allá (en Tuchtepec) están en detención los traficantes, los comerciantes embozados de todos los pueblos, gente de todos los rumbos allí tenían una morada común.

52. El conjunto de estos era: Tenochtitlan, Tlatelolco, Texcoco y Huexotla. Coatlinchan, Chalco, Xochimilco y Huitzilopochco. Mixcouac, Azcapotzalco, Cuauhtitlan y Otumpa.

53. Estos eran los que andaban echando experiencia por todos los pueblos y de ellos se metían, pero volvían a Tuchtepec (Garibay K., 1995: 126-127).

En sentido estricto, cada cabecera de la Triple Alianza tenía representación sobre diferentes poblaciones de *pochtecas* que conformaban parte de sus redes de tributarios, además de su propia representación en algunos casos.

Así, aparte de sus enviados directos, Tenochtitlan tenía tres representantes: Chalco, Xochimilco y Huitzilopochco, este último como una especie de comisionado por los Nauhtecutli. Texcoco tenía cuatro representantes: Huexotla, Coatlinchan, Otumpa y Cuauhtitlan, y aun cuando Tlacopan no estaba directamente representado en la lista, tenía dos enviados de entre sus tributarios: Mixcouac y Azcapotzalco. Tlatelolco se presenta separado, probablemente por la calidad de su mercado, pero podemos reconocerlo como un agregado más de Tenochtitlan, y con ello contaría también con cuatro. El listado muestra a los integrantes en un rígido orden geográfico del centro al oriente, en el sentido de las manecillas del reloj.

La presencia de Huitzilopochco en la lista de los doce deja en claro el importante papel del gremio comerciante en este poblado y entre los Nauhtecutli; es decir, como uno de los grupos de *pochtecas* más importantes de la cuenca de México. Este colectivo se encontraba entre los que debían ser invitados a los sacrificios en honor a Huitzilopochtli, en la fiesta de los “bañados” durante la procesión y festividades de Painal. Estos convites y fiestas exclusivas de los mercaderes incluían la entrega de mantas a los *pochtecas* de la ciudad y de los doce representantes, incluido nuestro Huitzilopochco (*ibidem*: 123, 142)

Dicha relación entre Huitzilopochtli y los *pochtecas* también se observa al recordar que durante el reinado de Ahuizotl los comerciantes fueron atacados en Ayotla por los de Tehuantepec, a quienes combatieron eficazmente y declararon su triunfo en contra de ellos:

“Nadie se enorgullezca, nadie haga por esto gala de hombría tocante a todos nuestros dominados, los que fueron hechos cautivos. No hemos hecho más que venir a requerir tierras para el señor portentoso, Huitzilopochtli” (*ibidem*: 35).

Las actividades religiosas que acompañaban el arte de comerciar eran muchas, y probablemente también las deidades a que se rendía culto; así, durante el camino de regreso de sus correrías comerciales se realizaba una serie de ceremonias en los templos que visitaban, a manera de manda, y a ello se agregaba una serie de acciones en diferentes páramos del camino de vuelta o en cuevas señaladas en la ruta de ida (*ibidem*: 87).

La organización de este gremio pudo llegar a determinar consecuencias en la forma de tratar a los mercados regionales, pues la distribución de los productos en ellos variaba de acuerdo con el acceso a los mismos, y éste dependía de la relación con los mercados y los grupos de *pochtecas*.

La asignación por parte de algunos tlatoanis de riquezas en forma de pañetes o mantas chicas (*cuachtli*) para su trueque en productos (mantas ricas y otros bienes) (*ibidem*: 43) es una de las mejores formas de concentrar riquezas en este sistema. Podemos esperar que esta fórmula se diera por igual en otros niveles de la vida social, no solamente entre *pochtecas* y *tlatoanis*, sino entre señores de los poblados y sus grupos representativos ante comerciantes y personajes destacados.

Por otro lado, la balanza comercial derivada de la introducción de cantidades importantes de materias primas —algodón, productos para teñir, oro, piedras semipreciosas, la concha y sobre todo las plumas para los amantecas, gremio especializado en la creación de objetos de plumaria— podía representar una ganancia importante para quienes recolectaban el tributo de pueblos no asociados directamente con los gremios de comerciantes, pues la disposición de esos productos relacionados con el tributo se tendría que negociar mediante la compra en mercados públicos —especializados y probablemente captados por los principales miembros de esta asociación—, por la asignación a algún comerciante ligado al reducido grupo de los doce ya mencionado, e incluso a uno con carácter regional. Por tanto, los precios de compra de las

materias primas u objetos terminados serían fijados desde y para beneficio de los mercados dominados por la alianza tripartita, quedando en franca desventaja quien los adquiría para la entrega de tributo.

Este virtual monopolio de los doce pudo ser una práctica del ejercicio de poder que de hecho imposibilitó a ciertos grupos la obtención de bienes de prestigio, eliminando su ostentación como parte del ritual o del ejercicio político ante sus propias comunidades.

Las listas de tributos marcan en numerosas ocasiones materiales y productos de regiones que sólo pudieron alcanzarse mediante los servicios de mercaderes profesionales, lo cual implica que sus productos debían ser comprados por conducto de esos gremios monopólicos, a fin de mantener los niveles de entrega de tributo a los mismos señores de donde provenían los mercaderes, ganando en cada operación de compra venta hasta la entrega del tributo. Lo anterior deja entrever un proceso mercantil organizado, dirigido y realizado principalmente por tenochcas, donde las otras poblaciones son tratadas como simples ayudantes y sus márgenes de ganancia son manipulados para evitar la ostentación como arma política.

La lógica militar de la embajada comercial se deriva de sus actividades de “inteligencia” y por ser una parte importante de la política exterior del Estado mexica, lo cual obligaba a manejarse con independencia de acción ante las condiciones de guerra en ciertas regiones. Las virtuales prerrogativas especiales para el conjunto de doce poblaciones eran mayores para un grupo menor de comerciantes que podía realizar los viajes a la costa, hacia el Xoconuchco y hacia Xicalanco:

5. Pero se introducían a la costa no todos, no todo el mundo tenía entrada, porque era el lugar de tráfico de Ahuiztontzin.

6. Los únicos que iban allá, los que allá entraban eran los de Tlatelolco, los de Tenochtitlan, los de Huitzilopochco, los de Azcapotzalco, los habitantes de Cuahtitlan (Cuauhtitlan). Solamente en todo tiempo eran éstos sus comisionados.

7. Y cuando habían empezado el viaje los traficantes que van a la costa, se dividían allá en Tochtepec: la mitad iba hacia la costa de Ayotla (de las

tortugas); la otra mitad entraba por allá por la costa de Xicalanco (donde se cosechan jícaras).

8. Y después de repartidos en dos se dividían los de Tlatelolco y también en dos los de Tenochtitlan, y sus agregados de Huitzilopochco, de Azcapotzalco, de Cuauhtitlan.

9. y esta era la forma en que hacían el camino: iban aderezados como para la guerra: iban llevando sus escudos, sus macanas, sus divisas, porque era ir de guerra: en algún lugar morían, en algún lugar eran cautivados.

10. Y los que entraban en Xicalanco iban portando lo que era de Auitzotzin [...] (*ibidem*: 63).

De esta manera, el sistema de comisión que se describe involucraba a un selecto grupo de representantes de cada una de las cabeceras de la Triple Alianza, Huitzilopochco (por Tenochtitlan), Azcapotzalco (por Tlacopan) y Cuauhtitlan (por Texcoco), al que se agregan desde luego Tenochtitlan y Tlatelolco, lo que crea un sesgo muy importante en este tipo de expedición comercial, y que parece aún mayor cuando se define que a estas marchas se envía lo comisionado por Ahuizotl. No sabemos si este tipo de expediciones, de un carácter marcadamente particular, eran realizadas por otros *tlatoani* miembros de la alianza tripartita y, en su caso, cómo fueran conformadas.

Todos estos datos apuntan a un marcado reconocimiento del grupo de *pochtecas* de Huitzilopochco en las operaciones mercantiles de la alianza, en particular de Tenochtitlan y Tlatelolco. Lo anterior evidencia una cierta importancia del mercado regional de Huitzilopochco en la zona, así como la existencia de grupos de apoyo —como portadores y guías— viviendo en ese punto. A su vez, otras corporaciones pudieron aprovechar estas conexiones, como los talleres artesanos especializados por ejemplo, que pudieron involucrar incluso a los otros señoríos Nauhtecutli del sur.

El hecho es que las expediciones comerciales a Xicalanco, Zimatlan y Coatzacoalco traían grandes jades de diferentes tipos y calidades, “escudos de turquesas” —que podemos interpretar como mosaicos de turquesas—, junto con coral y conchas rojas, coral rosado, pieles de jaguar, guacamaya, aves marinas y conchas de tortugas de diferentes tipos, incluida la exquisita carey. Todo ello

como perteneciente al tlatoani mexicana (Garibay K., 1995: 67). No tengo datos sobre qué parte de ello pasaba al señor de Huitzilopochco y a los demás Nauhtecutli, pero seguramente dichos viajes involucraban grandes ganancias mercantiles.

Sólo podemos especular sobre los honores reservados al grupo *pochteca* que habitó en Huitzilopochco para ingresar en tan exclusivo club comercial; sin embargo es probable la existencia de una larga tradición de este grupo, pues provenían de la más recia tradición tolteca.

Uno de los últimos ecos del poder económico de los comerciantes en Churubusco colonial es una cita sobre su papel como donantes en las obras de construcción en Churubusco, pues a costa de “Unos indios ricos mercaderes que entonces había en dicha estancia” se edifica la iglesia de la Asunción de Nuestra Señora, donde fray Toribio fue guardián de la misma, y fray Luis y fray Pedro de Gante desempeñaron papeles importantes hacia 1534 (García, 1897: 227).

Barrios y comerciantes

El barrio de Pochtlan en Huitzilopochco se puede asociar a otros vecindarios, en los que Acosta Saignes, en su famoso trabajo sobre los *pochteca* (1945), designa como lugares en que habitaba este tipo particular de comerciantes.

Mientras ni en Tenochtitlan ni en Tlatelolco existe un barrio de este nombre como el lugar donde habiten los *pochtecas*, sí existió un edificio o templo con tal denominación donde se reverenciaba a Yacatecutli, dios de los mercaderes, y a Chinconquiahuitl. En este edificio dos funcionarios (*pochtlan* Teuhua Yiacatecutli y Chinconquiahuitl *pochtlan*) tenían a su cargo realizar las fiestas a ambas deidades en ese lugar (Sahagún, 2002: 291).

En su lista de barrios de Xochimilco, Betancourt —de acuerdo con Acosta Saignes— señala un San Mateo Pochtlan, posiblemente San Mateo Jalpa. Y en Amaquemecan, importantísima población chalca, existe otro barrio Pochtlan Tecuanipan Amaquemecan (Chimalpahin, 1982: 203-204). Mientras en Churubusco colonial el área cercana al convento era el barrio de Santa

María Puchtlan. “La significación de su nombre, según entiendo, es lugar de mercaderías o rescates, porque *pochtecatl* significa rescatador” (Navarro, 1909: 586).

Otros barrios, San Pedro Cotzotlan (podría ser Acxotlan, lugar relativo a los Acxoteca comerciantes ricos) y Atlauhco (del mismo Huitzilopochco) fueron lugares asignados como habitación de mercaderes en Tenochtitlan (Acosta, 1945: 28).

Puchtlan y Acxotlan son edificios importantes en las fiestas y sacrificios realizados por los comerciantes a Huitzilopochtli (Sahagún, 2002: 836), mientras Atlauhco es el edificio número 50 de los mencionados por Sahagún (*ibidem*: 278) donde moraban los sacerdotes que daban culto a una curiosa deidad con gorro de colibrí —y es el siguiente en la lista después de Puchtlan.

La presencia de ambos vecindarios entre los barrios de Churubusco colonial apuntala la presencia física del importante grupo de *pochtecas* radicados en ese sitio desde la época prehispánica. Su relevancia entre los más importantes grupos de comerciantes en el imperio sin duda se refleja en términos geográficos y entre los demás Nauhtecutli; sin embargo, y por desgracia, carecemos de fuentes escritas en cuanto a su presencia económica, historia particular y forma de ejercer el poder al interior de este arreglo político cuadrupartita.

Conclusiones

Por nombramiento del mismo Cortés, fue asignada en 1521 a Huitzilopochco —junto con otras cinco poblaciones importantes del sur de la cuenca— como encomiendas de la ciudad de Tenochtitlan; poco tiempo después se le entregó a Bernardino Vázquez de Tapia, enemigo del primero, quien la cambió por otra localizada en Guerrero (Huamuxtitlan), quedando vacante por unos años (finales de la década de 1520 y hasta 1536). Poco después readquiere para él y su familia los títulos de la misma encomienda (a nombre de su sobrina). Con la muerte del conquistador en 1559, los derechos a su hijo (hasta principios del siglo siguiente) y a su nieto (encomendero en 1639-1640), los dos de igual nombre, para trasladarse en el siglo XVIII

a manos del conde de Cienfuentes (Gibson, 2007: 428).

Durante la Colonia la población perdió terrenos frente a haciendas vecinas y el propio Coyoacan, capital del marquesado, y aunque en ella se construyen importantes iglesias y el convento dieguino de Santa María de Churubusco, el poblado disminuye su influencia y sus grupos, otrora importantes, sufren las consecuencias del cambio al nuevo régimen.

La posición del Huitzilopochco prehispánico por momentos parece brillante, pero sobre todo aparece como ejemplo de un organismo político bajo la dominación mexicana que intenta hacer valer sus conexiones históricas, comerciales y su tradición militar frente a la alianza tripartita que domina el Anáhuac.

La forma en que Huitzilopochco permite entrever las formas de vasallaje y tributo en esta relación con los diferentes niveles de poder impuestos sobre el señorío, pueden ser ejemplos de la forma en que los pueblos de la cuenca sufrieron la dominación de la Triple Alianza, y de sus esfuerzos por salvarlos y crecer.

Estos intentos se observan en las formas en que Huitzilopochco ocupa sus añejas relaciones comerciales y, en alguna medida, en las asociaciones parentales con la mítica Tula y, por ende, con Culhuacan. Se pueden ver estas asociaciones en la forma en que ejerce su soberanía sobre los escasos recursos disponibles para permitirse una mejor situación, incluso con el riesgo que implica enfrentarse con el poder.

La unión con otras cabeceras parece ser una estrategia que permite minimizar el vasallaje a unidades mayores y así presentar un frente común, sobre todo en relación con obligaciones tributarias pero conservando ciertos grados de independencia de acción.

El emplazamiento dado por los fundadores de Huitzilopochco (quienesquiera que hayan sido) mostró ser correcto, pese a los pocos recursos que prometía en apariencia y al cambiante escenario geopolítico de la cuenca en los 1000 años de existencia reconocida por las fuentes.

Como punto central del cruce de caminos de algunos de los más importantes ejes del trasiego de mercancías, Huitzilopochco se convirtió en una

población donde límite y centro se combinaban. El éxito se aprecia en su longeva historia y el interés que causara en importantes organismos políticos dominadores de la cuenca de México, entre ellos Culhuacan, Azcapotzalco y Tenochtitlan.

Por ello el exclusivo grupo de *pochtecas* ahí avecindados, así como la pequeña pero importante tropa de guerreros que siguió a otros en sus empeños y luchas más allá de las fronteras, además de sus prestigiados templos y ojos de agua trascendentales en los circuitos regionales del gran culto, en contraposición a sus modestos pescadores y salineros.

Desde la publicación de *Churubusco-Huitzilopochco*, hace más de 90 años, no se había divulgado un trabajo monográfico sobre esta población prehispánica, sirvan estas letras para el interminable compromiso de hacer su historia.

Bibliografía

- Acosta Saignes, Miguel
1945. “Los pochteca: ubicación de los mercaderes en la estructura social tenochca”, *Acta Antropológica*, núm. 1.
- Alvarado Tezozomoc, Hernando
1987. *Crónica Mexicana y Códice Ramírez*, México, Porrúa (Biblioteca Porrúa, 61).

1992. *Crónica Mexicayotl* (trad. de Adrián León), México, IIH-UNAM (Serie Prehispánica, 3).
- Barlow, Robert H.
1987. “Tlatelolco rival de Tenochtitlan”, en *Obras*, vol. 1, México, INAH/UDLA.
- Boban, Eugène
1891. *Documents pour servir à L'histoire du Mexique. Catalogue raisonné de la collection de M.E. Eugène Goupil*, 2 vols. and atlas, París.
- Carrasco, Pedro
1996. *Estructura político-territorial del imperio tenochca*, México, FCE/El Colegio de México/Fideicomiso Historia de las Américas.
- Castillo F., Víctor M.
1984. *Estructura económica de la sociedad mexicana según las fuentes documentales*, México, IIH-UNAM (Serie Cultura Náhuatl, Monografías, 13).
- Códice Azcatitlan
1995. *Códice Azcatitlan* (ed. facsimilar, intr. de Michel Graunlich, trad. de Leonardo López Luján), París/México/Turín, Biblioteca Nacional de Francia/Sociedad de Americanistas/Artes de México/Estampería Artística Nacional.
- Códice Chimalpopoca
1975. *Anales de Cuauhtitlan y Leyenda de los Soles*, México, IIA-UNAM.
- Códice Fejérvary-Mayer
2005. “El tonalamatl de los pochtecas”, *Arqueología Mexicana*, núm. 18 (facsimil con estudio introd. y comentarios de Miguel León Portilla).
- Códice Mendocino
1992. *The Codex Mendoza* (ed. De Frances F. Berdan y Patricia Rieff Anawalt), 4 vols., Berkeley, University of California Press.
- Códice Xolotl
1980. *Códice Xolotl* (ed., estudio y apéndice de Charles E. Dibble), 2 tt., México, IIH-UNAM (Serie Amoxtlí, 1).
- Cortés, Hernán
1983. *Cartas de relación de la conquista de México*, México, Espasa Calpe Mexicana (Austral, 547).
- Cruz Godínez, Faustino
2001. “Vínculos entre el Estado mexicano y los pochteca”, tesis de licenciatura en historia, México, FFYL-UNAM.
- Chimalpain Cuauhtlehuauitzin, Domingo Francisco de San Antón Muñón
1982. *Relaciones originales de Chalco Amaquemecan*, México, FCE (Biblioteca Americana).

1989. *Memorial breve acerca de la fundación de la ciudad de Culhuacan* (ed., trad. y notas de Víctor M. Castillo F.), México, IIH-UNAM (Serie Cultura Náhuatl, 9).

- Díaz del Castillo, Bernal
1955. *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Buenos Aires, Espasa Calpe Argentina (Austral, 1274).
- Durán, fray Diego
1984. *Historia de las indias de la Nueva España e islas de tierra firme*, México, Porrúa (Biblioteca Porrúa, 37), t. II.
- García Pimentel, Luis (ed.)
1997. *Descripción del arzobispado de México hecha en 1570 y otros documentos*, México, José Joaquín Terrazas e Hijos impresores.
- Garibay K., Ángel Ma. (ed.)
1996. *Teogonía e historia de los mexicanos. Tres opúsculos del siglo XVI*, México, Porrúa (Sepan cuántos..., 37).
- 1995. *Veinte himnos sacros de los náhuas*, 2ª. ed. (Textos de los Informantes de Sahagún, vol, II) México, IIH-UNAM (Serie Cultura Náhuatl, Fuentes, 4).
- 1961. *Vida económica de Tenochtitlan. 1. Pochteca-yotl (arte de traficar)*, 2ª. ed. (Textos de los Informantes de Sahagún, vol. III) México, IIH-UNAM (Serie Cultura Náhuatl, Fuentes, 2).
- Gerhard, Peter
1986. *Geografía histórica de la Nueva España 1519-1521*, México, IG/IIH-UNAM (Serie Espacio y tiempo, 1).
- Gibson, Charles
2007. *Los aztecas bajo el dominio español, 1519-1810*, México, Siglo XXI (América nuestra, 15).
- León Portilla, Miguel (ed.)
1992. *Ritos sacerdotes y atavíos de los dioses*, 2ª. ed. (Textos de los Informantes de Sahagún, vol, I) México, IIH-UNAM (Serie Cultura Náhuatl, Fuentes, 3).
- Ixtlilxóchitl, Fernando de Alva
1985. *Obras históricas* (ed. de Edmundo O'Gorman), 2 tt., México, IIH-UNAM (Serie Historiadores y cronistas de Indias, 4).
- Linne, Sigval
1948. *El valle y la ciudad de México en 1550*, Estocolmo, The Ethnographical Museum of Sweden (New Series, 9).
- Macazaga Ordoño, César
1985. *Diccionario de zoología náhuatl*, México, Innovación.
- Matrícula de tributos
2003. "La Matrícula de Tributos", *Arqueología Mexicana*, núm. 14.
- Mena, Ramón y Nicolás Rangel
1921. Churubusco Huitzilopochco, México, Departamento Universitario y de Bellas Artes/Dirección de Talleres Gráficos.
- Molina, fray Alonso de
1992. *Vocabulario en lengua castellana y mexicana y mexicana y castellana* (ed. facsimilar), México, Porrúa (Biblioteca Porrúa, 44).
- Navarro de Vargas, Joseph
1909. "Padrón del pueblo de San Mateo Huitzilopochco, inventario de su iglesia y directorio de sus obvenciones parroquiales", *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología*, 3ª época, vol. I, pp. 353-599.
- Ordenanza del Señor Cuauhtémoc
2000. *Ordenanza del Señor Cuauhtémoc* (estudio de Perla Valle, pal. y trad. de Rafael Tena), México, Grupo Cuadrante, A.C., Gobierno del D.F./Panorama.
- Sahagún, Fray Bernardino de
2002. *Historia general de las cosas de la Nueva España* (ed. de Alfredo López Austin y Josefina García Quintana), 3 tt., México, Conaculta/Alianza Mexicana (Cien de México).
- Seler, Eduard
2008. *Las imágenes de animales en los manuscritos mexicanos y mayas*, México, Juan Pablos/Coyoacán.
- Toussaint, Manuel
1990. "Estudio histórico y analítico del plano atribuido a Hernán Cortes", en Manuel Toussaint,

Federico Gómez de Orozco y Justino Fernández (eds.), *Planos de la ciudad de México siglos XVI y XVII, estudio histórico, urbanístico y bibliográfico*, México, IIE-UNAM/Gobierno de la Ciudad de México, pp. 90-105.

1990b. “Estudio histórico y analítico del plano atribuido a Alonso de Santa Cruz”, en Manuel Toussaint, Federico Gómez de Orozco y Justino Fernández (eds.), *Planos de la ciudad de México siglos XVI y XVII, estudio histórico, urbanístico y bibliográfico*, México, IIE-UNAM/Gobierno de la Ciudad de México, pp. 132-146.

• Villaseñor y Sánchez, Joseph Antonio
1745. *Theatro americano. Descripción general de los reinos y provincias de la nueva España y sus jurisdicciones*, 2 vols., México, Imprenta de la Viuda de Joseph Bernardo de Hogal.



Comentarios a “Los dioses de Teotihuacan”, de Pedro Armillas

Jesús E. Sánchez

El documento

En el Archivo de la Coordinación Nacional de Arqueología se encuentra una copia-carbón del mecanoescrito original de “Los dioses de Teotihuacan”, publicado por Pedro Armillas (1945) en los *Anales del Instituto de Etnología Americana* de la Universidad Nacional de Cuyo. El mecanoescrito parece ser un borrador; al menos tiene las características de esos documentos: carece de fecha, tiene bastantes errores “de dedo”; faltan notas a pie de página y se repiten otras; las ilustraciones no están enumeradas. En fin, con un simple vistazo cualquiera puede notar que se trata en realidad de un borrador. Sin embargo, se trata de una copia carbón, lo cual tiene su relevancia porque ello indica que Armillas entregó esta copia al INAH, al parecer a Jorge Acosta, quien a la sazón era el jefe inmediato de don Pedro; el original debió entregarlo a la Universidad Nacional de Cuyo, y sin duda debió pasar por las correcciones de rigor para su publicación.

Para reproducirlo en este número de *Arqueología* debió recurrirse a los medios electrónicos de que disponemos en la actualidad. Sin embargo, en tanto se procura una “reproducción” fiel al original, a modo que sea conocido tal cual por los lectores, se requiere mantener los errores señalados, pues de otro modo habría que llenar de *sic* los párrafos y páginas. Esto haría tediosa su lectura y comprensión, a más que desmerecería la

obra de nuestro ilustre maestro, pues se desviaría completamente la atención hacia un hecho insulso, pues todos, aún con el apoyo de la computadora cometemos errores en nuestros escritos, que suelen persistir en la propia publicación. Por estas razones se reproduce aquí en formato PDF la copia del mecanoescrito original.

No obstante, es de señalarse que el artículo fue reproducido y publicado —eliminando esas imperfecciones— en el homenaje que el CIESAS y el INAH rindieron a don Pedro el 14 de agosto de 1984, algunos meses después de su lamentable deceso. La publicación del homenaje, con el título *Pedro Armillas: vida y obra*, fue responsabilidad de la doctora Teresa Rojas Rabiela, y salió a la luz en 1991. El artículo ocupa las páginas 99-125 del tomo I y naturalmente se recomienda su lectura, a efectos de mera comparación, si se quiere.

Pero publicar la reproducción del mecanoescrito original tiene su mérito; debe entenderse también como un pequeño homenaje que los editores de la revista *Arqueología* (y también *Pepe* Ramírez, jefe del Archivo Técnico de la Coordinación Nacional de Arqueología) rinden a uno de los más insignes maestros de la arqueología mexicana. *Maestro* no sólo porque lo fuera de muchos de quienes a su vez fueron nuestros, sino porque, como todos ellos reiteran en sus opiniones —a veces inevitablemente intercaladas de anécdotas llenas de sensibilidad que bien logran perfilar el

carácter de don Pedro—, abrió una brecha en la arqueología americana de mediados del siglo XX, brecha abierta a filo del machete teórico y metodológico del que adolecía la disciplina en aquel entonces, brecha que recorrimos todavía muchos de nosotros, los de las generaciones posteriores a 1973 (año en que tuvo lugar el memorable “Primer Taller del Programa de Adiestramiento Avanzado en Arqueología”, coordinado por don Pedro), y no porque gozáramos de la fortuna de haber sido alumnos de Armillas, sino porque sí lo fuimos de varios de sus discípulos, maestros nuestros como Carlos Navarrete, Tita Braniff, Lorenzo Ochoa, Manuel Gándara, Teresa Rojas... Ellos siguieron abriendo la brecha crítica de Armillas y nos llevaron por ella. Si al ingresar a la ENAH y en nuestros primeros semestres no nos hubiéramos dado cuenta de ese hecho, una mirada retrospectiva y evocadora de nuestras clases con ellos, de nuestra actividad profesional ya una vez que nos “soltaron la correa”, nos lleva a un lugar evanescente, donde sin embargo brilla la presencia de Pedro Armillas. Conocimos al, y sabemos del, maestro por sus alumnos (¡quién tuviera esa dicha!) y por su obra. No podemos negarlo; aunque no nos demos cuenta, nuestra formación en la ENAH, de las generaciones desde al menos la segunda mitad del siglo XX, también es obra de Pedro Armillas. Gran responsabilidad la nuestra.

La arqueología de Teotihuacan hacia 1945

Consideremos que en 1945, cuando Armillas escribe “Los dioses de Teotihuacan”, de la metrópolis teotihuacana sólo se habían explorado, principalmente: de 1905 a 1910 la Pirámide del Sol, por Leopoldo Batres; en 1924 se libera la fachada principal de la Pirámide de la Luna y parcialmente los “Edificios Superpuestos”, al costado oeste de la Calle de los Muertos, por Gamio y otros; los túneles en la Pirámide del Sol por los Vaillant, también por esa época; Teopancazco, en el poblado de San Sebastián, y el palacio de Tepantitla, con su célebre mural del *Tlalocan*, por Armillas y Sáenz, entre otros arqueólogos, en 1942, y el “Grupo Viking”, por el mismo Armillas en 1944;

por ese entonces se exploran los conjuntos de Teotitla y Atetelco (Cabrera, 1982: 7 y ss.). Es decir, comparando los edificios y espacios de la metrópolis explorados hacia 1945 con los que hoy se encuentran liberados, la diferencia es más que evidente.

Esto significa que los datos con los que se contaba en 1945 para intentar siquiera una identificación de las deidades eran más que escasos, escuetos y parciales. Había que echar mano de otros recursos que las meras “interpretaciones” de tales datos; había que recurrir a otras disciplinas, a otros métodos; había que ser *antropólogos*. Y don Pedro, discípulo selecto de Kirchhoff, Caso, Marquina, vaya que lo era. (Cierto, eran los tiempos de los “años generales” en la naciente ENAH, donde alumnos de todas las disciplinas se conocían, discutían, trabajaban juntos, o lo intentaban... ¡tiempos aquellos!)

Pero ya la escuela mexicana de arqueología había desarrollado técnicas y métodos de exploración que permitían, por vía de la comparación de los contextos, establecer secuencias estratigráficas y cerámicas que denotaban diversas fases del desarrollo de la sociedad teotihuacana. Armillas tuvo siempre especial preocupación por la identificación de tal proceso mediante la deposición estratigráfica (que resulta así en una “puesta a punto” de la innovación de Gamio a principios del siglo XX). Y no sólo eso, sino sabía encontrar el sentido “cultural” de tal deposición. De ahí que al inicio del artículo que aquí se comenta, se refiera a una “estratigrafía religiosa”, pues Armillas elabora una comparación de los materiales cerámicos y pictóricos que aparecen en las distintas capas estratigráficas, estableciendo así una distinción en cuanto a las formas de representar a las deidades, de la manera como se modifican algunos atributos, aparecen y/o desaparecen otros mientras se avanza en el tiempo, es decir, de unos materiales de una capa respecto a otra. Es de apreciar el método aplicado para concretar la interpretación “evolutiva” de las representaciones, así como para identificarlas.

Los contextos explorados por Armillas correspondían, casi todos, a los de las últimas fases del desarrollo teotihuacano, debido a que, obviamente, se están explorando los últimos niveles de

ocupación. Se enfrenta así a representaciones de personajes y escenas ya con cierto desarrollo gráfico y compositivo que, lejos de permitir un análisis sencillo, en realidad implicaba un complejo problema, pues había que distinguir y determinar qué elementos estarían directamente vinculados a la entidad deificada y cuáles representarían más bien elementos tangenciales o nada más presentes en las escenas, sin vinculación directa a los pretendidos dioses, pero sobre todo inferir, a partir de esos elementos, la entidad correspondiente: esto es, de qué deidad se trataba, *su nombre*, sus advocaciones, sus ámbitos de influencia y poder. En ese sentido, el método de Armillas pareciera de total obviedad: la comparación entre una representación y otras, plasmadas en diversos sustratos materiales; pero recurre también al análisis de los códices del Posclásico, así mexicas como mixteco-poblanos (que, aun de factura colonial, es aceptada la originalidad de sus contenidos); introduce argumentos contrastivos de vertiente etnológica; apela al análisis del entorno natural de los tiempos del Clásico mesoamericano; es decir, no se queda en el puro “dato arqueológico”. (Reitero el hecho porque es algo que la formación actual de los arqueólogos de la ENAH, más departamentalizada que “especializada”, está obligada a recuperar esa visión, esa percepción de nuestra disciplina y, desde luego, de todo problema de investigación que le incumba.)

Si bien hay cierta razón en criticar la extrapolación de “datos” de un periodo de desarrollo a otro anterior para sustentar las interpretaciones, hemos de entender que bien tratado el método, con el debido rigor, la comparación tiene sentido: no hace Armillas lo que muchos colegas: aplicar la interpretación mexica de su mundo en los códices al complejo gráfico teotihuacano. Armillas analiza el contenido de ellos para comparar la manera y elementos con que se constituyen esas mismas figuras mexicas en Teotihuacan, o acaso no las mismas, sino “parecidas”. Con ello postula posibles orígenes teotihuacanos a dioses, cultos y rituales presentes ya, y más desarrollados, en los aztecas; o bien, pone en duda que ciertas deidades —cuya presencia es notoria en el Posclásico— pudieran haberse concebido en el Teotihuacan del Clásico.

Esa comparación le lleva, a mi juicio, a notables aciertos, pero también a imperfecciones, algunas entendibles por la carencia de un mayor y más variado *corpus* informativo, aunque otras debidas a inferencias extremas, según mi apreciación, lo cual no demerita las propuestas de don Pedro, sino que nos invitan más bien a su exacta dilucidación.

Constantemente, Armillas inscribe la identificación de las deidades y de sus rasgos característicos en el ámbito de los periodos cerámicos, cosa necesaria porque ante la ausencia de los métodos de fechamiento radioactivo en aquel entonces, la única vía posible para establecer secuencias temporales radicaba en la secuencia cerámica denotada en la estratigrafía y las deposiciones arquitectónicas, así como en el carácter de los edificios y espacios correspondientes. Así, conviene traer a cuenta en este texto los periodos cerámicos enunciados por Armillas en otro de sus artículos (Armillas, 1974), a fin de facilitar al lector la comprensión de sus argumentos: Periodo I: siglo I; Periodo II: siglo III; Periodo III: siglo V-VI, y Periodo IV: siglo VII.

Al último periodo lo considera ya pos-teotihuacano, principalmente por la presencia de material cerámico Coyotltaleco y Mazapa.

Esta secuencia temporal será más tarde modificada, de manera que hacia la década de 1960 existen suficientes datos que, con el auxilio del fechamiento por ^{14}C (desarrollado en los años 50), permiten establecer una secuencia más refinada, misma que explica y resume Müller en 1968, información finalmente publicada por el INAH en 1978 (*La cerámica del centro ceremonial de Teotihuacan*).

Hay diferencias significativas entre la propuesta de Armillas y la que estructura Müller, que se deben a varias y obvias razones: no sólo la mayor cantidad de estudios estratigráficos en más variados espacios y edificios explorados, es decir, mayor cantidad de datos arqueológicos, y la aplicación de los métodos de fechamiento por ^{14}C , cuya aplicación a la arqueología permitió sistemas referenciales considerados más precisos que la solas secuencias cerámicas; también interviene el esfuerzo conjunto por determinar las distintas fases teotihuacanas cerámicas y estratigráficas por

parte de muchísimos investigadores, entre ellos el propio Armillas. Pero las interpretaciones en cuanto a la temporalidad en que aparecen los dioses que menciona Armillas es un asunto irrelevante, pues lo que pretende don Pedro se centra en determinar la existencia de ciertas deidades en el panteón teotihuacano.

El contenido

Los dioses

Armillas asume que pueden distinguirse en la “estratigrafía religiosa” teotihuacana al menos cinco deidades, siendo éstas el dios de la lluvia (Tláloc), el dios del fuego (Huehuetéotl), un probable dios de la vegetación (Xipe), el “dios gordo” y dubitativamente, Quetzalcóatl: luego enuncia los elementos distintivos que permiten la identificación de cada uno de ellos.

El dios de la lluvia

Es la deidad más representada a lo largo de la vida teotihuacana, y tal vez el más antiguo, asume don Pedro. Sin embargo, piensa que el culto a este dios debió ser introducido a Teotihuacan probablemente de la costa del Golfo (p. 6), debido a que entre sus elementos distintivos se encontrarán algunos identificados como pertenecientes al culto del jaguar entre los olmecas, así como especies marinas como la estrella y la tortuga. Si bien esto es muy probable, también debe considerarse que hoy sabemos que en capas estratigráficas y rellenos de edificios tempranos en Teotihuacan los tiestos y vasijas completas traslucen la presencia de un complejo gráfico incipiente que presenta ya los más característicos elementos de Tláloc, observables en las denominadas “ollas Tláloc”, que ostentan la bigotera o nariguera, ese elemento al que don Pedro llama “banda enrollada hacia arriba sobre el labio superior” (p. 5), así como los colmillos largos. Si se observan algunos animales marinos (estrella de mar y tortuga), como componentes del complejo gráfico que acompaña a Tláloc, es una afirmación que debe discutirse,

pues son realmente escasas las representaciones de tortuga y Tláloc juntos, lo cual indicaría que, como ocurre en muchísimos murales y escenas plasmadas en vasijas, se encontrara a Tláloc en situaciones por demás variadas, con personajes humanos y animales, así como plantas igualmente diversos, de modo que es difícil aceptar un dato aislado para derivar de él una interpretación generalizada. Por otra parte, en cuanto a la estrella de mar la relación con Tláloc es innegable, hasta cierto punto. Armillas recurre no sólo a los murales de Teopancazco, donde se encuentran representados sacerdotes, no el dios, que ostentan en sus vestimentas las estrellas de cinco puntas; asimismo en la fachada del Templo de Quetzalcóatl, en la Ciudadela, en cuyos taludes se encuentra la representación de una serpiente ondulante, entre elementos marinos como conchas y caracoles. Aquí Armillas discutirá si el templo corresponde a Quetzalcóatl o a Tláloc, cosa que trataremos más adelante.

Pero nótese esa diferencia, que en los murales referidos por Armillas, es el sacerdote y no el dios quien se relaciona con estrellas marinas, y así resulta difícil aceptar que esta especie resulte un rasgo distintivo de Tláloc. Pero ciertamente, hay una figura en forma de estrella de cinco puntas asociada directamente a Tláloc, pero se ha identificado y aceptado ya plenamente como la representación del planeta Venus, hecho aún no aclarado por los investigadores de aquel momento.

En resumidas cuentas, sabemos hoy que el complejo gráfico distintivo de Tláloc es ciertamente variado, pero fundamentalmente radicado en las anteojeas (circulares o cuadrangulares), la bigotera o nariguera, de la que a veces surgen sendos colmillos, pero no siempre. Lo demás, es decir, la vestimenta, los elementos que porta a veces en las manos, los que constituyen sus elaborados tocados, son extremadamente variados. Así, unos elementos caracterizan al dios, permiten identificar a Tláloc; otros son indicadores de sus igualmente variadas y múltiples advocaciones y regímenes: la lluvia, el agua terrena, el rayo, la agricultura, los mantenimientos en general, y a veces también el inframundo. Algunos otros son característicos de la vestimenta de los sacerdotes, no sólo del culto a Tláloc, sino también a otras deidades; o

vale decir, más bien, de sacerdotes actuando en ámbitos donde incidiría la influencia de Tláloc.

Vale entonces considerar los argumentos de Armillas, pues plantean líneas de investigación no agotadas del todo para determinar, si no la obvia existencia del culto a Tláloc, sí de la complejidad de sus ámbitos de influencia en el pensamiento teotihuacano.

Muchas cosas sabemos hoy en cuanto a los rasgos distintivos de Tláloc en sus manifestaciones gráficas, y no es el espacio propio para discutirlos; sigamos centrados en el análisis elaborado por Armillas, y en ese sentido bien interesante resulta el dato de que en el Templo Nuevo de Quetzalcóatl (o de la Serpiente Emplumada, como prefieren denominarla hoy los investigadores especializados en Teotihuacan), en La Ciudadela, en el tablero oeste al norte de la escalinata, primer cuerpo, Armillas pudiera observar la presencia de la “flor colgante”. El hecho no deja dudas de que este segundo edificio estuvo completamente dedicado a Tláloc (p. 26).

Sin embargo, no puedo pasar por alto la descripción de Armillas del elemento que emerge de la boca del dios y denomina “flor colgante” (figs. 9 y 10). González y Sánchez (1991) identificaron a esa planta como el *Hydrocotyle*, lirio acuático detectado en abundancia en el río de los Manantiales, en el barrio de Puxtla, en la parte sur de San Juan Teotihuacan.

El dios del fuego

No hay duda sobre la existencia del dios del fuego en Teotihuacan, conocido con el nombre náhuatl de Huehuetéotl, y su representación como un anciano encorvado, sentado con las piernas cruzadas y sosteniendo sobre sí un amplio recipiente que hace el papel de brasero. Armillas asume que la gran cantidad de cabecitas de viejitos manufacturadas en barro encontradas hasta entonces (como sigue ocurriendo hoy día) también son representaciones del dios (p. 20). Pero me parece que esas cabecitas de viejitos no siempre corresponderían a la representación de Huehuetéotl, a menos que el rostro sea el mismo, lo cual implica algo más: el estereotipo para representar

a los ancianos; pero me parece difícil aceptar que es Huehuetéotl, a menos que lleve su brasero en la cabeza, claro. Aquí otra línea de investigación que no hemos atendido como se requiere.

Pero un hecho por demás sobresaliente es que Huehuetéotl sólo se representara en Teotihuacan mediante esculturas de piedra, pues no lo encontraremos en pintura mural, ni en escenas plasmadas en vasijas. Magnífica observación de Armillas (p. 21, nota 68) que, de nuevo, habría que investigar más concienzudamente.

El dios de la vegetación

Por la abundante presencia de figurillas cerámicas que representan un personaje masculino con “el rostro cubierto por una máscara sujeta por dos bandas, una frontal y otra a modo de barboquejo” (p. 21), don Pedro discute la existencia del culto a Xipe y del propio dios en Teotihuacan. Lo pone en duda porque no encuentra en ninguna de las figurillas de barro, los elementos parafernáticos que distinguen a Xipe en los códices del Posclásico. No argumenta (extrañamente) la posibilidad de que, en efecto, Xipe tuviera culto en Teotihuacan con rasgos distintivos incipientes, que aumentarían y se tornarían complejos al paso del tiempo, al paso de una sociedad a otra; hasta que al llegar a los mexica, el culto se llenará de elementos y significados ilustrados en los códices (pp. 22-23). Es interesante su indicación de que en algunas figuritas con esa máscara, que permite suponer se trata de Xipe, se conservaran restos de pintura amarilla, y asociando este dato con el mismo color que ostenta la “piel muerta” en códices mexicanos, sirve de sustento a la hipótesis de que en efecto se trata de la representación de un personaje con una piel desollada.

Por otra parte, la traducción de Xipe como “nuestro señor el desollado” (concebida por Seler, como señala Armillas en la p. 21) es un tanto incorrecta, porque no es el dios quien está desollado, sino que porta la piel de un desollado, cosa bien distinta.

Asimismo, es interesante la proposición de Beyer, a quien parece avalar aquí Armillas, en cuanto a que en Teotihuacan no se desarrolla aún

la técnica apropiada para desollar el rostro, debiendo recurrir, como argumentaría Caso, a la piel del muslo para conformar la máscara, y sólo hasta que aparecen instrumentos metálicos es posible este desollamiento del rostro (pp. 22-23).¹

Pero mediante la reflexión en torno a si en el Posclásico Xipe tiene el “carácter de dios de la renovación de la vegetación y de la fecundación de la tierra, al que se le pide lluvia [...]” (p. 23), el concepto podría aceptarse como ya presente en Teotihuacan.

También señala (p. 21, nota 69) que hasta entonces no se habían encontrado figurillas femeninas, lo cual es de asombrarse. La observación le permite descartar la presencia de deidades femeninas, en alusión a la supuesta de Teteoinnan, que Seler cree identificar como opción a Xipe.

El dios gordo

Hoy poco se habla de esta posible deidad teotihuacana. Todavía a principios de la década de 1980 había la reminiscencia de considerar que, en efecto, la sociedad teotihuacana había concebido una deidad representada como personaje masculino obeso. Y, como señala Armillas, la posibilidad de que esta representación antropomorfa fuera una deidad, se explica por su presencia en gran cantidad de vasijas: no pintada, sino la efigie del rostro adherida por pastillaje a ciertas partes de las vasijas, o plasmada en los relieves de medallones y también adheridas a la superficie de la vasija. Poco se habla hoy del *dios gordo*, pero debiera reconsiderarse la propuesta de Armillas y sus contemporáneos y profundizar en la investigación al respecto.

Quetzalcóatl

Armillas pone en duda que en Teotihuacan existiera el culto a la deidad Quetzalcóatl, si se en-

tiende como en los tiempos mexicas. No está de acuerdo con la idea de que las esculturas de la serpiente emplumada del templo en la Ciudadela sean representaciones de una deidad de la creación, regidora del viento. Y entre sus argumentos resaltan jerárquicamente las comparaciones con representaciones posclásicas de los códices. De nuevo vale la idea de la evolución en la concepción y representación de las deidades; pero más aún que Armillas no toma en cuenta que esas figuras en los códices son *antropomorfas*, y ahí sí cabe que porten gorros cónicos, *chichauztli* y todo lo demás. Muy probablemente, lo que vemos en el templo de la Ciudadela quizá sea una representación primigenia, cuando el concepto, o las fuerzas de la naturaleza que rige el dios, se veneran como tales y bajo la égida de la deidad; no se llega a la antropomorfización, que es más característica del periodo Posclásico; acaso ni siquiera en Tula (p. 25).

Otra cosa es que, en efecto, en el Posclásico la serpiente se asociara al rayo de Tláloc, aunque no nada más, como sabemos, pues también tiene advocaciones solares. Pero la cosa es que se duda, con cierta razón, de Quetzalcóatl como deidad teotihuacana.

Tan seguro estaba don Pedro de sus ideas, que todavía años después de la elaboración de ese artículo afirmaba: “[...] se ha hecho notar que el culto de Quetzalcoatl ha sido malentendido, que se le ha dado una extensión indebida: hay que arrancarle a esa figura algunas plumas y reducirla a sus justas proporciones” (citado en Navarrete, 1991: 40).

Los argumentos de don Pedro ciertamente requieren ser retomados y revalorados, pues son en verdad difíciles de pasar por alto al tratar el tema de la presencia del concepto, del dios y la manera como se habría representado Quetzalcóatl en Teotihuacan. Es indispensable la lectura del texto referido en la cita de Navarrete, para profundizar en el problema y eventualmente intentar su solución. Asimismo vale la pena confrontar las aseveraciones de Armillas con las de los autores participantes en la Segunda Mesa Redonda de Teotihuacan (Ruiz y Soto, 2004), pues varios de ellos aportan datos y argumentos que permitirían aceptar la existencia de Quetzalcóatl

¹ Debe mencionarse que si bien Armillas concede cierta verosimilitud a esta hipótesis de Caso, no está plenamente demostrado que los mexicas recurrieran a instrumentos metálicos para realizar el desollamiento.

como deidad creadora, además de regidora del viento.

Finalmente...

Tláloc, Xipe, posiblemente Quetzalcóatl... fuera de estas deidades, hoy todavía no se logra identificar de manera precisa del panteón teotihuacano, a pesar de los numerosos investigadores que han abordado el problema. Posiblemente también pueda considerarse el culto a Chalchihutlicue, siempre y cuando aceptemos que la estatua monolítica descubierta en la Plaza de la Luna (y hoy exhibida en el Museo Nacional de Antropología) es una representación de esta “diosa de las aguas terrenas”. Sin duda el culto a la muerte, y a alguna deidad regidora de este sino inevitable se hace manifiesta, aunque sin total demostración, a través de ciertos artefactos escultóricos que representan una “calavera” propiamente dicha, o las representaciones de ese Tláloc con el rostro descarnado plasmado en esculturas, murales y cerámica. Algunos investigadores asumen la existencia de la Gran Diosa, identificada en los murales de Tetitla. Otros consideran que la representación asidua de jaguares, quetzales, lechuzas, coyotes y otros animales responden a otras tantas deidades (se llega incluso a suponer la existencia de “la mujer araña”). Investigadores más cuidadosos detectan la conformación de complejos iconográficos que remiten a complejas deidades-advocaciones, representadas mediante múltiples esquemas gráficos. En fin, pareciera que el trabajo apenas empieza, después de casi cien años de investigaciones al respecto.

Un texto de lectura obligada para los interesados en el tema, y que me atrevo a recomendar sin vacilación, es el de Hasso von Winning (1987). Y esto porque reúne gran cantidad de ilustraciones sobre la creación gráfica teotihuacana, a más de discutir concienzudamente los métodos más propósitos sobre los que se desplantan las hipótesis más serias sobre la conformación del esquema cosmogónico-religioso de la poderosa sociedad teotihuacana; métodos e hipótesis de las que Armillas fue pionero, naturalmente.

Bibliografía

- Armillas, Pedro
1944. “Exploraciones recientes en Teotihuacan, México”, *Cuadernos Americanos*, núm. 4, pp. 121-136.
- 1945. “Los dioses de Teotihuacán”, *Anales del Instituto de Etnología Americana*, t. VI, pp. 35-61.
- 1974. “Archaeological Survey of the Barbarian Frontier of the Aztec Empire”, en *American Philosophical Society Year Book*, Philadelphia.
- Cabrera Castro, Rubén *et al.* (coords.)
1982. “El Proyecto Arqueológico Teotihuacan”, en *Teotihuacan 80-82. Primeros resultados*, México, INAH, pp. 7-40.
- González Quintero, Lauro y Jesús E. Sánchez
1991. “Sobre la existencia de chinampas y el manejo del recurso agrícola-hidráulico en Teotihuacan”, en Rubén Cabrera *et al.* (coords.), *Teotihuacan, 1980-1982. Nuevas interpretaciones*, México, INAH (Científica, 227), pp. 345-375.
- Müller, Florencia
1978. *La cerámica del centro ceremonial de Teotihuacan*, México, INAH.
- Navarrete, Carlos
1991. “Pedro Armillas y la Escuela Nacional de Antropología: 1952-1956”, en Teresa Rojas Rabiela (ed.), *Pedro Armillas: vida y obra*, México, CIESAS-INAH, vol. I, pp. 31-49.
- Rojas Rabiela, Teresa (ed.)
1991. *Pedro Armillas: vida y obra*, 2 vols., México, CIESAS-INAH.
- Ruiz Gallut, María Elena y Arturo Pascual Soto (eds.)
2004. *La costa del Golfo en tiempos teotihuacanos: propuestas y perspectivas. Memoria de la Segunda Mesa Redonda de Teotihuacan*, México, INAH, pp. 245-275.
- Von Winning, Hasso
1987. *La iconografía de Teotihuacan. Los dioses y los signos*, México, UNAM.

Los dioses de teotihuacán*

Pedro Armillas

El propósito de estas notas es contribuir al conocimiento de la estratigrafía religiosa de Mesoamérica¹ con un análisis de lo que en materia de ideas religiosas han revelado las excavaciones en Teotihuacán. En los últimos diez años nuestro conocimiento de la cultura teotihuacana ha adquirido precisión, consistencia y amplitud, tanto gracias a las excavaciones llevadas a cabo en aquella ciudad arqueológica² o en otros sitios que muestran diversos grados de relación con ella, como por los progresos alcanzados en la interpretación de los datos arqueológicos y tradicionales.³

Los estudios comparados de estratigrafía cerámica sitúan el florecimiento de la cultura teotihuacana en un horizonte antiguo dentro de la secuencia mesoamericana. La mayoría de los datos que conocemos de su religión se refieren a la época clásica de esa cultura (período III de cerámica) que debe fecharse probablemente en los siglos V y VI de nuestra era; otros son del siguiente período IV, cuyo sitio tipo no es la ciudad de Teotihuacán, sino la zona de Azcapotzalco, en las cercanías de la ciudad de México; sabemos, en cambio, muy poco de las deidades de los periodos I y II.

La iconografía teotihuacana es muy rica. Una gran cantidad de representaciones de dioses ocurren en figuritas de barro cocido modeladas o

moldeadas;⁴ muchas en la muy elaborada decoración *champlevé*, en bajo-relieve, sellada o pintada al fresco sobre vasijas ceremoniales; otras en grandes placas de barro cocido que seguramente adornaban el remate de los muros (almenas decorativas); otras en grandes pinturas murales; las tenemos, por último, en fachadas decoradas con relieve y en escultura de bulto redondo en piedra. A continuación se discuten los dioses que han podido identificarse, o que se ha creído identificar, en esas representaciones.

La “Relación de Teotihuacán” por el corregidor Francisco de Castañeda (1580), en la respuesta 14, trata de los dioses que adoraban en la época azteca en el pueblo de San Juan. Pero como se refiere a una época muy posterior al florecimiento de la cultura teotihuacana, no puede sernos útil. Para nuestro propósito de contribuir a establecer una estratigrafía de los conceptos religiosos de Mesoamérica, solamente debemos atenernos a lo que las exploraciones arqueológicas demuestren.

El dios de la Lluvia

En la época clásica de la cultura teotihuacana (período III de cerámica) la profusión y riqueza de las representaciones de un personaje identificable (por medio de esas mismas representaciones) como dios de la lluvia, y probablemente también de las aguas terrestres y del mar, indican que era, con mucha diferencia sobre los demás, el más importante en la devoción de las gentes. No solamente por sus atribuciones, sino también por semejanzas específicas en las representaciones (anillos alrededor de los ojos, banda arrollada hacia arriba en los extremos y colocada sobre el labio superior, grandes colmillos), podemos asimilarlo a Tlaloc, el dios de la lluvia de los Aztecas.⁵

* Tomado de *Anales del Instituto de Etnología Americana, Universidad Nacional de Cuyo*, t. VI, pp. 35-61.

¹ El término “Mesoamérica” se usa aquí para designar un área cultural tal como ha sido definida por PAUL KIRCHHOFF en su trabajo *Mesoamérica: sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales*, publicado en *Acta Americana I*, pág. 92 y sig.; 1943. No debe confundirse con el término *Middle América*, basado más bien en la geografía, e impreciso en su uso cultural y geográficamente hablado.

² Véase respecto a esas exploraciones las publicaciones de Noguera, Linné y del autor, que se citan en la bibliografía.

³ Las investigaciones sobre los Toltecas y las exploraciones en Tula, su metrópoli, que han destruido la desgraciada identificación de Teotihuacán con la Tollan tradicional que por mucho tiempo fue un obstáculo en el estudio de la cultura teotihuacana, son las que más directamente afectan al propósito de este trabajo.

⁴ La inmensa mayoría de las figuritas de barro cocido que representan dioses son moldeadas.

⁵ Cf. SELER, *Similarity of Design*, págs. 194 y 196; Die *Teotihuacan-Kultur*, pág. 454. BEYER, *Relaciones entre la*

El descubrimiento, en 1942, de un palacio con pinturas murales que muestran diferentes aspectos de ese dios de la lluvia, y otros relacionados con él, ha arrojado mucha luz sobre el complejo de ideas que el dios involucra, y también para la interpretación de otras representaciones.

Como en realidad conocemos escasísimas representaciones identificables como dioses que puedan ser fachadas con seguridad en un período anterior, no podemos sacar consecuencias del hecho de que de este culto, que se encuentra ya tan elaborado en el periodo III, no se conozcan antecedentes ciertos en Teotihuacán. Pero como se puede asegurar, y esa rica elaboración lo pone de manifiesto, que el origen de este culto anterior a Teotihuacán III, caben dos hipótesis:

1.- El culto a Tlaloc (usare su nombre mexicano para designarlo brevemente) es muy antiguo en Teotihuacán y hay que esperar que nuevas excavaciones, o una reconsideración de las fechas de sus representaciones, lo pongan de manifiesto.

2.- El culto Tlaloc fue introducido ya elaborado en Teotihuacán; en este caso cabe preguntar ¿en dónde? La estratigrafía de la cerámica parece indicar fuertes estímulos exteriores al terminar el período II,⁶ pero aún no está determinado el lugar de origen de esos estímulos.

Los Mexicanos del siglo XVI situaban en oriente, en la tierra de los Olmecas-Uixtotin-Mixteca, el Tlalocan, el paraíso de Tlaloc.⁷ Alfonso Caso, en su definición del complejo arqueológico olmeca en la reunión de Tuxtla Gutiérrez⁸ señaló un grupo de figurillas que representan “un dios probablemente antepasado de Tlaloc, Chac, Cocijo y Tajín”, y Miguel Covarrubias,⁹ la íntima relación que existe “no solamente en su significado religioso sino también en su evolución estilística” entre el tigre, motivo básico del arte olmeca, y el culto de los dioses de la tierra o de la lluvia.

civilización teotihuacana y la azteca, en la población del Valle de Teotihuacán, tomo I, vol. I.

⁶ Cf. Mi trabajo sobre Exploraciones recientes en Teotihuacán, pág. 133.

⁷ SAHUGUN, libro VII, cap. V; libro X, cap. XXIX-10

⁸ Segunda Reunión de Mesa Redonda sobre problemas antropológicos de México y Centro América; Tuxtla Gutiérrez (Chiapas 1942 Véase, Mayas y Olmecas, pág. 42).

⁹ Origen y desarrollo del estilo olmeca, en Mayas y Olmecas, págs. 46 a 48.

Pero tanto c. W. Weiant como Philip Drucker, en sus estudios de la cerámica de Tres Zapotes (uno de los sitios tipos de la cultura olmeca, o de La Venta según se acordó denominarla en la reunión de Tuxtla), encuentran una mayor influencia de Teotihuacán sobre Tres Zapotes que al revés, y eso en época relativamente tardía (Drucker en su cuadro cronológico la correlacionan con Teotihuacán IV), mientras en períodos anteriores no se ven relaciones mutuas.¹⁰

Así pues, aunque el complejo de ideas que se estudia a continuación, jaguar-serpiente-lechuza-quetzal asociadas al dios de la lluvia teotihuacana, muestra una afinidad indudable con la cultura de la costa del Golfo de México,¹¹ no podemos por ahora establecer ninguna relación segura de antecendencia.

Los elementos que parecen significativos en las representaciones del dios de la lluvia en Teotihuacán, o relacionables con él de alguna manera, son los siguientes:

Elemento jaguar.

- 1) Banda labial y colmillos largos, posibles evolución de la boca de jaguar característica de la Cultura de La Venta.
- 2) Garra de jaguar de los Tlaloques rojos de Tepantitla (Fig. 1). La mano derecha del Tlaloc es una garra de jaguar o lleva una manopla de garra de jaguar.¹²
- 3) Adorno formado por tres convexidades semiesféricas que Selser identifica, con bastante verosimilitud, como representación de las callosidades de la pata del jaguar.¹³

¹⁰ DRUCKER, págs. 119 a 121.

¹¹ CF. KRICKEBERG, págs. 143 a 144, sobre relaciones de la cultura teotihuacana con las de la costa. Seguramente las ofrendas de ulli que los Aztecas hacían a los dioses de la lluvia y de las aguas, las cotaras con suela de hule que calzaban esos dioses (Sahagún, lib. VI, cap. VIII) y el embadurnamiento con hule del rostro de Tlaloc (SELER, Costumbres et attributs), indican un origen olmeca del culto.

¹² Tepantitla es el nombre de un solar del pueblo de San Francisco Mazapán donde se descubrió en 1942 el palacio con pinturas a que me he referido. Está a unos 500m al este de la Pirámide del sol.

¹³ Teotihuacán-Kultur, págs. 428 a 440.



© Fig. 1 .



© Fig. 2 .

Son muy abundantes en la cultura teotihuacana las representaciones de jaguar y de personajes tocados con yelmo de jaguar (las cabezas con yelmo de jaguar son tardías, seguramente Teotihuacán IV); en una cabecita reproducida por Seler¹⁴ el labio superior del jaguar está tratado del mismo modo que la banda labial del Tlaloc. Próximas a la Pirámide del Sol, se han encontrado cabezas de jaguar en piedra que seguramente la decoraban.

Seler hizo notar que las figuras de animal fuera de las de jaguar y lechuza, son relativamente raras.¹⁵ Me parece que la abundancia de esas representaciones deben relacionarse con la importancia del culto de dios de la lluvia.

Elementos serpiente.

- 1) Lengua bífida. Véanse los Tloques rojos de Tepentitla; también el Tlaloc policromo que preside el Tlalocan en una de las piezas del palacio¹⁶ tiene lengua bífida, adornada en este caso con estrellas de mar. En una hermosa vasija encontrada por Linnè en el entierro de Xolalpan¹⁷ alternan representaciones de un Tlaloc con lengua bífida (y los colmillos convertidos en hojas lanceoladas)

con su pectoral formado por tres conchas. Banda labial, largos colmillos y lengua bífida son los elementos del emblema del dios de la lluvia, descubierto primeramente por Charnay y conocido por el nombre de Cruz de Tlaloc.¹⁸ La fig. 2¹⁹ muestra una combinación de los elementos jaguar (boca, ojos y garras) y lengua bífida; es probable que tenga también relación con el dios. Hay que recordar que en los cantares a los dioses recopilados por Sahagún, se le llama ocelocoatl, es decir serpiente-jaguar.²⁰ Y en su comentario a este pasaje, Seler recuerda que en el Códice Fejèrvàry Mayer la cabeza de serpiente que lleva como máscara la diosa del agua va siempre acompañada de una oreja de jaguar, y dice: “es creíble que culebra de jaguar sea el nombre de un en semítico que representa al agua o al dios de la lluvia.”²¹

- 2) Yelmo de serpiente. Lo llevan los sirvientes de Tlaloc que en la pieza este de Tepantitla marchan en procesión cantando y arrojando semillas preciosas (Lámina I a); probablemente también los personajes que en las

¹⁴ L. c., lám. XXVI

¹⁵ L. c., pág. 475.

¹⁶ Véase la descripción de esta parte de las pinturas de Tepantitla en CASO.

¹⁷ Archaeological Researches, fig. 21

¹⁸ La población del Valle, pág. 172, 292.

¹⁹ Tomada SELER, Teotihuacán-Kultur, fig. 168, vasija decorada en champlevé procedente de Santiago Ahuzitla. Un ejemplar semejante está reproducido en la lám. LXI-2 de la misma obra.

²⁰ Tlaloc icuic, estrofa 4, en SAHAGUN, tomo V.

²¹ Comentario en SAHAGUN, tomo V, pág. 45.



○ Fig. 3

pinturas de Teopancaxco²² se ven tocados con yelmo de serpiente decorado con estrellas de mar, que cantan y arrojan a tierra algo decorado con una banda de espuma y que llevan vestidos adornados con la flor colgante (fig. 3), son sirvientes de Tlaloc.²³

- 3) Serpientes ornadas con animales marinos (estrella de mar, tortuga) o emplumadas enmarcando las escenas en las pinturas de Tepantitla. Serpiente delante de uno de los cuatro sirvientes de Tlaloc que se ven en la decoración en relieve de la vasija encontrada por Linné en el entierro 2 de Las Colinas (Calpulalpan, Edo. De Tlaxcala).²⁴ Esa serpiente aparece saliendo de un animal de plumas semejantes al de la placa de barro cocido del Museo de Teotihuacán a que se hace referencia más adelante (en la lista de elementos lechuza, punto 4); la vasija de referencia pertenece seguramente al periodo Teotihuacán III, pues en mis exploraciones de 1942 encontré en una capa III fragmentos de vasijas semejantes, uno de los cuales es un duplicado exacto (hecho probablemente en el mismo molde) de aquélla. Este punto, de la relación entre la serpiente y el dios de la lluvia, se discute más adelante al tratar del llamado Templo de Quetzalcoatl.

Elementos lechuza.

- 1) Lechuza colocada en posición invertida como pectoral de los Taloques rojos de Te-



○ Fig. 4

pantitla (fig. 1). Un ave que parece ser lechuza acompañada a Tlaloc en la decoración de una vasija hallada por Linné en el entierro 2 de Xolalpan²⁵ y a uno de los cuatro sirvientes de Tlaloc en la vasija del entierro 2 de Las Colinas.

- 2) Yelmo de lechuza en la decoración sellada de un fragmento de vasija hallada en Jalapazco (Edo. de Puebla).²⁶ En una colección de cabecitas de barro cocido halladas en los barrios occidentales de Azcapotzalco se ve una de Tlaloc saliendo del pico abierto de una lechuza.²⁷
- 3) Lechuza que lleva el tocado característico de Tlaloc con antenas de mariposa, y asociada con el glifo ojo radiante (ambos elementos íntimamente relacionados con el dios de la lluvia), en la decoración al fresco de un fragmento de vasija reproducida por Seler²⁸ (véase fig. 4).
- 4) Cerco de plumas alrededor de una placa de barro cocido hallada en las inmediaciones de la Pirámide del Sol (que se conserva en el Museo de Teotihuacán), cuyo modelo, según Seler, hay que buscar quizá en el cerco de plumas alrededor del ojo de la lechuza. Los otros elementos de la decoración de esa placa (Lám. IIc) son todos los relacionados con Tlaloc.²⁹
- 5) Mary Butler afirma, que un definido culto de la lechuza se extiende desde el Usumacinta hasta Veracruz, y que en esta región tiene relación con el del pájaro-serpiente,

²² Otro palacio de la ciudad de Teotihuacán decorado con pinturas. Está a 1600m al sur de la Pirámide del Sol.

²³ Seler los considera sacerdotes de la diosa de la tierra y de la luna. Ver, *similarity of Design*, pág. 200.

²⁴ *Mexican Highland Cultures*, pág. 84.

²⁵ *Archaeological Researches*, fig. 26.

²⁶ SELER, *Teotihuacán-Kultur*, fig. 148a.

²⁷ SELER, I.c., lám. XXIV-1 en el centro de la primera hilera.

²⁸ SELER, I.c., pag. 516, fig. 166.

²⁹ SELER, I.c., pág. 428, 439-440.



● Fig. 5

ser mítico que se halla en las estelas y dinteles del Viejo imperio maya, probablemente conectado con la serpiente emplumada:³⁰ aparece unas veces como máscara, otras como vestido completo, asociada una vez a máscara de jaguar.

También señala Butler, con buen fundamento, relaciones con el dios gordo. Creo que debemos considerar en relación con esto, los rostros con anillos sobre los ojos y una especie de toca hecha de pequeñas plumas que acaso (y cabe la suposición por analogía con el hombre-lechuza del sudeste y la relación que hemos visto de la lechuza con Tlaloc, sean de esa ave.³¹

Si la lechuza era un ave sagrada de Tlaloc, nos explicamos la abundancia de sus representaciones en el arte de Teotihuacan III; en esas representaciones han sido identificadas las especies *Strix perlata* y *Syrnium sartorii*.³² Parece indudable que las creencias de los teotihuacanos, como las de los costeños, en lo que a la lechuza se refiere, eran muy diferentes de las de los informantes de Sahagún. Estos la tenían por ave de mal agüero y mensajera de Mictlantecuhtli, dios de los muertos.³³

³⁰ Maya Figurines, pág. 645.

³¹ Véanse figuras publicadas por SELER, Teotihuacan-Kultur, fig. 48, lám. XXVI-1. LINNE, Archaeological Researches, figs. 185-190.

³² MOISES HERRERA, en La población del valle, pág. 191.

³³ SAHAGUN, libro X, cap. XIX-12.



● Fig. 6a



● Fig. 6b

Elementos quetzal.

Gran tocado característico de plumas ondulantes de quetzal. En el Tlaloc de Tepantitla, descrito por Caso, tiene la forma de quetzalapa necayotl, es decir representa un quetzal que baja con las alas extendidas, quedando la cabeza del ave sobre la frente del personaje. Este tocado, cuyo nombre indica su procedencia, era usado en la costa atlántica y en la Mixteca pero rara vez en la meseta Central.³⁴

Elementos mariposa.

Rostro de Tlaloc con trompa, antenas y alas de mariposa (fig. 5 comparece con otras representaciones de mariposas, fig. 6) en la decoración champlevé de una vasija de la Col. Bilimek en el Naturhistorisches Hofmuseum de Viena,³⁵ y en la decoración sellada de un fragmento de vasija en barro anaranjado delgado, conservando igualmente en el Museo de Viena.³⁶ Antenas de mariposa a ambos lados del glifo ojo radiante en la decoración de vasija, reproducida en la fig. 4, a que se ha hecho referencia al tratar de los elementos lechuza.

En el Tlalocan de Tepantitla se ven mariposas volando por todas partes (Lám. Ib); la mariposa aparece en relación con mitos de la vida de ultratumba en un pasaje de Sahagún que dice: “Los señores que allí (en Teotihuacán) enterraban...no morían, sino que despertaban de un sueño en que había vivido. Les decían: Señor, señora, despiér-

³⁴ DRICKEBERG, pág. 56 y 79. SELER, Eine steinfigur.

³⁵ Sobre los yugos, pág. 276-278.

³⁶ Nota 3a El Canto de Timal en Una elegía.



© Fig. 7a.



© Fig. 7b.



© Fig. 7c.

tate que ya comienza a amanecer, que ya es el alba, que ya comienzan a cantar las aves de plumas amarillas y que ya andan volando las mariposas de diversos colores”.³⁷ En las palmas de piedra del Totonacapan se representa a los muertos nobles deificados con disfraz de pájaros o mariposas.³⁸ Probablemente se deba considerar, sin perder de vista la relación señalada de la mariposa y Tlaloc, la abundancia de representaciones de esos insectos en el arte de Teotihuacán III, y el tocado de mariposa (fig. 7). Un yugo de piedra procedente de Cuicatlán (en el norte del Estado de Oaxaca), reproducido por Beyer,³⁹ muestra en forma muy hermosa a un personaje que lleva ese tocado de mariposa estilizada en forma netamente teotihuacana (fig. 8). La importancia de la mariposa en el arte de Teotihuacán fue señalada por

³⁷ SAHAGUN, Libro X, cap. XIX-12.

³⁸ KRICKEBERG, pág. 56 y 79. SELER, Eine steingfigur.

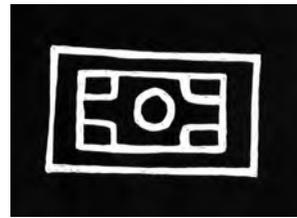
³⁹ Sobre los yugos, pag. 276-278.



© Fig. 8



© Fig. 8a.



© Fig. 9

Lehmann⁴⁰ pero, bajo la influencia de sus ideas sobre los Toltecas y apoyándose en un relato de Sahagún que según hoy sabemos no puede referirse a Teotihuacán, la asociaba al culto de Quetzalcoatl.

Otros elementos.

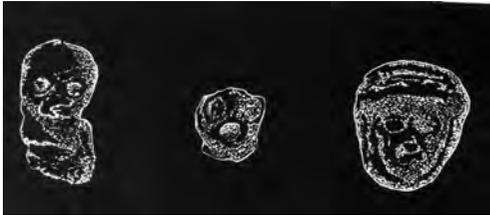
- 1) La lengua bífida de Tlaloc es sustituida con frecuencia por una flor abierta como se ve en placas de barro del Museo de Teotihuacán de las cuales reproduzco una (Lám. IId), en las cabezas de Tlaloc en la orla del Tlalocan de Tepantitla (una de ellas se ve en la fig. 6, a la derecha), en la vasija del entierro 2 de Las Colinas (fig. 9)⁴¹ y en la decoración al fresco de una vasija conservada en el Museo Nacional de México (fig. 10). Este adorno corresponde bien al carácter de Tlaloc en su especial papel de generador de la vegetación, el que hace brotar; por ese carácter en los cantares a

⁴⁰ Nota 3a El Canto de Timal en Una elegía.

⁴¹ LINNE (Mexican Highland Cultures, pág. 82) la confunde con un ehecalacozcatl o pectoral de Quetzalcoatl pero indudablemente se trata de una interpretación, impuestas por la técnica en que está decorada esa vasija, de la flor que sale de la boca de Tlaloc.



● Fig. 10



● Fig. 11

los dioses se le llama Nualpilli, es decir, príncipe hechicero.⁴²

- 2) Adorno formado por tres conchas dispuestas en triángulo (fig. 11) muy repetido en las pinturas de Tepantitla como pectoral o sobre la cabeza. Aparece también en el canto del personaje situado en el ángulo inferior derecho del Tlalocan que, según la interpretación de Caso,⁴³ representa al muerto (ahogado, herido por el rayo o de cualquier otro género de las muertes que daba Tlaloc según la concepción mexica) que acaba de llegar a la mansión del dios de la lluvia. Ya en su estudio de un vaso de jade de la colección Plancarte, que procede probablemente del Estado de Morelos y es de estilo zapotecoide, había identificado Caso como conchas los objetos que forman el pectoral de Tlaloc que en esa pieza son seis, también dispuestas triangularmente.
- 3) Glifo llamado por Seler flor colgante⁴⁴ (fig. 12) Se encuentra en el tocado de los Tlaloques rojos de Tepantitla; en las ropas de los perso-



● Fig. 12

- najes de Teopancaxco y, colocado sobre una tela de araña y unido al penacho de plumas de quetzal característico de Tlaloc y a plumas de lechuza, en la decoración de una vasija (fig. 13) reproducida por Seler, quien creyó ver en él un símbolo de la noche o de la luna.⁴⁵ Por mi parte creo que las afinidades ya señaladas de la lechuza con el dios de la lluvia teotihuacano, el penacho de plumas de quetzal de forma característica y la ocurrencia, por otra parte, de la flor colgante en el tocado de Tlaloc señalan más bien una relación con éste.⁴⁶
- 4) En las placas de barro reproducidas en la Lámina IId y se ve sobre el penacho de plumas de quetzal una banda decorada con borlas. La misma banda con borlas se ve en la pared de la vasija del entierro 2 de Las Colinas, en la

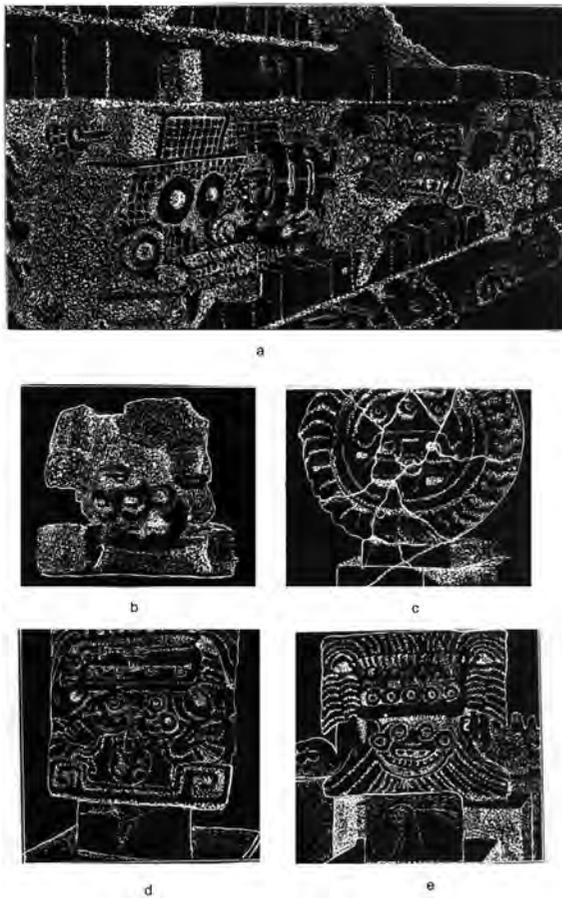
⁴² Tlaloc icuic, estrofa 3 y comentario de SELER, (pág. 42) en SAHAGUN, tomo V.

⁴³ El paraíso terrenal, pág. 132-133

⁴⁴ Teotihuacán-Kultur, págs. 415-418.

⁴⁵ Similarity of Design, pág. 197, fig. 5; Teotihuacán Kultur, pág. 512-513, fig. 165b.

⁴⁶ Es posible que también la araña tenga una relación definida con el dios de la lluvia. Pues el tronco de uno de los árboles que salen del penacho de Tlaloc de Tepantitla, reproducido por Caso, está decorado con arañas, y uno de esos insectos, cuelga de su hilo, marca el centro de la composición.



© Fig. 13

vasija del entierro 1 de Xolalpan (ya citadas) y en figurillas de barro.⁴⁷

- 5) Glifo que Selser llama ojo radiante y cree relacionado con la diosa Itzpapalotl (la mariposa cuyas alas están guarnecidas de puntas de obsidiana) y que cuando se encuentra sobre los miembros de un animal indica que se trata de un ser de las alturas celestes.⁴⁸ Caso, en su estudio sobre los glifos teotihuacanos,⁴⁹ publica tres ejemplos de uno que denomina ojo de ave: el central parece idéntico al ojo radiante

de Selser, pero no así los laterales que tienen indudablemente significado diferente.

Ahora bien, el ojo radiante decora el anillo basal de la vasija, indudablemente dedicada a Tlaloc, hallada por Linné en el entierro 2 de Xolalpan.⁵⁰ La misma asociación del glifo con el dios de la lluvia se ve en una vasija del Museo Nacional a que me he referido al tratar de la flor que sale de la boca del dios. También está en la decoración de la vasija reproducida en la fig. 4 cuyos otros elementos son todos relacionables con Tlaloc. Y asociada al tigre con lengua bífida, nahual de Tlaloc.⁵¹ Las pinturas de Tepantitla nos proporcionan, una vez más, la posibilidad de una nueva interpretación. En efecto las serpientes que forman la orla de la escuela de Tlalocan están decoradas con estrellas de mar, y en la lengua bífida de Tlaloc y en su vestido se ven esas estrellas a veces cortadas por la mitad, con lo cual quedan de forma absolutamente idéntica al llamado ojo radiante. Sugiero, pues, una relación entre el glifo y Tlaloc, y su origen en las estrellas de mar que decoran el vestido del dios.

- 6) Debajo de la banda labial de Tlaloc, en la placa de barro de la Lám. IIc y en los tocados de las cabezas del dios colocadas sobre las ondulaciones de las serpientes en la orilla del Tlalocan de Tepantitla, hay un glifo (fig. 14) que tiene la misma forma que el del planeta Venus en los códices mayas Pérez y Dresden.⁵² Beyer,⁵³ sin embargo, lo interpreta como referencia a la tetrarquía de dioses de la lluvia que residen en los cuatro puntos cardinales, pero reconoce que difiere por completo de las representaciones en los códices de las cuatro regiones del cielo; aunque esto no es, efectivamente, argumento en contra de su hipótesis, tampoco los hay en su favor, mientras que la estrecha semejanza señalada por Selser con

⁴⁷ Véanse por ejemplo SELER, *Teotihuacán-Kultur*, lám. XXIV-2, segunda cabecita de la segunda hilera. LINNE, *Archaeological Researches*, fig. 189 y también en un fragmento de placa semejante a las citadas, *Teotihuacán Symbols*, fig. 1.

⁴⁸ *Teotihuacán-Kultur*, págs. 509-510, 517

⁴⁹ ¿Tenían los teotihuacanos conocimiento del Tonalpohualli? Fig. 11.

⁵⁰ *Archaeological Researches*, fig. 26.

⁵¹ En la fig. 169 de la misma obra se ve un tigre con el cuerpo cubierto de ojos radiantes pero la parte de la boca está destruida y no puede apreciarse si tiene también lengua bífida.

⁵² Cf. SELER, *Teotihuacán-Kultur*, pág. 440.

⁵³ *La población del Valle*, pág. 174.

algo de significado conocido, está en pro de la otra identificación.

- 7) El símbolo de año formado por un trapecio y un triángulo enlazados, conocido en Teotihuacán, forma parte del tocado de Tlaloc en Copán, Piedras negras, Uxmal y Castillo de Teayo, según cree Spinder.⁵⁴ No conozco ningún ejemplar procedente de Teotihuacán en que ocurra esa asociación, pero sí la tenemos en la cabeza de Tlaloc representada en la fig. 5, que, según se ha indicado, procede de Jalapazco, y en una cabeza de barro de la colección Seler de los barrios de Azcapotzalco;⁵⁵ en la vasija de Teotihuacán a la que ha hecho referencia a propósito de la flor colgante⁵⁶ se ve el glifo de año coronado por el penacho de Tlaloc.

Es posible que sea una variante de ese glifo la mitra que llevan los Tlaloques niños sostenidos en brazos por Tlaloc en la orla de Tlalcoacan o Tepetitla (fig. 15). Una mitra semejante lleva un Tlaloc de barro hallado por Linné en Tlaminilopa, en un barrio de Teotihuacán.⁵⁷

- 8) Buen número de cabecitas teotihuacanas lucen un gran tocado globular aparentemente formado con material flojo, probablemente algodón en rama, que también se encuentra en la costa atlántica y regiones vecinas (Usumacinta, Altos de Guatemala).⁵⁸ Tocados globulares que posiblemente representan la misma idea ocurren en los relieves de Xochicalco. En un molde de figurita hallado en Teotihuacan por Linné⁵⁹ se ve un personaje con anillos sobre los ojos y uno de esos tocados globulares acojinados. Entre los indios Hucholes los copós de algodón son símbolos de las nubes de lluvia⁶⁰ y no parece improbable que a esa misma idea y al *aztat-zontli* (bonete de plumas de garza del dios de

la lluvia de los mexicanos) corresponden a los tocados a que me refiero, y debamos considerar como sirvientes de Tláloc a los personajes que los llevan.

El Dios del Fuego

Cuando del estudio de los atributos del dios de la lluvia pasamos al de otros posibles dioses en la cultura teotihuacana, comprobamos por una parte una importancia mucho menor (representaciones menores en número y fastuosidad), y por otra, inseguridad en su identificación y en sus atributos, o completa ignorancia de éstos. Ello se debe, como observa Seler, a que apenas están representados los tipos conocidos del panteón mexicano.⁶¹ Linné, que ha estudiado objetivamente, según acostumbra, la cuestión, acepta la identificación en el panteón teotihuacano del dios de la lluvia y el del fuego; con dudas, la del personaje con máscara como Xipe (es decir como dios de la vegetación); y en cuanto a una cuarta posible deidad, el dios gordo, dice, con razón, que nada sabemos, porque esa deidad no sobrevivió a la cultura teotihuacana.⁶²

De ellos, el mejor definido, después del de la lluvia, es el del fuego, representando e, después del de la lluvia, es el del fuego, representando en esculturas de piedra como viejo desnudo que sostiene en la cabeza un brasero o incensario (Lám. IIb) correspondiente al *anecuyotl*, la mitra del dios del fuego (*Xiuhtecutli Huehuetotl*) de los mexicanos.⁶³ En la cara exterior del brasero hay generalmente una decoración de ojos (en forma de círculos inscritos en rombos), separados por barras verticales agrupadas en número variable de uno a cuatro. Son frecuentes también en Teotihuacán las cabecitas de barro de viejos que, como dice Seler, no hemos de tomar simplemente como tales, sino como representaciones del dios; reproduce una que lleva una mitra análoga al *anecuyotl*.⁶⁴

⁵⁴ The reduction of Maya dates, pag. 98.

⁵⁵ Teotihuacán-Kultur, lám. XXIV-2, segunda de la tercera hilera.

⁵⁶ Teotihuacán-Kultur, fig. 165a.

⁵⁷ Teotihuacán Symbols, fig. 6.

⁵⁸ Cf. SELER. Teotihuacán-Kultur, pág. 463, fig. 54.

⁵⁹ Archaeological Researches, fig. 200.

⁶⁰ LUMHOLTZ, tomo II, pág. 159, 162.

⁶¹ Teotihuacán-Kultur. Pág. 454.

⁶² Cf. Mexican Highland Cultures, pág. 168, 181, 189.

⁶³ Seler, Teotihuacan-Kultur, pág.437.

⁶⁴ L.c., pág. 455, fig. 45d.

También entre los mexicanos el dios del fuego Xiuhtecutli era representado como un viejo desnudo y se llamaba por otro nombre Huehuetotl, el “dios viejo”. Se le representaba con la barba teñida con hule, lo que quizá sea un indicio de la procedencia del culto. Se encuentra en el Valle de México desde el periodo Ticomán antiguo del horizonte Arcaico, y quizá desde Zacatenco medio.⁶⁵ Bayer cree ver una derivación de los braseos teotihuacanos de Huehuetotl en las chimeneas de pipa totonacas que representan ancianos.⁶⁶ Hasta hoy se conserva el culto, con el nombre de Tateuatli, como importante entre los Huicholes de la Sierra de Nayarit.⁶⁷

¿El Dios de la Vegetación?

En Teotihuacán III son comunes las representaciones⁶⁸ de un personaje con el rostro cubierto por una máscara sujetado por dos bandas, una frontal y otra a modo de barboquejo (fig. 16, derecha). En vista de que algunas de esas figuritas han conservado su pintura amarilla, que es el color con que se representaba en la pintura mexicana la pile muerta, sugirió Seler ser representaciones de Xipe Totec, nuestro señor el desollado, dios de la renovación de la vegetación.⁶⁹ También señaló la semejanza con el jeroglífico maya Ahau.

⁶⁵ VAILLANT, pág. 307-309.

⁶⁶ Representaciones de antiguos totonacos.

⁶⁷ LUMHOLTZ, tomo II, pág. 128, 140, 164 y sig.

⁶⁸ Generalmente en forma de cabecitas de barro, siendo raro encontrar la figura completa. En piedra solamente conozco dos ejemplares, no en bulto redondo, sino grabados; véanse. La población del Valle, lám 81c y Mexican Highland Cultures, pág. 105. No esté representado en las pinturas murales ni en la decoración de vasijas.

⁶⁹ Similarity of Desing, pág. 196 dice: “los dioses representados en las pinturas y esculturas vistiendo la piel de un hombre sacrificado, Xipe Totec y Teteoinnan”; en Teotihuacán Kultur, pág. 462-463 no se refiere a Teteoinnan y hace notar que una figura entera de su propia colección (ob. C. fig. 53) lleva el taparrabo masculino. En la población del valle (que fue escrita conociendo el primer trabajo citado y después de la publicación del segundo, pero antes de que llegaran ejemplares a México) Beyer hace hincapié en el carácter masculino del personaje (ob. C. pág. 170). Evidentemente, puesto que no se han encontrado hasta la fecha figuritas femeninas, debemos descartar a Teteoinnan.

La cara enmascarada tiene en Teotihuacán tradición local, como puede apreciarse en la figura 16 donde ha dispuesto la serie evolutiva. Los tres ejemplares representados han sido encontrados en los niveles I II y III, respectivamente, de izquierda a derecha. Hay dudas al respecto de la identificación del más antiguo, puesto que faltaban las bandas de sujeción (y no hay huellas de ellas), y hasta el agujero correspondiente a la boca; pero no caben respecto del ejemplar del nivel II, el que aunque mutilado, conserva señales de haber tenido las bandas (hechas de pastillaje, es decir modeladas aparte y adheridas, que se desprende fácilmente)⁷⁰ y tiene los tres agujeros correspondientes. Debe notarse que en el fondo de ellos no se ven los ojos y la boca del individuo enmascarado, mientras que esos rasgos son bien visibles en las cabecitas encontradas en la capa III.

Hay argumentos en pro y en contra de su identificación con Xipe.⁷¹ Ya en la cultura Mazapan, cuyos depósitos cubren en Teotihuacán a los propiamente teotihuacanos y que ha sido identificada por Jorge Acosta y sus colaboradores como tolteca, hay la representación de Xipe, reconocible por buen número de atributos. Pero ninguno de los característicos del dios: párpados caídos; labios apartados; dos costuras verticales —una a cada lado del rostro— desde la frente a la quijada o dos líneas pintadas que las representan;⁷² gorro cónico adornado con colgantes terminales en forma de cola de golondrina (yopitzontli); adornos (nariguera, orejeras, brazaletes) en forma de yopitzontli; faldellín de hojas de zapote;⁷³ taparrabo cuyas puntas están recortadas en forma de cola de golondrina; y vestido de piel humana arrugada, aparece en el personaje con máscara teotihuacano.

Las diferencias en la máscara se explicarían sí, como supone Alfonso Caso, la teotihuacana se hacia desollando otra parte del cuerpo de la víctima que la cara, probablemente el muslo, y prac-

⁷⁰ Véanse cabezas completas idénticas en La Población del Valle, lám. 96c. d.

⁷¹ Cf. LINNE, Archaeological Researches, pág. 183 y Apéndice 3.

⁷² Beyer en su excelente estudio ¿Guerrero o dios?, identificó como costuras esas líneas verticales que son resultado de la técnica de arrancar en tres partes la piel del rostro de la víctima y coserla después.

⁷³ Alusión a su origen que tuvo en Tzapotlán, pueblo de Xalisco, según Sahagún, libro I, cap. XVIII.

ticando en el pedazo de piel agujeros redondos correspondientes a los ojos y a la boca, y que solamente la introducción de instrumentos de metal permitió más tarde superar las dificultades técnicas del desollamiento del rostro; pero esta verosímil hipótesis no explica la ausencia de todos los otros elementos significativos. Y aunque Xipe, con su carácter de dios de la renovación de la vegetación y de la fecundación de la tierra, al que se le pide lluvia para que la Xiuhcoatl (serpiente de fuego, sequía) se convierta en Quetzalcóatl (serpiente de plumas de quetzal, la vegetación nueva)⁷⁴ y que para atraer la lluvia usa su chicauaztli (bastón de sonajas), instrumento mágico que también usan los tlaloques en la montaña Poyauhtlan, donde está situado el Tlalocan y en general las deidades de la lluvia, de la tierra y del maíz,⁷⁵ tendría, por una parte, buen acomodo en el panteón teotihuacano al lado del muy venerado señor de las aguas; por otra, su culto sangriento, tal como lo practicaban los Aztecas, no encuadra dentro de la religión teotihuacana, ya que nada de lo que sabemos de ella indica la práctica de sacrificios cruentos.

El dios gordo

Abundan en Teotihuacan III cabecitas (raramente se encuentran figuras completas) de un personaje gordo, con ojos y mejillas abultados. Se ha puesto que representan a una deidad de atribuciones desconocidas.

Su distribución abarca además de Teotihuacán, y otros lugares tipo de la cultura teotihuacana: Azcapotzalco y Las Colinas —Cholula— (Puebla), la ribera del Tesechoacan (S. de Veracruz), Tabasco, Toniná (Chiapas) y Lubaantun (Honduras Británicas).⁷⁶ A esta lista debemos agregar la ribera del Coyolate (vertiente pacífica de Guatemala)⁷⁷ y quizá el norte de Veracruz.⁷⁸ No

se encuentra en el valle de México en culturas post-teotihuacanas ni en los códices ni estelas mayas. En Teotihuacán decora con frecuencia el anillo basal de los clásicos vasos trípodes, y se ve en un ejemplar dentro de hornacinas en soportes de losa.⁷⁹

Lleva siempre un peinado especial con la frente rapada y a veces le cae sobre ella un flequillo de pelo corto, un mechón o algo que parece un copo de algodón; otras veces dos anillos colocados también sobre la frente o un tocado formado por tres penachos de pluma, dispuestos figurando las alas y la cola de un ave.⁸⁰ A veces usa cierto modelo especial de orejera.

Sea o no realmente la representación de una deidad, su distribución es sumamente interesante para el estudio de las relaciones de la cultura teotihuacana con la de La Venta.

¿Quetzalcoatl o Tlaloc?

La más hermosa obra de arte teotihuacana que conocemos hasta ahora es, sin duda, la fachada esculpida en piedra de una pirámide escalonada que se conoce, incluso en la Guía Oficial Publicada por el Instituto Nacional de Antropología e Historia, con el nombre de templo de Quetzalcoatl (Lám. IIa). Tanto los tableros, cerrados con el marco rectangular saliente característico, como los breves taludes, están decorados con serpientes emplumadas. Las cabezas de las serpientes que decoran los tableros están realizadas en bulto redondo, proyectadas hacia el frente; saliendo de entre las ondulaciones de las serpientes hay otras cabezas que han sido identificadas como representaciones de Tlaloc,⁸¹ Youalcoatl,⁸² un dios za-

⁷⁴ SAHAGUN, tomo V, pág. 149 y siguientes, y comentarios de SELER, pág. 155.

⁷⁵ Seler, comentario al Tláloc icuic en Sahagún, tomo V, pág. 47.

⁷⁶ Cf. BEYER, A Deity Common, Butler, fig. 2b LINNE, *Archaeological Researches*, pág. 119.

⁷⁷ KIDDER, fig. 90k.

⁷⁸ Véase SELER, *Teotihuacán-Kultur*, pág. 520, fig. 171.

⁷⁹ SELER, *Teotihuacán-Kultur*, pág. 505-506, lám. LXII-2. LINNE, *Archaeological Researches*, pág. 119.

⁸⁰ Véase LINNE, *Mexican Highland Cultures*, fig. 106 y KIDDER, fig. 90k. BUTLER, pág. 646, sugiere la relación del hombre gordo con el culto de la lechuga. En la vasija reproducida por SELER (*Teotihuacán-Kultur*, fig. 166a) el motivo principal de la decoración es una lechuga y sobre el anillo basal hay aplicadas cabezas del dios gordo pero no estoy seguro de que esa asociación sea significativa.

⁸¹ GAMIO en *La población del valle*, pág. LXVI.

⁸² La serpiente negra, nocturna, una forma de Quetzalcoatl. Wíberto Jiménez Moreno en la Advertencia preliminar a *Una elegía tolteca* de Lehmann.

poteca⁸³ o la diosa Itzpapalotl.⁸⁴ La piedra estaba ricamente policromada, siendo verdes las plumas que cubren los cuerpos de serpiente.

La denominación con que se le conoce fue consecuencia lógica de las ideas, corrientes en la época de su descubrimiento, que identificaban Teotihuacan con la Tula tradicional, la ciudad de Quetzalcoatl. Pero resuelto ya de modo convincente el problema tolteca, cabe cierto escepticismo sobre la exactitud del nombre. ¿Qué elementos hay en él, realmente que permitan esa designación? Lo importante no es, por supuesto, decidir si podemos llamar “quetzalcoatl” a una serpiente revestida de plumas de quetzal; esto es, al mismo tiempo que evidente, nada más que un juego de palabras. Lo importante es saber si hay pruebas positivas de que los teotihuacanos tuvieron el concepto de Quetzalcoatl —dios creador— héroe cultural —dios del viento— planeta Venus. Y los datos en Teotihuacan son los siguientes:

- 1) Ninguno de los elementos que caracterizan a Quetzalcoatl en representaciones de culturas posteriores a la teotihuacana (gordo cónico, máscara bucal en forma de pico de pato, ehcaillacacozcatl, epcololli, etc.) se encuentra en la fachada esculpida a que me refiero.
- 2) Nunca se han encontrado esos elementos en cualquier otra representación teotihuacana, no obstante la riqueza iconográfica de esa cultura. No es probable que se haya dedicado un gran templo a un dios que nunca aparece en representaciones menores.
- 3) La serpiente está, como hemos visto, indudablemente asociada a Tlaloc, seguramente como imagen del rayo o de las nubes cargadas de agua, como lo era en la mitología mexicana y lo es todavía entre los

Huicholes. El dios en sí mismo era concebido con elementos serpentinos.

- 4) La cabeza de las serpientes emplumada que enmarcan la procesión de sacerdotes del dios de la lluvia en el palacio de Tepantitla es idéntica en forma (carece únicamente de los anillos sobre la frente) a las que salen de entre las ondulaciones de las serpientes en el templo llamado de Quetzalcoatl. Y no hay duda respecto a la deidad a quien estuvo dedicado aquel palacio.
- 5) Los tableros del cuerpo adosado a la fachada oeste del monumento antiguo (el de la fachada esculpida), que no lo destruyó ni cubrió totalmente, sino que fue una ampliación que conservó descubiertas las fachadas norte, este y sur del basamento, estuvieron decorados con pinturas, por desgracia casi totalmente borradas. En una inspección cuidadosa del monumento pude observar todavía (en el tablero del primer cuerpo del lado oeste, al norte de la escalera), uno de los motivos de la decoración, la llamada flor colgante (cuya relación con Tlaloc hemos visto), delineada en azul sobre el fondo rojo.

Me parece que de estos datos podemos extraer la seguridad de que el templo no estuvo dedicado a Quetzalcoatl, sino al Dios de la lluvia.

Ahora bien, aunque Quetzalcoatl no aparezca individualizado en Teotihuacán, es posible que alguno de los conceptos que con él se relacionan haya existido allí, pero no aisladamente, sino incluido en la idea de Tlaloc. Me refiero concretamente al culto de Venus si, como se ha señalado es efectivamente el glifo de ese planeta el que aparece en algunas representaciones relacionado con ese dios.

Otros dioses

En una gran figura de piedra encontrada cerca de la Pirámide de la Luna y ahora conservada en el Museo Nacional de México, se ha pretendido ver la representación de Omecihuatl o de Chalchiuhtlicue. Selser demostró lo infundado de una y de otra

⁸³ Comunicación verbal del Dr. Caso.

⁸⁴ En *Archaeological Researches*, pág. 30, Linné dice “represent The Obsidian Butterfly, which apparently was an important deity, probably the rain god”. Esta interpretación me parece completamente desprovista de fundamento. No hay nada en la figura comparable a los elementos de la mariposa en el arte teotihuacano; debo aclarar además que las mariposas asociadas al dios de la lluvia no deben de ninguna manera confundirse con Itzpapalotl (la mariposa de obsidiana) deidad chichimeca de origen seguramente diferente.

identificación.⁸⁵ La misma falta de base tiene la identificación que hace el propio Seler de un guerrero (el único conocido en la cultura teotihuacana) de las pinturas murales de Teopancaxco, con Mixcoatl o Tlahuzcalpantecuhtli. Ya hemos visto que tampoco hay razón para pretender la existencia de un culto a Teteoinnan.

Como ausencia significativa debemos señalar el culto al águila y a los dioses de la guerra. Es indudable hoy día que esos elementos fueron introducidos en el valle de México en tiempos posteriores a la ruina de la ciudad de Teotihuacan.

Bibliografía

- Armillas P., Exploraciones recientes en Teotihuacán, México, en Cuadernos americanos 1944:4. México.
- Beyer H., ¿Guerrero o dios?, en El México antiguo, tomo I, No. 4; México 1919.
- Sobre algunas representaciones de antiguos Totonacos, en Anthropos, tomo XVIII-XIX; St. Gabriel-Mödling 1923-1924.
- Algunos datos sobre los yugos de piedra prehispanicos, en El México Antiguo, tomo II, -Nos. 11-12; México 1927.
- A Deity Common to Teotihuacan and Totonac Cultures, en XXIII International Congress of Americanists-Proceedings; New York 1930.
- Butler M., A study of Maya mouldmade figurines, en American Anthropologist, vol. 37, No. 4; Menasha 1935.
- Caso A., El vaso de jade de la colección Planarte, en Revistas Mexicanas de Estudios Históricos, tomo I; México 1927.
- ¿Tenían los teotihuacanos conocimiento del tonalpuhualli? En Memorias y Revista de la Academia Nacional de Ciencias "Antonio Alzate", tomo 55, Nos. 7-9; México 1942:6, México.
- Dirección de Antropología, La población del Valle de Teotihuacán, tomo I, Vol. 1; México 1922.
- Drucker PH. Ceramic stratigraphy at Cerro de las Mesas, Veracruz, Mexico, Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology. Bull. 141; Washington 1943.
- Kikker A. V., Pottery from the Pacific Slope of Guatemala. Carnegie Intitution, Notes on Middle American Archaeology and Ethnology No. 15; Washington 1943.
- Krickeberg W., Los Totonacas; México 1943.
- Lehmann W., Una elegía tolteca; México 1941.
- Linne S., Archaeological researches at Teotihuacán, México, en The Ethnographical Museum of Sweden, New Series, Publication No. 1; Stockholm 1934. Teotihuacan symbol, en Ethnos 1941: 3-4 Stockholm. Mexican Highland Cultures, en The Ethnographical Museum of Sweden, New Series, Publication No. 7; Stockholm 1942.
- Lumholtz C., El México desconocido, Vol. 2; New York 1904.
- Noguera E., Antecedentes y relaciones de la cultura teotihuacana, en El México Antiguo, tomo III, México 1935.
- Sahagun FR. B. DE, Historia general de las cosas de Nueva España, Edit. P. Robredo, Vols. 5, México 1935.
- Seler E., Costumbres et attributs des divinités du Mexique, en Journal de la Société des Americanistes, tomo V; París 1908. Eine Steinfigur aus der Sierra von Zacatlan, en Gesammelte Abhandlungen zur Amerikanischen Sprach und Alterthumskund tomo III; Berlin 1908. Similarity of design of some Teotihuacan frescoes and certain Mexican pottery objects, en XVIII International Congress of Americanists; London 1913. Die Teotihuacán-Kultur des Hochlandes von Mexico, en Gesammelte abhandlungen, tomo V; Berlín 1915.
- Sociedad Mexicana de Antropología, Mayas y Olmecas; Tuxtla Gutiérrez 1942.
- Spinden H. J., The reduction of Maya dtes, en Papers of the Peabody Museum of American Archaeology and Ethnology, Vol. VI, Cambridge 1942.
- Vaillant, G. C., Excavations at Ticoman, en Antropological Papers of American Museum of American of Natural History, Vol. XXXIII; New York 1931.

⁸⁵ Teotihuacan-Kultur, pág. 436.

- Weiant C. W. An introduction to the ceramics of Tres Zapotes, Veracruz, México. Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology. Bull. 139; Washington 1943.

Instituto Nacional de Antropología e Historia



© Fig. s.n.



Teoría, métodos y técnicas en Arqueología

Pedro Francisco Sánchez Nava



Sara Ladrón de Guevara, Lourdes Budar y Roberto Lunagómez (coords.), *Haciendo arqueología. Teoría, métodos y técnicas*, Xalapa, Universidad Veracruzana, 2012.

En este volumen se conjugan los esfuerzos y las reflexiones de distintos investigadores, representantes de instituciones tan reconocidas como la Escuela Nacional de Antropología e Historia, la Universidad Veracruzana y las universidades autónomas de Campeche, Yucatán y Zacatecas, y nos comparten sus textos que discurren por la teoría, los métodos y las técnicas arqueológicas.

En una cuidada edición que consta de 264 páginas y 13 colaboradores, encontramos —después de una breve pero suficiente introducción de los coordinadores— la primera participación, obra de Walburga Wiesheu, “Estrategias de liderazgo y paisajes políticos dinámicos en las sociedades complejas tempranas”. La autora comparte sus reflexiones en torno a cómo han influido en estos campos de análisis las perspectivas de la teoría posprocesual, que ha permeado en nuestra disciplina en los últimos años. Con base en ello se subraya la existencia de relaciones dinámicas del poder y de la autoridad, lo que se refleja en una marcada competencia entre los diferentes sectores económicos y sociales, generándose un escenario de heterogeneidad y de tensión en el paisaje político de esas sociedades complejas tempranas, lo mismo en el nivel local que en el regional.

Estas circunstancias se ven reflejadas en la cultura material presente en los depósitos arqueológicos y forma parte de los diferentes niveles de análisis. La autora puntualiza la necesidad de tomar en cuenta el contexto ambiental en que se desenvuelvan las diversas entidades políticas bajo estudio, articulando su viabilidad con distintas esferas de análisis, como lo pueden ser éstas en el ámbito regional, local, comunitario y doméstico, estableciendo marcos teórico-metodológicos multidimensionales que sirvan para el análisis de las diferentes facetas y dimensiones sociales reflejadas en la cultura material. Este interesante

trabajo es en sí mismo digno de análisis y reflexión.

En el mismo apartado de la “Teoría Arqueológica encontramos un provocador artículo de Stanislaw Iwanisewski: “¿Cómo entender la idea de la agencia de las formas del paisaje?”. El autor desarrolla sus planteamientos desde una visión ontológica, incorporando este paradigma a los análisis de la arqueología del paisaje. Un concepto fundamental en el trabajo que nos comparte Iwanisewski, es el sentido de unicidad de lo social y lo natural, de los entes humanos y los no humanos como agentes, lo que implica sistemas de conocimiento fundamentados en la ontología y en la epistemología.

Con base en lo anterior se plantea en el artículo que muchas de las sociedades mesoamericanas dieron a las formas paisajísticas un carácter de entidades vivas y, por lo tanto, para un análisis bajo los preceptos de la arqueología del paisaje es indispensable dar a ambas entidades, a lo social y a lo natural, el mismo estatus epistemológico; por tanto: “[...] para conocer el mundo se necesita buscar no un significado que resulte de las clasificaciones lógicas y objetivas, sino más bien su significado ontológico”. Esta perspectiva es particularmente útil en el estudio de contextos religiosos, rituales o psicológicos. El trabajo de Iwanisewski, su profundidad y perspectiva, da cuenta cabal de la consolidación que en los últimos años han alcanzado los estudios paisajísticos en la arqueología.

Ya dentro del ámbito de la arqueología de campo, encontramos el trabajo que aporta Rafael Cobos, bajo el título “Chichén Itzá-Isla Cerritos: la arqueología de la capital y su puerto”. En un texto conciso, directo y elaborado con base en los resultados de varios años de investigación en la gran ciudad maya y en su principal puerto, el autor destaca la importancia que la Isla Cerritos tuvo para el gran desarrollo económico, político y social de Chichén Itzá, principalmente en los siglos X y XI, para decaer después del año 1100 de nuestra era.

La exploración de diversos contextos y edificaciones localizados en ambos emplazamientos hizo posible determinar cómo a partir de ese puerto se garantizó el control de las importantes sali-

neras de “Las Coloradas”, yacimientos cercanos a ese sitio, amén de hacer posible que llegaran a Chichén Itzá productos, materias primas y objetos suntuarios procedentes incluso del sur de la actual Unión Americana y de Centro América en la porción meridional de Mesoamérica. Entre estos productos se encontraron elementos de basalto del sur de Veracruz, collares procedentes de Oaxaca, turquesa del suroeste de Estados Unidos, obsidiana del Centro de México, vasijas del sur de Campeche, Tabasco y Guatemala, así como objetos de oro de Panamá o Costa Rica.

Los estudios también permitieron determinar que la hegemonía de Chichén Itzá hizo posible un estricto control en el intercambio y distribución de los bienes señalados, principalmente en los siglos X y XI de nuestra era. Planteándose que este control pudo no sólo ser en el nivel regional, sino incluir una incidencia en un plano pan-mesoamericano, como indican las probadas relaciones con capitales como Tula y El Tajín, lo que habla de la complejidad social que alcanzó la urbe maya en los periodos señalados.

Para el doctor Cobos es claro que sólo a partir de un trabajo académico interdisciplinario será posible seguir avanzando en el conocimiento de Chichén Itzá y su entorno y responder las preguntas que siguen surgiendo respecto a la gran capital maya.

Roberto Lunagómez Reyes, además de ser uno de los coordinadores de esta obra, participa en el contenido vía el artículo “Estudios regionales en el sur de Veracruz”. El investigador comienza su aportación señalando la problemática que ha implicado el hecho de las escasas investigaciones realizadas en las tierras bajas de la costa del Golfo de México, en contraste con los numerosos trabajos que atávicamente se han llevado a cabo en otras regiones de Mesoamérica como el Altiplano Central, la Zona Maya y los Valles Centrales Oaxaqueños.

Al hacer un puntual resumen de la historia de las investigaciones en la región desde el siglo XIX, caracterizadas por la búsqueda de grandes esculturas en piedra y ofrendas asociadas, Lunagómez pone énfasis en cómo se ha ido avanzando en el conocimiento arqueológico en las dos principales áreas fisiográficas del sur de Veracruz: la Sierra

de los Tuxtlas y las planicies aluviales de los ríos San Juan Evangelista y Coatzacoalcos, aplicando metodologías apropiadas para las condiciones geográfico-ambientales prevalecientes, lo que ha permitido un mayor conocimiento en temas anteriormente soslayados como el estudio de unidades domésticas, áreas de actividad, planificación arquitectónica, paleo-ambiente o patrones de asentamiento, además de poder establecer secuencias cronológicas para ambas regiones, con base en sus particularidades y características de desarrollo.

Los estudios sistemáticos, realizados principalmente en las dos últimas décadas, han denotado la riqueza y variabilidad cultural en el sur de Veracruz, queda claro al autor que la tarea es aún inmensa, tanto en áreas por reconocer cuanto en problemáticas a resolver, pero el camino se ha iniciado.

Cambiando de forma radical de región de estudio, y ya dentro del apartado de la “Bioarqueología”, el siguiente trabajo se refiere a la reseña de una intervención arqueológica, bajo el título “Proyecto de rescate de restos fósiles de megafauna en el municipio de Villa Hidalgo, Zacatecas” de la autoría del doctor Carlos Alfredo Carrillo Rodríguez y la maestra Silvia Puga Pérez, investigadores de la Unidad Académica de Antropología de la Universidad Autónoma de Zacatecas.

En su bien escrito texto los autores dan cuenta de cómo se originó la intervención a partir de una denuncia, y cómo se articularon diversas instituciones como el INAH, la UAZ, las autoridades municipales y de la Casa de la Cultura de Villa Hidalgo, entre otros, para llevar a buen fin la investigación.

Es digno destacar el buen planteamiento de la exploración, a pesar de ser una intervención de emergencia, lo que no fue óbice para establecer la participación de diversos especialistas que, con base en un cuidadoso levantamiento topográfico del contexto y su entorno, permitió una excavación controlada y sistemática, el análisis geológico del depósito y la identificación de los restos óseos recuperados.

Aun cuando la exploración no ha concluido, es posible adelantar que se trata de una paleo-cuenca sujeta a diversos eventos de desecación e inundación, en la cual se han encontrado restos de

varias especies como mamut y otros proboscidios, camélido y caballos, todos ellos propios del Pleistoceno final. A esto hay que incorporar la posible presencia humana, lo cual no es descartable dada la riqueza del yacimiento; mas tal posibilidad está sujeta a los resultados que arrojen las excavaciones del espacio aledaño, aún en curso.

Finalmente, y no por ello menos importante, se deben destacar las actividades de difusión que los autores y su equipo han realizado entre las autoridades locales y la comunidad. Esto, además de ser una obligación ética de quienes generamos conocimiento a partir de fondos públicos, permitirá sensibilizar a los actores sociales sobre la importancia de esta forma de patrimonio cultural.

Vera Tiesler sigue una de las líneas de investigación que con brillantez ha desarrollado, y aporta el trabajo “Formas cefálicas, etnicidad y cambio social en las franjas costeras del Golfo. Una mirada peninsular”. Es sabido en nuestra disciplina, y en las que le son afines, que en las sociedades mesoamericanas un rasgo cultural muy arraigado fue la modificación artificial del cráneo de los infantes. Con base en estudios sistemáticos de esta práctica, reflejados en el registro manifiesto en los restos óseos, así como del análisis contextual, ha sido posible definir tendencias culturales identificadas tanto en el ámbito regional cuanto en las variables cronológicas.

Con base en una amplia muestra de cráneos mayas, la autora establece como uno de sus objetivos definir las tendencias culturales que los artífices de esta costumbre buscaban descollar y contextualizar, lo que Tiesler denomina “plásticas mayas” en el marco pan-mesoamericano.

El análisis se fundamenta en tres categorías: una denominada “organoplástica”, referida a las sedes anímicas del cuerpo; otra que incide en la importancia costumbrista de la práctica que se refleja en la integración social de los infantes, y una tercera fundamental, según su autora, en este estudio y que denomina “emblemática”, y en sus propias palabras corresponde al “[...] significado visible que su resultado transmitiría a la colectividad y que sus portadores lucirían a lo largo de su vida”, y tendrían como resultado la enorme variedad de morfologías cefálicas identificadas en el periodo Clásico maya.

Con base en lo anterior, en el texto se describen de manera prolija la metodología y las técnicas empleadas en el estudio y la distribución espacio-geográfica de los resultados obtenidos a partir de las morfologías establecidas, para concluir que “el estudio de las costumbres cefálicas y sus resultados visibles en cráneos arqueológicos permiten trazar aspectos de identidad y cambio cultural a mediano y largo plazos, tal como lo muestran los patrones de distribución en el área maya durante el Clásico.” Enfatiza que los cráneos mayas con aplanamiento superior, práctica que se superpone a las deformaciones tabulares erectas y oblicuas, deriva de un cambio ideológico quizá relacionado con un dominio del culto a Quetzalcóatl.

En el apartado de “Arqueometría”, el primer trabajo lleva por título “Análisis de pigmentos prehispánicos mayas por medio de técnicas analíticas”, firmado Ma. del Rosario Domínguez Carrasco, William J. Folan, Pascale Villegas y Manuel E. Espinosa Pesqueira. Aunque este tipo de estudios ha probado su utilidad por más de cincuenta años, es en épocas recientes cuando se ha generalizado su aplicación en beneficio de las investigaciones arqueológicas, pues los resultados que suelen obtenerse son incorporados a los aspectos sociales, económicos y políticos, en tanto aportan información de primera importancia acerca de los elementos constitutivos de los materiales que forman parte de los procesos y técnicas de manufactura, de gran parte de los bienes que constituyen la cultura material de las culturas que conformaron el mosaico mesoamericano, como la pintura mural, los estucos —decorados o no—, escultura, cerámica, concha, metales, textiles, etcétera.

La tecnología de punta, cuyo empleo resulta ejemplar en el presente texto, permite profundizar en la esencia de los materiales, origen mineral, animal o vegetal, conocer la región o área de procedencia, características, formas de obtención y procedimientos de aplicación, lo cual no representa un mero *corpus* de datos materiales, sino además hacen posible aplicar los métodos más adecuados para su conservación o restauración. Entre los métodos más empleados se cuentan: difracción de rayos X, microscopía electrónica de barrido, microscopía electrónica de transmisión,

espectroscopia infrarroja, emisión de rayos X inducida (PIXE), fluorescencia de rayos X, entre otros, de los cuales los dos primeros fueron aplicados en estudio que nos ocupa.

Las muestras analizadas proceden de varias zonas arqueológicas del estado de Campeche, entre ellas: Calakmul, Edzná, Oxpepul, Chicanna, etcétera. Fueron 80 las muestras colectadas, y proceden principalmente de fragmentos cerámicos decorados y diagnósticos, estuco decorado y pigmentos aplicados sobre material pétreo, como estelas y altares.

Como parte de los resultados obtenidos se pudieron identificar distintos métodos de preparación de los pigmentos, de acuerdo con los sitios; se pudo identificar una fuente de arcilla (paligorskita) cerca de Naadzcan y presente sólo en Oxpepul, de donde se establece a este sitio como una zona de amortiguamiento durante el Clásico temprano entre los estados regionales de Calakmul y Rio Bec, además de los datos obtenidos sobre la composición química de los pigmentos analizados.

En el mismo tema de la “Arqueometría” tenemos el texto de Patricia Fournier, M. James Blackman y Ronald L. Bishop, “La Arqueología Histórica, Etnoarqueología y Arqueometría aplicadas al estudio de las lozas vidriadas en México: aproximaciones diacrónicas”. Con base en las metodologías señaladas —que implican el estudio de la cultura material y el apoyo documental, en la comparación etnográfica y en la aplicación de las ciencias duras al análisis de los bienes muebles—, los autores muestran ejemplos de los resultados obtenidos mediante la aplicación de técnicas de activación neutrónica en esta forma de cultura material y de uso cotidiano en los distintos contextos sociales y regionales novohispanos.

La hibridación tecnológica que se dio en la coexistencia de tradiciones hispánicas e indígenas se vio reflejada, por ejemplo, en el uso del vidriado con óxido de plomo o el uso de materias primas como la arcilla; no obstante, se mantuvo la necesidad de sustentar la construcción identitaria de los diferentes segmentos socioétnicos, propiciando una distribución heterogénea de los materiales que ahora sirven al especialista para interpretar los depósitos arqueológicos.

A manera de conclusión, Fournier y sus coautores destacan que sus estudios han permitido:

Comprender cuál fue la distribución espacial de vasijas que se manufacturaron en distintos centros productores.

Contar con información importante acerca de las poblaciones que consumieron esa cerámica en una u otra clase de asentamiento.

Llegar a inferencias acerca de tendencias de consumo desde mediados del siglo XVI hasta finales del XIX, con apoyo de fuentes documentales y de la misma evidencia arqueológica.

Ubicar las redes de comercialización de los objetos y sus uso en amplias áreas o en zonas restringidas.

Ya en el campo de la “Arqueología Histórica” tenemos el texto de Pascale Villegas, “Las tejas de Marsella en la costa campechana. Estudio preliminar.” Se trata de un texto muy conciso e interesante, en el cual la autora rastrea —en campo y en archivos— el origen y desarrollo de la importación de este elemento constructivo, cuyo uso implicó cambios en los diseños constructivos de fincas urbanas y rústicas características de franjas costeras en Campeche, Veracruz y Yucatán.

A propósito del estudio de ese elemento, la doctora Villegas incorpora al estudio datos acerca del comercio entre Campeche y Europa, intercambio de mercancías diversas de los usos más disímiles, por palo de tinte y caoba.

En cuanto a las tejas, logra establecer sus características tecnológicas y ubicar varias compañías productoras europeas. A propósito toca el caso de una eventual producción local, con la firma de dos hermanos de origen francés. Para dilucidar esta posibilidad plantea una próxima investigación aplicando técnicas arqueométricas a las tejas identificadas y, de confirmarse el hecho, abundar en los motivos, desarrollo y consecuencias de esta empresa. Finalmente llama la atención sobre la afectación que presentan esos ejemplos arquitectónicos patrimoniales al desmantelarse techumbres decimonónicas para recolocar las tejas en construcciones modernas y como parte de una moda.

En ese mismo apartado se incluye el texto “Arqueología de campos de batalla: el Peñón de No-chistlán”, de Angélica María Medrano Enríquez.

La autora comienza por definir el concepto de arqueología de campos de batalla o *battlefield*, así como las principales características de estos contextos que sirven al investigador para identificar como tal el espacio, la variedad de ámbitos y contextos (ciudades escenario de estos eventos, batallas a campo abierto y su conformación topográfica, inhumaciones masivas u osarios, o incluso batallas navales).

No deja de lado la importancia de la bioarqueología, que ayuda a identificar patrones de traumatismos evidentes en los restos humanos y, desde luego, el apoyo documental imprescindible para este tipo de investigaciones, cuando eso es posible. También se apoya en el análisis fotogramétrico, la prospección del terreno con métodos de observación directa o detección remota (radares, magnetómetros o detectores de metales).

Para el estudio de caso abordado en el texto, la doctora Medrano destaca la importancia de la Batalla del Mixtón (1541-1542) para la corona española, ante los conflictos bélicos entre caxcanes, grupos del sur de Zacatecas y pobladores europeos de la Nueva Galicia. Prueba de esta importancia es la participación en las dos principales batallas de Pedro de Alvarado y el propio virrey de Mendoza.

Los trabajos arqueológicos iniciados en 2004 ya han dado frutos, amén de probar la eficacia de la metodología antes señalada al ser aplicada en esos contextos. A la fecha se han localizado saetas de ballesta, balas de arcabuz, posibles albarradas defensivas, así como anomalías registradas con el radar y el gradiómetro, sujetas ahora a excavaciones en busca de posibles fosas. La subdisciplina de arqueología de campos de batalla, ahora aplicada a espacios del devenir histórico nacional, sin duda arrojará importante información sobre los eventos generados por esa faceta del ser humano: los conflictos armados.

El primero de las tres aportaciones que constituyen el apartado de “Cosmovisión e iconografía” es el artículo “Entre la tradición y el cambio; la cosmovisión y los rituales domésticos contemporáneos en Yucatán”, de Lilia Fernández de Souza. En un ameno texto, la autora toca un tema fundamental como la pervivencia de la ritualidad prehispánica en el ámbito doméstico contemporáneo.

A partir del ejemplo de la comunidad de Sihó, Yucatán, la investigadora define el marco conceptual en que fundamenta su estudio: “grupo doméstico”, “cosmovisión”, “religión” y “ritual”. De esta última noción destaca su característica de repetición, lo que resulta en la generación de evidencias materiales factibles de ser identificadas arqueológicamente, y donde la observación de rituales contemporáneos resulta a los especialistas de particular utilidad.

Con base en una doble orientación fundamentada en la etnoarqueología y el enfoque conjunto, la doctora Fernández retoma elementos básicos de la cosmovisión maya: la concepción espacial cuadrilateral y la relación de reciprocidad con los seres sobrenaturales. Con base en ello, la casa se constituye un microcosmos y el fogón puede estar jugando el papel de *axis mundi*. En torno a estos dos elementos la autora analiza los rituales de construcción de la casa, siempre relacionados con los cuatro rumbos cardinales y el punto central. Sobre ello se destaca que en la comunidad analizada una práctica prevaleciente consiste en depositar manos de metate en las esquinas y y/o en el centro de la casa. Estos elementos es común encontrarlos como ofrenda en sitios prehispánicos de Yucatán, e incluso en edificaciones decimonónicas.

Otros rituales que destaca la doctora Fernández son el hetzmek, que busca propiciar habilidades en los bebés a partir de ofrecerles objetos diferenciados y acordes a su sexo, en un ceremonial muy difundido. Otro ritual es el enterramiento del cordón umbilical: el de la niña en el fogón de tres piedras y el del niño en el monte, con los fines ya señalados; esta práctica también es referida en las fuentes históricas.

La autora concluye que, desde el punto de vista arqueológico, el estudio de rituales contemporáneos enriquece nuestro abanico de interpretaciones, como la observación de la constitución del contexto material como resultado de los rituales.

El segundo trabajo de este apartado es el texto de Lourdes Budar, bajo el sugerente título de “Líneas horizontales, líneas verticales. El símbolo de la trama como propuesta de representación de elementos del paisaje”. Se parte de la presencia

de un elemento, sin duda con una carga simbólico-ideológica inherente, representado en tres estelas ubicadas en ámbitos geográficos claramente diferenciados: Piedra Labrada, Veracruz; Los Horcones, Chiapas, y Xochicalco, Morelos, la doctora Budar propone una interpretación que implicaría asumir el símbolo de la “trama” como representación de los componentes de su entorno paisajístico.

La autora define al concepto del símbolo como “[...] una representación perceptible de una idea cuyo significado responden a la función de un grupo [...] los símbolos establecen una relación entre el macrocosmos y el microcosmos del ser humano [...] en el que pueden leerse la realidad social y la realidad mítica.”

La representación de su interés, las bandas cruzadas —vinculadas con el movimiento, con el cosmos, con lo divino y con el poder al identificarse como “estera/trono”, el denominado símbolo Pop maya—, aparece plasmado a lo largo de la historia cultural de Mesoamérica y a lo ancho de su geografía. No obstante, el elemento que estudia Budar, la trama con base en líneas verticales y horizontales circundada por dos círculos concéntricos, sólo aparece en los sitios mencionados. El análisis del emplazamiento de estos en lugares altos, circundados por cuerpos de agua y asociado a elementos de lluvia, lleva a la autora a identificar al símbolo “trama” con campos de cultivo rodeados por ríos; y si se busca asociarlo al poder, sería a través de la riqueza implícita en el dominio de estos campos de cultivo y sus productos.

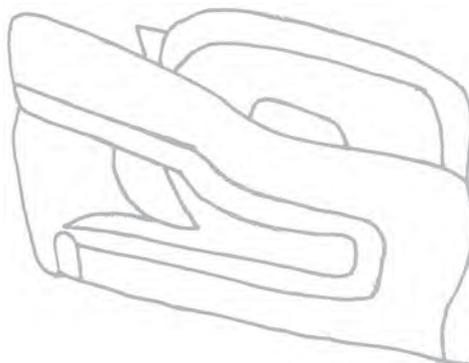
Este apartado, y el libro en su conjunto, cierra con el trabajo de Sara Ladrón de Guevara, “El altar de El Tajín. Una representación iconográfica de la imagen cognoscitiva del paisaje”. La autora elige como hilo conductor conceptos retomados de la arqueología del paisaje para analizar de manera conjunta tres elementos que se conjugan y complementan: el propio entorno natural que rodea a la emblemática zona arqueológica; la distribución espacial de la ciudad prehispánica, y el altar del Edificio 4, el cual sintetiza la cosmovisión de los constructores y grupos en el poder de El Tajín.

La doctora Ladrón de Guevara concluye que el establecimiento prehispánico no fue azaroso,

sino definido bajo consideraciones de carácter ideológico para reproducir en su entorno la concepción cosmogónica de su realidad; en el mismo orden de ideas, el arreglo de la ciudad obedeció a similares principios al recrear los elementos generadores de la vida: la tierra, el fuego, el viento, el agua y el movimiento. La tierra, representada de manera fehaciente en la iconografía del monstruo devorador de los muertos plasmada en distintos monumentos; el fuego, convertido en sol y representado en la Pirámide de los Nichos; el viento, presumiblemente asociado a la Xicalcolihqui y sus probables 260 nichos; el agua, evidente en las corrientes que discurren por la urbe. El quinto componente, el movimiento, estaría presente en la distribución sinuosa de la traza urbana. Estos mismos elementos estarían representados en el altar del Edificio 4. En unas imágenes muy bien logradas, la doctora Ladrón de Guevara interpreta e identifica los elementos señalados de forma indubitable:

[...] el agua en las esquinas, la tierra abajo, como sustento, el fuego en el centro a manera de oquedad, el aire en los espacios superiores a manera de ornamentos de los personajes y el movimiento plasmado en los elementos que se entrelazan en torno a los círculos concéntricos que ornán la oquedad. A partir de estas lecturas la óptica con la que hemos visto a El Tajín tendremos que repensarla.

Deseando que esta reseña responda a los fines perseguidos por los autores, invito a los lectores, especialista o no, a degustar esta bien concebida y mejor lograda obra.



REVISTA DE LA COORDINACIÓN NACIONAL DE ARQUEOLOGÍA

ARQUEOLOGÍA

SEGUNDA ÉPOCA ♦ JULIO, 2013

46



♦ *Otolitos asociados a la Prehistoria tardía del Alto Golfo de California*

♦ *La tradición Teuchitlán a través del estudio de obsidiana*

♦ *Petrograbados del Cerro Barajas, Guanajuato*

♦ *Presencia huasteca en la Sierra Gorda de Querétaro*

♦ *Hoja-mapa de la "Historia tolteca-chichimeca"*

♦ *Evidencias arqueológicas en un "basurero ritual" de Coyocacán*

♦ *Influencia del Clásico en el Cerro de la Estrella, Ixtapalapa*

♦ *El Juego de Pelota de Capulac-Concepción, Amozoc*

♦ *Arqueología en la Alta Sierra Madre del sur de Guerrero*

♦ *Detección de tenbronina en cerámica olmeca, San Lorenzo, Veracruz*

♦ *Formas cefálicas, etnicidad y movilidad poblacional en la costa oriental de Quintana Roo*

♦ *Caja conmemorativa de la batalla de Chapultepec del 13 de septiembre de 1847*



 **CONACULTA**  **INAH**